D. Félix Sardá y Salvany

PROPAGANDA CATOLICA

TOMO VIII

Más artículos.



PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

PRESBÍTERO,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

TOMO VIII.

MÁS ARTÍCULOS.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.

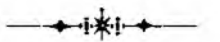


BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.
1894.

PROPAGANDA CATÓLICA.

ÍNDICE.

MÁS ARTÍCULOS



DOS PALABRAS.

Los artículos que forman el tomo octavo de esta colección pertenecen todos [illegible] nero pura y exclusivamente de propaganda religiosa, á difer[illegible] de los reunidos en un anterior volumen, en los cuales pu[illegible] otarse más ó menos el carácter de las discusiones política[illegible] e en la época de su primera publicación agitaban y enar[illegible] n los ánimos en nuestra patria. Los presentes se dieron [illegible] todos en la REVISTA POPULAR, *Semanario que, por más q[illegible] e haya dicho en contra, se ha mantenido desde su fundac[illegible] hace veinticuatro años, inviolablemente fiel á su estricto lema: Nada, ni un pensamiento, para la política: Todo, hasta el último aliento, para la Religión.*

Gran número de personas, en la imposibilidad de hacerse con la colección completa de dicho popular Semanario, hoy en varios de sus cuarenta y seis tomos agotada, nos vienen pidiendo tiempo ha la inclusión, por lo menos, de sus principales artículos, en los volúmenes de nuestra PROPAGANDA CATÓLICA. *Hemos creído que podíamos complacerles en lo que atañe á los que tienen un asunto general y duradero, descartados por completo aquellos otros que sólo debieron su interés á pasajeras*

circunstancias de momento. Aquéllos pueden todavía hacer algún bien; tal cual idea, en los mismos someramente apuntada, es susceptible de aprovecharse y recibir mayor desarrollo en manos más hábiles para dárselo del modo conveniente; pueden, en una palabra, considerarse como granos de semilla, pequeñísimos en sí, pero de buena semilla al fin, los cuales arrojados, aunque así parezca, al azar y á la ventura, logren quizá alcanzar, con la gracia de Dios, germinación y fruto en inteligencias y corazones, á los cuales sea Dios servido de hacerlos llegar á cualquier hora menos pensada.

Por nuestra parte, consagrados toda la vida á la publicación de cosillas así pequeñas y de ningún bulto, no nos ha de avergonzar en el caso presente la insignificancia de tan ligeros trabajillos. De ese rubor literario estamos ya curados por la misericordia de Dios. Más aún: sabemos que con guijarros del torrente en la honda de un pastor, abatió El la fiereza de un gigante armado de herrada cota y reluciente casco militar. No sería, pues, nuevo el caso de que con chinitas, aun tan livianas como las presentes, diese alguna vez en tierra con el más bien pertrechado guerrero la mano de Dios, á quien place muy frecuentemente hacer resaltar lo divino de la victoria por la endeblez del medio humano con que supo conseguirla.

Sabadell, Mes del Santísimo Rosario, 1894.

MÁS ARTÍCULOS.

I.

LOS AMIGOS DEL PUEBLO.


RES, pueblo querido, una de dos: ó muy bueno, ó muy bobo. Y si torciendo el gesto me preguntas en qué razones apoyo mi afirmación, voy á responderte con una sola, pero tal que vale por ciento, y aun por mil, si demasiado me apuras. Es la siguiente: tienes muchos amigos.

¡Válgame Dios y su Madre purísima! ¡Y cómo son innumerables los que se desviven por tu felicidad y se deshacen dirigiéndote protestas de desinteresado cariño! Gran cosa debes de ser tú cuando te rodea por doquier tal séquito de aduladores y cortesanos; mucho de ti debe esperarse cuando en ti se fijan todas las miradas, para ti son todos los mimos, á ti vuelan á todas horas ternezas y requiebros, que, por lo repetidos, podrían empezar ya á ser sospechosos á quien no

tuviese tu increíble candidez y tu imponderable buena fe. Soberano te han llamado algunos, otros rey, y otros, echando el resto en esa puja de adulaciones, te han saludado dios. Y te has puesto tú tan hueco y tan orondo, y lo has creído todo, todo, pueblo querido, dando lugar á que otros, echándola por el lado opuesto, te hayan creído niño, y no sólo niño, sino condenado á eterna niñez. Y no obstante, no eres niño, no; pero tampoco eres dios, ni rey, ni soberano, ni cosa que lo parezca. Eres lo que en frase vulgar y corriente se llama con cierta compasión, un buen hombre. ¿Quieres tu retrato moral? Mírale, pues, ú óyele Mediana inteligencia, buena voluntad, excelente corazón, ligereza de cascos casi siempre, y de vez en cuando veleidad y rareza. Ni más ni menos. Así se explica que rujas á veces indómito y desencadenado como fiera, ó lleves otras en paciencia ser trasquilado como oveja; que seas dócil y blando unas, y testarudo al mismo tiempo sin que des tu brazo á torcer por nada de este mundo. Así se explican tu eterna ilusión y tu eterno desengaño, sin que éste mate jamás á aquélla, ni aquélla pueda jamás impedir que renazca éste. Todo se explica con sólo conocerte un poquitillo el humor, y la educación que traes contigo. Mas de ésta y de aquél, hablando con toda franqueza, ¿quién tiene la peor culpa? Los amigos.

Importa, pues, que conozcas quiénes lo son buenos y quiénes lo son malos, quiénes te aman por ti solo y por Dios, y quiénes te aman por sí y por su interés y conveniencia. Importa que sepas quiénes tuercen tu excelente natural induciéndole á lo bajo y á lo grosero; quiénes te corrompen para engañarte, engañándote á la vez para explotarte como mina riquísima á disposición siempre del mas diestro ó del más desvergonzado. Todo eso importa que sepas, y prescindiendo de lo que me propongo decirte en el decurso de esta publicación, si Dios la favorece con larga vida, ahí te doy apuntadas por de pronto algunas contraseñas, con las cuales muy ciego serás si no distingues á primera vista los que de veras te quieren bien de los que te lo dicen de burlas.

Por de contado no es tu amigo el que se empeña en no reconocerte defectos. Los tienes y mayúsculos. Todo hijo de Adán lleva de su primer padre un principio de depravación

y de desorden que le inclina constantemente al error y al mal. Y tú cedes muchas veces á esta desconsoladora tendencia. Ayudado por Dios y conducido por la Religión puedes vencerla. Empero, eres libre, y haces frecuentemente uso pésimo de tu libre albedrío. Esa es la verdad. Quien eso te disimule, quien te llame perfecto, impecable, quien de nada te crea responsable, te engaña, no es tu amigo.

Ni lo es tampoco el que, reconociendo en ti esa funesta tendencia que debes contrarrestar, la fomenta por todos los medios posibles, procurando ahogar en ti los gérmenes de virtud y los elevados pensamientos que conservas aún como lejano recuerdo de tu primer estado de inocencia, y como restos de un patrimonio divino no del todo malbaratado. No es, pues, tu amigo quien te excita á la lujuria con escandalosos espectáculos, quien te convida al *can-can* deshonesto ó al lascivo *Mabille*, ó á los impúdicos *cuadros al vivo*. No es tu amigo quien te da á leer novelas en que se derrama á torrentes la obscenidad, y cuyas páginas y cuyas láminas no puedes mirar sin deshonrar y corromper tu alma: No es tu amigo quien se burla de la inocencia de tus hijos, del pudor de tus hijas, de la castidad de tus madres de familia y de las leyes santas de la fidelidad conyugal. No, porque no puede ser tu amigo quien te envilece y te degrada, por más que todo esto intente con frases cultas y esmeradas y a favor de una literatura encantadora. No, ese es tu peor enemigo, no le abras la puerta de tu honrado hogar, no le franquees el asilo en donde gozan tus hijos é hijas la paz de la inocencia y de la virtud. ¡Envenenaría su alma, y haría corrompida y miserable y desventurada su hermosa juventud!

Tampoco es tu amigo quien excita tus odios y tus insensatos furores. Vivir es amar, pueblo mío, hermano mío; vivir es amar: el odio es el infierno. No escuches la voz que te atiza contra la Autoridad, ó contra la riqueza, ó simplemente contra cualquiera de tus prójimos.

No es tu amigo quien procura hacerte concebir en tu corazón groseras envidias, pintándote cuadros de felicidad que son mentira, pues ni para el rico ni para el pobre es posible en este mundo otra felicidad que la de la resignación. Su-

frirás, pueblo mío, aunque tengas en tu bolsillo los millones de Rostchild. Quien te diga, pues, al oido, ó en la plaza pública ó en el club: ¡repartamos lo ajeno y seras feliz! te engaña miserablemente. Pídele á Dios fortuna honrada: si te la diere dale tú por ello las gracias; si no te la diere bendice su voluntad.

No es tu amigo quien te enseña á despreciar lo respetable y á vilipendiar y cubrir de lodo lo que es superior á tu condición. Eres padre tal vez, y ¿con qué derecho exigiras respeto á tus canas, si ultrajas tú al sacerdote ó al magistrado, y te gozas en verlos en caricatura, bien sea en el papel, ó bien en la escena?

No es tu amigo quien te habla sin cesar de derechos que jamás, jamas podrás ejercer, olvidándose de predicarte deberes que siempre, siempre, tendrás que cumplir. Bajo cualquier forma de gobierno, serás siempre ciudadano, y ¿qué es siempre un ciudadano sino un esclavo de la ley? Y en esta esclavitud de todos ¿no está por ventura la verdadera libertad de cada uno?

Ni en un siglo acabaría mi lista si tuviese que hacértela de todos los que, llamándose amigos tuyos, son para ti pura y simplemente traidores. Algo más de eso diré en otra ocasión. Ojo, mucho ojo, pueblo querido: y si alguna vez, y esas seran muchas, me llamo amigo tuyo, examíname bien á la luz de esta candela que en la mano te he puesto, y que no es otra que la del sentido común ilustrado por el Catolicismo. Verás entonces si yo y los que desde estas humildes páginas te hablamos cada semana merecemos ó no con más razón que otros muchísimos el honroso dictado que encabeza este artículo.

Enero, 1871.

II.

LA RELIGIÓN Y EL PUEBLO.



REGUNTÁBAME días atrás un curioso, por qué razón nuestra *Revista* se llamaba simplemente *Popular*, sin otro nombre ó calificativo que más claramente expresase su contenido y sus tendencias. Sonreíme al oir la pregunta y respondí sencillamente:

—Nuestra *Revista* es religiosa.

—Pues bien: podíase llamar enhorabuena *Revista Religiosa Popular*.

—No, señor mío; sépase que los que andamos metidos en este negocio no gustamos de palabras ociosas.

—Pues no caigo.

—Oigame V., bendito de Dios, y estará luego conmigo. Quien dijo *Revista Popular*, ¿no dijo por esto solo *Revista Religiosa?* Parecerá á primera vista que no; examinando las cosas verá V. que sí.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Nada existe verdaderamente popular como no sea la Religión. Y cate V. como la *Revista* no debió llamarse más que *Popular* á secas, pues intentando que de veras lo fuese y que su contenido correspondiese al título, claro está que no podía ser de otra cosa que de Religión.

Efectivamente, pueblo querido; míralo como quieras, por muy preocupado que estés, has de darme aquí la razón, como acabó por dármela también aquel caballerete preguntador. Entre tantas cosas como se llaman populares ó aspi-

ran á parecerlo, una sola hay que real y efectivamente lo sea, y esa es la Religión. Esto quiero hacerte observar ahora mismo, á fin de que la ames y la practiques, y la defiendes y saques la cara por ella, y te tengas por muy honrado y dichoso con ella, y la consideres como la parte mas principal de tu propio ser y como la cosa más íntimamente enlazada con tu existencia sobre la tierra.

Obsérvalo bien. La primera condición de popularidad que tiene nuestra Divina Religión es el ser universal, es decir, igual para todos. Te gusta á ti la igualdad ante la ley, y tienes ya desde muy antiguo instintos niveladores que no puedes disimular. ¿Verdad que sí? Pues bien; nada más nivelador, nada más amigo de la igualdad, nada mas democratico, en el mejor sentido de la palabra, que nuestra Religión augusta. A todos mide con igual rasero. Para todos enseña que hay un solo Dios, una sola fe y un solo bautismo. Un solo cielo, un solo infierno, un solo juicio, un sólo código. Rey, Papa, ministro, propietario, mendigo, soldado, labrador, sabio, necio, magistrado ó mujercilla, nadie tiene aquí privilegio, ni excepción, ni jerarquía. ¿Sabes por qué? Porque la Religión, aunque acata y venera las distinciones sociales, tiene, no obstante, por principio fundamental la igualdad de las almas, como herederas que son todas de un mismo pecado, el de Adán; y herederas á la vez de una misma redención, la de Cristo.

¡Cómo eleva y ennoblece tu condición esa doctrina, oh pueblo! ¡Pobre obrero, pordiosero infeliz, desvalido anciano del hospital! sois iguales al emperador mas glorioso del mundo. Sois iguales y sois aún superiores á él si es mejor vuestra conducta. Porque, eso sí, una superioridad admite la Religión; una sola, la de las virtudes. ¿Ves esta multitud de nombres que llenan tus calendarios? ¿Ves esta multitud de imágenes que adornan tus templos? Míralos con atención. Unos ciñen corona, es verdad; pero á su lado otros visten la capa raída del mendigo. Aquella fué mujer de la primera nobleza, ésta fué en el mundo miserable esclava. Y la Religión no ha distinguido al rey del mendigo, ni á la señora de la esclava. ¿No es así? Y no obstante, ¡nunca tal vez te habías hecho esta observación tan sencilla, tan

trivial, tan casera! ¡Cuando digo que no conoces como debieras tu Santa Religión!

Tiene aún otra cualidad nuestra Religión augusta para que te sea lo único popular. Es la siguiente: Es la única que puede sacarte de mil y mil dudas que, aunque no seas filósofo, infinitas veces habran debido ocurrirte. Muchas veces te habrás dicho á ti mismo en tus horas de sosiego: ¡Pues, señor! ¿para qué estoy yo en el mundo? ¿Quién me puso aquí y quién puso aquí á mi padre, y al padre de mi padre, y al padre primero que lo fué de todos los padres? Y ¿á dónde voy á parar yo y mis amigos, y todos los que en este mundo hemos vivido, y todos los que después de mí vivirán, que aun prometen ser algunos? Y cuando yo muera, que de fijo he de morir; cuando mi cuerpo frío, pálido y asqueroso se devuelva a la tierra para consumirse allí, eso que en mí vive y piensa, y siente y ama, y goza y sufre, eso que algunos necios quieren negar que yo tenga, á pesar de que me lo siento dentro de mí, eso que llamo *alma*, porque algún nombre le he de dar, ¿á dónde va? ¿quién lo recoge? Pues bien; para todas esas dudas y para muchas otras la Religión tiene una respuesta clara, sencilla, satisfactoria para el sabio como para el rudo, y en un librico de pocas hojas, en lengua vulgar, te lo explica y te lo resuelve, y te deja más satisfecho y tranquilo que lo estuvieron con todas sus filosofías los más renombrados pensadores de la antigüedad. He aquí por que dijo no sé quién, que el único sistema de filosofía posible para el pueblo, ó sea el único sistema de filosofía popular, era la Religión. Y búscalo cuanto gustes, pregúntalo á cuantos quieras, te lo fío yo, y me responde de mi fianza la experiencia de sesenta siglos. No hallarás otro. También, pues, en este sentido es la Religión, como te decía, lo único popular.

Eres amigo de la igualdad, como te dije, oh pueblo lector, y te satisface en esto la Religión, que declara á nuestras almas iguales todas ante Dios, iguales en origen, iguales en

derechos, iguales en deberes. Deseas que te saquen de dudas en lo que atañe á tu principio y a tu fin y á tu existencia sobre la tierra, y también en esto la Religión te llena cumplidamente. Te enseña ella que tu alma es criada por Dios, unida á tu cuerpo por Dios: destinado el uno á ser consumido para resucitar más tarde; destinada la otra á no morir jamás, sino á vivir eternamente en otra vida, de la cual la presente no viene á ser mas que brevísima antesala.

Pero siguiéndole el hilo al artículo anterior, observo aún otra cosa en la Religión, que hace de ella lo más popular que existe sobre la tierra. Y es la relación maravillosa que tiene con todas las necesidades de tu pobre corazón.

Obsérvate bien á ti mismo, pueblo amigo: eres todo, todo corazón. El que quiera apoderarse de ti ha de empezar por tocarte este registro. Hablandote al corazón es siempre seguro el resultado. Lástima grande que, sabiéndolo los falsos amigos de quienes te hablé, también de esto se valen para embaucarte y hacerte cometer mil barbaridades. Pero dejemos éste que es cuento para otro día, que ya sabes no me despedí de esta materia. Por hoy sólo quiero dejar bien consignado este hecho de experiencia: Eres todo corazón. Pues bien: da la casualidad; retiro la palabra... da la Providencia de Dios que nuestra augusta Religión católica es también toda corazón. Con lo cual no es ya de extrañar que tan bien os comprendáis recíprocamente, y tanto os améis, en todas partes en donde la Religión y tú, oh pueblo, os habéis comprendido.

¡Ah! sí: ¡cómo se conoce que el Catolicismo es la única Religión fundada para el hombre, y la única fundada por un Dios Hombre! Si no tuviese yo otras pruebas incontestables y evidentes, ésta por sí sola me inclinaría ya de un modo irresistible en su favor. ¡Es una Religión de corazón! Ha brotado como un chorro de amor del Corazón ardiente de Cristo-Dios, y ha caído con todo el ímpetu de un chorro de amor sobre el corazón del pueblo. Y he aquí el Corazón de Dios y el corazón del pueblo unidos por un vínculo dulcísimo, por medio del cual ambos se estrecharán, y se entenderán, y se amarán. Y ¡sí, es cierto; se han estrechado, se han entendido y se han amado!

Prescindo yo ahora de la operación interna de la Religión sobre nuestros corazones por medio de la gracia. Este asunto no es para hoy. Quiero sólo hacerte notar que aun en lo exterior, de todo cuanto te rodea, nada habla á tu corazón con mayor eficacia que la Religión augusta que profesas.

Su culto, sus Sacramentos, sus misterios, sus prácticas más minuciosas á donde primero se dirigen es al corazón. Para el corazón ha instituído la Iglesia sus hermosas festividades, para moverlo y enderezarlo al bien: para llenar el corazón llena el recinto de tus templos con los acentos del órgano y de la orquesta: para hablar al corazón hace hablar desde lo alto de sus torres mil lenguajes distintos á sus campanas; para romper el corazón, ó siquiera para ablandarlo, tiene la elocuencia de sus púlpitos y la poesía de sus cánticos; todo, en una palabra, para el corazón; para elevarlo, para dirigirlo, para perfeccionarlo. Es toda corazón y á una sola cosa aspira; al dominio del corazón.

De donde saco, oh pueblo mío, otra consecuencia que es más práctica aún, y que te será de grande aplicación. Es la siguiente: Sólo tienes en el mundo un amigo que de veras te quiera, y que jamás te engañe, y que siempre te consuele. Es la Religión.

Enero, 1871.

III.

¡APRENDE, PUEBLO!



ÉAME lícito recoger para tu instrucción, pueblo querido, lecciones de la historia contemporánea, cuando éstas se presenten en acontecimientos de gran bulto, y sean tales que no comprometan en lo más mínimo el lema inviolable de nuestra *Revista*. Porque la doctrina, cierto, sí, es importantísima; pero los ejemplos que de vez en cuando vienen á confirmarla lo son aún mas, sobre toda ponderación. Y cuando estos ejemplos se presentan, no en el recinto obscuro y dudoso de la vida privada, sino que los da una nación entera, ofreciéndolos vivos y palpitantes a las miradas de todo el universo, ¡oh! entonces, un ejemplo de éstos encierra más enseñanza y lleva á los ánimos más firme convicción que cien tomos de marca mayor y letra menuda. Voy al caso.

Sabes, pueblo mío, que una nación vecina, á quien todas las bocas llamaban hace poco la gran nación, ha estado en cruel guerra durante seis meses con otra nación vecina suya. No quiero tomar cartas en favor de uno ni de otro de los dos contendientes: los hijos de ambas naciones son hermanos tuyos y míos, y la sangre de todos debe excitar nuestra compasión, y obligarnos á maldecir una vez mas los horrores de la guerra, hija maldita del pecado. La guerra es siempre un azote terrible así para vencidos como para vencedores. ¡Ay de la mano atrevida ó imprudente que puso fuego á la mecha que ha producido tan espantosos incendios! ¡ay del que

deba presentarse ante Dios con la responsabilidad de tanta sangre, de tanta desmoralización y de tanta ruína! Pero por otra parte, en estas épocas de horribles calamidades es cuando se ponen á prueba las grandes condiciones morales de los pueblos, del mismo modo que las grandes tribulaciones ponen á prueba las virtudes de los individuos. Y la presente guerra, así considerada, por deplorable que haya sido, ha sido también elocuentísima.

Con todo el respeto debido á la desgracia puédese empezar por dejar consignada esta verdad general: Francia, la gran nación, se ha descubierto que era nación muy pequeña. Este es el descubrimiento fatal que ha llenado de asombro á la Europa entera. No lo digo yo, lo dicen a la vez todos los periódicos europeos, hasta los mismos franceses de buen sentido. La Francia no se ha encontrado á la altura de sus necesidades. Ni los gobernantes supieron gobernar, ni los súbditos obedecer, ni los generales acertaron en sus operaciones, ni el soldado hizo por secundarlas. Una sola palabra explica la mayor parte de sus descalabros; palabra vergonzosa, pero verdadera: desmoralización. En este hecho conviene todo el mundo, así como en la espantosa anarquía actual, que acabara de agotar las fuerzas de aquel desventurado país.

Pero no sólo convienen en todo esto los hombres observadores que han venido siguiendo la marcha de tan tristes acontecimientos. Convienen también en señalar su causa. En Francia, han dicho, no había ya virtudes cívicas; la corrupción se había apoderado de todas las clases: un embrutecimiento refinado y de buen tono de las superiores; el egoísmo industrial de las clases medias. Había aún allí almas católicas y fervorosas, sí, pero ¡ay! las costumbres públicas, sobre todo en los grandes centros de población, ya no lo eran; las masas se habían vuelto descreídas é impías. Durante muchos años no se había cuidado de darles á los hijos del pobre pueblo más que pan, vino y cancan. No se veneraba a Dios, ni se respetaba á la Autoridad, y aquel inmenso movimiento mercantil y literario sólo tenía este ideal grosero: ganar mucho para gozar muchísimo. Y este sistema materialista, refutado años ha desde el púlpito de Nuestra Señora por el P. Félix, está dando ahora los espan-

tosos resultados que predijo con voz de trueno aquel esclarecido jesuíta: vergüenza y degradación. Los hombres ansiosos sólo de ganar y de gozar, no han sabido defender ni sus tesoros ni sus placeres.

Atiende á una cosa, pueblo querido. Que una nación salga vencida en una lucha colosal como la presente no sería en rigor ignominioso: lo que sí lo será siempre es el modo con que ha sido vencida la Francia. Después de haber llamado á los enemigos, los ha favorecido constantemente con su miserable proceder. ¿Recuerdas lo que anunciaron todos los periódicos sobre el primer campamento de guardias móviles establecido en las inmediaciones de París al empezar la guerra? Oye, pues, y ruborízate. Los jóvenes parisienses alistados no pudieron prescindir en su campamento de los hábitos de corrupción de la ciudad, y frente á frente del enemigo llevaron como equipaje de guerra... ¡casas de prostitución! ¡Y el Gobierno vióse precisado á consentirlo como otra de las necesidades de aquellos valientes! ¡Horror! ¡vergüenza! ¿Qué había de suceder tras esto? Precisamente lo que ha sucedido.

Esta es historia pura. No la compongo yo, por más que parezca increíble. No hago más que recogerla. Oye como lo declara en alta voz un esclarecido francés en un periódico religioso. «Hemos recogido, dice, lo que habíamos sembrado; y por la amargura de los frutos estamos en el caso de poder apreciar perfectamente bien el valor de la semilla. No es una fuerza exterior la que nos abate: esta fuerza exterior, por poderosa que haya sido, jamás nos hubiera podido reducir al polvo de la nada, si la disolución interior no nos hubiese puesto en el caso de no poder resistir á ella. Nuestra agonía presente es el resultado de nuestros vicios más que de la insaciable ambición de nuestros enemigos.»

Lo que sí va por mi cuenta, es la deducción que de todo esto voy á sacar para tu enseñanza, pueblo de mi corazón.

¡Aprende, pueblo! No es una gran nación la nación irreligiosa, por muy rica y poderosa que sea. No es un gran pueblo el pueblo descreído, por más que extienda sus manufacturas por todo el mundo, y gane dinero y tenga diversiones con que distraer la vida. No, no. Un pueblo ateo ha de

ser por precisión un pueblo corrompido, y un pueblo corrompido no puede ser un pueblo de valientes. La impiedad es madre de la corrupción, y la corrupción engendra todas las ignominias privadas, políticas y sociales. Todo pueblo corrompido ha parado finalmente en esclavo, primero de sí mismo, y luego de sus vecinos. Si quieres ser valeroso en la guerra, seas religioso y creyente en la paz: la mano que sabe santiguarse humildemente, sabrá, cuando convenga, blandir la espada. La frente que se inclina con fervor ante Dios y el sacerdote no temblará ante los enemigos de la patria. ¿En qué consiste todo el secreto del valor militar? En saber morir. Pues bien. El mejor cristiano es el que mejor sabrá morir. Para saber morir se necesita un corazón muy fuerte, y este corazón fuerte no se templa en los ardores de la lascivia, sino en el fuego de la fe. El hombre sumido en la brutalidad de sus groseros instintos se convertirá en débil mujercilla en la hora del peligro, y sobre los trofeos de su derrota merecerá se escriba esta frase severa, pero elocuente, que un escritor muy respetable ha hecho resonar en Europa hablando de Francia: Todo lo ha perdido incluso el honor.

Religión, Religión, éste es el primer elemento con que han de contar los pueblos para ser grandes. La Religión es para las naciones lo que el alma para los cuerpos: centro de unidad, energía del corazón, fuente de todo movimiento, freno de todo desorden, lazo admirable que de miembros dispersos constituye un solo ser. Nuestra España lo mostró al mundo hace sesenta años en un caso muy semejante. El mundo nos vió invencibles, porque éramos profundamente religiosos. ¿Seríamos invencibles ahora? No quiera Dios someternos á tan ruda prueba.

Cuando te digan, pues, ¡oh pueblo mío! que la Religión es propia de las almas débiles, y de los corazones apocados y encogidos, responderás que lo que encoge y apoca y debilita los corazones es la corrupción, hija de la impiedad y del desprecio de Dios. Y si no quieren creerte, cítales no más que dos fechas y dos hechos, 1808 y 1870. La guerra de España con Francia, y la guerra de Francia con Alemania. En la primera, una nación pobre, atrasada, pero firmemente religiosa, vence y expulsa en lucha de seis años á los ejércitos del pri-

mer militar de los siglos modernos. En la segunda, una nación brillante, rica y adelantada, pero corrompida, es aniquilada en seis meses, quedando á discreción del enemigo. Y si algo valen los hechos, si algo enseña la historia, medita, compara y resuelve.

Febrero, 1871.

IV.

ALGO SOBRE CARNAVAL.


o voy, lector amigo, á lanzar sin ton ni son anatemas y vituperios. Quiero, sí, permitirme algunas ligeras reflexiones, harto motivadas por lo que durante estos tres días está desgraciadamente á los ojos de todos. Hablemos hoy de Carnaval, si hemos de guardar en todo aquella suprema ley de oportunidad tan popularmente consignada en el refrán: «Cada cosa á su tiempo, como los nabos en Adviento.»

¿Qué es el Carnaval? Meditándolo un poquito he venido á forjarme de él la siguiente definición, que buena ó mala será la mejor donde no hay otra. Con ella estarán conformes todas las personas de buen sentido, y esto me basta. Es el Carnaval una tregua ó plazo concedidos por la sociedad á los hombres formales para que durante tres días puedan á sus anchuras hacer del niño, del loco y del bufón.

De esta definición, y del modo como la realiza en la práctica gran parte del público en nuestros tiempos, saco ahora, pueblo mío, para tu régimen y gobierno las tres deducciones siguientes:

El Carnaval es siempre ridículo.

El Carnaval es frecuentemente inmoral.

El Carnaval es muchas veces antirreligioso.

Y como tienes el derecho imprescriptible de exigirme las convenientes explicaciones, voy á dártelas sin demora.

Es siempre ridículo. El Carnaval es el hombre poniéndose á sí mismo en caricatura, y consiguiéndolo casi siempre. No es un brillante alarde de valor ó de gentileza como los antiguos torneos. Allí la soltura en el manejo de las armas, lo vistoso de los arreos, lo discreto de los motes y divisas, la natural satisfacción de acreditar apostura y gallardía ante un selecto é interesante concurso, daban a estas diversiones un caracter de nobleza y dignidad, que aun ahora, à la distancia de algunos siglos, hacen que nos conmueva y aficione su poética descripción. Ni es siquiera el Carnaval lo que mas tarde se llamó *mogiganga,* ó sea representación simbólica de algún asunto histórico nacional ó religioso. Ni es la representación callejera de escenas mas ó menos populares, como las que tienen lugar en las fiestas de muchas de nuestras poblaciones. No, nada de eso. El Carnaval no es más que el reinado de lo grotesco, de lo ridículo, que frecuentemente no llega à ser tal, sino que se queda en los límites de lo chavacano.

Empero, ni de él hubiéramos hablado, si de ahí no pasase; pero pasa, sí, señor, y mucho y muchisimo. Ademas de ser siempre ridículo es frecuentemente inmoral.

Seamos francos, pueblo hermano; ¿por qué razón suspiran por el Carnaval y lloran su brevedad los mocetones del trueno y las muchachas descocadas? No me llames malicioso si te lo digo, así, al oído, que nadie lo oiga, mas que tú y yo. Es porque el Carnaval es una verdadera expansión de libertinaje. Los peluquines de antaño y las narices de cachiporra no son lo que entusiasma a los verdaderos devotos del Carnaval. Esta parte déjase para los bobos. Los inteligentes que gustan internarse en todas las honduras de esta temporada, saben que nunca es mas descarada cierta porción del bello sexo que cuando se presenta con dos caras, y que la tupida mascarilla de raso tapa juntamente el rostro y la vergüenza. Y saben que el impudor y la desenvoltura, proscritos durante el año de la sociedad, y relegados à ciertos barrios bajos de las ciudades, se pasean en estos tres días sueltos y desembarazados por los grandes salones, en donde es de mal tono la modestia cristiana, y considerado como enojosa traba el porte señoril de las mujeres honradas. ¿Diré

que no lo sean las que se prestan á servir de salsa y estimulante en estos banquetes de sensualidad y lujuria? No lo diré yo, dígaselo allá su conciencia, que bien la tendrán ellas como cada hijo de vecino.

Mas, no es esto solo: la impiedad aprovecha el barullo y desorden de tales días para poner en caricatura no sólo al hombre, lo cual es simplemente ridículo, sino al mismo Dios, lo cual es horriblemente sacrílego. No pasa año ¡ay Dios! sin que las almas católicas tengan que llorar escandalosas profanaciones de nuestra fe, de nuestro culto y hasta de nuestros Sacramentos. El augustísimo misterio de nuestros altares es objeto de escarnio todos los años en multitud de poblaciones que tienen Autoridades católicas. ¡Desdichados! El Sagrado Viático que vilmente parodiais, ó permitís sea vilmente parodiado, no llegará tal vez á tiempo á la alcoba de vuestra agonía el día que le llaméis en medio de las últimas congojas. ¡Infelices! He visto con mis propios ojos la horrible parodia que me hizo estremecer de indignación y de dolor, y he visto luego el castigo de Dios sobre los sacrílegos profanadores. ¡Pueblo de mis entrañas! ¡No insultes al buen Dios que ha de ser tu postrer consuelo y el último confidente de tus mortales angustias! No, no. Diviértete enhorabuena; sí, ríe, baila y loquea; ¿es acaso necesario insultar á Dios para que te hartes de eso hasta la indigestión?

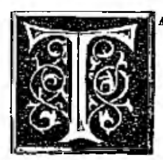
Por esto la Religión se cubre de no sé qué severa tristeza en estos tres días. Sabe lo que en ellos sufren la honra de Dios y la moral pública, y reúne en torno de sus altares á sus hijos mas fieles, como en el día de la tribulación junta el padre al rededor de sí á toda la familia para compartir con ella su pesar y su melancolía. Estos tres días lo son en todas las iglesias de reparación y de desagravio. Nunca como en ellos ha sonado tan majestuosa la campana, dominando con sus dobles lentos y reposados la algazara y bullicio de las calles y plazas. Nunca en el fondo de la obscura nave ó en las solitarias capillas se oyó tan dulce la armonía del órgano contrastando con los estrepitosos acordes de la música mundanal. El sagrado recinto parece entonces puerto seguro, y la muchedumbre loca y alborotadora del exterior diríase el estruendo de olas encrespadas que se rompen con

furor contra los muros de la casa de Dios. El tabernáculo de par en par abierto, la Hostia Santa brillando en el centro de la custodia de oro, la iluminación sobria y severa, el ambiente perfumado de incienso, la dulce y silenciosa conversación de cien y cien corazones con el Corazón Sacratísimo de nuestro Dios, he aquí, pueblo amigo, las escondidas dulzuras á que te convido, he aquí lo que debe significar para ti, si eres católico de veras, el Carnaval.

Febrero, 1871.

V.

FRUTA DEL TIEMPO.



¡TAL vez, lector, no has cumplido aún con la parroquia! Y no obstante la Cuaresma acaba de entrar en la segunda mitad, y florecen ya en nuestros bosques y jardines las olorosas violetas cuyo color morado de penitencia recuerda, según un dicho de nuestro pueblo, la época de ir á confesar. Y pronto, muy pronto, entraremos en la semana de los grandes misterios, la Semana Santa; ¿y osarás parecer ante la presencia de Jesucristo Sacramentado en el monumento en aquellos solemnes días, con el alma sucia y aun no reconciliada? ¿Y cantaran luego cielos y tierra los hermosos aleluyas de la Pascua de Resurrección, sin que pueda también repetirlos tu corazón resucitado?

Vamos a ver, amigo mío, ¿y por qué no habrías tú de confesarte? ¿crees que se rebaja el hombre por reconocer que en alguna cosa ó en muchas ha obrado mal y ha disgustado á su Dios? ¿Piensas que has de valer menos cuando después de reconocerlo te decidas a obrar mejor, y á vivir en adelante con Dios en mas amistosas relaciones? Pues bien, la confesión no es más que eso.

—En alguna cosa tenéis razón. Conozco que he faltado, y mucho. No siempre he sido buen hijo, buen padre ó buen esposo. Alguna vez he procedido con poca delicadeza en mis negocios y muy á menudo me olvidé de mis deberes de

hombre y de cristiano. Tal vez no me he acordado de Dios, ni he pisado en muchas semanas la puerta del templo, ni ha salido una oración de mis labios. He hablado en cambio un lenguaje asqueroso, he escandalizado á los míos, he tenido hábitos perversos, y he cometido acciones infames. Más de una vez me pregunto asustado: ¿Quisieras morir en este instante? Y á pesar de mi aparente tranquilidad una voz secreta me responde aterradora: ¡No! ¡líbreme Dios de tal desgracia! ¡Qué sería de mi alma en tal estado! En fin, conozco que un día he de echar en ella un remiendo que valga la pena, porque mi vida de hoy es un desorden espantoso, y francamente... no quiero morir así.—

Lector, nunca tal vez le habrás hablado de este modo á hombre alguno, pero dime con lealtad: ¿No es cierto que así te has hablado muchas veces á ti mismo? ¿No es cierto que has tenido horas de remordimiento y de pavor en que has envidiado la tranquilidad de las conciencias arregladas? ¿No es cierto que mil veces has deseado que una mano amiga sondease tu corazón, y buscase y arrancase de allí la acerada espina que á cada momento te está punzando? Mira, pues; esa mano amiga es la del confesor, hombre como tú, pero representante de la autoridad de Dios, que por medio de la Iglesia le ha conferido sus poderes.

¡Cuan dulces son en la confesión los desahogos del alma atormentada por el remordimiento! Mil veces he pensado que no podía Jesucristo discurrir para nuestro consuelo un medio más eficaz que la confesión, ni más adecuado á los sentimientos y necesidades del pobre corazón humano. La confesión es humillación, cierto; pero es también dulcísima confidencia. Nuestro Dios sabía que para cierta clase de penas no halla nuestro corazón remedio más seguro que contarlas. Referirlas es tenerlas ya medio aliviadas; lo restante haránlo las palabras de resignación, los consejos para alentarnos en la buena senda, y sobre todo aquel suavísimo *Yo te absuelvo* que borra del libro de nuestra vida todo lo pasado, y le devuelve á nuestro ser la integridad de sus años de inocencia que se creían ya para siempre perdidos.

Decíame una vez un pobre hijo del pueblo que había vuelto á la Religión después de muchos años de culpables

extravíos: «Yo, señor, cuando me hube confesado, movido y convencido por los sermones de cierta fervorosa Misión, experimenté en mi alma el mismo bienestar y satisfacción que experimento en mi cuerpo los domingos al dejar la camisa sucia, grasienta y pegajosa del taller y al ponerme la limpia.» Y esta comparación, aunque vulgar, parecióme exactísima. Sí, esto debe de sentirse. Una respiración mas libre, un aire nuevo, mas holgura en los movimientos, más complacencia en mirar al cielo, mas serenidad, y para decirlo con una palabra que las comprende todas, mas paz. Paz, sí, ésta es la palabra.

Dime, lector, si andas alejado de Dios, ¿cuántos años ha que falta de tu alma la paz? Tantos por lo menos como faltas tú en el cumplimiento de la parroquia. ¿Quieres paz? Resuélvete de una vez, piénsalo unos momentos, echa una ojeada sobre tu conciencia, da un paso mas y has concluído.

No sueltes jamas aquella excusa á la vez necia é impía: «Yo no me confieso mas que con Dios.» Los que tan orgullosamente blasonan de confesarse con Dios es seguro que jamás se acuerdan de que Dios exista. Es tan ridículo esto, como si un criminal convidado a presentarse á indulto ante las Autoridades, dijera: «Yo no me presento más que al Rey.—Pero ¿si el Rey no quiere que te presentes a él, sino á los que él ha elegido para representarle, y para juzgar y perdonar en su nombre?—Nada, lo dicho; no entro en tratos sino con Su Majestad.» ¿Sabes qué le sucedería, oh lector, a quien anduviese de esta suerte difiriendo el presentarse á las Autoridades? Cogeríale tal vez la fuerza pública, ó alcanzaríale tal vez un tiro de la guardia civil antes de presentarse, y pagaría muy caras sus tonterías. Aplica el caso. Dios ha declarado no querer entenderse contigo sino por la intervención de sus sacerdotes. Tienes el indulto á tu lado. ¿Quién sabe si mientras rehusas aceptarlo bajo las condiciones con que se te ofrece, te salteara la muerte, que tiene un gusto particular en pillar á los desprevenidos?

Créeme, llegarás aún á tiempo. ¿Qué te detiene? ¿La vergüenza acaso? ¡Mal pecado! ¡Lo que no te sonrojas de cometer en público, aquello de que te alabas entre tus compinches, lo que sabe tal vez de ti toda la vecindad, eso te

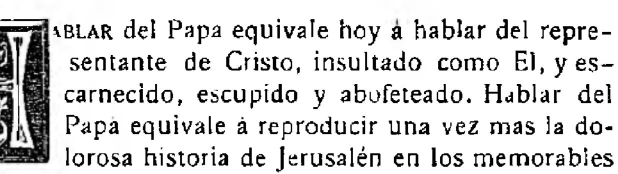
avergüenzas de decírselo al oído á un hombre solo, que no lo dirá ni á su padre, ni lo extrañará, porque á fuerza de oir tantas cosas está ya curado de espantos! ¡Válgame Dios! ¿Y por tan frívolos motivos renuncias á la tranquilidad de tu vida, al éxito de la muerte, y á la dicha de toda la eternidad?

¡Sería cosa de ver que después de leído este artículo no te fueses á confesar! ¡A ver cómo pasas ocho días mas! Oyeme bien, por última vez. Puede que estas cuatro líneas bien intencionadas que acabas de leer sean el principio de tus consuelos. Si no es así, yo te lo aseguro en nombre de Dios y de la experiencia: serán un día tu remordimiento.

Marzo, 1871.

VI.

ECCE HOMO!



HABLAR del Papa equivale hoy á hablar del representante de Cristo, insultado como Él, y escarnecido, escupido y abofeteado. Hablar del Papa equivale á reproducir una vez mas la dolorosa historia de Jerusalén en los memorables dias que vamos á solemnizar. Hablar del Papa equivale á mostrártelo en el balcón en medio de un cortejo de sayones y verdugos, entre la gritería de un populacho feroz. Por esto no hallé epígrafe mejor para mi artículo de hoy que el grito aquel de Pilatos al mostrar á las turbas la figura ensangrentada del mansísimo Jesús: *Ecce Homo!* ¡Sí, he aquí también entre nosotros el hombre de dolores! ¡he aquí la gran víctima del siglo! ¡he aquí el gran mártir! *Ecce Homo!*

Y en verdad, mi querido lector: el parecido entre el original y el retrato no puede ser más exacto; la semejanza no puede ser más completa.

¿Qué mal había hecho Cristo? Ninguno; sus mismos enemigos no pudieron hallar tacha en su vida. Había llenado de beneficios á todo el mundo. Pobres y ricos tenían con Él igual amistad; trataba con amorosísimas entrañas á los pecadores, y era, en la significación más hermosa de la palabra, el hombre del pueblo.

¿Qué mal ha hecho el Papa? Ningún enemigo suyo ha podido decírnoslo hasta ahora. Sus mismos opresores confiesan

su inagotable bondad y los favores que les ha dispensado. El Pontificado ha salvado mil veces al mundo, y todavía lo salvaría ahora si se le dejase ejercer su sublime misión. Ningún nombre de Europa es tan popular como el suyo. Un día pidió soldados, y soldados volaron allá de las cinco partes del mundo; otro día pide limosnas, y el oro del rico y el ochavo del pobre corren á ríos hacia su mano sagrada. Cada quejido suyo resuena en millones de corazones, y cada bendición suya es acogida con respetuoso ademán por millones de frentes. ¡Y no obstante, hay quien le llama enemigo del mundo, enemigo del pueblo! No lo extrañes; también se dijo de Jesús que era embaucador.

¿Quién mató al Salvador? La falsa política, amigo lector; la falsa razón de Estado; la legalidad de entonces, entendida á gusto de magistrados perversos; y como sanción de todo, un plebiscito, el sufragio universal. Lee bien la historia de la Pasión que estos días se canta en el templo, y veras que los fariseos hipócritas empezaron á maquinar contra Jesús por motivos de orden público, por supuestas conspiraciones contra la autoridad del emperador, por interés de la patria.

¡Miserables! ¡Cuán lejos estaban de imaginar que á la distancia de dieciocho siglos hallarían imitadores! ¿Quién oprime ahora al Papa? Un rey ambicioso en nombre de no sé qué derechos de la nación; unos ministros movidos por falsas razones de política, que en el fondo no son sino excusas del odio. Y para que sea más completa la semejanza invocan la autoridad del pueblo: un puñado de ilusos, vendidos al oro piamontés y ebrios de furor revolucionario, representan la farsa del sufragio universal. Y el clamoreo de esta turba vil se llama voluntad de los pueblos, y en nombre de esa voluntad mentira se dicta la inicua sentencia. ¡Y entre tanto el autor de todo se lava como Pilatos las manos, y dice con calma: ¡Soy inocente! ¡los pueblos lo quieren así!

Pero ¿se desean todavía más semejanzas? Sí; las hay mayores todavía.

¿Ves á los enemigos de Jesús, á los soldados del pretorio, después de haber azotado á su inocente Víctima, hacerle sentar, cubrir sus carnes desgarradas con una vieja púrpura,

ponerle en sus manos un cetro de mofa, y apretarle en las sienes una corona de espinas? ¿Ves cómo van uno tras otro arrodillándose delante de Él, saludándole por rey de los judíos, y dándole de paso pescozones, y atreviéndose á su rostro sacratísimo con inmundas salivas y bofetadas?

Pues vuelve la hoja, lector, y mira si hallarás igual la historia de hoy. También el pobre Pío IX es llamado padre por sus verdugos, hartos de azotarle. ¿No se ha atrevido Víctor Manuel a pedirle hace poco su bendición? ¡y no le está proponiendo una independencia y unas garantías que no han de ser sino el cetro de caña y la corona de espinas y el manto real de burla! ¡Infelices! ¿A quién queréis engañar aquí? ¿A Dios? ¡Pero si Dios lee la infamia de vuestras ocultas intenciones! ¿Al Papa? ¡Si el Papa os ha dicho ya que la majestad que le proponéis es una majestad irrisoria! ¿A los pueblos tal vez? ¡Pero si los pueblos saben ya de memoria siglos hace la historia de la Pasión, y encuentra allí todos vuestros retratos! ¡Todos, sí, desde el de Judas que vende por avaricia, y el del fariseo que compra por rencor, hasta el del magistrado que falla por respeto humano, y el de la turba callejera é inconsciente que vota la muerte de Cristo y la libertad de Barrabás! ¡Si todos estáis allí retratados en aquella ignominiosa galería, y no se borrará jamás de vuestros nombres el mismo sello de oprobio que llevan diecinueve siglos ha los deicidas de Jerusalén! ¡Estáis repitiendo una tragedia siglos hace representada!

¡Lector! en la sangrienta escena de Jerusalén no sólo hubo traidores y homicidas, sino también perjuros y cobardes. Hubo un Pedro que negó con juramento haber conocido jamás á su Maestro. Hubo unos Discípulos que huyeron apenas arreció la borrasca. Hubo ingratos que olvidaron que el Salvador había curado sus enfermos, resucitado sus muertos y acariciado sus niños, y contribuyeron al crimen horrendo con la complicidad del silencio. ¿Será cosa de que tú también halles tu propio retrato entre estos tipos vergonzosos? ¿Has ocultado jamás tus simpatías por el Papa por temor á sus enemigos? ¿Le has negado en conversaciones, en familia ó en la plaza el testimonio de tu fidelidad? ¿Has rehusado la honra altísima de ser llamado por su causa *neo, rancio,*

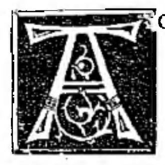
ó *atrasado?* Yo no sé si los amigos cobardes han causado mas daño á la causa de la verdad que los enemigos encarnizados. Si eres de los primeros, avergüénzate y sacude tus respetos humanos. Aquí como en Jerusalén es preferible ser del corto número de los que lloran a ser de la muchedumbre de los que triunfan. Y mira que hay llantos de pasión que se truecan luego en alegrías de resurrección, y hay triunfos farisaicos que paran al fin en confusión y derrota.

¿De quiénes hubieras querido ser tú en Jerusalén el día del Viernes Santo, de los que lloraron ó de los que rieron? Averígualo durante la próxima semana, y esto te dirá de quiénes has de ser ahora, si de los que gimen al rededor del Papa afligido, ó de los que cantan himnos á sus viles opresores.

Abril, 1871.

VII.

¡ALELUYA!



CARICIADA por las primeras sonrisas de la primavera nos ha llegado la hermosa solemnidad católica de la Pascua: saludémosla con todo el júbilo de nuestras almas, pueblo lector, y abandonémonos por completo á las dulces reflexiones que ella inspira.

Asi como la Semana Santa es el recuerdo de nuestra primera persecución, la Pascua es, pueblo mío, el recuerdo de nuestra primera victoria. Los fariseos matando al Redentor y encerrando bajo sellos su cadaver sangriento en el sepulcro, habian creido matar y enterrar con El á la doctrina que aborrecian. Pues bien, ni lo uno ni lo otro sucedió. El Cuerpo sepultado rompió los sellos de la Sinagoga y abrió la piedra del sepulcro; y la doctrina aborrecida, aquella doctrina santa y divina, ahí la tienes llenando al mundo después de dieciocho siglos, y haciendo repetir á sus fieles creyentes el gozoso aleluya que de generación en generación ha llegado hasta nosotros. El triunfo de los impíos fué de tres días escasos: al empezar la tarde del viernes paseaban orgullosamente delante de la cruz, meneando la cabeza con aire de mofa é insultando con desapiadados sarcasmos la dolorosa agonía del Hombre Dios: ¡la aurora del domingo alumbró ya la ignominia y confusión de su derrota! Los Discipulos, y la purísima Señora, Madre tuya y mía, lloraron el viernes

los horrores de aquella tragedia cruel que privaba á los unos del Maestro y a la otra del Hijo tan amado: ¡al amanecer del domingo sus lagrimas ya no eran sino de regocijo, y la Reina de los cielos no recibia ya de los suyos muestras de compasión sino festivos placemes y enhorabuenas!

¡Aleluya, lector! ¡aleluya tres veces y ciento y mil! ¿Eres católico, y miras con lagrimas el menosprecio de tu Religión, la ruína de sus altares, la dolorosa pasión de su augusto Jefe? ¿Eres católico, y oyes con dolor todos los días el frío sarcasmo de la impiedad. que como agudo puñal traspasa tu corazón piadoso? ¿Eres católico, y te indigna y te contrista y te agobia la irrisión de tus enemigos, y la loca embriaguez con que al pie de la cruz celebran su pasajera victoria? ¿Lloras? ¿gimes? ¿sufres horriblemente?

Pues bien; ¡aleluya, te digo yo, y mil veces aleluya! Todo eso pasará, como pasó la fiera borrasca del Calvario; porque la hora del hombre es breve, y en cambio la hora de Dios es la eternidad. Pasará, sí, y no dejara otro rastro que el que dejan todas las amarguras; es decir, la dulce satisfacción de haberlas pasado, sin otro resultado que el de todos nuestros combates; es decir, la gloria de haberlos vencido.

Muy significativo es para nosotros que en la primera página de nuestra historia nos hallemos ya con tan recia persecución, y con el cruel espectaculo de un patibulo rodeado de verdugos. Pero muy significativo es también que esta primera persecución termine en tan breve plazo con tan gloriosos triunfos. Si fuese yo enemigo de Cristo, como lo son tantos desgraciados hermanos míos, aunque no creyese en El por la fe, esta sola observación histórica me haria temblar de pies a cabeza. Diriase que Dios ha querido hacernos perder el miedo á la persecución, mostrándonos ya desde el principio los supremos rigores de ella en su divina persona: diríase que ha querido darnos prendas y fianzas de nuestra victoria, enseñandonos ya desde el primer día la suya. ¿Qué otra cosa dicen, en efecto, aquellas sus palabras tan enérgicas y elocuentes: «En el mundo tendréis persecución, pero confiad; Yo he vencido al mundo?» Y hoy, de pie sobre la lapida de su sepulcro, teniendo á sus plantas vencidos y deslumbrados á los soldados de su guardia, radiante con la

luz que á torrentes brota de sus llagas de ayer, no parece decirnos á nosotros, víctimas como El y crucificados, y como El agobiados y escarnecidos: «¡Mirad! ¿qué puede hacer más el infierno de lo que ha hecho contra Mí? ¿Qué triunfo puede ya obtener del cual se pueda creer más satisfecho que del de estos días? ¿No me había preso? ¿No me azotó? ¿No me puso pendiente de tres clavos en un palo? ¿No me encerró bajo sellos en un sepulcro, como si hasta de mi cadáver tuviese recelos? Pues bien; miradme hoy, y aprended de Mí; ¡mi persecución ha sido el preludio de otras persecuciones, pero mi victoria lo será de otras victorias! ¡El infierno dió ya la medida de lo que puede hacer contra Mí! ¡Yo la he dado también de lo que puedo hacer contra el infierno! ¡La muerte y vida anduvimos luchando en un duelo formidable: la muerte yace á mis pies vencida; el caudillo de la vida reina ya para no más morir!»

Esta voz elocuente sale aún, lector mío afligido, del sepulcro abierto por el Salvador triunfante hace dieciocho siglos. Esta voz que en combates mil ha alentado á los hijos de la cruz, ésta sostenía á los Mártires en sus luchas con los emperadores paganos; ésta nos sostendrá á nosotros en las fieras luchas de hoy. Que lo son, sí, y no hay para que ocultarlo; pero, amigo mío, no se vence si no se lucha, y no se triunfa si no se vence. Esta sea tu fe, ésta tu esperanza, ésta la enhorabuena que te mando hoy en nombre de Cristo resucitado.

Abril, 1871.

VIII.

¡ADELANTE!


os católicos de Barbastro y su comarca acaban de celebrar una peregrinación magnífica, imponente, al santuario de Pueyo, uno de los más venerados del reino de Aragón. Más de quince mil personas fueron allá en procesión el domingo 30 de Abril, fiesta del Patrocinio de San José, á orar por el Romano Pontífice oprimido, y á dar público testimonio de su entusiasmo religioso.

En esto como en otras cosas pertenecientes á Religión debimos llevar la delantera, y en esto como en otras cosas nos vemos obligados á ser simples imitadores. Las romerías á los santuarios célebres vienen celebrándose ya desde mucho tiempo por el pueblo en favor del Romano Pontífice, en Bélgica y Alemania, y aun en la protestante Inglaterra y en los Estados Unidos. Circunstancias especiales, que no es del caso consignar aquí, nos han hecho permanecer hasta ahora mudos espectadores de tan hermosos ejemplos. Los aragoneses han sido los primeros en romper el silencio. El primer ensayo ha sido brillante. ¿Por qué no ha de oírse en toda España un grito de ¡Adelante! que á todos nos mueva á continuar lo comenzado; un grito de ¡Adelante! que levante en peso aldeas y ciudades hacia los lugares que en nuestro suelo han hecho célebres la fe, la historia ó la tradición? ¿Qué nación más favorecida que la nuestra con excelentes condi-

ciones para este objeto? ¿Qué pueblo en el globo tiene santuarios como los de Montserrat, de Zaragoza, de Santiago de Galicia y de Covadonga? ¿Qué pico de los nuestros no luce como espléndido coronamiento una ermita, ó que valle no la esconde entre sus verdes enramadas?

La romeria católica tiene dos objetos elevadísimos, que la hacen en todos tiempos, y hoy mas que en otro alguno, recomendable. La oración y la manifestación.

La oración individual es poderosísima, pero Cristo ha prometido escuchar con mayor atención la colectiva. La oración de muchos se presenta al trono de Dios con el sello de la unión, que ha hecho de muchos corazones un solo corazón para dirigirla, y Dios ama con preferencia esta unión de corazones movidos hacia El por una misma fe, sostenidos en El por una misma esperanza, ligados con El por un mismo lazo de caridad. Y esta oración de todo un pueblo es por lo mismo más fervorosa, que también en el orden moral como en el orden físico los corazones se alientan con el contacto mutuo, y se comunican uno á otro su fuego y sus latidos. Y esta oración de todo un pueblo, confiado á la intercesión eficaz del Patrono ó Patrona a quien se profesa particular veneracion, ¿cómo no habra de salir por necesidad más encendida y ardiente que la que en circunstancias ordinarias dirige á Dios cada alma aislada desde el fondo de su soledad?

La manifestación es otra ventaja de la romeria católica. La manifestación ha sido siempre utilísima; hoy es de todo punto indispensable. En nuestro siglo vivir es manifestarse. Nada, ni aun el furor de nuestros eternos enemigos, puede sernos tan perjudicial como la inacción y el quietismo. Manifestémonos para contarnos: si nos convenciésemos de que somos los más no nos arredrarían con tanta facilidad nuestros perseguidores, que son los menos. Manifestémonos para conocernos; si procuramos que salgan al público todas las caras, presto quedaran deslindados los campos: en toda guerra no es poca ventaja conocer bien á los enemigos. Manifestémonos para obligarnos; una vez hubiéremos ofrecido en público nuestro alarde de católicos, ya no nos será lícito retroceder sin mengua; el mismo amor propio nos forzará a ser consecuentes, si algo vale aún esta asendereada palabra.

Y ¿qué es manifestarse? Y ¿qué ha de ser sino hacer uso siempre y en todas partes de todos los derechos que la ley nos conceda? Combatir en todos los terrenos, aun en los menos favorables á nuestra causa. Cada siglo tiene su fisonomía, y las luchas de la Iglesia ofrecen en cada uno su carácter particular, hijo de las circunstancias. Los paladines de la Edad media, que no sabían más que andar á tajos y lanzadas con la morisma, escribirían hoy artículos y folletos contra los moros del día, ni menos numerosos que aquéllos ni menos temibles. Los que volaban con tanto ardor á los abrasados campos del Asia, acudirían hoy al Ateneo católico, ó á la Academia, ó á la Romería, ya que á esotros terrenos se ha trasladado la lucha. Vivamos, pues, la vida de nuestro siglo, como ellos vivieron la vida del suyo, y sin perjuicio de que haya quien esgrima la espada cuando conviniere (como tantos jóvenes católicos lo han hecho en defensa del Papa), esgrimamos hoy por hoy el arma pacífica de la oración y de la manifestación, que todos, aun los débiles, podemos manejar. Manifestémonos; levantemos el espíritu popular, en algunos puntos lamentablemente decaído; establezcamos al través de las masas corrientes de electricidad católica, ya que tan buena maña se dan nuestros enemigos en establecerlas de electricidad revolucionaria; agitemos, enardezcamos, hagamos subir hasta los poderes del cielo y de la tierra el clamoreo de nuestros derechos, pese á quien pese y cueste lo que costare.

Pese á quien pese, he dicho, y no retiro la frase, que podrá parecerle á algún tímido sobradamente enérgica. Pese á quien pese, porque con motivo de la peregrinación de Pueyo han soltado ya sus declamaciones acostumbradas ciertos apóstoles de falsas libertades, que pretenden negárnosla á nosotros de hacer lo que mas nos diere la gana dentro de la legalidad sancionada por ellos mismos. Pues que, ¿los meetings de la Internacional, en que se escupe á Dios y se barrenan los cimientos de la sociedad, habrían de ser lícitos, y no podrían serlo las reuniones del pueblo católico, en uso de su libertad de conciencia?

¡Adelante! El primer paso está ya dado. Ciudades y aldeas, clero y pueblo, ricos y pobres, ármense para esta cruzada

pacífica con tanto esplendor iniciada. ¡Adelante! El mes de Mayo, que ofrece tan hermosa florescencia de devoción en nuestra patria, ¿no podría terminarse en muchos puntos con una poética romería? ¡Adelante! ¿No lo quiere Dios? ¿Qué falta, pues, sino que lo queramos nosotros?

Mayo, 1871.

IX.

¡POR EL PAPA-REY!



RÓXIMA está, pueblo lector, la fecha suspirada, la fecha que doscientos millones de católicos van á celebrar en todo el universo como verdadera fiesta de familia, puesto que verdadera familia es la que gobierna desde su combatido trono el inmortal Pontífice que hace veinticinco años colocó en él la mano de la Providencia.

Próxima está ya; mírala, lector mío; la alcanzamos casi con la mano; menos de una semana se interpone sólo entre nosotros y ella; ¡un paso más, y nos hallamos en el 16 de Junio de 1871!

¡El 16 de Junio de 1871! Si Pío IX vive entonces, como lo hace esperar su pasmosa robustez, el Catolicismo verá aquel día un acontecimiento que no ha visto desde mil ochocientos cincuenta años atrás; desde el primer Papa, desde San Pedro, el pescador elegido por Jesucristo.

Y aquel día sera un gran día. ¡Oh, sí! aquel día será memorable por varias razones.

Por el inmenso favor otorgado por Dios á su Iglesia con la conservación de la vida preciosísima de su esclarecido Vicario.

Por la inmensa manifestación católica que con este motivo se levantara de un punto a otro del globo. La verdadera voz de los pueblos se hara oir aquel dia unanime, enérgica,

poderosa, en testimonio de adhesión al augusto oprimido y en son de protesta contra los inicuos opresores.

Por la inmensa confusión en que han de verse entonces los que directa ó indirectamente, paladinamente ó por bajo cuerda, han contribuído al despojo villano, escándalo de nuestro siglo. Se me figura verlos á los miserables devorando en silencio el oprobio que cae sobre sus frentes; enmudeciendo ante el grito formidable de todo el mundo que condena su iniquidad y su infamia; perseguidos, acosados, aturdidos do quier por ese nombre bendito que llenará los aires para su tormento y para nuestro consuelo: ¡Pío IX! ¡Pío IX!

Y tú, pueblo mío; tú, pueblo católico, tú harás todo eso; aquel día se oirá clara y distinta la voz tuya, que hasta ahora han llevado en tu nombre tantos farsantes é impostores. Aquel día hablarás tú, y tu voz, como el ruido de muchas aguas, llenará el mundo, y hará enmudecer á los enemigos de tu fe, y conseguirá que por mucho tiempo no se atrevan á tomarte en boca para que les sirvas de máscara y de pantalla.

¡Ea, levántate! ¡despierta, pueblo español, pueblo el más católico del mundo, pueblo el más glorioso en tu pasado, el más desdichado en tu presente, el más probado en el infortunio, el más leal y constante en medio de él, el que más esperanzas atesora para el porvenir! Pueblo, que no eres, no, el pueblo del libreculto, ni el pueblo del matrimonio civil, ni el pueblo del can-can, ni el pueblo de la guerra á Dios, que todo esto es en ti pegado, postizo, extranjero, antinacional; ¡pueblo, sí, de la Cruz, de la Inmaculada Concepción, de las Navas, de Lepanto, del dos de Mayo, que esa es tu verdadera y nacional fisonomía! ¡Un esfuerzo, un esfuerzo no más, pueblo mío, y muéstrate como eres, digno de tí, digno de tu Dios, digno de tu esplendorosa historia! ¡Un esfuerzo, un esfuerzo no más; un rugido, un rugido no más, generoso león español; un rugido de fe, y harás temblar con él todos los desdichados que te creen ya aletargado y envilecido! Sacude tu melena; salta á la arena á que se te provoca todos los días: ¡no es hoy la hora de las armas materiales; cuando lo fuere no desmentirás tu raza de héroes y de mártires! ¡Nada de eso por hoy; tu campo de

batalla es ahora la manifestación; tus armas tus derechos de ciudadano; tu único heroísmo debe ser el de sacar la cara, toda la cara, por tu fe!

¡Por el Papa-Rey y por la fe y por la honra de España! ¡á trabajar desde hoy en todos los terrenos para que la manifestación del 16 sea brillante, magnífica, maravillosa!

¡Por el Papa-Rey y por la fe y por la honra de España! ¡á influir con el ejemplo, con la palabra, con la pluma, con la peroración, con la conversación, con el prestigio del saber, de la cuna, de las riquezas; con el duro del rico, con el ochavo del pobre, con los acentos de la poesía, con los acordes de la música, á influir con todo y en todas partes para que el testimonio de nuestra fe sea aterrador para nuestros enemigos y sea completa su ignominia.

¡A trabajar! ¡á influir! ¡Que los concurrentes á la Sagrada Mesa de Cristo sean sin número, que la casa de Dios rebose con las oleadas de la muchedumbre, que la elocuencia cristiana derrame todas sus galas y vibre todos sus rayos desde los púlpitos, que las iluminaciones conviertan las noches en día claro, que no se dé paz á las campanas, ni reposo á los instrumentos! ¡Que el día 16 sea un día de verdadero delirio, sí, el delirio de la fe y del amor y de la esperanza!

Y ¡ay de los perezosos! ¡ay de los rezagados! ¡ay de los cobardes! ¡ay de los que venden su conciencia á humanos respetos y á viles condescendencias con la impiedad! ¡ay del que no se hallare aquel día en su puesto de honor! ¡ay del que se esconda para no ser visto en las filas de los leales! ¡El día 16 de Junio de 1871, el día del regocijo del mundo, sea eternamente el día de su remordimiento! Le conoceremos, sí, como traidor, y le conocerá Cristo, y le dirá en una hora tremenda: ¡No quisiste declararte mío delante de los hombres, tampoco te declararé mío delante de mi Padre celestial!

Adviértanlo para su gobierno mis lectores: esta pavorosa amenaza del Evangelio no se dirigió tan sólo á los impíos, se dirigió á los amigos cobardes, si es que un cobarde puede jamás ser llamado amigo.

Junio, 1871.

X.

¡PÍO IX!


o que tanto suspiraron nuestras almas llegó al fin. Dios ha querido otorgarles este consuelo á los corazones abrevados tiempo ha con la hiel de tantas amarguras. Estamos en 16 de Junio de 1871, y Pio IX vive aún. Vive, y está siendo con su vida y su robustez la desesperación de los impíos de todo el mundo. Vive, y está mostrando con el hecho glorioso de su longevidad, que no se ha apartado aún de nosotros la mano bienhechora de la Providencia, que por tan obscuros caminos va guiándonos tiempo hace, no sabemos á dónde, pero de fijo á cosas de gran bien para nosotros y de gran gloria para ella. Vive, y el cielo para hacer más glorioso este hecho importantísimo ha querido rodearlo de tales circunstancias que le hiciesen único, singular en la historia de los siglos pasados, eternamente memorable en los que están por venir.

La figura nobilísima de Pío IX, cumpliendo hoy veinticinco años de supremo Pontificado, ha querido colocarla Dios en medio de una época de grandes acontecimientos, á fin de que se viese clara la importancia de éste, viéndosele sobresalir y llamar poderosamente la atención, aun en medio de tantos otros que parecen absorberla por completo. En medio del año 1871, tras la caída de un imperio formidable; retumbando aún el estampido del cañón que devoró en seis

meses á una nación poderosa; á la luz del fuego vengador que el cielo, mas bien que la *Commune*, acaba de llover sobre la gran pecadora del siglo, París; agitados todos los pueblos; vacilantes todos los poderes sobre falso cimiento erigidos; obscura la noche, y andando en mitad de ella los sabios del siglo sin rumbo conocido; cerrado el horizonte, no tanto empero que no permita a los que creemos y esperamos en Dios adivinar tal vez la proximidad de risueñas auroras, tal es el cuadro que ofrece á nuestros ojos la época presente, tal es el fondo negro y siniestramente iluminado sobre el cual se destaca como aparición mensajera de paz y serenidad la bondadosa figura del inclito Pio IX. Es el fanal inmóvil, resplandeciente, inextinguible, en medio de las embravecidas olas que pugnan por vencer la inconmovible escollera de piedra sobre la cual Cristo lo encendió. Y los que en medio del borrascoso mar andamos braceando, braceando, llevados aca y alla por la fiera oleada, contemplando el naufragio de tantos miserables que soltaron en mal hora la tabla de la fe que á nosotros nos sostiene, sin ver puerto, sin divisar estrella, sin oir voz humana que no sea grito de imprecación ó gemido de agonía, sólo una cosa sabemos, cierta, sí, y es la existencia de ese fanal colocado en mitad del mundo para alumbrar á los navegantes de las cinco partes de él, y le miramos y le vemos brillar incesantemente, y viéndole se alienta nuestro corazón, y seguimos luchando á brazo partido, y seguimos creyendo y esperando con más firmeza que nunca.

¡Oh! ¡Bendito sea Dios! ¡No se apagará, no, esa luz preciosa, por mas que contra ella suelte desencadenados todos sus huracanes el infierno! No se apagara, no, antes irradiará mas viva y esplendorosa cuanto sea mayor la obscuridad que la rodee y más recio el vendabal que la agite. Cien y cien veces ha creído el enemigo, en la necia jactancia de su impiedad, poder matarla con su soplo: quísolo Herodes, quísolo Nerón, quísolo Juliano, quísolo Mahoma, quísolo Lutero, quiérelo hoy la Revolución servida por miserables instrumentos, con cuyos nombres no quiero manchar estas paginas, quiérelo hoy como siempre el infierno... pero la mano de Dios se interpone entre el soplo y la luz, derriban-

do de paso á los ridículos sopladores. No se apagará, no, desventurados: la columna inmortal que sostiene esta luz está rodeada de tristes despojos de los que perecieron en tan loca empresa, y al pie de ella ha escrito el mismo Dios esta leyenda: Las puertas del infierno no prevalecerán.

Regocíjate, pueblo católico, y sean tus regocijos de hoy el mas hermoso homenaje al Pontífice-Rey. ¡Fiesta de familia es ésta, porque es la fiesta del gran Padre de familias! ¡Cuan dulce es ver reunidos hoy en torno de un anciano á los hijos de todo el mundo, tan distintos en trajes é idioma como unánimes en la fe y en el amor! ¡Cuán dulce es pensar que hoy, á estas mismas horas, en todos los puntos del globo que el sol de Dios ilumina, repiten una misma palabra todos los labios y laten con igual latido todos los corazones! Si hoy nos encontrásemos por un momento el refinado europeo y el salvaje de la Australia, el atezado africano y el hijo de la India, de fijo nos comprenderíamos á la primera palabra: ¡Pio IX!

La fe obra estas maravillas, la fe brilla hoy más vigorosa y ferviente que nunca. La fe ha salvado tantas veces al mundo, y todavía otra vez le salvará. La fe en el Pontificado, fundamento de todas las demás creencias, ésta lo es también de nuestras más lisonjeras esperanzas.

¿Crees, pueblo mio? ¿Crees? Ora, pues, hoy más que nunca. Ora y espera.

Junio, 1871.

XI.

¡VIVA EL PAPA-REY!



L mundo está de fiesta, querido lector, y por vez primera después de muchos años, lo que excita el entusiasmo de los pueblos no son sangrientas victorias, ni cambios políticos, ni aún adelantos materiales. El acontecimiento que, cual chispa eléctrica, ha hecho estremecer á todos los corazones en este mes de Junio de 1871, nada tiene de común con los demás acontecimientos que suelen en mal hora traer revueltos y agitados á los hijos de este siglo. Lo que celebra ahora el mundo, pertenece á otro orden superior de ideas y sentimientos; un motivo puro y exclusivamente religioso tiene aún poder para conmover hasta las entrañas á nuestra sociedad, gastada por tan fuertes impresiones como recibe todos los días, y sacada de sus quicios naturales por tan violentas sacudidas. Un motivo, puro y simplemente de orden religioso, preocupa todas las inteligencias y enciende todos los corazones. La celebración del vigésimoquinto aniversario de la elevación de Pío IX al supremo Pontificado. Es decir, que un nombre y una fecha bastan todavía hoy para conmover al mundo. ¡El nombre es el del Papa! ¡La fecha el 16 de Junio de 1871!

¡Bendito sea Dios mil veces! Y ¿quién fué el ciego ó corto de vista que osó hace poco declarar muerta la Religión en el corazón de los pueblos? Pues cuidadito que los poderosos

de la tierra no se han dado gran prisa, que digamos, en excitar á los súbditos á manifestarse de esta suerte en favor del Pontificado. La mayor parte de los Gobiernos le son claramente hostiles, los restantes tibios, algunos pocos fieles en la desgracia. La corriente política no está hoy en favor de Roma como estuvo otros siglos. Los pueblos solos, sin otro estímulo que el de su fe; los pueblos solos, desentendiéndose de las interesadas miras de sus Gobiernos; los pueblos solos levántanse compactos, unánimes en gigantesco alarde, y terciando en esta lucha formidable que hace años viene siguiendo el pobre, el débil, el despojado Pontífice contra las asechanzas de la diplomacia y las violencias de la fuerza, declaránse en favor del pobre, del débil, del abatido y del despojado, contra los poderosos, los afortunados y los opresores. Y alzando al cielo el grito de indignación en todas las lenguas bajo el sol conocidas, enviando á Roma la dádiva del pobre y del rico al mendigo que es el Pastor y Rey de ricos y de pobres, formulan de esta suerte la más ardiente protesta contra la mentirosa voz que achacaba al deseo de los pueblos lo que sólo es desenfrenada codicia de los grandes, y dejan ante el soberano tribunal de la historia la tremenda responsabilidad de las iniquidades cometidas á los únicos que deberán responder de ellas ante Dios.

Esto significan, pueblo católico, las fiestas de Junio de 1871. Esto significan y por esto no pude abstenerme de hablarte hoy de ellas. Voy á hacerlo en el tono familiar que solemos entre tú y yo, pues somos amigos antiguos.

Tiene realmente salidas oportunísimas la Divina Providencia. Nadie como ella para poner en berlina á los insolentes que pretendieren burlarse de sus eternos decretos. Y esto sin salirse del orden natural, sin precipitar los acontecimientos, paso á paso, con fuerza á la vez y con suavidad, hacien-

do que parezca que las cosas van colocándose por sí mismas en su lugar correspondiente. Lo que hoy pasa es un hecho tan providencial, tan natural al mismo tiempo y tan asombroso, que no dudo llamará de un modo particular la atención de las generaciones venideras. Ojo á la historia contemporánea.

Las cosas han venido colocándose de tal suerte, ó de tal suerte han venido colocando los hombres á las cosas, que el Papa se encuentra hoy en medio de la Europa oficialmente revolucionaria, solo, aislado, sin esperanza de humano remedio. No se columbra de dónde puede salir el primer rayo de luz, no se atina quién puede ofrecer protección. Los enemigos son fuertes y numerosos; el desorden general favorece sus maquiavélicos atentados. Para resistir á tan recia borrasca cuenta la Iglesia con un Papa anciano, cuyas enfermedades se exageran cada día como si se deseasen, cuya muerte se fija en plazos más ó menos cortos como si fuese anhelada. Después de él, dicen los enemigos, se consumará la obra El nuevo Papa, si nuevo Papa ha de haber, será otra vez el Papa de las Catacumbas. La muerte del Papa actual es, pues, suspirada como una solución favorable á las ideas revolucionarias.

Pues bien. ¿Qué hace la Providencia? A la vista lo tienes; hace que el Papa de las tempestades sea, por una rara coincidencia, el Papa de la tranquilidad y de la existencia mas serena. Hace que el Papa cuyas enfermedades viene pregonando cada día la prensa diabólica, sea el Papa de la robustez y de la salud. Hace que el Papa cuya muerte es tan deseada por ciertos *humildes hijos suyos,* sea el Papa de más larga duración, y desespere con su longevidad á sus enemigos, como un padre anciano y robusto es la desesperación del mal hijo que suspira por heredarle. Y en nuestro siglo hace que se verifique lo que diecinueve siglos no han visto, esto es, un Papa con iguales años de pontificado que el primer Papa San Pedro, gozándose así en desmentir un adagio popular que la experiencia hasta ahora había sacado verdadero. «No alcanzará los días de San Pedro,» decían los romanos de todo Pontífice entrante. Y la Providencia parece haber respondido con calma: «Nadie los ha alcanzado, pero

éste los alcanzará» Verdaderamente tiene ocurrencias como suyas la Divina Providencia.

He aquí lo que celebra el mundo en estos dias. El *trágala* (permíteme la fea expresión, no hallo otra mas enérgica), el *trágala* que Dios canta desde los cielos á la Revolución, precisamente en lo que mas le duele, en la cuestión del Pontificado.

Pero ese *trágala* magnífico no sólo se lo canta Dios á la Revolución, también se lo cantamos los hombres. La Revolución ha hecho lo posible para ahogar durante mas de medio siglo la verdadera voz de los pueblos. Una prensa impía, la menos numerosa, pero la que grita mas, se ha encargado durante muchos años de representar la opinión pública, presentandose á los incautos como verdadera expresión de las ideas dominantes en Europa. Así se ha podido creer poco menos que extinguida la voz del Catolicismo en las modernas naciones. Así se ha podido propalar con énfasis que la Iglesia iba á morir, y que la generación próxima escribiría su epitafio. Así se ha podido repetir una y otra vez que el Cristianismo era antigualla pasada de moda; que solo pensaban en Religión las viejas y los niños. Así se ha logrado formar una opinión pública ficticia y postiza, reflejo de las declamaciones de algunas docenas de vocingleros, mientras la verdadera masa popular, la verdadera Europa enmudecia, no sé si atónita ó aterrada, justificando al parecer con su silencio el soñado triunfo de los impíos.

Mas, ¡bendito sea Dios! ¡Qué cosas tiene, vuelvo á repetir, la Providencia! Sonó la hora de los más recios combates; el ejército del mal creyó llegada por fin la ocasión de poner término á la campaña contra la Iglesia atacándola en su mismo centro, hiriéndola en su propio corazón, apoderandose de Roma. Los católicos nos estremecimos de horror ante esta prueba suprema á que se nos sujetaba, sin contar

que en esto precisamente había de proporcionársenos abundancia de consuelos y de esperanzas. Temblábamos, y Dios nos preparaba el más hermoso triunfo moral, y á los revolucionarios la más vergonzosa derrota.

Dióse en efecto el golpe villano, que se creía debía ser el de gracia para el caduco Pontificado (así lo decían ellos). El piamontés, aprovechándose del barullo de Europa, como el ratero vil se aprovecha de la confusión de las grandes catástrofes, asalta la Ciudad Eterna, entra en Roma, y rodea con sus hordas salteadoras el palacio y el jardín del Vaticano, último asilo del Vicario de Cristo, que desde allí vibra sobre él y sobre todos sus cómplices el rayo de la excomunión.

Y el mundo, que se creía indiferente cuando no estaba sino aletargado; el mundo, que sólo se decía debía ya entusiasmarse por los adelantos de la industria; el mundo, á quien malas lenguas suponían ya únicamente ávido de los goces del dinero y del positivismo, sin excitación oficial, antes contrarrestando poderosas influencias oficiales, sin interés material, antes prodigando generosamente su dinero, emprende esa colosal, esa inmensa cruzada del siglo décimonono, que hasta los que la promovieron ha debido sorprender por lo extraordinaria. Y como Dios no falta nunca en las grandes crisis de la historia, tampoco ha faltado en ésta, contribuyendo por su parte a la agitación católica con añadirle nuevo y más poderoso estímulo al permitirle solemnizar la fecha gloriosa que diecinueve siglos de Cristianismo no han podido solemnizar. De suerte que unidos los estímulos que ha ofrecido la impiedad con el poderosísimo que ofrece la Providencia, han logrado hacer del primer semestre del año eminentemente revolucionario de 1871 una de las épocas más gloriosas para el Pontificado.

Detengámonos un momento, pueblo lector, en la contemplación de este cuadro bellísimo que tal vez no ha sido aún bosquejado.

Fija los ojos en Roma y en aquel reducido espacio en donde reside el esclarecido Cautivo. Paséalos luego por esa inmensa superficie del globo que habitan tantas gentes de diferente color y de diferente idioma, desde el refinado europeo hasta el muelle asiático y el rudo y salvaje australés. De

todos los puntos conocidos por la moderna geografía parten en líneas convergentes hacia este único punto sagrado los suspiros de todos. Verdaderos ríos de dinero, en los cuales ruedan confundidos la pieza de oro del opulento y el ochavo del mendigo, salen de cada localidad y van á parar á la augusta mano que los recibe, y los reparte á su vez sobre sus súbditos leales y fieles á sus juramentos, sobre las públicas calamidades, sobre las Misiones, ni más ni menos que cuando gozaba de su trono y de los tributos de sus provincias. Con la mitad de lo que los católicos del mundo hemos enviado y enviamos á Roma, se tendría con razón por el más amado de los suyos cualquier rey de la nación mas poderosa del mundo.

Y acompañando á esas dádivas generosas vuela también á Roma el lenguaje ardiente de mil y mil felicitaciones, protesta contra la iniquidad triunfante y homenaje espontaneo al derecho y á la virtud atropellados. Europa en particular está demostrando con esto que no está extinguido en sus hijos el sentimiento moral, y que las grandes injusticias hallan aún quien en público las condene, por más que el triunfo de la fuerza brutal pretenda justificarlas.

Y ¿cabe por ventura expresión mas ingenua del verdadero espíritu popular que estas gigantescas romerías iniciadas en Bélgica, y proseguidas con tanto ardor en Alemania, Holanda y España; peregrinaciones de comarcas enteras, en las que veinticinco, treinta ó cuarenta y aun sesenta mil personas han hecho resonar los aires con el gemido de sus plegarias y con el grito ardiente de sus aclamaciones? Decidme los encogidos y los apocados, ¿qué siglo había visto tales escenas? ¿Cuándo habían presentado los pueblos católicos ese hervor de fe y de amor que los obliga á tales demostraciones? Esa agitación pacífica ¿no recuerda la agitación generosa de los siglos de las Cruzadas? Pero entonces era secundado y aun poderosamente iniciado el movimiento popular por los de arriba; ahora no, ahora es poderosamente contrastado. Entonces apenas había dificultades que vencer, como no fuesen las materiales que se vencen todos los dias. Ahora remamos contra corriente, es decir, contra la corriente oficial; porque la corriente popular y extraoficial, ¡loado sea Dios! somos

nosotros, y esta corriente poderosa, natural y genuinamente europea, acabará por arrollar aquella otra falsa, postiza, impuesta y únicamente sostenida por la fuerza de cuatro Gobiernos y por las declaraciones de la prensa vendida al oro de la Francmasonería.

La lucha antigua entre la Iglesia y la Revolución está hoy, pues, en un período crítico del cual van á salir las grandes soluciones. Gran año es el año de gracia de 1871. Año por mil títulos memorable. Las generaciones venideras añadirán sin duda esta fecha á las grandes fechas históricas que todo el mundo sabe sin estudiar. El orbe estremeciéndose y crugiendo al estampido del cañón que devora á un imperio ayer formidable. París, la moderna Babilonia, anunciando con el rojizo resplandor de sus palacios incendiados el cumplimiento de las venganzas tantas veces profetizadas y tantas veces recibidas con desdeñosa sonrisa. Todos los Gobiernos de origen revolucionario vacilando en sus mal seguros tronos, y en medio de esto el Pontificado irradiando por todas partes luz y confianza, atrayendo con doble fuerza que antes hacia sí todos los ojos y todos los corazones, tranquilo, firme, inmóvil, como quien en medio de las vicisitudes humanas se halla seguro de la eternidad. ¡Oh, sí! Dios está aquí, Dios está con nosotros, visible, palpable, innegable como el sol, que nadie puede desconocer sino los ciegos. Dios está aquí, y por esto en medio de tan fieros embates es ésta la época de la mayor confianza. Dios está aquí, y por esto cuando nuestros opresores tiemblan y andan azorados revelando en todos sus actos la más recelosa inquietud, nosotros los vejados, nosotros los oprimidos, nosotros los declarados fuera de toda ley permanecemos tranquilos, repitiendo con nuestro augusto Jefe, que á pesar de ser el más combatido es quien respira mayor tranquilidad, aquellas palabras del salmo: «Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, nuestra ayuda en las tribulaciones que nos rodean. Por esto no temeremos en medio de la perturbación de toda la tierra, aunque veamos hundirse las montañas en medio del mar.» Y aquellas otras valientes, enérgicas y decisivas de San Pablo, que en un solo rasgo lo compendian todo: «Si Dios está por nosotros, ¿quién podrá contra nosotros?»

Por esto los festejos con que celebra el mundo la fecha del 16 de Junio son hoy más brillantes y entusiastas de lo que hubieran sido quizás en otro siglo de más bonanza. El mundo católico ha comprendido que el único punto atacado hoy con verdadero empeño es el Pontificado; por esto el mundo se agrupa hoy con más denuedo que nunca al pie del Pontificado. La Revolución sabe que, derribado el Pontificado, caería todo lo demás por su propio peso. Los católicos sabemos que, puesto en salvo este punto fundamental, lo demás no debe darnos cuidado. Por esto la Revolución y el Catolicismo se han dado cita para luchar en este terreno, que es el decisivo. Uno y otro jugamos aquí el todo por el todo. A bien que los católicos no jugamos al azar, ni peleamos á la ventura; en esto, como en todo, nos guía la consigna recibida diecinueve siglos ha y todavía no desmentida: «El infierno no prevalecerá.»

Por esto la virtud esencial del católico en nuestros días ha de ser la devoción al Papa. En otros tiempos podían no exigirse demostraciones públicas de adhesión á este punto, al cual nadie combatía. Hoy ésta debe ser la piedra de toque para conocer al verdadero católico y distinguirlo de tanto revolucionario ambiguo. La tibieza en amar al Papa, en defenderle, en socorrerle, en rogar por él, arguye necesariamente un catolicismo averiado. Con mucha mayor razón, atacar al Papa, gozarse en sus lágrimas, insultar á lo que él ama, aplaudir á sus viles despojadores, hacerse cómplice de la rapiña de Víctor Manuel y de los suyos, excusarlos con falsas razones de política que ya á nadie engañan, es no ser ya católico, es estar lejos, muy lejos de la Iglesia de Dios, tan lejos como lo estaban de Cristo el Judas que lo vendió, los fariseos que lo compraron y el Pilatos miserable que le condenó al suplicio.

Hoy por hoy no hay mas que una fórmula que, bien mirada, es la de todos los síglos. O con el Papa ó contra el Papa. Quien pretende ponerse en medio de estos dos términos para abrazarse con ambos, éste deja de ser de los nuestros, para ser de los enemigos, sin tener siquiera su lealtad y franqueza. La fuerza de las cosas va declarándose irremediablemente contra los hipócritas y los fariseos. Aun confío, lectores míos, no será éste el último bien que para nosotros habrá sacado de nuestras presentes tribulaciones la mano siempre bienhechora de la Providencia. Ella es la única que juega en todo eso. Dejémosla, y confiemos.

XII.

FESTEJOS RELIGIOSO-POPULARES.



a ya picando en historia lo que de algún tiempo acá viene observándose en nuestro buen pueblo. No se pasa apenas semana sin que en un punto ú otro de nuestra ciudad se celebren en honor ó con pretexto de algún Santo lo que se llaman fiestas de barrio. Preciso es confesar que este fenómeno tiene mucho de reaccionario, y si yo fuese lo que se llama *poder* (que Dios me libre de pasar por tal purgatorio), juro por quien soy (que no es gran juramento) que había de atribuirlo sin vacilar á la mano oculta.

¿Dónde, en efecto, se vió, sino en los ominosos tiempos del obscurantismo, que, por un quítame allá esas pajas, hoy por ser víspera del Carmen, mañana por serlo de San Cristóbal, otro día por el Jubileo de la Porciúncula, otro por la Asunción, se alboroce de repente todo un vecindario, y dé en alquilar músicos, y colgar faroles, y plantar banderas, y enramar la calle, y alzar capillas, y bailar al aire libre en obsequio de la festividad? Que lo hiciese por los días de tal ó cual personaje revolucionario, se concibe al fin; pero vea usted lo que son las cosas: ¡por los tales no lo hace aunque se le invite! ¡Y sigue en sus trece de hacerlo por la Religión! Vamos, es cosa de poner loco al más sabio librecultista.

Ya me lo estoy mirando yo desde mi humilde chiribitil de revistero popular al tal caballero, filósofo á la moderna,

echarseme á reir á carcajada suelta, burlarse de mi candor y de mi simplicidad, como quien acaba de cogerme en una solemne inocentada. «¡Qué necios son los católicos! oigo que anda diciendo para sus adentros, pues ¿no se figura el bobo autor del artículo que los bailoteos y bulle-bulle del pueblo en las fiestas de barrio son todo rasgos de fe y de cristiano fervor? Lo que quiere el pueblo es divertirse y echar una cana al aire. Hoy se regocija encendiendo velas á una capillita, y mañana hartándola de pedradas. Si no hay más fe y más piedad que la que en tales fiestas resplandecen, medradas están, por vida del diablo, la fe y la piedad de España.»

Calma, calma, amigo incrédulo, no me cantes el trágala antes de tiempo, ni me tengas por derrotado cuando ni siquiera me has combatido.

No soy tan sandio, gracias á Dios, ni se me alcanza tan poco de las cosas del mundo, que tenga por funciones piadosas y devotas las tales fiestas de barrio. Más aún. Creo como tú que lo que busca la gente en ellas es divertirse y hacer Noche buena. Todavía más. Creo que el diablo colea muchas veces por allí, y atiza los fuegos y dirige las danzas con intención muy poco piadosa. ¿Quieres más? Pues aun otras cosas te diria si pudiese decírtelas al oido. No quiero, porque... porque no.

Pero vamos, seamos francos, y sobre todo, imparciales. Si el pueblo escogiese para lanzarse á la calle en busca de broma y regocijo las fechas revolucionarias, ¿qué dirías? Dirías: este pueblo es eminentemente amigo de la Revolución. Claro que sí. Luego, cuando el pueblo toma pretexto de cualquier fecha católica para solemnizarla á su modo, debes también concluir luego, este pueblo es profundamente católico. Me importa poco el modo con que la solemniza. El hecho es éste. El pueblo no se mueve sin un estímulo poderoso que tenga gran ascendiente sobre su corazón. Y deseando moverse, y buscando en el decurso del año estímulos que le muevan, hasta ahora no ha sabido hallar más que los religiosos. Y la prueba está á la vista. Los iniciadores de las próximas fiestas de Septiembre han confesado que sólo obraban, al pensar en ellas, por puro interés mercantil en favor de la ciudad. ¿Qué han hecho para que fuesen populares?

¿Las han dedicado á la Revolución española cuyo aniversario cae aquellos mismos días? No, por Barrabás, ya saben bien aquellos señores donde les aprieta el zapato. Las han dedicado á la Virgen de las Mercedes. No para que las fiestas honrasen á la Virgen, sino para que la Virgen hiciese populares las fiestas. Es verdad que con esto han pagado ya un soberano tributo á la Religión. Han probado que no podían prescindir de ella, ni aun para el fin material de hacer afluir viajeros á Barcelona. Han dado, pues, un certificado de vida, y de poderosísima vida, al Catolicismo de los barceloneses.

Lo mismo, pues, hace el pueblo con sus fiestas callejeras. Los organizadores saben que nada hará salir tan fácilmente de sus casillas á la vecindad como, v. gr., la Virgen del Carmen; y salen y dicen que para obsequiar á la Virgen del Carmen conviene levantar una capilla y un entoldado, y bailar su víspera y el día después. Prescindo de sus intenciones, pero lo cierto es que le han sabido tocar al pueblo la cuerda sensible, y el pueblo responde al momento. Luego reconoce la influencia superior de la Religión sobre los corazones, aun en medio del indiferentismo de nuestro siglo. Luego cada fiesta callejera en honra de un Santo es una fe de vida del Catolicismo, y un tributo que, consciente ó inconscientemente, se le paga. Que es lo que quería demostrar.

Siga, pues, nuestro buen pueblo celebrando sus fiestas tradicionales y restableciéndolas con amor allí donde se hayan borrado de las costumbres. Y baile y ría en ellas, que, como lo haga sin ofensa de Dios (que muy bien puede hacerlo), nosotros se lo aplaudiremos con entrambas manos. Con ello alzará una protesta, hoy más que nunca oportuna y necesaria, primero contra la legislación impía que tiende á encerrar á la Religión en los templos, y á no permitirle ningún desahogo al aire libre. El Catolicismo tiene derecho á las calles y plazas como al recinto de las iglesias, y nuestro pueblo no ha de dejar que prescriba este derecho. A la calle, pues, la Religión en forma de procesión, en forma de capilla, y aunque sea, Dios me perdone, en forma de baile. Segundo: dará con esto una rabieta al feo y asqueroso Protestantismo, que niega y pretende arrancar de nues-

tro suelo el culto de la Virgen y de los Santos. Sepa y vea el extranjero que aquí en tierra de España no sólo honramos á María y á los Santos con alabanzas, sino hasta con públicas diversiones.

Y cuando sucediere que con tales regocijos se celebre la fiesta de la parroquia, como recientemente acaba de celebrarse la de Santa María, ¿qué prueba más entrañable de afecto pueden dar los demás edificios á aquel santo edificio, que aparecer por él iluminados de noche y engalanados de día? ¿Qué prueba de unión mejor entre los feligreses y la parroquia que alegrarse ellos fuera, cuando ella se alegra dentro con motivo de su Titular?

El regocijo y atavío popular forman en cierto modo una parte del culto de Dios. Cuando en la cautividad de Ninive Tobías el viejo celebraba las antiguas solemnidades de Israel, convocando en su casa algunos amigos y celebrando con ellos alegre banquete, creía practicar una buena obra y un obsequio á su Religión, y como tal se lo alaba la Sagrada Escritura. Y en siglos más recientes, cuando el célebre canciller Tomás Moro, preso en Londres por la causa del Catolicismo por la intolerancia de los protestantes, solemnizaba las grandes festividades católicas adornándose en su obscura cárcel con el mismo traje y arreos que luciera antes entre la aristocracia inglesa, el noble y fervoroso canciller daba á su Dios un culto el más tierno, y á sus enemigos la profesión de fe más leal y explícita.

Adelante, pueblo español, que se vea siempre que aun divirtiéndonos damos gloria á Dios, y desazón y disgusto á sus pobres enemigos.

Septiembre, 1871.

XIII.

LA MUERTE DE DUMAS.



AS oído hablar, pueblo mío, del célebre Alejandro Dumas? ¿Conoces siquiera de oídas á ese escritor cuyas novelas han sido condenadas todas por la Iglesia como inmorales é irreligiosas? ¿Recuerdas que fué durante muchos años el compañero de Garibaldi, sospechándose hasta si fué él quien redactó las impías proclamas de este ridículo revolucionario? ¿No has visto siquiera por las cubiertas, y tal vez aun por dentro, las obras tituladas: *El Conde de Montecristo, Los Tres Mosqueteros, Veinte años después?* Pues bien: si todo esto sabes, escucha, pásmate y alaba á Dios. Este hombre de escándalo que tanta impiedad é inmoralidad ha sembrado en Europa; este hombre que ha corrompido tantos corazones y ajado tantas creencias, vió llegar la hora de su muerte y conoció que habia andado mal hasta entonces, recordó sus olvidadas prácticas de Religión, llamó á un sacerdote católico, confesó sus culpas, recibió los Santos Sacramentos y descansó bajo las últimas bendiciones de la Iglesia católica, de aquella misma Iglesia católica que habían maldecido sus escandalosas producciones. Y su hijo, llamado también Alejandro Dumas, y novelista como él, ha escrito todo esto á Veuillot, el primer adalid de la Iglesia entre los seglares de Francia, el director del primer periódico católico de esta nación. La carta es breve pero elocuente, y quiero

ponértela aquí, para que con ella se consuele tu corazón si eres católico, ó se confunda si eres impío. Dice así:

«Querido apóstol: Sabed por mí que os guardo un inalterable recuerdo, que mi amado padre murió el 5 de Diciembre de 1870 á las diez menos siete minutos de la noche, después de haber recibido los Sacramentos de la Iglesia. ¡Oh! Proclamadlo muy alto conmigo. Dios me ha concedido esta gracia infinita. Orad por él, que se ha dormido dulcemente en el Señor, y que sobre esta tierra de maldad pasó haciendo bien. Vuelvo del cementerio: no tengo valor para deciros más; alabad á Dios por este gran ejemplo y por estos Sacramentos sin los cuales mi querido gran genio no quería morir.—Vuestro de corazón,—María Alejandro Dumas.—8 de Diciembre de 1870.»

¿Has leído? Pues bien, óyeme ahora, y guarda como aviso del cielo las reflexiones que con este motivo voy á dirigirte. En la hora de la muerte serán tu mejor y más dulce consuelo si te aprovechas ahora de ellas, ó serán tu peor ó más cruel remordimiento si prefieres despreciarlas. Oyeme bien.

Es cosa muy fácil reirse de Dios y negarle, y difamar á su Iglesia y á sus sacerdotes mientras se está en buena salud, mientras todo sonríe al rededor de nosotros, mientras el ruído del mundo nos trae yo no sé si divertidos ó atontados. Es muy facil comer, gozar, trabajar, dormir sin recordar para nada que hay Dios, que tienes alma, y que existen juicio, cielo é infierno. Es muy fácil llamar á la Religión tontería de mujeres y de niños, ó superstición y medio de ganarse la vida los frailes y curas; es muy fácil hacerse el ilustrado, el sabio y el hombre superior con sólo burlarse en vez de pensar, y soltar chistes y necedades en vez de discurrir como discurre todo hombre formal. Sí, todo esto es muy fácil. Mas todo esto dura poco, muy poco, pueblo mío; esto du-

ra poco. El hombre es flor de un día; ¿qué son cuarenta ó cincuenta años comparados con la eternidad? Y el hombre va siguiendo y siguiendo, y pasando y pasando, y acercándose acercándose á un punto en donde de repente falta el terreno bajo sus pies, en donde todo se para, en donde no valen bromas ni aprovechan blasfemias: este punto es la muerte. Allí le espera Dios. En aquel apretado paso, en aquel callejón sin salida, allí entre la espada y la pared, entre la vida que le deja y la eternidad que le abre la boca, entre el mundo que se le despide y el juicio que le espera, allí, allí está Dios, sereno, inmutable, incorruptible, y por añadidura insultado, ultrajado, pisoteado, y sobre todo esto, justiciero y todopoderoso. ¡Tremenda situación! ¡Terrible perspectiva! ¿Y éste es Dios á quien el desgraciado negaba? ¿Este es Dios á quien enseñó á aborrecer, á quien declaró infame guerra el vil gusano que ahora se halla bajo sus pies? ¿Este es Dios, cuyos ministros y cuya Iglesia perseguía con incansable anhelo, cubriéndolos de lodo y de calumnia?

Pues bien; sí, pueblo mío, esto es morir, y en esto hemos de parar tú y yo y todos los que andamos riendo y llorando por este mundo. Para dar este paso de tanta trascendencia, para sentar firme el pie en ese apeadero, en el cual un tropiezo puede hundirte para siempre en el abismo, ha dispuesto la misericordia amorosísima de nuestro Dios que tuvieses la ayuda de la Iglesia, que ésta, como celosa Madre, te diese la mano, á fin de que guiado por ella pudieses dar sin peligro el salto mortal. Además, como en esta vida miserable se nos ha pegado indudablemente al alma no poca inmundicia y asquerosidad, y como con ellas nos sería del todo imposible ser bien recibidos por el Sumo Juez, de ahí la solicitud y anhelo de la Iglesia para que sus hijos limpien en esta postrera hora sus conciencias con la confesión.

¡Ah, hermano mío! ¡ni yo ni tú nos hemos encontrado en aquel lance terrible, pero se me figura que entonces debe ser cruel sobre toda ponderación el remordimiento! Basta decir que grandes enemigos de Dios y de su Iglesia se han hallado en aquel momento ó convertidos ó desesperados. ¿Has oído contar la muerte de aquel escritor del siglo pasado, Voltaire, que llamaba á nuestro dulcísimo Jesús el infame, y había prometido aplastarle? ¿Sabes el testimonió que dió después de su muerte su médico de cabecera, de que había visto morir allí á un condenado? ¿Sabes aquel grito horrible que se escapó de su corazón destrozado ya de antemano por todos los horrores del infierno: *Muero abandonado de Dios y de los hombres?* ¡Infeliz! si hubiese abierto su alma como debía al sacerdote de su primera Comunión; si hubiese dirigido una mirada suplicante á aquel Dios que ya en el principio de la Iglesia convirtió en apóstoles á los más fieros perseguidores; si hubiese derramado una sola lágrima, ó exhalado un solo suspiro, ó dicho una sola palabra de contrición, el Angel de la paz y del consuelo se hubiera sentado al pie de su triste lecho de muerte, la Religión de amor hubiera ahuyentado de allí á los negros fantasmas que desgarraban el alma del desventurado. No quiso; prefirió morir como había vivido; se contentó con la muerte del protestante y del librepensador, y el ejemplo fué tan grande como horroroso. ¡Ha muerto, exclamó su doctor, como mueren los grandes condenados!

¿Te estremeces, lector amigo? Pues cuenta que no es necesario ser un Voltaire, ni haber llamado á Cristo el infame, ni haber jurado su aplastamiento; no, no es necesario todo esto para ser un gran criminal. De consiguiente tampoco es necesario todo esto para salir un gran condenado. Tenemos estrechos deberes que cumplir con Dios y con el prójimo, y muchas veces no cumplimos con ellos. Sabemos graves acciones que no podemos cometer, y no obstante las cometemos. Tendremos, pues, al fin de la vida una cuenta larga ó corta que se nos presentará, pero cuenta que de todos modos ha de ser rigurosamente satisfecha.

Oyeme una pregunta de amigo, y resuélvete después: ¿Querrías morir ahora en este instante? ¿No te horrorizas cuando lees en los periódicos: A fulano ó á zutano le mataron sin darle tiempo de confesión? ¿No exclamas al momento para ti mismo: ¡Dios mío! ¿y su alma? Ahora bien; aplica todo esto á la tuya; y dime: ¿Crees que si mueres sin admitir los Sacramentos de tu Madre la Iglesia, Dios hará en favor tuyo una excepción? Crees que infringirá las leyes de su eterna justicia para condescender con tu descuido ó con tus preocupaciones? Pero me dirás: ¡Dios es misericordioso! Cierto que sí, y muchísimo, pero la misericordia de Dios consiste en perdonar á los que quieren ser perdonados, no á los que no quieren, de lo contrario no sería misericordia, sino ridiculez. Harta misericordia es brindarse con el perdón en la mano, y poner tan suaves condiciones para alcanzarlo. Oye bien un ejemplo, y dirás que tengo razón, ó mejor que la tiene Dios. El criminal que no se acoge á un indulto que el rey le ofrece, sólo por la pereza ó la vergüenza de presentarse á su ministro, ¿podrá quejarse jamás de que no fué indultado? Creo que tú mismo responderás que no. Aplica, pues, la comparación. Dios ofrece al pecador su misericordia poniéndole una sola condición: la de que se presente á su ministro, y se declare allí arrepentido de su delito. ¿Puede darse condición más justa y natural? Y sin embargo, el pecador, el impío desprecian esta condición misericordiosa, y se burlan de Dios que la ha puesto y del ministro á quien la ha confiado. ¿Podrán quejarse mañana de que Dios no sea misericordioso? ¿O podrán fiarse de su misericordia para despreciarle y ultrajarle más? ¿No ves, pueblo mío, cuán sencillo es todo esto? ¿Qué puede responder á esta argumentación toda la falsa retórica de la impiedad? ¿Qué puede responder?

Agradece, pues, á nuestro Dios el que te haya deparado para tu hora postrera el auxilio conveniente, y ruégale cada día que no te falte cuando de él tengas necesidad. ¡De cuántos pesos aliviará tu última agonía aquel último desahogo tuyo con el sacerdote! Llámale; por ti está aguardando día y noche, y no le detendrá el calor ni la nieve, ni la distancia, ni el peligro de su salud. Aunque estés apestado de

enfermedad contagiosa, aunque sepa él que por respirar tu aliento infecto ha de respirar la muerte, correrá, te estrechará contra su pecho, y expondrá ó sacrificará su vida para consolar tu alma. Y todo esto sin ningún interés material, sin pedirte un cuarto, sin exigirte ni siquiera el agradecimiento. ¿No has visto hace poco cuando una horrible epidemia devoraba los hijos de una ciudad populosa? ¿No has visto cómo devoraba también uno tras otro á los sacerdotes católicos? ¡No has visto cómo se presentaban animosos á la Barceloneta ¿á qué? á morir; y morían, y en el lugar del muerto entraba otro, á morir también, y en el lugar de éste otro y otro, y hubieran ido todos los de la ciudad, y acabados ellos los de fuera hasta quedar uno, como soldados fieles que se baten hasta quemar el último cartucho! Y morirían por ti, pueblo mío; por ti que tantas veces los has ultrajado, y morirían para consolarte, para absolverte y para salvarte. Y tú, aunque ahora no creyeses, ¿serías bastante ingrato para despreciar la amistad de estos hombres generosos? ¡Rehusarías la cariñosa asistencia de quien te la ofrece hasta á costa de su vida, y á costa de la felicidad de los suyos? ¡Sí, porque también tenían padre y madre los sacerdotes de la Barceloneta; padre y madre que temblaban por su hijo al verle al lado del pestilente; padre y madre que con su muerte quedaron sumidos en el desconsuelo, en la miseria y abandonados á la pública caridad! ¡Y todo esto por ti, pueblo católico ó pueblo impío; por ti que serás tan desagradecido que mañana tal vez clamarás guerra á los sacerdotes!!!

También estaba allí el embaucador protestante; estaba allí en los días de salud, pero desapareció en el día del peligro para no arriesgar su preciosa existencia. ¡Huyó! Bien hizo por otra parte en huir. ¿Qué podía dar él á los pobrecitos moribundos? ¿Una Biblia tal vez para leerla á ratos perdidos? ¿Un libro contra el Papa ó contra la Virgen? Excelente hora para tales necedades! Bien hizo, pues, en huir; así al menos no estorbó el celo de los que sabían morir por sus hermanos. ¡Atrás los impostores! ¡los hemos probado ya con el peligro de la vida, y no han resistido á la prueba! ¡Atrás los miserables! ¡atrás!

Tú, pueblo mío, aprende en estos ejemplos lo mucho que debes á tu Sacrosanta Religión católica, apostólica, romana. ¡No te dejes seducir, por Dios! No hagas horrible y atroz tu última agonía. Vendrán á proponerte el desprecio de los Sacramentos, y aun á hacerte jurar desde ahora que renuncias á ellos. ¡Horrible juramento! Vendrán, no sólo los protestantes, sí que también los solidarios, los librepensadores y otros, aunque se llamen como por burla *amigos tuyos*. Amistad del infierno es la suya, pueblo de mi corazón, pobre trabajador, incauto artesano: no son amigos de los pobres, no; sino enemigos de Dios. Su objeto no es darte la limosna que te dan, sino comprar á costa de ella tu alma para el diablo. ¡Entiendes! El tal amigo es un traidor que exige por primera condición el alejamiento del sacerdote y de todo consuelo religioso. Ojo con tales amigos, aunque vengan con las manos llenas de oro: el oro no salvará tu alma ni consolará tu corazón, ni acallará tus remordimientos, ni responderá por ti en el tremendo tribunal de Dios. Sólo hará todo esto la absolución del sacerdote.

Aprende del ilustre novelista francés, que, á pesar de sus extravíos, no quiso marcharse del mundo sin ella. No llamó al protestante, ni al solidario, ni al librepensador; llamó al cura. Concédate Dios á ti esta última misericordia. ¡Feliz el que muere en brazos de la Religión! ¡Desventurado, eternamente desventurado, el que muere sin ella!

XIV.

¡DAD POR EL PAPA-REY!



UN periódico revolucionario de Barcelona acaba de revolvérsele toda la bilis con motivo de la conducta realmente extraordinaria que siguen los pueblos católicos con el Papa, y de la que éste sigue con ellos desde que manos villanas le despojaron de su reducido patrimonio. Y efectivamente no hay para menos. Las noticias de Italia nos dan cuenta cada día de nuevas liberalidades de Pío IX en favor de los necesitados. No le bastaba haber dado á las víctimas de la inundación del Tíber más dinero que el que les dió su pretendido libertador y verdadero opresor Víctor Manuel, ni seguir pagando sus sueldos á los empleados romanos cesantes por su fidelidad, ni haber enviado á los heridos franceses respetabilísimas cantidades, ni haber provisto de alhajas y ornamentos sagrados á las iglesias de Francia, desoladas por la guerra y por la *Commune*. La última noticia es realmente estupenda, y es la que ha hecho perder de todo punto los estribos al carísimo colega anticatólico. El Papa acaba de enviar *un millón* de francos á los católicos de Constantinopla. ¡Un millón de francos! ¡Bendito sea Dios! Y ¿qué soberano revolucionario hay en el mundo que pueda mostrarse tan galán y rumboso, dando, como quien nada da, un milloncito, y no de reales, sino de francos? ¡Mucho dinero es ese para un rey sin reinos! ¡Mucha generosidad es esa para un pobre que vive de limosnas!

Pues bien, sí; ése es nuestro legítimo orgullo; y lo decimos frente á frente de la Revolución despojadora, incautadora y desamortizadora. Nuestro Papa Rey es el más pobre, porque es el más despojado por vosotros, infelices revolucionarios; pero al mismo tiempo nuestro Papa-Rey es el más rico, porque es el más asistido por nosotros los católicos. Nosotros, nosotros, sí, sostenemos el Papa; nosotros, los que en las cinco partes del mundo creemos en él; nosotros, los blancos, los amarillos y los negros; nosotros, los sabios y rudos, los hombres y mujeres, los niños y los viejos, los nobles y los artesanos; nosotros le sostenemos, ó con nuestras doscientas mil libras esterlinas como aquel comerciante católico norte-americano, ó con nuestros cincuenta céntimos por cabeza como los subscriptores á la subscripción de la *Revista Popular*. Nosotros le sostenemos, y la Revolución puede proseguir cuando quiera su obra de despojo; necesario será que antes nos haga pobres á todos para que á él le dejemos pobre. «Poned muy alto mi rescate, decía con altivez un caballero francés de la Edad media prisionero de los ingleses; poned muy alto el precio de mi rescate, porque valgo mucho, y no habrá hilandera en Francia que no doble su jornal para librarme de vuestras manos.» Lo mismo podría decir á sus opresores piamonteses nuestro Soberano Pío IX, si fuese capaz de un rasgo de orgullo como el de aquel guerrero. ¡Robadme mucho, saqueadme bien, porque vosotros no enriqueceréis, y en cambio mis hijos se lo quitarán de la boca á los suyos para no dejarme pobre!

En efecto; la obligación de contribuir con toda suerte de medios al mantenimiento decoroso de nuestro querido Pontífice ha venido á ser para los católicos del mundo punto de honra. Se trata de ver aquí quién puede más, si los que despojan ó los que sustentan, y nosotros los católicos somos quien ha de probar á los venideros, que en el siglo XIX puede aún más el esfuerzo de los generosos que la codicia de los impíos. Preciso es que lleguen hasta á quedar desatendidas en parte las demás necesidades, á fin de que no quede desatendida esta suprema necesidad. Con mucha mayor razón es deber nuestro saber prescindir de ciertas superfluidades de la vida si con esto podemos aliviar la suerte de

nuestro Jefe espiritual. ¿Qué mengua no fuera para un católico derramar su dinero en festejos y diversiones, y salir luego con la excusa de que no tiene para enviar á su afligido Pastor? La colecta en favor del Papa debiera ser el final obligado de todas nuestras solemnidades religiosas; algunos cirios menos en el altar, algunos músicos menos en la orquesta, y que haya algunos pesos más en la bandeja del Rey-Mendigo. Todas las publicaciones católicas deberian tener abierta para este objeto su subscripción, y las grandes fechas del Catolicismo debieran celebrarse con repetidos envíos de limosna á Roma. Se ha llamado al dinero el dios del siglo, y es altamente glorioso ver como hasta este dios se prosterna á los pies del Vicario de Jesucristo. La fe de los pueblos se manifiesta en razón directa de los sacrificios que hacen éstos por ella. Y es indudable que los sacrificios de dinero, dada nuestra mísera condición, suelen ser los más dolorosos. Cuando los pueblos se prestan, pues, con tanta espontaneidad y con tanta largueza á tan frecuentes sacrificios de esta clase, prueba es irrefragable de que todavía están sus creencias á grande altura.

¡Dad por el Papa, católicos españoles! Dad por el Papa, que por todos da. El Papa es como el mar, que recibe de todos los ríos, para devolverles luego con creces lo mismo que de ellos ha recibido. Dad por el Papa, para confusión de sus enemigos. Cada limosna que dais es un hermoso acto de fe, y si la limosna anda acompañada de vuestro nombre es un acto de fe más explícito y franco, pues dais no sólo el dinero sino la cara, y si á vuestros nombres unís el de personas queridas que murieron, practicáis juntamente un verdadero sufragio. Dad por el Papa los que servís, los que trabajais, los que mendigáis vuestro sustento; dad, aunque no sea más que la humilde pieza de veinticinco céntimos, que tanto será más agradecida la limosna cuanto fuere más pobre la mano que la dió.

Y nosotros seguiremos recogiendo estos nombres y estas limosnas, y al llegarse la santa fiesta de Navidad, cuando la Iglesia recuerda aquellas dulces escenas de los Pastores y de los Reyes ofreciendo sus presentes al Niño-Dios, nosotros nos presentaremos también en nombre vuestro á Roma, al

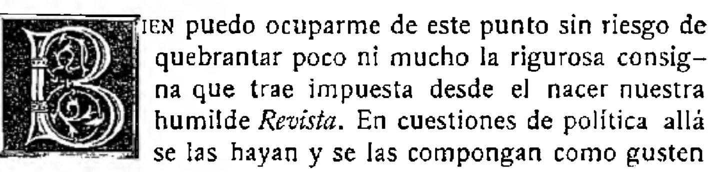
Vicario de aquel Niño, pobre como el de Belén, y al entregarle la colección de las *Revistas* de cada año, para que vea y bendiga en ellas vuestros nombres y nuestros trabajos, pondremos íntegro á sus pies el total de vuestros donativos, como humilde *aguinaldo* del pueblo español á su querido Pío IX. Y le diremos: «Beatísimo Padre, éstos que veis aquí son vuestros hijos de todas clases sociales; los de las fábricas, los de los campos, los de las chozas y los de los palacios. Niños, mujeres, soldados, letrados y eclesiásticos, de todo hay aquí; y este puñado de oro que os ofrecemos representa los sudores, las privaciones de todos, y tal vez, tal vez, las lágrimas de muchos.» Y entregada la cantidad de este año, abriremos en seguida nueva subscripción para el inmediato, y así todos los años, hasta que, ó cese la necesidad ó cese nuestra vida. Porque, en cuanto á la caridad del pueblo, ésta no cesará.

¿Lo oyes, revolucionario infeliz? Esta no cesará.

Septiembre, 1871.

XV.

LAS ÚLTIMAS BLASFEMIAS DEL CONGRESO.



Bien puedo ocuparme de este punto sin riesgo de quebrantar poco ni mucho la rigurosa consigna que trae impuesta desde el nacer nuestra humilde *Revista*. En cuestiones de política allá se las hayan y se las compongan como gusten los señores Diputados. Los redactores de la *Revista Popular* hacen lo posible por olvidarse de ellos. No quieren saber quién manda, ni quién conspira, ni quién cayó, ni quién subió, ni quién tiene probabilidades de hundirse más, ni quién las tiene de levantarse menos. Pero en cuanto á Religión son católicos, apostólicos, romanos, firmes, decididos, é intransigentes, é intolerantes. Y en cuanto suene un tiro contra la fe, venga aquél de arriba ó venga de abajo, llámese rey el blasfemo ó llámese Roque, allí están ellos en la brecha para contestar al fuego, pues aunque se propusieron no dedicar *ni un pensamiento* á la política, prometieron en cambio darlo todo, *hasta el último aliento,* para la Religión. Poco se nos da, pues, que los tiros salgan del asiento de un diputado. Allá dirigiremos los nuestros. Al enemigo se le ha de atacar allí donde presente la batalla. Combatirlo donde no está sería ridículo.

Garrido, como algunos otros de su escuela, afectando un profundo desprecio por las cuestiones religiosas, tiene, sin embargo, la manía de estar hablando á todas horas de Reli-

gión. Que venga ó que no venga á pelo, hay que sacar á plaza lo más sagrado para vilipendiarlo y escupirlo y pisotearlo. Porque hay que notar también otra extrañeza. Los más furiosos partidarios de la libertad de cultos son los más aficionados á la libertad del insulto. Entraron pretextando profundísimo respeto (así decían ellos) á todas las creencias, y muestran á cada paso feroz complacencia en lastimarlas todas. No deben, pues, espantarnos, no, las bravatas impías; hemos de acostumbrar á ellas los oídos, ya que así lo consiente Dios para castigo de nuestra desventurada patria y estímulo de nuestra tibieza. No nos espantan, pues; pero hemos de procurar que el pueblo sencillo é incauto tome experiencia de ellas y aprenda, por lo que está viendo y oyendo, qué crédito le han de merecer en adelante ciertos nombres y ciertos programas con que se le está miserablemente embaucando.

No voy á caer en la flaqueza de hacer del discurso de Garrido una refutación seria. Los insultos no son argumentos que merezcan los honores de una réplica. Comparar á la Internacional, que pretende establecer su dominio sobre las ruinas del mundo, con el Divino Jesús, que lo redimió derramando por él voluntariamente su sangre preciosísima, es en el orden religioso una blasfemia, en el orden científico una necedad. Establecer paralelo entre los Apóstoles que alumbraron pacíficamente al mundo con su doctrina, y los terribles reformistas que lo han alumbrado ya una vez con el petróleo, es un rasgo digno del manicomio. Asegurar, finalmente, que el día en que nadie tenga Religión vivirán todos los hombres como hermanos, es una verdad en cierto sentido, esto es, si se refiere á la fraternidad de Caín y Abel: en efecto, fueron dos hermanos, pero el uno víctima, y el otro primer asesino. Y en todas partes en donde no medió la Religión los hombres han sido hermanos de esta manera. Y los últimos sangrientos sucesos de París acaban de demostrarnos que no se ha acabado aún la raza de los Caínes y de los Abeles. Tiene, pues, razón el Sr. Garrido. Donde no reina la Religión reina la fraternidad. Los hombres se tratan como hermanos... que se degüellan.

Dijo con gesto de burla que Jesús murió, y que bien

muerto está. ¡Infeliz criatura! No debe de estar muerto Jesús cuando tanto le incomoda su Santo Nombre y su doctrina, ó de lo contrario habrá de confesar S. S. que con todo y ser diputado es un niño de teta á quien espantan los muertos. O le compararemos mejor con aquel valentón andaluz, bravo picador, que se las había á lanzadas con los más fieros toros... cuando estaban difuntos. O con D. Quijote, que acometía denodadamente á jayanes que no existían más que en su enferma imaginación. ¡Lástima de federal! ¡Bien muerto está Jesús, ha dicho, y no obstante no sabe sino combatir á Jesús! A propósito. Para probar que el Papa, como Soberano espiritual, era extranjero para los españoles, decía con gracia y chiste infinitos el diputado bufo: ¡Qué saque la cédula de vecindad! Pues bien. Si quiere probarnos que Jesús quedó muerto, y bien muerto, ¡que nos saque S. S. la cédula de defunción!

A bien que él puede contestarnos á los que decimos que Cristo vive, que le saquemos nosotros su fe de vida. Estamos prontos en complacer al pobre impío. ¡Así pudiésemos iluminarle!

Sí, sí, Sr. Garrido, ¿queréis vos la fe de vida de Cristo-Dios? Pedídsela al registro de la historia, que no la niega á nadie que tenga ojos para leer. Y si por vuestra desventura no la encontráis, no sacaremos de ahí que ella no esté, sino que vos estáis ciego. Tampoco han visto jamás ciertos infelices la luz del sol, y sin embargo éste no deja de pasear sobre sus cabezas su disco refulgente por toda la inmensidad del espacio, alumbrándolo todo, vivificándolo todo, fecundizándolo todo, dando calor hasta á aquellos miserables que le desconocen. Dieciocho siglos y no sé cuántas generaciones han hallado en la historia la fe de vida de Cristo-Dios que la Iglesia les ha enseñado. Da fe de su vida este mundo convertido por El, por medio de doce hombres aun más ignorantes que vos, y contra los cuales se empleó un lujo de arbitrariedad, de despotismo y de carnicería que á la distancia de tantos siglos aun nos horroriza. Y armados con la virtud de Jesús, aquellos doce hombres emprendieron la conquista del universo, y no sólo la emprendieron, sino que la realizaron. Dan fe de la vida de Jesús los prodigios

que obraron para conseguirlo, los monstruosos errores que arrancaron, la corrupción de que lavaron la faz de la tierra, los innumerables héroes de santidad que hicieron florecer en ella, la nueva ciencia que fundaron, la nueva civilización que infundieron, los nuevos templos que edificaron, la nueva fisonomía que á su voz tomaron todas las naciones. Dan fe de la vida de Jesús el mismo horror de la persecución que quiso ahogarlos en su propia sangre, la misma línea de batalla que el infierno les ha presentado constantemente desde Simón Mago hasta vos, los arranques de despecho que os cuesta á vos y á todos los vuestros, la inutilidad, la impotencia de vuestros esfuerzos. Dan fe de la vida de Jesús los estremecimientos de dolor que causáis con vuestras blasfemias en los corazones católicos, el asco con que se os mira y el escándalo general con que se os oye. ¿Queréis más pruebas de la vida gloriosa que vive en el cielo y de la vida escondida que vive en nuestros altares?

¡Pues bien, católicos españoles! Dadle esas pruebas, dádselas al impío declamador que niega á vuestro Dios y ultraja vuestras más queridas creencias. Dádselas con vuestro fervor, con vuestros actos de desagravios, con la valentía de vuestras protestas, con la franqueza de vuestro Catolicismo. Haced que el grito de vuestra fe suba más alto que el grito de su ateísmo, y que el concierto celestial de vuestras alabanzas ahogue el clamoreo satánico de sus blasfemias. Que vuestras obras y vuestras palabras, vuestra vida privada y vuestra vida pública, vuestros negocios, vuestras diversiones, vuestros escritos, vuestros monumentos lleven todos el sello de la vida de Cristo, y den fe de ella y sean como una confirmación de aquel verso con que dieciocho siglos ha la canta la Iglesia y la echa en rostro á sus enemigos: ¡Cristo vence! ¡Cristo manda! ¡Cristo reina!

Octubre, 1871.

XVI.

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA.



ESPUÉS del pan y el vino y el vestido la primera necesidad de la familia actual es el almanaque ó calendario. Guía indispensable para toda suerte de negocios, consultor doméstico en mil dudas de cada día, el calendario tiene un puesto de honor en todas las casas, bien se le coloque junto al ahumado hogar en la del labrador, ó entre las herramientas del oficio en la del menestral, ó en marco de lujosos adornos en el bufete del comerciante y en el gabinete de la dama. El deudor y el acreedor calculan calendario en mano los plazos de sus pagas ó de sus cobros, el estudiante las fechas gratísimas de vacación ó asueto, el mercader los dias de feria, el mozo del trueno las romerías y fiestas mayores. Todo el mundo necesita de él, y nadie está libre de pagar cada año al impresor este riguroso tributo.

Tiene, pues, el calendario muchos puntos de semejanza con el periódico en eso de meterse por su cuenta en casa de cada ciudadano sin pedirle antes permiso, ni perdón después. Puede haber, pues, como sucede con los periódicos, calendarios buenos, calendarios indiferentes y calendarios perversos. Los indiferentes escasean ya desde que se dió libertad para este género antes estancado. Los perversos abundan como todas las cosas malas. Los hay impíos, ateos, obscenos, que derraman en cada página raudales de podre y corrupción. Son el Judas de la familia honrada.

El calendario bueno, esto es, el que además de lo esencial, que son las fiestas del año, toma ocasión de ahí para introducir en el hogar doméstico buenos consejos, lecturas piadosas, importantes recuerdos históricos, empieza ya á generalizarse en nuestra patria, y perfeccionándose cada día más y más, conforme va conociéndose lo muy bueno que en este punto nos ofrecen como ejemplar los católicos de otros países.

El calendario ó *Almanaque de los amigos del Papa,* que la *Biblioteca popular* ofrece al público para el próximo año de 1872, es el primero en su género que se da á luz en España. Tiene por objeto popularizar y fomentar en la familia española el amor á nuestro oprimido Pontífice y la adhesión á la causa sacrosanta que su nombre simboliza. El nombre del Papa es el que sirve hoy de punto de ataque y de defensa respectivamente á los malos y á los buenos. La cuestión del Pontificado es hoy el campo de batalla donde se han dado cita los ejércitos de Dios y los del infierno, en guerra ya desde el principio del mundo. Por esto cuando una publicación cualquiera levanta hoy este lema, téngase por arma de combate que viene á añadirse á las muchas que con vigor y perseverancia sostienen años ha la causa de la verdad. El *Almanaque* indicado es, pues, obra de propaganda y de lucha, y cualquier católico que lo sea de veras ha de ostentarlo en su tienda, taller ó escritorio como un medio más de dar á conocer á todos sin vacilación y con noble entereza sus convicciones católicas.

Cierto no cae bien que elogiemos nosotros el *Almanaque* que anunciamos y en el cual todos tenemos alguna parte. Alábese él mismo si tiene cara para ello. A nosotros toca reseñar solamente su contenido, á fin de que nadie se llame á engaño si presumió mejor de él, ni por poco advertido deje de comprarlo si formó peor concepto.

Contiene, pues, el susodicho librejo, después de una bonita cubierta, las épocas célebres, cómputo eclesiástico, fiestas movibles, Témporas, velaciones, estaciones y observaciones astronómicas. Sigue el santoral completísimo, pues en él se hace mención de los Santos y fiestas de todas las diócesis de España. Intercaladas con el santoral se encuentra

una porción de lecturas ya sobre las principales fiestas, ya sobre hechos del Papa, ya sobre acontecimientos de la historia católica de estos últimos tiempos. Basta decir que el lector encontrará esparcidos entre los dias del año más de setenta artículos sobre los asuntos indicados, debidos algunos de ellos á plumas que le son ya conocidas. En conjunto forma un volumen de unas cien páginas de impresión muy compacta, de suerte que viene á ser por esta razón una de las obras que ha publicado con mayor baratura la *Biblioteca popular*.

De ningún modo mejor y más á propósito podrán valerse los padres para inculcar en el corazón de sus hijos el amor al Vicario de Dios y al Pontificado que de la lectura de este *Almanaque*. Una obrita escrita expresamente con un fin religioso muchos dejan de leerla por prevención ó por fanatismo de impiedad, que también hay fanáticos y muchos entre los impios. Pero un calendario colgado por el padre ó la madre de familia en un lugar visible de la casa, se toma cien veces al año por necesidad, tómalo el hijo tal vez corrompido, la muchacha distraída, el vecino á quien los periódicos revolucionarios trastornaron el juicio, el dependiente que asiste al club, etc., etc. Y sus ojos que sólo buscaron allí lo que necesitaban para salir del paso, tropiezan con la máxima piadosa ó con el elogio del Papa ó con la explicación de la fiesta, y la curiosidad mueve á leer, y la gracia empieza á obrar quizá, y aquello que pareció casualidad es tal vez el medio de que se vale Dios para trocar un corazón. ¿Quién sabe en cuántas manos y cuántos ojos puede ir á parar un calendario bueno?

Los buenos católicos pueden emprender en sus familias y entre sus amigos este benéfico apostolado comprando y recomendando este *Almanaque de los amigos del Papa*. No dudamos que su numerosa edición quedará en breve agotada.

Noviembre, 1871.

XVII.

¡NAVIDAD!



UÉ tiene de particular, oh lector, esta palabra que tales estremecimientos de júbilo produce en todo el universo? ¿Qué fuerza secreta hace que tu corazón salte como un niño de alegría al recordarla? ¿A qué esa agitación, ese barullo, ese universal movimiento que en todas partes se observa apenas se acerca el 25 de Diciembre? ¿Por qué se le ve venir con tanto regocijo? ¿Por qué se le espera con tanto anhelo? ¿Quién, por indiferente que sea, ó que quiera ser, no se halla muy trocado en este día? ¿Quién no se encuentra creyente en él, aunque sea á pesar suyo?

¡Ah! Todo esto ofrece la próxima fiesta de Navidad, y de ello eres tú, pueblo español, el mejor testimonio. Tú no sabes ciertamente lo que te pasa en cuanto se acerca esta fiesta solemnísima; tú no sabes lo que pasa en tu corazón, ni tal vez nunca te has entretenido en examinarlo, pero lo cierto es que pasa en ti algo distinto de lo que pasa en las demás fiestas del año, algo que se revela en tu fisonomía, algo que expresas en tus cantares, algo que busca una salida, un desahogo, una expansión en la bulliciosa alegría á que te entregas en el día y noche de Navidad.

Seas filósofo, pueblo mío, siquiera por cinco minutos; seas filósofo y échate á discurrir. ¿Por qué no te sucede esto en cualquier otro día ó en cualquier otra noche del año?

Míralo bien. El mundo, la Revolución, todo lo de acá abajo, para entusiasmarte ha de procurar ofrecerte cada día novedades. Para producir en ti algo que de lejos, de muy lejos se parezca á ese movimiento espontáneo y natural de tu corazón, ha de invitarte, adularte, halagarte, y tal vez, tal vez amenazarte. Y aun de este modo raras veces logra obtener de ti más que una agitación ficticia, superficial; algo que no sale de tus entrañas, no, sino únicamente de tus labios; algo que no es sino una parodia del verdadero entusiasmo. ¿No has observado esto en tantos festejos y entusiasmos que te atribuyen todos los días?

Pues bien; compáralo con lo de estas fiestas. Nadie te invita, nadie te hace violencia; la mano de la Iglesia se contenta con escribir cada año en tu calendario las siguientes palabras: «Día 25 de Diciembre: La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.» Y cuidado, que no es esto ninguna novedad; mil ochocientos setenta y un años ha que escribe esta breve línea en tu calendario, y mil ochocientos setenta y un años ha que esta brevísima línea te pone loco de júbilo en cuanto se acerca el día de celebrarla. Esta es la única vez del año en que el hombre se entusiasma por una cosa vieja, y tan vieja, y, humanamente hablando, tan insignificante como el nacimiento de un Niño pobre, hace diecinueve siglos, en una mala barraca de las afueras de Belén! ¡Absurdo! ¡Pero, si es un hecho! ¡Misterio, pues!—¡Pero este Niño es Dios! me responderá cualquier hijo del pueblo.—¡Ah, sí! tienes razón; y si no fuese Dios, ¿crees tú que el Niño del establo de bestias tendría poder para hacer celebrar de este modo su nacimiento durante diecinueve siglos? Y si este Niño no fuese Dios, ¿dominaría como domina todos estos siglos desde su trono de pajas y desde su palacio de animales? Y si este Niño no fuese Dios, aunque fuese rey ó emperador ó dueño del mundo, ¿habría podido imprimir de tal suerte su Nombre en el corazón de los pueblos que los obligase, como los obliga, á celebrar con tanto amor y con tanto alborozo el recuerdo dulcísimo de su humilde aparición sobre la tierra?

¡Ah! sí; este Niño es Dios. Eso proclamas cuando, poseído del admirable instinto de tu cristiano corazón, haces de

esta fiesta que vamos á celebrar la primera de las fiestas religiosas y la primera de las fiestas populares. Eso proclamas cuando turbas el silencio de la noche del 25 de Diciembre con el son de tus instrumentos y con el bullicio de tus cantares. Eso proclamas cuando ebrio de emoción inundas calles y plazas y templos, y haces que hasta el solitario rincón del hogar doméstico participe de la algazara universal. Eso proclamas, y por lo mismo tu actitud en tal día y en tal noche es un magnífico acto de fe, es un homenaje que rindes al Niño Divino del portal. Eso es en el fondo, digan lo que quieran los pobres impíos.

¿Qué horrible malestar, qué honda tristeza debe de experimentar en tal día el corazón del desdichado que no ama al Niño de Belén! ¡Qué desesperación debe de ser la del que persigue á su Iglesia! ¡Qué negro debe de mirar al sol de este día aquel que abriga en su pecho el odio contra la verdad! El 25 de Diciembre de fijo es para él, cada año, el día más odioso. En él debe de encontrarse lleno de un mal humor increíble.

No eres así tú, pueblo español, no eres así tú. No eres enemigo de Cristo, ni sufres en estos días los horribles tormentos del odio y de la desesperación. Tú amas, y apenas suena en los aires la palabra ¡Navidad! ¡Navidad! te entregas de lleno sin reserva á las dulcísimas expansiones del amor cristiano que en tu pecho mantienes. Tú crees y amas y esperas, y creerás y amarás y esperarás siempre, ¿no es verdad? Y el día y la noche de Navidad serán siempre para ti día y noche de fe, de amor y de esperanza, y por esto serán siempre para ti día y noche de popular regocijo. ¡Ay del pueblo para quien sean iguales á todas las demás noches y demás días este día y esta noche! Yo no he hallado aún en la historia un pueblo de esos. ¡No; ninguno ha renegado aún del hermoso recién-nacido del portal! Aun los sumidos en las negras tinieblas del Mahometismo y de la herejía no han cerrado del todo los ojos á la luz de Belén, y todavía son para ellos Noche buena y día grande la noche y el día de Navidad. ¡Cuánto más lo será para los católicos, únicos que nos hallamos en posesión de la verdad y de la luz en toda su plenitud!

Ea, pueblo lector; canta, toca, ríe, come, alégrate y salta de júbilo; hazte Niño, en una palabra, y sea todo en honra de este Dios hecho niño á quien dentro breves horas vas á conmemorar recién-nacido. Sea todo según la ley de Dios y de la Iglesia, y sea un acto de fe y de amor que deposites á los pies de la pobre cuna. Así lo espero, y así lo harás.

Diciembre, 1871.

XVIII.

BALANCE.



o pienses, lector benignísimo, al leer este epígrafe, que vamos á darte un extracto de nuestros libros de cargo y data y á exponerte aquí en cifras claras y redondas la suma total de nuestras pérdidas ó ganancias. Más fácil nos fuera hablarte de las primeras que de las segundas, si quisiésemos entrar en tan divertida tarea. Dejémosla, empero, para el administrador, que no es rana en esta materia. Allá se las componga él con sus sumas y con sus restas; mayor y más elevada es nuestra idea.

Nuestro balance ha de ser de más altos intereses. Importa examinar en este día, en que cumple su primer año de edad nuestra querida *Revista Popular*, importa, digo, detenerse un momento á considerar el trecho recorrido, y, alzando los ojos al cielo, alentarse á emprender con igual ó mayor decisión el nuevo año que á la vista se nos presenta.

Cuando con los nobles propósitos que pudiste leer en nuestro prospecto, nos metimos, amado lector, en la azarosa vida de periodistas, y lanzamos á la arena pública nuestras primeras ocho páginas, uno de los muchos desconfiados, que son aún en mayor número que los tontos, decíanos con cierta sonrisa como de compasión:

—¡Bah! ¡un periódico más en este siglo de periódicos! Y qué, ¿pretendéis regenerar al mundo con vuestras ocho pá-

ginas semanales? ¿Presumís detener el torrente, ó siquiera desviarlo con vuestra humilde piedrecilla? ¡Ilusiones juveniles! No tardará en desvanecerlas un doloroso desengaño.—

Callamos entonces los aludidos, y dejamos al tiempo y á Dios el cuidado de darnos el desengaño ó el parabién. ¿Querrás creer tú, lector amantísimo, que juzgamos haber recibido el segundo más bien que el primero? ¿Querrás creer que no salimos de este primer año de prueba desengañados, sino más que nunca decididos? Las obras lo dirán en adelante, y mientras esperamos que ellas te lo digan, ahí te lo diremos nosotros en estas breves reflexiones que sometemos á tu imparcial juicio y recta apreciación.

Hojeando, hojeando con verdadero cariño de padres los cincuenta y tantos números de que consta la colección de la *Revista Popular* en el presente año que va á espirar, calculando para cada ejemplar tres lectores, que no es cálculo exagerado, nos figuramos haber dirigido cada sábado la palabra á algunos miles de hijos del pueblo, pobres algunos, medianos los más, ricos y poderosos muy pocos. Figurámonos tenerlos allí (y de esta suerte escribimos nuestros artículos), figurámonos tenerlos allí al rededor de nuestro pupitre de periodista rancio, solícitos, atentos, escuchando nuestra humilde voz. Y luego nos decimos: «Si á estos miles de españoles los tuviese pendientes cada semana de sus labios un orador ateo que les enseñase á renegar de Dios, á embrutecer su alma y á levantarse contra la Autoridad legítima, ¿no llamaríamos á eso una gran calamidad? ¿No veríamos en estas palabras con tanta profusión esparcidas la semilla de grandes catástrofes para el porvenir? Pues bien. Nuestra *Revista Popular* viene á ser cada semana ese orador callejero al cual escuchan con regular y por cierto inmerecida benevolencia innumerables hijos del pueblo español. Sólo que ese orador callejero, por muy callejero y de plazuela que sea, no les enseña nunca á renegar de Dios, sino siempre á quererle de corazón; nunca á odiar al prójimo, sino á amarle entrañablemente; nunca á degradarse con viles pasiones, sino siempre á ennoblecerse con santos pensamientos. Ese orador, por vulgar y callejero que sea, recuerda cada semana verdades sublimes que el pueblo debe siempre

considerar como su más rico patrimonio; procura encender en su corazón la llama del entusiasmo por las glorias nacionales y religiosas, y pone en su boca palabras fáciles y llanas con que pueda contestar á cualquier hora á los argumentos de la impiedad que por todas partes le rodea. Dígame ahora el desconfiado de marras. Si uno que emprendiese este oficio para el mal seria tan funesto á su patria, ¿por qué no ha de serle altamente beneficioso uno que lo emprenda para el bien? Si una arenga mala pronunciada cada semana ante tantos hijos del pueblo es una calamidad, ¿por qué razón una arenga buena pronunciada cada semana ante el mismo respetable público no ha de ser un favor del cielo? Si lo primero es envenenar la atmósfera que el pueblo respira, ¿por qué lo segundo no ha de ser purificarla? Si lo primero es una peste, ¿por qué lo segundo no ha de ser un desinfectante?

Teníamos razón, pues, nosotros cuando, fiados en solo el auxilio de Dios, nos metimos de cabeza en la empresa que hemos sostenido con tesón y proseguiremos con brio. Tenemos razón, pues, en no arriar la bandera que izamos un año atrás en el dia glorioso de la Inmaculada Concepción de nuestra Madre. Con Dios contamos y con Ella; nuestro carácter español y nuestra consigna de católicos no nos dictan más que una sola palabra: avanzar, avanzar.

Avancemos, pues. Sólo deseamos que nos siga el público español como hasta ahora nos ha seguido. ¿Hemos hecho algún bien? No lo sabemos. Nos basta haberlo podido hacer y haber puesto para ello los medios. Lo demás no es cuenta nuestra. Lo demás saldrá en aquel otro balance general, en aquel arqueo supremo en el cual Dios, libro en mano, sumará y restará las cuentas de todos los mortales. Con tal que el resultado que arrojen las nuestras nos sea ventajoso, daremos por bien pagados y bien empleados, querido lector, éstos y todos los trabajos de nuestra vida. Procura tú poner corrientes las tuyas, pues ya sabes aquello del refrán: A lo tuyo tú.

Diciembre, 1871.

XIX.

IR POR LANA...

NUNCA me dió gran susto, que digamos, la introducción del Protestantismo en este país. No son para nosotros sectas de tal calaña. Somos aquí muy meridionales, y tenemos calentita la sangre, y estamos de consiguiente ó por todo ó por nada. Es decir, somos ó católicos de la Virgen y del Papa, ó francamente ateos á lo Suñer. Cierto que vale más así. ¡Fuera máscaras!

He aquí porque no ceso de reirme de puro gusto al ver la triste figura que ha venido á hacer entre nosotros el huésped hereje á quien en nombre de la civilización y de otras tonterías se dió poco ha cédula de vecindad en nuestra católica España. Puede retirarse su merced cuando tenga por conveniente; no le cayó en gracia á nuestro pueblo la novedad; hizo fiasco.

Cierto no podrá alegar como excusa de su derrota aquello tan manoseado de las hogueras de la Inquisición. Dejaron de arder hace ya más de un siglo. Por otra parte, si fuese la verdad el Protestantismo, poco debían importarle las hogueras apagadas ó sin apagar. Lo nuestro, lo católico, lo únicamente verdadero, nació, medró y prosperó, y venció al mundo, y se apoderó de él á pesar de tres siglos de hogueras y de carnicería. Medró porque era la verdad. Sólo la mentira es la que queda ahogada por el fuego de la persecución.

Mas ni este triste recurso le queda al menguado para disimular su vergonzosa impotencia. Aquí se le llamó oficial y oficiosamente, se le allanaron todos los caminos, se le mimó, se le dieron eficaces garantías de seguridad. A cada impostor de la secta que sentaba sus reales en una de nuestras católicas ciudades, lanzaba un grito de júbilo la prensa revolucionaria, saludábale gozosa y alborozada como á un regenerador llovido del cielo. ¡Hubiérase dicho que realmente se nos venía á civilizar! Y esto, al paso que se declaraba cruel guerra al Catolicismo y se formaba causa á nuestros Prelados por levantar su voz contra leyes tan anticatólicas como la del matrimonio civil, ó por disposiciones tan ridiculamente tiránicas como la del célebre juramento. Y esto mientras andaban dispersas por esas calles y plazas nuestras Religiosas, y caían demolidos muchos de nuestros templos, y era villanamente pisoteado el escudo de armas del Romano Pontífice. Es decir, para el Protestantismo eran los mimos y los requiebros; para nosotros la vejación y el escarnio.

Sentados estos precedentes, ¿no era natural, no parecía necesario que el Protestantismo creciese entre nosotros y tuviese sus días de prosperidad, siquiera fuese ésta efímera y fugaz, siquiera debiese cesar cuando cesase el mal influjo que le favorecía? Humanamente considerada la cosa, así debía suceder. No ha sucedido. Luego hay aquí algo que se le opone que no es humano. Ese algo es divino. Es nuestra Religión católica, apostólica, romana, única verdadera.

Reparen mis lectores que para llegar á esta conclusión no me he valido de sutiles raciocinios ni de abstrusas metafísicas. He presentado hechos que nadie desconoce, hechos que cantan muy claro. Recientemente, empero, acaba de hacerse público otro de más alta significación. Es él quien me ha movido á tratar hoy de esta materia. Vamos al caso.

Había en Madrid, y en una de sus calles más concurridas, una llamada capilla protestante. Apareció cerrada estos últimos días, sin que nadie pudiese darse cuenta de la razón de tan imprevista clausura. Si hubiese sido convento de monjas católicas, ó casa de misioneros católicos, ó cosa así nuestra (vamos al decir), hubiérase dicho al momento que una orden superior había mandado desocupar aquel local, á pesar

de sus legítimos dueños, y que se iba á demoler aquella iglesia y á sacar unos cuartejos de aquel bendecido solar. Hubiérase dicho, en una palabra, que era aquello una *incautación* más y un *centro de fanatismo* menos. Pero ¡ca! no era aquello convento, ni cosa católica; era una zahurda de infames errores, era un foco de herejía, desde donde se insultaba la fe de quince millones de españoles; claro está, pues, que no cabía aquí *incautación* ni derribo ni cosa parecida; lo perverso siempre es respetado. ¿No hay libertad de cultos? No se encontraba, pues, la explicación.

Devanábase los sesos la vecindad curiosa en busca de quién se la diese de aquel fenómeno. Pronto se dió, lectores míos, y por cierto felicísima y satisfactoria y altamente consoladora. Sí, católicos españoles, ¡habíase lucido allí el Protestantismo por vida del pícaro Lutero! Los cuatro ministros herejes que allí tenían su guarida embaucando á los tontos, habíanse sentido tocados de la gracia de Dios, y reconociendo su desatino habíanse pasado con armas y bagaje á nuestras filas. Los encargados de predicar contra el Catolicismo se nos habían vuelto católicos. Sí, y en la iglesia de San Isidro, hace pocos días, en medio de solemnísima fiesta, en manos del Prelado de Madrid, ante un público numeroso y enternecido, hicieron los convertidos su abjuración. No es la primera. Varios de los apóstoles protestantes en otras ciudades de España han rendido igual homenaje á la verdad de la fe católica, apostólica, romana. Los de Zaragoza acaban también de levantar el campo, y dan ya por inconvertible la ciudad de la Virgen del Pilar. Las Biblias falsificadas van á parar casi todas en manos del clero católico, que las entrega á las llamas. ¡Publiquen los protestantes un almanaque y en él la reseña de sus progresos en España! ¡Sépase quién les paga y quién los favorece; sepa el pueblo, sepamos todos cuántos neólitos ha hecho la secta en tres años de predicación! ¡Vergüenza para los impostores, que llevan en su propia esterilidad el sello de la mentira!

Basta por hoy. El Protestantismo, en vez de arrancarle sus hijos al Catolicismo, déjale los suyos como se acaba de ver. Esto pasa en Madrid, es decir, en el punto donde, por razones que me sé y me callo, podía prometérselas más feli-

ces. ¿Qué será de él en nuestras capitales de provincia? ¿Qué será de él en nuestras poblaciones del interior? Aconsejámosle, á fuer de caritativos, que no intente allí su torpe propaganda. No estamos aquí para protestantes. No es tierra esa para tal siembra ni para tal cosecha. Recuerde el infeliz que lo que le está pasando se llama en España con un antiguo refrán que he indicado al principio y con el cual quiero acabar. Ir por lana... y volver trasquilado.

Enero, 1872.

XX.

DOS PALABRAS AL OÍDO.

AMOS á entrar en Carnaval.

Tristísimos están los tiempos, y no se puede fijar en ellos la vista sin que al momento se sienta abrumado el corazón por aterradores presentimientos. Gime en todas partes la Religión, sin que haya en el mundo un solo palmo de tierra donde no sufra fiero combate; su augusto Jefe, oprimido, vejado, escarnecido; el edificio social, bamboleando y estremeciéndose con espanto de todos. Y en medio de esa agitación, de ese dolor y de esa incertidumbre, densos nubarrones apiñandose en todos los puntos del horizonte, presagiando nuevas é inevitables tormentas. Sí, es muy triste el dia de hoy; pero promete ser todavia más desconsolador el dia de mañana. Todo el mundo dice lo mismo. Nadie sabe do vamos, sólo sí que al fin del camino que seguimos ó por el cual somos empujados se abren espantosos abismos.

Díganme ahora mis lectores, sin pasión, sin espíritu de partido, dejándose guiar únicamente por su buen parecer; ¿les sientan bien á las críticas circunstancias presentes la algazara, las risotadas y las muecas del Carnaval? ¿Es razonable, es decoroso que nos entreguemos á pueriles regocijos, cuando nuestro estado presente no permite siquiera á los corazones la ordinaria tranquilidad? ¿Qué dirán los venideros de unos hombres formales y sensatos que en los azarosos días del año 1872 acompañaban por esas calles un monigote de cartón, entreteniéndose en redactar grotescos telegramas y en disponer ridículos festejos? Somos hombres ó somos niños?

Pues, si bajo el punto de vista religioso miramos la cues-

tión, nadie que tenga sentimientos cristianos, nadie que quiera llevar con mediana dignidad el nombre de católico; puede hacer del loco y del bufón en nuestros tiempos. Lo son de luto y amargura para la gran familia cristiana, y de un modo muy particular para la española; y á nadie que se tenga por individuo de esa familia le es lícito renegar de los sufrimientos y amarguras de ella. De ese patrimonio de lágrimas que le ha cabido en suerte á la Iglesia en nuestro siglo, nos toca una buena porción á cada uno de los católicos. Es lícito confiar, es lícito resignarse, es lícito andar en busca de consuelos para el corazón agobiado; pero no lo es, no, á quien tenga bien puesto ese corazón interrumpir con impías carcajadas el duelo de una madre. Mal hijo será quien de otro modo lo entendiere. Y si además se observa que la libertad del Carnaval es la ocasión escogida por la impiedad para sus más groseros alardes; si se recuerda que en él son vilmente parodiadas y puestas en infame caricatura desde nuestras prácticas más vulgares de devoción, desde el hábito de nuestras pobres Religiosas, desde los ornamentos de nuestro culto hasta el augustísimo y dulcísimo Sacramento de nuestros altares, ¡oh! ¡no, no será católico quien autorice con su cooperación tales excesos; no lo será quien deje de sentir por ellos toda la aversión, todo el horror, y juntamente todo el desprecio que deben inspirarnos!

¿Cuál debe ser, pues, la actitud del pueblo católico y honrado en tales días?

Puede compendiarse muy exactamente en estas dos palabras: Retraimiento y desagravio.

Retraimiento, y que sea absoluto. No prestarle al mundo en tales días y para tales objetos ni nuestro dinero ni nuestra persona. Pero ¿y la caridad? ¡Santa hija del cielo, sublime virtud cristiana! no eres tú la que anda enmascarada por calles y plazas, no; no eres tú la que para enjugar lágrimas necesita divertirse y divertir; no eres tú la que se inspira en el amor á los placeres, porque tú te inspiras en el amor á Dios! No, máscara tuya es y sólo máscara tuya, esotra que baila con la mayor *abnegación* para consolar afligidos, que derrocha sin medida para dar un pedazo de pan á los hambrientos, la que... Basta, que no todo el mundo

pensará como la *Revista Popular* en esta materia. Siéntolo á fe mía, pero no lo puedo remediar.

Desagravio, y que sea público y fervoroso. Ya desde muy antiguo abre la Iglesia sus templos en tales días, invitando á sus hijos á compensar con repetidos homenajes y constante adoración el extravío y la ceguedad de tantos hermanos suyos. Pues bien: ha crecido el ultraje, crezca también la reparación. Organicemos en todas partes solemnes funciones en que la suntuosidad y pompa compitan con lo profundo del recogimiento. Presida el Dios vivo desde su tabernáculo la asamblea de los fieles, y sea ésta, como suele, numerosísima. Oíganse allí los suaves arrullos del órgano mientras pasa rozando los santos muros la música estrepitosa de la bacanal. Respírese en su recinto la paz del alma en vez de la agitación y loca embriaguez con que marea á los suyos el mundo. Consuélennos allí los desahogos de la piedad, mientras la irreligión y la lascivia los proporcionan de otro género á los corazones corrompidos.

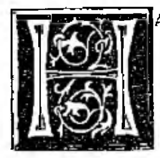
¡Desagravio! ¿Hay palabra más grande que esta palabra? ¿Hay otra más dulce para los corazones generosos? Redoblar el amor cuando otros redoblan la injuria; acrisolar la lealtad cuando es más descarada la perfidia y el olvido es más desdeñoso; borrar con repetidas adoraciones la huella y el mal ejemplo de la blasfemia; imprimir más ardoroso el beso allí donde con mayor brutalidad se dió la inmunda bofetada, esto es desagraviar. ¡Tiene toda la nobleza de la abnegación, toda la abnegación del sacrificio, y á veces todo el sacrificio del martirio! Pero tiene también para las almas leales todo su atractivo y su infinita dulzura!

¡Retraimiento y desagravio! He aquí nuestra consigna, la consigna del pueblo católico durante el próximo Carnaval. ¡Retraimiento y desagravio! En el primero vea el mundo una silenciosa protesta contra todo lo que de cerca ó de lejos mancilla en tales días el honor de nuestra fe y el decoro de las costumbres cristianas. En el segundo vea Dios y vea la Religión un delicado homenaje que tributamos á lo que tantos se jactan de vilipendiar. Influyamos todos para que se obre en este sentido. Aun es tiempo.

Febrero, 1872.

XXI.

¡PRÁCTICA! ¡PRÁCTICA!



HAY pocos hombres, relativamente hablando, que se crean á sí mismos impíos ó irreligiosos, y no obstante hay en el mundo, también relativamente hablando, poca Religión. ¿Cómo se explica este fenómeno? ¿En dónde está la contradicción? ¿En las palabras, ó en las ideas?

En las primeras, á mi pobre parecer: en las palabras. Vas á entenderme, querido lector.

No se tiene generalmente de la Religión el concepto que debe tenerse, y por esto son muchos, muchísimos, los hombres que creen tenerla, cuando no la tienen en realidad. La contradicción, pues, que te acabo de señalar es pura apariencia. La verdad tristísima, por más que amargue decirla, es que son muchos los hombres irreligiosos, y que hay poca Religión.

¿Qué es, en efecto, la Religión? Dos cosas significa esta palabra, dos cosas que son una sola. Significa un conjunto de verdades que hemos de creer, y un conjunto de preceptos que hemos de observar. Y si falta un solo punto de esos, si no se cree todo lo que se debe, y si se hace profesión de no observar todo lo que se manda, entonces... el hombre que tal hiciere será pacífico, sobrio, honrado al uso del mundo, será todo lo que quiera ó todo lo que pueda, pero no será un hombre religioso, no tendrá Religión, por-

que tener Religión es tenerla toda, y Religión mutilada no es verdadera Religión.

No parece comprenderlo así un joven amigo mío, trabajador por más señas. Cuando atentamente le considero, téngole más lástima que á los ateos furiosos. Es hombre de bien, á su modo de pensar, pues ni roba, ni mata, ni insulta, ni se mete en pendencias. Nunca se le oyó palabra alguna contra la Religión, pero... este pero es tristísimo; tampoco se le ve practicar acto alguno de ella. Quiérenle todos por su amabilidad y buen trato, es simpático, al morir será llorado por sus amigos, pero... ¿qué le han de valer ante Dios las simpatías todas que pueda haber inspirado acá en el mundo su bondadoso carácter? ¡Y no obstante él se llama católico!

Hay mucho de eso, lectores míos, en la sociedad que nos rodea; hay mucho de ese Catolicismo que no se practica, y que por lo tanto no es Catolicismo. Y hay más aún. Además de los indiferentes por sistema que se juzgan hijos de la Iglesia sólo porque no la persiguen; además de los distraídos que se creen buenos, sólo porque no piensan más que en su negocio, hay muchos que en conversación, en periódicos, en la cátedra, en el Parlamento os hablarán muy gravemente del Ser Supremo, del sentimiento religioso, de la civilización cristiana, etc., etc., y no obstante, ni un minuto de su vida han consagrado á la glorificación y adoración de ese Ser Supremo, ni un acto solo puede citarse de ellos en testimonio de aquel su sentimiento religioso y de estas ideas cristianas que con tanta elocuencia saben ponderar.

¡Ah! ¡siglo de elocuente palabrería! ¡Menos hablar de Religión y más practicarla! Y si hablar es indispensable para defenderla, defiéndala al mismo tiempo nuestra vida, y den claro testimonio de la verdad todos los actos de ella.

Oyelo bien, pues, querido lector; tener Religión es practicarla, y si no la practicas no la tienes; tan ateo eres como Suñer, de desdichada memoria.

Tener Religión es practicarla, y practicarla es precisamente lo que ciertos despreocupados hallan de mal tono y de pésimo gusto.—Cosa de mujeres, dicen; ¿quién va á meterse ahora á devoto?

Practicarla es rezar sus oraciones como los niños y las mujeres; como los niños y las mujeres, ¿oyes? y esto por hombre barbado que seas, y por muy alto que sea tu pedestal. Rezaron, como los niños y las mujeres, hombres de genio como Bossuet, Newton, Balmes y Donoso Cortés; rezaron grandes filósofos, insignes poetas, esclarecidos capitanes; rezaron como tu mujer y tus hijos, y ¿había de rebajarte á ti ese rezo dirigido á Dios, hombre de poca fe... y de poca razón?

Practicarla es frecuentar los Sacramentos sin temor al que te llamará por eso santurrón, hipócrita ó mojigato. Los Sacramentos son la esencia de la Religión.

Practicarla es guardar sus fiestas y hacerlas guardar, y no robar á Dios y al pobre el día santo que no es tuyo, sino de ellos. ¡Respeta lo ajeno, ladrón del culto de Dios y de la fe del pueblo!

Practicarla es tener amorosa devoción á sus Santos y en particular á María Santísima la primera de todos. De lo contrario, eres protestante.

Practicarla es... y ¿cómo citar aquí hasta el fin todos y cada uno de los deberes *prácticos* del católico *práctico*, que es el único católico verdadero? Practicar la Religión es, en menos palabras, hacer todo lo que ella recomienda y no hacer nada de lo que ella reprueba, y si así no se vive, si así no se obra, no hay remedio, no se tiene Religión; lo que se tiene es un ateísmo vergonzante, peor tal vez que el ateísmo sistemático y descarado. ¿Por qué no gritáis entonces: No hay Dios?

¡Práctica! ¡Práctica! ¿Sabéis por qué se hunde el mundo? No es por falta de gentes que se llamen católicas, es por falta de gentes que lo sean. Dadme que lo sean de veras todos los que creen serlo, y estamos salvados.

¡Práctica! ¡Práctica! La Religión no es principalmente cuestión social, como se figuran algunos. Primariamente y principalmente es negocio individual de cada uno. Pues bien. Al morir no os salvará, no, el dictado de católicos, ni el certificado de tales, dado por la pública opinión. Os juzgarán y os salvarán (ó bien os condenarán) vuestras obras, esto es, vuestra práctica.

¡Práctica! ¡Práctica! esa es la piedra de toque con que se prueban las verdaderas convicciones. ¿Tienes prácticas católicas? Católico eres. ¿No tienes prácticas religiosas? Luego no tienes Religión, por más que digas.

Obras son amores, y no buenas razones. Dime lo que haces, y te diré lo que eres. ¡Qué excelente punto de vista para un escrutinio de la conciencia en la presente Cuaresma!

Febrero, 1872.

XXII.

LA MEDIA RELIGIÓN.

AY en Religión doctrinarios como en política. Hay hombres que por huir de los extremos de ser irreligioso de veras, ó de veras religioso, adoptan en estas materias un cierto término medio que les permita ir tirando, tirando siempre, navegando, como se dice, entre dos aguas. Su divisa es, ni impiedad, ni fanatismo. Por impiedad entienden las blasfemias de Garrido y de Suñer y el programa ateo de la Internacional. Por fanatismo entienden (¿quién ignora lo que entienden ciertas gentes por fanatismo?) las prácticas populares de piedad, el dogma de las indulgencias, la Bula, los ayunos, la frecuencia de Sacramentos, la novena, el Trisagio, etc., etc. Estos tales suelen jactarse á boca llena de ser ellos los únicos que lo entienden, como debe entenderse todo en el siglo de la ilustración. La masa común de los católicos, envolviendo en esta masa al clero con su Papa y Obispos á la cabeza, viven sumidos todos en un mar de preocupaciones y tonterías, indignas de los tiempos de progreso en que vivimos. Conviene, dicen á todas horas, ser católico, pero no beato; tener ideas religiosas (*sentimientos religiosos* aún les gustan más), pero nunca ser un neo.

Este Catolicismo de nuevo cuño, que es el verdadero neocatolicismo, ha nacido, no de error del entendimiento, sino de cierto refinado espíritu de conveniencia. Muchos hom-

bres sin convicciones religiosas, ó que las tienen muy frias, han dicho para sus adentros: «No, no puedo ser impío; el descaro del ateísmo repugna á mi corazón educado por una madre cristiana; los remordimientos me harían desgraciado. Además (este además vale todo el oro del Perú), el ateísmo declarado, en sociedad y sobre todo para un padre de familias, nunca será cosa *decente* ni regular. Pero (los peros suelen ser invención de Satanás) tampoco quiero ser del número de los beatuchos, siempre con el rosario á cuestas, hecho pilar constante de una iglesia, y que por fanático me señalen las gentes y me conozcan todos los abonados á Cuarenta Horas. ¡No en mi vida, á lo menos en mi juventud!»

Resultado de este *arreglo* de cuentas es lo que llamo yo la media Religión, que es la que por desgracia está más en boga. Religión sin prácticas enojosas, sin serios compromisos, sin deberes que cuesten, sin sacrificio alguno, Religión con todas las aparentes ventajas de la verdadera, y al mismo tiempo con toda la libertad y conveniencias de no tener ninguna. Ejemplo al canto.

¿Conocéis á D. Paulino? Pues, cuenta que á ese caballero le habéis visto por lo menos doscientas veces en vuestra vida. Don Paulino es un tipo en el cual están como compendiados todos los rasgos de esa quisicosa que en algunos hace veces de Catolicismo, y que yo me he atrevido á bautizar con el nombre de *media Religión*. Don Paulino va á Misa los dias de guardar; es verdad que suele olvidarse alguna vez, pero al fin no es voluntad lo que le falta... son las malditas ocupaciones lo que le sobran. Ya se ve, pues, que él no tiene la culpa. Va, pues, á la iglesia muy á menudo, es decir, media hora por lo menos ó veinticinco minutos cada semana, es decir, la semana en que no sale á impedirlo la consabida ocupación.

¡Ayunar! Y ¿quién le hará creer á mi D. Paulino que éste sea precepto formal de la Iglesia, obligatorio para todo católico de edad viril y salud robusta como la suya? Pues ¿no dice él, con su superior teología, que esas son *cosas* de curas y de mujeres? ¡Cómo si Cristo hubiese fundado una Religión para curas y mujeres, y otra para los caballeritos ilustrados como él! ¡Indulgencias! ¡Válgame San Blas ben-

dito! ¿Quién osó sacar á colación tal palabrilla? ¿Pensáis acaso, os dirá, que soy yo una beata de poco más ó menos para creer en estas chocheces?

—¡Pues entonces sois incrédulo, ó protestante por lo menos, puesto que negáis un dogma de fe!

—Alto, alto, y no me insultéis, que me precio de muy católico, tanto como vos y tanto como el Papa, ¿entendéis? Voy á Misa todas las fiestas... que puedo; creo en Dios, y hago de vez en cuando mis limosnas, que por cierto las trae el diario. ¡Lo que no quiero es ser fanático, mogigato, santurrón y sacristán como tantos hipócritas!

Bien, D. Paulino, amigo mío, bien; á tiro de ballesta se os echa de ver que sois hombre del día y montado al uso del siglo actual, que en todo está por los términos medios. Sois católico veinticinco minutos cada semana, cuando no lo impide la ocupación; os acordáis de Dios como si no existiese; obedecéis al Papa lo mismo que al gran Mogol, y sabéis y seguís las prácticas de vuestra ley ni más ni menos que yo las del Código de la China. Dogmas esenciales de nuestra fe, preceptos de gravísima obligación, los tenéis vos por *cosas* de curas y de mujeres. Sabedlo, pues, amigo mío, vos y los vuestros, que juntos sois muchos; el justo medio que pretendéis adoptar en cosas de Religión, no existe. Clarito. Vos no tenéis Religión. En materia de Religión es preciso ser muy radical. Quien no la admite, toda, toda, con todos sus dogmas, con todas sus prácticas, con todas sus *cosas*, inclusas las cosas de curas y mujeres, la niega toda. En buena lógica no debieran conocerse en el mundo más que dos grupos, el de los devotos y el de los incrédulos. La Religión completa exige la devoción, que no es sino la práctica amorosa de ella. Lo que se llama, pues, la media Religión, no es tal, sino un medio para pasarse bonitamente sin Religión alguna, ahorrando al corazón algunos remordimientos y al vulgo de las gentes alguna murmuración. Es decir, la media Religión es una Religión superficial, una Religión á grandes rasgos, una Religión á vista de pájaro, una Religión máscara, una Religión para llenar el expediente en este mundo, y nada más. Consíguese con ella acallar un poco el grito de la conciencia, y dar otro po-

co de satisfacción á lo que exigen las conveniencias sociales. Es la Religión fácil, cómoda, libre, de los que no tienen valor para no tener ninguna, y vivir y morir como bravos ateos. Es el ateismo de los cobardes.

¡Lástima que para todo sirva menos para engañar á Dios!

Marzo, 1872.

XXIII.

LA PIEDAD.

ALTO, Sr. Popular! ¿Escribís para hombres ó para mujeres?

—Para todos escribo, y principalmente para los primeros.

—Doblad, pues, la hoja, ó cambiad el título, que sin duda padecisteis involuntaria equivocación.

—*Quod scripsi, scripsi,* que dijo un juez; ó como dice el pueblo español: Lo dicho, dicho. No cambio mi asunto á pesar de vuestras reclamaciones. De piedad he de hablar, y eso á los hombres, y á los hombres de negocios y de nuestro siglo, como quien no dice nada.

—Adelante, pues, si os empeñáis, y Dios os la depare buena. A ver lo que sale.

Voy á hablarte en efecto, ó lector despreocupado ó ilustrado, de la piedad, de esa cosa tan de iglesia y tan de mal gusto que nuestro siglo ha creído deber relegar únicamente á las mujeres y á los viejos. Voy á hablar de la piedad y á exhortarte á ser piadoso, á ti, trabajador ó amo, estudiante ó militar, bullicioso joven de veinte abriles ó reposado varón de cuarenta y cinco octubres. Voy á decíroslo con el lenguaje franco de siempre: habéis de ser piadosos: y dando un paso más adelante, aunque os sorprenda y no me creáis por de pronto, voy á probaros que si no sois *piadosos* no sois *religiosos*. Con lo cual quedará demostrado aquello que

os puse el otro dia, y que á más de cuatro prójimos hizo regañar los dientes; esto es, que en buena lógica no hay en el mundo más que dos grupos, el de los devotos y el de los ateos.

¿Qué es piedad? Si quisiese pedir la definición al mundo, harto sé lo que respondería. ¿Quién no ha oído al mundo burlarse de la piedad y de las personas piadosas? Pero el mundo es testimonio sospechoso. El mundo que colma de sátiras á las personas piadosas, colma de aplausos el can-can, los cuadros de carne viva, los chistes transparentes, y muchas cosas más que por justos respetos me callo. No he de dirigir, pues, esta pregunta al mundo. Tampoco quiero dirigirla á la Religión y al Evangelio. Ellos me perdonen, pero diríase que éstos son testigos notoriamente apasionados, aunque en sentido inverso. No, señor; quiero ser imparcial, sin ladearme á una parte ni á otra, llevado de particulares simpatías. No quiero que fallen aquí curas, ni calaveras. Quiero que falle el simple buen sentido de todo hombre honrado y racional. ¿Qué es la piedad?

Es la intervención del *corazón* en las cosas de Religión. Es la afición, el gusto, el cariñoso afecto acompañando el ejercicio de sus prácticas. La piedad es el amor. Es *amar* lo que se cree, *amar* lo que se practica, *amar* la obligación que se impone, *amar* la prohibición aunque mortifique. Este amor se manifiesta en la afición, en el gusto, en la facilidad por las obras de la Religión. Véase ahora si esta facilidad, este gusto, esta afición no son los caracteres esenciales y distintivos de las personas verdaderamente piadosas, y se conocerá si es verdadera ó no esta explicación que acabo de dar de la *piedad*.

¿Es obligatoria la piedad? Respuesta. Amarás á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma. ¿Es obligatorio este precepto del Decálogo? Claro que sí, y más que todos, como que es el primero y fundamental. Luego es obligatorio el *amor* en los actos de la Religión. Es así que la piedad no es sino el amor acompañando los actos externos de la Religión: luego es obligatoria la piedad. ¿Qué se puede oponer á este raciocinio tan llano, tan corriente y tan natural?

Si nuestros actos exteriores, nuestras prácticas, nuestros

rezos, nuestras devociones han de significar algo, ¿qué han de significar sino el afecto, el amor, el rendimiento del corazón? Si eso no significan, nada significan, son cuerpos sin alma, palabras sin sentido, son meras formalidades, puras ceremonias, sola exterioridad, verdadera hipocresía.

La Religión, aunque exige el homenaje exterior del hombre, es principalmente y esencialmente interior; del exterior puede prescindir algunas veces, del interior nunca. Este homenaje interior, este afecto del corazón es lo que llamamos devoción ó piedad: he aquí, pues, porque no se puede ser religioso sin ser piadoso. Y el que no es piadoso no es religioso. O más claro, el que no tiene piedad no tiene Religión. Esta consecuencia pudo parecer al principio inverosímil. ¿No es verdad que se la encuentra ahora muy ajustada?

Ama y haz lo que quieras, ha dicho con valentía un Santo Padre: si no amas, nada harás aunque hagas todo lo que quieras, podemos añadir nosotros. Comprendo hasta cierto punto que los pobres incrédulos hallen ridícula nuestra Religión. Lo comprendo. No viendo en ella mas que un conjunto de prácticas exteriores, como lo es la de tantos católicos, claro está, la Religión es una puerilidad. Poned, empero, en cada uno de estos actos un átomo sólo de amor, un latido sólo del corazón, y lo que os parecía pueril, vano, ridículo, lo veréis grandioso, sublime y digno de llenar, como ha llenado, la existencia de los hombres más eminentes. Todo es pueril y ridículo cuando no lo vivifica un sentimiento poderoso. Nada es pueril y ridículo cuando es inspirado por el corazón. El martirio por la Religión ó por la patria, ¿qué es si prescindimos del corazón? Una terquedad. En cambio, ¿cuántos tesoros de sublimidad y de poesía no se encierra en el sencillo beso que unos labios amantes y fervorosos depositan en una imagen? ¡Y es la acción más vulgar, más trivial, más ordinaria!

Aplicad el caso á tantos otros. Vaya un solo ejemplo. ¿Os parece cansada y ridícula la repetición de cincuenta *Ave Marías* que forma el Rosario de María? Comprendo que lo sea para vosotros si no acompañais el murmurio de los labios con el afecto del corazón. Dadme un corazón que ame

á la Virgen; aquella repetición de súplicas y alabanzas le parecera lo más natural. Al amor nunca le cansa repetir sus protestas.

Examinad con este criterio todos los actos de la Religión; paraos en los sencillos ejercicios populares los que teméis rebajaros entregándoos á ellos. ¿Nunca habéis comprendido el afecto tiernisimo, el amor acendrado que encierran aquellos ósculos, aquellas cruces, aquellas fórmulas breves y sencillas? ¡Vuestra fria ilustración no las comprende! ¡Mirad en cambio cómo las comprende el corazón! ¡Mirad cómo las conserva y las transmite el pueblo fiel; cómo las entiende, cómo se regala con ellas, cómo las saborea! Es que siente en ellas el perfume de la piedad. Ama, y por esto comprende el idioma del amor, que para vosotros es extranjero.

No es buen juez el ciego en materia de colores, ni el corazón frío en punto á sentimientos ¿No tenéis piedad? En vano es que os pondere sus excelencias. Pero sabedlo, aunque decoraseis toda la Biblia, y pudieseis explicar en cátedra las obras de los mejores teólogos, sin piedad nada apenas sabríais de la Religión, nada poseeríais de ella. Sin el amor, sin la caridad, sin el sentimiento de la piedad nada seriais.

¿Por ventura no lo ha dicho con mayor y más subida elocuencia el Apóstol en aquellas palabras: «Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los Angeles mismos, *si no tuviera caridad* vengo á ser como metal que suena ó campana que retiñe?»

¿Lo ois, católicos á vuestro modo? ¿Podéis ser verdaderamente religiosos si no sois profundamente piadosos?

Marzo, 1872.

XXIV.

LOS FARISEOS.

Pues señor, estamos, como quien dice, en semana de Pasión, y hemos de habérnoslas con estos señores que tan principal papel desempeñaron en ella. Hemos de hablar de los fariseos, no de los de allá, lector amigo, que aquéllos bien muertos quedan y bien enterrados, sino de los de acá, de los de casa, vamos al decir, de los que uno se encuentra cada día y cada noche á la derecha y á la izquierda, delante y detrás, en todas partes, en una palabra, porque la raza tal abunda fabulosamente.

—¡Caramba con el articulista de mis pecados! Y ¿hay también hoy fariseos?

—Pues ¡toma, si los hay! y del género más fino. Tan fariseos como Anás y Caifas, de gloriosa memoria; fariseos con todos sus pelos y señales, con la misma, mismísima fisonomía con que los retrató tantas veces nuestro bondadosísimo Jesús, que sólo con ellos habló recio y se mostró acalorado.

El fariseo de hoy es el tipo opuesto al del buen cristiano, que bien ó mal he procurado dibujar en los anteriores artículos *Cuaresmales*. El fariseo es el hombre de prácticas religiosas, sí, pero de falsas practicas; de piedad también, pero de falsa piedad. ¿Qué eran los fariseos judíos? Unos falsificadores de su ley. ¿Qué son los fariseos cristianos? Unos

falsificadores del Cristianismo. Muérome por pintar retratos, y voy á presentar un grupo de ellos. El pueblo los entiende más y mejor que los más estirados discursos.

Mirad á D. Bonifacio; ¡cuan serio y cuán compungido! ¡Cuán devoto en los templos! ¡Cuán severo en su traje! ¡Cuán mesurado en su conversación! ¡Cuán comedido en sus modales! Guárdate de él. Oye y asómbrate: tiene grandes capitales, y los presta en pequeñas dosis á los infelices sobre intereses ó sobre alhajas á razón de un veinte por ciento, aumentando el capital prestado y los intereses consiguientes con los vencimientos no satisfechos. Como trata únicamente con miserables, pues sólo presta al por menor, después de un plazo muy corto de contraída la deuda álzase el buen señor con el santo y la limosna, es decir, con la prenda y el capital. Su afectada compunción es el anzuelo con que pesca á los incautos. Toma de la Religión lo necesario para que no le conozca todo el mundo por lo que es, por un usurero. Es un fariseo.

Mirad á D. Justo; ¡qué celo, qué actividad despliega en todo lo concerniente á Religión! Es el organizador de todas las fiestas de su barrio; se le conoce en todas las sacristías, y aun se le ha visto algunas veces servir la Misa del modo mas edificante. ¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre! ¿Es un santo canonizado? No, señor; es un comprador de bienes nacionales, es decir, en prosa llana un ladrón público, que entra á la parte con otros ladrones en el despojo de la Iglesia á quien sirve con tanta abnegación. Casi todas sus fincas son de procedencia eclesiástica. ¡Más de una pobre monja hambrienta reconocería en ellas el patrimonio de su Comunidad, la dote que recibió la infeliz de sus padres al darles á ellos y al mundo aquel tan lloroso adiós! ¡Infame! ¡Cómo le luce a D. Justo la hacienda ajena! Es otro fariseo.

Don Ramón es un sujeto original, pero que tiene no pocas copias en este siglo. Cuando soplaban en la atmósfera política vientos más ó menos favorables á la Religión pasaba nuestro hombre por la flor y nata de los católicos, honrábase con la *amistad* de párrocos y prebendados, hacíase mil lenguas de ella, y apretaba con efusión la mano del cura, sólo por ser tal, sin recatarse de nada ni de nadie. Hoy han cam-

biado los tiempos: desde que oyó D. Ramón las primeras notas del himno de Riego dejó de frecuentar las casas de los *neos* (así llama él á las familias cristianas); avergüénzase de que le salude en la calle tal cual sacerdote antiguo conocido suyo, busca para entrar en el templo la puerta lateral como más excusada, y en cafés y casinos truena y gallea á todas horas contra la influencia clerical. ¡Qué se hizo la religiosidad de nuestro hombre! ¡Ca! ¡Si nunca la tuvo! ¡Si era puro, purísimo fariseo!

Tomad este periódico entre otros. Abridle. Primera página: Cuarenta Horas, Santo del día, ayunos y vigilias, etc., etcétera. Bien va. Volved la hoja. Can-can, bufos Arderius, Mabille bailado por *distinguidas* parejas, etc., etc. Vamos siguiendo. S. E. I. el señor Obispo hizo tal, S. S. el Vicario general hizo lo otro, el muy ilustre Cabildo Catedral, los solemnes cultos de la parroquia A ó B. Es una verdadera crónica religiosa. No hay más que pedir. Prosigamos. Viene el anuncio, sin protesta, de tres ó cuatro fincas pertenecientes á la Iglesia, y que son sacadas á pública rapiña con el nombre de desamortización. Artículos descoloridos, correspondencias de todo color. ¡Basta! ¡Basta! ¿Con qué ahi encuentra cada uno lo que quiere, guisado siempre á gusto de su paladar? Las Cuarenta Horas codeándose con el can-can y los cuadros impúdicos; los actos del culto frente á frente de una recomendación de la impía subasta que lo despoja. Es decir. Sonrisas afectuosas para la Iglesia; sonrisas complacientes para sus enemigos. ¡Basta! ¿Es esto católico? No, por Barrabás; ¡es clara y sencillamente católico... fariseo!

¿He de proseguir pintando tipos de tal calaña? No, que con el último se me ha roto el pincel, ó mejor, lo he roto yo de puro asco é indignación. Sobrados rasgos quedan delineados para reconocer en todas partes esas mistificaciones y falsificaciones de Catolicismo, que constituyen el gran *fariseísmo* actual. Estos son los que roen el corazón de la Iglesia mansa y calladamente, mientras sus enemigos exteriores la azotan con descaro, éstos los que tomando de ella lo que conviene ó acomoda, y desechando lo que no conviene ó no acomoda, fabrícanse para uso particular una religión que da luego pretexto á la impiedad para que á car-

cajada suelta se burle de la verdadera; una religión que fraterniza amigablemente con todas las ideas que debiera combatir llevando el respeto á la *opinión* ajena hasta el punto de abrazar con un mismo abrazo á Cristo y á Belial.

¡Desdichados fariseos! Vosotros hicisteis derramar al Catolicismo las primeras lágrimas y la primera sangre, antes, muy antes que en él se cebase la fiereza de los Nerones y Dioclecianos. ¿Seréis también vosotros los encargados de preparar é iniciar la última tremenda persecución?

Marzo, 1872.

XXV.

DRAMAS BÍBLICO-SACROS.

ADA año al acercarse la época que la Iglesia destina á la celebración de los augustísimos misterios de la pasión y muerte del Salvador, se suscitan con motivo de cierta clase de representaciones teatrales las siguientes cuestiones:

¿Es favorable ó no á la Religión la representación escénica de sus misterios?

¿Es lícito al buen católico asistir á tales representaciones?

Si hemos de ser francos responderemos *negativamente* á ambas preguntas. No queremos por esto arrogarnos autoridad sobre este punto, pues ninguna tenemos. Damos nuestro parecer privado, y nada más.

Creemos perjudicial á la Religión la representación escénica de sus misterios, no por la representación en sí, sino por las circunstancias de lugares, tiempos y personas que la acompañan. Antiguamente fué cosa recomendable esta representación: era un tributo pagado á las creencias de todo un pueblo; era un verdadero fomento de ellas; era como un acto de culto civil, si se nos pasa esta frase al parecer contradictoria. La uniformidad de sentimientos en el público, el respeto con que se trataba todo lo sagrado prestaban á estos actos una solemnidad y unción tales, que los asistentes podían sacar de ellos un regular aprovechamiento bajo el punto de vista tanto de la instrucción como de la moción de afectos.

¿Por qué lo que antes era tan ventajoso nos parece hoy tan perjudicial? *Distingue tempora et concordabis jura.* Ateniéndonos á este aforismo jurídico, diremos que la razón está en el cambio que por nuestro mal han sufrido las indicadas circunstancias. Dígannos las personas imparciales. Los dolores del Salvador y los gemidos de su Madre purísima ¿pueden causar impresión alguna provechosa allí donde la bailarina acaba de excitar todos los brutales instintos con un impúdico can-can ó cosa equivalente? La representación de aquellos santos misterios ¿borrará la impresión lúbrica de estos otros, ó más bien éstos serán los que desfavorezcan la religiosa impresión de aquéllos? Nosotros no lo hemos de resolver, pero quisiéramos lo resolviesen las personas desapasionadas y experimentadas. Sólo diremos, sí, que muy á menudo se oyen, en los pasos más tremendos, frases de los concurrentes, que atestiguan con harta claridad hasta qué punto les mueve muy poco el recuerdo de aquellas grandiosas escenas. Nadie saca de allí devoción. La parte más sana del público toma la cosa como mero asunto de curiosidad. ¿Merece la Religión ser pasto de meras curiosidades? Otra porción menos escrupulosa la toma como ocasión de chacota, y algunos (nos consta de cierto), como incentivo de impías blasfemias. Creemos, pues, que la representación sacra es en nuestros tiempos, es decir, dado nuestro teatro, y dado nuestro público, una verdadera profanación.

Contestada la primera pregunta, queda por si misma resuelta la segunda. Añadiremos sólo que la Iglesia, por boca de sus Prelados, ha prohibido *repetidas veces* dichas representaciones y la asistencia á ellas. Fresca está en Barcelona la prohibición del Ilmo. D. Pantaleón Monserrat de santa memoria. La cuestión se reduce, pues, á saber: si está obligado ó no un católico á obedecer á sus Prelados. ¿Somos ó no somos católicos? Resuélvalo cada cual.

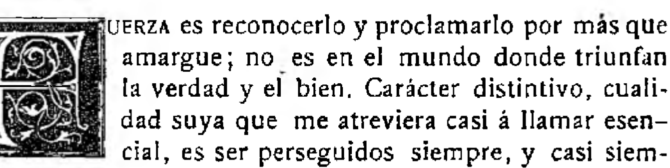
Nada diremos de la representación de los mismos asuntos sagrados en los *cuadros al vivo*. Escarnio del pudor, vergüenza de la moral, prostitución á la vista del público, verdadera exposición de carnes al vivo, tal nos han parecido siempre estos escandalosos espectáculos, por más consideraciones de orden artístico con que se pretende justificarles.

¡Cosa rara! ¡En estos grupos artísticos siempre se admira el *desnudo,* nunca la parte de ropajes, que es tan susceptible de belleza artística como la primera! Preguntar, pues, si en tales templos de lujuria, verdaderos burdeles, alternando con los inmundos cuadros mitológicos, puede ser lícita y decorosa la exhibición del *Descendimiento de la cruz* ú otras por el estilo, sería, con perdón de los lectores, haber perdido completamente la razón y la vergüenza.

Marzo, 1872.

XXVI.

EL CALVARIO.



FUERZA es reconocerlo y proclamarlo por más que amargue; no es en el mundo donde triunfan la verdad y el bien. Carácter distintivo, cualidad suya que me atreviera casi á llamar esencial, es ser perseguidos siempre, y casi siempre aplastados. El reino de los cielos es de los veraces y limpios de corazón, sí, pero el reino de la tierra, después del pecado original, es patrimonio de los pícaros y desalmados.

En la cuna misma del género humano Caín y Abel, dos hermanos, los dos primeros nacidos del seno de mujer, se nos presentan en oposición de ideas y de sentimientos. Luchan, y en esta lucha no triunfan la verdad ni el bien, personificados en el justo Abel; triunfan la impiedad y el error, personificados en el maldito Caín. Junto al primer altar que se alza para ofrecer los primeros sacrificios á Dios, aparece el primer verdugo y es sacrificado el primer mártir. Y la historia de aquel primer homicidio es la historia de siempre. Siempre frente á frente el perverso del piadoso, siempre el piadoso sucumbiendo á los golpes ó á la traición del perverso. Es ley constante é invariable del mundo moral, como el curso del sol ó el cambio de las estaciones lo son del mundo físico.

Cuatro mil años después aparece Cristo sobre la tierra, y predica su divina ley, es manso y humilde de corazón, llena á todos de beneficios; su doctrina es incontestable como es inagotable su bondad. Es la verdad y el bien en su más elevada y completa personificación. Resultado, el de siempre. El justo cae en poder de sus enemigos, es abofeteado, azotado, coronado de espinas, y clavado en un palo. Exactamente lo mismo que en la primera página del mundo y en todas las demás.

Lo sucedido á Cristo debía de suceder por precisión á la Iglesia, y la experiencia atestigua que ha sucedido del mismo modo. No quiero, empero, detenerme en extensas consideraciones sobre el particular.

Al trazar en las anteriores *Cuaresmales* el tipo del hombre práctica y sinceramente cristiano, no me he olvidado de la suerte que ha de caber en este mundo al que á estas ideas se ajustare. Quise guardarlo para hoy, que es su día. La observación atenta de lo que á una voz nos dicen la fe, la razón y la experiencia nos conduce á estas conclusiones, que son de una exactitud matemática. El mundo es un Calvario. La vida del hombre honrado (honrado según Dios) es una continua crucifixión.

¡Ea, pues, los cobardes y los vacilantes! ¡O renegar, ó sufrir! ¡O con los apóstatas, ó con las víctimas!

¡No, no siente plaza entre los soldados de Cristo el que de antemano no se resignare á ser vendido, abofeteado, escupido, azotado y crucificado como El!

¡Una pasión entera, nada menos que una pasión le aguarda al hombre decidido que quiera oponer al ateísmo del mundo, ó á su media religión, ó á su asqueroso farisaismo el ejemplo de una vida sincera y verdadera y completamente cristiana! ¡Una pasión en que entra todo, desde el abrazo hipócrita del falso hermano hasta la lanzada cruel del inhumano sayón!

¡Mirad aquella pérfida risita que se burla de vuestras obras de piedad! Es la befa de un nuevo Herodes.

¡Mirad la infernal calumnia que se ceba en la reputación de vuestra vida, sólo por ser católica! Es la bofetada con que os hiere á su salvo una mano vil.

¡Oid los motes de neo, fanático y supersticioso con que os abruman quienes se llaman por otra parte á sí propios *libres, ilustrados* y *despreocupados!* Son el *tolle, tolle* de los necios y de los malvados contra vuestra fe.

¡Oh, qué gritería tan feroz y destemplada! La escucho con pavor en todas partes, siempre creciente, en diversidad de idiomas, como la torre de Babel, pero con uniformidad de odio, como en el infierno: un solo sentimiento los anima: ¡Guerra al Catolicismo! ¡ignominia sobre el católico! ¡La oigo en el club y en el parlamento, en el gabinete de los príncipes y en los antros de las sectas, en los salones diplomáticos y en el taller del jornalero, en la hoja volante y en el libro del falso sabio, en todas partes, en todos tonos, bajo todos los pretextos imaginables y no imaginables! Y sube, y sube de punto el vocerío, y llega á obscurecerse la atmósfera con el polvo de los combatientes, y á la fuerza de la voz se añade la voz de la fuerza, las armas, el incendio, la expoliación vienen en ayuda de la iniquidad predicada... ¡El infierno triunfa!... ¡Dios mío, Dios mío! ¿nos habéis acaso abandonado?

Calma, calma, por Dios, ¿no os he dicho que estábamos en verdadero calvario?

¿O creísteis vos que eran pura metáfora de predicadores lo de los combates del mundo contra la Iglesia y los suyos? ¿O juzgasteis tal vez que Satanás se bate de broma?

Mirad á nuestro Jefe, mirad aquel cuerpo destrozado, mirad aquellas manos abiertas á martillazos, mirad aquella sangrienta cruz, mirad y estudiad aquí, que buen libro tenéis y que habla muy alto.

Asi trata el infierno á quien aborrece, así ha tratado á su Iglesia, así os tratará á vos. Vuestra pasión podrá no ser material y visible, pero no dejará de ser muy dolorosa. Tal vez os perdonen las manos y las espaldas; pero, no lo dudéis, ¡ó seréis de los suyos y renegaréis de Dios, ó bien os taladrarán el corazón y os crucificaran el alma!!!

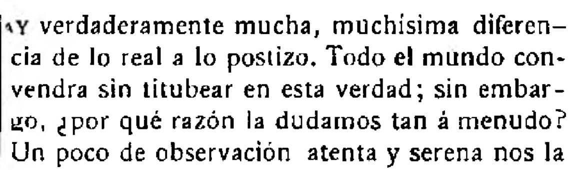
Y habrá fariseos que se burlen de vos mientras estáis en amarga agonía, y os abandonarán tal vez los vuestros, los que tuvisteis en más confianza, y llegaréis á sentir tal vez hasta las vacilaciones de la desesperación y la soledad de un

aparente abandono. ¡Valor! Bebed la hiel hasta la última gota. Es pasión, y no pasión de broma ni pintada, sino muy seria y muy positiva. Es vuestro patrimonio, es la herencia vuestra, es la condición eterna de la verdad y del bien sobre la tierra. ¿Sufrís? Luego triunfaréis.

Marzo, 1872.

XXVII.

LO REAL Y LO POSTIZO.



HAY verdaderamente mucha, muchísima diferencia de lo real a lo postizo. Todo el mundo convendrá sin titubear en esta verdad; sin embargo, ¿por qué razón la dudamos tan á menudo? Un poco de observación atenta y serena nos la haría descubrir muchas veces, y casi siempre con gran consuelo de nuestras almas.

Aquí, por ejemplo, en esta benditísima tierra de España, en este privilegiado suelo, tras tanto sacudimiento y tanta agitación, zarandeados por Satanás (es la frase misma de Jesucristo) durante tantos años, todavía lo postizo es la impiedad, todavía lo real es la fe católica.

Dios y nuestro buen pueblo no pierden ocasión de hacérnoslo ver frecuentemente. Cada día lo veríamos si quisiésemos; hay ocasiones, empero, en que la verdad se presenta tan deslumbradora á nuestros ojos, que nos obliga á que á pesar nuestro la reconozcamos.

La impiedad, que grita y vocifera todo el año logrando aparecer como dominante á fuerza de exhibirse, no sé ciertamente dónde se esconde en los santos días que acabamos de solemnizar. Sucédeme en tales días una cosa especial. Lo impío, lo ateo, lo revolucionario no saben encontrarlo mis ojos por más que lo busquen. Sé que existen impíos, sé que nos rige una legislación impía, sé que el matrimonio legal

en España es un matrimonio impío, todo esto sé, y sin embargo he de hacer un esfuerzo mental para que todo ello no me parezca puro recuerdo de soñadas desventuras. Y sin embargo, ¡triste verdad! ¡todo esto existe! ¡Y no obstante no aparece!

En cambio lo católico, lo honrado, lo nacional no cesa de presentárseme en todas partes sin que lo busque.

Sucede precisamente lo contrario que en el caso anterior. No encuentro al Catolicismo en ningún artículo de nuestros códigos, ni en ningún rincón de nuestro mundo oficial, y sin embargo, en todo lo demás, por doquiera saleme al encuentro el Catolicismo.

La Revolución ha demolido una porción de nuestros templos, y abren sus puertas una porción de nuevos templos, que ciertamente no existían pocos años ha.

El estado no da un céntimo á la casa de Dios, sino que prosigue despojándola de cuanto su mano rapaz puede llevar á la subasta. Y la casa de Dios se presenta, no obstante, como si tal cosa, alfombrada, tapizada, iluminada.

Los gobernantes tienen sitiado por hambre al clero todo, de sacristan para arriba hasta el Papa inclusive: al Papa se le exige una reconciliación embustera, á los demás un juramento degradante. Y no obstante, el Papa gasta como necesita, y el clero canta, y predica, y sirven sin alzar todavía uno ni otro bandera de capitulación.

Dicen que el pueblo nuestro se dió á sí propio la libertad de cultos, y que imperiosamente la reclamaban las circunstancias. Y algunas docenas de infelices ministros protestantes, enviados y sostenidos aquí á fuerza de oro inglés y de halago oficial, viven aquí unos tres años, siempre como verdaderos forasteros, derraman algunos centenares de miles de Biblias falsificadas, abren unas pocas capillas de alquiler, y de la noche á la mañana en medio del júbilo cristiano de los más, y de la rabia mal disimulada de los menos, conviértense unos á la fe que vinieron á combatir, y márchanse otros con la música á otra parte, sin haber podido coger siquiera una espiga en este campo de sus sudores. ¡Qué desengaño!

¿Qué es esto? Y ¿qué ha de ser sino lo que empecé por

consignar en el principio del artículo? ¿Qué ha de ser sino que hay mucha, muchísima diferencia de lo real á lo postizo? ¿Qué ha de ser sino que lo católico es aquí lo real, y lo revolucionario es aquí lo postizo?

La Semana Santa española se presta á estas consoladoras reflexiones. A pesar del recio temporal que nos azota, á pesar del huracán del infierno que parece arrasarlo todo, á pesar del aire corrompido que en todas partes se introduce, lo nuestro permanece firme, no ofrece señales de vejez ni de próxima ruina. ¡Si querrá Dios que sea aquí donde se conserve la levadura de la fe, para restaurarla un día en las demás regiones del mundo que la perdieron ó la adulteraron! ¡Si querrá Dios que sea nuestra patria el punto de partida de una reconstrucción general! ¡Los eminentes servicios prestados á la Religión por la antigua monarquía española, habrán merecido para ella en el porvenir la dicha de que sea destinada para repetírselos! ¡Cuán abundantes, y sobre todo cuán poderosos gérmenes de restauración y de esplendor cristiano atesora aún en sus entrañas nuestro pueblo! ¡Cómo se desarrollarían estos gérmenes el día en que, por inefable misericordia de Dios, cesase la presión infernal que los tiene como aprisionados! ¡Cuán hermosa florescencia de fe y de virtudes, qué verdor y qué lozanía, qué lujo de frondosidad desplegaría España el día en que dejase de soplar sobre su faz el mal aire que hoy la abrasa!

Oremos, oremos, sí, pero también confiemos, y sobre todo trabajemos. Riquísimo es todavía el depósito de fe que nos han legado nuestros mayores. La generación presente tiene la altísima honra de custodiar, en días de grave riesgo, este depósito precioso. Dios y la generación de mañana nos exigirán tremenda responsabilidad, si por nuestra negligencia se ha menoscabado.

Abril, 1872.

XXVIII.

EL CUMPLEAÑOS DEL PAPA.

ENTRO dos dias, el 13 de los corrientes, con el favor de Dios, va á cumplir ochenta años el bondadoso Anciano á quien ha colocado Jesucristo por jefe y pastor de la gran familia católica en todo el universo. Ochenta años, es decir, la edad á la cual pocos alcanzan, sobre todo cuando los veinticinco últimos han transcurrido entre toda suerte de amarguras y padecimientos. Ochenta años, y no como quiera, sino en la plenitud de todas las fuerzas físicas, entera la voz, seguro el andar, clara la vista, jovial y sereno el semblante, es decir, virilidad completa sin menguas, sin achaques. Ochenta años en el goce de todas las facultades morales de que es capaz hombre nacido: voluntad enérgica y vigorosa, inteligencia clara y despejadisima, ojeada vasta y certera para dominar con suma sencillez los negocios todos y las mil complicadísimas situaciones que le está ofreciendo cada dia en las cinco partes del mundo conocido la Iglesia de Dios. Miradle, oidle; cada semana nos trae la fama un nuevo arranque suyo, todo el mundo le visita, á todo el mundo habla, á todo el mundo consuela, á todo el mundo alienta. Su voz es la que sostiene en medio de tantos contratiempos la esperanza en doscientos millones de corazones que le son fieles. Mitad del mundo que sirve al infierno, mitad del mundo que sirve á Dios, tienen fija en él la vista,

éstos con amor, aquéllos con rabia. ¡Cuán grandiosa es la figura de ese Anciano de ochenta años, sonriendo dulcemente, como quien compadece la ceguedad de unos y agradece el sincero afecto de los demás!

Pío IX es el prodigio viviente de nuestro siglo. A cada época histórica señala Dios el gigante que ha de destacar sobre ella. Pío IX es el gigante de nuestra época, prenda eficaz é infalible de la protección que, según sus promesas, continúa dispensando el cielo á la Iglesia católica.

El cumpleaños de Pío IX, el octogésimo aniversario de su nacimiento han de ser, pues, día de júbilo y de esperanza y de acción de gracias para la gran familia cristiana. Ocultemos aquel día las lágrimas de aflicción que riegan nuestras mejillas, para congratularnos en honra de Dios y de nuestro Pontífice al pie de los altares.

¡Pío IX es nuestro Padre de familias, y el día 13 es su cumpleaños! No están, cierto, los tiempos para alegres plácemes y felicitaciones, empero todos los tiempos son tiempos de oración, y algunos lo son de un modo especial. Agrupémonos los católicos aquel día al rededor de la Mesa Santa donde se inmola y se da á los hijos de Cristo su Sacratísimo Cuerpo y preciosísima Sangre; agrupémonos á los pies de la augustísima Señora Madre de Dios y Madre nuestra y Madre particular de Pío IX.

Y mientras este día llega, mientras cada cual se apresta á celebrarlo con todo el esplendor posible, la *Revista Popular* en nombre de su Director y Redactores, en nombre del numerosísimo pueblo fiel que la ama y la lee, en nombre de los millares de ignorados hijos que en ella han depositado el óbolo de su limosna para el Papa, en nombre del pueblo español que cree todavía, y ama, y espera, desde el humilde puesto de honor que ocupa ella en la grandiosa lucha de los tiempos modernos, envía al esclarecido Pontífice de Dios sobre la tierra, al ilustre Papa del *Syllabus* y de la Inmaculada Concepción, á la augusta Víctima de la Revolución europea, al excelso Prisionero de la iniquidad por algunos momentos triunfante, al Rey Mendigo á quien mantenemos todos los católicos del mundo, el homenaje de su sincera, leal, absoluta é inquebrantable adhesión. ¡Siempre con el

Papa, vencedor ó vencido, triunfante ó prisionero, aclamado ó crucificado! ¡Siempre con el Papa, unidos á él, dispuestos á todo por defenderle á él, y antes que separarnos de él! ¡Suyos sin condiciones, sin reservas, sin vanos distingos! ¡Suyos contra todo, y, si conviniere, contra todos! ¡Y mientras el pecho conserve aliento de voz, mientras la pluma pueda trazar sobre el papel la última letra, mientras la mano tenga un céntimo que ofrecer, todo, voz, pluma, corazón y mano, siempre y ahora más que nunca, con el Papa y por el Papa!

Mayo, 1872.

XXIX.

QUIJOTADA REVOLUCIONARIA.

N despacho acaba de comunicarnos hace pocos días la agencia telegráfica, según el cual el Gobierno italiano ha propuesto á las potencias europeas (ó va á proponérselo) una acción común y colectiva á fin de intervenir en la designación del Papa que haya de ser elegido después de la muerte de Pio IX, para lograr que salga del conclave electoral un Papa *conciliador*. Notición estupendo, que, resonando de un punto á otro del mundo cristiano, habrá arrancado sin duda de todos los labios católicos, acompañada de una solemne carcajada, la exclamación que le he puesto por epígrafe á mi artículo de hoy.

¡Decididamente andan ciegos y dejados de la mano de Dios estos pobrecitos revolucionarios! ¡Fuera hora ya de que empezáramos á no temerlos los hijos verdaderos de la Iglesia! Se comprenderá que hablo de los revolucionarios teñidos de católicos, de los revolucionarios que necesitan *conciliación*, de los cuales son muestra acabadísima los diplomáticos italianos, oficiosos promovedores del proyecto que estoy sacando á pública vergüenza. De esto hablo, porque en cuanto á los otros revolucionarios francos y desenmascarados, sobrado nos han dicho ya que no necesitaban tales tapujos. Estos nos han dado claro y limpio su programa en el estribillo de esta inocente canción que bajo mis ventanas he oido cantar varias veces durante la presente temporada:

No queremos ni reyes, ni ricos,
ni curas, ni obispos, ni papa, ni Dios.

Crudo, muy crudo es esto: hay, sin embargo, que agradecerle la claridad y la franqueza. Vale más así.

Pues, señor, y volvamos á nuestro asunto; los revolucionarios *conciliadores* desean á toda costa un Papa conciliador. Y harán que las potencias intervengan para obtenerlo. A ver si les calamos la profunda intención á estos señores.

Papa *conciliador* debe de ser, según todas las apariencias, un buen señor que deje allá arrinconado entre las antigüedades de los museos de Roma el *Non possumus* de Pedro y de Pío IX; que guarde como espada mohosa é inservible la excomunión, que por lo visto aun se le revuelve en el estómago á la gente piamontesa; que queme lo que Pío IX adoró, y adore lo que Pío IX ha maldecido; que deposite como meros documentos históricos en un archivo el *Syllabus* y la famosa *Encíclica;* que renuncie de buen ó mal grado á la infalibilidad; que por complacer á Bismaık licencie sus guardías de corps, que lo son, según frase magnífica de Voltaire, los hijos de la Compañía; que entre como uno de tantos en el negocio nada limpio de las incautaciones, resignándose á ser él mismo incautado; que deje de hablar y de gemir, porque hasta la voz y el gemido hacen temblar de miedo á los héroes de nuevo cuño; que rece á sus solas, y bendiga y coma y pasee y haga la vista gorda; que reine y no gobierne, en una palabra, para compendiarlo todo en esta frase de moderno origen, que nunca he sabido lo que significa. Eso quisieran, eso entienden por *conciliación.* Díjolo años ha un célebre francmasón, Nubius, en una de sus cartas á Volpe: «Debemos llegar por pequeños medios bien graduados al triunfo de la idea revolucionaria por medio de un Papa.» Y más abajo, después de haber descrito el *Papa á su modo* que necesitaría, añade: «Si no os precipitáis, os prometemos una pesca milagrosa; pescaréis una Revolución revestida de tiara y capa pontifical, que marchará con cruz y bandera; una Revolución que sólo necesitará ser aguijoneada un poco para hacer arder las cuatro partes del mundo.»

¡Ciegos! ¡Ciegos! ¡Ciegos! ¿Y creéis que Dios ha de delegar en Satanás, que es vuestro jefe, la dirección suprema de

su Iglesia, para complaceros? Y ¿pensáis que si el infierno hubiese sido dueño de elegirse Papa á su gusto, no lo hubiera alcanzado en diecinueve siglos de Catolicismo? ¿Y juzgáis que si el acuerdo de las potencias oficialmente revolucionarias privase á la Iglesia de su libertad, y nos impusiese un falso Papa hecho á su imagen y semejanza, juzgáis, digo, que los católicos de las cinco partes del mundo no nos reiríamos á carcajada suelta de vuestros acuerdos y de vuestros papas falsificados? ¿Inventaréis, acaso, ¡pobrecillos! un pontificado por lo civil como habéis inventado un matrimonio idem? Pues, contad que de aquél nos mofaríamos como nos mofamos de éste, y á aquél combatiríamos como á éste combatimos. Ensayadlo. Nombradnos un papa, como nos nombráis un alcalde de real orden ó un gobernador. No habéis logrado hacernos tragar un clérigo juramentado, ¿y creéis poder hacernos aceptar un pastor universal adicto á vuestros juramentos? ¡Ca! ¡Es broma!

Pobre, muy pobre debe de andar de recursos la Revolución europea *conciliadora* cuando para salir del mal paso se echa á discurrir tan ridículos expedientes. Dormid seguros, hijos de Pío IX; no os desvele, por Dios, el quijotesco telegrama italiano. Cristo no resignará en Víctor Manuel sus poderes para dirigir la Iglesia, ni le confiará á él el cuidado de nombrar sus Papas. Dios vela por su Iglesia, aunque haga tal vez del dormido para probar la fidelidad de los suyos. Dadle gracias, porque os ofrece tan hermosas ocasiones de conocer á vuestros enemigos. Y agradecedles también á ellos el que con sus repetidas alharacas se os muestren tan al natural. Es fácil que todavía nos mande el telégrafo revolucionario otras noticias por el estilo. Leedlas, guiñad el ojo, rascaos la oreja, y tomando un polvo ó echando un cigarro, decidle al noticiero: ¿Conciliador te llamas? La verdad no necesita *conciliarse* con nadie, sino que sus enemigos se *reconcilien* con ella. ¡Largo de ahí, máscara de Satanás! ¡No me la pegas! ¡Te conozco!

Junio, 1872.

XXX.

TU ES PETRUS...



N enemigo franco y desembozado de Cristo y de su Iglesia, un genio lastimosamente pervertido, á quien las tinieblas de la incredulidad no impiden que admire y cante de vez en cuando los divinos resplandores de la verdad cristiana, Castelar, el célebre orador republicano del Parlamento español, ha dedicado en su último discurso elocuentes frases al Pontificado de Roma, cuya grandeza subyuga su altivo corazón á pesar de sus preocupaciones de hombre de partido y de sus rebeldías de filósofo racionalista. «El Papa, ha dicho, pertenece al número de los que mueren, pero no transigen. Colocado en grandes alturas, parece inaccesible hasta á los sentimientos humanos... Bismark no tiene hoy fuerza que le resista, y el Papa le hace frente.»

Basta. Al leer por vez primera en el *Diario de sesiones* estas grandiosas palabras, ¿quién no las hubiera tomado por un rasgo de elocuencia de Luís Veuillot ó de cualquier otro de los grandes apologistas del Catolicismo? ¡Y no obstante son de un enemigo jurado, son de un hijo rebelde, son del hombre que al empezar su campaña política ha dicho resueltamente que renunciaba á su fe!

Hoy, fiesta del apóstol San Pedro, conmemoración solemne del martirio del primer Papa, aquellas palabras son el mejor tema para el artículo del día. Son un comentario

magnífico de aquellas otras divinas y no menos enérgicas con que le fué prometida al Pontificado la victoria sobre todos sus enemigos: *Yo te lo digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no prevalecerá contra ella.* Sí; Castelar, voz de la Revolución, y de consiguiente voz del infierno, á la distancia de diecinueve siglos contesta en cierta manera á la promesa del Salvador con aquel mismo grito de despecho que la fuerza de la verdad arrancó á otro desdichado perseguidor: «¡Has vencido, Galileo!»

Dejemos, empero, al pobre Castelar, y vengamos á la fiesta de hoy.

Pedro era, como sabemos, un infeliz pescador de las playas de Galilea, á quien en la hora aciaga de la Pasión venció la voz de una criada, poniéndole en el trance ruín de negar á su Dios por la más miserable de todas las pasiones, por el miedo. ¡Cuán bien hace notar el insigne Bossuet que la grandeza de la dignidad de Pedro crece extraordinariamente cuando se considera que la hizo recaer Dios sobre corazón tan frágil! Pues bien. Este hombre débil y acobardado recibe la misión augusta que le convierte en jefe y cabeza visible del Catolicismo. Helo ahí transformado. Sale de Jerusalén. ¿A qué? ¡Friolera! pues ¿á qué ha de ir? A convertir al mundo. ¿Todo? Todo. ¿Quién le precede? Nadie. ¿Quién le sigue? Nadie. ¿Con qué auxiliares cuenta? Con ninguno. ¿Armas? La sola palabra. Y ¿á dónde se dirige? No á las aldeas, donde son más sencillos los corazones y más aptos para la persuasión; no á las fronteras bárbaras, donde la ignorancia puede facilitar sus conquistas; no, sino á la capital del mundo, á la ciudad de los sabios y de los poderosos, á la corte de los Césares, á Roma. Como si dijésemos, á París ó á Londres de aquellos días. Pedro ve delante de sí un enemigo formidable á quien ha de vencer, y se va al punto principal, como para clavarle el arma de la verdad en el corazón.

Quien le hubiese visto al pobre pescador descalzo y con su báculo en la mano atravesar las puertas de aquella grandiosa capital como el último de los mendigos de ella, quien así le hubiese visto, como sin duda le vieron innumerables, no hubiera adivinado por cierto que aquel roto viajero iba á

tomar posesión de aquella ciudad para hacerla corte suya, para inaugurar allí una dinastía especial y en nada parecida á las otras, dinastía de ancianos que dura mil nuevecientos años. El mismo Castelar hubiera tratado de loco á quien le hubiese hablado en serio de semejante proyecto. Y no obstante, ya lo veis: ahí la tenéis la sublime locura realizada, locura que si se ha realizado, como tenéis á la vista, habéis de confesar por precisión que no es obra de loco, sino prodigio de Dios.

Los que no creéis en otra fuerza que en la de los medios humanos, ni admitís otra autoridad que la de la razón humana, aquí os desafío á que me expliquéis de qué modo, por medios puramente humanos, pudo realizar el primer Papa su grandiosa conquista de Roma y del mundo. Vísteisle entrar como pobre mendigo en la opulenta ciudad; miradle dentro de poco en manos de la fuerza pública como un criminal cualquiera; miradle sumido en la obscuridad de la cárcel Mamertina que todavía hoy podéis visitar; miradle colgado del patíbulo y muerto allí de vil é ignorada muerte. Y no obstante venciendo siempre. Venciendo, sí, porque aquella ciudad idólatra, que ajusticiaba al Apóstol, encerraba ya en sus entrañas el primer germen de la verdad por él predicada. Pedro podía ya morir. Su obra quedaba asegurada. ¿Por qué? Porque no era suya, sino obra de Dios.

Los que sientan tibia su fe, ó vacilante su fortaleza en medio de las borrascas que nos azotan, visiten hoy, siquiera con la imaginación, aquel glorioso sepulcro que encierra las preciosas reliquias del infeliz pescador, del despreciado forastero, del desconocido criminal, ajusticiado en tal ciudad y en tal día hace mil nuevecientos años. Es Pedro, el primer Papa. Y vuelvan después sus ojos á aquel otro Anciano de bondadosísima fisonomía á quien tanto amamos. Es Pío IX, el Papa actual. O lo que es lo mismo: Es Pedro que aun en su Sucesor reina. Y si quisieren saber el secreto de este reinado eterno, alcen la cabeza y fijen la vista en la altísima cúpula que cobija el sepulcro, y leerán en su interior grabadas en indeleble mosaico las palabras citadas del Salvador del mundo, que prometen victoria perpetua á los Pontífices de Roma. Entonces aprenderán á contemplar con

serena mirada lo presente y lo porvenir, sean cuales fueren sus vicisitudes, sean cuales fueren sus furores. Mirando en el Pontificado aquella piedra angular colocada en mitad del mundo por la mano del mismo Dios, el propio corazón, no menos que la misma voz de la fe, les obligará á exclamar: Está visto: ¡todo se estrella aquí! ¡Contra este poder no prevalece el infierno!

Junio, 1872.

XXXI.

DELICIAS DE LA LIBERTAD DE CULTOS.



ELFAST, la segunda capital de la católica y desventurada Irlanda, acaba de ser teatro de sangrientos sucesos que durante estos últimos dias nos han venido refiriendo todos los periódicos. Protestantes y católicos han trabado entre sí cruel lucha en las calles y plazas de la ciudad, multitud de casas han sido demolidas, varios almacenes incendiados ó saqueados. La tropa y la policía no han podido en muchos dias poner paz entre los combatientes. Se han dado verdaderas batallas, y la población ha sido presa de una verdadera guerra civil.

No se dé la culpa, no, á los pobres católicos irlandeses, víctimas más de dos siglos ha de la rapacidad y de la intolerancia de sus conquistadores los protestantes. Los católicos habian convenido en mantenerse quietos y respetuosos ante la manifestación protestante, insultante para su fe y para su nacionalidad.

Así lo ejecutaron, y la manifestación protestante pudo llevarse á término aunque hiriese en lo vivo las fibras más delicadas de aquella infortunada nación. Sin embargo, esta paciencia ni fué agradecida, ni fué imitada. Llegó el dia de la Asunción de María, y salian los católicos de la iglesia en solemne procesión, cuando echándose sobre ellos sus enemigos, arrancaron de las manos de los concurrentes los es-

tandartes, pisotearon sus divisas é hirieron á no pocos. Así empezó la sangrienta batalla.

Dejemos para otro lugar el referirla con más extensos pormenores; atengámonos por hoy á lo que dicen los hechos, más elocuentes siempre que los mejores discursos. La católica Irlanda, tan parecida en esto á la infeliz Polonia, fué antes de la dominación protestante una nación feliz, en donde el valor militar y el talento industrial y mercantil corrieron siempre parejas con el más acendrado fervor religioso. Una era la fe de sus habitantes, una sola, la católica. A despecho de todo, introdújose allí de un modo oficial el Protestantismo. Desde entonces, la raza indígena no ha perdido sus verdaderas y primitivas creencias, pero la raza extranjera ha vejado ó insultado sin piedad á los que las profesaban. Y de ahí que apenas se pase año sin que conflictos religiosos ensangrienten las calles de una ú otra ciudad.

España poseía poco ha la unidad religiosa sancionada por sus leyes. Palmerston, con todo y ser revolucionario y protestante, había dicho más de una vez que se dejaría cortar la mano derecha á trueque de alcanzar para los ciudadanos de su patria, Inglaterra, esta preciosa unidad. Nuestros revolucionarios pensaron de distinto modo que el sabio estadista inglés, é inscribieron la libertad de cultos en nuestros códigos. Esta fué para ellos la gran conquista revolucionaria.—¿A qué decretar la libertad de cultos, se les decía, si aquí no hay más culto que el verdadero?—No los hay, respondían, pero haremos que los haya en breve. Frente á la Iglesia católica se levantará el templo protestante, ó la sinagoga judía, ó la mezquita del musulmán. Y el primer ministro de Estado de la Revolución afirmaba en un célebre memorandum, que la Religión católica mejoraría con la concurrencia de las falsas religiones, es decir, exactamente como mejoran con la concurrencia en el mercado público los géneros de lana y de algodón. Y fueron invitados los judíos y los protestantes, y recibidos con aplauso los primeros que se atrevieron á tentar el vado, y citados sus nombres, como los de grandes bienhechores de la patria. ¡Gran Dios! ¡Cómo ciega el odio contra la verdad! ¡Cuán mezquino es el hombre dominado por la pasión revolucionaria! En suma: no

podía haber libertad de cultos porque no había cultos que libertar, pero se hizo que viniesen del extranjero para tener el gusto de mostrarlos á la Europa como prueba de nuestros progresos. Esta es la verdad.

Ahora bien. A pesar del empeño oficioso y oficial los cultos falsos no arraigan en nuestro suelo; á pesar de que con mano de hierro se estruja á la Iglesia católica de España, todavía ésta puede más que las protegidas por nuestros opresores, y con su solo aliento las impide crecer y desarrollarse. Pero si, lo que Dios no permita, aquellas sectas artificialmente trasplantadas á nuestro país obtuviesen algunos prosélitos, si orgullosas con la protección de los gobernantes se atreviesen á perturbar con su intolerancia (porque el error siempre es intolerante) el sosiego de nuestras creencias, si por efecto de estas perturbaciones les fuese preciso á los católicos de Barcelona, Sevilla ó Valencia, defender con la fuerza sus derechos por la fuerza violados, si por tal motivo se derramase sangre en nuestras calles y plazas como se ha derramado tantas veces en las de Dublin y recientemente en las de Belfast, ¿sobre quién pesaría la inmensa responsabilidad de tantos horrores? ¿A quién tendría que achacarse el que en el siglo XIX se renovasen las guerras de Religión? ¿No maldecirían los pueblos la funesta conquista revolucionaria que ha introducido el germen de división en nuestras familias, que ha armado tal vez el brazo del esposo contra la esposa, ó del hermano contra el hermano? ¿Qué tremenda cuenta no debería dar ante Dios y ante la historia el hombre infausto que dijo un día á su patria: «Nada tienes común, ni idioma, ni costumbres, ni legislación, ni opiniones políticas. Sólo estás unida por el lazo de una misma fe. Pues bien. ¡Quiero que ni este lazo de unión te quede! ¡Quiero que te despedacen los partidos en religión como te despedazan en política!»

Ponderábale un charlatán revolucionario á un honrado labriego de nuestro país la utilidad de que hubiese en una nación distintos partidos políticos, que turnasen en el ejercicio del poder, y con la mutua oposición se estimulasen. «¡Ah! contestaba el buen campesino guiado sólo por su recto sentido; será todo lo que V. quiera, pero á mí me parece sería mejor que todos pensásemos del mismo modo.»

He aquí resuelta admirablemente por el rústico criterio de un labrador la tan debatida cuestión de la unidad religiosa y de la libertad de cultos. Donde sea un hecho la existencia de religiones opuestas á causa de guerras ó de invasiones, etc., ¿quién duda que debe legislarse sobre la base de este hecho? Malo es, pero también son malas las epidemias, y hay que resignarse á ellas. Pero, hacer nacer este hecho *artificialmente* allí donde no existía *naturalmente*, llamar de tierra extranjera la división y la discordia, para tener el gusto de sancionarla y protegerla con leyes especiales, ¿no es un crimen de lesa nación, de lesa familia, de lesa humanidad?

Medítenlo aquellos católicos condescendientes que defienden la libertad de cultos como una *necesidad de la época*, gran palabrotada con la cual se suple la falta de argumentos. Medítenlo á la luz de los siniestros acontecimientos de Belfast, que ciertamente, y por confesión de sus enemigos, no ha provocado el Catolicismo. Irlanda, la desventurada Irlanda, estuvo como hoy día España. España, la infortunada España, ¿no puede hallarse á no tardar en la misma situación en que se halla hoy la pobre Irlanda?

Agosto, 1872.

XXXII.

LAS FIESTAS DE LA MERCED.



os grandes recuerdos históricos de nuestra patria son á la par recuerdos religiosos, porque hubo una época en España, en que patria y Catolicismo venían á ser una sola palabra. Todo cuanto contribuya, pues, á mantener vivo ese sentimiento de unión entre ambos caros objetos es para nosotros objeto de profunda simpatía; he ahí por qué aplaudo con ambas manos las fiestas populares que dentro pocos días va á dedicar Barcelona á su Patrona la Virgen de las Mercedes.

Ya sé que hay almas ruines y mezquinas, dignas hijas del materialismo, que sólo buscan en esto como en todo una ocasión de medro material. Ya sé, porque no vivo en el otro mundo, sino en el presente, que al festejar la tradicional Imagen hay quien trae más ó menos ocupada su imaginación en calcular los millones que van á dejarse los curiosos forasteros en la ciudad de los Condes; ya sé que estos groseros instintos se han dejado transparentar hasta en documentos oficiales de un modo lastimoso; todo esto sé, y sé, además de las mías, otras muchas miserias del hombre, y no obstante, aplaudo con ambas manos las fiestas de la Merced en Barcelona, como aplaudo la Semana Santa de Sevilla, ó los festejos del Pilar de Zaragoza, y el centenario

de los Desamparados en Valencia. Oigan los católicos españoles las razones en que me fundo, y puede que también las hallen valederas.

Sacar á pública cotización la piedad de un pueblo para hacer de ella objeto de especulaciones mercantiles, es sin duda censurable hipocresía; pero si, como ha dicho un escritor, la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud, permítaseme que en las próximas fiestas vea yo un homenaje que la indiferencia y aun el ateísmo prestan á la devoción. ¡Qué me place ver á los ateos organizando procesiones! ¡Qué gracioso está un comprador de bienes eclesiásticos llevando cirio! ¡Qué bonito es un ciudadano que no va á Misa obligado á asistir á sermón! ¡Ah! ¡si el pueblo tuviese ojos para ver y oídos para oir! ¡Cuán orgulloso andaría nuestro buen pueblo, nuestro pueblo profundamente católico, al ver este obsequio tributado á su religiosidad y á sus católicos sentimientos! Entonces diría para sí en sus adentros: «¡Ola! ¡Con qué debe de ser cosa muy buena y muy grande la Religión, cuando hay quien para honrarse busca tomar la máscara de ella! ¡Con qué todo aquello del fanatismo y de la despreocupación son paparruchas buenas sólo para artículos y alocuciones en revolucionario! ¡Con qué lo verdaderamente popular, lo profundamente nacional, lo español, lo permanente, lo que ejerce alguna influencia sobre entendimientos y corazones es todavía la Religión! Así debe de ser cuando para excitar el espíritu público, para promover entusiasmo popular, para organizar festejos y atraer muchedumbres, sea con el propósito que se fuere, hay que acudir todavía al odiado, al despreciado, al rancio Catolicismo. Pues á ése me atengo, y chillen por ahí revolucionarios; ¡vengan fiestas y viva la Virgen!»

Por esto aplaudo las fiestas y doy con ellas en rostro á la Revolución, é invítole al pueblo á sacar saludable lección de ellas. ¡A las fiestas, pues! Y si la intención de ellas pudo ser en algunos poco católica, su realización por parte de los católicos séalo en toda la extensión de la palabra. ¡A las fiestas! Y rebosen los templos de gentío aun más que las calles, y concúrrase á los sermones aún más que á los conciertos y bailoteos, y suba á los cielos la voz de la oración

aún más que el acento de las músicas callejeras. ¡A las fiestas! Suba con ellas la bolsa, pero suba también con ellas la fe. Sírvannos á todos para traer á la memoria de todos, de chicos y de grandes, de pobres y de ricos, aquellos tiempos grandiosos de nuestra historia en que unidas la Religión y la patria en cariñoso abrazo fundaban en bien del pueblo instituciones como la gloriosa Orden de los Padres Mercedarios. Recordemos la bondad de María que aparece á D. Jaime de Aragón y á San Raimundo de Peñafort, suceso que la historia mas suspicaz no puede desmentir, y confía á aquel gran Rey y á aquel gran Santo la misión de rescatar los infieles cautivos. Digámosles una vez más á los pobrecitos engañados por la Revolución, á quienes esta hija del infierno ha enseñado á renegar de la Religión hija del cielo, digámosles con la elocuencia de nuestras fiestas y la pompa de nuestras galas: «Esta Religión divina que se os enseña á despreciar y á maldecir nunca ha sido la opresora del pueblo, sino su bienhechora y amiga; estos frailes que los han pintado como monstruos insaciables de avaricia y egoísmo nunca han vivido de vuestros sudores, sino que en todos los siglos han prodigado en bien del pueblo los suyos y su propia sangre. Ahi los tenéis. La fiesta que hoy día celebráis es el recuerdo de grandes beneficios prestados por ellos á la causa del pueblo. En las mazmorras de Argel y de Marruecos gimió más de una vez lejos de la patria adorada el hijo del pueblo robado al cariño de los suyos. La mano del fraile fué, la mano del fraile, sí, la que anduvo recogiendo el dinero para su rescate, la que trató con el tirano musulmán el precio de él. El fraile fué quien se quedó cien veces en rehenes, y pagó con su vida la libertad devuelta á más de un español, cuyos descendientes ingratos han clavado más tarde el puñal en el pecho de los descendientes de aquel fraile. Las galeras catalanas, cien y cien veces conducidas por frailes, desembarcaron en nuestro puerto la preciosa carga de cautivos redimidos, y aqui junto á estas mismas orillas, que aun bate hoy la mar, salieron á recibirlos alegres la esposa, el hijo, el padre que años y años les habían llorado ausentes. Esta es, pueblo incauto, la Religión que según dicen te ha tiranizado durante tantos siglos, éstos son los frailes que en dramas y

en novelas, en clubs y en congresos, te han pintado ¡infeliz! como tus mayores enemigos. Y todo esto deben recordártelo cada año las fiestas de la Merced, las fiestas de estos días.»

Eso quisiera yo que dijesen ellas por lo menos á todos mis amigos subscriptores de la *Revista Popular*.

Septiembre, 1872.

XXXIII.

LA VOZ DEL PAPA.

A oísteis, la oísteis poco ha la voz todavía serena y poderosa del afligido prisionero del Vaticano, que desde el fondo de su cautiverio acaba de dirigírsenos á los católicos de todo el mundo? ¿Habéis leído esta magnífica alocución en que levantándose enérgica la autoridad pontificia sobre todos los pueblos y sobre todos los tronos denuncia y condena con majestad sin igual todas las iniquidades y todas las opresiones? Las que comete el emperador de Alemania en nombre del absolutismo, como las que comete la republicana Suiza en nombre de la libertad, las pérfidas conciliaciones de Víctor Manuel, como los hipócritas *arreglos* del clero de Montero Ríos, sobre todo pronuncia su fallo severo el Vicario de Cristo, á todo llama con sus verdaderos nombres, para que conozca el mundo y apunte la historia imparcial, que todavía en nuestros tiempos, y á pesar de todos los pesares, hay cátedra de verdad y hay oráculo de Dios vivo sobre la tierra.

La prensa oficial alemana suelta con este motivo verdaderos rugidos de ira. ¡Los aduladores de Bismark, los cortesanos del militarismo triunfante, los que han cantado himnos á la fuerza brutal desde que la han visto empleada contra los intereses de la Iglesia y á favor de las piraterías italianas, no aciertan á concebir como un hombre, un hombre solo,

sin Remingtons ni Armstrongs, sin un palmo de terreno en que reinar, sin otras armas que una mano para bendecir y unos labios con que fulminar divinos anatemas, se atreva á tanto, á tanto como censurar á la faz del mundo la conducta del soberbio Emperador que ayer ha aplastado en seis meses á la Francia y hoy domina con su diplomacia en los demás Estados de Europa! Que el Papa hablara alto y recio á la tísica España de la Revolución, ó á la podrida Italia del *galantuomo*, ó á los principillos de Baviera, se concibe al fin, porque cuesta poquísimo ser valiente con los moribundos; pero desafiar así el poder de los vencedores de Sadowa, de Metz y de Sedán, en todo el apogeo de su gloria, en el lleno de su poderío, en la embriaguez de sus recientes triunfos, ¿quién lo hace sino el Papa? ¿Y cómo podria hacerlo el Papa, si no fuese la verdad? ¿Y cómo podría sostener el Papa esa voz no enflaquecida por los años, ni ahogada por el furor de las tormentas, si no hubiese una mano poderosa que á él le sostuviese? ¿Y quién hay que pueda mantener á tal altura la voz y la autoridad de un hombre inerme, sino el poder y la asistencia de Dios?

Al apoderarse de Roma las huestes piamontesas una voz satánica exclamó con harta precipitación y ligereza: ¡Ya no hay Papa! Pío IX, ó mejor, Dios por medio de él se ha encargado de demostrarle y demostrarnos que hay todavía Papa.

¡Sí, todavía hay Papa! Las olas de ese diluvio de corrupción y de mentira y de infamia que nos invaden, y que como las del diluvio parecen cubrir ya la cima de los montes más elevados, pueden crecer algunos palmos aún; seguros estamos de que no llegarán á cubrir la cumbre de esta montaña altísima, porque cuanto más ellas crezcan y suban su nivel, tanto más crecerá ella y se levantará. El Pontificado es esta montaña en cuya cima, siempre amenazada por la inundación de la plebe revolucionaria y por los truenos y rayos de los poderosos, resplandece siempre la luz serena y tranquila del sol de Mediodía. Densas tinieblas reinan á su rededor; las instituciones más poderosas han sucumbido á sus pies víctimas del huracán; todo en torno suyo vacila, bambolea y desaparece un momento después, sin dejar apenas otro rastro de sí que el recuerdo fugaz de su existencia que reco-

ge compasiva la historia. El Pontificado no necesita este recuerdo compasivo de la historia, porque vive eternamente a par de ella y á ella sobrevivirá. Y los que luchamos contra todos los elementos del mal y envueltos en su torbellino gemimos aquí en la llanura á los pies de esta altísima montaña, nos consolaremos y nos alentaremos siempre mirándola y viéndola siempre en pie, y siempre iluminada con los reflejos del cielo.

¡Lástima de contemplar los proyectos de los hombres y escuchar sus propósitos y leer sus discursos! A principios de este siglo era Napoleón el Grande quien pretendía pisotear el Pontificado; recientemente fué Napoleón el Chico quien se propuso hacerle satélite de su mezquina política. ¿Dónde están ambos Napoleones? Ayer se llamaba Nicolás de Rusia el que oprimía á los católicos de su imperio: hoy se llama Guillermo de Prusia el que azota á los del suyo. ¿Dónde está el orgullo de Nicolás, sino donde estará dentro de poco el orgullo del prusiano? *Toda carne es heno,* dice un Profeta, *y toda su gloria como flor del campo. Secóse el heno y cayó su flor, porque el Señor sopló sobre ellos.* Y añade luego: *Mas la palabra del Señor permanece eternamente.* Y la palabra de Dios es el Pontificado.

Aguardemos el soplo de Dios sobre tanto heno orgulloso que presume hoy de su poder y de su efímera grandeza. Fiemos, lector amigo, fiémoslo todo en la voz del Papa, en la palabra de Dios que eternamente permanece.

Enero, 1873.

XXXIV.

IMPACIENCIAS.


ERO ¡Señor! ¿y cuándo triunfa la Iglesia? ¿será siempre dueña del campo la impiedad? ¿ó es que se durmió Cristo Dios, y no consiguen despertarle de su sueño nuestras súplicas y gemidos? Empezamos con felices augurios el año 72, ¿podemos prometérnoslas más felices en el 73? Muy largo va haciéndose el tiempo de prueba. ¿Verán su término nuestros ojos? ¿Lo verá el excelso Pío IX?»

Tales quejas y exclamaciones las he oido mil veces de algunos de vosotros, queridos lectores, y me he consolado con ellas, admirándolas como testimonio de vuestra fe y de vuestros ardorosos deseos. Las he oido mil veces y más y más enérgicas á medida que arrecia más y más cada dia la tempestad revolucionaria; pero, perdonadme que os lo diga, si en vuestros labios me han parecido testimonios de fe y de viva esperanza, en ciertos otros me han parecido signos visibles de duda ó de desaliento. Si á vosotros os admiré, á los últimos les he compadecido. Realmente es excusable, hasta cierto punto, el decaimiento de algunos corazones. ¡Es tan amarga la presente tribulación! ¡Es tan cruel el combate! ¡Son tantas las fuerzas del mal! ¡Es tan cerrada la noche que nos envuelve! ¡Tarda tanto, tanto, tanto en clarear por un punto ú otro la suspirada aurora!

¿Queréis que de nuevo os prometa el triunfo de la verdad

y la derrota de sus enemigos? Ociosa repetición, cuando tenéis la palabra del Salvador que os ha dicho clara y terminantemente: *Estoy con vosotros todos los dias hasta la consumación de los siglos. Sobre esta piedra* (la de Pedro) *estableceré mi Iglesia, y las fuerzas del infierno no prevalecerán contra ella. En el mundo tendréis persecución, pero confiad, Yo he vencido al mundo.* ¿Creéis la palabra del Evangelio? ¿Sois cristianos? ¿Vale algo para vosotros la autoridad de Cristo? ¿Creéis que puede volver atrás su palabra solemnemente empeñada? No, porque también escrito está y firmado por su mano: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no faltará.*

—Cierto. Estamos con vos, y ni un momento hemos dudado de la certeza infalible de tan augustas palabras. La historia nos las ha confirmado mil veces. Sabemos que la vida de la Iglesia sobre el mundo es vida de lucha. Ridículo sería prometer victorias, si no debiesen antes suponerse combates. Pero... al presente ¡es tan largo este combate! ¡tardan tanto estas victorias!—

Vamos, amigo mío; voy á poneros el dedo en la llaga. ¿Con que, no es falta de fe ni de esperanza lo que sentís, sino sobra de impaciencia? Muy natural lo encuentro, es fineza del amor el ser impaciente. Pero decidme. ¿Con qué medida medís vos los plazos que Dios señala para sus promesas? ¿Con la suya ó con la vuestra? ¿A qué llamáis duración y á qué tardanza?

Me explicaré. Se os hace tardío el triunfo de la Iglesia hoy combatida, ¿por qué? Porque medís la duración de sus combates por la duración de vuestra propia existencia. Un siglo de tribulación para la Iglesia os parece interminable á vos, que no podéis prometeros veinte años de vida. Pero considerad que no habéis de reducir á este punto de vista estrecho y mezquino la gran cuestión de que se trata. Recordad que la existencia prometida á la Iglesia se compone de largos siglos como la vuestra de breves años, y que cien años de lucha para ella ocuparan apenas un capítulo de su gloriosa historia. Recordad que mil ochocientos años antes de aparecer vos sobre este teatro de sus combates había ella rendido ya á millares los enemigos, y que aun mucho tiem-

po después de que hayáis desaparecido vos, sin que nadie note vuestra ausencia, seguirá ella combatiendo y venciendo á nuevos adversarios. Reflexionad que la historia del mundo tiene ya muchas páginas escritas, sin las que quedan aún en blanco, y que en las innumerables páginas de este libro, vuestra existencia á duras penas llenará una línea, y ¿seréis tan vanidoso que queráis que dentro de esa línea vuestra quepa el inmenso drama que Dios ha destinado para llenar todos los tiempos? Parad mientes en lo que sois, ave de paso que no hace más que cruzar rápidamente el aire sin dejar huella en él, ¿y presumiréis de abarcar durante los momentos de vuestro vuelo fugaz los destinos de la obra de Dios, que no ha de desaparecer sino con el mundo y aun para sobrevivirle en el cielo? Si comparais con vuestra marcha, que es la de un torbellino precipitado, el paso majestuoso de la Iglesia, concibo que lo encontréis tardío. Comparad esta tardanza con la inmovilidad y fijeza de la eternidad de Dios, y os parecerá que vuela. ¿Sabéis por qué es paciente Dios? Porque es eterno. ¿Sabéis por qué sois vos impaciente? Porque sois fugaz. Nunca se le hace tarde á Él, que es dueño del tesoro de los siglos. Todo se os hace lento á vos, pobre criatura, que no podéis contar con cinco minutos seguros.

Aplicad estas reflexiones: «¡Cuánto tarda el triunfo de la Iglesia! Diez, doce, veinte años ha lo estamos esperando, y nunca... Dios se ha dormido. *Quare obdormis Domine?* Otro año tal vez... el 73...» ¡Infeliz! ¿Es la eternidad de Dios, es la perpetuidad de su Iglesia quien ha de amoldarse á vuestras pequeñas ojeadas y á vuestros cortos plazos, ó sois vos quien debierais engrandeceros, alentaros, extendiendo vuestras esperanzas por toda la anchura del horizonte que aquellos eternos objetos os ofrecen? ¿Viven Dios y la Iglesia dentro vuestros miserables cincuenta años de vida, ó son vuestros miserables cincuenta años los que viven perdidos, confundidos, anonadados en este inconmensurable océano de la vida de Dios y de la vida del Catolicismo?

Si dispusiese Dios que tres ó cuatro generaciones de tiranos sucediesen todavía á los actuales, y azotasen todos con su látigo el rostro amado de nuestra Madre inmortal, ¿qué

sería todo esto para los grandiosos destinos de ella? Viviríais vos y tras vos cuatro generaciones de hijos vuestros, devorando el ultraje de vuestra fe y luchando con sus enemigos, y moriríais después llorando por no haber podido ver la victoria; pero no por esto dejaría de seguir adelante la Iglesia con igual seguridad de conseguirla.

Escuchadme por última vez. La Iglesia atravesó á su entrada en el mundo un período de sangre que fué como el primer ensayo del infierno contra ella. Este período, á la distancia desde que lo miramos los cristianos de hoy, no nos parece más que un breve prólogo de cuanto debía suceder después. ¿Y sabéis cuánto duró este prólogo sangriento que nos parece tan breve? Trescientos años día por día. ¿Y os parece largo el conflicto en que han puesto á la Iglesia la impiedad de Víctor Manuel y la de los tiranuelos españoles? ¿Y os asusta la idea de que Bismark pueda vivir aún una docenita de años para vejar á los católicos alemanes é intrigar contra Pío IX?

Enero, 1873.

XXXV.

DATO ELOCUENTE.

CUANDO se hablaba pocos años atrás de cultura, civilización y progreso moderno, era de moda citar la Francia, y corría peligro de ser tachado de fanático y obscurantista quien no viese en esta nación el modelo y porta-estandarte de todos los adelantos. Algo ha pasado ya esta manía de nuestros sedicientes ilustrados, desde que espantosas, aunque no imprevistas catástrofes, han puesto en evidencia todo lo falso y hueco y funesto de aquella decantada preponderancia. No son pocos, sin embargo, los que creen todavía que los reveses de nuestra vecina nada significan en desdoro de su estado moral, y sí que deben considerarse solamente como vicisitudes de la fortuna, diosa ciega que favorece hoy y abate mañana para volver á levantar tal vez el dia después. Y estos tales siguen creyendo de buena fe que una nación es la primera de todas cuando produce más que todas y exporta más, y tiene más capital en circulación, y alimentos y placeres con mayor baratura, y un territorio inmensamente poblado cruzado en mil direcciones por telégrafos y ferrocarriles, sin que importe gran cosa que sus hijos crean eso, ó lo otro, ó lo de más allá, ó nada crean, que es lo más cómodo, y que sus costumbres tengan grado más ó grado menos de austeridad ó de corrupción. Estos tales son los adoradores

de la civilización material, pobres miopes que no alcanzan á ver más que la corteza de las cosas. De esta buena gente hay mucha en nuestra patria, y abunda sobre todo en los grandes centros de comercio y de fabricación. Escribo, pues, para ellos en este día. Sirva también para los hombres de sano corazón y de enteras creencias para que estas reflexiones les estimulen á defender contra las invasiones de la moderna impiedad el sagrado patrimonio que hemos heredado de nuestros mayores.

Acaban de darnos los periódicos un dato tan horrible como elocuente. En Francia, en el período que media del año 1836 al de 1857, es decir en el de su mayor esplendor, se han dado voluntariamente la muerte á sí propias:

Por estrangulación, 24,536 personas;
por ahogamiento en el mar ó rio, 23,221;
con arma de fuego, 10,197;
por asfixia con el carbón, 5,587;
con arma blanca, 2,871;
precipitándose de considerable elevación, 2,841;
por envenenamiento, 1,500;
de otros varios modos, 454.
Suma total de suicidios en veintidós años en sola la nación francesa, 71,207.

Díganme ahora los adoradores de la civilización puramente material, si hablan ó no muy alto estas desconsoladoras cifras. Díganme si no prueban que una nación puede ser muy rica y muy poderosa, y ser juntamente sus hijos muy desventurados. Porque mi argumento es el siguiente y no creo tenga vuelta de hoja. El suicidio indica dos cosas: primera, profundo malestar y descontento y hastío de la vida; segunda, falta absoluta de virtud, ó sea de fortaleza moral para hacer frente á este desaliento. No hay más. El que se mata á si propio no lo hace ciertamente porque le sobra en el alma la felicidad. El que se mata es porque padece muchísimo, y porque le falta fe y resignación para soportar lo que padece. Es decir, en último resultado, porque la abundancia de bienes materiales no impiden que el cora-

zón del hombre sea muy desdichado cuando le falta la Religión.

Sí, esto se deduce, y esto quisiera yo les quedase muy grabado en la memoria á mis amados lectores. Setenta y un mil doscientos siete suicidios prueban que en las entrañas de estas naciones, en apariencia tan prósperas, hay dolores sin consuelo, hay tedios, hay profundos hastíos, para los cuales no halla la sabiduría sin Dios otro bálsamo que la pistola ó el veneno. Esto prueba que tras estos grandiosos establecimientos fabriles, tras estas Exposiciones universales, tras el resplandor de las victorias y de las conquistas, cosas todas muy buenas, pero insuficientes por sí solas, hay un pueblo miserable, á quien en su generalidad falta lo principal; el sentimiento del deber y la esperanza de una vida mejor y eterna. Esto prueba que se puede ser muy infeliz en realidad pareciendo muy dichoso, y que se puede ser muy bárbaro en el fondo pareciendo exteriormente muy civilizado. Esto prueba que la que se llama civilización moderna anda tiempo ha descarrilada, supuesto que las naciones que más se han distinguido en ella ofrecen en su parte moral tan amargos desengaños. Esto prueba que es preferible parecer menos civilizado y serlo más, que parecerlo más y serlo menos. Esto prueba que así para los individuos como para las naciones vale más ser rico en creencias que rico en dinero, lo cual no significa que no se pueda procurar ser rico en entrambas cosas. Esto prueba que la felicidad y el bienestar de los pueblos depende más de los dones del alma que de los dones del cuerpo, y que el can-can, los espectáculos baratos y los placeres al alcance de todas las fortunas no sirven para dar paz y sosiego á la vida. Indudablemente, un poco de resignación cristiana para sufrir ciertas penas y otro poco de templanza cristiana para no ambicionar ciertos goces, valen más que todo lo demás. Esto prueba, por última é innegable consecuencia, que tanto será más civilizado y perfecto y feliz un pueblo cuanto fuere más católico, y tanto será más brutal, ruin y desventurado cuanto más se alejare del Catolicismo. Y el termómetro más seguro para señalar esta brutalidad y desventura que esconde en su seno la falsa civilización es la estadística de los crímenes. Y ¡desgraciado

el pueblo que en el corto período de veinte años registra en sus libros de estadística la horrible suma de setenta y un mil doscientos siete suicidios! La *felicidad* de los hijos de este pueblo no es para envidiada.

«La Religión cristiana, que á primera vista parece destinada únicamente á asegurar nuestra felicidad en la otra vida, empieza ya á dárnosla en la presente.» En estos ó parecidos términos se expresa un escritor á quien nadie puede tachar de demasiadamente católico. Y la estadística viene á confirmar su acertado dictamen. No son los más felices los pueblos más ricos, sino los pueblos más sanos de corazón; y no son los más sanos de corazón los pueblos más sabios, sino los más creyentes. No que desdeñemos la riqueza y la cultura intelectual, nos contentamos con negarles el primer lugar, señalándoles el que les corresponde: el segundo. Primero las creencias y las costumbres; después las ciencias y las riquezas.

Todo el empeño de las naciones que pasan hoy por adelantadas y todo el anhelo de las que, como España, desearían ponerse cuanto antes á su nivel, está en invertir estos términos, es decir, en poner en primer lugar lo que debe estar en segundo, y relegar al segundo, ó tal vez al tercero ó cuarto ó sexto ó á ninguno lo que debería estar en el primero. Ejemplos al canto.

Se hace una ley de instrucción. Todo está previsto en ella, todo parece asegurado, se baja á los menores detalles, se atiende á los más insignificantes pormenores. Pero, ¿se ha pensado en poner un artículo siquiera que ponga á cubierto de los ataques de la impiedad los principios fundamentales de la Religión y las nociones más esenciales de la moral? ¡Ah! no. Esto, se dice, sería retroceder á los tiempos de la Inquisición y poner una mordaza al pensamiento libre. Sea libre, pues. Pero, se predicará el ateísmo, se negará la in-

mortalidad del alma humana, se barrenará por su base la justicia, y pasando en breve á terreno más práctico se disolverá la familia y peligrará la propiedad. Bien, ¿y qué le habéis de hacer? Nuestra espléndida civilización nos prohibe hacer callar á ese apóstol de perversas doctrinas.

Se legisla sobre corporaciones. Todo el mundo es libre de asociarse y reunirse para todos los fines. ¿Quién negará á un protestante el derecho de abrir una mal llamada capilla? ¿Quién impedirá al espiritista juntarse á obscuras con sus hermanos para sus funciones de sombras chinescas ó de diabólicas realidades? ¿Quién disolverá aquella reunión en que se perora contra la Autoridad y se enciende la sublevación? Y aquellas mujeres públicas que nadie quisiera por madres ó por hermanas ¿por qué han de verse cohibidas en el ejercicio de su edificante y moralizadora industria? La ley protege la asociación, la Autoridad garantiza la inviolabilidad del domicilio. Pues bien. Animado con esa libertad voy á fundar un convento. Nada pediré al Estado, ni edificio, ni renta, ni manutención. Pondréle de manifiesto mis reglas, sabrá todos mis propósitos. Enseñaré á la juventud, predicaré á los pueblos, seré el amparo de los afligidos. ¡Inocentón! ¿Crees tú que has de tener para el bien la misma libertad que para el mal? ¡Abajo los conventos! No los consiente la civilización. Son asilos de pereza y de ignorancia. Así lo dicen cuatro perdidos que matan sus horas en el café ó en la taberna, y que ni de oídas conocen los títulos de los monumentos de saber que han dado al mundo estos frailes ignorantes y perezosos.

¿Hablemos de diversiones? Hablemos, pues. Aquí todo lo permite la ley. Las cosas han llegado muy para allá en ciertos espectáculos. Por un real se han mostrado al público apetitosas exposiciones de carnes al vivo, y en coliseos de primer orden, en traje de obispo y de sacerdote se ha salido á bailar el can-can con permiso de las Autoridades. La ley no se mete en eso. No obstante, si en el teatro ó en una mascarada se deshonra el uniforme del ejército, se castigará severamente la profanación; si se profanan los ornamentos del culto verdadero, se tomará como cosa de gracia y de buen humor. ¿No lo han visto Vds. hace pocos días?

Estos y tantos otros ejemplos que pudieran citarse demuestran palpablemente que las leyes que rigen los modernos Estados sólo tienden á fomentar el progreso material, descuidando siempre y oponiéndose muchas veces al progreso moral, cuando sólo el equilibrio de los dos, ó mejor la preponderancia del segundo, constituye la verdadera civilización y el bienestar de los pueblos.

Y si esto pasa en los individuos, ¿por qué no había de pasar en las naciones, que al fin no son mas que agrupaciones de individuos? Si á un hombre cualquiera no le pueden hacer feliz las solas riquezas, ¿cómo han de hacer éstas felices á los pueblos? El dinero puede proporcionar algunas comodidades y algunos placeres, mas quedan todavía una porción de calamidades que el dinero no puede borrar de la faz de la tierra. El dinero no puede librar de las enfermedades nuestros cuerpos, ni de las malas pasiones nuestro corazón. Antes muchas veces las fomenta, lejos de remediarlas. ¿No es cierto? Y sobre todo, el dinero no puede impedir que alguna vez lleguemos á perderle á él mismo. Y si en él hemos puesto nuestra única felicidad, ¿qué nos quedará cuando á él le perdamos? A esta pregunta aterradora la civilización materialista no ha hallado mas que una respuesta: la desesperación, el suicidio. La civilización católica encontró otra, muchos siglos ha: la resignación, la paciencia. Pero la resignación y la paciencia no se improvisan cuando se han menester, si antes no se tenían ya como atesoradas; estas flores no nacen de repente en un corazón que nunca han regado los jugos de la fe. El afligido halla la paciencia en el día de la tribulación, cuando en los días de su prosperidad supo conservar la Religión que es su germen. Por esto las naciones no serán fuertes en la desgracia, si en los tiempos de fortuna no fueron profundamente religiosas. Un pueblo de libertinos será siempre un pueblo de suicidas, porque será siempre un pueblo de cobardes. Porque el suicidio no es sólo efecto de la desgracia, sino de la cobardía ante la desgracia. Y las leyes que, dándolo todo al progreso material, lo niegan todo al progreso moral; las leyes que sólo tienen protección para la casa, y sólo desdén para el templo; las leyes que autorizan la asociación de todo lo malo y disuel-

ven ó vejan la asociación de todo lo bueno; en menos palabras, las leyes anticatólicas, sean del ramo que fueren, producirán, en todo país en que se apliquen, idénticos resultados. ¡Y ensalcen cuanto quieran su obra los legisladores; pongan en las nubes la riqueza, el esplendor, el poderío que han proporcionado con ellas á su país, nadie impedirá que el buen observador levante una punta del ropaje magnífico de tantas grandezas, y halle bajo de él la corrupción y la podredumbre, y como consecuencia de ellas, en el espacio de veinte años, en una sola nación, setenta y un mil doscientos siete suicidios!!!

¡Líbrele Dios á nuestra pobre patria de llegar jamás á tales alturas de civilización!

Febrero, 1873.

XXXVI.

EL AYUNO ANTE LA RAZÓN.

L ayuno no es sino la forma más usual y corriente de la mortificación cristiana en el comer y beber. ¿Qué es la mortificación? ¿Cuál es su importancia? ¿Es un mero capricho de la Religión, inventado por ella para hacer triste nuestra vida y privarnos de sus legítimos goces? Veámoslo.

Una lucha incesante y cruel, aunque sorda en la apariencia, existe entre los dos elementos que constituyen el hombre; el cuerpo tiende á establecer su predominio sobre el alma, el alma tiende á reivindicar para sí los derechos de superioridad que le corresponden sobre el cuerpo. Para conocer esta verdad no es necesario ser católico, ni aun cristiano, ni aun filósofo; basta tener sentido común y una dosis insignificante de observación propia. Este dualismo de aspiraciones de nuestro ser, la una hacia el bien y la otra hacia el mal, fué claramente conocido de la antigüedad pagana, y filósofos y poetas lo han consignado á cada paso en sus escritos. Sentado este principio, síguese de ahí, por natural consecuencia, que para mantener en su debido equilibrio estos dos elementos discordes, para lograr que sea el alma la que dé la ley al cuerpo, y no éste á su legítima señora, hay que ejercer sobre aquél una presión constante, hay que tener encadenado á este siervo indómito que forcejea y se agita para hacer prevalecer á todo trance sus groseros instintos. Esto nos dicta la sola razón.

Pues bien: éste es el fundamento de la mortificación cristiana, que tan mal comprenden ciertos entendimientos superficiales. Fundamento que llamaríamos eminentemente filosófico, si no temiésemos rebajarlo, con este dictado, de la sublime altura de dogma á que lo elevó la Religión. Fundamento que bien puede obscurecerse ó negarse con vanas declamaciones y sofismas, pero que cada uno es fuerza experimente en sí mismo con más intensidad de lo que ciertamente quisiera.

La mortificación no es, pues, otra cosa que la sujeción del cuerpo á la ley del alma. Sujeción que no es mucho se reconozca indispensable para la vida espiritual, cuando los paganos la creyeron de absoluta necesidad aun para la sola vida científica. El *abstinuit Venere et vino* de Horacio nos está diciendo que en este punto andaban más acordes con el espíritu del Cristianismo algunos gentiles que muchos de nuestros modernos cristianos. Sea para vergüenza nuestra este testimonio que debemos á la verdad.

Ahora estamos en el tiempo que la Iglesia dedica más especialmente á la práctica de la mortificación. Mirando las cosas bajo su verdadero punto de vista, hemos de confesar, aunque nos duela, que ó somos muy necios, ó muy insensatos. Nos mortificamos para saber, nos mortificamos para ganar, nos mortificamos para subir á los honores, nos mortificamos para dar gusto al mundo, que á la postre se ríe de nosotros con la mayor desvergüenza; ¿por qué, pues, no hemos de mortificarnos para mejorar nuestra vida y salvar nuestra alma?

Marzo, 1873.

XXXVII.

LAS DIVERSIONES EN CUARESMA.



I la Cuaresma es para el católico verdadero tiempo de mortificación, es evidente que debe dejar de ser para dicho católico (hablo siempre del verdadero) tiempo de diversión. No sé si serán todos mis lectores de ese parecer. Bástame á mí que sea ése el parecer de la Iglesia, y punto final. Así, hablo con los católicos verdaderos.

Hay, empero, otra raza de católicos que no acierto á calificar y á quienes me contentaré con llamar católicos, no según el Catolicismo, sino católicos á su modo. A los tales no basta probarles que su conducta anda reñida con la doctrina ó espíritu de la Iglesia; hay que ponerlos en apretura con otros raciocinios, y llamarlos sobre todo al sentido común, que tan decisivo suele mostrarse contra todos los equilibristas y pasteleros.

Pues bien. No, señor; no se puede unir á un mismo tiempo la vida de la penitencia y la vida de la disipación. Estas se excluyen mutuamente como lo blanco y lo negro, la luz y las tinieblas. La vida de penitencia que la Iglesia impone á los suyos en la Santa Cuaresma, no se reduce solamente á ese ayuno que tal vez no guardáis como debierais por sospechosas razones de salud, ni á oir cada semana ese sermón al cual tal vez no asistís porque ya sabéis, como dicen muchos, todo lo que suele decir el predicador. La vida de penitencia es además vida de recogimiento, de concentración y de reti-

ro; es vida de conocimiento propio y de meditación de las verdades eternas. Y mal se consigue este recogimiento asistiendo á las públicas diversiones que suelen tener poco de edificantes; y mal se fijan en el corazón las máximas tremendas de la fe, si allí han de vivir en compañía de las frivolidades de la ópera y de la zarzuela. Mal se compaginan la austeridad de la mortificación con las risotadas del baile; mal los ayes del arrepentimiento con los voluptuosos acordes de una orquesta alborotadora. De donde concluyo con este argumento sin réplica: ó no os negáis al mundo, y entonces no observáis la Cuaresma y no sois católicos; ó bien os apartáis de él, y entonces dejaréis desiertos sus espectáculos en este santo tiempo. Y atiéndase que me refiero aun á aquellos que las personas buenas no califican de ilícitos en lo restante del año.

¡Cuánto hemos degenerado de nuestros mayores! Hasta nuestras capitales más importantes adquirían por Cuaresma, en tiempos de más sanas creencias, una cierta fisonomía de austeridad católica que las hacía imponentes. Cerrábanse todos los lugares de diversión; las calles y plazas eran recorridas varias veces cada semana por devotísimas Congregaciones; toda profanidad parecía enmudecer en este sagrado período. Aun en el interior de la familia, la doncella y el trabajador olvidaban los cantares alegres con que suelen solazarse en su faena, para dedicarse solamente á los tradicionales y hermosísimos de la *Pasión*, del *Via Crucis* ó de las *Siete palabras*. Hoy han caído en desuso en muchas partes estas venerables costumbres de una fe tan sencilla como ardiente. En cambio la Cuaresma tiene, como el más disoluto Carnaval, su can-can y sus escándalos. Pero ¿qué mucho si para una gran parte de nuestra sociedad ha llegado á ser Carnaval todo el año? Lo extraño es que muchos católicos, aun de los que desean pasar por verdaderos, no vivan otra cosa que la vida de esta pagana sociedad.

Claro, claro, católicos de mi alma. Quien quisiere regocijarse un día con Cristo no ha de regocijarse en este mundo con sus enemigos. O con El, ó con ellos.

Marzo, 1873.

XXXVIII.

LA LIMOSNA CRISTIANA.



ERÁ temeridad mía, si aseguro que la práctica de la limosna cristiana es otra de las *obligaciones* de la Santa Cuaresma? No parecerá tal á quien haya hojeado un momento el breviario de la Iglesia, en cuyas páginas se respira más que en otra parte alguna el verdadero aroma del Evangelio. Por mi parte hallo que apenas se habla allí del ayuno sin que á su lado se cite como compañera inseparable la lismosna, hasta el punto de indicársenos que, si algo quitamos al regalo de nuestro cuerpo, es para que ese algo lo reciba de más la mano del indigente. Y clara y sencillamente nos repite en varios pasajes, y particularmente en el Oficio de la primera Domínica: *Comparte con el hambriento tu pan, y tráete á tu casa para vestirlos al pobre y al desnudo. Cuando veas á un pobrecillo desnudo, vístele, y no desprecies aquella carne, que es carne tuya. Deposita tu limosna en el seno del pobre, y ella rogará por ti á Dios* (¡sublime encarecimiento!) *Porque así como el agua apaga el fuego, así la limosna satisface por los pecados*. Podemos, pues, en cierto modo dejar consignado que la limosna es una de las obras de piedad prescritas á los católicos en la Santa Cuaresma.

No obstante, el mundo no lo juzga así, porque el mundo tiene en todo la fatalidad de ser de distinto parecer que Jesucristo. El mundo cree que la limosna es una obra *libre*, que

sin reparo puede hacerse ó dejarse de hacer, teniendo sobre esto ideas tan inexactas, que cree en todo caso sobradamente satisfecho *el deber* de la limosna con que se arroje de vez en cuando un ochavo á un mendigo que molesta, ó se consigne una cantidad en una subscripción pública trompeteada por todas las gacetillas de la ciudad. Pues bien. Digámoslo muy alto y muy claro. Dar limosna de lo sobrante es un *deber*. Y darla del modo que se debe es otro *deber*. Son, pues, dos deberes distintos que vienen á constituir un solo deber verdadero: el de la limosna cristiana.

¿Qué entendéis por limosna cristiana? Muy claro para los que entienden la lengua castellana: La limosna tal como la manda Cristo. Ejemplo al canto.

¿Es limosna cristiana la que se hace á los pobres, concurriendo á una diversión pública que se organiza, se dice, con fines de beneficencia? No, mil veces no. La Religión enseña, no á divertirse para dar pan al pobre, sino á privarse y mortificarse para dárselo con el producto de esta mortificación. La limosna que sale de una diversión, como por ejemplo de un baile de máscaras ó cosa así, es el tributo de las piernas de los danzantes, no el título de su corazón de cristianos. Es el precio de la corrupción de muchos corazones, no es el medio de la santificación de alguno. Es la moneda prostituída, bañada con las inmundicias de la sensualidad, no la moneda embalsamada con los perfumes de la virtud. Y no obstante el mundo no sabe acudir á otro expediente cuando se trata de remediar ajenas calamidades. ¡Miserable filantropía la del que necesita divertirse para consolar á sus semejantes! Tal asquerosidad está ya juzgada en el tribunal de todos los corazones delicados.

La limosna cristiana se da, más que con la mano, con el corazón. La limosna cristiana no se contenta con remediar la necesidad del pobre, hace más, lo eleva hasta nuestro nivel, nos hace ver en él un hermano; más aún, nos hace contemplar en él la imagen de Jesucristo. Por eso los grandes héroes de la caridad cristiana no sólo no han exigido agradecimiento por sus limosnas, sino que aun han agradecido ellos al pobre el haber podido otorgárselas. Esto significa el beso que muchos Santos daban á aquellos á quienes acaba-

ban de socorrer. La limosna cristiana hace que el que la da se interese por el pobre, que le ame, le instruya, le corrija, le mejore. La limosna cristiana acerca las distancias, desconoce las divisiones de clase ó de partido, hácese superior á la delicadeza del sexo, al refinamiento de la educación, al orgullo de la cuna. La limosna cristiana ama la obscuridad; pero allí es intrépida, celosa, activa, incansable; sube á la boardilla del arrabal, baja al húmedo subterráneo de los calabozos; no espera la gratitud del pobre, bástale ser vista de un solo ojo, el de Dios. La limosna cristiana obra prodigios. Saca recursos de donde parece imposible sacarlos. A fuerza de abnegación, y de sacrificios, y de privaciones tiene siempre algo que dar, porque quien bien quiere siempre tiene. Los grandes limosneros que hallamos en la historia no han sido por lo regular grandes ricos. No proporciona limosnas la mucha riqueza, sino el mucho desprendimiento.

Hemos recomendado como deberes cuaresmales, en los anteriores artículos, el ayuno, el recogimiento y la oración. Era nuestra obligación recordar la limosna, tanto más cuanto hoy (tristísimo es decirlo) apenas hace limosna quien más debiera hacerla. Por justos respetos nos callamos muy buenas reflexiones sobre este último punto. Concluiremos sólo recordando á todos lo siguiente como compendio de las precedentes. La limosna en todos tiempos, y mucho más en Cuaresma, es para el católico, no un consejo, sino una rigurosa obligación.

Marzo, 1873.

XXXIX.

EL CUMPLIMIENTO PASCUAL.



ESTAMOS ya de lleno en la segunda mitad de la Santa Cuaresma. ¿Y no has ido todavía á cumplir con tu parroquia, amigo lector?

¡Y cuidado si esto es difícil! ¡Como que se trata de confesar y comulgar *á lo menos* una vez al año! ¡Cuidado si es exigente el Catolicismo!

Un fenómeno he observado. A nadie le parece tan pesada la ley de la Confesión y de la Comunión como á aquel que nunca la practica. Conozco personas que celebran, acercándose á los Santos Sacramentos, todas las grandes solemnidades del año, Navidad, Purificación, Anunciación, Semana Santa, Corpus, Asunción, Todos los Santos, Concepción de María. Y lo tienen por cosa tan ligera como ir á Misa cada domingo. Y conozco otras que se han hecho de la Confesión y Comunión un verdadero precepto mensual, y les pasa lo mismo. Y otros han adquirido la santa costumbre de confesar y comulgar cada semana, y éstos encuentran tan natural este acto, como el mudarse el domingo la camisa y ponerse el traje de las fiestas. ¿Qué es, en efecto, la Confesión y la Comunión, sino el lavado y adorno y gala del alma? Y ¿quién no se muda en día festivo?—¡Beatos! ¡fanáticos! oigo que andas refunfuñando entre dientes.

Llámalo como quieras, amigo mío, pues el nombre no cambia la cosa. Sólo te responderé que acerca de esto he observado otra cosa muy particular. A nadie he visto en la hora de la muerte arrepentido de haber sido beato y fanático; en cambio, á muchos he visto felizmente arrepentidos de no haberlo sido. Si Dios ha instituído los Sacramentos para uso de los fieles, ¿podran ser tildados de fanáticos los fieles que se acercan lo más frecuentemente que pueden á la participación de estos Sacramentos? ¡Entonces el gran fanático sera Cristo Dios, y el gran fanatismo será el Catolicismo! ¿Consientes en eso?

A bien que no es de temer seas tachado tú de fanático, beato y exagerado, si para confesar y comulgar una vez al año necesitas te recuerden el grave precepto de la Iglesia y lo terrible de sus amenazas. Podrán llamarte, á lo más, mal pagador. Porque mal pagador es quien para que pague necesita se le aperciba con los rigores de una ejecución judicial ó de la cárcel pública.

Pero ¿de veras se te hace cuesta arriba purificar tu alma y hacerla digna de la unión sacramental con Jesucristo? O no lo necesitas, y entonces eres un prodigio sin igual sobre la tierra, un santo; pero un santo extraño que tiene horror á las cosas santas. O lo necesitas, y entonces eres... no sé como decírtelo, lector de mi ánima... eres, te lo diré con franqueza, eres un perverso cristiano. Hay más. Atreveríame á sospechar que ya no eres cristiano y que has desertado de tu Religión, si no pensase por otra parte que nunca has creído incurrir en tan horrenda apostasía.

Oye, pues, y pesa atentamente estas mis razones. Es nenesario cumplir, so pena de ser dado de baja en el número de los hijos de la Iglesia. Ni más ni menos.

Empieza la primavera, y con ella el rejuvenecimiento de la naturaleza. Y en medio de esa universal resurrección de todos los seres que el invierno tenía como aletargados, en medio de esa vigorosa florescencia, de ese alarde de vida y de juventud, se oirán en breve los gozosos *Aleluyas* de la Pascua cristiana. La Iglesia ha dispuesto que al rejuvenecimiento de la naturaleza acompañe el rejuvenecimiento de los corazones, y que la primavera del campo sea también la

primavera del alma. Los *Aleluyas* de Pascua resuenan muy tristes y acusadores en el de aquel que en Pascua no ha despertado todavía á nueva vida, y que sigue envuelto aún en las tinieblas de la culpa. ¡A despertar! ¡A florecer! ¡A alegrarse y rejuvenecerse! ¡A limpiarse! ¿Lo quieres todo en una sola palabra? ¡A cumplir!

Marzo, 1873.

XL.

EL CALVARIO DEL CRISTIANO.



es el Calvario nuestra vida? Sí, y lo es, lectores míos, no sólo por las aflicciones naturales que el pecado ha hecho como inseparables de ella, no sólo por las enfermedades, cambios de fortuna, discordias entre hermanos y demás frioleras que á todas horas nos la amargan. Ese es el Calvario de todo hombre nacido de mujer. Pero es muy particularmente Calvario para el hombre cristiano. Yo, pues, que te exhorté hasta aquí, amigo mío, al ayuno, al recogimiento, á la oración, á la limosna cristiana, á la frecuencia de Sacramentos; yo que en las anteriores quise como modelarte la figura de lo que debe ser el cristiano de veras conforme el espíritu de la Santa Cuaresma, sálgote hoy con la novedad inesperada de que la recompensa de tus prácticas cristianas no es otra cosa que el Calvario. Y eso, no para desalentarte, sino para prevenirte contra el desaliento.

Voy á mostrarte como algunos pasos de este camino de amargura.

El dictado de católico que se echa á cuestas el hombre animoso que se resuelve á seguir á Cristo de veras, ese dictado tan glorioso como es, ¿no es, sin embargo, en nuestros tiempos una cruz pesada, capaz si no de rendir, al menos de agobiar á los más decididos?

¿No es verdad que contra el hombre firme en estas santas

prácticas suena muy á menudo el *tolle, tolle* de una opinión pública injusta, suspicaz y siempre tolerante?

¿No es verdad que hay también en nuestros días un cierto tribunal de hombres á su decir sensatos, juiciosos, templados, que, como Pilatos, azotan, sin embargo, á la verdad y la entregan desapiadadamente en manos de sus enemigos, lavándose ellos las manos con tanta frescura?

¿No es cierto que sobre las prácticas devotas llueve con desconsoladora frecuencia el salivazo inmundo, la afrentosa bofetada, en forma de chiste, canción ó gacetilla, aun de parte de personas que se precian por otro lado de cultas, urbanas y morigeradas?

¿No se halla á menudo el corazón del hombre cristiano en un estado de aparente abandono de Dios que le obliga á exclamar en cierto modo como Cristo en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?

¿Y no rugen en torno de él en espantoso desorden todos los elementos sociales como si todo se conjurase contra su creencia, como acompañaron los elementos de la naturaleza con espantoso terremoto al último suspiro del Redentor?

Y en medio de la negrura del horizonte, entre el silbido de los huracanes, entre el choque de todas las pasiones, ¿no se oye también aquella carcajada brutal que insultó las agonías del buen Jesús, mofándose de su divinidad?

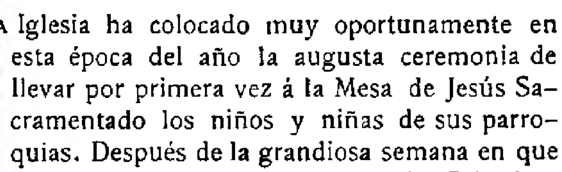
¿Quién es cristiano de veras y no ha sufrido todo eso? ¿Quién hay entre los fieles *verdaderos* (digo verdaderos) que se vea libre de esta dolorosa pasión?

Esa es tu herencia, discípulo de Cristo; que *no es el discípulo más que su maestro, ni el criado más que su señor.*

Abril, 1873.

XLI.

LA PRIMERA COMUNIÓN.



LA Iglesia ha colocado muy oportunamente en esta época del año la augusta ceremonia de llevar por primera vez á la Mesa de Jesús Sacramentado los niños y niñas de sus parroquias. Después de la grandiosa semana en que se han llorado los padecimientos y muerte del Salvador; conmovidos aun los corazones por el suntuoso aparato y bellísimas ceremonias de estos días; tras la inmensa expansión de júbilo cristiano con que resuenan en nuestros templos los gozosos Aleluyas de Pascua, dispónense los tiernos niños y niñas, retoños de esa Madre inmortal que nunca envejece, para el acto más importante de toda su vida; su unión con Dios. El sacerdote les reúne muchas veces consecutivas; los instruye pacientemente en los dogmas y prácticas de la fe, completando la obra de catequística que en el fondo del hogar doméstico han principiado las piadosas madres; les hace notar quizá manchas notables que obscurecen ya en edad temprana el brillo de su inocencia; les enseña el modo de llorarlas y detestarlas, á fin de hacerse digna habitación de Jesucristo á quien van á recibir. Y llega entre tanto el suspirado día. El altar, cubierto de flores y de luces, aguarda ya á aquellos felices muchachos y muchachas que por vez primera fijan su atención en algo que es superior á sus risas, juegos é infantiles travesuras. Es que aquel acto solemnísimo viene á ser para ellos como la ini-

ciación de hombres, la entrada en la vida seria, en la vida viril, en la vida de los deberes y de los sacrificios. Así lo comprende aquel solícito confesor que va recibiendo las confidencias íntimas de todos estos pecadores y pecadoras de doce años, resolviendo sus dudas, desvaneciendo sus temores, excitando otras veces saludables remordimientos, exigiendo severas promesas de enmienda y formales propósitos para el porvenir. ¡Qué grande es el Catolicismo! ¡Qué elevación da á sus más sencillas instituciones! ¡Cómo ennoblece el alma racional, dispensándola toda su solicitud, su celo, sus afanes, aunque esta alma sea un niño de pocos años! ¡Nadie en el mundo ha fijado todavía los ojos sobre este ser bullicioso y ligero, y la Religión hácele ya objeto de sus más serios pensamientos! ¿Quién sino ella se interesa por la conciencia de un niño?

Pero llega ya el momento feliz. Empieza la Santa Misa, el órgano llena las naves sagradas con torrentes de armonía, los himnos resuenan alternativamente con las oraciones más afectuosas y entrañables, el sacerdote suspende el sacrificio para dirigir otra vez su palabra á aquellas tiernas criaturas, y vigorizar en ellas el espíritu de fe y de amor, que deben ser la gala principal de su alma en aquel dulcísimo enlace de ella con su Dios. Vedlos adelantarse de dos en dos, entre risueños y compungidos. Los padres lloran de emoción, mientras el órgano adelantando más y más sus acentos canta como el epitalamio de aquel divino desposorio. Jesús descansa ya en aquellos corazones hechos por primera vez sagrario suyo, y la ceremonia concluye entre los plácemes y enhorabuenas de los que han sido testigos de la especie de toma de posesión que Jesucristo ha realizado en aquellas almas escogidas.

Me gusta la pompa y la magnificencia en todos los actos del culto católico, pero la creo importantísima en los de primera Comunión. Es necesario que los niños y niñas comprendan, por la importancia del aparato material que se despliega á su vista, la importancia del otro acto espiritual que se realiza en su alma. En algunas parroquias, los niños y niñas de primera Comunión, cuando son pobres, son objeto de las atenciones de alguna persona rica ó influyente, que

les sirve aquel día en la mesa, ó los regala, ó los viste, contribuyendo de esta suerte á dejar bien grabada en sus tiernos corazones la memoria de esta solemnidad. En otras, cuando los niños son ricos, hácese al revés, pero con idéntico fin y resultado. Se procura que los niños hagan aquel día una buena limosna, que visiten algunas familias necesitadas, que funden por su mano una institución de beneficencia, todo lo cual venga á ser como la lápida conmemorativa del día de su primera Comunión. Y cierto vale más esto que el obsequio de un traje lujoso, ó la compra de una fina muñeca, ó cualquiera otra de las vanas frivolidades con que el mundo lisonjea las pasiones de la tierna edad.

La solemnidad de la primera Comunión grave y risueña al mismo tiempo, como todas las del Catolicismo, ha sido la causa del mejoramiento de muchas familias, y de la conversión de no pocas. El insigne escritor católico, el gran Veuillot, era en su juventud decididamente anticatólico y ateo. Convirtióse á Dios y á la fe de la Iglesia el día de la primera Comunión de su hijo menor. Confesóse y comulgó á su lado, y desde entonces su pluma vigorosa é incansable es una de las que sostienen en Europa la defensa sacrosanta de la Religión.

¡Qué profundas reflexiones no sugiere al observador el espectáculo de una primera Comunión, hecha del modo que quiere que se haga la Iglesia! Los niños y niñas, hoy expuestos á riesgos tan graves, próximos á trocar los juegos de la infancia por las ardientes pasiones de la juventud, saliendo de la dulce y vigilante tutela de la madre cristiana, para lanzarse en el bullicio del mundo actual, donde no hay creencia que se respete, ni virtud que no se corrompa, ni delicado sentimiento que no se aje, diríase que se detienen un momento en ese temeroso umbral, en esa arriesgada frontera, para fortalecerse y armarse antes de dar el paso decisivo. Allí están hoy niños dóciles y fervorosos los que mañana sucumbirán tal vez ante la seducción de los goces culpables, ante la rebelión orgullosa de las inteligencias extraviadas, ante el fatal deslumbramiento que producen en los incautos las falsas luces de una civilización embustera. Desde el día de la primera Comunión se emprende la travesía de la vida

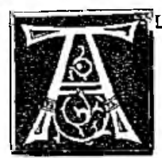
con todos sus riesgos y temores; por esto en la primera Comunión se pertrecha la nave que va á hacerse á la vela con tantos consejos, tantos avisos, tanta amenaza, y sobre todo con la gracia infinita del Cuerpo y Sangre de Jesucristo Sacramentado. Y á pesar de estas prevenciones, ¡cuántos naufragios en este peligroso viaje! ¡Infeliz quien después de abandonado ese puerto llega después de muchos años á la orilla opuesta, á la muerte, perdida completamente la gracia de su primera Comunión! ¡Menos desventurado, no obstante, si habiendo caído repetidas veces, acudió repetidas veces también á restaurarse, á renovarse, á rejuvenecerse en el mismo baño de los Santos Sacramentos de la Iglesia! ¿Me entiendes tú, lector distraído?

Por esto nunca hemos podido intervenir en actos de esta clase sin experimentar profundo regocijo, y al mismo tiempo desconsoladora zozobra. ¡Cuán importante es la fecha de la primera Comunión! ¡Para cuántos el recuerdo de ella será el principal consuelo de su alma agonizante! Pero ¡gran Dios! ¡para cuántos será también el más desgarrador remordimiento!

Abril, 1873.

XLII.

FLORES Y FRUTOS.


L entrar en caja el presente artículo habráse empezado ya en todos los templos de España el obsequio anual que se tributa en Mayo á la Virgen Santísima con el nombre de Mes de María.

Y aunque los corazones católicos están muy de luto, los altares se habrán vestido de gala, y hoy como siempre habrá á los pies de la Reina de los cielos flores en abundandancia, y luces y muchedumbre de pueblo fiel deseoso de bendecir y loar á Aquella á quien quiso Dios bendijesen y loasen todas las generaciones.

Y resonarán como siempre los cánticos tiernísimos compuestos expresamente para estos días, y elocuentes predicadores ensalzarán desde el púlpito las glorias de nuestra Madre.

Y será, en una palabra, el mes de Mayo como, gracias á los amorosos designios de la Providencia, acostumbra ser desde muchos años en nuestra patria, mes de amor, mes de devoción, verdadero mes de María.

Mas para que así sea, el mes de las flores ha de ser también en lo espiritual mes de los frutos. Sobre esto tengo una *observación* y un *recelo* que comunicar á mis lectores... y á mis lectoras también, si no lo dan por enojo.

La observación es la siguiente:

He visto en la naturaleza gran variedad de flores, y á pesar de no ser un Linneo, que digamos, en achaques de botánica, me ha parecido poder reducirlas todas á la siguiente sencillísima clasificación:

Flores que dan gusto y flores que dan provecho. Flores que huelen muy suavemente, que encantan con hermosos matices, que se balancean con elegancia al soplo ó al beso de las brisas primaverales, pero que al deshojarse mustias y cabizbajas no dejan de sí más que el tronco yerto y el recuerdo de su pasajera belleza. Y flores, al revés, que después de haber servido como de manto pomposo á la naturaleza, al caer sus hojas dejan ver formado un fruto pequeño, pero que desarrollándose paulatinamente es, cuando maduro, alimento del hombre y sustento de su vida. Para las primeras todo acaba al terminar la primavera; las segundas guardan para el estío y el otoño sus dones más preciosos. Las primeras ostentan sólo la belleza; las segundas á la belleza reúnen la utilidad.

Esta es mi *observación,* y voy ahora á mi *recelo,* que es el siguiente:

Temo que algunas almas que se creen piadosas den importancia en el mes de María, más á las flores bellas y estériles que á las flores que, sobre ser bellas, son provechosas. Mas claro. Temo que haya quien se fije más en lo armonioso de los cánticos, en lo bien dispuesto de la ornamentación, en la poética actitud de la imagen, que en la mejora del alma, la corrección de los defectos propios, y la adquisición de las virtudes de la Madre de Dios. Tú me dirás, lector ó lectora, quien quiera que seas, si es fundada mi observación y si es justificado mi recelo.

Contra los peligros que motivan en mí ese recelo, sólo tengo que ofrecerte una receta. Que el mes de las flores lo sea de flores que dan fruto, no de las que dan solamente olor. Que se cante á María, pero que después de la dulzura del canto que embriaga el alma venga la aspereza de la mortificación que la purifica. Que se llene de guirnaldas y festones el altar, pero que á este florido aparato se añada la práctica de los deberes más minuciosos de la Religión y la frecuencia de sus Sacramentos. Bajo la risueña apariencia del

Mayo ha de encontrar el alma cristiana el fondo sólido de la Santa Cuaresma, con su misma gravedad de pensamientos, su mismo temor á los juicios de Dios, su misma severidad é intransigencia.

Donde no sea así, será tan grato, tan ameno, tan embelesante, tan encantador como se quiera el mes de las flores, pero no pasará de ser una diversión un poco menos profana que las demás diversiones. Lo dicho; no será más que una diversión. Y tras las horas y los días de asistencia á la Iglesia el oído recordará con placer las melodías que allí le embelesaron, el corazón deseará *sentir* otra vez las emociones que en él produjo el conjunto poético de la fiesta, pero la pobre alma no habrá conseguido delante de Dios un mérito más, porque examinándose en la fría realidad de su conciencia no se hallará con una virtud más ni con un defecto menos. Pasada la primavera de la vida, ningún fruto nos quedará para el otoño de la muerte.

Alerta, amigos míos, con las falsificaciones, porque Satanás es el gran falsificador y da su moneda falsa acuñada con tal arte y habilidad, que á primera vista se confunde con la verdadera. Y el campo escogido para sus atrevidas falsificaciones es principalmente la Religión. Todas las herejías son falsificaciones más ó menos diestras de este pérfido enemigo.

Y hoy ha puesto en boga una herejía capital, una herejía madre, que sin parecerlo trae fuera de su camino á no pocas inteligencias y corazones. Es el *Naturalismo,* de quien hablaremos más despacio en ocasión más oportuna. Ejemplos. Muchos encuentran laudable y recomendable el Catolicismo sólo por su espíritu benéfico, por su iufluencia civilizadora, por la grandiosidad de sus obras en el orden histórico, desentendiéndose de su origen divino, de sus dogmas fundamentales, del pecado original, de la verdad de la Encarnación, etc., etc. Es el naturalismo de ciertas inteligencias, que se creen católicas cuando no son más que humanitarias. Otros asisten con placer á los actos del culto, gozan con la admirable arquitectura de nuestras catedrales, hablan, como inspirados, de la sublimidad de las ceremonias, sin pasar más allá de esa corteza exterior, sin atender á lo que se esconde detrás de la dorada puertecita del humilde tabernácu-

lo, ni al sacrificio que se celebra en el tosco altar de la aldea, ni á la absolución que se da en su desvencijado confesonario. Es el naturalismo de ciertos corazones que se creen católicos, cuando no son más que artistas.

Aquí tiene lugar, como en otros puntos, la máxima decisiva del Salvador: *Por sus frutos los conoceréis*. El naturalismo, el sentimentalismo, toman de la piedad únicamente la forma exterior y sus colores, como el monedero falso pone su ingenio en reproducir de la moneda legítima la viveza del color y la exactitud del relieve. Todo esto es indispensable, pero nada es bastante sin el valor intrínseco del metal. *Por sus frutos los conoceréis*. Sean estos frutos los que ante Dios hagan aceptables y meritorias las flores de nuestro Mayo.

Mayo, 1873.

XLIII.

ESPEJO DEL PUEBLO.

CORRÍA el año 1619, y era grande, inmensa la animación que se notaba cierto día en la capital de la entonces poderosísima monarquía española. Esperábase con ansiedad y emoción la llegada de un personaje á quien se habían creído en el deber de festejar soberbiamente el Rey, la nobleza, el clero y el pueblo de Madrid. Rebosaba el gentío y hervía el barullo en sus calles y plazas, vistosamente decoradas con arcos de ramaje y colgaduras y toldos de sedería; repiqueteaban alegres y bulliciosas todas las campanas de la coronada villa, á las que mezclaba de vez en cuando su ronco y majestuoso estampido el cañón de las fortalezas. ¿Qué aguardaba Madrid? ¿Por quién se entregaban á tales extremos de júbilo sus moradores?

Cuenta que no era entonces nuestra patria nación que se entusiasmase por friolerillas de tres al cuarto. No le había pasado aún del todo la época de sus grandezas, y á ellas vivía acostumbrada ya de muchos años atrás. Sus ejércitos daban la ley al viejo mundo, y acababan de terminar la conquista del nuevo. Su lengua y literatura eran las de toda la Europa sabia. Recientemente acababa de ofrecer al universo su octava maravilla en el Escorial. El poder militar, el esplendor de las artes, la preponderancia diplomática, la elevación de la ciencia, todo esto nos era entonces familiar, y el pueblo es-

pañol no concebía se pudiese vivir de otra manera que siendo el primer pueblo del mundo. Y lo era.

Dicho se está, pues, que no sería una victoria lo que sacaba entonces de quicios á todos los españoles, porque se ha de advertir que no era sólo en Madrid donde se celebraban tales festejos, sino en todas las ciudades, villas y aldeas. No se conmemoraba ninguna de las hazañas de sus esclarecidos capitanes, ni era el nombre de Cárlos V, de Felipe II, de Hernán Cortés, de Gonzalo de Córdoba, de Alvaro de Bazán ó de Juan de Austria el que repetían todos los labios, el que cantaban todas las músicas, el que ensalzaban en sus églogas, sonetos y acrósticos todos los poetas. Todo esto hubiera parecido secundario é insignificante al lado del verdadero objeto que motivaba tales alborozos.

Tratábase, lo diremos al fin, tratábase pura y sencillamente de honrar á un pobre é ignorante labrador de las cercanías de Madrid, que algunos siglos antes había sido modesto colono y jornalero de un hacendado de esta villa, y cuya sabiduría se reducía á no tener ninguna de la que es celebrada en el mundo; cuya opulencia consistía en no tener propias ni siquiera las herramientas y aperos de su oficio; cuyas hazañas habían sido vivir olvidado en el cortijo con su pobre mujer, regando con el sudor de la cara aquellos campos para sacar de ellos el negro pan del labriego.

Y los reyes poderosos, y la altiva aristocracia española, y todas las celebridades literarias, y al frente de ellas el gran Lope de Vega, y el clero con sus grandes Prelados, y el pueblo todo de España, andaban ocupados en festejar la memoria de aquel obscuro labriego; y lo que se aguardaba con frenesí era el cadáver de aquel infeliz trabajador, de aquel pobre hijo del pueblo. Y su mano tosca y encallecida por la esteva y el azadón besaban entonces las damas y los Príncipes y los Arzobispos. Su cuerpo guardado en riquísima urna de plata, que costó dieciséis mil ducados de oro, y colocado en carro triunfal tirado por briosos caballos, era devuelto á la iglesia de San Andrés acompañado de una procesión de seis mil personas.

Venía nada menos que de Casarrubios del Monte, donde el rey Felipe III había caído en grave enfermedad á su regre-

so de Lisboa, habiendo recobrado instantáneamente la salud así que entrara en su cámara real el cadaver del hijo del pueblo, del miserable cortijero á quien él habia llamado.

Su nombre era Isidro, y su grandeza haber sido durante su vida mortal un buen cristiano. Nada mas.

En menos palabras. Honrábase allí por reyes, nobles, prelados, damas, poetas y pueblo todo á un pobre jornalero labrador, sólo porque en él se admiraba un Santo.

Y aquella Corte aristocrática y arrogante, pero que era católica, rendía homenaje al obscuro hijo del jornal y de la labranza, sólo porque era un Santo. Porque el Catolicismo, á quien se ha acusado de adulador de los poderosos y de opresor del pueblo; el Catolicismo, á quien se ha llamado aliado natural de todas las tiranías; el Catolicismo era quien hacía doblegar ante el pobre jornalero *santo* aquellas frentes aristocráticas, aun las ceñidas con la diadema.

El Catolicismo era quien, según frase enérgica de la Escritura, *levantaba al miserable del polvo de la tierra y al pobre del estiércol para sentarle entre los príncipes de su pueblo.*

¡Pobres hijos del jornal! ¡No habéis sido grandes sino cuando os ha engrandecido la Religión y la vida honrada y cristiana! ¡No habéis sido libres sino cuando os ha protegido el Catolicismo! ¡Y creeréis ahora á los que os dicen: Renegad de Dios para ser independientes; reíos del sacerdote para ser despreocupados; huid de la Iglesia para recobrar vuestra dignidad!

El Catolicismo, única Religión verdadera, Religión de todos, pero muy en especial Religión amiga del pueblo, es el único que ha trabajado por vosotros con miras desinteresadas y con resultados indisputables. Isidro es vuestro espejo. Miraos aquí.

¡No puede ser enemiga del pueblo una Religión que á la capital de la antigua monarquía de dos mundos le ha dado por patrón un jornalero!

¡No puede ser enemiga del trabajador una Religión que ha colocado sobre el cetro de los reyes y la espada de los capitanes el azadón y el arado de un labriego!

¡No puede ser enemiga del pobre una Religión que ha hecho de la cabaña de Isidro, orillas del Manzanares, el punto de cita de los homenajes de siete generaciones de reyes!

¡Catolicismo! ¡Santa Religión de nuestros padres! ¡Religión del pueblo, la del Niño-Dios del portal, la de José el carpintero, la de Lázaro el mendigo, la de Isidro el jornalero labrador, la que haces formar en una misma fila en tu magnífico calendario á los príncipes al lado de los artesanos, á los nobles al lado de los esclavos, á las mendigas del hospicio al lado de las princesas, y á los que han labrado los campos al lado de los que han escrito las obras maestras del ingenio humano! ¡Religión de la verdadera igualdad y de la verdadera fraternidad, que sin atender más que á los méritos de la virtud alzas el altar de nuestro labrador y de su pobre mujer María de la Cabeza frente á frente de los monarcas Fernando de Sevilla, Luís de Francia ó Isabel de Portugal! ¡Quién les diese á los pueblos modernos ojos para ver y oidos para oir! ¡Bastaría que de todos fueses conocida para ser de todos amada! Te maltratan y desprecian, como á Jesús, porque no saben lo que hacen.

Mayo, 1873.

XLIV.

¡OCHENTA Y UN AÑOS!

VA á cumplirlos dentro tres días (el 13 de los corrientes) el augusto anciano que es nuestro Padre en la fe, y es Vicario de Dios sobre la tierra.

Ochenta y un años, y vive todavía y promete vivir, desafiando á los que desean su muerte como preludio de funestas perturbaciones para el Catolicismo.

Hace poco nos anunciaron los periódicos de cierto color, y las Agencias telegráficas vendidas á la impiedad, lo gravísimo de su estado, y días después nos dieron por cierta su muerte, y por elegido su sucesor, llegando, en la ceguedad de sus deseos, hasta al punto de designar el nombre del nuevo Papa.

¡Decididamente Dios parece haber dejado de su mano á estos pobres revolucionarios!

El Papa sigue hablando como si tal cosa, serenando con su palabra franca, jovial y encantadora los corazones en quienes pudieron hacer alguna mella los siniestros augurios de la prensa impía.

El Papa morirá; cierto, porque el Pontífice no es inmortal como el Pontificado. Un día ú otro lo acertarán los fatídicos agoreros á quienes su mal deseo hace vaticinar cada día su próximo fallecimiento.

El Papa morirá, pero por de contado vive aún, y hace muchos años que, contra los deseos de la impiedad, salen victoriosas las esperanzas de los buenos católicos.

«No llegará á los años de Pedro.» Y pasó de ellos. «No cumplirá los ochenta.» Y cumple el martes próximo los ochenta y uno. Dios se ha reído de ellos.

¿Y habéis considerado alguna vez lo maravilloso de los ochenta y un años de Pío IX?

Mirad lo que son los ancianos de ochenta años que conocéis, si alguno queda por casualidad cerca de vosotros. Mirad qué anciano hay de esos, que á los ochenta y un años administre su hacienda, eduque su familia, ó cuide, siquiera, el mueblaje de su habitación. Mirad lo que es en nuestros climas más sanos y saludables la vida del hombre cuando pasa de lo que llama nuestro buen pueblo *los cuatro duros*. Mirad lo que queda á los tales de la agilidad del cuerpo, y de las fuerzas de la memoria, y de la claridad de la inteligencia. Mirad qué cartas escriben, qué discursos improvisan, ó siquiera qué conversaciones medianas sostienen. Mirad si no es verdad que la vida á los ochenta años suele ser una carga penosísima para el mismo octogenario y para los que le rodean, carga que sólo hace llevadera en aquél el amor innato á la vida, y en los otros el cariño debido á la sangre.

Mirad y pesad todo esto, y luego salid á contemplar á ese otro Anciano de ochenta y un años de martirio y de vejaciones, que administra los negocios más delicados de todo el mundo y cuida minuciosamente una familia de doscientos millones de individuos esparcidos por él. De las cinco partes del mundo van á El Comisiones de esta dilatadísima familia, y á todas recibe, á todas habla, y á todas consuela, y á todas dirige, sin que la diferencia de nacionalidades, ó la multiplicidad de los asuntos, turbe su imaginación, desvanezca su memoria, ó embarace su lengua. Diríase que necesita consuelos de todos, y El es quien á todos consuela. Diríase que se lo debe todo á diestros consejeros, y á El es quien van todos á pedir consejo. Se le teme como una potencia por sus enemigos, y por sus hijos se le venera como un Santo, se le ama como un padre, se le compadece como un mártir, se le admira como un prodigio.

¡Prodigio, sí, de la misericordia y bondades de Dios en favor de los fieles atribulados! ¡Orad por el Papa, católicos de todo el mundo, orad por el Papa! ¡Que Dios conserve esta vida preciosa, dispensándonos esta misericordia, siquiera hasta que llegue la hora completa de las misericordias! ¡Orad por el Papa, ofreced por El vuestra Comunión, vuestro rezo y vuestra limosna el dia 13 del actual! Y que el *Te Deum* majestuoso, el *Te Deum*, que es el himno del agradecimiento cristiano, resuene aquel dia en todas nuestras iglesias como tributo de gratitud á Dios por tan inmenso beneficio.

Mayo, 1873.

XLV.

LA RAZÓN Y EL MISTERIO.



os misterios augustísimos celebra la Iglesia en la semana que vamos á principiar. Mañana el de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo en una sola naturaleza divina. El jueves próximo la institución del admirable Sacramento de la Eucaristía, ó sea del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies de pan y de vino. Misterios ante cuyos resplandores cierra sus ojos deslumbrada la razón humana, reconociéndose incompetente y de ningunas fuerzas para sondear su profundidad y alteza; misterios, sin embargo, que son el fundamento solidísimo de nuestra Santa Religión.

La fe que prestamos á estas verdades que no comprendemos es el acto más racional de nuestra inteligencia cautivada en obsequio á Dios. El apóstol San Juan en una de sus Cartas apuntó á este propósito una razón concluyente cuando dijo: *Si recibimos el testimonio de los hombres, más respetable es el testimonio de Dios*. Efectivamente. Si no hemos de hacer á Dios de peor condición que sus criaturas, no podemos racionalmente negarle el ascenso ó crédito que á éstas prestamos todos los días.

Nos duele tener que prestar actos de fe divina; y sin embargo, ¿cuántos actos de fe humana ejercemos sin la menor dificultad? ¿No creemos á la ciencia sin comprenderla? El

escalpelo del anatómico y la espátula del analizador químico tropiezan á cada paso con el misterio, ¿y dejan, por esto, de creer el uno en la verdad de la fisiología, y el otro en los datos de la química? ¿No creemos los hechos históricos que no hemos visto, por la autoridad de un historiador á quien tampoco hemos conocido? ¿No nos fiamos de la palabra de un amigo? ¿No descansamos en el testimonio de nuestros sentidos, que tan á menudo nos engañan? ¿Por qué no hemos de descansar en la autoridad de Dios y en la de la Iglesia fundada por Dios?

Pero se dirá que la obscuridad con que se nos presentan las verdades de la fe las hace sospechosas á la razón. Un amigo mío solía decir con mucha gracia, que lo obscuro entre todo lo que existe es el sol, á quien no se puede mirar de hito en hito precisamente por ser demasiado luminoso. Así es la obscuridad de los misterios. No es obscuridad suya, es cortedad de nuestra vista.

¿Y hay por ventura algo que no tenga esta obscuridad, algo que no sea un misterio? ¿Cuál es la íntima naturaleza de esta pluma con que escribo, de este papel con que trazo los caracteres? ¿Quién es el que puede jactarse de tener un conocimiento *claro* del ser más sencillo de la naturaleza? ¿Qué es esta luz que me alumbra? ¿Qué este aire que me rodea? No me citéis sus componentes químicos, porque os preguntaré acerca de ellos, y no podréis responder á mi pregunta más que con vuestra confusión. ¿Y queréis investigar los misterios de lo infinito? ¿Y queréis daros cuenta de la naturaleza y atributos del mismo Dios? ¡Y cuando al pretender alzar la punta del velo que os lo cubre á vuestros ojos os encontráis ciegos, os atrevéis á tachar de obscuro el foco luminoso de este sol, cuando más bien debierais reconocer la debilidad y menguados alcances de vuestra pupila!

Junio, 1873.

XLVI.

¿QUE EXIGEN LAS CIRCUNSTANCIAS?

A tempestad arrecia; la marea sube; crece el furor de los elementos conjurados contra nuestra fe; la persecución va tomando un carácter verdaderamente serio. El más sereno siente oprimírsele el corazón y ahogársele el aliento, tan densa es la atmósfera que se respira; á los dolores de hoy, júntanse los temores de lo que pasará mañana. Cada católico al anochecer se estremece pensando cómo amanecerá el dia siguiente, sin poder acallar dentro del pecho este angustioso grito: ¡Gran Dios! ¿Qué va á ser de nosotros?

Críticas son en verdad las circunstancias que atraviesan actualmente España y Europa, ni hay para qué disimularlo. Sin embargo, las grandes virtudes deben resplandecer en la hora de las grandes pruebas. No es difícil ser valiente cuando no hay enemigos que afrontar, ni ser sufrido cuando no hay tribulaciones que padecer, ni ser humilde cuando no hay humillaciones que recibir. No es, pues, gran cosa hacer alardes de fidelidad, de entereza y de ánimo varonil cuando nada ni nadie exigen de nosotros estas heroicas cualidades. Hoy es la hora de mostrarlas, y de mostrarse cada cual digno de su fe cristiana.

Quien no tenga confianza en la palabra eterna de Dios, en la promesa infalible de Jesucristo, en la perpetuidad in-

quebrantable de la Iglesia, retírese enhorabuena de nuestro campo, y no se llame cristiano. No permanezca una hora más en nuestras filas sembrando la duda y la vacilación entre los leales. No nos espantan las apostasías, sino las hipocresías. Conviene, ha dicho el Señor, que haya apóstatas á fin de que se muestre quiénes son entre vosotros los verdaderamente probados.

Gemiremos y lloraremos, sí, porque hasta al soldado más valiente le arrancan ayes y lágrimas las heridas que recibe, y nosotros no somos insensibles. Gemiremos y lloraremos por el escarnio de nuestra fe, por la blasfemia pública de nuestro Dios, por la profanación de nuestras iglesias, por la vejación de nuestra personas, por la corrupción de las costumbres, por los cotidianos escándalos, por la perdición de tantas almas que le cuestan á Cristo Dios toda su sangre. Pero no hemos de contentarnos con lágrimas y gemidos. El Catolicismo, que ha vivido desde su cuna entre las amarguras de la persecución, posee para estos casos una receta preciosísima que ha dado siempre los mejores resultados: Unión y oración.

La unión es la fuerza, y no sólo la fuerza de los cuerpos, sino muy principalmente la fuerza de los corazones. Hoy más que nunca deben buscarse y agruparse y conocerse los buenos que haya en cada localidad, y deben amarse y estimularse mutuamente. Hoy más que nunca importa que las Asociaciones y Congregaciones católicas se adunen para imprimir una misma marcha á todas sus tareas, bien sea de piedad, bien de caridad, bien de propaganda. Y para esto conviene que cada una de ellas tenga bien unidos al rededor de su bandera sus individuos, descartándose de los elementos heterogéneos que hubiesen podido introducirse y que suelen ser la causa de todas las perturbaciones. Nada hay que fortalezca tanto el espíritu abatido como la asociación, así como nada hay que produzca tanta debilidad y languidez como el aislamiento. Pues bien. Los católicos hemos de asociarnos en todo y para todo. ¿Qué es, en suma, la Iglesia sino una vastísima asociación que cobija y da vida á una porción de asociaciones?

Pero el lazo de unión de los cristianos entre sí no puede

ser otro que la unión de cada uno en Dios, de ahí la necesidad de la oración. La oración es una elevación de nuestros corazones á Dios. Y elevandose todos nuestros corazones hacia ese mismo soberano centro y objeto, allí se encontrarán firme y fraternalmente unidos. Este es el secreto de toda unión, la unidad de pensamientos y de sentimientos. Además la oración tiene otras ventajas. En medio de ese revuelto torbellino de instituciones humanas que caen, se levantan y vuelven á caer, en medio de esa agitación y vaivén continuados que no dejan á nuestro espíritu punto de reposo, es dulce pensar que hay algo eterno, sólido, inmutable y superior á todas estas vicisitudes; algo que puede llenar completamente el vacío de nuestro corazón sin exponerle á dolorosos desengaños; algo que vela por nosotros, que nos protege, que nos dirige con amorosísima providencia; algo en cuyo tribunal tendrá castigo toda iniquidad, y consuelo toda opresión, y recompensa todo merecimiento. Es dulce poder repetir con toda la boca y con todo el corazón aquel magnífico *Todo se pasa, Dios no se muda,* con que la gran Santa y gran española, Santa Teresa de Jesús supo expresar la suma miseria de lo de acá abajo y la suma grandeza de lo de allá arriba.

Pero estos consuelos de fe no se han de ir á buscar en el estruendo de las diversiones, ni en los desahogos del lujo y de la vanidad, sino en la unión con Dios de quien emanan, y en la conversación solitaria y silenciosa con El. Esta es la oración. Así la oración, además de su resultado directo é inmediato, que es obtener de Dios el auxilio que necesitamos y que sólo El puede dar, comunica nuevo temple y firmeza al corazón humano, y le hace superior á las acometidas, y sobre todo á los desmayos y desalientos. El triunfo de la iniquidad, los frecuentes atentados que legal y extralegalmente se cometen contra la Religión, producen en las almas cristianas hondas é inmensas melancolías que sólo se desvanecen alzando los ojos al cielo. ¿Está triste alguno de vosotros? Ore. Así nos lo dice la Sagrada Escritura. Pues bien: Unión y oración.

¿Y sabéis cuál es en la tierra el punto de partida de nuestra unión? El Papa. Es nuestro jefe visible, es el faro lumi-

noso que alumbra nuestra noche tempestuosa; el Papa lo es todo para un católico: luz, consuelo, enseñanza, seguridad. Afortunadamente en medio de nuestras grandes tribulaciones nos ha hecho Dios la merced de mantenernos á todos en la más estrecha unión con ese centro firmísimo de nuestra fe. Hasta nuestros enemigos lo reconocen y lo proclaman con dolor de su alma. Oid lo qüe ha dicho recientemente *L' Italie*, periódico impío: «El espíritu, dice, de disciplina que domina habitualmente en la Iglesia es tal hoy día, que en todo el universo el alto y el bajo clero no son más que dóciles instrumentos de la voluntad absoluta é indiscutible del Vaticano.» ¡Qué preciosa confesión! Equivale á decir: «Nunca los católicos verdaderos habían estado tan unidos como ahora.» Testimonio que en boca del diablo no deja de ser gloriosísimo para nosotros. No separarse, pues, una línea del Papa, de ese centro visible de unión que nos hace tan admirables y tan temibles á nuestros mismos perseguidores.

Y el punto de partida de nuestra oración ¿sabéis cuál es? La Iglesia va á deciroslo dentro de poco con motivo de una dulcísima festividad, y yo no tengo inconveniente en anticiparoslo. Es el Sagrado Corazón de Jesús. El Corazón de Jesús, vivo en medio de nosotros en la Santísima Eucaristía, es, por decirlo así, la oración viviente y personificada, es la plegaria eterna que desde Belén hasta la consumación de los siglos no ha cesado ni cesará de interceder por la Iglesia, convidando á nuestras pobres súplicas á unírsele para recibir un valor y una eficacia que de sí propias no tendrían. De este Sagrado Corazón, de este suplicador incansable y amoroso ha dicho San Pablo, que *vive siempre para rogar por nosotros.*

Si algún católico necesita mayores estímulos para despertar, dé una ojeada á su rededor. Y si aun el espectáculo que le rodea no basta á conmoverle, tema el juicio de Dios, ó cuéntese con los desahuciados.

Junio, 1873.

XLVII.

HORAS DE PRUEBA.



N tiempos como los actuales lo que más sorprende á ciertas personas, lo que las llena de pavor y hasta las hace vacilar muchas veces en su fe es la siguiente consideración: ¿Cómo Dios, suma bondad, autoriza este predominio de la maldad sobre la tierra? ¿En qué miras de su providencia pueden entrar esta incesante persecución de todo lo bueno, esta opresión de la verdad, este eclipse universal de los sanos principios? Y de ahí las quejas más ó menos embozadas contra Dios, las dudas más ó menos explícitas sobre la verdad de sus promesas, la desconfianza, el profundo desaliento. Mas ¿á qué seguir describiendo lo que quizás la mayor parte de mis lectores han sentido en su propio corazón?

Insensatez y grosera insolencia sería esta conducta, si no la disculpase en gran parte lo grave de la aflicción, que pone mil veces en los labios frases cuyo significado pasa desapercibido hasta para el mismo que las pronuncia. El dolor extravía facilmente la inteligencia, y al alma *embriagada de amargura,* como con expresión felicísima dicen los Libros Santos, no puede exigírsele la serenidad y el recto juicio de los tiempos normales. Sin embargo, cuando la tribulación por lo duradera viene á constituir también en cierto modo un estado normal, es deber de cristiano sobreponerse á los arrebatos de aflicción excusables en los primeros momentos; la

resignación tranquila y sosegada debe suceder á los ayes y gemidos, y con ella deben recobrar su imperio en el alma la reflexión y el sereno discurso.

Reflexionemos, pues, y discurramos.

En el fondo de todas estas amarguras con que el mal oprime al bien en este valle de lágrimas, hay, como en todo, un designio amoroso de Dios que se nos revela á cada paso en las Santas Escrituras y en la doctrina de la Iglesia católica.

Este secreto profundo que lo explica todo, este designio amorosísimo, al cual todo está subordinado, esta ley altísima que ignoró la filosofía pagana, es lo que hoy, gracias á las enseñanzas de la fe, conocen hasta los niños, aunque alguna vez lo olviden los mayores; es lo que se llama *la prueba*.

Los poetas é historiadores del Paganismo al describir las desventuras de los héroes y de los pueblos no supieron atribuirlas más que á un hado funesto é inexorable que en ellos se cebaba ciegamente, ó cuando mas, á odio de los dioses agraviados y sedientos de venganza, y agitados por las mismas miserables pasiones de los mortales. No así el pueblo judío, precursor del pueblo cristiano en la verdad de la revelación y en el conocimiento de Dios. Job es terriblemente afligido, pero la mano que le aflige es una mano amiga que quiere enaltecerle y sacar de él un modelo de paciencia; Tobías se ve reducido á la cautividad, á la ceguera y á la indigencia, pero el libro que nos refiere sus desventuras nos muestra claramente como sólo para su bien se las envió el Señor. Y lo que decimos de los individuos podemos decir de los pueblos. Las grandes calamidades del pueblo hebreo nos las refiere siempre la Escritura como sucesos providenciales para su enmienda y para la mejor consecución de sus misteriosos destinos.

Esta es la doctrina cristiana sobre las calamidades que afligen á los buenos; ¿habrá necesidad de grandes discursos para que la aplique cada cual á las tribulaciones que afligen hoy á los católicos de nuestra patria? Atravesamos un período de grandes pruebas: bendita sea la mano de Dios y benditas sean ellas, si de este paso salimos probados y mejorados. Dios las ha dispuesto; sin duda las necesitábamos.

Muchos tenían la candidez de creerse católicos sólo porque nunca en su vida habían hostilizado á la Religión, ni lanzado una piedra contra sus ministros. Por lo demás, les era poco menos que indiferente el culto, indiferentes los Sacramentos, indiferentes las prácticas de piedad. Creíanse buenos sólo porque no eran malvados; teníanse por honrados sólo porque no eran grandes criminales. ¡A la prueba! Y les ha colocado Dios en medio de ella, en la dura necesidad de decidirse, ó en favor, ó en contra de la verdad. El término medio se les va haciendo insostenible, y pronto habrán de abrazarse con fe á la cruz vilipendiada, ó habrán de convencerse con horror de que no son más que ateos disfrazados. ¿No es verdad que era necesaria una prueba?

Para otros era la práctica de la Religión una como especulación, en la cual entraban más que el deseo de agradar á Dios y de salvar su alma, el de complacer á tales ó cuales personas á quienes no convenía descontentar. Hoy la práctica de la Religión no ofrece ya ventaja alguna en lo humano; el hombre piadoso se ve expuesto, sólo por serlo, á sospechas que pueden hasta dar con él en la cárcel pública. ¡A la prueba! El católico por interés ó por meras conveniencias se verá forzado, ó á no llamarse tal, ó á serlo de veras por Dios, por su alma y por la eternidad.

¿Cuántos corazones realmente buenos y cristianos habían buscado no obstante en la Religión más los consuelos que los sacrificios, más la dulzura que la abnegación? Los misterios de la fe les enternecían, las pompas del culto les embriagaban; encontrábanse bien en la dulcísima quietud del santuario perfumado con los aromas del incienso, embellecido con la armonía de los cánticos sagrados; eran suavísimas las lágrimas que allí se derramaban, y las emociones que se sentían. Mil veces se había escapado de sus labios aquella palabra de un Apóstol en el Tabor: *¡Dios mío, bien se está aquí!* ¡Pobres amigos míos! Olvidaban que lo dulce, y lo halagüeño, y lo embriagador de la Religión, sólo lo ha concedido Jesucristo á los suyos, para que les fuese más fácil tragar lo duro, lo áspero y lo amargo de ella. Habían perdido de vista que el símbolo del Cristianismo no es un ramillete de flores, sino una cruz rodeada de espinas, y que

tener Religión no significa sentarse holgadamente á recibir el rocío de los cielos en la quietud y sosiego de una vida más ó menos sentimental y poética, sino estar siempre en pie, siempre dispuesto para el combate, siempre afrontando poderosos enemigos, siempre subiendo trabajosas cuestas, siempre arrastrando cruz, sin esperar descanso hasta llegar al verdadero, hasta haberlo ganado, no á fuerza de dulces emociones, que eso tiene poco mérito, sino á fuerza de sudores y sangre del cuerpo ó del corazón, que eso es lo que pesa en la balanza de Dios. Pues bien. ¡A la prueba! ¡Al Calvario! ¡A apurar lo amargo del cáliz los que hasta ahora sólo se habían complacido en paladear lo dulce de los bordes de él! ¡A ser hombres los niños, y á roer el pan duro los que tal vez hasta hoy sólo ansiaron alimentarse de golosinas! ¡Cuántas almas volverán en sí como asombradas de haber tenido olvidadas toda la vida estas verdades fundamentales! ¡Y lo deberán á la prueba!

Hierve el oro en el crisol, y en el tormento de aquel ardor suelta la escoria vil que le afeaba, y se hace digno de ser labrado para los usos más nobles. La prueba le hizo precioso.

Aguanta la encina de los bosques el recio empuje de la tempestad, crujen sus ramas azotadas, desgájase de ella tal cual parte menos robusta; pero el tronco principal se agarra entonces con mayor afán al suelo que lo vió nacer, y adquiere á beneficio de los mismos huracanes la firmeza incontrastable de las rocas. La prueba se la dió.

Tiembla el joven recluta á los primeros tiros que suenan en la batalla, estremécele el ¡ay! de los muribundos, y llénale de horror la sangre que brota á chorros de las heridas. Dejad que se le acostumbren el corazón y las manos al negro oficio de dar y recibir la muerte. Dentro de poco no temblará, sino que palpitará de entusiasmo en medio de la humareda de los combates; y el estruendo del cañón, y el lamento de los que caen, y el alarido de los que triunfan será su música más deliciosa. La prueba habrá hecho del bisoño un veterano.

Aquella pieza de metal bruñido, cuya limpieza y brillo lleva tras sí los ojos de todos, y cuyo resplandor compite con el del sol que en ella se refleja, ¿sabéis á qué lo debe?

Débelo á la lima cruel que, pasando y pasando sin piedad sobre su superficie, no cesó de atormentarla hasta que la dejó resplandeciente. El descanso la cubriera de orín; á la lima, á la prueba deberá su hermosura.

Ahora bien, corazones desalentados; cuando Dios aflige, ó por los males físicos que directamente envía, ó valiéndose de los mismos crímenes de los hombres que por justísimo designio permite, no lo dudéis, en el fondo de ese rigor hay siempre tesoros de amor y miras bondadosísimas de misericordia. Es entonces su mano la del artífice que nos somete á la alta temperatura del crisol para purificarnos, es la tempestad que nos azota para robustecernos, es el estruendo de la guerra que nos hace estremecer para volvernos aguerridos, es la lima tenaz y desapiadada que nos lastima para abrillantarnos. Es la prueba.

¡Qué hermosa idea la de un gran escritor eclesiástico! Dios por medio de los malos azota á los buenos para probarlos y corregirlos, como el padre castiga con el palo á su hijo para que se enmiende. Pero no deja de amarle mientras le castiga, y acabada la hora del rigor, rompe á pedazos el palo y lo arroja al fuego, y da un abrazo al hijo, y le hace heredero de su patrimonio. Los malos que atormentan á los buenos son el palo en manos de Dios sobre las espaldas de los hijos de su corazón. Suframos con resignación, pero no sin esperanza. Dios romperá y echará al fuego el palo cuando se haya servido bastante de él. ¡Dichosos entonces los que hubieren salido bien de las horas de prueba!

Agosto, 1873.

XLVIII.

LA PATRIA Y EL DESTIERRO.

Sicut aquila provocans ad volandum.



AS fiestas cristianas las ha distribuído la mano de la Iglesia en el decurso del año á semejanza de hermosísimos puntos de parada que les sirviesen como de descanso á los pueblos y á los individuos en la penosa peregrinación de esta vida. En ellas detenemos un poco nuestro paso, y nos sentamos un momento á la sombra del árbol amigo de la Religión para satisfacer las dos necesidades más apremiantes de nuestro espíritu inmortal: la de dirigir una mirada atrás y la de extender otra mirada adelante, es decir, la de recordar y la de esperar.

Toda fiesta cristiana tiene este doble aspecto: muéstranos de dónde venimos y á dónde vamos; señálanos con una mano el camino recorrido, y con la otra el que nos falta todavía recorrer.

Por esto la *Revista Popular* no deja pasar desapercibida fiesta alguna de las principales que á su paso encuentra, sino que, suspendiendo todo otro asunto, se detiene en ellas para explicarlas y saborearlas á su placer, en la seguridad de que ninguna otra materia ha de serles á los hijos del pueblo más provechosa.

Por esto, amigos míos, he de hablaros hoy de la *Asunción de María á los cielos.*

La parte histórica nadie la ignora. La Madre de Dios, terminado el plazo de su permanencia sobre la tierra, falleció dulcemente en brazos de los Apóstoles, milagrosamente congregados de distintos pueblos del globo en torno de su lecho; y depositada en un sepulcro salió de él á los tres días gloriosa y resucitada, mereciendo ser subida á los cielos por ministerio angelical. Tal lo refiere la tradición autorizadísima de los Padres de la Iglesia, tal lo enseña esta maestra de verdad y lo recuerda cada año con la celebración de la fiesta de que tratamos.

El corazón me dice que en medio de la dolorosa crisis que atravesamos los católicos españoles, no hay uno de ellos que no se haya fijado en la abundancia de consuelos que entraña esta festividad.

Que este mundo es para nuestras almas un destierro, lo sabemos todos y lo andamos repitiendo todos los días, lo cual no impide que lo olvidemos con sobrada frecuencia. Que el cielo es la patria, tampoco lo ignoramos, aunque no lo recordemos tan á menudo como debiéramos. Pues bien. Si hay reflexión alguna consoladora, si hay pensamiento alguno capaz de llenar de serenidad el espíritu más acongojado, y de levantar firme y robusto y santamente altivo el ánimo más abatido, es sin duda la reflexión y el pensamiento de que este lugar de iniquidades no es mi lugar definitivo, y de que lo es en cambio aquella mansión de eterna libertad, de eterna verdad, de eterna justicia donde me aguardan. Hay algo en ese pensamiento que sublima al cristiano sobre todas las miserias, y le engrandece sobre todas las pequeñeces que nos rodean; algo que le hace mirar, mas que con horror, con cierto linaje de compasión, al mismo tirano que le oprime, bien se llame ese tirano rey, bien se llame muchedumbre. Huella con dignidad así el alto alcázar, palacio de la majestad cesárea, como la plazuela, palacio de la majestad populachera. Es más que ellos, porque es hijo del cielo, y va allá en derechura, sin dar otra importancia á lo de acá abajo que la que da el viajero á las sacudidas y al mareo con que le incomoda un mal carruaje en una pésima carretera.

¡Qué magnífico pensamiento aquel de nuestro sublime

Aparisi! «Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquél y á vosotros diré: Sabed, desdichados, que habéis de morir, y vendrá un día y no se tardará en que un vengador inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos ó la corona en vuestra frente.»

Y aquel otro: «Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone á cubierto de toda tiranía. No la teme, que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es la libertad.»

¿Y por qué razón la muerte es la libertad sino porque la vida es el destierro y el cielo es el país natal?

¡Qué grandeza de horizontes no dominaríamos si nos fuese dado subirnos con María sobre esta tierra de abrojos que pisamos, y en dirección á la patria que ella ya posee! Pues bien. Si no le es dado todavía á nuestra alma verificar esta ascensión real, de la que tiene una seguridad infalible, ¿quién les impide á nuestros afectos y pensamientos subir ya desde ahora en pos de nuestra Reina, y con ella volar, volar, hasta que se ensanche de tal suerte el horizonte de nuestra mirada, que se vea ya en cierto modo libre de la opresión que en esa baja atmósfera le ahoga?

Lo que en la óptica material acontece, eso acontece en lo que quiero llamar óptica espiritual. La distancia nos presenta pequeños los más colosales objetos. Subid á una cumbre elevada, y tended vuestra vista por el espacio ilimitado que os rodea. Las grandes poblaciones aparecen allá lejos como ligeras nubecillas; los castillos orgullo del hombre son puntos apenas perceptibles en medio de aquella inmensidad; el hombre... ¡ah! el hombre no se divisa poco ni mucho desde aquella altura, es menos que una hormiga... nada.

Eso mismo acontece con esotra óptica espiritual, sólo que lo que en la primera es ilusión, es en la segunda realidad. En aquélla la distancia hace ver los objetos menores de lo que son, en ésta la proximidad nos los exagera, la distancia es quien les da en sus verdaderas proporciones.

¡Volad, volad! ¡Subid, subid! Y volando y subiendo hallaréis la verdadera medida de lo que de cerca os abrumaba con su fantástica grandeza. ¡Volad! ¡Subid! ¡Arriba los co-

razones! ¡Arriba los pensamientos! ¡A la patria! ¡Al cielo! Los hombres y sus revoluciones, sus gigantescos crímenes, sus insensatos proyectos, su opresión tenaz, su guerra al cielo, si colocáis á conveniente distancia de ellos vuestro pensamiento en dirección á Dios, os parecerán como son en realidad... átomos imperceptibles que bullen y se agitan en una gota de agua. Que menos que una gota de agua es el mundo en que hoy vivimos, ante la grandeza del mundo celestial en que hemos de vivir mañana, ante la inmensidad de Dios.

Remonta su vuelo el águila, y convida á volar en pos de sí á sus hijuelos, y llévalos á mirar de hito en hito el sol y á mecerse con majestad en la región superior de los aires, á donde no alcanzan de abajo los tiros del cazador, ni la asustan de arriba las tempestades. Antes colocada en aquella región de luz y de inalterable serenidad, dice un poeta:

Tronar siente á sus pies la nube obscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura.

¡María, Madre nuestra, Madre querida, Aguila real que al cielo remontándoos segura, nos convidáis á volar con Vos y en pos de Vos á la patria, enseñándonos á abandonar con el corazón, ya antes de abandonarla con la presencia material, esa obscura región de destierro en que gemimos! Volemos ¡oh Madre! volemos, Vida, Estrella y Esperanza nuestra! ¡Volemos con Vos á donde no alcancen los tiros ni las tempestades; que ése es destierro y aquélla es patria feliz, ésa es cárcel y aquélla es libertad!

¿Y puede abatirse y desmayar y caer rendido, mi buen lector, quien tiene en su corazón ese tesoro de inefables esperanzas? He aquí por qué en las presentes tristísimas circunstancias te he hablado con tanta extensión de la próxima festividad. Exigíanlo ellas, y debíalo yo á mis queridos amigos. Debíalo principalmente á mi pobre corazón, que más que otro alguno lo necesita.

Agosto, 1873.

XLIX.

RESIGNACIÓN IMPÍA.

o te santigües por tu vida, ni me vengas con sustos y aspavientos, amigo lector, al fijar tus ojos en las dos palabras que acabo de escribir al frente de este artículo. A nadie tal vez se le ocurrió jamás unir y emparejar cosas al parecer tan opuestas y distantes como son la impiedad y la resignación; nuestro siglo, empero, que en eso de ofrecer raras monstruosidades temo va á llevarse la palma entre todos los demás siglos sus hermanos, nos las presenta muy á menudo.

Los atribulados tiempos que atravesamos tienen en medio de sus muchos inconvenientes una ventaja inapreciable: la de prestarse á curiosas observaciones. Pues bien. Ni á mí, ni á ti, lector benignísimo, quiero se nos caiga en saco roto una observación del día, que podrá ser tan rara como se quiera, pero está llena de profundas enseñanzas.

Ante el espectáculo de desolación religiosa y de corrupción moral que devasta el mundo moderno, ante las ruinas de todo género con que el infierno va señalando su huella sobre la tierra, ante las iniquidades sin fin de que es víctima la Iglesia de Dios, hay ¿quién lo duda? multitud de corazones roídos, devorados por el dolor más intenso, que preferirían mil veces la muerte de sus cuerpos á esa incesante profanación de lo que más aman, y se resignarían gustosos

á la enfermedad más cruel antes que sufrir las amarguras de esta lenta agonía. La Iglesia de Dios tiene aún mártires, pues, sin contar los que por ella exponen en público su existencia, cuenta infinitos hijos suyos que por ella derraman sangre del corazón y que lo llevan á todas horas herido, desgarrado, despedazado por interiores martirios. ¡Bendiga Dios á esas víctimas obscuras y desconocidas, cuyos solitarios sufrimientos serán tal vez la parte más noble de la expiación que ha de merecernos el perdón y la misericordia!

Hay otros, empero, ¡dichosas gentes! que con ser católicos (a lo menos así lo creen ellos), con amar á Dios (á lo menos así lo dicen), con detestar de todo corazón las causas de tan tristes calamidades, viven, no obstante, como si Dios, la Religión, la moral pública, los ministros del altar les fuesen la cosa más indiferente del mundo; la historia de los atropellos continuos con que se veja al Catolicismo, léenla cada día en los periódicos como si se tratase de sucesos que ocurren allá en la China, ó entre los sectarios del Islamismo. Esta buena gente suele andar así, algo escasilla de ciertas virtudes; tiene, empero, una que basta por todas, y con la cual se la campan tan holgadamente: es la resignación. Son gente que sabe *resignarse* muy fácilmente á todo lo que acontece, tratándose de Religión (se entiende), que en cuanto á lo demás del mundo pierde los estribos al momento, y fuera capaz ¡vive Dios! de romperle los cascos por un quítame allá esas pajas, al mismísimo lucero del alba que al frente se le pusiese. Oigamos á uno de los tales *resignados*, dejando que así propio se retrate:

«Yo, señor mío, ya lo ve V., no soy impío, ni blasfemo, ni apaleo curas, ni derribo templos, ni he tomado parte jamás en hazañas de este jaez. Soy hombre de bien, ni me meto con nadie, á mis negocios me atengo, y entre el *debe* y el *haber* de mis libros vivo continuamente atareado. Pero, amigo mío, tampoco me gusta esta desesperación, este lloriqueo continuo de ciertos católicos que nos aturden á todas horas y revuelven mares y tierra por cualquier grano de anís que salga á molestar sus sentimientos religiosos. ¿No es nada el lenguaje de sus periódicos? ¿No se diría al oirlos á ellos

que tocamos ya á la fin del mundo? ¡Diríase que son ellos solos los que tienen Religión! Pues, señor, también acá la tenemos como cada hijo de vecino, pero sabemos *resignarnos* algo más *á las circunstancias*. Es preciso vivir con el tiempo y darle lo que es suyo. Quien se empeñare en oponerse de frente á la corriente desbordada será arrastrado por ella. Vale más sentarse tranquilamente á la orilla y dejarla pasar. ¿Que no podemos ir á la iglesia? Sensible es, pero al fin, cuando no se puede no hay obligación. ¿Que se blasfema á todas horas el nombre santísimo de Dios? Es un escándalo, pero ¿quién va á hacer caso de frioleras?... al fin cada uno es señor de su lengua. ¿Que el periódico que yo leo sostiene cada día una guerra inicua de calumnias contra los ministros de Dios? No me gusta, francamente, pero ¿queréis que me tengan por intolerante si dejo la subscripción? El profesor que enseña á mis hijos es ateo bravo, y peligran las creencias del que le oye disparatar todos los días; pero es necesario resignarse, hay que darles una carrera y no singularizarse. Los hombres de bien en estos tiempos hemos de tomar paciencia, y no chocar ni indisponernos con nadie. Es indispensable evitar las exageraciones y acomodarse un poquito. El junco se doblega cuando le acomete el torrente, y vuelve á levantarse entero después de la avenida. El árbol presuntuoso que quiere resistir se ve arrancado de cuajo y arrastrado al mar. Resignémonos; tras un tiempo viene otro.»

¡Envidiable resignación! ¡Heroica conformidad la de ese ciudadano católico, honrado, fiel, que ha logrado vencerse á sí propio hasta el punto de que ya apenas le conmueve lo que á los demás trae desesperados! Yo te admiro, bienaventurado mortal, y te declaro un santo de nuestro siglo, mayor que cuantos Santos han ilustrado los siglos todos del Cristianismo. Hasta ahora habíamos admirado á aquellos pobretones, fanáticos, intransigentes y testarudos de los tiempos de Nerón y Diocleciano que por no resignarse al ultraje de su fe habían muerto valerosamente entre tormentos en defensa de ella. Lorenzo asado en parrillas, Sebastián atravesado á flechazos, Eulalia puesta en cruz, Inés despedazada á azotes, Vicente despellejado con planchas ardientes,

toda esa multitud innumerable de hombres, mujeres y niños que con el *¡Soy cristiano!* en los labios resistieron durante trescientos años á todos los poderes humanos, ¡infelices! eran unos pobres tontos, fanatizados por algún cura ignorantón, ó quiza por el mismo Cristo que les había dicho: *No temáis á los que sólo pueden mataros el cuerpo y después nada más pueden hacer.* ¡Pobres atrasados! ¡Vivieran en nuestros tiempos, y uno de nuestros flamantes apóstoles de la ilustración y del progreso les enseñara á ser resignados y sufridos, es decir, hablando en plata, á resignarse á todo para no sufrir nada por su alma ni por su Dios!

Ciertos católicos de hoy les hubieran enseñado á no quejarse ni siquiera á entristecerse por cuanto se haga ó se diga contra el Catolicismo. ¡Tan heroica es su resignación! Antes les hubieran probado con obras y con razones que, si es una lástima que decaiga el culto por falta de recursos, no por esto se ha de permitir que decaiga el boato de mi casa, aunque sean necesarios algunos sacrificios; que si es doloroso ver hambrientas las monjas, y mendigando á los sacerdotes, no es regular escasear á una bailarina impúdica una demostración de entusiasmo el día de su beneficio; que si las circunstancias obligan á prescindir de ir á Misa, todavía no está tan alterado el orden que haya dejado de funcionar la empresa del teatro, y, amiguito mío, primero es una cosa que otra; que si están como paralizados los intereses altísimos de la moral, es un consuelo, sin embargo, que aun no se haya paralizado el comercio, porque los duelos con pan son menos; en fin, que es lástima, sí, señor, viva lástima que sufra la Religión, pero que fuera lástima peor exponerse á algún grave riesgo por ella, y ponerse malhumorado, y privarse de diversiones, y hacer del mogigato, poniéndose en ridículo ante la sociedad.

¡Resignación impía! Según esto, amigo mío, si enferma de gravedad vuestra madre, y se os ve á vos en el palco de vuestro teatro, ó en la broma del paseo, mientras ella se acaba en el estertor de su agonía, no diremos, no, que seáis un mal hijo... no..., diremos sólo que sois un hijo resignado, un corazón heroico.

Y si tuvieseis cautiva de bandidos á vuestra esposa, y pu-

dieseis hacer algo por ella con vuestro dinero ó con vuestra influencia, y no obstante no lo hicieseis, antes os pasaseis tan divertido en su ausencia como en su compañía, mientras ella gime aherrojada, y tal vez afrentada, no os llamaríamos mal esposo, no, ¡líbrenos Dios! os llamaríamos un esposo modelo, un esposo resignado.

Y si ardiese por sus cuatro costados la casa de vuestro vecino, y acudiendo todos á auxiliarle, no os movieseis vos de vuestro sofá, sólo por temor de que se os ajase el planchado de vuestra camisa, ó bien os chamuscase una chispa del incendio un pelo de vuestra patilla, ¡oh! no os tendríamos por mal vecino, sino por un hombre de bien que sabe resignarse, cuando los demás no saben más que desesperarse.

Es verdad que esta *resignación* de que blasonáis, esta facilidad de transigir, y de acomodaros, y de condescender con todo el mundo, ese buen natural, ese buen temple, ese deseo de no descontentar y singularizaros, y de no oponeros á la corriente, no soléis manifestarlo en otras ocasiones. Vuestra resignación sólo se resigna fácilmente á lo que toca á los intereses de Dios. Si os ponen fuego á la casa, ú os talan la hacienda, ú os saquean el almacén, ú os apalean las espaldas, ó simplemente se mofan de vuestras narices, no sabréis llevarlo en paciencia. No os consolará entonces el que os digan: «Hombre, valor, es necesario acomodarse á las circunstancias y vivir con el tiempo.» «Al diablo vos con el tiempo y con las circunstancias, me responderéis. ¿Pensáis acaso que soy insensible, y que no amo lo mío para que no sienta tamañas calamidades?

¡Pobrecito! La verdadera resignación cristiana es hija del amor á Dios, que nos hace sufrirlo todo, hasta la muerte, por respeto á su voluntad santísima. Vuestra resignación impía es hija de la indiferencia y del olvido de Dios, y os aconseja pasar por todo antes que le falte nada á vuestra conveniencia. La resignación cristiana es la virtud de los fuertes, vuestra resignación impía es síntoma mortal de vuestra cobardía. No lloréis, no, amigo mío, no lloréis ni os apesadumbréis, ni os toméis pena por cuanto acontezca, mientras tengáis blanda cama en que reposar, opípara mesa á que sentaros, diversiones y placeres con que entretener las horas y

matar el mal humor. No os impongáis ningún sacrificio, ni os toméis ninguna mortificación, ni os deis ningún mal rato. Seguid escandalizando á las almas creyentes y fervorosas con el espectáculo de vuestra vida gentil en medio de las aflicciones del Catolicismo. Disfrutad de la vida, reid con los que ríen, nosotros lloraremos con los que lloran. Mas al llegar al umbral espantoso de la eternidad, cuando en aquella su pavorosa entrada os encontraréis con el rostro airado y justiciero de Aquel que va á exigiros severísima cuenta de vuestros actos, temed no os deje aterrado con aquella sentencia que fulminó ya en su Evangelio: *¡El que no está conmigo está contra Mí!!!*

Agosto, 1873.

L.

HÆC MEMINISSE JUVABIT.

N día os será grato traer á la memoria todo eso que os está afligiendo ahora.» Tal significa, amigo lector, el latinajo que acaba de sorprender tu curiosidad. De esta frase se sirvió un héroe de la antigüedad para alentar á sus compañeros en medio de espantosos reveses y contratiempos. La cual, aunque sea de un poeta pagano, tiene no obstante magnífica aplicación cristiana de suma oportunidad en las presentes circunstancias.

La gravísima tentación de los atribulados en los tiempos actuales es la desconfianza. Para ahuyentarla del corazón de mis lectores ¿por qué no ha de serme lícito trazar ante su imaginación una parte del cuadro del porvenir, aquella de la cual sin ser profeta puede hablarse sin riesgo de ser desmentido? ¿Por qué no he de aventurarme yo también á repetir á cada uno de los desesperanzados de hoy, si alguno hubiere entre los que me leen, aquellas palabras del poeta gentil traducidas al idioma católico, diciéndole: Sí, amigo mío, sí, alentaos; todo eso que os aflige ahora y os llena de pesadumbre os ha de ser ocasión de grandes consuelos, cuando un día os gocéis en traerlo á la memoria?

Porque, si va á decir verdad, todos creemos que un día ha de sosegarse ese mar alborotado, y ha de serenarse ese cielo cubierto de nubarrones, y ha de volver á su centro y equilibrio esta máquina del mundo hoy tan revuelta y des-

quiciada. No podemos señalar plazos á las promesas de Dios, pero tampoco podemos abrigar duda alguna sobre su cumplimiento. Además, en el orden moral como en el físico, la tempestad, el eclipse, el desbordamiento, no son estados normales, sino pasajeros. Esto dicta el buen sentido.

Pues bien. Cuando cese todo esto, cuando en la paz y en el sosiego de la bonanza recordemos todos los horrores que hoy nos entristecen, si nuestra conducta ha sido en estos días digna de Dios y de nuestra fe cristiana, ¿quién duda que nos será entonces saborosísima fuente de delicias lo que hoy nos llena el corazón de pesares y amarguras?

¿Qué será entonces oir á un padre de familias, refiriendo á sus hijos para su enseñanza la historia de estos azarosos tiempos, y decirles poco más ó menos lo siguiente?

«Hubo un tiempo, hijos míos, que vosotros afortunadamente no habéis alcanzado, en que era poco menos que un delito servir á Dios y una ignominia llamarse cristiano. La fe parecía haberse extinguido completamente en el corazón de muchos; otros la disimulaban con vergonzosa cobardía; algunos la negaban resueltamente con palabras y obras, aunque por otra parte la sintiesen viva en el fondo de su corazón. No se sabía si eran más en número los malvados ó los cobardes; lo que sí podía asegurarse, que los segundos eran tal vez más perjudiciales que los primeros al Catolicismo. ¡Qué deserciones tan indignas! ¡Qué condescendencias tan viles! ¡Qué afán de contemporizar y de no malquistarse con los enemigos de Dios! Hubo quien se recató de asistir al culto; otros torcían el camino para no encontrarse con el sacerdote; no pocos adoptaron en sociedad las maneras y hasta las interjecciones brutales de la gente ruín á fin de no ser tildados de reaccionarios y neos, que éstos eran entonces los apodos más infamantes. Se demolían templos y se profanaban los que quedaban en pie; ningún derecho para nosotros, ninguna legalidad. Hasta las quejas eran un crimen; hasta la oración al pie de los altares era fiscalizada y perseguida como tenebrosa conspiración.

«Sin embargo, hijos míos, vuestro padre no renegó de su fe, ni se avergonzó de ella, ni entró jamás en amigable consorcio con sus enemigos. Jesucristo reinó siempre en esta

casa, y los actos del culto, los Santos Sacramentos, el respeto á los sacerdotes, el celo por la Religión, fueron siempre el más noble blasón de vuestra familia. Nunca pasó sus umbrales periódico impío ni hoja blasfema que no fuese inmediatamente destruida. Los poderes públicos habian abolido la censura oficial y reconocido la libertad del error. Aquí nunca dejó de funcionar la censura doméstica, nunca fueron reconocidas tan absurdas libertades.

«Nuestra actitud francamente católica en todas partes, católica en la calle, católica en el hogar, católica en el negocio, católica hasta en las mismas diversiones, nos acarreó serios disgustos y peligros de alguna consideración. Se nos motejó de fanáticos y obscurantistas, de intolerantes y afectos á tal ó cual idea política; los más benévolos no se contentaban con menos que con reirse de nosotros, y llamarnos, con cierta desdeñosa compasión, imprudentes y exagerados. No fué ésta la parte menos cruel de la guerra que tuvo que sostener entonces nuestra Religión Santa. Haciamos del ciego y del sordo y del mudo ante tales vejaciones, y nos contentábamos con rogar por nuestros enemigos y recordar aquellas palabras del Salvador: *Si á Mí me han perseguido, también á vosotros os perseguirán.* Y aquellas otras tan ciertas del apóstol San Pablo: *Todos los que quieran vivir piadosamente según Cristo Jesús, sufrirán persecución.*»

¿No es verdad que ha de ser inmensa la alegria del que acabada la tribulación actual pueda conservar de ella semejantes recuerdos? Si hay para los malvados un infierno ya en vida, que es el remordimiento, hay para los buenos también en vida un cielo anticipado, y es el testimonio de la buena conciencia. Pues bien. ¿Qué galardón mayor, fuera del eterno, puede esperar el cristiano que hubiere salido bien de las pruebas presentes, que ese testimonio de su buena conciencia, esta seguridad de que en horas de cobardía procedió con valor, entre los traidores fué leal, entre los que se acordaron sólo de su conveniencia fué siempre únicamente esclavo de su deber?

—Pero si Dios no otorga en mis días la paz á su Iglesia, si he de morir con la aflicción de no haber visto el fin de sus amarguras, mal podré contar á mis hijos lo que con tan vivos colores nos habéis reseñado.

—Es verdad, amigo mío, pero ¿os parece acaso que no ha de ser satisfacción y alegría mucho mayor poder contárselo á Dios? ¿Habéis pensado nunca en la serenidad que derramarán sobre el corazón del buen católico en su última agonía estos pensamientos? ¿Creéis que será poco consuelo poder mirarle el rostro al crucifijo y poder dirigirle tales ó parecidas razones?

«Dios mío, sean cuales fueren las manchas é imperfecciones de mi vida pecadora, sé que nunca os he negado, mi Dios, ni me he avergonzado nunca de vuestra fe y de vuestro nombre, y por eso espero alcanzar misericordia. Os maldecían, y heríame á mí una buena parte de las maldiciones que caían sobre Vos. Os perseguían con furor, y yo con Vos era perseguido. Preferí llorar con los pocos, abrazado á vuestra cruz en la cima del Calvario, á reir y triunfar con los muchos que insultaban vuestros dolores. Ni volví el rostro á vuestros sacerdotes vilipendiados, ni me desdeñé de postrarme en vuestro templo, ni me enriquecí con bienes sagrados, ni favorecí la propaganda impía, ni entré en pactos con la iniquidad. Señor, era ignominioso llamarse católico, y yo me honré con esta ignominia, habia peligros en defender vuestra fe, y yo arrostré tales peligros. Pecador he sido, pero nunca os vendí como algunos, ni os negué como otros, ni os abandoné como muchos.»

Decidme, amigo, ¿no ha de morir muy seguro de la misericordia de Dios quien pueda desplegar ante El, al entrar en la eternidad, esta hoja de servicios?

Esta es la hora, pues: esta es la hora de obrar de suerte que un día ante vuestros prójimos ó ante Dios no os amargue, sino que os consuele y os regocije, la memoria de lo obrado. Si el peso de la tribulación os rinde, si el número de los enemigos os acongoja, si os hace desmayar la aparente victoria de las fuerzas del mal, ¡valor! ¡valor! *hæc meminisse juvabit;* un día serán consuelo estas amarguras, un día serán blasón estas ignominias, un día será gran dicha haberlas padecido. Esta página de vuestra vida, tan triste como es, será sin duda la más hermosa de todas. ¡Cuántos de los que hoy ríen os envidiarán dentro de poco la altísima honra de haber llorado!

Agosto, 1873.

LI.

CAMPAÑAS PACÍFICAS.


N fenómeno sorprendente está presenciando en nuestros tiempos Europa, fenómeno que sigue acentuándose más y más cada día hasta el punto de empezar ya á llamar poderosamente la atención de los más indiferentes. Cuando nuestros enemigos andaban ponderando á todas horas que el sentimiento católico estaba muerto ó por lo menos moribundo en el corazón de los pueblos modernos; cuando no se creía ya posible mover á las masas más que por el entusiasmo revolucionario, único, se decía, digno de los ilustrados tiempos presentes, he aquí que la Providencia de Dios hace aparecer un acontecimiento magnífico, universal, popular, espontáneo, con el cual nadie contaba, para el cual nadie ha invitado, que parece haber salido del fondo de todos los corazones, como un arranque natural de cada uno de ellos, como una inspiración súbita que todos se han visto como forzados á obedecer. Para la realización de este acontecimiento no han precedido programas, ni juntas, ni convenios; nada hay aquí de los acostumbrados procedimientos humanos, nada que huela á manifestación preparada ó á espectáculo escénico, nada que de cerca ni de lejos pueda asemejarse á conspiración. Este acontecimiento único en los fastos modernos, este acontecimiento digno de los períodos más fervorosos de la historia, este acontecimiento

que llena de consuelo á las almas verdaderamente católicas, y de inquietud y recelosa suspicacia á los falsos amigos, y de enojo y rabioso frenesí á los enemigos declarados, es el que en el mundo actual se conoce con el nombre ya europeo, *las peregrinaciones*.

¿Qué es una peregrinación? Voy á decíroslo ó á describíroslo en pocas palabras. Figuraos que hay en Francia, Italia, Bélgica ó Alemania un santuario ó varios santuarios á quienes han hecho célebres la antigüedad, los recuerdos históricos, la piedad popular ó recientes prodigios. Figuraos que un día, sin más ni más, se levanta de repente un grito unánime en el pueblo de una comarca, de una provincia ó de toda una nación, y dice este pueblo: «Vamos tal día al Santuario de Lourdes, ó al de la Saleta, ó al de Paray Monial, ó al convento de Asís, ó á cualquier otro de los sitios célebres, consagrados por la Religión.» Y dicho y hecho, y álzase aquel pueblo como un solo hombre, y enarbola banderas, y escribe lemas, y entona cánticos, y bajo la presidencia pacífica de un obispo, ó de un sacerdote, ó de un noble, ó de un menestral, se dirige al sitio señalado, ora, comulga, oye Misa y se disuelve luego de practicado este acto público de fe y este acto público de oración, sin cometer un desmán, sin pronunciar una palabra subversiva, sin moverse un ápice de la legalidad más escrupulosa. Y esta masa popular compuesta de hombres, mujeres y niños en número de tres, cuatro, ocho ó diez, ó veinte y aun treinta mil individuos, cruza en forma de procesión comarcas enteras, atraviesa aldeas, villas y ciudades haciendo resonar los valles y las plazas con el estribillo de sus cánticos de penitencia, llenando de asombro y confusión al espectador incrédulo que atónito se pregunta si ha vuelto otra vez Europa al tiempo de Pedro el Ermitaño, y si es verdad que vivimos en el siglo XIX, y que humean aún los incendios de la *Commune*. Y figuraos que esto no se hace una sola vez, como sólo una vez podría hacerse si fuese efecto de un esfuerzo extraordinario, sino que es tan espontáneo y natural, que se hace sin esfuerzo de ninguna clase, dos, tres, cuatro y veinte veces en un mes, sin que quede saciada la piedad popular, ni se agoten los nuevos peregrinos, ni se disminuya el fervor y el entusiasmo

con la repetición de la obra. Figuraos por fin que esto acontece en mitad de un siglo agitado y calenturiento por las revoluciones más espantosas, siglo en que la persecución religiosa no se hace ya en nombre de una herejía ó de una superstición cualquiera, sino del ateísmo crudo y desvergonzado; añadid que todo esto ha tenido su principio y principal desarrollo en Francia, en esa Francia cuna de la Revolución y apóstol de ella por todas las demás naciones, en esa Francia donde el pueblo se ha saturado hasta las entrañas del virus pestilencial, donde han tenido lugar con tanta frecuencia las asquerosas erupciones que todos sabemos. Decid ahora, ¿no parece este cuadro inventado por la fantasía de un poeta creyente? Pues, no es sino brillante y magnífica realidad. Abrid todos los periódicos, principalmente los franceses, de algún tiempo acá; hojead las paginas de sus *Ilustraciones,* aun de las no católicas: lo que yo acabo de describir no es sino un pálido bosquejo de lo que está pasando y de lo que os refieren asombrados así amigos como enemigos.

Diz que á la vista de este movimiento restaurador exclamaba un periodista inglés, protestante por más señas: «¡Gran Dios! ¡Y es ésta Francia! ¡Y es éste el siglo XIX! ¡Y es éste el año 1873!»

No entraremos aquí en una minuciosa estadística, que nos sería muy fácil con sólo registrar las colecciones de los periódicos de los dos últimos años. Refiriéndonos á los dos ó tres meses que acaban de transcurrir, y á un solo santuario, el de Paray-Monial, donde tuvo lugar la aparición de Jesucristo, bajo el símbolo del Sagrado Corazón, haremos notar que en el mes de Junio hubo peregrinación todos los días, compuesta cada vez de algunos miles de peregrinos, que llegaron á treinta mil el día de la fiesta del Sagrado Corazón. La Misa tuvo que celebrarse casi siempre al aire libre, y al aire libre se administraban los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Para que no se me acuse de no concretar los hechos y de que me entrego á meras ponderaciones, citaré sólo los siguientes datos.

La peregrinación de los católicos de Macón el día 2 de Junio en número de 20,000 católicos.

La de Autun el día 5 en número de 6,000.

La del 10, en que llegaron al santuario 1,500 peregrinos de Dijón por la mañana, y 1,400 de Clayette por la tarde, que unidos á los que de distintos puntos habían llegado al mismo sitio formaron la suma de más de 5 000.

La de la pequeña población de Saint-Claude, que mandó ella sola 800 peregrinos.

La del 16, en que llegaron 700 de Bourges y 1,000 de Nevers con su Obispo al frente.

La del día de la fiesta, día 20, en que se reunieron, como hemos dicho, 30,000 católicos en aquella hermosa campiña, con 950 estandartes, representación de las principales ciudades de Francia, con el bravo Charette al frente de 250 zuavos. De París solamente llegaron allá por la mañana en cinco trenes sucesivos 3,000 peregrinos. Predicó á aquellos 30,000 oyentes el célebre P. Félix, de la Compañía de Jesús.

La del 26, en que había en el santuario otros 15 000 peregrinos recientemente venidos de distintas diócesis. En ésta figuraron los pendones de Barcelona, seguidos de gran número de compatriotas nuestros residentes en Tolosa. Empezaron las Misas á media noche, por concesión especial al aire libre. y en 23 altares á la vez, y duraron las celebraciones en estos 23 altares hasta la una de la tarde, no dandose la Sagrada Comunión en las Misas para no alargarlas. Distribuian continuamente el Pan eucarístico en otra mesa dos sacerdotes, habiendo sido relevados varias veces por el cansancio, también hasta la una de la tarde. Aquel día hubo procesión al anochecer. Asistieron á ella con hacha 10 000 peregrinos. Las calles del Paray-Monial, dice el cronista, parecían un rio de fuego.

La del 29, á la que acudieron juntos en comisión 100 diputados de la Asamblea francesa con más de 20,000 peregrinos. Los 100 diputados depositaron su bandera en el santuario con una dedicatoria en nombre de Francia.

Calcúlese, finalmente, que solamente durante el último mes de Junio 200 000 peregrinos franceses han visitado al Sagrado Corazón en dicho santuario.

Y hace tres dias acabo de leer en una correspondencia de un diario revolucionario lo siguiente: «Han venido en pere-

grinación á la colina de Nuestra Señora de la Guardia (en Marsella), 1,600 peregrinos habitantes del antiguo condado de Aviñón. Cantaban himnos provenzales del poeta Roumanille, premiado en los juegos florales de Barcelona. Al mismo tiempo se hallaban reunidos en Lourdes 15,000 peregrinos, entre los cuales habian más de 1,000 vendeanos cuya bandera llevaba el general Chatelineau. El dia de la Natividad de la Virgen hubo otra demostración no menos numerosa en Issoudun (Turena). El *Times* (protestante y revolucionario) publica extensos relatos de la peregrinación de los ingleses á Francia, y tiene la franqueza de reconocer que nada tiene que ver la política con estos actos de convicción religiosa.»

Pero no son solamente franceses quienes sienten ese impulso superior que les fuerza, por decirlo asi, á tales prodigios de pública piedad. Sin mencionar las magníficas peregrinaciones que han tenido lugar en otros puntos de Europa, citaremos en conclusión la que acaba de enviar Inglaterra al Sagrado Corazón. Inglaterra, la nación protestante, enemiga sistemática del Catolicismo; Inglaterra, la nación la cual pocos años atrás era un crimen castigado por las leyes el oir Misa, ha visto salir de uno de sus puertos 1,000 pereregrinos acaudillados por Manning, el arzobispo Primado, y por el conde Norfolk, joven heredero de una de las familias más opulentas y aristocráticas del reino, y en buques fletados expresamente, izadas en los mastiles las banderas del Sagrado Corazón y de Pio IX, desembarcar en Francia, y atravesar en magnífica procesión las ciudades principales al son de cánticos sagrados, y llegar á Paray Monial y comulgar allí, y orar y volverse tranquilamente á su patria, realizando un episodio de la vida moderna que más parece una leyenda que un hecho real acaecido aun no hace tres semanas. Y cuenta que si hubiesen podido formar parte de esta expedición todos los devotos ingleses, no hubiera parado en pocos millares la cifra. Lo caro del viaje por mar explica que esta peregrinación se compusiese únicamente de clases acomodadas.

¡Valgame Dios! ¡Y se anda cacareando por ahi que el Catolicismo está moribundo en Europa, y que los pueblos no

viven ya la vida de la Religión! ¡Insensatos! La zozobra en que os tiene ese movimiento es la prueba más evidente de la vida poderosa que anima aún á la Iglesia católica. Nada añadiré á lo indicado. Ahí están las fechas y las cifras. Desmentidlas si son falsas. ¿Qué respondéis ante esta fe de vida católica que os ofrecen los pueblos?

¿Y España? ¿qué hace España, la católica España, en medio de este universal movimiento? Así preguntarán muchos de mis lectores al terminar la lectura de esta reseña, en que ha brillado al parecer por su ausencia el nombre de esta fidelísima nación. Si pudiésemos responderles al oído á los que tal pregunta nos dirigen, cosas les diríamos que les probarían que España no queda ociosa ni rezagada en este glorioso despertar de los corazones. Sólo una cosa podemos asegurarles hoy, porque esta sola cosa nos permiten las circunstancias y la índole de esta *Revista*. España está en su puesto. España está cumpliendo con su deber.

Septiembre, 1873.

LII.

EL MARQUÉS DE CHAVENAY.


N medio de la agitación que, como nuestra patria, experimenta también hace algunos tiempos la nación francesa, ha sido objeto de todas las conversaciones y aun de sentidos artículos de la prensa periódica un suceso de aquellos que la Providencia ordena de vez en cuando para luz de los pueblos, para que se vea como á pesar de todos los pesares la Religión católica sigue ejerciendo en los corazones tan poderoso ascendiente en nuestro siglo como en todos los demas.

Carlos de Chavenay, marqués de Chavenay, primogénito de la esclarecida familia aristocrática de este título, joven, rico, fué en la última guerra prusiana uno de los que más se distinguieron en la defensa de la patria. Oficial de coraceros en el brillante regimiento de este nombre, tomó parte en aquella desesperada carga dada por Mac-Mahon en la sangrienta batalla de Reichshoffen, en la cual para salvar la retirada de la infantería fué del todo destrozada por los cañones prusianos la flor de la caballería francesa. Sabido es que de dos miles de ginetes que á la orden del general en jefe se lanzaron sobre la metralla enemiga, sólo unos pocos llegaron al pie de las baterías, casi ninguno sobrevivió á aquel grandioso acto de heroísmo. Carlos de Chavenay fué uno de los heridos. Peleaba aún, sosteniéndose con una mano en la

silla de su caballo, cuando cayó desangrado entre los cadáveres, y recogido con ellos iba á ser enterrado creyéndosele muerto. Mas el encargado de esta triste obra de caridad oyóle aún respirar, y salvado así milagrosamente fué conducido prisionero á Alemania. Curado de sus heridas, escápase de su cautiverio y vuelve otra vez al ejército de la patria, alistándose en una de las divisiones del Loire. En la batalla de Roslande es otra vez herido y otra vez hecho prisionero. Esta vez fué más riguroso su cautiverio, y no pudo librarse de él hasta ajustada la paz.

Dios empero reservaba esta noble víctima para que apurase todos los sufrimientos y diese con ellos á su siglo un noble ejemplo de lo que es un verdadero carácter templado en la fragua del Catolicismo. Recién casado al empezar la guerra había hecho á su patria el sacrificio de sus más dulces afecciones, abandonando á su joven esposa para luchar por la patria. Ella á su vez ignorando el paradero de su esposo se había consagrado con heroísmo conyugal y cristiano á la tarea de curar heridos en las ambulancias, anhelando de esta suerte servir á la vez á la Religión y á la patria, y adquirir noticias sobre el incierto paradero del esposo de su corazón. Víctima de sus fatigas y de su dolor, sucumbió la joven en medio de ellas. Las primeras nuevas que halló Chavenay al regresar de Alemania á su patria fueron, pues, la muerte de su esposa á la que volaba ansioso á reunirse. Además su padre, llamado como él á la defensa del país, había sucumbido también gloriosamente en el combate de Patay, que inmortalizó á los zuavos pontificios y á la bandera del Sagrado Corazón de Jesús.

Hay dolores para los cuales no conoce consuelos el mundo: el corazón destrozado por ellos sólo puede hallar un alivio buscándolo fuera de la sociedad. La filosofía incrédula de nuestros despreocupados sólo tiene para tales casos una receta admitida: el suicidio. Uno de nuestros novelistas ó dramaturgos al uso de los tiempos, á quien se hubiesen dado los precedentes datos históricos para el cuerpo de un drama ó novela, no hubiera hallado para ella desenlace mejor que el que ofrece un rewólver de seis tiros. Efectivamente, el mundo impío es en este acto muy consecuente. ¿Qué puede

dar al infeliz que todo lo ha perdido, y cuyo corazón no se llena facilmente con las fruslerías que suelen traer encantados á los mortales?

Nuestro héroe era católico, y acudió al Catolicismo en el horror de sus infortunios. El Catolicismo le mandó conservar una vida que dos veces ofreciera á Dios en aras de la patria, porque el Catolicismo enseña que puesto que el hombre no se ha dado á sí propio la existencia, tampoco es dueño de desprenderse de ella á su antojo. El Catolicismo tiene un apartarse del mundo algo más noble que el del suicidio. En uno de los departamentos de Francia existe hoy día, á pesar de lo que se llaman las luces del siglo (¡benditas luces, cuán apagadas andáis!) un recinto cercado y silencioso al pie de cuyas tapias se rompen las oleadas del mundo, como si fuesen las últimas fronteras de él. Como Francia no es España, y ciertas cosas de allí no son un peligro para la paz pública, y para la civilización y para el sosiego de los ciudadanos, como diz que lo son á juicio de sus enemigos ciertas cosas de aquí aquel recinto (te lo diremos sin rebozo, aunque te escandalices, amigo despreocupado), aquel recinto es un monasterio, y aquel monasterio se llama con un nombre que te hará poner los pelos en punta; se llama la gran Trapa. Nunca planta seglar ha pisado aquella soledad de penitencia. Centenares de monjes viven allí bajo la dirección de un Abad, y entre estos centenares de monjes (centenares, sí, lector despreocupado), figuran nombres que un día fueron muy gloriosos en el siglo. Carlos Chavenay llamó á aquella puerta, y le fué abierta. Dos años de profundas meditaciones y de sufrimientos habían convertido en austero Trapense al arrogante capitán de coraceros de Reichshoffen. Aun no hace un mes verificó su profesión y pronunció los votos solemnes que le apartan para siempre del mundo, y en los Círculos de París ha sido profundísima la emoción causada por tan elevadas resoluciones.

Todavía los claustros tienen aquí enemigos, enemigos feroces que se gozan en las ruinas casi todavía humeantes que han amontonado sobre el hermoso suelo de nuestra patria. No habléis á esos hombres de frailes ni de conventos. Una insultante sonrisa de desdén veréis dibujarse en sus labios,

ó el odio más enconado y rabioso brillar de repente en sus ojos. Tales infelices os tendrán al momento ó por necio y atrasado, ó por enemigo de la patria y de la civilización. Y sin embargo, mientras haya en el mundo grandes desengaños y grandes sufrimientos, habrá necesidad de grandes soledades religiosas donde abrigarlos, porque el corazón herido las necesita para hablar con Dios, único manantial de verdaderos consuelos. Los conventos en España, como en todas partes, eran el más seguro refugio de las almas que la tempestad del mundo arrojaba allí, como buques deshechos sobre la arena de la playa, y de muchas otras que temerosas de la borrasca habían juzgado preferible quedarse desde la juventud en el puerto á arrostrar los azares del alta mar. En el solar bendecido de nuestros claustros habéis alzado ¡insensatos! vuestras granjas, vuestros teatros, vuestros cuarteles, sin contar que todo eso puede satisfacer quizá las exigencias de la materia grosera de nuestro cuerpo, pero que el espíritu, más exigente que ella, necesita lugares de oración mas que frívolas diversiones; recogimiento, soledad, abnegación práctica de austeras virtudes, beneficencia heroica, porque el alma inmortal ¡pobre alma! no se sacia solamente con progreso industrial, glorias militares, espectaculos baratos, y otras satisfacciones puramente materiales á que parece reducirse todo el ideal de nuestros ilustrados. ¡Vergüenza para la generación que tan insolentemente reniega de estas verdades! Mejor que nosotros lo entendían nuestros abuelos. Mejor que nosotros lo entienden aún hoy nuestros vecinos de Francia. Nuestra libertad es tan lata hace unos cuarenta años, que ni libres somos de alejarnos del bullicio del siglo cuando se ha hecho enojoso á nuestros infortunios, ó á nuestras particulares inclinaciones. El marqués de Chavenay, renovando en nuestro siglo el alto ejemplo de Ignacio de Loyola, el capitán español del siglo XVI, ha sido admirado en Francia. Allí su vocación ha podido realizarse sin inconvenientes. Aquí el trapense hubiera sido tachado de neo, y la policía le hubiera perseguido como á reaccionario. En España, cuna de los grandes Institutos religiosos, patria de los grandes fundadores, la casa de prostitución está protegida por la legislación vigente, que garantiza la libertad del

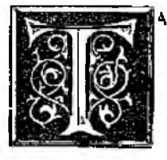
domicilio aun á las públicas rameras; mas el convento está fuera de ley. La Internacional mereció los honores de la pública discusión, y de ella salió vencedora. Las Ordenes religiosas han sido proscritas sin ser siquiera escuchada su legítima defensa. Aqui donde hay libertad para declarar *guerra á Dios,* no la hay para servirle en solitaria Comunidad. Tal es de miserable años hace nuestra situación. A tales alturas de civilización nos encontramos. No es necesario decir si somos felices. Aquí ni siquiera se ha juzgado posible la desdicha, así es que se han declarado inútiles los lugares de consuelo.

¡Necio marqués de Chavenay! ¡Necios franceses! ¡Sabios españoles de la España regenerada!

Noviembre, 1873.

LIII.

SUMA Y SIGUE.



TAL vez no seré creido de muchos de mis amables lectores, antes arrancaré quizá carcajadas de desprecio ó de indignación si les digo que los católicos españoles tenemos que dar las gracias á la Revolución impía, que años ha nos azota, por varios inestimables beneficios. Algún día acaso me extienda sobre este tema, que promete ser curioso según lo son los apuntes que para eso voy tiempo ha recogiendo. De ellos resultará que aquel refrán tan popular y tan mal interpretado comúnmente: *No hay mal que por bien no venga,* no es sino una traducción exactísima del dicho aquel de un gran Padre de la Iglesia, según el cual, Dios prefiere sacar de los males bienes, que no impedir estos males cohibiendo el ejercicio de nuestra libertad.

Así es; y dejando, como digo, para otro día sacar á relucir nuevas razones, ahi tienen Vds., por si no lo habían reparado, lo que está sucediendo con el Protestantismo. La Revolución nos ha enseñado á no temerle. Años atrás cuando afortunadamente conservaba nuestra patria en sus códigos el principio tradicional de la unidad religiosa, el bello ideal, el eterno suspiro de los enemigos de nuestra fe era introducir aquí el Protestantismo. Pareciales á los infelices que con

algunos cargamentos de Biblias fraudulentas alijadas en nuestras costas, con tal cual pastor ó ministro cómodamente establecido con su mujer é hijos en nuestras capitales, España iba á dejar de ser rápidamente la nación católica para convertirse en sucursal de Prusia ó de Inglaterra; que las ciudades tendrían prontamente abiertas al culto numerosas capillas de la nueva secta; que la herejía, en fin, sostendría con la verdad católica una competencia que no tardaría en ocasionar á ésta un completo desprestigio. El Protestantismo, decían, nada puede ahora en España, porque le detiene en su propaganda la mano de las Autoridades, que lo han declarado contrabando: el Catolicismo, por el contrario, sólo se mantiene en su antiguo vigor, gracias á la protección oficial que le dispensan los poderes establecidos.

Sin echar nosotros cuentas tan galanas como nuestros adversarios de Portugal ó de Gibraltar, que á todas horas estaban acechando nuestras fronteras para lanzarse á la apostólica tarea de *evangelizarnos*, es lo cierto que también les tuvimos á los propagandistas luteranos más miedo, mucho más del que ellos merecían. Temíamos por los incautos amigos de toda novedad; temíamos por los infelices necesitados á quienes la miseria tiene en constante tentación de vender su fe por un socorro abundante y nunca desinteresado; temíamos por aquellos de nuestros hermanos á quienes ciegos rencores políticos han hecho odioso el Catolicismo, disponiéndolos para aceptar cualquier cosa que pudiese amenguar ya que no paralizar la legítima influencia del clero y de sus salvadoras doctrinas. Así, supimos con amargura de nuestro corazón los primeros pasos de la maldita secta en nuestro privilegiado país; leímos con dolor sus primeros folletos esparcidos al azar entre la multitud ávida de enterarse de todo, y nos informábamos cuidadosamente de los prosélitos que podía ir adquiriendo la herejía en cada uno de sus centros de predicación.

Desde entonces ¡cuánto desengaño! Para nuestros adversarios ¡cuántas esperanzas frustradas! Para nosotros ¡cuántos temores desvanecidos! Evidentemente unos y otros habíamos caído en alguna exageración, así nosotros temiendo, como ellos confiando. El Protestantismo en España no sólo

no ha dado sus frutos acostumbrados, sino que ni siquiera ha echado en nuestro suelo una raíz. Aquí no se aclimata el huésped luterano. En casa de algún particular, extranjero ó mal español, podrá vivir más ó menos trabajosamente, como planta exótica que se hace vegetar como por fuerza en la atmósfera artificial del invernáculo. Pero en contacto con nuestra verdadera atmósfera nacional, muere sin remedio. Ni se dirá ¡loado sea Dios! que no se han prodigado cuidados para fomentarlo. Oficial y oficiosamente se le ha mimado y favorecido, mientras que á los católicos oficial y oficiosamente se nos vejaba por todos conceptos. La ocasión, cierto, no ha podido ser mejor para que tomasen aquí carta de naturaleza todos los errores. Pero ¡ca! ni por esas le ha cabido mejor suerte al inmundo hijo del apóstata de Wittemberg.

Sugiérenos estas reflexiones la noticia dada y confirmada ya por todos los periódicos, aun por los revolucionarios, de que el propagandista protestante de Montilla (Córdoba) acaba de volver al seno de la verdadera fe, presentándose al Prelado y haciendo en sus manos completa y leal abjuración de sus asquerosos errores. El caso no es nuevo. Casi todos los puntos de España en que abriera despacho de su mercancía el Protestantismo han presenciado ejemplos análogos. Sin ir mas lejos, nuestros lectores recordarán que no ha mucho tiempo todo el personal de una capilla protestante de Madrid se convirtió de la noche á la mañana al Catolicismo.

¿Qué nombres españoles ha logrado inscribir la secta en el registro de sus afiliados? Poquísimos, como consta de sus almanaques, y éstos desconocidos. Ni una persona notable en el comercio, en la milicia ó en las letras. Aquí donde hasta diputados caen en la *inocentada* de alardear Espiritismo, y otros en la impudencia de desafiar á Dios llamándose ateos, nadie, nadie ha osado decir: Yo soy protestante. Todo ha parecido más aceptable que eso, todo más racional, todo menos degradante.

¡Así conocieran todos los enemigos del Catolicismo la profunda lección que de estos casos se deduce en favor de las enseñanzas de la Iglesia única verdadera! Nuestra estabilidad en medio de todas las tempestades, nuestra atracción á

pesar de todas las resistencias, nuestro soberano ascendiente á despecho de todos los ultrajes y vituperios, ¿no están diciendo á voz en grito que sólo nosotros somos la verdad revelada por Jesucristo y depositada por El en manos de su Iglesia católica, apostólica, romana? Medítenlo aquellos de nuestros hermanos que acaso hubieren sentido vacilar su fe en medio de las borrascas presentes.

Noviembre, 1873.

LIV.

LA MENTIRA UNIVERSAL.



I el Papa, que es nuestro maestro, lo ha dicho, ¿por qué no hemos de decirlo nosotros, que no somos más que fieles discípulos del Papa? Si de Roma ha salido esta palabra, que vibrante y enérgica ha resonado ya en toda Europa, ¿por qué no ha de recogerla á su vez y repetirla la *Revista Popular*, que al fin no desea ser más que un eco de Roma?

Sí, Padre nuestro, oráculo de verdad y de divinas enseñanzas, lo sabíamos ya, pero no está de sobra que otra vez nos lo haya dicho vuestra infalible palabra. Lo sabíamos ya por la sana filosofía, por el simple buen sentido, por las lecciones de la historia, por los desengaños de una dolorosa experiencia; ahora lo sabemos con la certeza augusta de la Religión. ¡El sufragio universal es la mentira universal!

No se alarmen nuestros lectores: no faltaremos á nuestra divisa. Nada queremos con la política. Nada aquí de lo que se roce con lo transitorio y mudable de las instituciones humanas. Lo eterno, lo inmortal, lo superior á toda vicisitud y á toda mudanza, eso es lo que defendemos; sobre lo demás nos contentamos con gemir en el fondo de nuestro humilde hogar, y orar en la presencia de Dios y en el santuario inviolable de nuestra conciencia. Ni atacamos ni defendemos Gobiernos; no conocemos otros amigos ni enemigos que las doctrinas contrarias á la Iglesia católica y á las bue-

nas costumbres. Véase si es clara y franca y despejada nuestra situación: véase si somos, ó no, libres é independientes. Sentimos no ser como los pájaros del aire para poder cernernos como ellos en la inmensidad del espacio diáfano é incoloro, y poder así prescindir de la tierra, hasta el punto de no tener que hollarla siquiera con nuestros pies.

He querido repetirte aquí, lector amigo, esta nuestra ya vieja profesión de fe, primero porque no hay cosa vieja que no convenga recordarla de vez en cuando, y segundo, porque el asunto de que voy á ocuparme contigo en este artículo es arriesgado y expuesto á torcidas interpretaciones. Del sufragio universal se ha hecho arma de partido; bajo este punto de vista ni nombrarlo nos dignaríamos. Pero el sufragio universal es hoy, más que todo, base de un sistema filosófico en oposición á los sanos principios de derecho y de Religión; el sufragio universal es en opinión de sus apóstoles un criterio de verdad nuevamente descubierto, y constituye la esencia de lo que se ha querido llamar *derecho nuevo*, como si el derecho fuese tal si no es eterno. En este concepto ha tronado el Pontífice supremo contra el sufragio universal; en este concepto vamos á ocuparnos nosotros de tan sucia quisicosa.

¿Qué es el sufragio universal? Es el parecer del mayor número erigido en norma de verdad y de justicia. Es el *derecho* de los más contra los menos, por la sola razón de que aquéllos son los más y éstos son los menos; derecho tan brutal como el del más fuerte contra el más débil. Expliquémonos. Es indudable que muchas veces los más pueden tener razón sobre los menos, como es cierto que muchas veces el más fuerte puede tener razón en su favor y no tenerla el más débil. Pero que una cosa sea verdadera y sea buena *sólo* (atiende bien la palabra subrayada) *sólo* porque el mayor número la crea tal, es, amigo mío, perdónenme los discípulos de tal escuela, haber perdido completamente la cabeza. Las cosas son lo que son, blancas ó negras, verdaderas ó falsas, malas ó buenas, no porque así lo resuelva una fuerza numérica, aunque ésta se eleve á la categoría de universal. Todos los hombres juntos y aun todas las mujeres (mira si te pongo límites á la universalidad) que declaren que una acción

es justa, no la harán tal si ella es injusta; y un solo hombre, un solo niño que en medio del universal clamoreo, sostenga que aquello es una iniquidad, tendrá razón él solo contra todos los nacidos y por nacer que afirmen lo contrario. Los millones de votos podrán ahogar el suyo; el caso por desgracia no será nuevo. Sin embargo, allí estará lo verdadero donde está la verdad, no donde está el mayor número que defiende la mentira.

Esto es sencillo, rudimentario, hasta trivial. Sin embargo, como las nociones más rudimentarias son hoy las más fácilmente obscurecidas, voy á esclarecerte la presente con una comparación.

La nieve es blanca. ¿Estás muy cierto de esto? Asegúrate bien de este dato, pues á tal punto ha llegado el escepticismo, que hasta quizá sobre esto un día se llegue á discutir. La nieve es blanca, á lo menos por tal se la tiene hasta el día de hoy. Ahora bien. Supón por un momento que á la mayoría de los mortales se les antoja cualquier día declarar que la nieve es negra; supón que no la mayoría, sino todos convienen por unanimidad en considerar como negra la nieve; aunque todas las generaciones afirmen sin vacilar este despropósito, ¿habrá perdido la nieve algo de su blancura? Apliquemos el cuento. Las verdades del orden moral son tan fijas é invariables como las del orden físico. Tan cierto es que el hurto es una injusticia, como que la nieve es blanca, y viceversa. Pues bien. Aunque todos los hombres lleven su extravío hasta el punto de creer y afirmar que tal ó cual hurto, llámese como se quiera, no es una iniquidad, iniquidad será, aunque digan lo contrario, un sufragio universal y cien sufragios universales.

Históricamente tenemos comprobada esta verdad. El Hijo de Dios muere en Jerusalén, y es el voto unánime de su pueblo quien le conduce al suplicio. Sin embargo, el crucificado es el Justo por excelencia, y el pueblo judío no se llamará en adelante sino el pueblo deicida. Y saltando del Hijo de Dios á un simple mortal, hallamos á Sócrates, que es condenado á beber la cicuta por el fallo de un tribunal y por la opinión pública de sus conciudadanos; sin embargo, la historia ha seguido llamando á los atenienses asesinos del

más ilustre de sus filósofos. En ambos casos el sufragio universal pudo llamarse con la palabra con que le ha llamado recientemente Pío IX: la mentira universal.

Sin embargo, eso que el Papa ha calificado con tan dura expresión sigue siendo para muchos hoy día la universal solución de todos los problemas, y una preciosa conquista digna de la ilustración de los pueblos modernos. A vos, católico, apostólico, romano, os llamarán necio y mentecato porque creéis en la infalibilidad otorgada por Dios al Jefe de su Iglesia en lo relativo al magisterio supremo que ejerce en ella, se reirán si les decís que los verdaderos cristianos creemos que Jesucristo, fundador de su Iglesia, y alma y cabeza invisible suya, la está asistiendo constantemente con su divina influencia para que no yerre ni permita errar á los que siguen fielmente sus enseñanzas. Y ellos, los ilustrados, los superiores á añejas supersticiones, los idólatras de la razón, y sólo de la razón, empiezan por admitir como dogma filosófico la infalibilidad de las turbas (que otro día os llamaran inconscientes), admitiendo que siempre que los más sostienen una idea en oposición contra los menos, yerran por necesidad los menos, y aciertan por necesidad los más. ¡Vergüenza de nuestro siglo y de nuestros decantados progresos intelectuales!

¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! La filosofía, la historia, la experiencia y el sentido común enseñan todo lo contrario. Lejos de ser una probabilidad, cuanto menos una seguridad de acierto, el parecer del mayor número, es tal la condición del hombre corrompido en su inteligencia y en su corazón por la culpa, que la verdad y la justicia deben casi siempre buscarse donde están los menos, no donde estan los más. Tocante á esto la Santa Escritura ha llamado *infinito* el número de los necios, y el Evangelio ha declarado *escaso* el número de los elegidos, y *estrecho* el camino celestial, en significación de los pocos que andan por él. Y haced la prueba tomando por teatro de vuestras observaciones así el mundo en general, como una nación en particular, ó una provincia, ó una sola localidad. Los sabios son los menos, los perfectamente honrados los menos, los que merecen vuestra confianza muy pocos. Tanto es así, que una de las dificultades que

hacen heróica la verdadera probidad es que para practicarla es indispensable oponerse casi siempre á la corriente general de las ideas y costumbres. Si el sufragio universal no fuese la mentira universal, el papel de hombre de bien fuera el de más facil desempeño. Con tener muy estrecha la bolsa y muy ancha la conciencia, como las tiene la generalidad de los mortales, estaríamos seguros de poseer la verdadera virtud y no habría más que pedir. ¿A qué sacrificios? ¿A qué abnegación? ¿A qué enfrenamiento de las pasiones? Vivir como vive todo el mundo, tan holgadamente como se pueda, he aquí la mejor regla de moral. Si lo que quiere el mayor número eso es lo justo, y lo que juzga el mayor número eso es lo verdadero, pensemos y vivamos como el mayor número, que cierto no serán enojosos los dogmas que nos mande creer este nuevo pontífice, ni los preceptos que nos mande observar. ¿Qué tal?

¿Te ríes, amigo lector? Bueno es que te rías; mejor fuera, empero, que llorases la miseria del hombre, que hace necesaria la refutación de tan locos desatinos.

Mayo, 1874.

LV.

LAS CIRCUNSTANCIAS.

e aquí una palabra muy en uso en nuestros días; especie de moneda corriente que todo el mundo da y todo el mundo recibe, parándose muy pocos en examinar su verdadero valor. Circula principalmente de boca en boca entre algunos de nuestros hermanos católicos; los tibios aparentan justificar con ella su frialdad; los tímidos su cobardía; los perezosos su negligencia, los esclavos del *qué dirán* su falta de cristiano descaro.

Vedlo sino. En tiempos como los presentes no faltan aún, gracias á Dios, corazones generosos que se atreven á romper por todo y á salvar todos los inconvenientes á trueque de hacer algo en defensa de la verdad y del bien, objeto de encarnizados ataques. Pero, ¡ah! los esfuerzos heroicos de estos corazones independientes se ven mil veces contrarestados, anulados, ¿sabéis por quién? no por el número sin número de los enemigos, sino por la flojedad, por la indolencia de ciertos amigos. Pertenecen á aquella clase de *hombres de bien,* cuyo tipo bien ó mal me empeñé en darte fotografiado, amigo lector, en otra ocasión; su gran razón, su razón suprema para no hacer cosa de provecho, ni dejar que otros la hagan, es siempre la misma: «¡Hombre! ¿qué va V. á hacer? en estas circunstancias...»

Proponedles la fundación de un periódico bueno, católico puro, que cante claro, y que dé de firme; que sin meterse

en camisas de once varas ni en partidos políticos, que Dios confunda, predique la verdad por la verdad misma sin miedos ni contemplaciones... ¡Jesús! ¡Santo Dios! ¿En estas circunstancias?

Hay que pensar en la organización de escuelas cristianas en grande escala. A nuestros pies crece una generación que gana muy bien la vida del cuerpo en nuestras fábricas y talleres; pero que, en cuanto á la vida del alma, la lleva muy raquítica y desmedrada. Llamad al azar á una docena de estos niños ó niñas. Diez de ellos ignoran el *Padre nuestro,* los Mandamientos de la ley de Dios, el Símbolo cristiano; son los gentiles de Europa con toda la ignorancia del salvaje y toda la corrupción de la civilización; en sus frentes rara vez se imprime la señal de la cruz; de sus labios no sale más que la cínica obscenidad ó la hedionda blasfemia. Todos lo vemos, lo palpamos; no es necesario hacer un viaje al Africa para contemplar estas miserias; aquí en Barcelona, en nuestra calle, al lado de nuestra casa, viven sin Dios y sin fe estas desgraciadas criaturas, que serán los ciudadanos de mañana, copiosa cosecha de satélites ganados para la demagogia y de almas perdidas para la salvación eterna. ¿No os mueven estas consideraciones? Manos, pues, á la obra de las escuelas dominicales y nocturnas. Fundemos una en cada parroquia, como en la Edad media se estableció una en cada monasterio y en cada catedral. «¡Ah! si, es verdad! Excelente pensamiento, urgente necesidad. Pero dejad que pasen estas críticas circunstancias. ¡Son tan malos los tiempos! ¡Tan pésimas las circunstancias!»

¿Y la beneficencia cristiana? ¿Qué aguardamos para restablecer nuestras Conferencias de San Vicente de Paúl, apostolado doméstico, semillero de virtudes para favorecidos y favorecedores? ¿No las consiente la ley con este título? ¿Por qué no fundar Sociedades analogas con idéntico fin y nuevo título á tenor de la legalidad hoy vigente? ¡Ah! No faltan personas, no falta desprendimiento... «pero ¿qué quiere V.? ¿quién se atreve en estas circunstancias? Deje V. que mejoren un poco las circunstancias.»

Y así por el estilo todo lo que concierne á la Religión, culto y propaganda de buenas doctrinas; de suerte que las ben-

ditas circunstancias han venido á ser para muchos como el editor responsable de toda clase de negligencias y cobardías.

Una observación llevo hecha durante estos últimos tiempos, y conmigo la habrán hecho muchos de mis lectores. La excusa, que podemos llamar de las circunstancias, sólo se aduce para lo que concierne á la práctica y defensa de la Religión. Las circunstancias, á los mismos hombres que las traen en boca todos los días, suelen estorbarles muy poco para todo lo concerniente á sus intereses y conveniencias. Reparadlo. Hay quien no se atreve por las circunstancias á emprender obras cristianas á que antes viviera consagrado; las circunstancias, sin embargo, no le han perturbado un momento en sus operaciones mercantiles, y á pesar de las circunstancias sigue ingeniándose para ganar dinero, y lo gana que es una bendición de Dios. Fijaos un poco más. Tristes son las circunstancias; no obstante, la gente se divierte y luce y gallardea en paseos y espectáculos, y acaso el mismo que reprueba que la Iglesia despliegue tal vez alguna pompa en alguna de sus augustas solemnidades, alegando la convincente razón de que no son tiempos de eso, de que no están para eso las circunstancias, ese mismo deslumbra al público con el fausto y ostentación de su casa y persona. En una palabra, y para concluir; malas como son las circunstancias (y nadie lo llora como nosotros), es todavía peor el abuso que hacemos de esta palabra para halagar nuestra ociosidad y quedarnos tan satisfechos con nuestra apatía. Sin negar que las circunstancias son alguna vez obstáculo insuperable, aun para las voluntades mas decididas, cien otras veces son miserable paliativo de nuestra pereza.

También yo, si autoridad tuviese para ello, invocaría muy á menudo esta manoseada palabra; también yo la haría vibrar eternamente en los oídos de mis hermanos en la fe; pero no para adormecerles como con blando arrullo, sino para que á este grito se estremeciesen y despertasen despavoridos. Las circunstancias son críticas, les diría, los tiempos perversos; por esto los tiempos y las circunstancias imponen á los que hoy vivimos, imperiosos deberes que no es lícito desatender. Por razón de las circunstancias hemos de trabajar hoy mucho más que cien años atrás trabajaban nuestros

padres; por las circunstancias hemos de dar más limosna á los pobres, y darla también á la Iglesia, al Papa, al culto, á la parroquia, al altar, á la sacristía, que son nuevos pobres que ellos no conocieron. Por las circunstancias hemos de escribir cosas que ellos no soñaron, y leer libros que en sus tiempos no eran necesarios, y emprender y fomentar empresas que en sus tiempos nadie imaginó. Por razón de las circunstancias hemos de ejercer en la educación de los hijos un rigorismo que la corrupción actual ha hecho indispensable, y hemos de velar incesantemente por la pureza de nuestro hogar y por la integridad de nuestras costumbres domésticas. Por razón de las circunstancias hemos de dar al buen ejemplo una importancia que siempre ha tenido, pero hoy es mucho mayor. Por razón de las circunstancias hemos de profesar la fe y practicar la ley de Dios con la cara más alta que otras veces, sin bajarla humillada y confundida por sátira más ó menos que se dispare contra nosotros. En fin, por razón de las circunstancias el católico de hoy ha de ser católico á prueba de bomba, como vulgarmente se dice: ó á prueba de circunstancias, como diré yo, aunque tú, lector amigo, te rías de la ocurrencia.

¡Las circunstancias! ¡Apáticos, indolentes, esclavos del respeto humano, idólatras de la conveniencia propia, cobardes! Guardad, guardad bien en la memoria esta palabrita, á la cual andáis ahora tan agarrados. Guardadla bien, guardadla para el día de las justicias de Dios. ¡Tal vez pensáis poder alegarla allí como disculpa de vuestras criminales flojedades! ¡Vana ilusión! ¿Sabéis cuál será la voz que levantará entonces contra vosotros más implacable y acusadora? Esta misma precisamente que pensáis ha de levantarse en vuestro favor. ¡La voz de las circunstancias!

Junio, 1874.

LVI.

MÁS SOBRE LAS CIRCUNSTANCIAS.


PENAS escrito el anterior, y cuando daba ya como terminado por *ahora* un asunto que en sus aplicaciones es inagotable, cayóme en las manos un número del *Univers,* excelente periódico francés, uno de los que más alta sostienen en la nación vecina la bandera de la fe y de los sanos principios sociales. Una correspondencia de Berlín refería allí lo padecimientos de que son víctimas los católicos alemanes, azotados por el látigo de Bismark, cuya saña contra el Catolicismo ha hecho exclamar á un periódico protestante «que en Alemania vale más ser bandido de camino real que sacerdote del culto católico.» La prensa da cuenta cada día de un nuevo Obispo encarcelado, por no querer doblegarse á las exigencias impías del perseguidor, y los sacerdotes presos ascienden ya á centenares. Pues bien. ¿Sabéis cuál es la actitud del pueblo fiel en tan acerbas circunstancias? ¿Creéis que se convierte allí en adulador de la iniquidad triunfante, ó que por temor á la influencia oficial deja de protestar del modo que puede contra la tiranía? No, por cierto. Si el poderoso Canciller se empeña en renovar en pleno siglo diecinueve las dolorosas escenas del tiempo de los Mártires, los católicos perseguidos, por no ser menos, se han propuesto reproducir á su vez el heroísmo y generosidad de aquellos gloriosos siglos. Oid las palabras mismas de la citada correspondencia,

que me complazco en traducir textualmente: «En todas las provincias católicas los fieles están dando hermosísimas pruebas de adhesión á la causa de nuestra Religión perseguida. En todas se han puesto de acuerdo los pueblos para renunciar á sus diversiones y fiestas populares hasta que cese la persecución. Hasta entonces los católicos han acordado no dejarse ver en otras reuniones que á las de las iglesias. El primer paso está ya dado, y no tardará en ser seguido por todo el país. Para este fin la Asociación de católicos de Colonia acaba de tomar las siguientes resoluciones, que se han notificado á todos los católicos alemanes:

«Los individuos de la Asociación de católicos se comprometen por todo el tiempo que dure la persecución emprendida contra la Santa Iglesia, 1.° á abstenerse de frecuentar el teatro ú otra cualquiera diversión. 2.° A no tomar parte en fiesta alguna de baile. 3.° A no concurrir á fonda, café, casino, etc., en donde por lo menos no haya un periódico católico.»

No sabemos, ó más bien, sabemos demasiado, lo que dirían en voz alta y en voz baja muchos de nuestros llamados católicos, si á nosotros nos hubiese ocurrido proponerles alguna de semejantes resoluciones. No se nos hubieran escaseado de fijo los motes de exagerado y fanático, y hasta quizá se nos hubiera acusado de enemigos de la pública tranquilidad. Pues bien. Ahí tienen un rasgo que nosotros no hemos inventado, y que habla muy alto en favor de los católicos alemanes, y ¿lo diremos? muy alto también en contra de nuestra ponderada hidalguía española. Sí; es verdad que la persecución de España no ha sido todavía la persecución de Alemania; lo que puede ser en lo venidero no nos meteremos en la difícil tarea de vaticinarlo. Pero lo cierto es que nuestra fe ha sido aquí vilmente escarnecida, nuestros templos ó demolidos ó asquerosamente profanados, nuestras Religiosas echadas desapiadadamente á la calle, mientras pomposamente se proclamaba la inviolabilidad del domicilio del ciudadano español, y se ponían en las nubes los sacrosantos derechos de la personalidad humana. Lo cierto es que muchas, muchísimas poblaciones de España se han visto meses enteros privadas del culto, sin sacerdote que bau-

tizase sus recién nacidos y enterrase sus muertos, y que en no pocas la sangre de los ministros de Dios ha regado los vilipendiados altares. Y hemos llorado, hemos gemido, se nos ha partido el corazón de dolor, y hemos traído á los labios las frases más lastimeras del libro de las *Lamentaciones*. Pero al compás de nuestros sollozos una porción de católicos, ó que tales se llaman con el mayor candor, ha seguido honrando al can-can de nuestros teatros, y aplaudiendo las desvergüenzas de una literatura dramática enemiga jurada de nuestra fe y de las buenas costumbres. Tal vez la misma desventurada condición de los tiempos ha sido excusa para que diesen á ciertas frivolidades mayor importancia, alegando la necesidad de distraerse y de consolarse con ellas. ¡Miserables niños que tienen necesidad de juguetes para consolarse del duelo de la madre! Muy honroso fuera que durante este período de públicas calamidades con que el cielo se dignó poner á prueba nuestra entereza hubiese podido consignarse en las paginas de los periódicos: «El teatro A ó B se ha visto en la necesidad de cerrar sus puertas, ó de disminuir al menos el número de sus funciones, á causa de la gravedad de las circunstancias.» «El Carnaval de este año, ó del anterior, ha sido muy desanimado, sin duda por la falta de motivos de regocijo que aqueja al pueblo español.» «Sabemos de varias conocidas familias que han cedido para el Santo Padre, ó para los pobres heridos en campaña, ó para el culto de su respectiva parroquia, el importe de su abono teatral en la presente temporada, ó el alquiler de su palco, ó la mitad del presupuesto de la modista, etc., etc.» ¡Oh! ¿por qué no han debido leerse en nuestros periódicos sueltos por el estilo? ¿Por qué, al revés, se han citado con elogio locuras y prodigalidades? ¿Sabéis por qué? Porque se ha erigido al parecer en máxima corriente y autorizada el que cuando los tiempos son malos es más necesaria la diversión para olvidarse de ellos. ¿Qué mucho si hasta del amor al prójimo y del dulcísimo sentimiento de la beneficencia se ha querido sacar partido para divertirse á más y mejor? En efecto. ¿Hay grandes necesidades que remediar? ¿Hay gravísimos dolores que compadecer? A ciertos católicos nunca les ocurre decir: «Disminuyamos nuestro lujo, ahorremos algo de

nuestros placeres, privémonos de lo superfluo de nuestras personas, y tendremos que dar en abundancia al que gime por carecer de lo necesario.» No, que esto fuera fanático, neo, y hasta perturbador. Lo del dia, lo de buen gusto, lo verdaderamente inspirado *por las circunstancias* es lo siguiente: «Gran baile en favor de los afligidos por tal ó cual calamidad.» O en prosa más clara y descocada: «¿Hay quién llora? pues divirtámonos nosotros para enjugar sus lágrimas.» Realmente fué un bobo y anduvo muy atrasado San Vicente de Paúl al fundar para el alivio de los padecimientos humanos sus admirables *Hermanas de la Caridad*. Algunas *quadrilles* de bailarinas hubieran servido mejor para el caso. ¿No anda por ahí un lema que dice: *Caridad y diversión?*

Pero dejemos este asunto que otras veces hemos tocado, y que sin duda alguna otra vez nos ha de ocupar. Volvamos á nuestro primer objeto. ¡Católicos españoles! ¿Veis cómo obran *según las circunstancias* nuestros hermanos los católicos alemanes? ¿Será perdido para vosotros este hermoso ejemplo?

Junio, 1874.

LVII.

¡NO PREVALECERÁN!

Sí, Yo te lo digo; tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ó poder del infierno no prevalecerán contra ella.»

He aquí la palabra formal, solemne, decisiva, con que inauguró Cristo-Dios mil ochocientos años atrás la serie de Pontífices supremos que desde entonces hasta hoy han venido sucesivamente gobernando al mundo cristiano. Examinémoslas con alguna atención en el día consagrado á solemnizar la muerte gloriosa del primer Papa San Pedro. Tan conocidas como son de los católicos todos, tengo para mí que son todavía pocos los que se han fijado en la verdadera importancia de su significación.

Atiéndese de ordinario únicamente á la promesa de la perpetuidad y de las victorias de la Iglesia y del Pontificado, sin tomar en cuenta que antes que victorias se han pronosticado batallas; antes que triunfo persecución. Sólo así se comprende que muchas almas débiles anden á todas horas como escandalizadas y vacilantes ante el espectáculo de la guerra que de todas partes levanta el infierno contra la verdad. Paréceme que se peca aquí por poca fe ó por ligereza indisculpable. No se ha prometido al Catolicismo la tranquilidad que muchos se figuran, y el esplendor de una preponderancia por nadie combatida. No; precisamente en las mismas palabras que hemos citado, al asegurarse la inmovilidad eterna

de la verdad, se consigna muy claramente que el infierno ha de luchar contra ella con desesperados esfuerzos. Así, pues, la Iglesia no fuera la verdad y el bien, si no tuviera contra sí la conjuración permanente de todas las pasiones y de todos los errores, es decir, de la mentira y del mal.

La historia de las luchas de la verdad ofrece siempre una observación que los hechos contemporáneos han acabado de poner de relieve. Notadlo. La Revolución es enemiga de todo culto religioso, es atea en el sentido más exacto de la palabra. Ante su filosofía son igualmente absurdos el culto verdadero de Jesucristo y el falso de Mahoma, el Evangelio rectamente interpretado según la Iglesia, ó el Evangelio según los caprichos del libre examen. A todos hace gala de escupir con igual desprecio. Sin embargo, todo el mundo puede observar que su conducta está en abierta contradicción con este su sistema. Hace gala de despreciar á todos los cultos, pero no persigue sino al católico. ¡Ni una palabra de ira que honre á los ministros protestantes en estas obras y peroratas en que rebosa la ferocidad contra el sacerdote de la Iglesia romana! De suerte que los que en teoría son enemigos jurados de toda religión positiva, en la práctica no son enemigos más que del Catolicismo.

Recientemente, cuando los horribles sucesos de la *Commune*, una dama protestante se manifestaba triste de que ninguno de los Pastores de su secta hubiese merecido ser víctima de la fiereza de los demagogos. ¡Ah! ¿Sabéis qué es esto? Es el signo de la verdad manifestado por el privilegio de la persecución. Cuando se dice en alta voz: ¡Guerra á toda religión positiva! se repite en voz baja: ¡Guerra sólo al Catolicismo, porque ésta es la única Religión positiva! Cuando se declama contra las influencias religiosas, no se alarmen los protestantes, los mahometanos y los budhistas; los declamadores saben de sobra que no hay verdadera influencia religiosa más que la influencia católica. Hasta el lema feroz de ¡guerra á Dios! que con escándalo del mismo infierno ha resonado en nuestra patria, entendedlo bien, incautos, no costará ni un minuto de zozobra á los que no adoren á Dios en el seno de la comunión católica, apostólica, romana. Sólo nosotros somos los comprendidos en este satánico

ultraje, porque la impiedad sabe muy bien que sólo guerreando contra Cristo y su Iglesia se guerrea contra Dios. Por esto caen nuestros templos y no los de nuestros enemigos, por esto son inmolados nuestros sacerdotes y no los discípulos de Lutero, por esto es objeto de saña universal el Papado y no lo es el jefe de la comunión rusa ó anglicana, á pesar de que pretenden tener análoga autoridad espiritual. En nosotros reconocen Satanás y la Revolución su eterno enemigo; en los demás, llámense como se llamen, no ven más que objetos de desprecio, ó á lo más aliados dignos de alguna consideración por los servicios que pueden prestarles contra el verdadero enemigo común y formal que somos nosotros. Repitámoslo otra vez; el odio de los perversos y de los corrompidos en nadie se ceba sino en nosotros; el diablo, que es el malvado, pero que no es necio, sabe bien cuáles son sus enemigos de burlas y sus enemigos de veras. Por esto sus secuaces nos tratan como se trata á los enemigos formales, con persecución verdaderamente formal.

¡Ah! ¡Cómo ensanchan el corazón y lo levantan estas consideraciones! Al pie de la tumba del primer Papa martirizado se levanta el palacio, hoy cautiverio, del Papa actual también martirizado. La sociedad corrompida que aprisionaba á Pedro, todo lo toleraba en su seno; dioses absurdos, emperadores monstruos, poderosos envilecidos, ricos opresores, masas abyectas y degradadas; en medio de aquel vasto lodazal sólo una cosa ofendía sus ojos, sólo un poder no tenía derecho á ser tolerado; era el poder de la verdad. Por esto Nerón era adorado como semidiós en el Capitolio, y Pedro era ajusticiado como criminal en la cárcel Mamertina. Hoy, con estar tan distantes de aquellos tiempos los nuestros, empiezan á presentar no obstante con ellos espantosas analogías. El mundo actual es indulgente, tolerante con todo error; profesa el principio de que han de ser respetados todos los derechos hasta el derecho al mal; y el derecho al mal obtiene en efecto ese horrible respeto. Sólo una cosa es objeto de las desconfianzas y prevenciones de los Gobiernos, de las trabas de la legislación, de los rencores de los clubs, de las asechanzas de la diplomacia; sólo con una cosa no se puede ser tolerante ni condescendiente; esta cosa

atroz, pavorosa, es la influencia reaccionaria, el monstruo del poder clerical, Roma, la teocracia, el jesuitismo, diversos apodos obscuros de una cosa que tiene su apellido, claro como el sol: la Iglesia católica. ¡Animo! No os espantéis: es el signo de la verdad, su privilegio inalienable que no la permitirá jamás confundirse con las falsificaciones. El privilegio de la persecución: *Signum cui contradicetur*.

Ya en sus principios lo decía el Salvador á sus Apóstoles con frase elocuentísima, que hoy más que nunca debe ser recordada: «Si fueseis del mundo, os amaría el mundo como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os separé Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece.» *(Joan., c.* XV, 19).

Quien se sintiere desalentado ante el inmenso combate con que de todas partes se nos abruma, alce los ojos al cielo y recuerde estas eternas palabras que nunca serán desmentidas. Dios parece haberlas dejado como en testamento á su Iglesia, y la historia se ha encargado de ponerlas en evidencia. *Non prævalebunt!* ¡Nada podrán! Contra esta *piedra* colocada por Cristo Dios ha martillado constantemente el infierno. Siempre ha saltado á pedazos el martillo sin lograr arrancar de su inmortal asiento á la *piedra* inconmovible, antes proporcionándole con su eterno odio la señal más acabada de su divinidad. La Iglesia es, pues, obra de Dios. Ella es quien lo dice, y el infierno es quien lo prueba. ¡Martillad, martillad aquí con afan incansable, desventurados pigmeos de nuestro siglo! ¡Mirad cómo nos reímos de vuestros insensatos esfuerzos!

Junio, 1874.

LVIII.

SÍNTOMA MORTAL.

MPIEZA á llamar de un modo desconsolador la atención pública el hecho, frecuentísimo algún tiempo acá, de personas conocidas por su talento y posición social que atentan miserablemente contra su propia existencia. La capital de España acaba de presenciar en pocos días dos de estos dolorosísimos acontecimientos. Poetas, periodistas, queridos del público los dos jóvenes suicidas, nadie entre sus amigos hubiera soñado en vaticinarles tan trágico fin, ni en suponerlos capaces de tan criminal extravío. Pero el hecho es cierto por desgracia, y convida á que hagamos sobre él algunas reflexiones.

No deben considerarse individualmente sucesos de esta índole. Cuando con tanta frecuencia se repiten, más que la existencia de un vicio particular revelan profundo malestar social. El estallido del rewólver del suicida es un ¡ay! desgarrador que lanza la sociedad entera en la persona de uno de sus miembros; por esto, sin dejar de reconocer en el que así dispone de una vida que no es suya, una terrible responsabilidad moral, hay que reconocer también en la sociedad como ser colectivo otra responsabilidad no menos aterradora. El individuo dará cuenta ante la Justicia divina de la maldad de su atentado. Soldado colocado por Dios en el puesto designado por su adorable providencia, abandona sin permiso de su jefe el puesto de honor; lo abandona con cobardía porque es puesto de combate, y su deber es sostenerlo; lo

abandona con traición y elevosía, porque roba á sus hermanos una vida, unos servicios, un buen ejemplo, de que todos los hombres son deudores á sus semejantes. Por esto el suicida atenta contra Dios, contra sí propio y contra la sociedad. Pero la sociedad, es decir, ese conjunto de personas, de cosas y de instituciones que de un modo tan eficaz influyen, sin forzarlo, en la dirección de nuestro libre albedrío; esa sociedad cuyas máximas son tan á menudo opuestas á la ley de Dios y á la noción del deber; esa sociedad cómplice de toda corrupción, atizadora de toda llama perniciosa, indulgente con todo desenfreno, sólo hostil y prevenida contra las influencias sanas; esa sociedad que aplaude el can-can y ridiculiza la castidad religiosa, que escarnece en la escena la pureza del hogar doméstico y profana en la ley la santidad del lazo conyugal; esa sociedad que panegiriza constantemente la idea embrutecedora de «trabajar sólo para ganar, y ganar sólo para gozar,» sin otro ideal eterno, sin otra esperanza de vida superior, sin más allá después de la tumba; esa sociedad que ha llamado al dinero el único dios del siglo, y á la ciencia económica su única teología, y á la bolsa de negocios su único templo y altar; esa sociedad que enseña todo eso como verdadera filosofía con el nombre de positivismo, y lo practica como única religión, y lo predica y lo propaga y lo traduce en leyes é instituciones por medio de sus periodistas, de sus gobiernos, de sus ejércitos, de su diplomacia... ¡ah! para esa sociedad ¿no ha de haber también una responsabilidad inmensa, espantosísima? Pues qué, ¿acaso no satura de materialismo y de ateísmo sus leyes y su educación? ¿acaso no abona toda liviandad y todo escándalo en sus espectáculos? ¿acaso no tiene comprimidas con pie de hierro todas las expansiones del bien? Estableced una casa de prostitución con escándalo de todo un pueblo; nadie se meterá con vosotros. Fundad al lado una casa religiosa; aquí empiezan los recelos, las desconfianzas, las prevenciones ridículas, las trabas odiosas, la persecución descarada. ¡Pobre sociedad que no tiene ya escrúpulos más que para el bien, ni condescendencias más que para el mal! Y entre tanto va formándose en torno de nosotros una atmósfera de corrupción cada día más densa; el materialismo, verdadera

asfixia de las almas, tapa ya la respiración; ¡aire, aire, por Dios! aire puro, corrientes cristianas, ventilación católica, saneamiento moral, sino ¿qué constitución por vigorosa que sea podrá resistir la influencia continua de tan envenenados miasmas? Gobernantes, legisladores, padres de familia, cerrad, cerrad á toda prisa los respiraderos del mal, que harto los conocéis; de allí suben los pestíferos vapores que ahogan las almas, lisonjeando con dulce sopor los cuerpos. Abrid, abrid á toda prisa las corrientes del bien; también las conocéis; dadnos periodismo católico, enseñanza oficial católica, culto católico, corporaciones católicas, leyes católicas, en una palabra, atmósfera católica, que ése es el único aire respirable para las almas, y el único desinfectante de los corazones corrompidos. Por falta de eso agoniza nuestra sociedad, y desfallecen sus hijos, y decae la virilidad en los caracteres, y corren al puñal ó á la pistola los desconsolados, á quienes su ceguedad, ó su cobardía, ó su falta de vigor moral no sugiere más elevados pensamientos.

¿Qué nos falta? ¿Diversiones? No, las tenemos más abundantes que el pan, y más baratas que él y más apetitosas. ¿Dinero? No escasea; nunca el pobre conoció tan de cerca el oro, nunca sufrió tan dolorosamente los desengaños de este vil metal. ¿Cultura? Nuestro siglo la tiene tan refinada como el que más. ¿Inventos? Cada día nos sorprende con alguno nuevo el genio del hombre. ¿Progreso? Llevamos en millones de leguas la delantera á nuestros abuelos. ¿Industria? Alcanzamos premios en todas las Exposiciones. ¿Libertad? La hay hasta para declarar guerra á Dios. ¿Qué nos falta, pues? ¿Qué es esa hambre universal que no pudiendo verse saciada hace que el hombre, como el triste Ugolino, á sí propio se devore? ¿Qué es ese malestar en medio de todos los goces? ¿Qué es ese quejido continuo en medio del armonioso concierto de nuestra civilización? Entendedlo de una vez, hombres pensadores. Es el grito de un pueblo que parece tenerlo todo, pero que nada tiene, porque no tiene fe, y no teniendo fe no tiene hartura en sus goces, ni consuelo en sus adversidades. La destemplanza en el gozar engendra la cobardía en el sufrir. He aquí el suicidio. He aquí el cáncer de nuestras entrañas.

Julio, 1874.

LIX.

RECUERDO OPORTUNO.

L orden moral ofrece de vez en cuando, como la naturaleza física, sus fenómenos extraordinarios, tanto más notables, cuanta es mayor su dignidad y la influencia que ejercen en la marcha general de los sucesos humanos. El Catolicismo es fecundo en prodigios semejantes; lo raro, lo sobrenatural y lo maravilloso ha venido á hacerse en él común y cotidiano, hasta el punto de que se vea, no sólo sin sorpresa, sino aun con indiferencia, lo que de otra suerte fuera objeto del pasmo y admiración de todos los siglos.

El Santo que celebramos mañana, Vicente de Paúl, es una prueba evidentísima de la verdad de estas reflexiones. ¿Quién no conoce á ese tipo de la caridad cristiana en los siglos modernos? ¿Quién no ha fijado alguna vez los ojos con interés y simpatía en la imagen de aquel buen anciano sacerdote, de rostro tranquilo y afable, rodeado de huérfanos y desvalidos, y acaudillando ejércitos de paz y de caridad en quienes vive aún su nombre y su benéfico espíritu? Sin duda le destinó Dios con singular providencia para que fuese en los tiempos modernos el apóstol de la caridad verdadera contra el egoísmo y dureza de unos y contra la filantropía atea de otros. Púsole Dios para que se viese en él de qué modo el amor á Dios es el único que puede vivificar y hacer verdadero el amor al prójimo. Porque la beneficencia sin la fe y sin

el amor de Dios ¿qué es en suma sino la mera satisfacción de un sentimiento puramente natural y humano, impotente para producir nada grande, nada heroico, nada que exija de nuestra vanidad ó de nuestro bienestar el más leve sacrificio? La caridad que necesita para estimularse del atractivo de la publicidad, de los plácemes de los periódicos, de las recompensas oficiales; la caridad que para el alivio del menesteroso se ve forzada á recurrir al expediente de un baile ó de una función teatral, es decir, que socorre al pobre, no con las privaciones y el sacrificio del rico, sino con sus diversiones y su disipación; la caridad que socorre al infeliz porque le importunan sus gemidos ó le molesta su repugnante aspecto; la caridad que anatematiza la limosna individual y preconiza y ensalza la limosna del Estado, que á su vez la exige como una odiosa contribución; todas esas especies de caridad no son sino profanaciones sacrílegas de esta santa palabra, mezquina parodia de los preceptos de Jesucristo Nuestro Señor, mal ideada y ridículamente representada por los sectarios de la irreligión. No es, en una palabra, la caridad de San Vicente de Paúl. Y por lo mismo son tan distintos sus resultados. La verdadera caridad vivificada por la fe y el amor de Dios mejora y ennoblece al que la recibe y al que la ejercita; la verdadera caridad no retrocede ante ningún sacrificio, ni deja que quede enfermedad alguna sin remedio ó sin consuelo. La verdadera caridad ha cubierto la Europa de hospitales, hospicios, asilos y otros mil establecimientos; ha organizado legiones de angélicas criaturas, á quienes ni la debilidad del sexo ni el estruendo del campo de batalla intimidan; ha derramado por toda la tierra consuelos y virtudes, y ha poblado el cielo y los altares de Santos. La verdadera caridad sólo por amor de Dios ha planteado instituciones para recoger á los recién nacidos, instruir á los niños, educar á los adultos, salvar á las mujeres perdidas, curar á los enfermos, asistir á los agonizantes, enterrar á los muertos, y extendiendo su acción aun más allá de este mundo, socorrer con sufragios á sus almas. Y para todo esto tiene obreros incansables, desinteresados, sin recompensa acá en la tierra. La caridad verdadera ha volado á las cárceles, á los presidios, á las casas de per-

dición, al patíbulo con el reo, y á las minas con los infelices deportados.

¿Qué ha hecho la falsa caridad, la que se llama caridad libre, la caridad sin Dios? Pomposos discursos, tan estériles como pomposos, cuajados de huecas frases de humanidad y sentimentalismo, y nada más. Hemos dicho mal. Algo ha hecho. En algunos puntos ha proscrito en nombre de la política á las Hermanas de la Caridad, en otras ha echado mano á las Casas de beneficencia, y en nombre de la ciencia económica (sin duda para favorecer á los pobres) ha confiscado sus rentas. A tambor batiente ha distribuído limosnas en sus grandes solemnidades, haciendo que los que fuesen á recibirlas debiesen antes avergonzarse en público de su indigencia. He ahí las obras de la falsa caridad y de sus elocuentes apóstoles. Hora es ya de concluir este artículo con aquellas palabras que dijo Jesucristo de los falsos profetas: «Por sus frutos los conoceréis.»

Julio, 1874.

LX.

LO DE ACÁ Y LO DE ALLÁ.



o de acá es, lectores míos, la tierra en que gemimos; lo de allá es el cielo que esperamos.

Lo de acá es lucha, tribulación, odio entre hermanos, blasfemia soez, guerra insensata á Dios, en una palabra, valle de lágrimas; lo de allá es orden, paz, hartura del alma, amorosa complacencia en el regazo de un Padre; en fin, paraíso.

Alla vamos y desde allá nos llama María, María nuestra Madre, á quien celebramos con el expresivo dictado de *assumpta,* es decir, *trasladada,* transportada de lo ruin y miserable de acá abajo á lo glorioso y sublime de allá arriba.

¡Ciegos de nosotros! ¿Quién nos prohibe alzar de vez en cuando nuestros ojos á este cielo espléndido con el azul del mediodía, ó centelleante con los infinitos luceros de la noche? ¿quién nos prohibe alzar de vez en cuando los ojos, y ensanchando el pecho repetir una, cien veces aquella sublime expresión de un alma cristiana: «¡Magnífico cielo! ¡Y se ha hecho para mí!»

¡Qué cautivo infeliz no se consuela asomándose mil veces al día á la enrejada ventana de su calabozo, para respirar el aire puro de la campiña y espaciar su vista en el poco ó mucho horizonte que desde allá se divisa, y regalar su oído con el gorjeo de las aves, ó la tonada del pastor, ó el susurro de la arboleda, si el viento compasivo se digna traer hasta él

alguna de estas notas perdidas del universal concierto de la naturaleza?

¡Y nosotros, pobres cautivos, sumidos en tenebrosa prisión, rodeados de llanto, lobreguez y enojosos cuidados, á quienes, no obstante, permite Dios, para nuestro consuelo, respirar al través de los hierros de nuestra cárcel algo de los purísimos ambientes de la libertad, y divisar allá en lontananza algo de sus dilatados horizontes, y percibir entre el confuso rumor de nuestros lloros algo de sus celestiales armonías, mostramos empeño tenaz en mantener cerrados nuestra vista, nuestro oído y nuestro corazón á lo que no sea el cieno é inmundicias de nuestro destierro!

Y cuando la Religión, nuestra eterna amiga, nos está gritando constantemente á nuestro lado: «¡Hijo del cielo desterrado en el mundo, aspira allá arriba! ¡mira allá arriba! ¡escucha allá arriba!» pegamos con insensata terquedad ojos, oídos y corazón á la cadena vil que nos sujeta, al frío muro que nos aprisiona, al asqueroso polvo que nos embrutece!

¡Y nos quejamos luego desalentados, y sentimos el torcedor de la desesperación, y blasfemamos quizá hasta contra Dios, y preguntamos con brutal insolencia: ¿Dónde está ese Dios que no me escucha? ¡sin reparar que el amargor y ansia de nuestras almas es fruto necesario de nuestra apostasía de Dios y del olvido de sus eternas promesas!

Acá abajo hemos de vivir, pues acá abajo hemos sido colocados por mano superior, y en consecuencia, de lo de acá abajo no podemos desprendernos á nuestro antojo; pero decidme, ¿quién nos impide templar los dolores de acá abajo con los pensamientos de allá arriba? Pues ¿para qué se le ha dado al triste prisionero la claraboya de su cárcel, sino para que, siquiera algunos momentos cada día, baje á sonreírle y alegrarle un rayo de luz? ¿Y no llamaríamos loco á quien se obstinase en cerrar sus ojos á tan agradable visita?

Así se vive en el mundo, así vivimos quizá nosotros por nuestra desdicha: sin pensar que en cárcel vivimos; que nuestro trabajo, nuestros adelantos industriales, nuestro movimiento comercial son al fin los entretenimientos ó la tarea forzada de un preso que gana con ellos un mendrugo de pan;

que nuestro orgulloso saber y nuestras ponderadas luces son la mirada estrecha y reducida que paseamos por el angosto recinto que nos cerca; que nuestra poesía, nuestras artes, son el canto melancólico con que intenta distraer en vano sus pesares el encarcelado. ¿Por qué, pues, nos preocupa en tanto grado ese negocio, esa ciencia, ese arte, que aunque un momento nos entretengan ó diviertan, no alcanzan á llenar el hondo vacío de nuestra alma? ¡Pobre alma, condenada á contentarse con las miserias de esta cárcel, cuando no pueden llenarla otros consuelos que los de la libertad celestial para que nació!

¡Sé, María, el imán poderoso que atraiga allá arriba nuestros corazones harto encenegados en la miseria de lo de acá abajo!

¡A Ti suspiramos,
Contigo anhelamos
Al cielo volar!

Agosto, 1874.

LXI.

¡ALERTA, PADRES Y MAESTROS!

E varios de nuestros subscriptores hemos recibido apremiantes encargos, suplicándonos llamásemos la atención de los padres de familia y maestros de primera educación sobre la propaganda inmoral que se está haciendo entre los niños y niñas en muchas localidades. No es ya sólo con folletos y libritos protestantes, espiritistas ó revolucionarios que se pretende mancillar la pureza de sus creencias, sino que, sabiendo que la corrupción del corazón es el primer paso para la perversión de la inteligencia, se les dan estampas y grabados brutalmente obscenos á fin de despertar en ellos el incendio de precoces pasiones que los dispongan luego á ser víctimas de las seducciones de la impiedad. Ciertas cajitas de fósforos, y no pocos de los llamados romances, son los medios principales de que se vale la Revolución para esta obra nefanda. Pero recientemente se han inventado unos dibujos que aparecen al trasluz en hojitas de papel al parecer blanco; dibujos que se hacen llegar arteramente á manos de las inocentes criaturas de ambos sexos, y que por lo ingenioso de la invención pican extraordinariamente su curiosidad. Estos dibujos transparentes, á pesar de que sólo al trasluz pueden verse, son no obstante de una viveza tal, y ofrecen cuadros de tan repugnante obscenidad, que el infeliz niño ó muchacha que en ellos apacienta sus ojos es víc-

tima sin remedio de la asechanza del infierno, si una mano previsora no arranca de las suyas aquel enemigo de su candor. ¡Padres y madres! ¡Maestros y maestras! Gran responsabilidad es la vuestra en estas críticas circunstancias. Todo parece conjurado contra vuestra misión moralizadora, mas por lo mismo deben ser más incansables vuestros desvelos. Vigilad sin cesar las acciones de vuestros encomendados, hojead sus libros, registrad su papelera, haceos cargo al por menor de cada uno de sus juguetes, atisbad sus conversaciones, observad sus compañías. Pero muy particularmente infundidles sentimientos de piedad y de temor de Dios, aun antes que os hayan llamado la atención los extravíos de vuestros tiernos niños. No aguardéis á que hayan tomado el veneno para darles el contraveneno. Que éste lo posean ya en su corazón, y que se haya mezclado ya con sus más íntimas afecciones, á fin de que cuando allá se presente el enemigo, encuentre ya prevenida la plaza. ¡Ay de ellos y ay de vosotros si la encuentra descuidada! Apartad vuestros niños y niñas de las tiendas y puestos públicos en que se exponen tales inmundicias. Ya que no vela sobre este punto quien velar debiera, ármese de por sí cada ciudadano contra este lazo de corrupción tendido á la paz de su alma y á la inocencia de su familia. Los padres honrados debieran dejar desierta completamente la tienda del infeliz comerciante que por una vil ganancia se convierte en expendedor de venenos para las almas. La opinión pública debiera señalarle con el dedo como á los asesinos, y su casa debiera ser mirada con el asco con que se miran las casas de prostitución. Establézcase una eficaz propaganda para que nadie compre por valor de un céntimo en aquella casa, en cuyo aparador haya aparecido una fotografía ó una escultura infames. Así aprenderán los públicos envenenadores, siquiera por egoismo, á no hacer artículo de comercio la inmoralidad, ya que no se lo impide el grito de su propia conciencia, ya que no se lo prohibe la ley tan condescendiente, en estos tiempos, con todo abuso.

Muévenos á estas quejas el espectáculo que de algunos años acá estamos presenciando. No se nos oculta que ciertos hombres despreocupados nos tildarán de mogigatos y aprensivos en demasía. Esta observación nos tiene sin el menor

cuidado. A tales tiempos hemos llegado que ¡ay del que no merezca estos apodos! ¡Desdichada familia la que tiene montado el sistema de educación de los suyos sobre la base de la despreocupación! No les envidiaremos ni á sus hijos la honradez, ni á sus hijas el pudor, ni á sus padres la felicidad doméstica. ¡Alerta, pues, padres y madres! ¡Alerta, maestros!

Septiembre, 1874.

LXII.

CUADRO MÁS CONSOLADOR.


A que de Inglaterra nos hemos ocupado en alguno de nuestros números, extendiéndonos en algunas reflexiones sobre el profundo malestar social que descubre en aquel riquísimo país protestante la horrible estadística de ciento diecisiete pobres muertos de hambre en solo Londres, y en solo un año; demos hoy una vuelta á la hoja, y parémonos á considerar datos más consoladores relativos al estado del Catolicismo en aquel país, foco hasta ahora de la herejía. Pues hemos visto las miserias del Protestantismo inglés, veamos, siquiera por un momento, las grandezas de la Inglaterra católica.

¡Inglaterra católica! ¿A quién no sorprende la unión de estas dos palabras? ¿Es simple esperanza ó verdadera realidad? Realidad es, lectores míos, y el corazón se ensancha viendo los progresos de la fe en aquel noble suelo. Hoy puede decirse ya, que en medio de la vieja Inglaterra protestante vive, crece y medra con brillante esplendor la Inglaterra católica, la nueva Inglaterra. Lo que cien años atrás hubiera parecido aun absurdo á los ojos de todo inglés, es hoy una verdad que le tiene pasmado, y de la cual no acaban de darse cuenta los periódicos más furiosos de la herejía. Sí, es verdad, hay ya una Inglaterra católica. En el siglo de las grandes apostasías nacionales hay una gran nación que

vuelve de su antigua apostasía al gremio de la verdadera fe. ¡Compensaciones de Dios!

Aun no hace un mes acaban de entrar allí en agitación todos los ánimos con motivo de la conversión pública de lord Ripón, joven, pues no pasa de cuarenta y siete años; opulentísimo, pues es millonario; de posición oficial distinguida, pues es Consejero de la reina Victoria; francmasón, por añadidura, y gran maestre ó jefe principal de la Francmasonería inglesa. Siguiendo la huella de tantos y tantos varones clarísimos que en los últimos cincuenta años han abandonado el Protestantismo para afiliarse á la bandera católica, lord Ripón estudia durante algunos meses la cuestión religiosa entre católicos y protestantes; llaman de un modo particular su atención los anatemas que el Papa ha fulminado contra las sectas secretas; y movido por la gracia de Dios, levántase resuelto una mañana, vase á la iglesia de los Padres de San Felipe Neri, y pide ser bautizado. Obtiene el Sacramento de la regeneración, y manda á las Logias masónicas la renuncia del cargo que desempeñaba en ellas, y se declara en todo hijo sumiso del Papa. El Protestantismo ruge de cólera al sentir la dolorosa herida que se le hace con esta conversión famosa, pero se ve obligado á respetar la persona y conducta del noble Lord, y desde entonces la cuestión de si Inglaterra será ó no enteramente católica algún día vuelve á discutirse seriamente entre todas las personas medianamente pensadoras é ilustradas.

En efecto, si los progresos de la fe deben medirse en lo porvenir por lo que han venido siendo en lo que va de siglo, la causa católica habrá triunfado en Inglaterra dentro plazos relativamente no muy lejanos. Pocos años atrás era en Inglaterra un crimen el ser católico; la ley excluía de todo empleo público y tenía sumido en degradante situación á todo aquel que se profesase discípulo de la fe verdadera. La fuerza de la opinión, allí tan respetada, obligó ya en 1829 al Gobierno protestante á otorgar igualdad de derechos á los católicos y á sus enemigos; pocos años después, en 1850, Pío IX instituía allí la jerarquía eclesiastica, es decir, arzobispos y obispos católicos, que no se habían visto en aquel país tres siglos había. Hoy, ¡cuánto ha adelantado allí la

causa de Dios! Véanse los siguientes datos estadísticos. Un siglo atrás contábanse en Inglaterra solos sesenta mil católicos, y éstos obscuros y despreciados; hoy pasan de tres millones trescientos ochenta mil, divididos en veinte diócesis con mil cuatrocientas cincuenta y tres iglesias servidas por mil ochocientos noventa y tres sacerdotes, con más, ochenta y seis monasterios de hombres y doscientos sesenta y ocho de mujeres. Y no se crea que el progreso católico respete las regiones oficiales, en donde como culto oficial estaba más encastillado el Protestantismo. Dios ha permitido que el papismo le entrase á la cismática Inglaterra hasta el fondo del corazón. Así es que en la Cámara de los Lores, ó Senado, hay treinta y tres individuos católicos; en la Cámara de los Comunes, ó Congreso, treinta y siete, y en el reducido número de señores que forman el Consejo privado de la Reina son ya seis los que pertenecen á nuestra Religión. Hasta en la Real familia se supone que reinan aficiones católicas mal encubiertas por el ceremonial de la etiqueta palaciega.

¡Y qué católicos, válganos el cielo! No como muchos de los que aquí se estilan, católicos sólo por tener su nombre inscrito en el registro parroquial, y nada más. No, el católico allí es celoso, propagandista, independiente, amantísimo del Papa-Rey, espléndido y generoso en el sostén del culto, conocedor de su fe, y pronto á salir siempre á la defensa de ella. La legalidad de su patria les ofrece mil medios para contribuir á la propagación y sostén de la verdad, y los aprovechan eficacísimamente. Sus periódicos están día y noche sobre la brecha. Hace poco los hemos visto reunidos en público *meeting*, ó manifestación al aire libre, para protestar contra la persecución prusiana. Sus peregrinaciones á Roma, á Lourdes y al Sagrado Corazón, han dejado hermosísima fama por lo devotas y edificantes. La Inglaterra católica, en una palabra, da pruebas de lozanía y virilidad que contrastan dolorosamente con el indiferentismo de otras naciones, que hasta ahora han hecho pomposo alarde de aquel título.

Unicamente queremos que se fijen nuestros lectores en un dato para apreciar en toda su fuerza esta última observación. En menos de un siglo la protestante Inglaterra ha visto alzarse en su suelo ochenta y seis monasterios católicos de

hombres, y doscientos sesenta y ocho de mujeres. La católica España en menos de medio siglo los ha visto desaparecer casi todos. De modo, que el fraile y la monja viven allí bajo un Gobierno hereje, como no han podido vivir aquí años ha bajo Gobiernos que se han llamado católicos. Hablar de un solo convento de frailes aquí, en la España libre, regenerada y tolerante del presente siglo, es cosa de poner espiritados y ciegos de hidrofobia á nuestros hombres públicos. Allí, en la patria de Isabel, Enrique VIII y Oliverio Cromwell, el Gobierno inglés, hereje y cismático, ve alzarse en sus provincias ya más de ochenta monasterios; y ¡extraño país! ¡no les ocurre á sus estadistas decretar una mala incautación, ni siquiera un incendio y degüello generales, como los nuestros del 35! ¡Si andarán atrasados allá los ingleses!

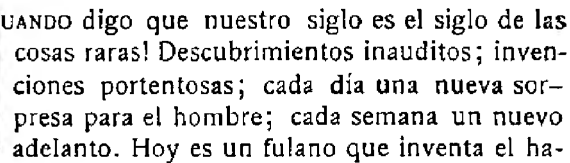
Indudablemente reserva Dios grandes consuelos á la Iglesia en medio de sus presentes amarguras. Mientras el fervor católico inoculado de nuevo en la raza anglo-sajona puede hacerla ocupar otra vez en el Catolicismo el alto lugar de que cayó con la apostasía del siglo XVI, nosotros, los hijos de las razas latinas, tan favorecidas por el cielo, y tan ingratas á sus favores, veremos quizás apagada en nuestras hermosas naciones la luz de la fe por el soplo destructor de ese racionalismo descarado que amenaza devorarnos, ó por las asechanzas de esotro racionalismo solapado y encubierto que tan pronto figura al lado de los enemigos de la verdad como aparenta contarse entre sus más leales defensores.

¡Pero, no!... que todavía no se ha agotado aquí la levadura de los buenos sin mezcla ni avería! El ejemplo de la Inglaterra católica resucitando hoy joven y vigorosa de sus ruínas de trescientos años debe alentarnos á nosotros, que todavía ¡gracias á Dios! estamos muy lejos de creernos pueblo muerto para la fe... ¡ca! ¡ni siquiera moribundo! Al tiempo por testigo.

Octubre, 1874.

LXIII.

¡GUARDAOS DE ÉL!



CUANDO digo que nuestro siglo es el siglo de las cosas raras! Descubrimientos inauditos; invenciones portentosas; cada día una nueva sorpresa para el hombre; cada semana un nuevo adelanto. Hoy es un fulano que inventa el hablar por medio de alambres, entendiéndose la palabra á millones de leguas, sin que se la oiga á dos pasos ni á dos dedos de distancia. Otro día es otro que surca mares y hiende montañas con sólo meter en no sé qué conductos un poco de agua calentada y comprimida. Mañana será no sabemos quién, que nos llevará en volandas por esos aires por medio de globos bien dirigidos, sin que sirvan ya para maldita la cosa caminos ni canales, vapores de mar ni locomotoras de tierra, que todo eso será aquel día rancio, obscurantista y atrasado. ¡Realmente somos felices los que hemos alcanzado en el vasto teatro del mundo la presente temporada trágica ó cómica ó lo que sea!

Mi admiración, sin embargo, no me la roban tanto los adelantos mecánicos ó físico-químicos, que bendigo y aplaudo, sino los que contemplamos modernamente en materias de Religión. Aquí se ven rarezas y fenómenos todos los días. Aquí lo inaudito y estupendo es tan frecuente que ya no nos llama la atención. Figúrese el lector que en este punto se ha llegado á encontrar, como si dijéramos, la cuadratura

del círculo, esto es, ser y no ser lo mismo á un mismo tiempo. ¿Cómo? exclamarán á una mis amigos. ¡Absurdo! me apostrofarán á voz en grito mis adversarios. Calma, señores, calma por Dios, y ahí va en son de prueba un ejemplo que no tiene vuelta de hoja.

Don Fulano es católico, ¿no es verdad? Sí, señor; así lo dice él, y se enojaría con quien le negase este dictado. Pues, véase lo que son las cosas. Con todo y ser católico no está muy bien con el Papa, porque dice que es ultramontano, palabra que él nunca supo lo que quiere decir; ni con el Concilio, porque el Concilio no anduvo conforme con las ideas del siglo al definir lo de la infalibilidad; ni con el clero, porque es fanático que no hay por dónde cogerle; ni con los periódicos católicos, porque huelen á jesuitismo hasta apestar; ni con las Sociedades católicas, porque dice que de Religión no debe tratarse más que en la iglesia y no en Academias, Casinos ó Ateneos, y él es muy celoso del decoro de ella; por esto prefiere que tales Academias, Casinos ó Ateneos sean librecultistas ó por lo menos indiferentes. Es católico, pero casi nunca andan acordes él y el Catolicismo, y casi siempre ¡rara casualidad! son de idéntico parecer él y sus enemigos. Que los frailes por eso, que las monjas por lo otro, que los jesuítas por lo de más allá, que el Papa porque anda preocupado, que los Obispos y el clero por carecer de suficiente ilustración, que los periódicos católicos por ser aficionados á determinadas ideas políticas; ello es cierto que nadie dentro del Catolicismo le merece confianza. De todos reniega, á todos censura, en todo ve exageraciones. ¡Lástima que el Espíritu Santo no delegase en él sus funciones de inspirador y maestro constante de su Santa Iglesia! ¡Lástima que el Concilio Vaticano no definiese en favor de su ilustrado criterio de infalibilidad! La Iglesia católica, libre entonces de añejas preocupaciones, entraría de lleno en el concierto de la moderna civilización, armonizando con las aspiraciones generosas del siglo, y elevándose á no sé qué ideal progresivo á que dicen por ahí se dirige la humanidad. Esto es lenguaje de mi D. Fulano, y éste usa á todas horas en el café, en la tertulia, en el periódico, porque mi D. Fulano tiene otra manía: lamenta que la Religión ande por ahí de-

fendida y como manoseada (así dice él) por manos profanas, aludiendo á los esclarecidos seglares que hoy como en todos los siglos escriben en defensa de ella. Pero él rabia y muérese por hablar á todas horas de Religión, y sobre ella mete en polémica á todo el mundo. Es decir, que mi D. Fulano no concede á ningún seglar el derecho de defender el Catolicismo; en cambio concede á todos el de atacarlo. ¡Cosas de D. Fulano! Y no obstante D. Fulano es católico, ¡vaya! y de veras; sólo que la Iglesia católica la quisiera él arreglada á su gusto particular, sin reparar que la Iglesia no fuera entonces la Iglesia de Jesucristo, sino ¡válgame Dios! la Iglesia del ilustrado D. Fulano!

¿A qué proseguir su retrato cuando cada uno de mis lectores tiene de sobra datos para continuarlo á su placer sin separarse de la más rigurosa exactitud? A D. Fulano le conoce todo el mundo, y con ser una de las rarezas del presente siglo abundan de ella los ejemplares. Don Fulano es á veces periodista; ¿quién no conoce periódicos como el de D. Fulano? Todo se encuentra allí á gusto del consumidor; es puerto franco donde se entra con toda bandera. La función de iglesia al lado del epigrama volteriano, la apología de un prelado católico frente al elogio del librepensador, el anuncio de las Cuarenta Horas y un poco más abajo el anuncio de un *gracioso can can* (histórico). Otras veces lo hemos dicho. Sonrisas afectuosas para la Iglesia, sonrisas complacientes para sus enemigos. ¿Es ó no es verdad?

Don Fulano es todo caridad. Dice que debe fraternizarse con los enemigos para atraerlos á la fe, y á ésta procurar conciliarla ¡pobrecilla! con el progreso del siglo. ¡Feliz invención si hubiera ocurrido dieciocho siglos atrás! Mucha sangre hubiera ahorrado y muchas lágrimas tan cómodo procedimiento. A tenor de él Cristo hubiera tenido su altar en los templos paganos al frente de Júpiter ó de Baco, pues no es creíble que el imperio que tantos dioses extranjeros admitiera en su culto, se hubiese hecho de rogar por un dios más ó menos. Pero, ¡ya se ve! Eran tan intolerantes aquellos primeros católicos, que no sólo predicaban el culto del verdadero Dios, sino la exclusión y la destrucción de los falsos altares. De suerte que padecieron y murieron, no pre-

cisamente por adorar al Dios único, sino por sostener que no debían ser adorados los demás. Don Fulano hubiera terciado amigablemente en aquella sublime contienda de trescientos años, condenando en su justo medio el *exclusivismo* de los unos y el *despotismo* de los otros, resolviéndolo todo tan sencillamente con el criterio de la libertad, de la tolerancia y del respeto á todas las opiniones. La Iglesia no habría sufrido de esta suerte una sola persecución siquiera.

¿Quién es D. Fulano? Don Fulano, amigos míos, no tiene nombre bautismal, ni vive en parte alguna, ni come, ni bebe, ni duerme como los demás hijos de Adán. Don Fulano no es un hombre, es un sistema. Es la personificación de lo que se ha dado en llamar espíritu del siglo, de esa manía conciliadora que tantos estragos está causando en Europa, de ese funesto sistema de condescendencias y transacciones que el Papa ha tantas veces anatematizado, y del que á tantos católicos les cuesta desprenderse más de lo que les costaría quizás desprenderse de la verdadera fe.

Don Fulano es el peor enemigo de la Religión, como es la peor enfermedad la que enflaquece y mata halagando y adormeciendo suavemente sin que aparezca desorden en el organismo, y por lo mismo sin alarmar al enfermo. Don Fulano es la verdadera herejía de la época, cuya flojedad y muelle escepticismo no le permiten por regla general sostener resuelta y desembozadamente un error, pues para esto se necesita cierto nervio; sino que prefiere más bien, como dice la Sagrada Letra, *disminuir* la verdad, achicarla á su gusto hasta tenerla amoldada á su conveniencia y á su mezquino apocamiento. El ideal de D. Fulano es hallar una verdad tan flexible que no tenga por enemigo á ningún error; que de consiguiente ni acarree disgustos el profesarla, ni cueste batallas el defenderla; verdad á quien todas las mentiras puedan mirar como hermana y ella á su vez como hermanas á ellas. Don Fulano olvida que entre la verdad y el error no hay conciliación posible; hay sí, seis mil años ha, un duelo pendiente, duelo á muerte que no terminará sino cuando el Supremo Juez separe eternamente los dos campos; duelo en que la verdad nunca ha dejado de ser víctima sino cuando ha sido reina, y el error nunca ha dejado de ser verdugo

sino cuando ella lo tuvo vencido y amordazado. Don Fulano cree buenamente ser católico, y no lo es; podría, haciéndole favor, llamársele librepensador de buena fe, si hay buena fe posible en asunto sobre el cual la voz de la Iglesia y las lecciones de la experiencia han hecho ya tanta luz.

Guardaos, amigos míos, de D. Fulano. Es el peligro gravísimo de la generación actual; es, como he dicho, la herejía de la época.

Noviembre, 1874.

LXIV.

LOS TRES LATIDOS DEL BUEN ESPAÑOL.

Sí, gracias á Dios, dígase lo que se quiera, España sigue siendo la nación de María Inmaculada.

Cuando aterrados por el cúmulo de males de todo género que la Justicia divina ha permitido se derramasen sobre nosotros, entre el procaz concierto de blasfemias con que á nuestro rededor se desafía al cielo, entre el odio enconado de unos y la cobarde indiferencia y las culpables condescendencias de otros, entre el polvo de nuestros templos demolidos y el sollozo de las vírgenes del Señor, arrojadas de sus inocentes asilos, hemos visto cada uno de estos últimos años acercarse la fiesta dulcísima que vamos á celebrar; entre dudosos y confiados una pregunta nos hemos dirigido á nosotros mismos: ¿Sigue todavía siendo fiesta nacional y popular en España la de la Inmaculada Concepción?

En esta situación de ánimo hallábame yo, amigos míos, la mañana del 8 de Diciembre de 1868. Acababa de estallar dos meses antes la Revolución, y era aquélla la fecha de nuestras más crueles amarguras. Palpitante de emoción y fija la vista en la gigantesca fortaleza que señorea la capital del Principado, aguardaba con ansiedad la salida del sol para ver si todavía por boca de aquellos cañones saludaría España á su antigua Patrona. Brilló de repente en medio de

la niebla matinal el fogonazo, y un instante después retumbó en los aires el estampido de gala. ¡Gracias á Dios! ¡gloria á María! ¡bien por España! exclamé trémulo de emoción y húmedos los ojos mientras con repetidos disparos seguía publicando la batería de salvas el antiguo acto de fe nacional. ¡Todavía somos españoles, ¡gran Dios! en medio de nuestras inmensas desventuras, todavía aquí son hermanas gemelas la Iglesia y la patria, todavía nos tiene bajo su manto protector María Inmaculada!

Porque, escuchad, amigos míos, mi razonamiento, y puede que acaben por darme la razón aun aquellos que no hayan convenido del todo con las precedentes reflexiones.

Decíame yo: El Gobierno que con el nombre de *Provisional* tiene hoy en sus manos las riendas del Estado es quien ha ordenado á los jefes de plaza que siguiesen festejando á la Patrona de España con los tradicionales saludos. Ahora bien. Quien ha dado esa orden, una de dos, ó cree ó no cree en la Concepción Inmaculada de María. Si cree, y movido por esta creencia y por el amor á su Madre ha mandado que la festejase públicamente nuestra artillería, ¡ah! gran dicha es la nuestra, á raíz de una Revolución tan radical, derrumbado el trono, vacilantes á todas horas los fundamentos sociales, tener todavía un Gobierno que en medio de sus extravíos no se avergüenza de la fe de su patria y del culto nacional de su Patrona. Si no cree, y sólo le ha movido á seguir la vieja costumbre el temor de no disgustar al pueblo, ¡oh! gran dicha es también la nuestra tener un pueblo á cuya fe se ve obligado á guardar un Gobierno revolucionario tales consideraciones. En menos palabras, concluía yo, la salva nacional ó es un homenaje espontáneo y leal que se paga á Dios y á su Madre, ó es un tributo forzoso rendido únicamente á las creencias (vulgo preocupaciones) del pueblo español: si se da espontáneamente, entonces ¡bien haya esta espontaneidad! si se da por la fuerza de la opinión pública que lo exige, entonces ¡bien haya esta fuerza de la opinión! De todos modos la consecuencia es siempre la misma: ¡España, oficial ó extraoficialmente, sigue siendo la nación de María Inmaculada!

¿Quién osará ponerle tacha á ese argumento tan sencillo

y tan natural? Con él se ha consolado mil veces mi pobre corazón desde aquella fecha, y cada año al romper el dia 8 de Diciembre, á pesar de la vergüenza de nuestro estado presente, he tenido orgullo de ser español.

Y luego ¿quién no se alienta contemplando el espectáculo que ofrece el pueblo fiel en esta festividad? El amor á María Inmaculada ha crecido visiblemente en estos últimos años, sin que nadie, ni nuestros mismos enemigos, puedan desconocerlo. La prensa periódica le dedica sentidos artículos y entusiastas poesías; las Sociedades católicas públicos certámenes y espléndidas sesiones de gala; en varias ciudades se ha introducido la costumbre de celebrar su santa vigilia con iluminación de calles y plazas; apenas hay población crecida, ó corta, donde no se celebre triduo ó novena de preparación; y en todas el concurso á los Santos Sacramentos se considera como un deber indispensable. El nombre inmortal de Pío IX se asocia en todos estos actos al nombre dulcísimo de nuestra Madre; ambos comparten el amor, las aclamaciones, las limosnas de nuestro pueblo. Y entre estos dos nombres amados, el de la Madre de Dios y el del Vicario de Dios, coloca todo buen español el de su patria infortunada; ¡ah! sí, porque en tal día se evocan los más hermosos recuerdos de ella y se da cabida á las más lisonjeras esperanzas para su porvenir! ¡María! ¡Pío IX! ¡España! ¡Oh quién pudiese escuchar, como los escucha Dios desde su trono, todos los suspiros, todos los ayes, todas las súplicas que estos tres objetos arrancan á los fieles en aquel día! ¿Quién pudiese hacer el recuento de las lágrimas vertidas al pie de los altares, de los actos de amor y de abnegación, de los sacrificios y comuniones, en una palabra, del movimiento de fe, de amor y de viva confianza con que parecen revivir todos los corazones en esta dulcísima solemnidad?

¡María! ¡el Papa! ¡España! ¡Ah! ¡nunca, nunca separe nuestro buen pueblo estas tres ideas que le han hecho grande y feliz en los siglos pasados, y á quienes deberá, firmemente lo esperamos, su gloria y su ventura!

¡María! En este nombre está encerrada la fe en su Divino Hijo, Jesucristo; pues no fuera María nuestra Madre, si no lo hubiese sido de Dios humanado por nosotros.

¡Pío IX! Es la personificación de la Iglesia entera con sus dogmas y disciplina, con sus Sacramentos y culto, con sus triunfos y persecuciones, con su pasado, su presente y su destino inmortal.

¡España! Este grito expresa todo lo que en lo humano más tiernamente ama nuestro corazón, padres, hermanos, amigos, país natal, antiguas glorias, la cuna de nuestros pequeñuelos, el sepulcro de nuestros mayores.

¡María! ¡Pío IX! ¡España! Tal va á ser dentro tres días el latido casi unánime del pueblo español. ¡Que Dios por los méritos de su Madre Inmaculada lo acoja propicio y se digne renovarnos por él sus antiguas misericordias!

Diciembre, 1874.

LXV.

MI RETRATO, Ó LO QUE SALGA.



QUIÉN no saca el suyo hoy que, gracias á los modernos adelantos, tan en boga anda y tan barata la fotografía? ¿Y qué mozuela de servicio ó lampiño colegial no gastan alguna vez sus doce realejos para legar á la posteridad la *vera effigies* de su importante figura? Ahí va, pues, mi retrato, y agradézcanme el obsequio mis lectores de cada semana, que se lo debo siquiera á título de aguinaldo. Con él tendrán el de la *Revista*, que es, vamos al decir, mi hermana gemela. Y con lo mismo verán el mejor prospecto de ella los que andan aturdiéndonos sin cesar, y hoy más que nunca, con la cantinela tan usada en España: ¿qué sois? ¿qué no sois? y otras bachillerías de este jaez.

¡Soy católico! A alguno le parecerá que no he dicho gran cosa; tan despreciable y tan de poco más ó menos les parece hoy día á ciertas gentes esta palabra. A mí, al revés, se me antoja que he dicho de mí y en elogio de mi respetabilísima persona lo más alto que pueden imaginar entendimientos de Angeles y de hombres.

¡Soy católico! Es decir, soy de los perseguidos y odiados en todo el mundo; soy de la hez de la sociedad y del desecho del siglo; soy de los reñidos con la civilización revolucionaria, que tan felices va haciendo á los pueblos; soy de los avechuchos enemigos de las luces; soy de los cangrejos

refractarios á todo progreso; soy de lo más vil y odioso que puede ser una criatura á los ojos de la ilustración moderna; soy ¿lo diré? ¿no lo diré? casi, casi, soy ¡horror!... ¡perdón! ¡secreto por Dios!... un jesuíta.

¡Soy católico! Es decir, soy de los que gimen bajo el azote, un día de la Revolución fiera, otro día de la Revolución mansa, que al fin todo es Revolución; soy de los burlados por la sátira de los gacetilleros; soy de los disueltos, incautados, subastados y desamortizados, y qué sé yo qué más; soy de los que lloran cuando todo el mundo ríe, de los que se entristecen cuando los demás se entusiasman, de los que tienen que ocultarse y transponerse cuando los demás lucen, blasfeman y gallardean por calles y plazas.

¡Soy católico! Es decir, soy tan de menguados alcances, que tengo la necedad de creer en Dios, de esperar otra vida, de no contentarme con la presente, de no hacerles maldito el caso á todas las pompas y opulencias de ella. Tan corto de genio, que me humillo ante la autoridad de un hombre á quien llamo Papa, y de una sociedad presidida por él á quien llamo Iglesia, y de un código de solos diez artículos á que llamo Mandamientos, y de unos representantes de Dios á quienes llamo sacerdotes, y de unos medios de santificación por El instituídos, que llamo Sacramentos. Tan pobre de espíritu, que prefiero tener por infalible á dicho Papa, jefe de dicha Iglesia, antes que tenerme por infalible á mí mismo, como les sucede frecuentemente á tantos prójimos enemigos de la infalibilidad.

¡Soy católico! Y tengo como tal mis ideas que alguien llamará manías. Estoy por frailes y monjas, por conventos é iglesias, y soy tan poco artista y me da tan poco el naipe por cosas de buen gusto, que diera por cada monja diez bailarinas del can-can ó ciento; por cada fraile misionero el mejor tenor de la ópera, incluso el mismo Tamberlik; por el más ruin convento el mejor teatro que sobre sus ruínas hayan podido jamás levantar manos ilustradas.

En cuanto á árboles de la libertad, que tan de moda fueron años allá, antojóseme decir cierto día, que hace dieciocho siglos dejó plantado Cristo el mejor de todos cuando plantó en la cima del Calvario el árbol de la santa Cruz,

que fué el árbol de la libertad del género humano. A bien que por eso me llamaron obscurantista.

Y cuando á la susodicha libertad se le juntaron poco después ¡cosas también de moda! otras dos palabras tan bonitas como ella, y se compuso el famoso triángulo de libertad, igualdad, fraternidad, escapóseme entonces decir que fe, esperanza y caridad formaban todavía mejor triángulo, y me llamaron neo y reaccionario.

Y cuando les digo á veces, en vista del estado del mundo, que esto no marcha, que vamos cada día de mal á peor, que por ahí no se va á ninguna parte, que las luces del siglo se vuelven incendios, que á fuerza de adelantar hemos caído en un atolladero, del cual no se ve salida, ¡oh entonces! se ríen de mí, y me llaman retrógrado y otros apodos.

Pues, sí, señor; ¡y yo, no obstante, tan fresquito como una lechuga! ¡yo tan sereno y tan satisfecho, y tan, tan... cuesta decirlo, pero ¿por qué no, si es verdad? tan orgulloso con mis simplezas y beaterías!

¡Conoceran por lo visto, si personalmente no me conocen Vds., que soy un hombre singular! ¡Un bendito! dirán las gentes del día. ¡Un bobalicón!

—¡Curioso retrato el vuestro! exclamará aquí interrumpiéndome uno de los que se fastidian no leyendo filosofía trascendental.

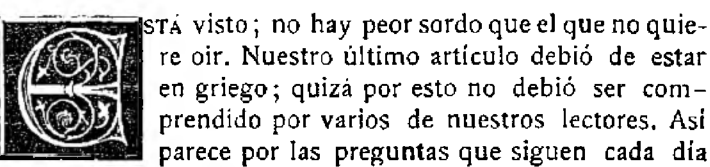
—¡Alto ahí, señor malhumorado, que tiene V. razón! ¿Mi retrato he dicho? Pues, no, señor; borre V. el lema del articulejo, ó enmiéndelo V. á su talante. No es tal vez mi retrato; debiera serlo, y deseo que lo sea. Es el que debe ser, así á grandes rasgos, de todo verdadero católico de nuestros tiempos. *Verdadero* he dicho, y esto no lo corrijo, y Dios me entiende. Tal desea continuar la *Revista*. Ni más ni menos.

¿Quedan Vds. enterados, señores preguntones de buena ó mala intención? Pues, ya lo han oído Vds. Ni más ni menos. Ni menos ni más.

Enero, 1875.

LXVI.

CLARIDADES.



ESTÁ visto; no hay peor sordo que el que no quiere oir. Nuestro último artículo debió de estar en griego; quizá por esto no debió ser comprendido por varios de nuestros lectores. Así parece por las preguntas que siguen cada día dirigiéndosenos. En la imposibilidad de contestar á cada una en particular, vamos á dedicar á todas juntas un postrer artículo, prometiendo solemnemente no ocuparnos ya más de tan pegajosa materia. Quien después de esto no se diere por satisfecho, cese en la subscripción, y paz con todos.

Primera pregunta, y la más cargante: ¿De qué partido sois?

Respuesta sin vacilar: De todos y de ninguno.

—¡Explicaciones!

—Al canto. Somos de *todos* los partidos en *todo* lo que favorezcan á nuestra Santa Religión católica, apostólica, romana. No somos de ningún partido, en aquello que sea indiferente á dicha nuestra Santa Religión. Estamos resueltamente en la oposición más ruda contra cualquier partido, en todo lo que haga contrario al Catolicismo. ¿Es esto obscuro? ¿Parece, ó no, bastante explícito? Voy aún, como dicen los libros antiguos, á confirmarlo con algunos ejemplos.

Si la federal, atea como ella sola, en vez de separarnos á los católicos del derecho común, consecuente con sus doc-

trinas, aunque falsas, sobre la libertad de asociación, hubiese permitido en España, v. gr., el restablecimiento de los frailes, nosotros hubiéramos dicho sin embarazos ni rodeos: La federal ha dado un buen paso en favor de la Iglesia.

Volvamos la hoja.

Si reinase ahora en España Felipe II, de gloriosa memoria, con sus innegables virtudes, con su profunda fe, con su brazo de hierro contra el Protestantismo, con su misma fisonomía profundamente nacional y católica que le conoce la historia, y este mismo gran Rey, llevado de celos regalistas ó de miserables consejeros, atentase con una sola palabra de una sola de sus leyes contra los derechos y el honor del Catolicismo, diríamos franca y desembozadamente: El Rey ha cometido un atentado contra nuestra fe.

Sacamos estos ejemplos de la historia de ayer. Cuando se presente, pues, algún caso de duda referente á la historia de hoy, recuérdenlos nuestros lectores, y juzguen por ellos. De ellos no se apartará nuestra conducta.

Segunda pregunta, y no menos impertinente: ¿Con qué aun hoy también sostenéis vuestro antiguo lema: *Nada, ni un pensamiento, para la política?*

—Sí, amigo mío, sí; y hoy más que nunca. Y si no lo hubiésemos estampado en la *Revista* cinco años atrás, hoy lo estamparíamos por vez primera con letras que cogiesen toda la pagina, a fin de que pudiesen leerlas sin anteojos hasta los miopes. En medio de las mil y una peripecias que ha de seguir todavía presentando el drama revolucionario español á que asistimos años ha, permaneceremos asidos constantemente á este principio salvador, y desearíamos viniese á ser él la divisa de todos los católicos que en periódicos ó Asociaciones se consagran á la defensa de la verdad combatida. Nada con lo que nace y pasa con el tiempo; nada con lo que un viento trae y otro viento arrebata. Hace pocos días hemos cantado en el rezo de Navidad: *Toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo. Mas la palabra de Dios permanece eternamente.* A eso que eternamente permanece nos atenemos nosotros.

—¿Vivís, pues, aislados en el gran movimiento europeo? ¿Sois indiferentes á cualquiera de las partes de ese duelo uni-

versal de principios que divide hoy el mundo, puesto que ese duelo es político?

—Equivocado andáis, amigo mío; tal duelo es religioso, aunque se debata en el terreno de la política, y en él no permanecemos neutrales, ¡guárdenos Dios de tal traición! en él desearíamos hasta ser soldados de primera fila, si tal honra fuese compatible con nuestra pequeñez. Si nos mostramos indiferentes en cuanto á personas y formas, que todo esto es accidental, no lo somos en cuanto á doctrinas. Y de éstas juzgamos, no por nuestra afición ó criterio particular, sino por la voz de la Iglesia. Esta ha hablado recientemente, y no una sola vez, sobre estas cuestiones europeas; y sobre ellas ningún católico puede llamarse ya á engaño. Quien de la enseñanza del Papa sospeche, queda juzgado en el tribunal de Dios. Basta de esto.

Voy á concluir.

A propósito de las preguntas que me han obligado á escribir este artículo, pláceme repetiros aquí unas palabras del primero con que en 1.° de Enero de 1871 encabezábamos nuestra *Revista*. Por ellas veréis que no hemos variado un ápice, ni pretendemos variar. Decíamos, pues:

«Si alguien nos cree con diferentes intenciones de las que en nuestro prospecto hemos dicho ser las únicas, le responderemos únicamente que somos cristianos y caballeros, y que como tales no mentimos jamás. Si á fines políticos nos dirigiésemos, lo diríamos con franqueza, que, cierto, no nos falta para eso y para otras cosas. Con dejar entonces sencillamente consignado el color de nuestra bandera política; con decir: Mira, pueblo español, somos republicanos, carlistas ó aostinos (hoy diríamos y decimos alfonsinos), habríamos cumplido nuestro deber, y nos creería el público bajo nuestra palabra de hombres honrados. Pues bien. Del mismo modo debe creernos cuando le decimos que nada somos de todo eso; que no llevamos bandera alguna política; que no somos, en una palabra (como periodistas), más que católicos, apostólicos y romanos. Eso sí; en este punto, intolerantes como la verdad é intransigentes como el deber. Cuando, pues, de hoy en adelante nos saliere alguien, que sí saldrá, con la vieja cantinela de que defendemos mun-

danos intereses, de que subordinamos la fe á las opiniones de partido, etc., etc., el tal infeliz queda contestado con nuestro desprecio. Oirémosle como quien oye llover, y seguiremos imperturbables nuestro camino, dejándole á él que ladre á la luna, como vulgarmente se dice.»

En resumen. Hoy como entonces, y siempre como hoy (1).

Enero, 1875.

(1) Publicado este artículo y el anterior en la *Revista Popular* con motivo de la proclamación de D. Alfonso XII.

LXVII.

¡ORGANICÉMONOS!



La Revolución española afloja algún tanto en sus furores, y nos permite, siquiera por ahora, á los hijos de la Iglesia alguna mayor libertad. Deber nuestro es aprovechar estas calmas relativas que el enemigo concede, y procurar apercibirnos durante ellas para ulteriores combates, que no faltarán. Hablemos hoy de esta materia, una de las más prácticas en estos momentos.

Los elementos que posee España para una verdadera y completa restauración católica de sus costumbres y creencias son incalculables, son infinitos. Ninguna nación del mundo conserva tan abundante la antigua levadura de la fe, ninguna puede ostentar corazones de tan noble y generoso ardimiento para profesarla y defenderla. No somos ya, es verdad, la nación de Felipe II, ni siquiera la de Carlos III, ni la de principios de este siglo; no en vano la Revolución pasea más de cincuenta años ha por su noble faz la tea desoladora; no en vano uno y otro día se trabaja sin cesar en la descatolización de todas sus instituciones. Todo esto es verdad, y no hay que hacerse sobre este punto lisonjeras ilusiones. Pero también lo es, que era tanta en su glorioso pasado la riqueza de fe de nuestra patria, que aun en medio de su desastrosa ruína le ha quedado bastante para poder llamarse todavía rica, á semejanza de aquellas opulentas familias que aun

después de arruinadas permanecen aún respetables con solos los restos de su pasada grandeza.

Sí, España es todavía nación de grandes esperanzas; de nosotros depende en gran parte su realización. ¿Quién lo duda? Mas ya otra vez lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo. No estamos organizados los católicos españoles como debiéramos y podemos estarlo. ¡Organicémonos, pues!

No se alarmen por esta palabra los pusilánimes y miedosos. Nada de trabajo subterráneo, nada de manejos ocultos. Los que en el terreno pacífico de la propaganda defendemos la fe, para nada necesitamos la obscuridad y el misterio de que se rodean las abominables sociedades secretas. A la luz del día, á la vista de nuestros gobernantes, al amparo de la legalidad buena ó mala que nos den, de esta suerte hemos de trabajar nosotros, dispuestos á dar cuenta á Dios y á todo el mundo del más insignificante detalle de nuestros trabajos. Del mismo modo que aprovecha la luz todas las rendijas para esparramarse, así la verdad debe aprovecharse de toda ventaja poca ó mucha que le den las instituciones humanas, buenas ó malas, de que vive rodeada. El retraimiento, que alguna vez se aconseja en política, nunca, nunca, nunca es permitido en Religión. Hay preocupaciones que destruir, hay sanas máximas que propagar, hay corazones que reconciliar, hay santas prácticas que restablecer, hay antiguos derechos que reivindicar ó sostener, hay principios que entre tantas vicisitudes hemos de sacar siempre incólumes, y esto no hemos de esperarlo de la iniciativa oficial, nosotros hemos de hacerlo; nuestra constancia, nuestra perseverante tenacidad en predicarlo y en exigirlo lo alcanzará. Pero nada de esto se hace sin organización. La organización hace poderosos los esfuerzos individuales, que obrando aisladamente serían impotentes. La organización saca provecho de elementos que por sí solos de nada servirían, ó por debilidad, ó por cobardía, ó por miserable respeto humano. La organización da unidad á los pensamientos y regulariza la accion que, sin aquélla, sería incierta, vaga y desordenada. La organización, por fin, multiplica maravillosamente los recursos, simplifica los procedimientos y los abrevia, asegura los resultados. Na-

da grande se hizo nunca en lo divino y en lo humano sin organización. Jesucristo mismo al derramar sobre la tierra su preciosa doctrina no la confió al azar de inciertos y desordenados procedimientos, sino que la constituyó en sociedad sabia y poderosamente organizada, cual es la Iglesia. Del mismo principio hemos de partir los que dentro de ella queramos hacer algo en nombre de Dios.

Dejando á plumas más privilegiadas discurrir con más extensión y profundidad sobre estas materias, nosotros, que principalmente escribimos para los sencillos y humildes, nos contentaremos con indicar de vez en cuando alguno de los puntos principales en que podría establecerse esta organización que aconsejamos. Deseamos á nuestros hermanos en las tareas del periodismo católico den la mayor importancia á estas cuestiones que en nuestra situación actual van á ofrecer un carácter sumamente práctico. Si la oportunidad es la primera condición de cuanto en un periódico desea llamar la atención pública, pocas materias habrá como la presente tan interesantes, desde cualquier punto de vista que se mire.

Enero, 1875.

LXVIII.

¡VIVA LA LIBERTAD!



A muchos años atrás dejó dicho un ilustre escritor español, que este grito tan frecuente en labios revolucionarios era en el fondo católico y digno sólo de labios católicos. Quien lo dude lea la magnífica Encíclica de Pío IX á los Prelados prusianos, y díganos después si halló jamás el despotismo gubernamental protesta más elocuente y valerosa que la que levanta hoy Pío IX en favor de la libertad cristiana. Sabido es que la saña de Bismark contra el Catolicismo ha llegado al punto de proponer y hacer votar como leyes del Estado caprichos tiránicos que tienden á encadenar bajo el yugo de su voluntad la misión que los Obispos han recibido de Cristo, libre, soberana é independientemente de toda otra autoridad que no sea la de su Supremo Vicario. Así que, él, ministro protestante, se atreve á deponer y crear obispos de una religión que no es la suya, cuando, aunque lo fuese, no tendría, en lo que concierne á su autoridad espiritual, otro derecho que el de acatarla. Empero, los Arzobispos y Obispos prusianos han dicho firme y resueltamente que jamás negarán al César lo que es del César; pero que tampoco cometerán jamás la traición de dar al César lo que no es suyo, sino de Dios. Y colocados en esta actitud, se han dejado procesar, encarcelar, multar, despojar de su mobiliario, deportar á lejanas provincias, declarán-

dose dispuestos hasta á morir por mano del verdugo antes que ceder á las iras del nuevo Juliano. Y el Papa, levantando la voz en medio de ese duelo á muerte, consuela, alienta y estimula á sus hijos á sostener con denuedo el honor de su báculo pastoral, y confirma de paso con su infalible palabra las eternas máximas de libertad cristiana que en todos tiempos ha hecho prevalecer el Catolicismo sobre el orgullo de los potentados opresores. Léanla nuestros amigos esta sublime carta, léanla, y reléanla, y medítenla, y empápense en su vigoroso espíritu, y puede que si lo necesitan, también se encuentren con ella alentados y fortalecidos. Porque el prusianismo, es decir, la herejía del Estado infalible, del Estado omnipotente, del Estado-dios, tememos recorrerá toda Europa, y no habrá dentro de poco nación que no tenga análogos conflictos. Lo que pasa en Alemania puede pasar mañana en otras partes; los pigmeos no dejarán de imitar al gigante en cuanto se lo permita la ruindad de su talla. ¿Cuántos tenemos ya hoy, que, si ha de juzgarse por el lenguaje de ciertos periódicos, no aspiran á menos que á ser acá cada uno de ellos un Bismark en miniatura? Si un día prevaleciesen estas ideas, recordemos que las leyes contra la ley de Dios no son leyes; y que en tales casos la desobediencia es no sólo derecho, sino un deber. Desobedeciendo predicó Jesucristo; desobedeciendo plantaron su ley los Apóstoles; desobedeciendo la propagaron los Mártires, y Dios ha colocado en el cielo, y la Iglesia en los altares, y la historia en páginas de oro, á estos sublimes desobedientes.

Tocante al éxito que puede tener en Prusia el conflicto religioso promovido por Bismark, negocio es éste que nos tiene muy tranquilos. Corre por cuenta de Dios. Bismark ha respondido á la Encíclica suprimiendo la dotación de los Obispos. Está bien: vivirán sin dotación. Ha publicado la necesidad del *pase regio* para que puedan circular en Prusia los documentos pontificios. ¡Friolera! El Papa puede publicarlos, si le conviene, en un periódico de los Estados Unidos, y mucho será que de este modo no lleguen á oídos de los interesados. Y como lleguen de un modo ú otro, obligarán de la misma manera. Dícese también que se va á preguntar á cada Obispo en particular si se adhiere ó no á las declara-

ciones de la famosa Encíclica, y que serán expulsados del país los que contestaren afirmativamente. ¡Tiempo perdido! Los Obispos responderán como deben, y saldrán de Prusia, sacudiendo el polvo de sus zapatos. ¡Qué mas! Ya lo verá el poderoso ministro. Es terrible luchar con quien se halla decidido á morir antes que ceder. Deponga Obispos y Parrocos, nombre otros de su madera, si los halla, para substituírlos; el pueblo fiel sabe dónde está la autoridad legítima de sus pastores, y no la confundirá con la otra autoridad falsificada. Y en caso de dudas, ahí estará siempre firme la voz del Papa para hablar alto y claro sobre lo que ocurra. Desengáñense de una vez nuestros pobres enemigos. Los católicos nunca podemos andar desorientados, como sepamos sencillamente escuchar la voz de quien debe guiarnos. Y esta voz, ya lo ven todos, no falta cuando conviene, no faltará.

Marzo, 1875.

LXIX.

¡PASCUA!

L campo con su primer verdor, los lilas con sus primeros racimos de flores, Abril con sus primeras suavísimas alboradas, el ruiseñor con sus primeros gorjeos, la naturaleza toda con sus primeras sonrisas, saludan, aplauden y festejan este nombre bendito, el más alegre y regocijado que han oido Angeles y hombres.

Es fiesta del género humano. El primer grito de ¡Pascua! se oyó en Egipto á la salida del pueblo hebreo de vergonzosa esclavitud, más de mil quinientos años antes de Jesucristo. Oyósele aquel grito memorable á orillas del mar Rojo y del Jordán, al pié del misterioso Sinaí, dentro los muros de Jerusalén, entre los sollozos del pueblo cautivo en Nínive y Babilonia. Y sonó siempre en los labios de aquel pueblo precursor del Cristianismo como grito de victoria, de resurrección y de inmortal esperanza.

Hoy, realizada la figura, cumplida la profecía, nuestra Pascua es Cristo, Cristo vencedor, Cristo glorioso, Cristo resucitado. Hoy, abolida la Sinagoga y heredero el Cristianismo de sus legítimas tradiciones, el grito de ¡Pascua! es grito cristiano, es el himno del triunfo de la cruz, el cántico de la inmortalidad de la Iglesia.

Renuévase cada año en el corazón de nuestra atribulada Madre esta alegría inefable de la Pascua, é irradia en su sem-

blante y brota de sus labios y la comunica á sus fieles hijos, y la echa en rostro á sus enemigos cual animoso alarde, como protesta eterna de que no fué, ni es, ni ha de ser jamás por ellos vencida.

Porque Pascua significa sepulcro abierto, ligaduras rotas, guardas despavoridos, fariseos confusos, Pilatos entregados al remordimiento de su debilidad, turbas volviendo en sí de la embriaguez de su extravío.

Pascua significa una Madre-Virgen radiante de júbilo tras las congojas del Calvario, unas mujeres recibiendo en repetidas visitas el premio de su fidelidad, unos apóstoles consolados, renaciente la paz, vigorosa otra vez la confianza, la Iglesia pronta á salir de la mística incubación del Cenáculo bajo las alas del Espíritu Santo, para marchar á la conquista del género humano.

Pascua significa después de tres siglos de sangre y de horrores, que son como el mar Rojo de la nueva Ley, el lábaro de Constantino ondeante en las cúpulas de Roma, la Cruz en la corona imperial de los Césares, el Evangelio en la primera página de sus códigos, el Pontificado en la más alta silla del Imperio.

Pascua significa, en el decurso de los siglos posteriores, mil herejías vencidas desde Cerinto hasta Renán; mil espadas quebrantadas desde Majencio hasta Bonaparte; mil áulicos reducidos á la impotencia de sus vanos antojos, desde los de Constantinopla hasta los de Berlín; mil tramas de iniquidad descubiertas y confundidas, desde las de los Gnósticos del primer siglo hasta las de la Francmasonería del XIX.

Pascua significa, en menos palabras, el inmenso trofeo de laureles adquiridos para la Iglesia por Cristo, con el precio de su Sangre, sobre la sabiduría del mundo, sobre su poder y sus artificios, sobre sus pasiones y rencores, sobre sus más calculadas venganzas, sobre sus más meditados proyectos. Significa el *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat,* que canta diecinueve siglos ha el mundo cristiano, en justa compensación de aquel burlesco y afrentoso I. N. R. I. que escribió la mano de Pilatos sobre la testera de la Cruz.

¡Ah! ¡Bienhayas, Tú, Madre inmortal que nunca envejeces, Madre mía amantísima, siempre joven Iglesia del Dios

vivo, heredera y depositaria eternal de estas inefables alegrías, columna de la verdad, faro de los siglos! ¡No desmayará mi corazón aunque te vea blanco de la persecución universal, aunque en torno de Ti canten victoria tus eternos enemigos! Desde el sepulcro de Cristo, que fué tu oriente, se te ha visto abrirte paso al través de las edades, impávida, serena, radiante de majestad y gloria, segura de tus inmortales destinos. Así empezaste; así seguirás.

¡Pascua! ¡Pascua feliz! ¡Quede grabado para siempre tu recuerdo en el corazón de los mortales, para que seas quien los sostenga y aliente en sus horas de combate! ¡Oigante siempre nuestros enemigos como memorial de su primera derrota, como prenda cierta é infalible de aquella otra que ha de ser final y definitiva, como ha de ser final y definitivo nuestro triunfo en la Pascua inacabable de la eternidad!

Marzo, 1875.

LXX.

EL JUBILEO UNIVERSAL.

ACE pocos dias pudieron ver nuestros lectores la Pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis promulgando el Jubileo plenísimo y universal que á toda la cristiandad se dignó otorgar el Soberano Pontífice por su Encíclica de 24 de Diciembre próximo pasado. A estas horas todos ó la mayor parte de los Prelados españoles habrán dirigido análoga exhortación á sus fieles diocesanos. Hora es ya, pues, de que se ocupe la *Revista* en tan importante materia.

No nos entretendremos en explicar á nuestros amigos en qué consiste la gracia del Jubileo, ni las condiciones prescritas para merecerla. Quien por indiferencia no haya leído los documentos oficiales en que la voz amorosa de la Iglesia, por medio del Papa y de los Prelados respectivos, le ha dado sus intrucciones, ¿qué caso habia de hacer de la nuestra, humilde y desautorizada? No bajaremos, pues, á pormenores; limitarémonos á algunas reflexiones sobre la importancia y oportunidad del Jubileo de 1875.

En todos tiempos ha sido la oración, y principalmente la oración pública y colectiva, el arma principal que ha esgrimido contra sus enemigos la Iglesia de Dios. Dios ha dado indudablemente cierto valor y eficacia á los medios humanos que podríamos llamar de segundo orden, pero es tam-

bién indudable que tales resortes humanos están subordinados á otra influencia secreta y misteriosa que los hace á veces poderosos ó impotentes según place á la divina voluntad movida, obligada, forzada nos atrevemos á decir por la dulce violencia de la oración. Dos ejemplos históricos y españoles podemos citar. Las armas cristianas vencen en Lepanto el poder del Turco, y la cristiandad se salva de un gran peligro por el heroismo militar de las tropas de la fe mandadas por Juan de Austria; pero á espaldas de este caudillo y de sus valientes se ve al gran Pio V ordenando rogativas generales, y al mundo católico celebrando con fervoroso entusiasmo la fiesta del Santísimo Rosario. Más tarde la fe de nuestro pueblo arrolla al grito de Patria y Religión al gigante revolucionario Bonaparte, dueño de Europa; los mal armados campesinos del Bruch, los bisoños de Bailén, los improvisados defensores de Gerona y Zaragoza abaten por vez primera el águila imperial nunca vencida; mas para lograr esto, contad, si podéis, los ruegos que se elevaron á Dios desde el fondo de nuestras viejas catedrales y monasterios, los gemidos que lanzaron en el silencio de su retiro nuestras Religiosas, los votos que se hicieron á las Imágenes veneradas de nuestros santuarios, los rezos fervorosos que dirigió á Dios la madre y el padre españoles desde el hogar de nuestros abuelos. ¡Ah! Nada se ha hecho en el pueblo cristiano, sólido, eficaz, duradero, sin el elemento sobrenatural de la fe, sin el resorte poderoso y único de la oración.

¿Qué es, pues, el Jubileo en las presentes circunstancias? Es una leva general de soldados de la oración, á quienes llama la Iglesia á combatir con esta arma en días de lucha tenaz y porfiada, cuando de uno á otro polo es más recia y empeñada que nunca la batalla. Mirad, amigos míos, el grandioso panorama del mundo actual; ¡nuestro ejército sostiene el fuego en toda la linea! En viejas monarquías como en Rusia y Austria, en jóvenes repúblicas como en Méjico, Venezuela y Buenos Aires, en imperios militares como en Prusia y en el Brasil, en todas partes se sufre por la fe católica, y en muchas no sólo se sufre sino que se muere por ella. Testigos los últimos sucesos de Buenos Aires. El resultado de ese duelo terrible, desigual, pavoroso, no es un secreto para

nadie. La Iglesia vencerá, porque Dios vence siempre. Pero ¿de quién depende apresurar más ó menos la victoria, abreviar mas ó menos los plazos de la tribulación, hacerla menos desastrosa para las almas? ¿De quién? No ciertamente de nuestros oradores, ni de nuestros estadistas, ni de nuestros caudillos, ni de nuestros diplomáticos, sino de nosotros, de nuestras oraciones. Por el olvido de Dios ha llegado el mundo al borde de tan horribles abismos, y por el retorno á Dios ha de librarse de ellos. Por la demasiada confianza en los meros recursos humanos se ha visto cien veces paralizada la acción de los buenos; por la absoluta confianza en los recursos divinos ha de conquistarse el terreno perdido. Pío IX lo sabe, y por esto es siempre su lenguaje tan acentuado en este punto.

El Jubileo, pues, va á ser una gran batalla de oración. Batalla quizás decisiva á favor nuestro si se ora como se debe. Batalla infructuosa si no se maneja con brío esta espada espiritual que Dios ha puesto en manos de todos. Hoy, pues, más que nunca repetiremos nuestro grito de siempre. No, no será buen católico quien falte á ese puesto de honor; no, no se crea justificado en el juicio tremendo de Dios quien hoy no se levante del letargo de su indiferencia. Niños, mujeres, soldados, hombres de letras y de negocios, sacerdotes, Religiosas, nadie está exento de este servicio militar, de este rebato general, á que llama desde el Vaticano quien puede y quiere llamarnos. ¡Al pie de los altares, junto á la Mesa sacrosanta del Señor Sacramentado, bajo la intercesión poderosísima de nuestros Patronos de nación, de provincia y de localidad, bajo la tutela amorosa de María Inmaculada, gloriosa capitana á quien ¡ah! nunca ha faltado España, á la cual Ella tampoco por su parte faltará jamás, hoy, sobre todo, que el mundo entero empieza á ofrecerle el anual florido homenaje de Mayo; levantémonos, amigos míos, levantémonos, oremos y rindamos el Corazón de Dios bajo el peso de nuestros incesantes gemidos!

Organización sobre todo, organización, que en esto hemos de insistir hasta hacernos pesados. Organización. ¿Hasta para orar? Sí, amigo mío, hasta para orar. Plácele á Dios y muévele con mayor eficacia la oración pública y colectiva,

salida de corazones unidos en un solo haz, corazones á quienes la identidad de fe, de necesidades y de esperanzas ha reunido como en un solo corazón. *Vocate cœtum,* pues, como dice á propósito análogo la Escritura; reunid, congregad. Procesiones públicas, Comuniones generales, actos solemnes de reparación y desagravio, encendidas platicas por fervorosos misioneros, canto de himnos sagrados, romerías á los lugares consagrados por la fe y la tradición, todo puede ser maravillosamente utilizado, siempre á tenor, como se supone, de las prescripciones que á cada diócesis ha dictado el respectivo Pastor. Los reverendos Párrocos, los Directores de seminarios y colegios, las Superioras de Casas de beneficencia y educación, los presidentes de Cofradías y Sociedades católicas, permítannos les supliquemos, á pesar de la insignificancia de nuestro valer, den á estos actos de manifestación pública y exterior toda la importancia que en sí tienen, para mayor gloria de Dios, edificación de los buenos, remordimiento de los malos, y aliento de los débiles. ¿Qué inconveniente habría, además, en que en determinadas horas se leyesen en público los ejercicios del Jubileo para aquellas personas á quienes la falta de instrucción dificulta el practicarlos individualmente?

Ni una palabra más sobre esto. España en medio de sus desventuras, y por lo mismo que son ellas tan grandes, hará con esta ocasión más animoso alarde de su profunda piedad y de su inalterable confianza en el Dios de las misericordias.

Mayo, 1875.

LXXI.

EL GRAN SUCESO.

Los que no viven la vida de la fe, que debe ser la del verdadero católico; los que en la apreciación de los humanos acontecimientos no atienden más que á la obra del hombre, ni fían más que en las influencias de acá abajo; los que creen en Dios, pero olvidan de continuo el dogma de su intervención constante y eficaz en el curso de la historia; los que discurren sobre las vicisitudes de la Iglesia y sobre sus temores y sus esperanzas, como si se tratase de otra sociedad cualquiera, cuya existencia no fuese toda excepcional, toda extraordinaria, toda milagrosa; dejen por hoy nuestra *Revista,* ó salten al menos este su artículo: nos adelantamos á decírselo con toda franqueza; no escribimos para ellos. A los tales *el gran suceso* habráles pasado desapercibido, como tantos otros que pasan cada día sin llamar la atención; ni serán parte para que le dé alguna importancia á sus ojos el que nuestra pluma se extienda sobre él en comentarios y ponderaciones. Efectivamente. ¿Qué trascendencia va á tener para ellos un acontecimiento que no ha hecho bajar ni subir siquiera unos céntimos ese termómetro económico-político-social que se llama la Bolsa?

Y sin embargo *el gran suceso* tiene conmovidas hoy de júbilo las entrañas al atribulado Catolicismo, y los corazones *católicos,* es decir, los que tal vez no juegan al alza y baja de

los fondos públicos, pero que creen, aman, gimen, oran y esperan, se han sentido todos como tocados de no sé qué divina electricidad, apenas se ha pronunciado en Roma el anhelado *sí,* la contestación otorgada á tantas súplicas, á tantas instancias, á tantos votos.

¿Cual de estos corazones no ha adivinado ya que nos referimos *al gran suceso* de la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús?

Sí; gran suceso, mucho más grande que otros mil que llenan cada día los fastos de la historia, por más que, siendo de un orden del todo divino y sobrenatural, lo mire con indiferencia ese mundo presente encenagado en su grosero positivismo.

Sí; gran suceso, cuyos resultados muy en breve, mediante Dios, palparemos; suceso de cuya importancia nos darán la medida nuestros propios enemigos con sus fieras declamaciones é invectivas, como de un modo análogo se encargaron de darnosla del dogma de la Inmaculada Concepción y de la declaración de la Infalibilidad Pontificia.

¿No oís todavía el rugido de la fiera? No tardaréis en oirlo, cuando allá en sus antros satánicos empiece á convencerse de que la estocada se le ha dado derecha en el corazón.

Tocamos al parecer á la conclusión de un gran periodo histórico, para dar principio á otro cuyas avanzadas se hallan ya entre nosotros. Estamos acabando, ó mucho nos equivocamos, el período de las luchas embozadas, que principió hace doscientos años con el Jansenismo, y está en sus postrimerías con los últimos certeros golpes descargados por Pío IX en su último vástago, raquítico por más señas, llamado Catolicismo liberal. Va á empezar ó ha empezado ya la lucha franca, desenmascarada, á lo Bismaik. Ya no más distinciones ni subterfugios. Ya no más equilibrios ni justos medios. Radicalismo contra radicalismo, afirmaciones claras y completas contra negaciones absolutas y sin vergüenza. Este es, á nuestro pobre juicio, el carácter de transición que ofrece al mundo de hoy día. Nos hallamos entre los últimos tiros de la retaguardia jansenista, que está hundiéndose para siempre en el ignominioso panteón de las herejías históricas, y los primeros disparos de la vanguardia neopagana, herejía

radical, tal vez la única herejía posible en lo porvenir. Dígannos nuestros buenos lectores, extendiendo la vista á su rededor, si todo lo que hoy nos rodea, así lo que se va como lo que se ve venir, no justifica esta apreciación nuestra.

Pues bien. ¿Qué significa hoy la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús?

A nuestro modo de ver significa el triunfo definitivo de la Iglesia sobre la herejía que se va; y el grito de alerta y el levantamiento de una bandera gloriosa contra la herejía que se viene.

Observad un fenómeno histórico. El Jansenismo nació hace doscientos años, y fueron objetos principales de sus rencores la autoridad doctrinal del Pontificado y el culto del Sagrado Corazón. El Jansenismo pseudo-teológico tomó por su cuenta á la primera; el Jansenismo pseudo-místico atacó con todo linaje de armas el segundo. Esta es, en resumen, la historia, historia pura, de los últimos doscientos años. Pues bien. El Catolicismo á su vez en estos doscientos años ha afirmado con nuevas y más eficaces garantías el magisterio infalible del Papa y el culto provechoso y eficazmente promovido del Sagrado Corazón. Y en estos dos puntos ha sido lenta pero segura la marcha de la Iglesia, añadiendo cada día dato á dato, documento sobre documento, esmerándose, por decirlo así, á su vez el tiempo mismo en acumular, como precioso comentario, experiencia sobre experiencia, desengaño sobre desengaño, hasta llegar á estos últimos tiempos, en que el conjunto está ya completo, por decir así; el desarrollo del poder pontificio reconocido en toda su plenitud por el Concilio Vaticano; el coronamiento del culto al Sagrado Corazón por la consagración que acaba de ser decretada. Es, pues, en resumen, un duelo á muerte, duelo de doscientos años, terminado gloriosamente para el Catolicismo, y vergonzosamente para el Jansenismo, á cuyos restos dispersos y confundidos, hace el Papa clarísima alusión en la magnífica fórmula de consagración que acaba de dictar al mundo. Oid las palabras que pone en nuestros labios el universal Pastor: «Quisiera también alcanzar, Dios mío, que esos católicos que no dejan de mostrarse tales por sus muchas obras exteriores de caridad, pero que demasiado adhe-

ridos á sus opiniones rehusan someterse á las decisiones de la Santa Sede, y abrigan sentimientos que están en desacuerdo con su magisterio, mudasen de opinión, persuadiéndose que aquel que no escucha á la Iglesia no escucha á Dios que está con ella.»

¡Terrible reconvención! ¡Es tal vez un postrer llamamiento! ¡Es quizá el *ultimatum* que precede al anatema definitivo!

Tenemos, pues, el Jansenismo acorralado á los piés de la Iglesia, y vencido con la glorificación pública que hace ella de los dos objetos que durante doscientos años se empeñó él en hacer odiosos: La infalibilidad papal, el culto del Sagrado Corazón. Y nótense las fechas. Segundo Centenar de la aparición de Jesucristo á la Venerable Margarita. Vigésimonono aniversario de la elección del gran Pío IX al supremo Pontificado.

Esto por lo que toca *al gran suceso* con relación á la herejía que se va, y cuyas postreras ignominiosas agitaciones estamos presenciando. Para hablar de lo relativo á la herejía que se viene, necesitamos mayor extensión de la que consiente ya este artículo.

La consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús, parécenos el canto de triunfo de la Iglesia sobre un enemigo que tras doscientos años de lucha va á desaparecer del campo. Este enemigo es el viejo Jansenismo, que fué más tarde regalismo, y que es hoy en sus ignominiosas postrimerías lo que se conoce en el campo de las doctrinas con el nombre mil veces anatematizado, de Catolicismo liberal.

Sin embargo, no menos que un grito de victoria sobre lo que se va, nos parece el gran suceso del próximo Junio un grito de alerta contra lo que se viene, y de esto vamos á ocuparnos.

Es indudable que en el mundo de nuestros dias empieza á prevalecer una corriente que llena de tristes presentimien-

tos á los hombres pensadores. No es ya el error católico-liberal, es decir, un procedimiento de sutiles equilibrios y transacciones entre el error y la verdad, y de falsas relaciones entre la Iglesia y el Estado, no; es un sistema que declara franca y abiertamente la supremacía absoluta de la razón humana sobre la revelación divina, del poder civil sobre la autoridad religiosa, y en consecuencia del Estado, oficialmente ateo, sobre el Catolicismo. Es un renacimiento del absolutismo pagano en su forma más repugnante y brutal; es la negación del *Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra,* pronunciado por Cristo al enviar sus Apóstoles á las naciones; es de consiguiente la sustitución descarada de la ley de Dios y de la jurisdicción de su Vicario, por la voluntad del hombre y el antojo gubernamental. Este principio herético es el que sienta Bismark como base de la legalidad que quiere ¡en vano! imponer á los católicos alemanes; y este principio herético, ó mucho nos equivocamos, ó dará la vuelta al mundo, según lo bien que le ha ido suavizando la pendiente el Liberalismo católico. Hoy mismo ya este principio, claramente proclamado en Alemania y Suíza, se introduce hipócritamente en Austria, Italia y España; Gladstone acaba de alzarlo como tea de discordia en Inglaterra; lucha por prevalecer en el Brasil y en las repúblicas de América; mañana lo veremos aceptado como doctrina corriente y base hasta de derecho internacional en todas partes. Ahora bien. Este principio no es como otros que influyen únicamente en la corriente de las ideas. No; este principio es eminentemente práctico; por él se resolverán la propiedad de los templos, la institución de los prelados, el ejercicio de su jurisdicción doctrinal y disciplinar, el nombramiento de párrocos, la existencia de las Comunidades religiosas, y hasta la misma elección del soberano Jefe de la Iglesia cuando las disposiciones inescrutables de la Providencia traigan esta eventualidad. ¿No se lo habéis oído á Bismark declararlo paladinamente?

Este principio es, además, esencialmente perseguidor, como quiera que, una vez admitido por el Estado, éste ha de querer forzar á la Iglesia á doblegarse á él; y no pudiendo ésta suicidarse renegando de su constitución esencial y di-

vina, ha de resistirse; y resistiéndose ella, ha de apelar él á la violencia, cohibiéndola en el ejercicio de su ministerio público, multando á sus ministros, encarcelándolos, desterrándolos, hasta asesinándolos por medio del tumulto popular oficialmente provocado, ya que no son de moda hoy día los procedimientos á lo Diocleciano, que fuera lo más expedito. Esto es lo que pasa ya hoy día en Alemania y en Suiza. ¿No es público que un eminente varón recientemente elevado al cardenalato ha recibido el capelo en la cárcel? Esta es, pues, la situación de hoy en algunas partes y el peligro de mañana para todas, á no torcer casi prodigiosamente la Providencia el curso natural de los humanos acontecimientos.

Recias batallas se preparan, pues, para el Catolicismo. La Revolución, que entró gritando *libertad*, persuadida de que bastaría únicamente la competencia ó la concurrencia del error para acabar con la Iglesia, viendo que ésta se sostiene firme á pesar de esta guerra indirecta, apela al recurso opuesto y grita *autoridad*, es decir, no libre competencia de todos los errores contra la verdad á su vez libre; sino amordazamiento absoluto de ésta, sujeción á una legalidad *exprofeso* creada para oprimirla, exclusión del derecho común. ¿No la reparabais tiempo ha esta diabólica evolución de las corrientes modernas? Ayer se predicaba ¡derechos para todo! ¡libertad absoluta del pensamiento! ¡inviolabilidad de la conciencia hasta en sus extravíos! Hoy, viendo que aquello no da resultados, se dice: No, señor, ¡única fuente de derechos la ley civil! ¡no hay derecho ni para la verdad en lo que se oponga á un FIAT del gobernante! ¡Ni Dios tiene derecho á ser reconocido si no le reconoce antes el Estado-dios! Antes se vociferaba: ¡No hay más dogma que la razón de cada cual! Ahora se afirma como indiscutible: ¡No hay más razón que la voluntad del César! Es decir: ayer la falsificación de la libertad: en adelante la falsificación de la autoridad. Y ¡vive Dios! que tan vano será lo uno como lo otro, porque sabemos que el derecho absoluto no es del individuo ni del Estado, sino de Dios; y la autoridad doctrinal no es de la legalidad, sino de la iglesia; y el homenaje de la conciencia no lo debemos á nadie ni á nada más que á la verdad. De ahí, repito, las batallas que se dan por la fe en Alemania y Suiza,

y que mañana probablemente se darán en todas partes. ¿Quién no lo presiente? mejor, ¿quién no lo ve?

No tememos, no, ser vencidos en ellas, porque vencidos no lo fuímos nunca, y este enemigo no es nuevo, sino muy antiguo; es el mismo que nos atacó y fué vencido en los tres primeros siglos del Cristianismo. Venceremos, sí, pero combatiendo como se ha combatido siempre en la Iglesia de Dios. Y ¿cuál es la actitud de la Iglesia ante esta tremenda perspectiva? Muy claro. La de todo ejército en vísperas de batalla. Oídlo bien: *Afirmarse más y más en los puntos fundamentales; robustecer la unidad en la organización; estrechar las filas; perfeccionar el armamento.*

Cuatro reglas de divina táctica encierra la consagración al Sagrado Corazón de Jesús que el Papa acaba de ordenarnos, y que va á realizar el mundo católico el próximo día 16. Y son:

Afirmarse más y más el ejército católico en los puntos fundamentales.

Robustecer la unidad de su organización.

Estrechar las filas.

Perfeccionar el armamento.

Breves seremos en la explanación de estos cuatro puntos, cada uno de los cuales exigiría de por sí artículo separado.

Por el primero, afirmamos de nuevo á la faz de todo el mundo el verdadero sobrenaturalismo de nuestra fe, en oposición al naturalismo filosófico, que es la gran herejía de nuestros tiempos. Y esto, desde el momento que veneramos en el Corazón adorable de Jesucristo al Verbo de Dios humanado, la segunda Persona de la Santísima Trinidad en carne mortal y pasible por nuestra salvación. Y en el sobrenaturalismo de la Persona adorable de Jesucristo reconocemos y afirmamos el sobrenaturalismo de su obra la Iglesia,

de la autoridad y magisterio de su Cabeza el Papa, del ministerio de sus sacerdotes, de la eficacia de sus Sacramentos, de la santidad de su culto, de lo saludable de su influencia en todos los ramos, así en lo individual como en el social, en el político, en el científico, etc. En una palabra. El culto del Sagrado Corazón de Jesús es la condenación del Naturalismo en todas sus formas, Naturalismo que pugna por reducir al hombre á la esfera mezquina de lo meramente humano, arrancándolo paulatinamente del orden sobrenatural que es la verdadera órbita suya. He aquí lo que hemos llamado punto fundamental de nuestra fe, es decir, el carácter *sobrenatural* de la misma, en oposición á los que falsificándola se empeñan en dárnosla como magnífico sistema, eso sí, altamente civilizador, bienhechor de los pueblos, pródigo de consuelos para el corazón, de inspiraciones para el arte, de luz para la ciencia, de máximas para la política, pero... sin acordarse que todo esto que en sus discursos, folletos y artículos aparece como el todo, es solamente secundario, porque lo esencial es la glorificación de Dios, el reinado de su Nombre y de su doctrina sobre la tierra, y la salvación de las almas redimidas con su Sangre divina.

Por el segundo robustece la Iglesia la unidad de su organización. Esta estriba en que todos sus hijos que componen un cuerpo místico sean *unum,* una sola cosa con Jesús, que es su Cabeza; *unum,* una sola cosa, por la unanimidad de creencias; *unum,* una sola cosa, por la identidad de sentimientos; *unum,* una sola cosa, por la conformidad de aspiraciones. Pues bien. Agrupado el mundo católico en torno del Sagrado Corazón de Jesús, tiene en El un centro de atracción poderosa para realizar esta como fusión de corazones en un solo corazón. *Omnia traham ad me ipsum,* ha dicho El de sí propio, y será verdad. Sentimos no poder desarrollar con alguna mayor holgura este punto, que es fecundísimo.

Por el tercero, que es análogo pero no igual al anterior, unidos los corazones católicos al Sacratísimo Corazón de Jesús, únense á la vez entre sí con el lazo más firme y estrecho con que pueda jamás verificarse unión alguna. Aquel principio tan sabido en matemáticas: varias cosas iguales á una tercera son iguales entre sí, tiene magnífica aplicación á

esta conformidad espiritual que debemos procurar á toda costa. Seamos todos *unum* con el Sagrado Corazón de Jesús, y lo seremos á la vez en lo que mira á nuestras mutuas relaciones. Y esto con tanta mayor razón cuanto el trabajo constante de la Revolución es buscar cómo desunirnos. Digámosle, pues, á todas horas: No, no puede haber entre católicos *verdaderos* oposición, ni siquiera disconformidad. Unos son nuestros intereses en todo el mundo, porque no los miramos por el prisma del egoísmo individual, ni siquiera del mero afecto de nación ó de raza, sino con el único de la gloria del Sagrado Corazón. Uno es el móvil que alienta en sus trabajos y empresas católicas al alemán, al suizo, al norteamericano, al italiano, al brasileño ó al español. Uno es el fin de sus oraciones, de nuestras comunes Sociedades, de nuestras obras de propaganda, de nuestros trabajos y empresas como católicos; procurar reine individual y socialmente entre los hombres el nombre de Dios por medio de su Unigénito Hijo Jesucristo. He aquí nuestro cosmopolitismo católico en oposición al falso cosmopolitismo revolucionario; he aquí nuestra universal federación de corazones unidos al Sagrado Corazón de Jesús.

Por el cuarto perfeccionamos nuestro armamento; es decir, damos á nuestras oraciones, obras de caridad y de propaganda, escritos, actos del culto, etc., que son nuestras armas principales, un temple y alcance que sin eso no tendrían. El Sagrado Corazón de Jesús no es, amigos míos, simplemente un hermoso emblema ó una metáfora de retórica; no; es realísima realidad que vive y palpita en nuestros altares en la augusta Eucaristía; y su vida y palpitación van acompañados de un gemido constante al Padre Eterno por nuestras necesidades. De él ha dicho San Pablo: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis: Vivo siempre para interceder por nosotros.* Consagrarnos, pues, al Sagrado Corazón, es asociar á nuestros ruegos y á nuestros trabajos esta su intervención poderosísima; es añadir á la palabra de nuestros labios, ó á la moneda de nuestra limosna, ó al rasgo de nuestra pluma, ó al simple voto de nuestro corazón, la recomendación, el vistobueno de ese Mediador eterno, á quien nada se niega de lo que con su mediación se presenta. Ora-

mos, escribimos, discutimos, peroramos, organizamos, luchamos, en una palabra, en todos terrenos; pero quizá contamos ¡ay! demasiado con nuestro humano valor, con nuestra actividad, con nuestra elocuencia, con nuestros esfuerzos. Templemos todo esto en la fragua del Sagrado Corazón, enrojezcámoslo á los ardores de ese fuego amoroso; y esas espadas así enrojecidas, así templadas, blandámoslas con brío; otra será entonces la fuerza de nuestro brazo, otras las conquistas que por Dios haremos entre nuestros hermanos.

Basta ya: cercana se halla la fecha señalada. El próximo 16 de los corrientes verá realizadas, no lo dudamos, estas esperanzas de nuestro corazón. Nadie falte aquel día á su puesto de honor. Ningún padre de familias católico deje de consagrar al Sagrado Corazón la suya; ningún jefe de Asociación los trabajos de ella; ningún director de casa piadosa su comunidad. No quede iglesia, ni capilla, ni oratorio, donde no se celebre aquel día una Misa siquiera á esta intención; donde no ardan por lo menos unas velas ante la Imagen amorosísima; donde no se canten ante ella los dulces conceptos de que la Iglesia ha sembrado en loor suyo los himnos sagrados. Sea fervoroso y unánime el clamor:

¡Corazón Santo,
Tú reinarás!

Sí, ¡reinaréis, Corazón Divino, y esta nuestra consagración apresurará, así lo espera el Papa, así lo esperamos todos, el suspirado momento de vuestro feliz reinado!

Junio, 1875.

LXXII.

IN HOC SIGNO VINCES!



OR más que sean de luto y muy de luto los tiempos, aparecemos hoy de gala y muy de gala, amigo lector, y aunque pobres, que lo somos, echamos, como se dice, la casa por la ventana, y nos permitimos hasta el lujo de un número extraordinario. Lo merece el soberano objeto de nuestros obsequios, el Sacratísimo Corazón de Jesús, ante quien está postrado hoy de rodillas el universo católico. Lo necesita, como desahogo de júbilo, nuestro pobre corazón.

¡Magnífico y consolador espectáculo! La palabra que desde Roma acaba de hacer oir á todo el mundo el gran Pío IX ha sido en todas partes recibida con verdaderos estremecimientos de alegría. Hoy, á estas mismas horas, millones de labios repiten la fórmula de Consagración dictada desde el Vaticano, y millones de corazones laten con entusiasmo, augurando de tan feliz acontecimiento, próximas tal vez, y si no próximas, siempre infalibles seguridades de triunfo. Y un clamor universal, unánime, ardoroso, se levanta de todos los puntos aclamando Rey de todos los corazones al Sagrado Corazón, jurándole como á tal perpetuo vasallaje, reconociéndole como caudillo principal en todas nuestras empresas, como estandarte glorioso en todas nuestras batallas, como prenda de victoria sobre todos nuestros enemigos. ¿Y cómo no? Escuchad, amigos míos, escuchad.

Un día era terrible, era angustiosa como hoy, aún más que hoy, la situación de la Iglesia de Dios. La vida costaba el profesar la fe del Crucificado: la obscuridad de las más escondidas cavernas no bastaba siempre á salvarla á los discípulos del Redentor. El anciano y el niño, el joven y la doncella, la matrona y el sacerdote, eran llamados uno tras otro á sangrientos tribunales, donde en presencia de espantosos aparatos de tormento se exigía la abjuración de la fe ó el sacrificio de la vida. Los perseguidores no se cansaban en su infernal tarea de atormentar á nuestros padres, y nuestros padres no se cansaban en la heroica tarea de desafiar sus tormentos. Era como un duelo á muerte que duraba ya trescientos años, y sólo podía terminarse con la desaparición de uno de los contendientes. Tratábase de saber si el mundo pertenecería á los verdugos ó á las víctimas, si desaparecería al fin el Paganismo ó el Cristianismo. Y cuando más empeñada andaba la lucha, cuando menos probable parecía la paz, hubo de sonar en el reloj de la eternidad la hora de su terminación, é intervino entonces visiblemente Dios. Y fué El quien armó el brazo glorioso de Constantino y colocóle al frente de las aguerridas legiones del Imperio, y en el fragor de la batalla contra Majencio hízole ver en los cielos luminosa señal que colocada luego en sus banderas le dió la victoria y puso al vencedor en el primer trono del mundo, y á la Cruz victoriosa sobre el trono del vencedor.

Tras siglos de vergonzoso abatimiento otra vez el Paganismo, entonces vencido, intenta arrebatarle al Catolicismo el imperio del mundo que entonces le fué otorgado. El viejo Paganismo se llama hoy Revolución. Su contrario se llama hoy, como entonces, Iglesia de Cristo. Recia anda la lucha en todo el mundo, y no se trata ya de quién ha de preponderar sobre su tenaz adversario; trátase únicamente de quién ha de reinar solo, y de quién ha de desaparecer. Vanas fueron las transacciones que ofrecieron hasta hoy los que todo creyeron remediarlo con transigir. La Iglesia por un lado ha condenado á los amigables componedores y á sus sistemas de conciliación, y á su vez el infierno mismo, á quien hasta hoy han únicamente servido, acabó por mofarse de ellos. Despejados así los campos, es indudable que el choque ha

de ser muy más atroz, pero también los resultados han de ser decisivos. Trescientos años dura ya el combate que empezó con Lutero, trescientos años como los trescientos que duró la primera persecución. Y á la mitad de él, he aquí que aparece nuevo signo en el cielo de la Iglesia, acógelo ella como prenda de auxilio providencial, manda el Papa que se pinte en nuestras banderas, y que todo el mundo, consagrado á él, combata bajo ese lábaro santo que nos ha sido mostrado. *In hoc signo vinces: Con esta enseña vencerás,* parece haber dicho Dios á su Iglesia y á su Pastor, como le dijo hace dieciséis siglos á Constantino. Y heos aquí al mundo todo levantando en alto el glorioso emblema, dispuesto á luchar intrépidamente á su sombra y seguro de vencer.

¡Ah! sí, *In hoc signo vinces!* Esta, ésta es la señal, ésta es la victoria! ¡Pueblos católicos en todas partes vejados! ¡Hijos de la verdad por doquier perseguidos! Alzad, alzad los ojos que tanto tiempo anubló el llanto; alzadlos, por Dios! *Ecce appropinquat redemptio vestra.* ¡Próxima está vuestra libertad. Ved en el horizonte la aurora de vuestro día; postraos ante el Sagrado Corazón!

Los que gemís desterrados y encarcelados, al frente de los cuales te hallas tú ¡excelso Pío IX! los que lloráis la ausencia de vuestros Pastores; los que sentís despedazado el corazón á la vista de vuestros altares profanados, de vuestras alhajas saqueadas, de vuestro culto escarnecido; los que temblais viendo los progresos cada día crecientes del ateísmo y de la impiedad en la ciencia, en el arte, en la legislación, en el gobierno de las naciones; los que aterrorizados sentís bajo vuestros pies el rugido infernal de las sectas secretas; católicos de todo el mundo, unos en los sufrimientos y lágrimas como sois unos en la fe y en el amor; unos en la esperanza del triunfo como sois unos en la fortaleza del combate, ¡alzad los ojos! ¡alzadlos! ¡Ved la mano del Señor que quiere quebrantar el yugo que pesa sobre nuestros cuellos y romper la vara que azota nuestras espaldas! ¡Alzadlos, y empezad á entonar desde este día el cántico de vuestra libertad!

«Levantate, levántate, Sión, ármate de tu fortaleza, vístete de tus ropas de gala, oh Jerusalén, ciudad del Dios San-

to, porque ya en adelante no volverá á pasar por medio de ti el incircunciso y el inmundo.

«Alzate del polvo, levántate, toma asiento, sacude de tu cuello el yugo, cautiva hija de Sión. Sus dominadores, dice el Señor, obran inicuamente, y es día y noche blasfemado mi Nombre.

«Por esto vendrá día en que mi pueblo conocerá la grandeza de mi Nombre; porque Yo, el mismo que le hablaba, me he hecho presente en medio de ellos.

«Entonces se oirá la voz de tus centinelas, y á un tiempo alzarán el grito y cantarán cánticos de alabanza, porque verán con sus mismos ojos como el Señor hace salir del cautiverio á Sión.

«Regocijaos, y á una cantad alabanzas al Señor, oh desiertos de Jerusalén, pues ha consolado el Señor á su pueblo y ha libertado á Jerusalén (1).»

¡Sea así, por el gemido de tantos fieles que se os consagran hoy en las cinco partes del mundo!

¡Sea así, por las tribulaciones y fe perseverante de nuestro clero!

¡Sea así, por el martirio prolongado y súplicas incansables de vuestras esposas!

¡Sea así, por los cantos que en loor vuestro resuenan hoy en todas nuestras iglesias; por el ósculo amante, millares de veces repetido, con que se os recibe hoy en la Santa Eucaristía!

¡Sea así, por los votos de nuestro inmortal Pastor y gloriosísimo Vicario vuestro Pío IX, el Pontífice del Sagrado Corazón!

¡Sea así, por los merecimientos de vuestros Santos, por los de vuestra Madre sin mancilla, por los vuestros infinitos que sin cesar presentáis en descargo de nuestras iniquidades ante el Padre celestial!

¡Sea así, adorabilísimo Corazón, luz, consuelo y suprema esperanza nuestra! ¡Sea así! ¡Sea así! *Fiat! Fiat!*

Junio, 1875.

(1) Isaías, LII.

LXXIII.

¿REINA Ó NO REINA EL PAPA?



LAS noticias que de todas partes van llegándonos hasta la hora de entrar en máquina este número confirman que el día 16 (consagración del mundo al Corazón de Jesús) ha sido celebrado de un modo imponente y consolador. No ha sido un día de radiantes esplendores como fué el del vigésimoquinto aniversario del Pontificado de Pio IX, ni le convenía este carácter á la presente festividad. Aquello era un solemne *Te Deum* del universo entero, esto es simplemente una rogativa. Hay, pues, entre ambos la diferencia que va de la súplica humilde y sumisa de un mundo agobiado de temores y pesadumbres, á los transportes ruidosos de aquel que celebra la alegría de un gran beneficio conseguido. Ya vendrán los *Te Deum* pomposos; ya vendrán las espléndidas iluminaciones; ya vendrán los vítores entusiastas; ya vendrá todo eso, ya vendrá. Ayer fué día de humildes ruegos; mañana lo será de festejos entusiastas. Ayer las santas esperanzas; mañana las gloriosas realidades. Mas dejemos por hoy este asunto, y contentémonos con la inquebrantable seguridad que nos da la historia, de que si las súplicas de un particular han podido ser muy á menudo desatendidas, la oración de la Iglesia universal ha sido en todos tiempos escuchada. No lo dudéis, pues. En la presente crisis, como en todas, la Iglesia triunfará. Quisimos sólo sacar,

amigo lector, del espectáculo que ha presenciado el mundo hace cuatro días, una reflexión que puede servirte de mucho en no pocas ocasiones. Es de moda entre ciertas gentes creer, ó aparentar al menos que se cree, que la Religión es antigualla poco menos que sepultada ya en completo olvido, idea muerta en el corazón de los pueblos, ha dicho no sé quién, y que el Papa es poco más que un pobre viejo allá arrinconado en el Vaticano, á quien se estima algún tanto por sus prendas personales; á quien otro tanto se compadece por sus grandes tribulaciones; pero que carece de influencia para con su siglo, como voz que no halla eco ya en parte alguna en este desierto de dudas é indiferencia; monumento solitario de otras épocas que como las pirámides del viejo Egipto ha perdido ya del todo su significación para los hijos de la generación presente. Tales son para muchas gentes el Pontífice y el Pontificado.

No lo dicen así los hechos, ni lo juzga así quien desapasionadamente y de buena fe se dedica á estudiarlos. Los hechos diarios muestran que el Pontífice y el Pontificado reinan sobre el mundo actual, como sobre todos los siglos cristianos. Sí; ó sino, decidme: ¿Qué es reinar? ¿Es acaso ocupar materialmente con poderosos ejércitos vastas naciones, imponiéndoles un yugo que lleven de buen ó mal grado, arrancándoles cuantiosos tributos, etc., etc.? No, por cierto, esto no es reinar; esto es simplemente dominar. Si esto fuese reinar, reinarían el cómitre sobre los esclavos que tiemblan bajo su látigo, ó el bandido que se impone por el terror á una comarca. No, no es éste el nobilísimo significado de las palabras rey, reino. No; reinado significa algo más que dominación por medio de la fuerza; reinado significa voluntaria sujeción de corazones y voluntades; vasallaje rendido, pero lleno de dignidad, de hombres que obedecen porque desean ser mandados; que se honran con la obediencia que prestan porque la prestan á impulsos de la convicción y del amor del súbdito leal, no del temor del miserable esclavo. Reinado significa posesión de las almas más que de los cuerpos; ascendiente moral, más todavía que predominio guerrero; autoridad paterna, más, si cabe, que autoridad política. Por esto el emblema de la monarquía fué más bien el

cetro pacífico que la espada; sirviendo ésta como representación del derecho de defensa contra los enemigos exteriores, más bien que del derecho de gobierno sobre los súbditos leales. Esto es reinar, en el sentido más profundo de la palabra. Pero ¿quién reina así en el mundo? Príncipes ha habido que han sido llamados con verdadera razón padres de los pueblos, mas han sido rarísimas excepciones que sólo muy contadas veces nos ofrece la historia. Yo no veo más que en el Pontificado un ejercicio constante y normal de esta incomparable soberanía. Y como si la Providencia quisiese hoy hacerla brillar más espléndida en medio de la presente anarquía política y social en que andamos envueltos, la veo hoy más que nunca realizada en Pío IX.

¡Mirad qué Rey tan soberano y qué portentosa manera de reinar! Habla, y sin necesidad de enviar oficial de justicia que apoye con la amenaza sus órdenes, habla, digo, y millones de súbditos suyos escuchan. Muchas veces ni siquiera manda; indica, insinúa tan sólo, y estos súbditos se apresuran á obedecerle. Ordena oraciones, y pónese todo el mundo de rodillas orando, otorga una palabra de bondad, y la recibe todo el mundo con inmenso agradecimiento. Pide una limosna; ni siquiera la pide, conténtase con hacer presente la necesidad; ni siquiera esto, sin hacerla presente la saben ó la presumen sus vasallos; y al momento ríos de oro van de todas partes á sus manos; ríos de oro acompañados de dulces desahogos del corazón, de ardientes protestas, de cariñosas adhesiones; ríos de oro que no constan en presupuesto oficial, que no se cobran por medio de ejecución ni apremio, que no cuestan lágrimas, como no sean de gozo, porque el sistema tributario de este rey está todo basado en un resorte secreto que ignora la economía política de los demás reyes: el resorte del amor. ¿Quién reina de este modo como no sea nuestro rey espiritual?

Nuestro siglo está presenciando acerca de esto un fenómeno singular. A la par que por doquier se extienden la incredulidad y el ateísmo, avívase en la Iglesia de Dios el amor al Papa. Diríase que el mundo católico, al sentir en torno de sí el frío glacial de la atmósfera de incredulidad que le rodea, reconcentra toda su actividad, toda su energía en la profe-

sión de los puntos fundamentales de la fe, el primero de los cuales, después de la divinidad de Jesucristo, es sin disputa la autoridad de su Vicario. Así que, lo que en tiempos anteriores fué simplemente respeto á su persona, es hoy veneración, es culto; hoy no sólo se obedece al Papa, sino que se le ama entrañablemente; hoy el filial tributo de adhesión al Romano Pontífice es más que adhesión, es *devoción*. ¡Qué contraste! Nunca fué mayor la anarquía social, y nunca fué mayor á la vez la unidad del sentimiento católico; nunca se vió más solo, humanamente hablando, el Pontificado, y nunca le rodeó de mayores consuelos el agasajo popular. Paradoja parecerá, pero es para nosotros verdad incontestable: nunca fué tan viva como hoy la fe de los pueblos católicos en el Papa, nunca fué tan eficaz sobre ellos su autoridad, nunca fué tan glorioso su reinado.

Esto es reinar, amigos míos; esto es poder y valer; esto es ser algo en el terreno de la conciencia humana y de los afectos más puros. Con la mitad de la mitad de esa adhesión se contentaría el príncipe más poderoso. Bismark diera por ser así obedecido de los suyos más de la mitad de sus fusiles y cañones, porque éstos le pueden ayudar á vencer ciertas resistencias materiales, pero no le conquistarán una sola voluntad.

Esto es reinar; indicar al universo mundo la celebración de un acto como el del día 16, y alcanzarlo de todo el mundo con la unanimidad con que se ha celebrado.

Esto es reinar; y ruja cuanto quiera el orgullo revolucionario, no le quitará este trono y esta corona á nuestro Rey. Cuántos han caído, ¡ya lo habéis visto! cuántos caerán, ¡ya lo veréis! en medio del formidable aparato de sus fuerzas militares; y el nuestro... ¡no caerá!

Junio, 1875.

LXXIV.

ROER LA LIMA.

o sé si han leído Vds. aquel gracioso apólogo ó fábula de un travieso ratoncillo que se empeñó en hincar el diente en una acerada lima que halló por casualidad en la tienda de un cerrajero, como pudiera en el mejor y más blando queso de una bien provista despensa. Dice el fabulista que no fué la lima la roída, sino el roedor quien perdió los dientes en la empresa.

Vieja es la idea, como que data ya de los tiempos de Esopo y Fedro, pero en su aplicación se repite todos los días. Nosotros no podemos dejar de recordarla cada vez que vemos á un imperio, república ó monarquía, empeñados en perseguir al Catolicismo, como le persiguen hoy tantos Gobiernos de Europa. El resultado es siempre el mismo. El Catolicismo se queda eternamente tal cual es, quizá mejorado y limpio de alguna escoria que pudo sobreponérsele; sus enemigos, en cambio, gastados y desdentados como el inexperto ratón de la fabulilla.

El hecho es tan antiguo, que aconteció ya con el primer Papa, San Pedro, cuya gloriosa fiesta vamos á celebrar, lo mismo que sucede con Pío IX, el Papa de nuestros días.

El Imperio romano se obstinó en que habia de matar la Religión del Crucificado. Bien podía, humanamente hablando, atreverse á borrar del mundo esta novedad que tanto

mortificaba á sus señores. Mayores obstáculos habian cedido á su acción; nadie se le opuso jamás que no saliese quebrantado. Habia borrado de la faz de la tierra poderes que en vano habían desplegado para oponérsele inmensas fuerzas, grandes talentos, heroico valor. Todo habia cedido, y aquel colosal Imperio hallábase sobre todo.

Y los cristianos eran fáciles de vencer. Gente sencilla, rústica y de pocos alcances; hombres rudos, mujeres del pueblo; fuerza material ninguna; resistencia puramente pasiva... El jefe era en aquella sazón un viejo pescador de las playas de Galilea, de quien se sabía por única hazaña haber negado á su Maestro, acobardado por la palabrería indiscreta de una criada, que creyó podía comprometerle. ¡Valiente adalid para medirse en empeñado combate con los vencedores de Aníbal y de Mitrídates!

Pues bien. ¿Qué piensan Vds.? ¿Que los vencedores del mundo vencieron al pescador? ¡Ca! matáronle, es verdad, y en cruz por más señas como á su Jefe; pero es el caso que la raza del difunto siguió sosteniendo la batalla con sus matadores, y al fin dió al traste con ellos. ¡Vencidos quedaron los vencedores de todo el mundo por aquella gentecilla ruín y baladí, acaudillada por los descendientes de aquel miserable barquero! La lima, amigos míos, la lima gastó á sus roedores.

Y tres siglos se dejó roer la Iglesia por aquella serie de monstruos que uno tras otro iba lanzando Satanás á la tarea. Roían uno tras otro con todo el furor de su rabia aumentada por el despecho de su propia impotencia; roían uno tras otros esos monstruos que fueron llamándose Nerón, Calígula, Domiciano, Cómodo, Vitelio, Maximiano, Galerio, Diocleciano y Majencio, y gloriábase cada uno de haber acabado la obra; y era al revés, cada uno se hundía dejando intacta la lima, y más debilitado y desdentado el Imperio roedor. Como acabó aquel duelo de trescientos años, todos lo sabéis. La sangre y las lágrimas de los Mártires recabaron al fin de Dios una visible intervención, y el trono de los Césares perseguidores fué substituido por el de los Pontífices perseguidos.

Y desde entonces los poderes del mundo que han preten-

dido hincar su diente en la Iglesia han sido ellos los gastados y quebrantados. Un autor impío lo ha dicho con muy gráfica expresión: «La carne del Papa, dice, se ha indigestado siempre á los que han comido de ella.» Nuestro siglo ha visto de eso maravillosas experiencias. Napoleón el Grande y Napoleón el Chico vieron declinar su estrella así que se volvieron contra el Pontificado. Santa Elena y Sedán son testimonios frescos de que la lima deja aún sin dientes á los que se empeñan en morder en ella.

«Espero vivir lo suficiente para ver al bajel de las modernas locuras romperse á pedazos contra el escollo de la Iglesia de Cristo.» ¡Palabras atrevidas! ¿Sabéis de quién son? ¿De Pío IX quizá? ¿Del Obispo de Jaén? ¿De Dupanloup? ¿De Luis Veuillot? No, amigos míos, no; no salieron de labios católicos. Son del mismo mismísimo Bismark, como si dijésemos del diablo en persona; que alguna vez por justos juicios de Dios ha dicho la verdad el mismo padre de la mentira. Díjolas en la Cámara de diputados de Berlín, en la sesión del 15 de Noviembre de 1849, á propósito de una medida impía del Gobierno que él combatía por impolítica desde la oposición. ¡El mismo las sacará verdaderas!

¡Roed, roed la lima de Dios, desdichados roedores! Sin dientes y llenos de vergüenza os dejará vuestro insensato empeño!

Junio, 1875.

LXXV.

UN AMIGO DEL PUEBLO.

os enemigos del Catolicismo podrán decir contra él lo que se les antoje, falsificando la historia, obscureciendo los hechos, levantando en torno suyo por todas partes negra polvareda de calumnias... La verdad, que sobrenadará constantemente entre ese revuelto mar de escándalo y de mentira, es la de que nadie ha hecho lo que él por los pobres y los pequeñuelos.

Las formas de la caridad han sido en la Iglesia tan varias y multiplicadas como lo son las necesidades. Dijérase que ha reinado siempre en el seno de la Religión católica una como verdadera manía, un verdadero fanatismo por el bien del prójimo, si nos son lícitas á nosotros sus fieles hijos estas expresiones tan usuales en boca de sus enemigos.

Y no obstante, oigan Vds. á la Revolución y á sus adeptos... diríase al oir su lenguaje que todo estaba por hacer al alborear la feliz aurora de la idea revolucionaria, hoy, por nuestros pecados, derramada por todo el mundo, y en muchas partes dueña de él.

Y dejando para mejor ocasión lo que se refiere á otros ramos de caridad, véase lo que acontece con lo que se llama hoy la *ilustración popular*, la *educación de las masas*. Los apóstoles de la idea nueva andan, empeñados tiempo ha en convencer al mundo de que si un rayo de luz ha iluminado

alguna vez la inteligencia de las clases humildes, este rayo de luz se debe al foco luminoso de la Revolución; que la Iglesia es por su parte amiga únicamente de las tinieblas, obscurantista, apagaluces, interesada sobremanera en mantener sumidos á sus hijos en la noche de la más crasa ignorancia, etc., etc.

Y no es lo peor que haya quienes lo digan; es lo más funesto que haya quienes lo crean á pié juntillas, y den gracias á Dios, sí, señor, de que por suerte les haya cabido nacer en siglo, gracias á la Revolución, de tan radiantes esplendores.

Y no obstante es mentira, infame mentira, y los mismos hechos que están á nuestra vista lo están diciendo á todo el que no quiere expresamente cerrar corazón y oídos á la verdad.

Sí, señores revolucionarios; no es vuestro, no, el lema de *ilustración popular* con que os envanecéis; no es vuestro, no; es de la Iglesia, es de nuestra Madre.

Esas bibliotecas que ella creó en cada monasterio, en las ciudades, en las aldeas y aun en el despoblado, y que vosotros habéis arrebatado á sus legítimos dueños, no son vuestras, son de la Iglesia, que para los hijos del pueblo anduvo reuniéndolas con incansable paciencia en siglos en que un libro valía más que una piedra preciosa.

Esos cuadros con que habéis llenado vuestros museos, no son vuestros, son de ella, son de nuestra Madre, son de la Iglesia, que los pagó con su dinero, los inspiró con su aliento celestial, y los expuso á los ojos del pobre hijo del pueblo, para que levantasen su corazón hasta la belleza ideal, y perpetuasen así, bajo sus auspicios maternales, la raza de los artistas cristianos, hijos también casi siempre del pobre pueblo.

Esas ruinas que veis... son las de un convento. La mano de la Iglesia habia erigido en cada convento una verdadera Universidad para el pueblo; de él salian para las nobles carreras y para los altos puestos de la Religión y de la patria, hijos del pueblo convertidos en hombres eminentes que debian al fraile y á su protección y á la sombra del aborrecido claustro los primeros pasos de una brillante posición social.

La Iglesia había erigido esta Universidad en cada comarca, en cada pueblo; la Iglesia no vendía allí la enseñanza estancada en cuatro populosas capitales, cara siempre y averiada las más de las veces... La Iglesia la daba gratis, y basada en los principios de la doctrina de Jesucristo... Esto hacia la Iglesia; vosotros habéis hecho estas ruínas, elocuente monumento de vuestro celo por la ilustración popular.

¡Menguados ilustradores! ¿Qué habéis hecho por ese pueblo á quien no habéis enseñado más que á blasfemar contra Dios y á odiar á su prójimo? Pero... vamos al caso. Dentro pocos días celebra la Iglesia católica la fiesta de uno de esos héroes de la ilustración popular, de que ofrece tan frecuentes tipos el Catolicismo. José de Calasanz, el noble aragonés, el sacerdote de brillante porvenir según el mundo, hubo de idear, ya mucho antes que hubiese regeneradores revolucionarios, que la instrucción era un gran bien, y que la ignorancia era un gran mal; y que el mejor beneficio que podía hacérseles á los hijos del pobre pueblo, era proporcionarles franca, sana y abundante la instrucción en la piedad y de las letras. Y llevado de esta inspiración celestial, no nos dice la historia que perorase fogosamente en clubs ni en plazas públicas, ni que pusiese en las nubes los derechos del hombre y los fueros del pensamiento libre, ni que se desatase en violentas diatribas contra el monstruo del obscurantismo clerical. Ni declamó contra el poder negro; ni llamó código de la esclavitud al sublime Catecismo; ni atizó la llama de los rencores y envidias del pobre contra el rico; ni siguió, en una palabra, procedimiento alguno de los hoy día tan usados por los que se dedican, en nombre de la Revolución, á la fecunda tarea de sacar de sus añejas preocupaciones al pueblo soberano. José de Calasanz tomó por opuesto camino: empezó por renunciar á su patrimonio y á las esperanzas de su gloriosa carrera, y, rodeándose de pequeñuelos que recogía por las calles de la ciudad, humildemente vestido y pobremente alimentado, hízose su ayo y su maestro, infundiendo en sus tiernos corazones, junto con el temor de Dios, los primeros conocimientos en las letras y ciencias humanas. Y llevado de una ambición sublime, no queriendo ver acabada con los días de

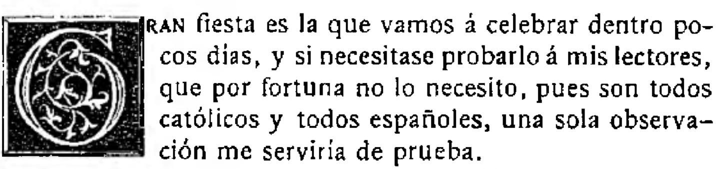
su breve existencia sobre el mundo la santa misión que se había impuesto, halló medio de perpetuarse en una Institución que tuviese por objeto principal de sus votos la enseñanza popular. Y ahí tenéis al esclarecido caballero de Aragón sobreviviéndose á sí propio en esas casas de Hijos é Hijas suyos, que con el nombre de Escuela Pia son los continuadores de su civilizadora empresa.

La Revolución no levantará, es verdad, estatua alguna á Calasanz, el héroe de la ilustración popular: la Iglesia, en cambio, le ha levantado altares, y la gratitud de los fieles le honra como á uno de sus más insignes favorecedores. Cuantas veces contemplamos su encantadora imagen, dulce, simpática figura de venerable anciano, fijos sus ojos en los niños pobres que se agrupan bajo los pliegues de su modesto manteo, abierto en sus manos el libro de la piedad y de la ciencia con que les convida, no podemos menos de exclamar con honda amargura de nuestro corazón: ¡Cuándo acabará de comprender el pueblo, hoy seducido y alucinado, dónde están su verdadera ilustración y sus verdaderos ilustradores!

Agosto, 1875.

LXXVI.

¡MARÍA INMACULADA!



RAN fiesta es la que vamos á celebrar dentro pocos dias, y si necesitase probarlo á mis lectores, que por fortuna no lo necesito, pues son todos católicos y todos españoles, una sola observación me serviría de prueba.

Es la siguiente:

La situación de la Iglesia viene siendo ya de mucho tiempo tristísima; hoy, humanamente hablando, la podemos llamar angustiosa, y hasta (siempre humanamente hablando) poco menos que desesperada. Si en medio de nuestras crecientes inquietudes nos atrevemos á mirar lo que en torno nuestro acontece, ¿qué cosa hallaremos que no nos sea motivo de aflicción y de desaliento? El furor verdaderamente satánico de unos, la ceguedad y lamentables preocupaciones de otros, la criminal apatía de la mayor parte, nos asedian, nos agobian, nos abruman. El mundo todo parece estar en armas contra el Catolicismo; y el Catolicismo, en pie como siempre, pero luchando solo contra todo el mundo. La Iglesia devora en silencio el ultraje y la persecución, y bebe con resignación, sí, y con serenidad también, pero también con inmensa amargura, el cáliz de una pasión dolorosísima. Y sin embargo, ¡oh Dios mio! al romper la aurora del 8 de Diciembre ¿no la veis cada año, lectores míos, á nuestra Madre

sonreir y regocijarse como pudiera en días más felices? ¿no oís cuál da al viento sus cánticos y salmos de victoria? Y vosotros mismos, decid, ¿no sentís cada año en tal festividad más que en otra alguna, dilatarse vuestro pecho, palpitar con más desahogo vuestro corazón? ¿no experimentáis en ella algo que yo no sé cómo llamar, pero que se perece muchísimo á un vago estremecimiento de esperanza? ¡Ah! sí, esto acontece. Diríase que en medio de la cerrada noche en que combatimos se abre hoy un punto en el cielo, para que brille por un momento un rayo de luz sobre nuestros ojos anublados por las lágrimas.

Buscándole á este hecho una explicación satisfactoria, creo haberla hallado en la naturaleza misma del misterio dulcísimo que vamos á celebrar. La Concepción Inmaculada de María, como ya otras veces en este mismo día se ha hecho notar, es, en el fondo, una lucha y una victoria. Y ¿cómo no habíamos de interesarnos por esta lucha los que luchando vivimos? y ¿cómo no habíamos de interesarnos por esta victoria los que por hacerla nuestra andamos sosteniendo de continuo tan recias batallas? Es una lucha y una victoria, y el enemigo á quien se combate y á quien se vence es el mismo á quien combatimos y á quien hemos de vencer nosotros. Es una lucha y una victoria, y de esa lucha nacen todas nuestras luchas, y en esta victoria fiamos la seguridad de todas nuestras victorias. ¿Y se preguntará todavía por qué la fiesta de la Inmaculada Concepción parece ser la fiesta providencial de nuestro siglo? ¿Se preguntará todavia á qué ese entusiasmo universal de los pueblos católicos, á qué esa serenidad en todas las almas, á qué esa inundación de júbilo en todos los corazones? ¡Ah! Dios en su infinita misericordia reservaba para nuestros tiempos de pavor y de desaliento ese misterio de esperanza; misterio definido en tiempos de agitación, al amago de terribles calamidades, por un Pontífice probado en el infortunio. Por eso la fiesta de María Inmaculada, lejos de disminuir en esplendor y pompa, como, por circunstancias muy sabidas, acontece con otras festividades cristianas, crece y crece más y más cada día, y es cada día, permítaseme la expresión, más católica y más popular y más española.

Más claro. Es porque lo que podemos llamar en cierto modo lucha de Satanás contra María es el origen, la imagen, más aún, la realidad misma de nuestras luchas; y la victoria de María sobre Satanás es el origen, la imagen, la realidad misma de nuestras victorias.

Lo veremos examinando cada una de estas partes.

Que el misterio de la Concepción Inmaculada de María no sea más en cierto modo que una lucha y una victoria, nadie habrá que lo dude. Decimos, empero, en cierto modo, porque es claro que preservando Dios á María del pecado original sustrajola de esta suerte á toda guerra del infierno contra Ella. Sin embargo, no es menos cierto que dicha preservación de la culpa, en que imaginó Satanás envolver á todo el linaje humano, ofrece la imagen de una oposición entre los decretos de Dios y los planes de Satanás, oposición cuyo más exacto simbolismo es el de una batalla que riñe María con su adversario. El arte cristiano, acorde en esto con la más rigurosa teología, nos dice lo mismo presentándonos á María Inmaculada en figura de una agraciada Niña colocada sobre el mundo y sobre la luna en señal de preeminencia, aplastando con su débil pie la cabeza de la serpiente que pugna por devorarla, al paso que su rostro dirige al cielo su divina sonrisa, como agradeciendo á Dios el haberla sacado vencedora en tan desigual combate. Traducción material, pero exactísima, de aquellas palabras de la Sagrada Escritura que á este misterio se aplican: *Pondré,* dijo Dios á la serpiente, *enemistades entre ti y la Mujer, y entre tu descendencia y la descendencia suya; Ella quebrantará tu cabeza.* Satanás, pues, podemos decir que lucha contra María pretendiendo envolverla como á las demás criaturas en la corrupción que inficiona á todo el linaje humano. María vence á Satanás, siendo librada por una anticipada aplicación de los méritos de su Hijo Jesucristo de aquella universal corrupción. Satanás lucha contra María queriendo que en la tierra ni un punto solo quede libre en que pueda Dios apoyar, digámoslo así, la reconstrucción moral del linaje humano. María vence á Satanás, siendo Ella, por especial privilegio de Dios, este único punto libre en que va á apoyarse la reconstrucción proyectada. Veamos ahora cómo la lucha de

Satanás contra María es nuestra lucha, y cómo la victoria de María sobre Satanás es nuestra victoria.

Cuando en el paraíso se anuncia la enemistad ó lucha entre la serpiente y la Mujer, se anuncia también la enemistad ó lucha entre la descendencia de ambos. Y este oráculo de Dios predice clarísimamente un fenómeno histórico que no tarda en aparecer; es decir, la división del mundo en dos campos perpetuamente enemigos é irreconciliables: el campo del mal y del error, el campo del bien y de la verdad. Enemistades, es decir, lucha. Y esta lucha espantosa llena la historia de todos los siglos. Veámoslo.

Eternamente el error alzándose frente á frente de la verdad para ahogarla; la corrupción sobreponiéndose á la inocencia para oprimirla; siempre el infierno y Dios en guerra abierta, agrupando al rededor de su respectiva bandera, el uno su ejército de verdugos, el otro su ejército de Mártires. El combate pudiera creerse á primera vista incierto ó desordenado; estudiándolo, empero, detenidamente, se observa que así los hijos de la luz como los hijos de las tinieblas obedecen instintivamente á una consigna recibida; obran según un plan predispuesto, aunque tal vez lo ignoren; en dirección á un fin de antemano señalado; con sujeción á una providencia celestial los unos, y á una providencia infernal los otros; providencia que en ambos regula y utiliza sus más insignificantes movimientos, sin por eso destruir su libertad. ¡Ah! lo repito, lectores míos; esta lucha es la más constante de las leyes de la historia, esta lucha es espantosa.

Miradla ensangrentando el primer altar y enviando al cielo el primer mártir á manos del primer homicida. Aun no había en el mundo más que hermanos, y la lucha entre el bien y el mal era ya fiera y obstinada entre estos dos hermanos. Y como si tras esta primera víctima debiera suceder una generación perpetua de víctimas, y tras este verdugo una generación perpetua de verdugos, mirad: en todas partes en donde brilla un destello de verdad, ó la luz tranquila de una virtud, allí aparecen de repente con su odioso cortejo de perfidias y crueldades la corrupción y el error. ¡Siempre paralelas, siempre equilibradas, siempre irreconciliables

estas dos fuerzas! ¡Misterio profundo! Profundo, sí, pero claramente vaticinado: *Pondré enemistades entre ti y la Mujer, y entre tu descendencia y la suya.* Y la descendencia de la serpiente es en el mundo el ejército de los malos, y la de la Mujer el ejército de los buenos.

Nace Cristo, y sobre su cuna cantan los Angeles la paz al género humano. ¿Va, pues, á quedar derogada aquella triste profecía de guerra que resonó en el principio del mundo? ¡Ah! no; esta paz es la del hombre con Dios, la reconciliación del Criador y de la criatura por la mediación de Cristo-Jesús: no es la paz con nuestro enemigo infernal; no es la paz entre la descendencia de la serpiente y la descendencia de la Mujer. Al contrario: la guerra va á hacerse más encarnizada, por lo mismo que el deslinde, la separación de los campos va á conocerse más visiblemente.

Jesucristo establece su Iglesia. Militante se llama ella misma, y empieza á acreditar su nombre con repetidas campañas. Cada siglo de la Iglesia lleva el nombre de una gran batalla. Los judíos empiezan persiguiendo de muerte al Fundador y á sus Apóstoles. Los emperadores romanos prosiguen la obra derramando á torrentes la sangre cristiana. Las herejías recogen después de ellos la consigna del infierno, y cambiando de táctica perdonan á los cuerpos para acabar más presto con las almas. Observadlo. La raza de la serpiente maldita se presenta cada siglo con distintos nombres, siempre con idéntico espíritu. Llámase Paganismo en los tres primeros siglos; Arrianismo en el cuarto; Nestorianismo en el quinto; Mahoma en el sexto; Berengario después; más tarde Wicleff y Juan Hus; al alborear la época moderna, Lutero; un siglo después, Jansenio; otro siglo después, Voltaire; hoy, con un nombre que los comprende todos, Revolución. ¿Quién no la está viendo en esa no interrumpida sucesión de perversidades y de errores la generación de la serpiente del paraíso? ¿Y quién no la ve hoy día á esa serpiente enemiga de Dios, manifestándose, ora en el libro impío bajo el mentido nombre de ciencia, ora en el periódico bajo el mentido nombre de política, ora en los negocios públicos bajo el mentido nombre de razón de Estado, ora en el derecho internacional bajo el mentido nombre de derecho

nuevo? ¿Quién no la ve en esa lucha colosal, que es casi imposible abarcar con una ojeada, lucha en la cual los más francos y desembozados dicen ya claramente que guerrean contra Dios?

Mostrábamos hasta aquí como la profecía del paraíso terrenal había salido verdadera en la parte que se refiere á la lucha de la serpiente y de su descendencia con la descendencia de la Mujer, ó sea á la cruda batalla que desde el primer pecado vienen riñendo en el mundo el bien y el mal, por lo cual nuestras luchas de ahora son la continuación de aquella primitiva lucha. Tócanos ahora manifestar como asimismo salió verdadero el indicado vaticinio de Dios con respecto á la victoria de la Mujer y de su descendencia, victoria que es garantía infalible de nuestras victorias. De suerte que la lucha de la serpiente con la Mujer y la victoria de Esta sobre aquélla es algo más que un episodio individual y aislado; es el gran drama del mundo que lo llena todo y todo lo explica. Si pertenecéis por vuestra fe y por vuestras buenas obras á la descendencia feliz de la Mujer, condenados estáis á sostener esa lucha eterna con la descendencia de la serpiente. No os desalentéis, empero; porque si Dios nos ha intimado la necesidad de luchar, nos ha otorgado, en cambio, la seguridad de vencer.

El citado texto bíblico no puede ser más explícito. Su primera parte habla de enemistad ó lucha entre la Mujer y la serpiente. Su segunda parte señala claramente el aplastamiento de la serpiente por la Mujer. Y nótese que en cualquier sentido en que se tome la profecía, bien se atribuya en ella la victoria á la Mujer privilegiada, bien á su descendencia, Cristo y nosotros su Iglesia, una cosa permanece cierta y fuera de toda cuestión: la derrota de la serpiente infernal y de su descendencia impía, y por consiguiente la victoria de la Mujer y nuestra propia victoria. Victoria que inició

Dios en el misterio que celebramos preservando del pecado original á María, y victoria que continúa el mismo Dios, limpiándonos á todos por su gracia del pecado y dándonos fortaleza, luz y remedio contra sus deplorables consecuencias. Victoria que dejó perpetuamente asegurada Cristo estableciendo á pesar del infierno su Iglesia inmortal; victoria que por Cristo consumaremos nosotros sosteniendo, á pesar de todos los embates del infierno, esta misma Iglesia. ¡Ah! sí, porque venceremos, lectores míos, venceremos cualesquiera que sean las peripecias de nuestro combate; venceremos, porque la misma divina boca que nos predijo la lucha, nos predijo también la victoria. Venceremos, y no sólo venceremos, sino que desde la victoria de María vencemos ya.

Escuchad una observación.

Examinando la situación del mundo desde el pecado original hasta hoy, conociendo los esfuerzos diabólicos que ha venido haciendo el mal durante todos los siglos, sabiendo que ha podido disponer de todos los medios porque todos le han parecido lícitos, decid: el solo hecho de existir el bien ¿no es ya una incomprensible victoria? Y aplicando esto á todas las vicisitudes de la Iglesia, decidme, lectores míos, ¿no hemos vencido siempre por el solo hecho de no haber sido vencidos jamás? Os he mostrado hace poco á la Iglesia batallando con la descendencia de la serpiente desde su primera aparición sobre la tierra: decidme, pues: si la Iglesia ha podido sostener hasta hoy cada una de estas batallas, ¿no es porque siempre en la anterior salió vencedora? Detengámonos un momento en esta idea, que es de mucho consuelo.

Ya al nacer lucha tres siglos la Iglesia con la idolatría. Mirad; todo está contra ella, el poder, las leyes, la ciencia de los sabios, las preocupaciones del vulgo, el espíritu nacional, el grito feroz de las pasiones corrompidas. Ella, en cambio, nada tiene que oponer á fuerzas tan desproporcionadas, nada más que cuerpos débiles que entrega sencillamente al hierro, al fuego y á los leones. Y no obstante, ¿quién cae en esta lucha desigual y desesperada? Pues, cae la idolatría sin dejar en el mundo rastro siquiera de su pasada existencia.

Lucha luego con el cisma y las herejías. Seductor es siempre el grito de la razón rebelde y orgullosa, y las palabras de emancipación y libertad hallan siempre por desgracia eco funesto en todos los corazones. La herejía llega á ser poderosa. San Jerónimo exclama apesadumbrado, que el mundo todo parece entregado al Arrianismo. Además, el infierno es infatigable y lanza uno tras otro sus campeones; apenas cae un hereje, se apresura á cubrir con otro la vacante. Un error da la mano á otro error. Sabe apoyarse también con las armas y con la intriga palaciega. Los emperadores del Oriente le prestan mil veces el apoyo de sus favores; Mahoma lo predica con el filo de la espada. Rudo es el combate, es verdad. Y no obstante, decidme, lectores míos, ¿quién cae? ¿quién queda sepultado para siempre en el panteón de la historia? No es por cierto la Iglesia, que vive aún, sino las herejías, de quienes ya nadie se acuerda.

De cisma en cisma y herejía tras herejía llegamos al Protestantismo. Fiero es ese enemigo, halagüeña su bandera, príncipes poderosos le secundan, abusos reales ó soñados le sirven de especioso pretexto, vastas regiones se someten á él, inunda el mundo con sus caprichosas interpretaciones, y lo inficiona todo con el virus del libre examen. Tres siglos lucha con él la Iglesia. Y decidme ahora. Tres siglos cuenta el uno de edad, diecinueve la otra, y no obstante, ¿quién presenta menos síntomas de vejez? ¿Quién habla más alto al mundo? ¿Quién envía más lejos sus misioneros? ¿Quién ejerce mayor ascendiente sobre los corazones? ¿Quién enciende las iras de los malvados? ¿De parte de quién está la decadencia? Y ¿qué tiene que ver el monstruoso engendro de un fraile apóstata y corrompido con la obra inmortal de Jesucristo?

Y si hoy gemimos, si una voz augusta y querida hace llegar frecuentemente á nuestros oídos dolorosas quejas, ¿creéis, lectores míos, que son gemidos y quejas de desconfianza? ¡Ah! no. Lloramos á lágrima viva, porque sentimos el dolor de las heridas y porque enciende nuestra sangre la vergüenza del ultraje. ¿Por ventura no siente todo eso el soldado valeroso? Mas, que lo oigan nuestros enemigos, que lo entiendan; decídselo, lectores míos, si algún día se os

presenta ocasión, decídselo; que no desfallecemos, no, que no cae la bandera de nuestras manos, y que aunque de las nuestras cayera por nuestra debilidad, otras manos la recogerían para entregarla á otras, y éstas á otras sucesivamente, para mantenerla así perpetuamente levantada y de consiguiente perpetuamente vencedora, hasta que con la consumación de los siglos llegue también la consumación de nuestra victoria. Porque nuestras luchas y nuestras victorias, como llenan todo el mundo, así llenan todo el tiempo, y sólo para la eternidad guardan su definitivo desenlace. Nada se resuelve aquí en última instancia. El total aplastamiento de la serpiente malvada, enroscada por el mundo desde el principio de él, quedará completamente realizado cuando en el último día resplandecerá de lleno la gloria de Dios por la manifestación de su justicia con el eterno castigo de los malos y la eterna recompensa de los buenos. Hasta entonces la Mujer privilegiada y su descendencia tendrán, es cierto, su pié sobre la serpiente, mas no obstante seguirá la lucha, porque la serpiente seguirá poniendo asechanzas á su calcañar, completandose así la aplicación del texto indicado: *Dijo el Señor á la serpiente: Enemistades ó lucha pondré entre ti y la Mujer, y entre tu descendencia y la descendencia suya. Ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar.*

He aquí pues, lectores míos, como aunque razones poderosas en vista del estado del mundo justifiquen nuestra ansiedad y desconsuelo, razones todavía más poderosas justifican nuestras esperanzas. Mirad á nuestra hermosa vencedora, símbolo elocuentísimo de nuestras luchas y de nuestras victorias. Miradla bien, amigos míos; la gloria inmensa de esta lucha y de esta victoria de sesenta siglos se refleja toda en su frente inmaculada. ¿Sois católicos de veras? os preguntaré. ¿Tenéis fe? ¿Creéis en el poder y en la palabra de Dios, de aquel Dios que ha triunfado en María? Pues bien: tened también esperanza. Nuestro desaliento procede casi siempre de que no fijamos la atención más que en los cuarenta ó cincuenta años que comprende nuestra efímera existencia sobre la tierra. Ensanchemos un poco el horizonte de nuestras miradas, elevémonos un poco sobre la confusión

que nos rodea; mirada desde la altura conveniente, nuestra lucha actual, por gigantesca que sea, no os parecerá más que un punto en la historia del mundo; los tronos que caen, las instituciones que desaparecen, las ideas que cambian, no os parecerán más que granos de arena que arrastra consigo la corriente arrebatada de los siglos. Sólo resplandece grande y majestuosa en medio de ellos la Iglesia, columna inmortal que Dios mismo asentó en medio de los tiempos para que al pié de ella vayan desfilando en pasajero tropel las obras de los hombres, dejándola á ella siempre en pié, siempre erguida, para que acredite aquella hermosa sentencia de nuestra gran española: *Todo se pasa; Dios no se muda.*

Tales son las sencillas reflexiones que la oportunidad de la fiesta de la Inmaculada Concepción y de su octava me ha movido á dirigir á los buenos lectores de la *Revista Popular*.

Diciembre, 1875.

LXXVII.

¡NAVIDAD!



UÉ fausto acontecimiento vamos á celebrar en estos días? ¿Por qué se agita el mundo, y se estremece y bulle, olvidando en este intervalo sus negocios, sus intrigas y hasta al parecer sus mismas amarguras?

¡Ah! Si un pobrecito gentil, ignorante de nuestra Religión y de nuestras costumbres, traído del fondo de los desiertos al bullicio y santa animación de nuestras ciudades y aldeas católicas, dirigiese á su acompañante estas preguntas, la respuesta que se le daría le llenaría de admiración.

Si se le respondiese que nos regocijamos todos, desde el más chico al más grande, por un pobre Niño que nació hace mil ochocientos setenta y cinco años en un establo de Belén, y que el recuerdo de ese nacimiento es el que nos saca de quicios y nos enloquece de gozo, ¡ah! no, no nos comprendería, ó nos compadecería por fatuos.

Y si se le dijese que este Niño era hijo de una pobre Mujer casi mendiga, que para darle á luz, en mitad de una noche de Diciembre, no encontró abrigo más decente que un lugar de bestias, ni cuna mejor acomodada que las pajas de un pesebre; si se le dijese además que el que le hacía veces de padre era un humilde carpintero, y que unos infelices pastores fueron los únicos que visitaron en aquella noche al Niño y á su Madre... háblote francamente, caro lector, el

pobre gentil aun nos comprendería menos y nos compadecería más.

Y si se le añadiese que este Hijo de la Esposa del carpintero, el Niño del establo, nacido entre bestias, reina hoy, después de muchos centenares de años, en el mundo, adorado por millares de millares de corazones que lloran de amor y de enternecimiento al pié de su pobre cuna; que todo el mundo sabe el nombre de este Niño para bendecirlo con veneración profundísima; que tiene monumentos grandiosos erigidos en honor suyo, y fiestas y cantos y poesía y regocijos en el templo y en la familia y en la plaza, y todo eso con un eco dulcísimo en el corazón de todos los hombres, de toda edad, de toda condición y de todo sexo, y todo eso á la distancia asombrosa de diecinueve cientos años... si todo esto se le dijese, ¡Mentira! exclamaría, ¡mentira! ¡demasiado hermoso, demasiado sublime es lo que pintáis para que sea verdadero! no hay suceso alguno, por importancia que en su tiempo haya tenido, que posea el privilegio de conmover así, á la distancia de diecinueve siglos, las entrañas de la humanidad: los hijos de los príncipes y conquistadores están olvidados, á nadie interesan, ni sus nombres conmueven siquiera una fibra, y ¿el Niño del establo, el ahijado del carpintero, el pobre, el desconocido, el olvidado, habría traspasado con su memoria las edades, sobrepujado la fama de los Césares, y vencido el poder del tiempo, que todo lo vence, y todo lo gasta, y todo lo hunde? ¡Mentira! ¡Sueño demasiado hermoso para que sea algo más que un sueño!

Y no obstante, ya lo sabes tú, pueblo mío, y lo sabe todo el mundo, aun los incrédulos: no es sueño, sino que es verdad, y verdad que se repite todos los años, así que la Iglesia despierta de su letargo al mundo con estas hermosas palabras de su Invitatorio: *Christus natus est nobis; venite, adoremus:* «Cristo nació por nosotros; venid, adorémosle.»

El fenómeno que se repite todos los años sería tan incomprensible para el pobre gentil, como es natural para ti, pueblo de mi corazón. Incomprensible sería, si no hubiese una palabra que lo explica todo y todo lo resuelve. Este fenómeno no es humano; es sobrehumano, es divino, porque el Niño nacido en el portalejo ruin hace mil ochocientos años,

era pura y sencillamente Niño-Dios. Y he aquí una prueba clarísima de su divinidad, prueba deducida del testimonio asombroso del universo.

Prueba que para tu uso puedes formular en los términos siguientes:

Es imposible al hombre solo alcanzar dominio tal sobre los tiempos y reinado tal sobre los corazones. Nadie lo alcanzó jamás.

Luego ese Niño que todo eso ha alcanzado es más que hombre. El ha alcanzado todo esto asegurando que es Dios.

Luego es Dios.

¡Ah! sí, este Niño es Dios; porque, dímelo, querido pueblo, así, con sólo tu sentido común: si este Niño no fuese Dios, si fuese ni más ni menos que los demás hijos de los hombres, ¿de dónde le vendría esa superioridad, ese dominio que ha sabido conquistarse sobre todos los siglos? ¿De sus riquezas tal vez? No, porque nació y vivió y murió miserable. ¿De su ciencia, por ventura? Tampoco, porque nadie sabe quién fué su maestro, ni viajó como los antiguos filósofos, ni se sentó en las Academias: cuando mayorcito, no se le vió más que en el taller del Esposo de su Madre. ¿Le sostuvieron poderosos ejércitos? El mundo todo le declaró sangrienta guerra; nació desechado de los suyos; emigró luego, perseguido de muerte por su rey; preso al fin por sus enemigos, dió su vida en afrentoso cadalso. De sus discípulos lo principal que podemos asegurar es que sabían sufrir y sabían morir. Durante los tres primeros siglos después de su nacimiento honrar su nombre era crimen que sólo hallaba digno castigo en el hacha del verdugo ó en las garras de las fieras. Y sin ejércitos, y sin riquezas, y sin humana ciencia, este Niño solo sostuvo la guerra con todo el mundo, y le venció. ¿Quién le ha dado, pues, á ese Niño la victoria, esa victoria que dura aún y promete durar otro tanto? ¿Quién se la ha dado? ¿Quién? Respondan aquí los falsos sabios que te engañan, pueblo de mis entrañas; respondan, descifren si pueden el misterio de ese Niño, que, colocado en el centro de la historia, irradia sobre todas las épocas de ella tanta luz, tanto resplandor, tanta alegría. Antes de El cuarenta siglos consolaron sus amarguras aguar-

dándole: después de El diecinueve siglos consuelan las suyas bendiciéndole. ¿Qué es eso? ¿Con que ni una palabra tiene la sabiduría humana para explicar ese fenómeno patente ante tus ojos? Necesario es, pues, acudir á la omnipotencia divina. Necesario es, pues, repetir muy en alta voz al pié de esa cuna bendita el grito de todos los siglos: ¡Este Niño es Dios!

Este Niño es Dios, Verbo del Padre, segunda Persona de la Santísima Trinidad, eterno, anterior á todo tiempo y á toda existencia, superior á toda vicisitud y á toda mudanza. Compadecido de nuestra miseria, fruto de nuestro pecado, quiso redimirnos con su sangre, alumbrarnos con su doctrina y fortificarnos con su gracia. Quiso, en una palabra, restaurar, reconstruir en nosotros la imagen divina que el pecado original había casi borrado. Para esto necesitaba un cuerpo que le hiciese apto para sufrir y que le permitiese presentarse visible á nuestros ojos. Y este cuerpo lo tomó encarnándose, esto es, haciéndose hombre en las entrañas purísimas de esta Doncella qüe miras hoy al pié de su pesebre, María, dulcísima hermana nuestra, virgen antes del parto, en el parto y después del parto, aunque, por miras altísimas de la Providencia, desposada con José. He aquí, pueblo mío, en breves y sencillas palabras el misterio profundísimo de este portal, el misterio de la Encarnación. Dios humillado hasta la miseria del hombre, el hombre elevado hasta la grandeza de Dios, he aquí lo que tienes á la vista. Humíllate, pueblo mío, humíllate á los piés de ese Dios humillado por ti, y si gloriarte quieres, gloríate en hora buena de la dignidad de hermano de Dios á que has sido elevado, y no manches esa gloria con bajos pensamientos indignos de tu nuevo carácter. ¡Gran cosa eres, pueblo mío redimido; gran cosa eres y mucho vales cuando tu propia sangre, la sangre de tu raza, circula por las venas del Hijo de Dios!

El espíritu de la Iglesia es el aliento de Dios sobre la tierra cubriendo de flores y de hermosura todo cuanto toca. El Catolicismo no es sólo un árido código de moral, ó un frio sistema de doctrinas, no, sino que es á la vez para el hombre de corazón un poema de inefables armonías, es la obra más perfecta de Dios, suprema Verdad, suprema Bondad y

suprema Belleza; por esto encierra lo más cierto de todo lo verdadero, lo más sano de todo lo bueno, lo más delicado de todo lo bello.

Pues bien: si en alguna ocasión sabe hacer gala el Catolicismo de sus más dulces encantos y de su mágico poder para embellecer la vida del cristiano, es sin duda en estas hermosas fiestas. Apodérase de todos los corazones, y diríase que es El quien reina en ellos exclusivamente. Ha impreso un sello tan propio y carecterístico en nuestras costumbres, ha idealizado de tal suerte en la imaginación de los pueblos todo lo relativo á estas fiestas, que en ellas todo creyente se encuentra poeta. ¿Quién ha compuesto, sino, tantos y tan originales y tan variados villancicos de Navidad? El pueblo sólo, sin más inspiración que la de su fe cristiana, sin mas recursos que los de su humilde fantasía excitada con los recuerdos del portal, de los pastores y de los Angeles.

¿Qué mucho, empero, si en ellas la misma Iglesia consiente en templar la augusta severidad de su culto con el bullicio de los regocijos populares, haciendo que el órgano y la orquesta remeden en nuestros templos las suaves modulaciones de la zampoña pastoril, gozándose en traernos á la memoria las dulces tonadas de nuestra niñez y el indefinible encanto y dulcísima vaguedad de los cantos tradicionales, como para dar á los actos del culto cierto carácter de infantil sencillez é inocencia, en honra de aquel Niño Divino que rodeado de flores sonríe en medio del altar? Su tierna imagen es adorada en brazos del sacerdote por la muchedumbre fervorosa y alborozada, no siendo raro en tales momentos ver correr suavísimas lágrimas, testimonio del amor y ternura de que rebosan los corazones. Y ¿qué, cuando en muchas localidades se presentan á la adoración los mancebos y muchachas del lugar, á lo pastoril ataviados, con sendos zamarros de pieles, al son de campestres instrumentos, cargadas las manos de sencillas ofrendas y el hueco de las *barretinas* de bulliciosos pajarillos, que puestos en libertad en el momento de la dulce ceremonia, revolotean por las altas bóvedas, mezclando sus chillidos y gorjeos con los cantos sacerdotales y con el alborozado murmullo de todo un pue-

blo? Y la Iglesia sonríe á todo esto, y lo bendice, porque ella fué quien lo inspiró.

¡Iglesia católica! ¡Madre inmortal de mi alma! ¡Que sean sordos mi oído y mi corazón á todas las armonías de la naturaleza y del arte, si una vez sola llegan á serlo al dulce embeleso de tus santas alegrías! Sigue, sigue, Madre mía, sembrando de flores el árido desierto que atravesamos! ¿Qué fuera la vida sin ti y sin los inefables consuelos que esparces en ella? Qué te comprenda nuestro corazón, que te ame, que te siga dócil, pues si eso realizas en la tierra, ¿qué ha de ser, Madre mía, lo que guardas como recompensa en el cielo?

Diciembre, 1875.

LXXVIII.

¡MALDITO DINERO! ¡BENDITO DINERO!

e aquí un título con dos caras, precisamente como lo es el objeto de que se ocupa. Porque, díganme sino Vds. mismos, ¿han visto cosa más descarada que el dinero y que con tanta facilidad y pocas aprensiones ponga buena cara á todo el mundo? Bien hicieron sus inventores en idearlo en forma de medalla con su anverso y su reverso, es decir, con doble cara, á guisa de periódico católico-liberal, y mejor hubieran hecho si hubieran grabado en una cara la cruz y en la otra el diablo, á fin de que el contraste fuese mayor y el símbolo más perfecto.

En efecto; dos caras tiene el dinero por lo regular, una con que sirve á Dios, otra con que ayuda al diablo. Es decir, y hablemos ya en serio y sin alegorías. No hay cosa mejor que el dinero, ni hay cosa peor, según el uso que se hace de él; por lo mismo pueden lanzársele, sin ser contradictorias, las dos exclamaciones que encabezan este artículo.

Diners fan bè, diners fan mal,

dice una máxima que en nuestra tierra ha alcanzado ya desde los tiempos de Maricastaña categoría y autoridad de refrán. Y á fe, que este señor refrán tiene razón que le sobra.

¡Cuánta ambición! ¡Qué afán de sobresalir y de sobrepo-

nerse! ¡Qué intrigas para desbancar al rival y colocarse en su puesto! ¡Espíritu de partido! diréis quizá. ¡Noble afán de servir á la patria! ¡Entusiasmo por una idea! ¡Amor á la gloria! ¡Ca! hombre de Dios. ¿Qué ideas, ni qué gloria, ni qué once cuartos? Sed de dinero y nada más. ¡Horrible realidad! ¡Maldito dinero!

La justicia vendida, el pudor ultrajado, la paz doméstica perturbada, hermanos á la greña, la literatura prostituída, la moral conculcada..., y todo, vea V., ¡por unos ochavos! ¡Maldito dinero!

Cierto, cierto, sí; y todos Vds. han prorrumpido más de cuatro veces en esta misma exclamación.

Pero vean en cambio lo que son las cosas. Da la casualidad, ó mejor y más cristianamente, la sabia providencia de Dios, que lo mismo que es continuamente tan eficaz instrumento y ocasión de picardías, es también medio poderoso de obras buenas y de excelentes virtudes.

La limosna que se da al pobre, el aseo y esplendor de la casa de Dios, la propaganda de buenos libros, la defensa por medio de ella de las sanas ideas, la enseñanza gratuita al infeliz jornalero, la obra artística que glorifica los héroes cristianos y despierta en nosotros la emulación de sus hazañas, y tantas y tantas otras obras meritorias que constituyen el ejercicio de la caridad cristiana en la más amplia acepción de esta hermosa palabra, ¿cómo se realizan sino con la eficaz y poderosísima cooperación y mediación del dinero?

Ahora mismo, ahí lo tienen Vds. á la vista: la santa obra de la defensa y propagación de las máximas católicas entre las clases populares por medio de la *Revista*, ¿cómo podríamos nosotros realizarla sin los dos realitos mensuales de cada subscriptor?

Y estos dos mil ochenta duros que vamos á enviar á Roma como homenaje de amor, respeto y fidelidad del pueblo español al Vicario augusto del Niño de Belén; esos dos mil ochenta duros, recuerdo de los ricos presentes que en su adoración ofrecieron al recién-nacido Jesús los reyes de Oriente; esos dos mil ochenta duros que pacientemente han ido viniendo, la mayor parte en pequeñísimas partidas, á nuestras manos durante los doce meses que acaban de transcu-

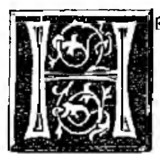
rrir, ¿no son la mayor prueba de que si el dinero es á menudo agente y corredor de cosas muy malas, lo es también muy frecuentemente de cosas muy buenas? Otra vez lo hemos dicho en estas mismas columnas, y plácenos hoy repetirlo: «Se ha llamado al dinero el dios del siglo, y es altamente glorioso ver como hasta este dios se prosterna á los piés del Vicario de Jesucristo. La fe de los pueblos se manifiesta en razón directa de los sacrificios que hacen éstos por ella. Y es indudable que los sacrificios de dinero, dada nuestra mísera condición, son de los más dolorosos. Cuando los pueblos se prestan, pues, con tanta espontaneidad y con tanta largueza á tan frecuentes sacrificios de esta clase, prueba es irrefragable de que todavía están sus creencias á grande altura.» Esto decíamos en 1871, año primero de la *Revista,* y la colecta fué aquel año de 3,305 reales. Y al siguiente ascendió á 14,381'18. Y el 73 subióse á 22,736'42. Y el 74 encaramóse con atrevimiento á los 34,300. Y en el próximo pasado, ya lo han visto Vds., no quiso bajar de los 40,000, sino desbordarse con desenfado hasta los 41,600, que no son bicoca.

¡Animo, católicos amigos de la *Revista Popular!* ¿Seguirá subiendo aún, ese termómetro de vuestra fe? Así lo esperamos nosotros. Así lo haréis vosotros. ¡Otra vez por el Papa pobre queda abierta, pues, la subscripción popular!

Enero, 1876.

LXXIX.

¡Ó CATOLICISMO, Ó SATANISMO!


E aquí la terrible alternativa á que está sujeto indefectiblemente el mundo; he aquí el dilema cuyos términos van estrechándose más y más cada día. ¡O Catolicismo, ó Satanismo! ¡O Dios, ó el diablo! Más claro. O nos resolvemos á ser hijos dóciles, nobles ciudadanos de Jesucristo con toda su grandeza, ó resignámonos á ser esclavos desdichados de Luzbel con toda su degradación y miseria.

Para los pueblos, así como para los individuos, no hay otros puntos de elección que éstos, en vano se discurren sutiles expedientes, ó se ensayan ingeniosos equilibrios. Una corriente divina y otra corriente satánica atraviesan en direcciones opuestas el mundo social; el que rehuse entregarse del todo á la primera será irremisiblemente arrastrado por la segunda.

Mal, muy mal andamos hace años, que el mal no es de ayer, ni su origen debe buscarse en acontecimientos recientes. Mal, muy mal andamos, y lo reconocen todos, y todos lo proclaman, y unos pocos quieren de veras el remedio; la mayor parte lo busca ridículamente ¡cómo debe reirse el infierno de nosotros! en los mismos principios y procedimientos que á tan triste situación nos han traído.

No se quiere Catolicismo más que á medias, y no se repara en que allí donde no se deja llegar la influencia católi-

ca, allí se deja sentir en el mismo momento con toda su fuerza la influencia satánica. Exactamente como las sombras de la noche se apoderan al instante del espacio del cual se retira la luz del sol.

Os dirán: «Católicos, sí, queremos serlo, pero con libertad para que predique y enseñe y haga prosélitos por su cuenta cualquier secta enemiga del Catolicismo.» Está bien, católicos sinceros. El infierno os agradecerá de lo lindo el celo que manifestáis por sus intereses. Cada artículo de vuestra ley librecultista será una rendija, digo mal, una brecha por donde os entrará el satanismo. Apóstoles sois de él, ni más ni menos.

Decíame con increíble candor un buen fabricante, y era el tal muy sensato y por supuesto muy conservador: «No me gustan escándalos en mi fábrica, ni he de ser yo quien les permita allí á mis dependientes ciertas libertades. No seré empero tan feroz é intransigente que vaya á hacerme fiscal de la conducta particular de cada uno, ni haré caso de expulsión la blasfemia contra Dios y sus Santos, ni ordenaré se rece en el taller el Santo Rosario cada día como hacían nuestros abuelos, que cada cosa tiene su tiempo, y los nuestros están ya muy distraídos de esas costumbres, para que vuelvan facilmente á ellas.» ¡Pobre amigo mío! le dije. Creed que no habrá paz entre el capital y el trabajo hasta que vuelva á reinar entre ellos Dios por medio de las prácticas católicas, así como entre ellos reina hoy el diablo, gracias á la ausencia de ellas. Se os da á vos muy poca cosa que no sean buenos cristianos vuestros dependientes como sean buenos trabajadores; pues, sabedlo: no serán lo segundo si no son antes lo primero, y tendrán razón, por vida mía, porque, seamos francos; si es lícito insultar con la blasfemia á Dios, ¿por qué no ha de ser lícito insultar con un grito demagógico al amo? Si se mira como cosa muy ligera el que se quebrante el tercer mandamiento robando el día festivo á la Religión, ¿por qué se ha de mirar como cosa tan grave el que se quebrante el séptimo robandoos á vos vuestros cuartos? O todos obligan, ó ninguno obliga: esto es lo razonable y lo natural.

Aquel otro encuentra muy exagerado lo que vengo pre-

dicando tiempo ha contra los diarios que, con todo y llamarse católicos, favorecen con sus anuncios y con su tolerancia la propaganda anticatólica. Será lo que quieras, le he dicho mil veces yo; pero, amigo mio, en esto no cedo. Anunciar una publicación mala, es ayudar activamente á ponerla en manos de incautos lectores, tanto más dispuestos á la seducción cuanto mayor confianza les inspiran las palabras católicas, y hasta pías y místicas, del que con la otra mano le propina el veneno. Si tal favor se hace al libro impío por puro compromiso, es hacer traición á la fe por respeto humano: si se le hace por dinero, es traidor por codicia, que es todavía cosa más vil.—Pero ¡son tantos que así lo hacen! —¡Ay, amigo mío! también son muchos los que hoy sostienen que no hay en España pizca ni miaja del Catolicismo liberal que ha condenado Pío IX!

No hay más que dos caminos: ó no ser católico, ó serlo de veras, porque quien no lo es de veras, no lo es de modo alguno. Ya Fígaro, y cuenta con que era revolucionario hasta donde cabe serlo, se burlaba allá en sus tiempos de aquellos infelices que en materia de principios andaban ocupados en buscar «un blanco que tire á negro y un negro que tire á blanco.» Realmente sería problema ese, capaz de volver loco al más diestro combinador de colores. Y ¡cuántos no obstante de buena ó de mala fe andan empeñados en resolverlo!

No hay más que dos caminos: ó Catolicismo, ó satanismo. Haga cada cual aquí su poco ó mucho de examen de conciencia, y vea á qué señor sirvió hasta el presente.

Enero, 1876.

LXXX.

LO MÁS URGENTE.



CON dolor lo decimos á nuestros lectores; no, no queremos escribir serie alguna de artículos en pro de la Unidad católica en nuestra patria y en contra de la libertad de cultos. Empezados y aun algo adelantados teníamos ya nuestros trabajos sobre esta materia, y los hemos suspendido de repente, ¿lo diremos? sí, por desconfianza. ¿A quién habían de convencer nuestros artículos? ¿Acaso á nuestros habituales lectores? No, que estos católico-católicos que son, no lo necesitan. ¿A los partidarios de la libertad de cultos tal vez? ¡Ah! Estos no nos habían de leer, y dado que nos leyeran no habían de hacerles cambiar de modo de pensar nuestras flacas razones. Por otra parte, la cuestión entre librecultistas y unitarios no es ya de aquellas en que cabe fácilmente la preocupación ó el error de buena fe. Habló claramente el Papa; hablaron los Obispos recordando las proposiciones condenadas; habla el buen sentido en todos los que lo quieren escuchar; habla la historia; habla la experiencia de otros países que nada ganaron con eso que se nos quiere regalar como progreso: á quien eso no convenza, ¿qué le ha de convencer?

Nosotros llamaríamos á cada uno de los desdichados partidarios de esa funesta libertad que trata de consignarse en nuestros códigos, y le diríamos: «Mirad, amigo; aparte de

los derechos exclusivos é incontestables que tiene el Catolicismo á ser reconocido él solo, por ser él solo la verdad, lo cual es la verdadera razón católico católica, aun por mero interés de la patria, que no es más que razón secundaria, no debierais querer le fuesen reconocidos derechos legales al error. Decidnos, sino: ¿quisierais vos esa libertad de cultos en vuestra casa? ¿Os gustaría tener una familia en que vos fueseis católico, luterana vuestra mujer, israelitas los hijos, musulmana la muchacha, y los criados uno quakero, y otro mormón? Si así os encontraseis constituída la familia, ¿no haríais todo lo posible para reducirla á la unidad de verdaderas creencias y de buenos sentimientos? Y si no pudieseis lograrlo, ¿no lo consideraríais como una desgracia? Y cuando lo hubieseis logrado, ¿no miraríais como el peor enemigo vuestro al que quisiese introducir otra vez en ella con el error la división? Pues bien; mirad, amigo mío: no es otra cosa una nación que una gran familia, y el gobernante no representa otra cosa que el padre ó tutor de ella. La familia española hasta hoy no reconoció más que un Dios y un culto; distraídos y poco exactos en cumplir con él, los hubo aquí como en todas partes, pero nunca desde remotos siglos levantó aquí nadie altar contra altar, ni dogma contra dogma. ¿Qué vamos á ganar en que no siga unida como hasta aquí la familia española? ¿No hay todavía en ella hartos motivos de disensión y de rencores intestinos, que sea necesario traer acá otros nuevos? Decid, fallad, amigo mío: como obraríais en vuestra casa, así habéis de desear obren los legisladores en esta que es casa y familia de todos. No nos conviene ni en el hogar ni en el Estado la división, aunque sea á título de libertad; nos conviene la unidad en la verdad, que es prenda de la unión de los corazones; y sin aquélla, hágase lo que se quiera, no puede esotra subsistir.»

Así hablaríamos nosotros al español á quien traen ciego y deslumbrado esas famosas luces del siglo que poco á poco van dejándonos á todos tan á obscuras. No, no insistiremos empero en eso. Nuestro deber como católicos nos llama á medios más eficaces. Lo declaramos con firmeza y sin vacilación alguna. No esperamos que lo humano y ordinario salve á nuestra pobre patria del recio temporal que se le

viene encima. Damos por perdida la causa de la Unidad católica española, á no venir en su auxilio sucesos extraordinarios y providenciales de los que, para tales casos, puede tener reservados Dios.

A El, pues, debemos acudir los católicos españoles, y no seremos lo uno ni lo otro, si con este motivo no damos muestras de nuestra fe y de nuestro patriotismo con el fervor de nuestras súplicas. No lo olvidemos. El humilde rezo de la más ignorante viejezuela puede más ante Dios que la más elocuente perorata del más fogoso diputado. Y si del corazón de toda España se levanta ese clamor unánime á Dios y á sus Patronos, y entre ellos muy en particular á María Inmaculada que lo es especialmente de nuestro siglo, podemos tal vez confiar que todavía se apartará de nuestra querida patria la calamidad de que se ve amenazada. Rogamos, pues, á todos, eclesiásticos y seglares, amos y trabajadores, señoras y pobres mujeres, niños y adultos, emprendan ante Dios esa piadosa campaña para alcanzar de El la merced que necesitamos. Dóciles á la voz del gran Pío IX y de nuestros Pastores, que en tales ocasiones nos encargan como recurso principalísimo la oración, dirijámosla fervorosa y encendida, y para mover á los tibios, pública y solemne si mejor conduce á nuestro propósito; reunámonos en nuestros templos, y hagamos oir á los cielos y á la tierra el clamor de nuestra fe y el gemido de nuestro corazón. ¿Qué podríamos temer? la libertad de la oración es la más sagrada de todas las libertades, y nadie, nadie puede impedirnos su ejercicio.

Y ríanse enhorabuena los incrédulos, y hagan mofa de nuestra confianza en el Dios de nuestros padres y de nuestra patria... Desafiemos impávidos la risa y el sarcasmo, que no es de pechos varoniles y cristianos ceder ante tan cobardes enemigos. Flacos somos y débiles ante el empuje de tantos enemigos. Pero ¿quién podría contra nosotros si contásemos con Dios y su decidido amparo? A alcanzarlo, á recabar de su brazo poderoso esta su intervención, á lograr de su amorosa protección este nuevo rasgo de ella en favor de su hasta hoy fiel y privilegiada España, á eso deben dirigirse nuestras súplicas, Misas, Comuniones, triduos, novenas, Rosarios y letanías. No haya hogar español donde en el rezo

cotidiano no se intercale un *Padre nuestro* siquiera al apóstol Santiago, para alcanzar en esta crisis su patrocinio especial en favor de esta tierra que por él fué evangelizada.

¿Vencerá en esta tan empeñada lucha la España católica á su enemiga la Revolución? Secreto es este de Dios, que no nos toca á nosotros investigar. Católica era la bandera que luchó en Guadalete; era la bandera de los sucesores del piadosísimo Recaredo, teñida aún con la sangre de Hermenegildo, el mártir de Sevilla, y no obstante... aquella bandera católica fué vencida por los hijos de Mahoma, y siete siglos de duro guerrear costó á nuestros padres hacerla ondear otra vez sola y única en la península española. Dios en aquel día aciago volvió las espaldas á nuestros soldados que batallaban por su fe, en castigo sin duda, como notan los historiadores, de la corrupción de costumbres que de nuestro pueblo se apoderara en los últimos reinados de Witiza y de Rodrigo. Y permitió fuesen profanados sus templos, dispersas las piedras de sus santuarios, asolados sus monasterios, y poco menos que destruido el nombre de Dios de esta tierra pecadora. Pero, pasada la hora del castigo y purificados por la prueba nuestros padres, hizo la Providencia reverdecer en Pelayo el tronco robusto de los antiguos monarcas, y España fué otra vez la nación de Dios, y dióle el cielo dominios inmensos donde ejercer glorioso apostolado, y ser por medio de su colosal poderío el brazo de hierro de la cristiandad contra el Protestantismo, á quien detenía en sus fronteras, y contra el Islamismo, á quien daba el golpe de gracia en Lepanto. Hoy puede que también nos vuelva Dios airado su rostro. Hemos ¡ay! de confesar que harto estamos haciendo para merecerlo. Pero no desmayemos: nunca está más próximo nuestro Padre á mostrarse misericordioso, que cuando con más rigor se está mostrando justiciero. Oremos y esperemos. Para tener derecho á lo segundo, acordémonos todos de que es esencial condición lo primero. Hoy como siempre lo más urgente es orar.

Enero, 1876.

LXXXI.

LA VOZ DE LOS PRELADOS.



OR los extractos que han visto nuestros lectores en varios número de la *Revista Popular*, y seguirán viendo en el presente y sucesivos, habrán podido ya conocer cuán unánime y cuán imponente es la voz del Episcopado español, que recuerda á los fieles de esta tierra sus deberes con motivo de la desdichada cuestión de libertad de cultos. No tenemos para qué añadir una sílaba á lo que tan elocuente como valerosamente exponen, uno tras otro, nuestros maestros en la fe; queremos sólo sacar aquí, de lo que nuestro rededor estamos oyendo y presenciando, algunas lecciones para nuestros amigos, y también... ¿por qué no? para nuestros enemigos. Sin más preámbulos vamos al caso.

Han hablado los Obispos sobre la citada cuestión, y han hablado porque podían y porque debían hablar. Podían como ciudadanos libres de un país libre, y no era ciertamente dudoso si tenían ó no tenían ellos el derecho que la ley otorga para eso al último de los españoles, que no pudiendo ser diputado se meta v. gr., á gacetillero. Debían además como Pastores de la Iglesia católica, que tienen á su cargo ilustrar las conciencias de sus ovejas en los puntos de doctrina que puedan presentarse como dudosos ó que se hallen expuestos á tergiversación por las astucias y por los sofismas del enemigo. Podían, pues, y debían: y esto lo sabe

todo el mundo, que lo primero lo anda diciendo por ahí la Constitución del Estado, y lo segundo lo enseña formalmente el Catecismo católico. ¿Qué motivo, pues, pudo haber para que en cuanto empezó el Episcopado español á ejercer este derecho que le concede la Constitución y á cumplir este deber que le impone el Catecismo, saliese al punto como de sus quicios toda la muchedumbre revolucionaria representada por los órganos que tiene en la prensa, y emprendiese contra los Obispos, que estaban simplemente ejerciendo un derecho y cumpliendo un deber, la más encarnizada guerra de que hay memoria en los anales del periodismo español? Suposiciones malignas, frenéticas invectivas, artificiosas calumnias, mal encubiertas amenazas, hipócritas consejos de prudencia, farisaicas lecciones de caridad, burlas desapiadadas, prosa y verso, fondo y gacetilla, letra y caricatura, todo, todo, todo se ha esgrimido en esta guerra inicua y desleal contra los que, dentro la más estricta legalidad, se han presentado sencillamente á ejercer un derecho y á cumplir un deber. Les han acusado de que hablasen una vez y sobre materia de su especial competencia, los que hablando, y hablando de todo, llenan cada día sendas cuartillas de papel, resolviendo de plano y con pretensiones de insolente infalibilidad sobre letras, leyes, artes, ciencias, política, guerra y religión. Se han sentido heridos por palabras llenas de piedad y de mansedumbre los que no saben escribir más que con tinta venenosa, de cuyo estrago mortífero nadie está libre, ni la fama del particular, ni la honra del hombre público, ni la quietud del hogar doméstico, ni el silencio del claustro, ni la misma paz de los sepulcros. Han echado en rostro á sus maestros en la fe miras aviesas, fines bastardos, segundas intenciones, los mismos cuya moral es el maquiavelismo, cuya prudencia es la tortuosidad, cuya sinceridad ha sido en todos tiempos la de la zorra. Y todos han clamado, han vociferado contra las intrusiones del clero, contra sus manejos perturbadores de las conciencias, contra su intransigencia feroz, contra su completo desconocimiento de la época en que vive, ¡ay época bendita! ¡quién te conociese menos! contra el obscurantismo y el fanatismo y el clericalismo, y tantas y tantas otras alimañas del repertorio revo-

lucionario, recursos supremos de tales escritores en los días de gran función. ¡Infelices! ¡Como si no tuviésemos ya conocidas hasta darnos asco y lástima todas las riquezas literarias de tan gastado diccionario!

Pues bien, lectores míos; aquí entro yo ahora y digo: ¿á qué tanta murmuración y tanto ruído porque dos ó tres docenas de hombres débiles y mansos hayan alzado su voz aquí donde tantos y tantos de los de pelo en pecho la alzan cada día sin que nadie les dé poca ni mucha importancia? ¿Por qué se muestra tan recelosa y tan susceptible la Revolución, que le da cuidados la voz de esos pobres ancianos, y tan afanosa se muestra para en cierto modo ahogarla con su destemplada gritería? ¿Qué es esto? Si la Revolución es la que, viento en popa, se adelanta á tomar tranquila y segura posesión del mundo, y si la Iglesia es cosa allá ya pasada de moda, antigualla que pertenece más á la historia que á nuestros días, ¿desde cuándo á los vivos y lozanos les inspiran los muertos y carcomidos tan extraño pavor? Más claro. ¿Vive ó no vive la Iglesia de Dios? ¿Influye ó no influye eficazmente en la vida moderna como influyó en la antigua? Si lo primero, ¿á qué dárnosla cada día por sepultada? Si lo segundo, ¿á qué alarmarse y lanzar gritos de cólera en cuanto se la vea mover los labios?

Dios, amigos míos, complácese, al parecer muy á menudo, en arrancar al infierno muy á pesar suyo rabiosas confesiones. Así está pasando en la ocasión presente. Las invectivas de Satanás, que de Satanás son por más que las profieran sus discípulos y sectarios, ciertos periodistas; las invectivas de Satanás, digo, son la mejor fe de vida de la Iglesia católica en nuestro siglo, que tantas veces se ha gozado neciamente en escribir su epitafio. Fe de vida, sí, y de vida poderosa, juvenil y hasta la consumación de los siglos asegurada. Desengañémonos. No se guerrea, ni aun por broma, contra los muertos; ni por mero gusto de combatir se combate á los ya vencidos. A los primeros se les deja dormir en el polvo de sus tumbas; á los segundos se les mira con desdén en la ignominia de su vencimiento. Gran señal es de robustez y virilidad ser todavía en todo el globo blanco de la contradicción, *signum cui contradicetur*. Miradlo. Una sola

de las palabras de la Iglesia católica, dicha por quienes tienen mandato y autoridad para decirla, pone al punto en zozobra y convulsión á toda esa muchedumbre de enemigos suyos, por otra parte tan numerosos, tan hábiles, tan satánicamente organizados. Sienten el aguijón con que los hiere el mismo soberano poder á quien blasfeman; siéntenlo y rugen negándolo, pero dando de él con su rugido el mejor testimonio. Dejad, lectores míos, dejad rugir á la fiera. Encadenada la tiene Dios.

Febrero, 1876.

LXXXII.

NOBLE EJEMPLO.


i los lectores de la *Revista* empiezan á leerla hoy por las últimas planas de ella, como todos los días hago yo á quien la primera es, por lo regular, sobradamente conocida, les sorprenderá agradablemente una larguísima lista de nombres y de donativos, digna por muchos conceptos de llamar la atención, y que no podrá menos de sugerirles elevadas y consoladoras reflexiones. Es la tal lista de hombres solos; no sólo hombres, sino jóvenes; y no sólo jóvenes, sino estudiantes; y no sólo estudiantes, sino de la Universidad, que es cuanto hay que decir para suponerles despreocupación, ilustrada inteligencia, y carácter un tantico brioso é independiente. Interpretando los sentimientos de los demás subscriptores que favorecen con sus limosnas al Papa pobre, hemos hecho que algunos de éstos les cediesen á aquéllos plaza y paso libres, seguros de que se regocijarán, como nosotros, en el Señor, y con nosotros les darán gracias al presenciar el desfile de tan gallarda y lucida comitiva.

¡Ah! ¡Bendito sea, bendito mil veces Dios, que en medio de tantos motivos de ansiedad y amargura como tenemos de continuo en derredor, ofrece, sin embargo, de vez en cuando á sus servidores tales consuelos! ¡Loada sea la entereza verdaderamente católica y verdaderamente española de quienes sobreponiéndose á respetos humanos, y venciendo la tibieza

y flojedad y espíritu transaccionista tan comunes en nuestro siglo, levantan osados y generosos la bandera de franca y leal adhesión á las enseñanzas de la Iglesia y de su suprema Cabeza, á cuyas amarguras se asocian, y entre cuyos hijos más decididos no se avergüenzan de figurar públicamente! ¡Bien haya esa juventud que en la segunda capital de España, y en el primer establecimiento científico civil de ella, se atreve á salir á la calle con su profesión de fe en los labios y su limosna en la mano, como si á los demás jóvenes de las restantes Universidades del reino les dijese: «¡Somos católicos! ¿Y vosotros?»

Consideramos esta manifestación de los estudiantes de la facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona como *un suceso*, y le damos y le darán todos los hombres pensadores la importancia de tal. Por ahí ha de empezar la reacción religiosa y moral que necesita nuestra querida patria. Religiosa y moral hemos dicho, porque la política no es en modo alguno de nuestra incumbencia. Reacción religiosa y moral, que creemos firmemente ha empezado ya y creemos además que ha empezado por donde debía empezar para ser fecunda y duradera, esto es, por la juventud y por la juventud estudiosa é ilustrada.

¡Oh! si comprendiesen los jóvenes la importancia y trascendencia del papel que en el agitado drama del mundo moderno les confía la Providencia! ¡Ah! Entre ellos los de corazón ardiente y generoso, los de frente impávida y serena, los de sublimes aspiraciones y de levantados impulsos, no se verían, como se ven hoy con aflicción y vergüenza á la vez, los indolentes que, sumidos en su egoísmo, no apetecen más que una vida muelle y afeminada; los disipados, volando siempre de placer en placer, ávidos siempre de nuevas emociones, sedientos siempre de goces más corrosivos, y ¡ay! ¡por su desdicha! vacío siempre el corazón, siempre insaciable el deseo. No se verían en tan temprana edad escépticos, almas heladas por prematura vejez con todo el desencanto de ella y sin su experiencia y maduro consejo; no se verían impíos y blasfemos manchando, con la procacidad y el insulto á las cosas más santas, los labios que no han olvidado todavía la oración que puso en ellos la piedad y el

cariño de la madre. No, no se verían tales monstruosidades, ni miraría con cierto terror el padre cristiano los centros de enseñanza oficial por los riesgos que pueda hallar allí la fe de sus hijos, ni sería para muchos jóvenes desventurados el período de la carrera literaria manantial quizá de tristes remordimientos para toda la vida.

¿Y quién duda que el primer impulso para esta reacción religiosa y moral que anhelamos ha de salir de entre los mismos grupos de la bulliciosa juventud que concurre á las aulas? No hay que esperarlo, por de pronto, de la esfera oficial. No soplan los vientos en este sentido. Ni, dado que soplasen, fuera hoy por hoy tan fecunda para el bien la mano de la pública Autoridad, como lo será indudablemente el esfuerzo particular de los mismos jóvenes... Oigannos, pues, nuestros jóvenes amigos. Si autorizados nos creyéramos para darles consejos, he aquí los que sin descanso haríamos resonar en sus oídos: Procuren mutuamente conocerse y tratarse los que se sienten animados de idénticos sentimientos; aúnense y ofrézcanse recíprocamente el poderoso estímulo del buen ejemplo; sostengan los fuertes á los débiles, alienten los animosos á los tibios; fomenten entre sí el verdadero espíritu de compañerismo y de fraternidad cristiana; formen juntos una como liga general de todos los que rezan y comulgan; no se necesitará más para que consigan hacerse respetar de sus propios adversarios y se hallen en condiciones de emprender en defensa de las sanas creencias y de las buenas costumbres una enérgica propaganda, que puede llegar á ser un verdadero apostolado. No les teman á los incrédulos y á los libertinos. La sonrisa mofadora de los tales es como la navaja de ciertos matones y guapos de arrabal. No es valiente más que con los cobardes. Al que le hizo cara dos veces, no se le atreve por lo regular la tercera. Los primeros sarcasmos de la impiedad encienden la sangre del injuriado y se la hacen agolpar toda al rostro abrasándoselo con el calor de la vergüenza. Es, amigos míos, el bautismo de fuego que recibe temblando el recluta en las primeras refriegas. Los sucesivos tiros se oyen ya sin pestañear, ó á lo más se contestan con el desprecio y, si firmemente caritativa es el alma del injuriado, con verdadera compasión. Hagan

por sí mismos la experiencia mis jóvenes amigos, y me dirán luego como les va en ella.

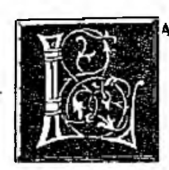
¿Será perdido este noble ejemplo de los jóvenes estudiantes de la facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona? ¿Habrán tomado ellos en vano la iniciativa en tan gloriosa manifestación de Catolicismo? El corazón nos dice que no, y cuenta que en tales asuntos solemos tener por ciertos los pronósticos del corazón. Ahora en estos mismos momentos anda el presente número de la *Revista Popular* en manos de otros cien y cien jóvenes que admiran y envidian quizá el valeroso rasgo de sus hermanos del Principado. Multitud de familias hácenlo objeto de animados comentarios. Más de una madre y una hermana derraman lágrimas sobre aquella página hermosísima. Más de un anciano letrado lee con emoción aquellos nombres, y dice para sus adentros: «Pues, señor, con ser mejores bajo todos conceptos nuestros tiempos pasados, no nos hubiera ocurrido á los jóvenes de entonces arranque tan ejemplar.» Más de un pobre y obscuro trabajador siente reanimarse su fe y su amor al oprimido Pontífice, viendo como creen en él y le aman y le auxilian personas de posición y de educación y de conocimientos tan superiores á los suyos. Más de un incrédulo, por fin, se ve forzado á exclamar mal de su grado, quizá con rabia, pero quizá también con notable provecho para su alma en la hora postrera: «Está visto: el árbol de la fe no lleva trazas de morir de vejez, cuando tan vigorosos y lozanos son todavía sus retoños.»

Esta última reflexión quisiera sacasen todos mis lectores de las presentes líneas y del notable suceso que las motiva. No las concluiremos sin enviar por nuestra parte á los jóvenes estudiantes el más caluroso y entusiasta parabién.

Febrero, 1876.

LXXXIII.

¡LA CARA POR DIOS!



A cara por Dios! sí, lectores míos; ¡la cara por Dios! ¡Todo por El, todo; palabras, obras, pensamientos, el dinero, la salud, la libertad, la vida! Pero, sobre todo, ¡la cara, amigos míos, la cara!

Mas ¿á qué, dirá alguno, esta salida de tono? ¿á qué hoy tan fogoso exabrupto?

Lo diré, amigos míos, lo diré, y puede que acabéis por darme la razón aun los más prevenidos.

La cara os pido, porque entre todo lo que el hombre debe á su Dios, es tal vez el pago de esta deuda el que ofrece mayores dificultades, y es por consiguiente el más escatimado y regateado, y es á menudo hasta negado absolutamente.

Y os la pido hoy, porque hoy es más que nunca necesario darla.

¡Cuántos y cuántas hallaréis, aun acá entre nosotros los católicos puramente tales (que de los otros no hablo), cuántos y cuántas, digo, hallaréis que os lo dan todo con la mayor espontaneidad y largueza, entendimiento, corazón, dinero, hasta dinero, sí, señor; ¡y cuidado, si cuesta en este pícaro mundo dar dinero para las cosas de Dios! Sí, todo os lo darán, pero ¡oh dolor! no les pidáis la cara, que hasta eso no llega su abnegación; ante tal exigencia se os vuelven cobardes los más animosos, y avaros los más desprendidos.

Más claro.

Exige la fe la sumisión de la inteligencia á sus augustas cuanto misteriosas verdades, y se presta dócilmente por los buenos católicos esta sumisión.

Exige el rendimiento del corazón con todos sus afectos, y á pesar de la resistencia de nuestros apetitos, siempre inclinados á lo sensual y grosero, se obtiene este rendimiento.

Exigen el culto de Dios, la propaganda del bien, la caridad por nuestros hermanos, el amor al Papa pobre, exigen, digo, sacrificios de dinero, y se hacen con prontitud y buena voluntad.

Pero se exige el testimonio público de Religión, exígese que la mostremos en faz de nuestros adversarios para confundirlos con lo decidido de nuestra actitud, que la saquemos á las calles y plazas para acreditarla, para que la vean firmemente profesada, así amigos como enemigos; exígese, en una palabra, la cara, y entonces... ¡allí de las excusas y pretextos! ¡allí de los vanos efugios y sutiles componendas!

De todas las debilidades y cobardías del católico débil y cobarde ésta es, sin duda, la más común y la más injustificada, y ¿por qué no hemos de decirlo también? quizá la más perjudicial.

La más común, porque es como enfermedad contagiosa que en ciertas épocas parece enflaquecer todos los caracteres y debilitar todas las voluntades. Acomete á todas las clases, á todas las edades y á todos los sexos. Siéntese aquejado de ella el humilde trabajador en su fabrica, el poderoso en sus salones, el hombre de letras en sus Ateneos y Academias. Hácese como de moda la vergüenza de la verdad: aspírase á contentar á todos por medio de una conducta flexible, dúctil, amoldable á todas las opiniones y á todos los gustos, que nunca acarree una contradicción, nunca ocasione un compromiso. Tiénese entonces por prudencia toda transacción hábil con el mal, aunque sea baja y absurda en el fondo; llámase espíritu de caridad toda condescendencia con el error, por más que ante Dios no sea más que una impía traición que se hace á los derechos sagrados de la verdad.

Es la más injustificada. Porque ¿á quién teme el que se avergüenza de su fe? Teme á un adversario ruin, desprecia-

ble, cobarde á su vez; más cobarde aún que el mismo que se ha hecho voluntario esclavo suyo. Teme el *qué dirán*, es decir, á la opinión de gentes á quienes el mismo que las teme tiene muy en poco. Concíbese que, puesto un cristiano ante el aparato de suplicios que inventó contra él la ira de los emperadores paganos, sintiese flaquear su valor y cayese algunas veces en una apostasía que nunca por eso dejaba de ser muy criminal, pero que podía hallar circunstancias atenuantes en la misma fiereza del trance. Pero ¡gran Dios! ¿á qué se expone hoy el católico para que se convierta tan fácilmente en vergonzante? ¡Oigalo la patria de las Eulalias, de los Vicentes y de las Engracias; óigalo la tierra de los héroes de Covadonga y de las Navas; óigalo el país de las víctimas del Dos de Mayo! ¡Aquel católico, que al fin es católico y que es español, aunque ambas cosas disimule tan perfectamente, teme... que se van á reir de él, que van á llamarle beato los impíos, y neo los anticatólicos, y fanático los malvados! Y por temor al fallo de tan despreciable tribunal se retrae de las obras de piedad, niega el obsequio de su presencia personal á ciertos actos públicos del culto, rehusa, por ejemplo, figurar en una lista de firmas pidiendo la Unidad católica!

Es, finalmente, la más perjudicial. Sobre este punto deseáramos extendernos con mayor amplitud. No lo haremos, empero, por falta de espacio. Figuramos los católicos en casi todas las localidades como minoría, y esto es lo que da alientos á la impiedad para atreverse á cualquier atentado. Y no obstante, ¿quién lo duda? ¡somos los más! ¡somos mayoría! Y la turba que nos asusta con su número retrocedería espantada el día en que nos viese unánimes y compactos en la profesión pública de nuestra fe. ¿Sabéis quién tiene la culpa de que esto no suceda? ¡Ah! Preguntádselo á esos católicos á su modo, cuyo principal empeño es encontrar un modo tan original de serlo, que en nada les distinga de los que no lo son. Preguntádselo á esos ciudadanos honrados que por miedo á ser llamados cristianos reciben á escondidas el periódico sano, que tal vez es el que leen con mayor afición, al paso que muestran encima de su mesa ó velador el periódico malo ó ambiguo que detestan en el fondo de su

alma. Preguntádselo á toda esa grey de vergonzantes y miedosos que ocultan como un crimen en su casa y persona toda señal exterior de fe y de piedad que pueda comprometer su reputación de hombres del día á los ojos de sus amigos. Y ved luego por qué es tan audaz el blasfemo, por qué es tan insolente la prensa irreligiosa, por qué son tan libres los desahogos de la impiedad. Naturalmente: ¡como son tan raras las protestas públicas contra tales excesos! como al Catolicismo que, gracias á Dios, está aún en todas partes, no se le ve, gracias al respeto humano, ya casi en ninguna!

¡La cara por Dios! ¡La cara por Dios, amigos míos! No le neguéis nunca á Cristo, abofeteado y escupido en la suya divina, este testimonio de vuestra cara, aunque os la abofetee el mundo y os la escupa el malvado. ¡La cara por Dios! Dé eso quien otra cosa no tenga por dar, y quien otra cosa tenga, dé eso también. Más que la propaganda por medio del libro y del periódico, más aún que la propaganda por la conversación y por la obra de caridad, es eficaz la propaganda por medio del ejemplo. ¡La cara por Dios! ¡Y no duden encontrar misericordiosa la del Supremo Juez en su hora postrera los que por profesar su fe la hubieren mantenido serena y cristianamente altiva en los presentes combates!

Febrero, 1876.

LXXXIV.

VERDADERO POSITIVISMO.

Si, amigos míos, también yo soy positivista, y lo es conmigo la Santa Iglesia, y quiere que lo sean todos sus hijos.

También ella quiere que sólo nos muevan intereses positivos, muy positivos; que sean ellos el móvil de todas nuestras acciones, el blanco de todas nuestras miras, el norte de nuestras más ardientes esperanzas.

Unum est necessarium. Una sola cosa hay necesaria, ha dicho el Evangelio. Y esta sola cosa necesaria, ésa es la única positiva, ése es el verdadero positivismo á que sin cesar nos exhorta. ¿Cual es? Servir á Dios y salvar el alma.

Al fin, los gigantescos trabajos en favor de la verdad, las grandes luchas por el bien, la propaganda activa, los brillantes escritos, los elocuentes discursos, si *sólo* tuviesen por objeto hacer triunfar en el mundo la influencia de una idea que nos parece más ó menos laudable, más ó menos sublime, más ó menos de utilidad social; aunque esta idea fuese la idea cristiana, si no presidiese á otra idea superior, es decir, la del último fin y la gloria de Dios, nuestros trabajos, nuestras luchas, nuestra propaganda serían poco más que polvo, humo, nada.

Frio *Naturalismo* del cual (sea dicho de paso) adolecen ¡ay! tantos escritos de nuestra época, que os hablan de la in-

fluencia del Cristianismo en la legislación, en la filosofía, en el arte, en el bienestar del pueblo y en lo que constituye el progreso humano, sin advertir que sus apologías no son más que falsificación de lo mismo que defienden, si al lado de esas razones de conveniencia humana, y sobre todas ellas, no hacen brillar las verdaderas razones de necesidad divina, es decir, la glorificación de Dios y la salvación eterna de las almas.

Me explico, por esto, que una gran parte del apostolado católico aparezca estéril y muchas veces contraproducente. Defender al Catolicismo, tratándolo como un cierto racionalismo, parece á muchos el colmo de la destreza y de la habilidad; es manía ésta que se advierte principalmente en los autores de cierta escuela, ó mejor secta, que Pío IX ha desenmascarado y repetidas veces condenado. Su táctica parece ser la de hacer aceptar nuestra Religión presentándola á los débiles como cosa muy aceptable, supuesto que al fin es un magnífico sistema de civilización y de progreso. ¿Y nada más? ¡Ay amigos míos! ¿Y Dios? ¿y el alma? ¿y la eternidad? ¿Habríais acaso suprimido de vuestro programa estas palabras?

Unum est necessarium. De este punto de partida hay que salir para la explicación de la fe, para la defensa de ella, para la organización de la propaganda, para el arreglo de la conducta propia, para la reforma de las costumbres públicas. Ese, ése es el verdadero y único positivismo. Todo lo que sin él se hable, se escriba ó se obre, es edificio sobre arena.

Para mí y para ti, lector, es éste el asunto principal, personal, exclusivamente propio. ¿Qué ha de aprovecharnos todo si perdemos el alma? Y en definitiva dentro cuarenta años, ó menos seguramente, la hemos de tener ó irremisiblemente salvada, ó irremisiblemente perdida. De nosotros depende.

Para la santa verdad que defendemos es también el negocio de mayor monta. Pues qué, ¿sabéis cuáles son para el Catolicismo los mayores enemigos? No vayáis á buscarlos en el campo de enfrente; entre nosotros están, en nuestras casas, en el fondo de nuestro propio corazón no cesan de darnos guerra. Nuestras miserables pasiones, nuestras odio-

sas inconsecuencias, nuestras insensatas vanidades, nuestras quisquillosas rencillas, nuestras prácticas descuidadas, nuestras imperdonables ligerezas, quizá hasta nuestros públicos escándalos. ¡Ay Dios! Demasiado, demasiado cierto por desgracia.

Pues bien. *Unum est necessarium.* Sí, una sola cosa es necesaria. Domine el pensamiento de la eternidad en la conducta, domine en la propaganda; ése es el verdadero positivismo, y lo que esto no sea, es vanidad de vanidades y todo vanidad.

Saquen de ello los lectores de la *Revista* consecuencias prácticas. Nosotros les ayudaremos como en todo en esta obra de regeneración personal. Créannos; es éste el único cimiento sólido de la tan ansiada regeneración social.

Marzo, 1876.

LXXXV.

LIBERALISMO Y LIBERTINAJE.



sí el individuo como la sociedad se desvían de su fin único, que es Dios, cuando se constituyen á sí propios en único supremo fin. Así todos los errores teóricos ó prácticos sobre esta materia pueden compendiarse en las siguientes fórmulas:

«El único fin de la sociedad humana es su propia felicidad. Nadie por consiguiente tiene derecho á legislar sobre ella, sino ella misma.»

«El único fin del hombre es su propio bienestar. En consecuencia su gusto es su suprema ley.»

Absurdos que por muy groseros que se nos presenten en su enunciación así cruda y descarnada, son no obstante admitidos en la práctica como corrientes axiomas por gran número de personas.

En efecto: la sociedad, fin de sí propia, y de consiguiente regla de sí propia, y por lo mismo independiente de todo otro lazo de sujeción y de toda otra norma de conducta, tal es el ideal de ciertos filósofos y estadistas de nuestros días. Y el hombre, fin propio suyo, y su voluntad, regla única de sus actos, tal es el ideal de todos los hombres que en su conducta han querido prescindir de la ley de Dios. Es lo primero la independencia social, que en el campo de las doctrinas (nada queremos con el de los partidos) se llama

Liberalismo. Es lo segundo la independencia individual, que en el lenguaje de los moralistas se ha llamado en todos tiempos libertinaje. Liberalismo y libertinaje que ofrecen no pocos puntos de contacto, aunque con significaciones sólo convencionalmente distintas, hasta el punto de poderse éstas cambiar é invertir en cierto modo sin que resulten menos exactas. Así sociedad liberal puede, en alguna manera, llamarse sociedad libertina, así como conducta libertina puede con bastante propiedad llamarse (y nadie se dé por ofendido) conducta liberal. Ambas palabras representan aplicación análoga de un mismo principio; en la una á las ideas, en la otra á las acciones; ambas parten del principio de la libertad independiente del último fin.

Respetando, sin embargo, el convencionalismo adoptado, y por aquello de que el uso es *jus et norma loquendi,* no tenemos inconveniente en que la palabra Liberalismo se aplique especialmente á la independencia social en orden á las ideas, y la palabra libertinaje se aplique especialmente á la independencia individual en orden á las costumbres. Siempre empero teniendo en cuenta que el libertinaje es, si bien se mira, el Liberalismo en práctica aplicado á los individuos; y el Liberalismo es en el fondo el libertinaje intelectual elevado á teoría y aplicado á la sociedad. Otra advertencia aquí, y no parecerá ociosa ó inoportuna. Ambas nociones admiten distintos grados y matices que fuera trabajo improbo especificar. Así la escala graduada del Liberalismo se extiende desde la radical emancipación proudhoniana, que brama ¡guerra á Dios! hasta la mogigatería católico-liberal, tan fielmente retratada por Pío IX; y á su vez la escala graduada del libertinaje alcanza desde los desenfrenos de Babilonia y de Pentápolis hasta los escrúpulos hipócritas del más solapado Jansenismo. Pero en cada grado de la escala es una misma la cosa, por aquello tan sabido en metafísica: *Magis vel minus non mutant speciem.* Lo cual no es decir que lo más pulcro y relamido y disfrazado, lo de formas más púdicas y decorosas, no sea lo más peligroso y por lo mismo lo más abominable.

¿No es verdad que de la idea del último fin tomada por criterio fundamental resultan, amigos míos, hermosísimas

aplicaciones? No debieron ocultársele al buen San Ignacio de Loyola, cuando la puso por principio de sus sublimes *Ejercicios espirituales,* que así sirven á maravilla para poner en orden los desconciertos del corazón, como para guiar la inteligencia en el revuelto mar de ideas, falsas unas y obscurecidas otras, de la hoy tan asendereada filosofía política y social. ¡Qué día serán los *Ejercicios* del hidalgo vizcaíno ley fundamental de las naciones católicas! Aquel día podrán llamarse verdaderamente tales, sea cual fuere el nombre de sus príncipes, la forma de su Gobierno, apellídese república, imperio ó monarquía. ¡Qué día será aquel precioso librito la norma práctica de la vida de todo ciudadano! Aquel día serán todos libres con la libertad hija del cielo, única que puede hacer felices á los hombres en la tierra.

De este criterio aplicado á la conducta individual son realización magnífica los Santos que forman el calendario cristiano. Nadie está excluído por su nacimiento, profesión ó estado de esta vocación gloriosa, que á todos alcanza y de todos ofrece gloriosos modelos. La cabaña y el trono, la vida militar y la vida religiosa, la virginidad y el matrimonio, la riqueza y la miseria, la rudeza y el saber, tomados, como se debe, con relación al último fin y como medios de llegar á él, son medios de santificación, de los cuales sólo se nos exige el uso conforme y ordenado.

Asimismo, de este criterio aplicado á la sociedad civil y á la gobernación de los Estados no nos faltan en la historia elocuentes ejemplares. Pero aun en nuestros días de general prevaricación y apostasía ha querido mostrarnos la Providencia uno elocuentísimo. Un hombre, no rey, ni emperador, ni siquiera capitán ilustre; un hombre civil, un mero presidente de república ensayó con fortuna en la suya la aplicación de esta magnífica Constitución del Estado. El Ecuador fué feliz bajo el gobierno de aquel hombre y de aquella Constitución esencialmente teocrática, porque estaba basada en la obligación que tiene el Estado de servir á Dios. Mas el puñal de las sectas no perdonó á García Moreno el crimen de haber ofrecido al siglo diecinueve el espectáculo de una república al servicio de Dios y bajo la soberanía de Cristo. Y García Moreno cayó. Pero la sangre del mártir del

Estado cristiano, la sangre del mártir bendecido por Pío IX, la sangre del mártir al cual, ¡oh fenómeno digno de meditación! ni una línea han dedicado en sus páginas los diarios católico-liberales, que tienen á sus lectores al corriente de lo que pasa cada día en los más remotos confines del globo; la sangre del mártir, ¡ah! sí, habla aún y hablará largo tiempo á los pueblos con elocuencia mayor que la de tantos y tantos embaucadores como procuran levantar ante sus ojos los acostumbrados fantasmas del clericalismo, de la teocracia y de la reacción, apenas se habla que sea católica la ley, católica la justicia, católica la enseñanza, católico el ejército, católico todo el organismo social. La sangre del mártir que espiró gritando: ¡Dios no muere! dirá á los pueblos modernos que no sólo es debido que las naciones sirvan á Dios, sino que es posible la realización práctica de este ideal, y no sólo posible, sino favorable á la paz pública, á la prosperidad de los negocios, al progreso de las ciencias, al lustre de la civilización. Dirá además (y será lección provechosísima) que en el duelo actual que divide en dos tan encarnizados campos el mundo moderno, no se discuten formas de gobierno, no se discuten sistemas políticos, no se discuten intereses dinásticos; se discute solamente la cuestión única y simplicísima de si han de estar los Estados dependientes ó independientes de la ley de Dios, ó sea clara y sencillamente si la cuestión del último fin ha de resolverse según el criterio de Proudhon ó según el *Principio y fundamento* del libro de los *Ejercicios*.

En menos palabras: que los dos polos del mundo moral, los dos extremos del dilema hoy planteado son únicamente: *O Catolicismo, ó Satanismo,* como decíamos días atrás.

Abril, 1876.

LXXXVI.

SICUT DIXIT!



o dijo y lo cumplió! Tres días, y no enteros, duró la victoria aparente de los malos sobre la inocente Víctima del Calvario. Las estrellas palidecientes y un sol eclipsado alumbraban el viernes la horrorosa tragedia del Calvario, el miedo de los Discípulos, el llanto de María y las agonías del Justo. Las rojas tintas de la aurora del domingo veíanle ya resucitado, gozosos sus amigos, turbados y confusos los fariseos, trocados, en una palabra, los papeles de la escena anterior.

¡Qué cosas tiene Dios! Muy suyas, en verdad, y muy dignas, por ser suyas, de que las estudie profundamente el hombre y aprenda en ellas á no hacer maldito el caso de las peripecias mil del drama humano, pues al fin sabe que se mueve dentro de él mano divina. Y es mano ésta que se goza en aparecer de súbito para desconcertar al más pintado, sin que valgan en contra profundos consejos, ó maquiavélicas intrigas, ó valor de poderosos ejércitos. Al fin Dios es Dios, y lo demás pura cháchara y broma. Lo conocieron por propia experiencia los fariseos de Jerusalén, y lo han conocido después muy á costa suya los de todos los siglos, y lo irán conociendo hasta la consumación de los tiempos cuantos vaya lanzando, uno tras otro, el infierno á la negra tarea de guerrear contra la obra de Jesucristo.

Oídme una comparación sacada de lo que aun en las cosas de acá abajo acontece. Tienen á menudo los generales en jefe extrañas ocurrencias. Se les ve quizás retirar cuando la mayoría de los mortales pensó que avanzando era suya la victoria. Y dicen entonces los estratégicos de café: «Pues, señor, ¿ha perdido el juicio? ¿Una retirada ahora, cuando con un paso más quedaba copado el enemigo?» Y no obstante, sí, señor; aquel general, que tiene su secreto plan de campaña y que ha tenido el capricho de no dar parte de él á todo el mundo, logra tal vez con retiradas aparentes resultados positivos que nadie pudo prever y que nadie alcanzara sólo con impetuosos avances. Y entonces es cuando se oye exclamar admirados á los mismos que antes le murmuraban: «¡Qué talento y qué hombre y qué táctica! ¡Efectivamente, tenía muy estudiado su plan de operaciones!»

Vamos al caso. ¿Quién es aquí, amigos míos, el guapo que se atreve á ponerle tachas al plan de campaña de Dios? ¿Quién es el listo que se le encara para darle lecciones de estrategia? ¿Quién osará pedirle cuenta del por qué de sus avances y de sus retiradas al general en jefe Dios, del cual por de contado es de pensar que es bastante sabio para saber todo lo que hace, y bastante poderoso para hacer todo lo que sabe? ¡Desdichados! ¡No acertáis á comprender en un caudillo de cincuenta mil hombres el secreto de sus operaciones militares, y á ciegas os habéis de entregar á él y fiarlo todo á sus dotes de mando ó á su reconocida experiencia y buena estrella, y murmuráis de Dios y de su pericia y de su saber, cuando ante Él son tamañitos como grano de anís ó polvo de mostaza los Césares y Alejandros!

Diera yo por escuchar el viernes y sábado de Pasión á alguno de aquellos tibios y desalentados que debía también de haber en Jerusalén por aquellos días, de aquellos que juzgan de todo por el éxito del momento, de aquellos que después de haber creído *algo* en el Salvador cuando le veían rodeado del prestigio de sus milagros y del aura popular creyeron que realmente la cosa andaba de capa caída desde que le vieron preso, azotado y crucificado, revuelta y pronunciada contra Él la opinión de la plebe, seducida por los fariseos. Diera yo por oir tras cortina á tales infelices darlo por perdido

todo, desvanecido todo, sepultado todo bajo la pesada losa que cerraba (con sellos oficiales por añadidura) el sepulcro del Salvador. ¡Cuán mustios andarían y cabizbajos! ¡Cuán caído el rostro de pura confusión, si ya no se lo hacía esconder en las tinieblas el miedo á la venganza de los fariseos! Y ¿qué sería oir á éstos gallear y alborotar por las plazas de la ciudad, congratulándose por el resultado de su obra inicua, afirmándose en la idea de que realmente, sí, señor, dejaban para siempre terminado aquel período de perturbaciones é inquietudes que causara la predicación de aquel impostor *(seductor ille)*, de que la ley de Moisés quedaba cual nunca asegurada y triunfante, y la de Jesús hundida sin remedio y relegada por completo á la ignominia y al más profundo olvido?

¿Quién duda que todo eso pasaría, y que callarían los buenos y hablarían mucho y recio los malos, y tendrían éstos al parecer toda la razón de su parte, pues tenían el favor de la multitud y el fallo de un éxito favorable? ¡Y sin embargo, vedlo..., duraba aún esto el domingo al amanecer, y en aquellos mismos momentos resucitaba el Salvador é inauguraba desde su sepulcro aquella victoria eterna que hoy tras diecinueve siglos de combate viene todavía alcanzando! ¡Y entonces precisamente cuando creía haberse más firmemente consolidado, desmoronábase con toda su antigüedad y sus recuerdos y su prestigio la vieja Sinagoga para quedar definitivamente hundida aun apenas transcurridos cuarenta años! Y ¿quién había de decir que aquello era el renacer del Cristianismo y la agonía del Judaísmo, cuando según los cálculos humanos veíase á las claras triunfante éste, y muerto y enterrado aquél?

¿Lo veis? ¿Lo veis? ¡Cosas de Dios! ¡Sí, cosas de Dios! Y cuidado, que Dios tiene muchas de esas cosas. Y muestra de ellas hallaríamos en cada página de la historia, si nos diésemos á recorrerla entera.

¡Alzad, alzad, pues, esas frentes los abatidos y descorazonados; alzadlas y fiad de Dios! Aprended aquí á no desconfiar y a no desfallecer, mientras oigáis resonar sobre vuestras cabezas el inmortal ¡aleluya! que todo eso conmemora. ¡Es Pascua hoy, es la victoria de Dios, es la primera batalla

librada contra la Iglesia y ganada por ella! Seguro tiene, pues, el resultado de todas. No tiene fe, ó muy escasa la tiene, quien sobre eso se permita dudar.

¡Aleluya, pues! ¡Nadie desmaye! ¡Firme cada cual en su puesto de honor! ¡Nuevos combates no pueden traer sino nuevos laureles! Haga cada cual de su parte lo que debe como buen soldado.

Dios, cuyo es el secreto del plan de campaña, hará lo demás.

Pascua de 1876.

LXXXVII.

EL CUMPLEAÑOS DEL PAPA.



CHENTA y cuatro años ¡loado sea Dios! cumple hoy el glorioso Anciano á quien ha puesto El para jefe de su Iglesia, y á quien sin duda para altísimos y misteriosos fines concede tan dilatada existencia. Vive, y no como se vive comúnmente á tan avanzada edad, no como viven las ruínas, mero testimonio de pasada grandeza, respetables únicamente por la majestad de sus recuerdos; sino como desafía las iras de los tiempos y de los hombres artillado baluarte en cuyos viejos muros ondea aún sin rendirse la bandera vencedora en cien combates, y truena á menudo el poderoso cañón para defenderla de tenaces enemigos. Vive, y cómo vive os lo dirán casi todos los Gobiernos de Europa, todos los clubs de la secta, todos los periódicos revolucionarios, todos los folletistas impíos; esto es: vive para tenerlos en continua zozobra, para ser el fiscal constante y severo de todos sus actos, para salirles al paso á todas horas en sus planes de iniquidad, para oponerse cual barrera de hierro frente á frente de sus arrogancias; vive obligándolos á que cuenten con él, á que le teman, á que le odien, á que le insulten; vive, en fin, y ésta es señal tiernísima del más poderoso vivir, vive obligando á todos los malvados á desear su muerte, por si logran que calle de este modo aquella su voz importuna, por si se ven libres así de lo que constituye su más

atroz pesadilla. Así vive el Papa: bendigamos nosotros esta vida preciosa y agradezcamos continuamente al cielo el favor que nos dispensa conservándosela en todo su vigor y plenitud. Y al modo que nos alegraríamos cada día al salir el sol, si no estuviésemos seguros de que nunca ha de faltarle á la tierra astro tan luminoso, así hemos de regocijarnos cada vez que una nueva palabra de los labios de Pío IX nos viene diciendo que todavía le guarda entre nosotros para luz del mundo la Divina Providencia. ¡Vive aún! hemos de exclamar gozosos, y en tal idea hemos de ver como cifrado el tesoro de nuestras más halagüeñas esperanzas. ¡Vive aún! y esta expresión ha de ser quien temple nuestros dolores, y suavice nuestras amarguras, y nos aliente á nuevos é incesantes combates.

La grandeza de Pío IX no es de las que para ser admiradas necesitan las distancias y perspectivas de la historia. Viviendo aún el gran Pontífice actual, llena ya con su nombre las mejores páginas de ella, ni será necesario que transcurran algunos siglos para que se llame al actual el siglo de Pío IX, como fué preciso que transcurriesen para que pudiesen decir las generaciones el siglo de Gregorio VII, ó el siglo de León X. Pío IX llena de tal suerte la época contemporánea, que todos los acontecimientos de ella, aun los más trascendentales, parecen ser únicamente como accesorios de tan grandiosa figura. En torno de él gira todo muchos años ha; guerras y revoluciones, caídas de tronos y sacudimientos de pueblos; todas las cuestiones que agitan al mundo moderno, todos los secretos de su diplomacia, todo puede reducirse á una sola cuestión, la cuestión del Pontificado. Púdose creer que con haberle arrebatado al Papa su temporal soberanía le quitaban sus enemigos toda importancia bajo este aspecto: la experiencia viene enseñando lo contrario: ahora es cuando más hablan del Papa aun sus enemigos, y cuando más teme al Papa quien debe temerle, y cuando más ama al Papa quien debe amarle. Ahora es cuando con más interés le siguen la palabra los corresponsales y telégrafos de todos los periódicos del globo para transmitirla al momento á todos los puntos de él; ahora es cuando más frecuentemente se oye su nombre en los públicos Parlamentos; ahora

es cuando más se intriga contra él en el secreto de los gabinetes. Ahora es cuando con más afan se va de las cinco partes del mundo á Roma, y cierto no á contemplar monumentos históricos, ni á presenciar renombradas iluminaciones, ni á visitar riquísimos museos, ni á oir clásicas armonías, sino simplemente á ver al Papa, y á oir al Papa, y á consolar al Papa, ó mejor, á recibir consuelos de él. Ahora es cuando se ha acabado de realizar por completo lo que podría llamarse la *ubicuidad* del Papado, es decir, la real presencia de su autoridad eficaz y *sensible* en todas partes, sobre lo cual deseo fijen particular atención mis lectores. En efecto. La autoridad del Papa en todos tiempos ha sido universal en la Iglesia de Dios; nunca, empero, ha sido tan universalmente *sentida* como hoy día. Hoy hablan del Papa y conocen del Papa y reciben influencia *directa* del Papa, no sólo los Concilios, no sólo las escuelas y Academias, no sólo los Obispos y teólogos, sino hasta los más apartados anillos de la cadena social, hasta las mujeres de la más olvidada aldea, los labriegos del más ruín lugar, los niños en sus escuelas y colegios, los neófitos salvajes en el fondo de sus desiertos. Todos hablan del Papa, y saben de él, y oran por él, y por él creen, y á él se encomiendan, y le mandan sus donativos, y besan sus retratos, y leen su historia, y palpitan de emoción á cada uno de sus discursos, y están siempre con los ojos y los corazones fijos en Roma á ver lo que viene de allá para consolarse ó fortalecerse, y sobre todo para aprender. Nunca, nunca, ¡sépalo la Revolución! nunca, nunca como hoy habíamos vivido los católicos en Roma. Nunca reinó más poderosamente sobre el mundo moral el Papa, ni cuando rodeado de reyes era llevado entre aclamaciones en su elevada *sedia gestatoria*, ni cuando al extender sus manos venerables para dar la bendición *urbi et orbi* era saludado por los ciento y un cañonazos del castillo de San Angelo. La persecución brutal de que ha sido objeto, le ha clavado más hondamente en nuestras almas, y nada ni nadie lo arrancará de allí. ¡Sépalo el mundo, sépalo la Revolución, sépanlo los Gobiernos! ¡Nada ni nadie lo arrancará!

A sostener, á fomentar, á aumentar, si cabe, esta hermosísima popularidad del Papa, este su glorioso reinado sobre

el corazón del pueblo, deben dirigirse constantemente los esfuerzos de nuestra oración, de nuestra propaganda y de nuestra caridad. ¡Rogad por el Papa! ¡hablad del Papa! ¡enviad al Papa! He aquí el más elocuente programa de trabajos católicos en nuestros días.

Sean estas humildes frases, á la vez que eficaz llamamiento á nuestros amigos para tan santas obras, cordial felicitación de la *Revista Popular* de Barcelona al Papa-Rey en el día faustísimo de su cumpleaños.

Mayo, 1876.

LXXXVIII.

LA PRIMERA NECESIDAD.



RÓXIMA y ya inevitable, humanamente hablando, la proclamación legal en nuestra patria de la libertad de cultos ó de la tolerancia religiosa, que lo mismo da; agotados ya los medios con que se creyó cada cual en el deber de acudir al puesto del peligro para conjurarlo, otra obligación les queda aún á los católicos españoles: la de afrontar resueltamente y sin vacilaciones la nueva calamidad, y disponerse á trabajar con denuedo y perseverancia para hacerla menos desastrosa. Hoy, más que nunca, fuera en nosotros criminal la negligencia y la ociosidad. Ante un enemigo que se nos presenta abroquelado nada menos que con el carácter y prestigio de la legalidad, ante un invasor que no ya insidiosa y solapadamente, sino á tambor batiente, nos provoca á la lucha, no, no podemos permanecer un momento inactivos y perezosos. Antes podíase excusar la tibieza y flojedad en la defensa del Catolicismo, con el pretexto, vano siempre, de que ya habia quien velaba por la defensa de sus intereses, de que el Estado era celoso guardián de la ortodoxia, de que la Autoridad civil corría con la protección de la fe. Hoy el Estado se desentiende, por decirlo así, de esta gloriosa tutela; limítase á dar campo libre á la contienda entre la verdad y el error, contentandose con procurar que el ruido de la polémica no llegue á perturbar el orden material. La defensa del Catolicismo en el Estado seglar queda,

pues, confiada exclusivamente á los esfuerzos del ciudadano católico. Esta es la verdad de nuestra situación en cuanto reciba su completa sanción la ley fundamental que ha sido ya aprobada por el Congreso de Diputados.

Es evidente, pues, que nace de ahí para cada fiel un deber más imperioso de acudir al socorro de su fe combatida. Ya no consistirá el ser católico solamente en profesar el Símbolo y practicar los Mandamientos, sino además en salir á la defensa de ellos por cuantos medios declare lícitos la ley de Dios y consienta la ley humana; del mismo modo que en caso de guerra exterior y de invasión del territorio nacional por numerosa hueste enemiga, no basta ya para ser buen patricio atenerse á la observancia de la ley común y al pago de los acostumbrados tributos, sino que es indispensable hacerse cada cual soldado, y dar por su patria algo más que los acostumbrados trimestres de contribución, ofrecerle la hacienda toda, la persona, la sangre, la vida.

Mas no es ésta, por cierto, la primera necesidad de que quisimos hablar hoy á nuestros lectores. Esta se halla harto al alcance de todos para que merezca la pena de que dediquemos á ella artículo expreso. La primera necesidad á que quisimos referirnos es la de organización. Perdónennos nuestros amigos... otras veces hemos tocado este punto en la *Revista*, hasta hacernos quizá pesados; alguien dirá tal vez que este tema llega á ser ya en nosotros verdadera manía: está bien... tienen razón que les sobra; lo reconocemos: en cambio prometemos de veras no enmendarnos de nuestra impertinencia, antes seguir clamando cada día y cada noche con mayor terquedad hasta que nos oigan los sordos. ¡Organización! ¡organización! ¡organización!

—¿Y qué organización? nos pregunta asustado un lector á quien todo asusta.

—Organización legal, amigo mío; completamente legal, única y exclusivamente legal. La *Revista Popular* nunca recomendará otra, y sépase desde ahora para siempre, nunca, nunca deben entenderse en otro sentido sus más calurosas excitaciones. Organización legal, es decir, á la luz del día, bajo la alta dirección del Papa y de nuestros Prelados, al amparo de la misma ley que dentro la libertad de cultos

debe proteger nuestro derecho, siquiera en la misma medida con que protege el de nuestros adversarios: organización con jefes conocidos, con reglamento y reuniones debidamente autorizadas, sin otros fines que el de la mayor gloria de Dios, el provecho de las almas y la defensa y propagación del Catolicismo.

—Pero esta organización existe ya. Tenemos Asociaciones de católicos, Academias de Juventud católica, Sociedades de caridad, Congregaciones y Cofradías piadosas, periódicos ascéticos y de controversia, bibliotecas populares, etc. ¿Tratáis de que se añada á tantas Sociedades una Sociedad más? Pues no veo tanta necesidad de eso, ni hace falta.

—No, amigo, no se trata de fundar una Asociación más, ni un periódico más; se trata, sí, de que todo esto que existe, gracias á Dios, en nuestra patria, tenga cierta unidad de acción que centuplique sus fuerzas y lo haga más acomodado á las condiciones de los tiempos que nos han cabido en suerte. ¿No veis como todo tiende á la centralización y á la uniformidad? ¿Imagináis vos que los que combaten contra la verdad en todos los puntos del globo lo hacen cada uno por su cuenta, sin lazo de solidaridad, sin consigna recibida, sin un fin común y preconcebido? Si tal os figuráis, sabed que andáis completamente equivocado y no vivís en vuestro siglo. Hoy nada se hace ni en el bien ni en el mal sin vasta organización; hoy la acción individual tiende poco menos que á desaparecer absorbida por la fuerza de la asociación. Así se vive en nuestro siglo, y así se obra y así se alcanzan en todos los ramos los resultados que veis. Ved lo que pasa en las empresas industriales y mercantiles; ved lo que sucede en el cultivo de las mismas ciencias y artes; ved lo que acontece todos los días en esotro campo, para nosotros completamente vedado, que se llama la política. Todo se hace por medio de la organización, nada se hace sin ella. Asócianse los capitales para producir juntas un gran capital; fúndense las Asociaciones para realizar juntas una gran Asociación; reúnense los industriales y ofrecen al mundo el grandioso espectáculo de las Exposiciones universales; entiéndense entre sí los sabios y dan cima, así mancomunados, á investigaciones y trabajos imposibles de todo punto á la

iniciativa de cada uno. ¿Y no deberemos hacer por la defensa y propagación de la verdad religiosa lo que vemos hacer cada dia por el progreso de la ciencia, de la industria ó de la agricultura? Sed católico, pero sed católico de vuestro siglo; es decir, poned al servicio de vuestra fe todos los medios lícitos que os ofrece la nueva vida que hoy se vive; aprovechad para el bien todo ese mecanismo social que tan grandes resultados produce aplicado á los intereses humanos.

Ocúrreme una observación, y quiero cerrar con ella el presente artículo. ¿Tenéis conocimiento de la Sociedad establecida años ha en nuestra ciudad con el nombre de *Fomento de la Producción Nacional?* Hubo un dia en que los intereses industriales de nuestro Principado se creyeron gravemente comprometidos, y reuniéronse y dijéronse mutuamente nuestros agricultores, nuestros artesanos, nuestros fabricantes: «Reunámonos todos los que contribuímos á la *producción* de nuestro país, y aunémonos en un solo pensamiento, y defendámonos al amparo de la ley de lo que creamos pueda perjudicar nuestros legítimos intereses.» Y dicho y hecho. Tan magnífico proyecto fué en seguida una realidad. Y surgió la famosa Asociación productora, honra de nuestro pueblo y escudo de respetables derechos. Y las demás asociaciones y gremios que representan industrias particulares corrieron á organizarse bajo el común denominador *Producción Nacional* que á todas las abraza, y sin perder ninguna de ellas su carácter y fisonomía especial y su fin propio y su manera propia de ser y vivir, constituyeron un verdadero ejército pacífico de productores, siempre en pie sobre la brecha para atender á la defensa legal de sus industrias respectivas.

¿Han de ser siempre los hombres del siglo más prudentes y discretos en sus operaciones que los hijos de Dios? Aprendamos aquí, y conforme á este plan organicemos nuestras fuerzas.

Lanzamos al viento estas indicaciones, hijas de nuestro buen deseo. Recójalas quien pueda realizarlas. Nosotros estamos siempre dispuestos á contribuir con nuestras débiles fuerzas á tan gloriosa empresa.

Junio, 1876.

LXXXIX.

Á ROMA.

EDICAMOS este número á la celebración del fausto aniversario que llena hoy de júbilo á todos los fieles, y éste hemos escogido para hablarles extensamente á nuestros lectores del grandioso proyecto que nos tiene exclusivamente preocupados, desde que hace pocos días lo iniciaron los católicos de Madrid. Tal es el de la próxima gran peregrinación de católicos españoles á Roma.

Hemos de ir á Roma, sí, amigos míos; y hemos de ir pronto, el próximo otoño, Dios mediante; y hemos de ir muchos, muchísimos; de modo que nuestra peregrinación sea, si es posible, la mayor y más numerosa que hasta hoy se haya reunido en torno del Cautivo inmortal del Vaticano. Y hemos de ir no sólo sacerdotes, sino seglares, y éstos de toda condición, literatos y comerciantes, artesanos y propietarios, hombres, mujeres y niños. Hemos de ser los que vayamos allá, no una comisión, no una sociedad, no un grupo más ó menos escogido; hemos de ser un pueblo.

—Pero ¿estáis soñando quizá, ó se os ocurrió divertiros en este día con nuestra credulidad?

—Muy lejos de eso, amigo, estoy en el terreno de las más sólidas y palpables realidades. Escuchad sino.

La peregrinación española á Roma podrá verificarse, según todas probabilidades, el próximo otoño, es decir, de aquí á cuatro meses escasos. Siendo el número de peregrinos crecido, como es de esperar, se hallará fácilmente em-

presa que se encargue del transporte de un modo sumamente económico y sencillo, en tren directo en la mayor parte del trayecto, con papeleta de ida y vuelta. Por lo mismo, el viaje ha de ser por precisión baratísimo de dinero, y más barato todavía de tiempo, y sobre todo exento de dificultades y complicaciones para el peregrino. Seguiremos publicando datos fijos sobre la materia á medida que los vayamos recibiendo, y entonces se verá como tenemos razón. Entonces se verá como depositando una cantidad relativamente pequeña y recibiendo por ella, en una administración creada al efecto, un talón, está hecho ya todo el gasto, y quedan arreglados todos los preparativos, que para muchos fueran lo más engorroso. Se verá como los dias que cada cual deberá ausentarse de sus familias ó de sus negocios serán pocos, muy pocos, porque el viaje hasta Roma se hace hoy con velocidad asombrosa. Y como una Comisión *ad hoc* cuidará de solicitar del Padre Santo dia y hora para la audiencia, y como se nombre otra, que es muy facil, para que agencie la colocación de los peregrinos en las fondas y posadas de la Ciudad Eterna, díganme Vds. ahora si el plan no es por toda manera sencillo y seductor. Ni habrá que prevenir molestos equipajes, ni que solicitar difíciles recomendaciónes, ni que temer riesgo de estafas, ni que hallarse mohíno por no saber otra lengua que la catalana ó la castellana, ni preocuparse por otras mil y mil menudencias que por lo común son la principal dificultad de los largos viajes.

—Sí, pero y el dinero...

—Es verdad, y á eso voy. Si sois rico no hablo para vos, pues como gastáis en el teatro, en la quinta, ó en veranear acá ó acullá, ó en recorrer los establecimientos balnearios, con la mitad de la mitad de la mitad de lo que gastáis cada año en estas tal vez innecesarias necesidades tenéis lo suficiente para llegaros hasta Roma á besar el pie al Vicario de Jesucristo. Hablo con vos, amigo mío, que no sois rico, que no soléis gastar en pompa y boato, que vivís en estrecha economía, porque tenéis poco ó ningún capital, familia á que atender, y perentorias y necesarias necesidades. La ida á Roma os costará algún sacrificio, es verdad; pero tenéis tres ó cuatro meses para disponeros á él, para ir reuniendo cada

semana algunos ahorrillos que al llegar el día os den la suma suficiente, privándoos, si es preciso, hasta de alguna superfluidad; ¿quién hay tan económico que no la tenga en este mundo? Pero, vamos, supongamos que ni aun de este modo podéis reunir los fondos más precisos para la expedición. Voy á indicar un medio que dé tal vez algún resultado. Uníos varios amigos, los que formáis parte, v. gr., de un mismo taller, ó componéis la misma Asociación religiosa, y depositad cada uno cada semana una cantidad proporcionada á vuestra fortuna, á fin de realizar entre todos la suma suficiente para que pueda uno en nombre de todos hacer la peregrinación y ofrecer personalmente sus homenajes al Padre Santo. Formado este lote, echáis suertes el último día sobre quién haya de ser el afortunado compañero que vaya allá en nombre de todos; y á quien Dios se la diere San Pedro se la bendiga, como dice el refrán. Aquél será á los pies del Padre común vuestro diputado ó representante; aquél podrá ofrecerle un testimonio de adhesión firmado con todos vuestros nombres; aquél, por fin, podrá daros cuenta verbal de las impresiones del acto, y juntos tendréis el consuelo de que uno de vosotros, un hijo del pueblo, quizás un pobre trabajador, haya representado vuestra humilde clase en la solemnísima audiencia.

Nuestra excitación, sin embargo, debiera dirigirse preferentemente á aquellos católicos para quienes la peregrinación á Roma es únicamente cuestión de buena voluntad y de sacudir algo la habitual pereza y cobardía. El pobre que tan pobre sea que no lo pueda costear de modo alguno, claro está que merecerá disculpa si debe contentarse con solos los buenos deseos. Pero, quien pueda algo, quien por otros conceptos gaste, quien se halle en estado de aplicar á este acto de fe lo que sin duda derrama cada día en frivolidades y miserias... ¡oh! éste no tendría excusa si negaba á su buen Padre y Pastor el consuelo de una visita por tantos conceptos importante y trascendental.

Sí, porque la peregrinación á Roma será un grandioso homenaje de amor que tributará nuestro pueblo al Pontificado hoy oficialmente desatendido, cuando no perseguido, por las principales naciones de Europa. Será un acto de enérgica

protesta contra las iniquidades sin nombre de que ha sido víctima el santo Anciano, iniquidades reconocidas y elevadas ¡oh dolor! á la categoría de derecho público vigente por los modernos Gobiernos cristianos. Será un gran ejemplo para los débiles y tibios que creen á pie juntillas lo que les dice á todas horas la impiedad vocinglera, de que se ha perdido ya la fe, de que nadie se ocupa de Religión, de que el Catolicismo es un cadáver. Será finalmente, para todos y cada uno de los que á ella concurran medio de fortalecerse y mutuamente alentarse para las grandes tribulaciones que sin duda nos aguardan, para los inmensos combates que en toda Europa estamos llamados los católicos á sostener. De ella llevará cada uno á su provincia, á su pueblo, á su familia nuevo ardor para proseguir la campaña empezada; nuevo conocimiento del estado del mundo actual para apreciar mejor sus vicisitudes; nuevos lazos de hermandad y compañerismo entre los que, sin conocernos hoy, profesamos la misma fe y tenemos iguales esperanzas. Obra fecundísima, germen de otras mil obras del apostolado católico debe ser y será la peregrinación á Roma, cuyo éxito feliz y la bendición del gran Pío IX infundirán, á no dudarlo, valor y decisión para otras y otras empresas de propaganda que necesita nuestra patria, y en las cuales, forzoso es decirlo, se encuentra hoy algo rezagada.

Con que, ¿iremos á Roma, amigos míos? Sí, iremos: ésta debe ser la conclusión practica que deben sacar mis buenos lectores de lo que llevo rápidamente indicado en este articulejo. Hoy, después de dar gracias á Dios en el templo por el gran favor que ha otorgado á la cristiandad concediendo á su augusto Pontífice treinta años de glorioso Pontificado, hoy, después de haber fervorosamente rogado al Sagrado Corazón de Jesús nos sea conservada todavía otros muchos para gloria suya y bien nuestro vida tan preciosa, cerremos este día de tantos consuelos, si no prometiendo con voto, al menos resolviendo firmemente en el fondo de nuestro corazón no faltar á la gloriosa cita de fe y de lealtad á que se nos convida. Sí, iremos á Roma; nos espera Pío IX, quizá nos echa de menos; no será, no, la fiel España la que le retarde un año más este dulce consuelo.

Junio, 1876.

XC.

DERECHOS Y DEBERES.



IGENTE ya la libertad de cultos en nuestra patria, después de votada, sancionada y promulgada la Constitución que bajo el nombre de tolerancia la establece y garantiza entre nosotros, preciso se nos hace á los católicos estudiar debidamente el nuevo modo de ser que nos ha creado la susodicha ley. Y para entrar sin más exordios en tan oportuna materia, diremos sencillamente á nuestros lectores que el tal estado de cosas nos ha dado nuevos derechos y nos ha impuesto nuevos deberes. Lo segundo lo comprenderán todos al momento; lo primero se les hará á no pocos cuesta arriba el admitirlo. Y no obstante no es menos cierto lo uno que lo otro. Vamos á entrar en algunas explicaciones que confiamos dejarán debidamente aclarados puntos tan importantes.

El Catolicismo en España hasta la publicación de la libertad de cultos estaba reconocido como única Religión verdadera, única amparada por el Estado, única influyente en el espíritu de la legislación. Legalmente no existía en España más que Catolicismo, legalmente todo era en España católico. Así que el Catolicismo tenía aquí todos los derechos que emanan de una supremacía absoluta y reconocida, de un reinado sin rivalidad ni limitación de clase alguna, de un privilegio que le hacia inviolable y le ponia á cubierto de todo

ataque exterior, así en sus doctrinas como en sus cosas y personas. No siempre se le tuvieron en cuenta al Catolicismo estos derechos que le daba la *unidad*, harto lo sabemos; pero la ley seguía concediéndoselos, aun cuando el encargado de ejecutarla no obligase á que le fuesen respetados. De todos modos el católico podía á todas horas reclamar su observancia con la ley en la mano. Podía explicarse el error en la cátedra, pero el católico podía acusar al catedrádico de ilegalidad; podían circular la Biblia herética ó el libro emponzoñado, pero el católico podía llamar á eso contrabando penado por las leyes; podían con mayor ó menor reserva tener sus conciliábulos el protestante ó el espiritista, pero el católico podía invocar el auxilio de la policía para expulsar de entre sus hijos á los importadores de tan perversas novedades. En suma: tenía el Catolicismo el privilegio exclusivo de reinar en las inteligencias y corazones; y todas sus reclamaciones y defensas debían reducirse y se reducían á exigir con la ley en la mano le fuese respetado este privilegio.

No es ahora lugar ni ocasión de investigar cómo se respetó este privilegio del Catolicismo, ni por qué caminos ha sido tan fácil á la Revolución acabar con él de derecho, después de haber acabado con él de hecho hace ya muchísimos años. Materia es ésta escabrosa, que la índole de esta *Revista* no nos permite tratar con la franqueza que deseáramos y fuera menester para dejar satisfechos á nuestros lectores y vindicados los fueros de la verdad. Contentarémonos nosotros con indicar que la Unidad católica española, á nuestro humilde sentir, no ha muerto el año 76, ni siquiera el año 69. Los códigos fundamentales de estas dos fechas no han hecho más en cierto modo que darnos la partida oficial pública y autorizada de su defunción y enterramiento.

Lo cierto es, empero, que hoy se han trocado los papeles. La tolerancia oficialmente concedida á los cultos contrarios al Catolicismo priva á éste del privilegio exclusivo que hasta hace poco le había sido legalmente reconocido. El título de Religión del Estado le da simplemente una preferencia que podemos llamar de honor más que otra cosa, no una garantía eficaz de protección contra sus enemigos. Legal se llama

la propaganda anticatólica; legal la impugnación de nuestros dogmas más fundamentales; legal la predicación contra los ministros de la Iglesia, con tal que no se toque á su carácter común de ciudadanos; legal la erección de centros de herejía y de paganismo; legal el proselitismo, que hará todos los esfuerzos imaginables para conducir allá á nuestros hermanos. Legal se llama todo esto, y los católicos españoles, después de haber hecho lo posible para impedir el establecimiento de esta legalidad, hemos de reconocer francamente su existencia, y acostumbrarnos, no sólo á mirarla frente á frente sin miedo ni apocamiento, sino á sacar de ella, en medio de lo malo que tiene, lo lícito que podamos utilizar. Basta ya de estériles lamentaciones y de tardías protestas. Vivimos, no en la España católica, sino en la España librecultista. Partamos, pues, de este principio, esto es, de la realidad de las cosas, para dar á nuestros trabajos la dirección más conducente. Veamos, pues, cuáles son nuestros derechos ante esta nueva, aunque perversa, legalidad.

Se nos niegan los derechos absolutos que nos daba el privilegio; derechos, dicho sea de paso, no otorgados á la verdad por mera gracia ó condescendencia, como creen algunos, sino rigurosamente esenciales á ella, únicos verdaderamente ilegislables, inviolables é imprescriptibles, de consiguiente debidos por rigurosa justicia. Se nos niegan tales derechos, se nos conceden (poco más ó menos) los de la ley común, los que emanan del principio racionalista de la conciencia libre. Pues bien. De eso que se nos concede hemos de asirnos los católicos, y de este punto de partida ha de arrancar nuestra laboriosa propaganda.

Hemos de decir á todas horas: Tengo derecho á que se reconozca mi Catolicismo, por lo menos como (legalmente hablando) tiene derecho mi vecino á que se le reconozca su Protestantismo.

Tengo derecho á que se me permita vestir en público un hábito autorizado por mi Religión, como un judío decís que tiene derecho á que se le permita salir en público con un hábito de la suya.

Tengo derecho para vivir con unos cuantos amigos en una casa mía llamada convento, observando allí la castidad, como

tiene derecho, según vosotros, un turco á reunir varias mujeres como esposas suyas en un local propio suyo bajo el título de *harem*.

Tengo derecho á comunicarme con mi Jefe espiritual que reside en Roma, sin trabas ni cortapisas, sin pases ni censuras, como tiene derecho el espiritista á recibir despachos de sus jefes residentes en París ó en Nueva York sin más requisito que los correspondientes sellos de correo.

Tengo derecho á poseer iglesias y fincas sagradas y á que no me las incaute ni demuela nadie sin previa indemnización, como tienen los otros derecho reconocido á conservar sus sinagogas, pagodas ó mezquitas, sin otro requisito que hacer constar en forma ordinaria la propiedad.

Tengo derecho, en una palabra, como católico, á todo aquello á que tienen derecho, según la ley, el judío, el luterano ó el mormón; á los ojos de la ley no soy menos que ellos; inviolable es mi conciencia, como diz que lo es la suya; inviolable como el suyo mi templo; inviolable como la suya mi propaganda; inviolable como la suya mi comunidad, mi manera de vivir, y mi forma de vestido; inviolables como los suyos mis bienes, mis alhajas, mis libros, mis sacerdotes, mis actos públicos y privados. Según Dios, tengo derecho al privilegio. Según la ley, no tengo derecho más que á la libertad común. Dejo, pues, de invocar (sin abdicarlo) el derecho exclusivo que me otorga la ley de Dios, é invoco únicamente el derecho común que me reconoce la ley humana.

He aquí lo que me he atrevido á llamar, no sé si con bastante propiedad, nuestros nuevos derechos.

Si en lo de llamar *nuevos derechos* á los que nacen para nosotros los católicos de la nueva situación religiosa de nuestra patria pudo haber tal vez, rigurosamente hablando, falta de propiedad, no la habrá sin duda en llamar nuevos deberes á los que de resultas de dicho orden de cosas

pesan sobre todos y cada uno de los españoles que deseen acreditar firme y verdaderamente su profesión de Catolicismo. Lo hemos dicho otras veces, y no nos cansaremos de repetirlo. No puede alegarse ya, para justificar la apatía y la pereza, nunca justificables, aquella tan socorrida excusa: «El Gobierno debe cuidar de eso; la ley corre con esas cuentas.» No; la fe de cada uno debe defenderla cada uno, como defiende cada uno su vida, su honra, sus intereses temporales. Del mismo modo que el Estado no atiende á esas cosas más que de un modo general, limitándose á proporcionar los medios de defensa, pero dejando ésta á la iniciativa del que viene más directamente interesado en ella, que es el individuo, asimismo la vida del alma, la honra de Dios, los bienes espirituales, no hemos de aguardar salga á defendérnoslos la ley civil: nosotros, nosotros, cada uno en su respectiva esfera, hemos de ser los que velemos por ellos y los saquemos incólumes, valiéndonos para eso, después de la oración, de esos mismos derechos, pocos ó muchos, íntegros ó menoscabados, que la situación actual de las cosas nos otorga. Y cuenta que llamamos á eso un deber; deber si no exigible en muchos casos ante los hombres, exigible para cada cual en proporción de sus fuerzas ante el tribunal de Dios.

En todos tiempos ser buen católico ha significado ser hombre de acción y de lucha. ¿Qué es, en efecto, la vida cristiana sino un combate continuo contra los errores y preocupaciones de nuestra inteligencia, y contra las flaquezas y malas inclinaciones de nuestra voluntad? En este sentido han hablado de luchas y combates todos los tratados ascéticos, desde que se escribieron los primeros capítulos del Evangelio hasta nuestros días. Empero, no se trata hoy de esa lucha normal y ordinaria, que es la condición esencial del cristiano sobre la tierra, y que se refiere más bien á la práctica de la Religión que á la defensa exterior de ella. Trátase hoy de que cada cual no sólo observe su Religión conformando en todo su conducta á sus prescripciones, sino que trabaje por extenderla entre los que no la profesan, por librarla de los ataques de sus contrarios, por salvarla en el corazón y en el hogar de los que se ven de continuo en peligro

de perderla. Las circunstancias extraordinarias imponen deberes extraordinarios. En la misma vida civil no siempre se contenta la patria con que sus hijos cumplan para con ella los deberes normales del buen ciudadano; días hay en que les manda á todos ser soldados, sin distinción de edad ni de clase. Asimismo en la vida religiosa no siempre se contenta la Religión con que le seamos humildes y observantes discípulos; días hay en que sin distinción de clases nos quiere á todos apóstoles. Y así como en día de conflicto nacional sería infame el ciudadano que llamado á defender el territorio invadido por el extranjero respondiese cínicamente: «¿A mí qué? para eso hay el ejército;» de igual suerte será mal católico el que en situación parecida para su fe se encoge de hombros y dice tan satisfecho: «Pues yo, con mi Rosario cada noche y con mi Misa los días de guardar, me contento; que lo que es trabajar por mi Religión ahí están para eso los clérigos, que es cuenta suya.» Mal ciudadano de la ciudad de Dios, mal patriota de la patria cristiana, mal católico, por más que rece el Rosario cada noche y asista á Misa todos los días de guardar.

Precisar ahora los mil puntos concretos que abraza este deber general de apostolado católico á que vienen llamados los católicos en nuestros días, fuera tarea prolija y más propia de un libro *ad hoc* que de estos breves artículos. Sin embargo, indicaremos las ideas fundamentales, sin perjuicio de entrar más minuciosamente otro día en tan importante materia.

Creemos que el católico como tal debe á la fe que profesa el servicio de su influencia personal, la cooperación de sus talentos y el auxilio de su dinero. Tres medios de poderoso apostolado que corresponden exactamente á tres necesidades que todo el mundo ve hoy urgentísimas en el campo de la verdad. La necesidad de buenos ejemplos; la necesidad de brillantes apologistas; la necesidad de cuantiosos recursos. Nos explicaremos.

La Iglesia necesita hoy más que nunca mostrar que es ella la inspiradora de las más sublimes virtudes y de los más nobles sentimientos. Haya, pues, quien para gloria de Dios y de ella los saque al público, y para eso empiece antes á te-

nerlos muy bien cultivados en secreto. Deber, pues, de que los católicos sean hoy más buenos que nunca.

La Iglesia se ve atacada por mil lados en todas las formas por el sofisma revestido de la aparatosa máscara de ciencia y engalanado con el prestigio de las galas literarias. Salgan, pues, á defenderla de entre sus hijos, todos los que tengan, ó voz elocuente para hablar, ó pluma bien cortada para escribir. ¡Y dedíquense sobre todo los jóvenes á adquirir el manejo hábil de esas armas para echarse al campo con ellas por su Madre que los necesita!!! Deber, pues, de que nos hagamos hoy los católicos más ilustrados que nunca.

La Iglesia, finalmente, vive sobre la tierra aunque es hija del cielo, y durante esta su vida terrenal y militante necesita vivir en las condiciones humanas y terrenas á que la ha sujetado su Divino Fundador. Jesucristo pudo vivir de milagro, y no quiso sino vivir comiendo nuestro pan y respirando nuestro aire y abrigándose con usuales vestidos. Para eso pidió limosna y tuvo bolsa en que guardarla y apóstol encargado de su administración. Del mismo modo la Iglesia necesita dinero, porque necesita pan y vivienda y transporte para sus obreros evangélicos, alhajas y pompa para su culto, templos donde reunir á sus fieles, seminarios y libros con que adoctrinar á su clero, etc., etc. Necesita, pues, dinero, y este dinero hemos de dárselo nosotros los hijos de ella, los católicos; pues claro está no han de ir á dárselo sus enemigos, que á tan precaria situación la han reducido. Deber, pues, de que seamos hoy los católicos más generosos que nunca.

He aquí tres puntos fundamentales de un programa extensísimo, en el cual cabe todo y caben todos. Triple apostolado de la piedad, de la ciencia y de la limosna que no hemos hecho más que indicar someramente, y á cuyos puntos podríamos dedicar artículos separados. Al apostolado de la piedad vienen obligados todos los católicos sin excepción. Al de la ciencia y al de la limosna no vienen obligados todos, es verdad; pero sí muchos, muchísimos más de los que comúnmente creen hallarse comprendidos en este caso.

Agosto, 1876.

XCI.

LA ROMERÍA.

USPENDAMOS toda otra materia. Llama hoy toda nuestra atención el acto glorioso de fe que va á practicar el pueblo católico español enviando á Roma una numerosa representación de hijos suyos, que sean ante el Pontífice cautivo intérpretes de su fidelidad y constante adhesión. Sólo un corto plazo nos separa del día en que nos encontraremos, con el favor de Dios, á los pies de Pío IX, y oiremos, sin necesidad de telégrafo ni de taquígrafo, aquellas sus valerosas palabras, y respiraremos aquel su aliento vigoroso y juvenil que á tantos corazones ha fortalecido, y reposaremos nuestros ojos en aquella mansísima figura, la más digna de representar sobre la tierra la dulcísima del Divino Jesús paciente y crucificado. ¡Ah! Tarde, sobrado tarde nos parece el plazo de algunas semanas que de tan suspirado momento nos separa; entretengámoslo, pues, para en algún modo abreviarlo, en la consideración del mismo plausible objeto que lo ha de hacer memorable en los fastos de nuestra vida. Para prepararnos á la Romería, para empezar á saborear en cierto modo sus encantos, hablemos de la Romería.

La palabra no puede ser ni más católica ni más española. Es verdad que en España únicamente lo católico es lo castizo y genuinamente español, hasta en el idioma. *Romería,* en efecto, se deriva de la palabra *Roma,* y significa en su

sentido etimológico el viaje que se hacía á dicha ciudad con objeto de cumplir un voto piadoso. El que lo cumplía se llamaba *romero*, es decir, peregrino de Roma. Práctica devotísima fué, en efecto, desde los primeros siglos de nuestra religión visitar los lugares consagrados con sus recuerdos ó con el sepulcro de sus héroes. Por donde después de la visita á Jerusalén y demás lugares, teatro de la vida y muerte del Salvador, natural era que fuese Roma, asiento del trono pontificio y tumba de San Pedro y San Pablo, la que más especialmente llamase la atención de los peregrinos de todo el mundo, y fuese el objetivo de sus piadosas excursiones. Añádase á esto la facilidad de ganar allí abundancia de gracias espirituales á ningún otro lugar vinculadas, el deseo de obtener reliquias de algún Santo de que tan copioso relicario es la Ciudad Eterna, ó el cumplimiento de algún voto ó promesa hecho á Dios en lance apurado, ó para alcanzar de su bondad algún singularísimo favor mediante la intercesión de los Santos Apóstoles, y se tendrá una idea de los móviles principales que hacían arrostrar al antiguo *romero* infinidad de obstáculos y contradicciones para llegar al fin de su piadoso viaje.

¿Cómo pintar lo heroico de aquellos trabajos que el peregrino sobrellevaba gustoso para satisfacer su devoción? Hijo tal vez de acomodada familia, noble ó mercader, sacerdote ó soldado, esposo ó hijo de familia, despedíase de los suyos, y disfrazándose, en cierto modo, con un traje que encubriera á los ojos de los curiosos su verdadera condición para no dejarle más que la común y conocida de peregrino, abandonaba su patria, y emprendía á pie, cruzando ciudades y desiertos, un camino incierto por la escasez de noticias geográficas de aquella época, inseguro por la ferocidad de las guerras ó por la crudeza de los elementos, largo por la insuficiencia de los medios de comunicación. Jornada tras jornada acercábase nuestro viajante al término de sus deseos; largos meses de frío, sol, lluvias y escaso descanso habían desfigurado su rostro y trocádole casi en otro hombre. Llegaba finalmente, confesaba sus pecados, cumplía su penitencia, visitaba sus estaciones, y paso tras paso volvía á su hogar, donde la relación de sus padecimientos y la descripción de

lugares, costumbres y personas formaba durante todo el resto de su vida la Odisea de la familia. El bordón ó báculo en que se apoyara durante el camino, la esclavina que guardaba sus hombros de la lluvia y el sombrero gacho que defendía su cabeza del sol, eran trofeos monumentales que se guardaban en el archivo de la casa á par de las antiguas armaduras y de los viejos pergaminos.

Tal es el romero de la leyenda y de la tradición, el que cantan nuestras baladas y narran nuestros romances, el que las nuevas condiciones de los tiempos han hecho poco menos que imposible, dado que un viaje individual á cualquier punto del globo ha dejado ya de ser obra heroica, y por lo mismo carece del atractivo de las dificultades arduas, que era tal vez lo que le hacía más simpático á las antiguas generaciones. Han cesado, pues, del todo ó poco menos las romerías particulares; la Providencia, empero, preparaba á nuestro siglo nuevo espectáculo no menos edificante en lo que llamaremos las romerías de pueblos.

Vivimos en medio de este hecho providencial, y nos hemos ya familiarizado con él, y tal vez esto mismo nos impida darle toda su verdadera importancia. Creemos que la historia, al reseñar un día este extraño período que hoy atravesamos, le dedicará una de sus páginas más elocuentes. En efecto. Es nuevo y admirable el cuadro que ofrecen estas oleadas de pueblo católico que de todos los puntos del globo, hoy de Francia, mañana de Alemania, un día de Inglaterra, otro día del Canadá, ora de Irlanda, ora de Polonia, llegan continuamente hasta el pie de la Silla de un Pontífice oprimido, oyen su voz, entréganle filial limosna, reciben su bendición, y vuelven otra vez á sus lejanas patrias para decir á sus familias ¿al fin qué? que han visto al Papa, que le han oído, y que han sido por él bendecidos. Nuevo es y sobre toda ponderación admirable ese flujo y reflujo de los pueblos católicos en dirección á Roma, como si hubiese allí algo de lo que puede halagar á un hijo de este siglo, como si hubiese allí una Exposición industrial como en Filadelfia, ó como si humanamente considerado Pío IX fuese algo más que un pobre anciano que no tiene ya ni un soldado más que los de su pacífica guardia, ni un céntimo suyo fuera de los que recibe cada día de limosna. Nuevo es y de cada día

más extraordinario este lenguaje varonil que allí se oye, este gozo y esperanza que en medio de la persecución allí resplandece, este mismo estupor con que se ven forzados á contemplar el hecho y aun á respetarlo los propios perseguidores, y el mismo carácter vulgarísimo y familiar que han venido tomando estos singulares viajes. Nunca, en efecto, anduvo tan en los labios de todos el nombre de Roma y del Papa, nunca con ellos estuvo tan íntimamente relacionado el universo, nunca fué la vida católica tan *romana* como hoy, á proporción misma de los medios mil que han puesto en juego el infierno y sus satélites de la tierra para *desromanizarla,* si se nos permite el neologismo.

Razón por la cual nos parecen gran cosa las Romerías presentes en vapor ó ferrocarril, y tal vez de mayor trascendencia general que las antiguas, con tal que se hagan como se debe. Mas esta indicación exige por sí sola artículo aparte.

Hay quien sonríe desdeñosamente en cuanto se le habla de lo que constituye el asunto de estos artículos. «¡Modas! dicen algunos: hoy la han dado por ese camino ciertas gentes, y es forzoso seguir por espíritu de imitación, que en esto, como en todo, es poderosísimo; al fin, ¿qué vale ir á Roma y volver de allá, si nada de eso ha de cambiar la faz de las cosas?» Hémosles oído con amargura de nuestro corazón este lenguaje, aun á personas de quienes no debíamos esperarlo. Vamos á dar brevísima contestación á tales reparos, por si se halla alguno de nuestros lectores en el mismo triste caso de desvanecérselos á alguno de sus amigos.

Empezaremos por hacer una observación. Cuando se nota en la Iglesia de Dios una tendencia general, aplaudida por los que tienen en ella el encargo de dirigir la opinión católica; aceptada con placer por la masa más sana y más pía del pueblo fiel; cuando sobre todo esta tendencia es espontánea, y, por decirlo así, hasta irreflexiva; cuando no es hija de consignas dadas y recibidas, ni de laboriosos cálculos, ni

de premeditada organización, sino que se ofrece como traída por la fuerza misma de las circunstancias, inspirada á cada cual unánimemente por cierto no sé qué que podríamos muy bien llamar instinto piadoso; cuando un fenómeno de tal naturaleza acontece, puede casi sin vacilación asegurarse que anda en ello una corriente secreta del Espíritu de Dios. Examinad varios hechos análogos que se han realizado en el decurso de los siglos católicos, y podréis aplicar esta observación de un modo bastante seguro. La institución de la vida eremítica, la creación de las Ordenes religioso-militares, el colosal alzamiento europeo de las Cruzadas, y otros y otros que podríamos señalar, pertenecen á esta clase de fenómenos que no cabe explicar en lo humano más que por un especial impulso de Dios, que en ciertas ocasiones parece mostrarse de un modo el más evidente en ciertos movimientos del pueblo fiel.

En esta categoría parécenos poder colocar las actuales Romerías ó peregrinaciones. ¿Quién invitó á ellas por primera vez? ¿Dónde se oyó el primer *Dios lo quiere* de estas modernas cruzadas? ¿Quién les ha dado cita á tantos y tantos pueblos en torno de la silla de un Pontífice cautivo? Nadie lo dice, nadie lo sabe, nadie ha cuidado poco ni mucho de andar en esas averiguaciones. Se ve el hecho, se le contempla con admiración, se le mira crecer cada día y cobrar mayor importancia; nadie, empero, osa atribuirle á nadie la gloriosa iniciativa de él en Europa, nadie ha dicho ni dirá jamás que haya una mano que vaya repartiendo los papeles á las naciones que toman parte en el desempeño de este magnífico drama. Es un acontecimiento que ha aparecido como por sí solo en mitad de nuestro siglo, ávido de goces groseros y de especulaciones mercantiles; es un fenómeno moral del que sólo se sabe que existe, sin poder darse de él más explicaciones. A lo más puede decirse que se ha visto á un Pontífice angustiado y cautivo, y se le ha ocurrido á todo el mundo que fuera gran cosa ir á visitarle allá en medio de sus mismos enemigos, y que efectivamente han empezado algunos á ir, y luego han dicho otros: «Pues vamos nosotros también,» hasta que se ha hecho universal la ocurrencia, y nos hemos encontrado por encanto los católicos de todo el mundo deseando lo mismo y realizando lo mismo.

Lo repito; la espontaneidad de este hecho y su universalidad no dejan, á mi ver, duda alguna sobre cuál sea el agente superior que ha dado el impulso.

Otra señal tiene todavía en su favor la obra de las peregrinaciones ó Romerías, que la acreditan de providencial y como inspirada. Esta señal es negativa, cierto es, pero no por eso menos digna de tenerse en cuenta. Es el odio, los recelos, la mal disimulada rabia que causa á nuestros enemigos. ¡Oh! éste es síntoma infalible tratándose de los adversarios de la Iglesia de Jesucristo, bien sea de los que públicamente se confiesan tales, bien de los que encubren su malignidad con amaños y embozos. Este es dato seguro, aguja de marear que no engaña, luz inextinguible en el obscuro mar de confusiones y dudas en que se hallan hoy día muchas inteligencias sencillas. Lo que no gusta á nuestros contrarios, lo que les irrita, lo que es objeto de sus desdenes ó sarcasmos, gran cosa debe de ser, tanto mejor cuanto es más profundo el aborrecimiento con que se la trata, ó la saña con que se la escarnece.

Pues bien. ¿No lo sabíais? Los periódicos enemigos de la Iglesia encuentran, unos ridícula y de mal gusto la peregrinación; otros la miran como gravemente peligrosa; á *El Imparcial* le parece ¡oigan todos y estremézcanse los más valientes! una protesta del ultramontanismo contra el progreso y la libertad y la civilización, y no sé cuántas otras zarandajas. Y el tiroteo ha empezado ya hace algunos días, y prepárense Vds. á oír lindezas sobre esta materia; y en prosa y verso, en gacetilla y caricatura, verán á la negra reacción y al pícaro neísmo asomando las narices por todos lados. Sí, señor, esta campaña se ha empezado ya, y éste va á ser el pasto cotidiano de una gran porción de nuestros hermanos periodistas. Pero ¿qué? habrán añadido con esto á nuestra empresa el último y más fidedigno sello de legítima procedencia católica: el no caerles en gracia á los enemigos del Catolicismo. Cierto que si otro dato no tuviéramos, éste nos bastara.

Vengamos al punto más práctico de la cuestión. Es el siguiente. ¿Cómo debemos considerar la Romería para que sea lo que debe ser y produzca los excelentes resultados que deseamos produzca?

He aquí una pregunta en la cual muchos no fijan tal vez toda la atención que debieran, preocupados más bien en averiguar las condiciones materiales del viaje y las impresiones de orden puramente natural y humano que les proporcionará la visita á Roma. Aquí, como en todo lo de nuestro siglo, el gran peligro es el *Naturalismo*, es decir, el olvido de la verdadera razón y del verdadero carácter de las obras cristianas: Naturalismo que de todas partes nos rodea como atmósfera maligna, que se nos cuela por todos los poros y rendijas, y del cual nos hallamos contagiados, muchas veces sin advertirlo, hasta los mismos que día y noche peleamos contra tan insidioso enemigo. Naturalismo que todo lo desnaturaliza, que todo lo desvirtúa, todo lo anula. Pongámonos, pues, en guardia contra ese contagio. A esto se dirigirán ahora nuestras humildes reflexiones.

Digámoslo en primer lugar, resueltamente y sin vacilaciones. La Romería católica, como todas las obras católicas, debe ser un acto de carácter sobrenatural y esencialmente hijo de la fe. Más claro; debe ser un acto pura y exclusivamente religioso. Religioso en sus medios y religioso en su fin. Si le faltasen estas condiciones, ni la Romería fuera Romería, ni el romero fuera romero. Aquélla no sería más que un viaje como tantos otros á mitad del precio; éste no sería sino un turista común que aprovecha la ganga. Y tendrían razón nuestros enemigos en reírse y mofarse á sus anchas de la importancia que en otro sentido le diéremos los periodistas católicos. No; la Romería no es eso: la Romería es un acto religioso, ni más ni menos que la asistencia á cualquier otro acto del culto. Hemos dicho que lo era en su fin y en sus medios, y vamos á detenernos algo en estas dos ideas.

¿A qué vamos á Roma? No vamos á visitar sus monumentos, ni á recorrer sus museos, ni á evocar los grandiosos recuerdos de su historia. Vamos pura y simplemente á visitar al Papa, porque sabemos que la visita de sus hijos le

consuela; y á recibir su bendición, porque sabemos que ésta fortalece en la fe á quien dignamente la recibe. Y en tanto vamos únicamente para eso, que si la víspera de la proyectada expedición, preparado ya el equipaje, abandonados ya los negocios, hasta tomado ya el billete, nos anunciaba de repente el telégrafo que una indisposición cualquiera priva al Papa de recibirnos... no iríamos por más que del mismo modo nos aguardasen en Roma sus edificios, sus estatuas, sus pinturas, sus jardines y sus recuerdos. Y al revés. Si el Papa en vez de hallarse en Roma, centro de la civilización y de las artes, estuviese en una isla pequeña como Ibiza ó Santa Elena, donde ningún recuerdo histórico ni atractivo alguno artístico pudiese llamarnos la atención... allá iríamos á pesar de lo ingrato del sitio, de lo solitario, de lo obscuro y de lo olvidado de él. Porque vamos únicamente para el Papa, para nuestro Maestro en la fe, para el Vicario de Jesucristo. Lo cual no impide que hallándonos en Roma visitemos *secundariamente* todo lo que nos permita visitar nuestro carácter de católicos. Pero de todos modos no puede llamarse éste el objeto del viaje, supuesto que por este objeto no lo hubiéramos emprendido. Objeto único es aquel por el cual únicamente nos hemos decidido á salir de nuestras casas, y sin el cual nunca nos hubiera pasado por las mientes tal ocurrencia. Esta es la verdad, y así hemos de contestar á quien sobre esto con malicia ó sin ella nos pregunte.

Por donde comprenderán mis lectores si anduvo gracioso días atrás un diario católico (digo, católico-liberal) de esta ciudad, que hablándonos de los festejos con que los enemigos del Papa (nunca se le olvida hablar bien de ellos al citado *católico*) van á celebrar la fecha de su *gloriosa* entrada en Roma por la brecha de la Puerta Pía, y de las iluminaciones que con este motivo tendrán lugar en el Foro y en el Coliseo, dice inocentemente que los peregrinos españoles podrán, si allí se encuentran aquel día, *gozar* de este espectáculo. ¡Pobre católico-liberal! Poco conoce á los amigos del Papa que irán á Roma, si los cree capaces de *gozarse* con las alegrías de sus enemigos, aunque éstos las celebren con iluminaciones tan maravillosas como las indicadas. ¡Pobre católico-liberal, á quien traen ciego sus malhadadas aficiones

equilibristas y el deseo de vivir con un pie en el Quirinal y otro en el Vaticano! ¡Pobre católico-liberal, tan dispuesto para describir las lágrimas del Papa y elogiar sus tremendas invectivas contra los perseguidores, como para describir las fiestas de éstos, y sus *soirées*, y sus conciertos, y sus recepciones, y sus relevantes cualidades, y sus... piadosos sentimientos! Basta, basta; quédele al infeliz la vergüenza de sus ambigüidades. Pero á él y á todos digámoselo muy en alta voz: No, no iremos á Roma más que por Pío IX. Por lo que toca a sus enemigos, lejos de divertirnos con sus espectáculos, volveremos á otro lado el rostro, si necesario fuere, para no ver su odiosa presencia en los Estados del Papa Rey.

El fin de nuestra Romería es, pues, únicamente visitar al Papa. Esta palabra significa mucho para quien sea católico de corazón y recuerde quien es el augusto personaje á quien va á visitar.

Sí, porque visitar al Papa es un acto de fe; porque con visitarle mostramos creer en él, en la autoridad de su elevado cargo, en la infalibilidad de su enseñanza, en la sujeción y obediencia que como católicos le debemos.

Visitar al Papa es un acto de protesta contra las iniquidades de que ha sido víctima, contra el desdén con que le trata el moderno mundo oficial, contra la sátira constante de la prensa impía, contra las maquinaciones diabólicas de las sectas.

Visitar al Papa es un acto de firme esperanza en su triunfo, cuyos caminos no sabemos, pero de cuyo éxito segurísimo no nos permiten dudar las promesas de Cristo, la historia de la Iglesia, y las mismas esperanzas del Papa.

Visitar al Papa es acto de excelentísima caridad. De todo enfermo, pobre ó encarcelado nos ha dicho el Señor que recibiría los auxilios prestados á él como si lo hubiesen sido á su Divina Persona. «Tuve hambre, y me disteis de comer, dirá á los elegidos; sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; desnudo me hallaba, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en cárcel estaba, y acudisteis á Mí.» Y dice el Evangelio que exclamarán entonces los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos de este modo?» Y responderá El:

«Lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más ínfimos, conmigo lo hicisteis.» Ténganlo, pues, entendido los amigos del Papa cautivo. *In carcere eram, et venistis ad Me:* «Cautivo me hallaba, y acudisteis á Mí.» Esta palabra sonará dulcemente en sus oídos en el día del juicio postrero. Porque es claro; si el Divino Juez ha prometido mirar como hecha á sí propio toda obra de caridad que se haga al más ínfimo de los mendigos, ¿cómo no la mirará más especialmente como suya cuando la viere practicada en la persona del glorioso Pontífice su Vicario?

He aquí el espíritu que debe animar á los romeros del Papa; he aquí el carácter que debe tener nuestra grandiosa Romería. Hemos visto cuál debe ser su fin; veamos ahora cuáles deben ser á nuestro humilde juicio los medios que á él correspondan.

Acto religioso hemos llamado á la Romería nacional en razón de su fin, que es pura y exclusivamente religioso, chillen y graznen lo que quieran los periódicos revolucionarios que no se dan punto de reposo en pintarlo como obra de manejos políticos. Y ahora decimos más. No sólo es religioso por su fin, sino que no será lo que debe ser, si no es por sus medios profunda y esencialmente piadoso. Piadoso hemos dicho, y no retiramos la palabra, aunque rían y sonrían llamándonos beatos y santurrones los aficionados á zaherir siempre á la piedad con tales palabrotadas.

Es la piedad, en cierto modo, no sólo el complemento y perfección de las obras de Religión, sino su esencia íntima, su misma alma por decirlo así. La piedad es la intervención del corazón en las obras que á Dios ofrecemos. Y obra que á Dios se ofrezca, si no la acompaña el afecto sincero del corazón, no es sino vana apariencia, hueco fantasma, mera hipocresía. Muévennos á risa, aun más que á compasión, los infelices que os dicen como quien habla sentencias: «Reli-

gioso, sí, quiero serlo; pero en cuanto á *piedad*, allá se queden esas místicas para clérigos y monjas, que á mí me basta con ser hombre de Religión sin meterme en beaterías.» Pues, sépalo, amigo mío, no eres... ni siquiera hombre de Religión. Porque, dime sino, ¿qué es la Religión sin el afecto amoroso á sus prácticas, sin el ejercicio tierno de los deberes que impone, en una palabra, sin la intervención del corazón? ¿Qué es creer en Dios, si no se muestra con obras de amor esta creencia? ¿Qué es ser hijo de la Iglesia si se tratan sus cosas fría y desamoradamente, sin el calor filial con que suelen tratar los buenos hijos á sus madres? «Creo, me dices, y amo; pero no gusto de exterioridades.» ¿Qué son este creer y este amar que no calientan el corazón, ni dictan á los labios una palabra animada, ni envían á los ojos una centella de entusiasmo? ¿Qué son esta fe y este amor, que tan bien se disimulan y tan perfectamente saben cubrirse con la mascara de la indiferencia? ¿Qué son sino la indiferencia misma?

Volvamos á nuestro asunto y apliquemos á él estas reflexiones. Hacer la Romería como otro viaje cualquiera, aunque le impongamos el fin única y exclusivamente religioso que le hemos señalado en el artículo anterior; hacerla como se hacen las expediciones de recreo ó de negocios, sin tener en cuenta en ellas más que la comodidad ó incomodidad personal, el dinero que se gasta, y las impresiones materiales que se reciben, no, no sería hacer católicamente la Romería. No, la Romería debe ser en todo un acto de verdadera y sincerísima piedad, pero de piedad pública y manifiesta, de piedad no sólo individual, sino colectiva, de piedad que resplandezca á los ojos de todo el mundo y que deje tras sí en todo el trayecto que recorriéremos el perfume de la edificación y del buen ejemplo. No hablamos ya de lo que debe ser en sentido negativo; es decir, de que debe procurar todo católico romero no permitirse inconveniencia alguna de obra ó de palabra que desdore el buen nombre de su patria y de su carácter de cristiano; hablamos de actos positivos que deben dar al gran acto de la Romería nacional su verdadera fisonomía y mérito de obra de piedad en todo el rigor de esta frase.

Ninguna autoridad tenemos para trazar programas, ni dictar disposiciones; tenemos, empero, como cada hijo de vecino, la santa libertad de manifestar cuáles son *ad majorem Dei gloriam* nuestros deseos. Y los nuestros lo diremos alto y claro, son los siguientes, que creemos serán también los de la mayoría de nuestros amigos.

1.° Prepárase cada romero á emprender su viaje con obras de devoción, como son, una novena ó triduo de preparación á sus Santos Patronos, el Sagrado Corazón de Jesús, María Inmaculada, San José, peregrino á Egipto, y San Rafael, guía del viajero Tobías. Donde se encontraren varios romeros, organicen en sus parroquias alguna de estas funciones con carácter público y solemne, lo cual puede ser una buena introducción y llamamiento para que los que se queden en España organicen á su vez, cuando sea la hora, la otra *Romería espiritual*, que recientes cartas nos dicen va á celebrarse en muchas partes.

2.° Empréndase el viaje por grupos, bajo la dirección de un celoso eclesiástico en cada grupo, el cual, del modo que consientan las circunstancias del transporte, dirija los rezos de los peregrinos, especialmente el del Santo Rosario y la visita al Santísimo Sacramento cada vez que pasare el buque ó ferrocarril delante de una iglesia donde se halle reservado.

3.° Ninguno de los romeros deje de confesar y comulgar en Roma por los santos fines de la Romería, la mañana del día de Santa Teresa de Jesús, designado para la solemnísima audiencia. Y si fuese posible que todos los peregrinos españoles comulgasen aquella mañana en un mismo templo de Roma, y en una misma Misa, de manos de uno de nuestros Prelados, el acto sería muy más fervoroso, y el buen ejemplo que daríamos á los romanos y á nuestra patria y al mundo, muy más eficaz.

4.° La noche del día de Santa Teresa de Jesús podría organizarse en alguna de las principales iglesias de Roma una función de acción de gracias que fuese el complemento de tan gran fiesta. Uno de nuestros Prelados podría ser invitado á dirigir la palabra al pueblo fiel; los cantos de la patria podrían hacerse oir allí ejecutados por nuestros artistas, que sin duda vendrán no pocos en nuestra compañía. Y

el majestuoso *Te Deum* saldría con esta ocasión fervoroso, entusiasta, cordial como nunca, ó á lo menos como mucho tiempo ha no salió de corazones católicos españoles.

5.º Los que puedan quedarse en Roma unos días aprovechen la ocasión de visitar piadosamente los lugares santos de la ciudad, como las *Catacumbas*, la *Escala Santa*, etc., etcétera, haciendo en estos sitios sus devociones, rogando siempre por el triunfo de la Iglesia, vida y libertad de Pío IX, salvación de España y demás fines de la peregrinación.

6.º De regreso á la patria celébrense funciones de acción de gracias en las parroquias de donde hubiere salido número regular de romeros; explique allí desde el púlpito el sacerdote más caracterizado ó elocuente lo que ha visto y lo que ha oído, la situación del Pontífice, las palabras que dirigió á los peregrinos, comentándolas y exponiéndolas para avivar más y mas la fe y el amor de los pueblos hacia él, y estrechar mas y más los lazos de España con Roma, que ése ha de ser el resultado primero y directo de la actual Romería. Asimismo las Asociaciones católicas de cuyo seno hubiesen asistido algunos individuos á la Romería, celebren sesiones extraordinarias, en las que se dé cuenta de ella y se ensalce y bendiga el nombre del gran Pío IX.

Basta: pobres son nuestras indicaciones, pero hijas de la fe y dictadas por el más ferviente deseo de que se logre de la gran Romería nacional, que vamos á emprender, todo el resultado apetecible. Y confiamos que el buen éxito de la presente hará se repita no una sola vez la visita de España al Vaticano, y que al volver á casa la actual peregrinación empezará ya tal vez á señalarse fecha para otra. ¡Quiéralo Dios, y sea El quien corone nuestros humildes esfuerzos!

¿Qué se puede objetar contra la realización del grandioso proyecto que entre manos traemos los católicos españoles?

Largamente han disertado sobre esto los periódicos de

cierto color, y durante muchos días ha sido ése el tema favorito de articulistas y gacetilleros. Dos ideas, empero, nos han particularmente llamado la atención.

Que la Romería es un acto de política más que de otra cosa. Esto han dicho los más. Acostumbrados estamos á que se nos eche en cara esta palabra en cuanto se nos ve mover pie ó mano á los hijos de la Iglesia. ¡Siempre ese *bu* para aterrarnos y contenernos! ¡siempre ese pretexto para señalarnos á las iras de arriba ó de abajo! A bien que esto mismo ha de hacernos ya mirar con indiferencia á la calumnia y á los calumniadores. Política se decía que hacíamos cuando celebrábamos nuestras funciones de desagravios después de las blasfemias de la última Constituyente; política, cuando festejabamos el vigésimoquinto aniversario del Pontificado de Pío IX; política, cuando practicábamos los ejercicios del Jubileo; política, cuando pedíamos la conservación de nuestra preciada Unidad religiosa. Política se llamará cuanto salga de nuestro campo, mientras haya católico bobo ó cobarde á quien haga bajar la frente esta palabra absurdamente calumniosa. Sólo les haremos cejar á nuestros adversarios en su vieja manía, si sin hacerles caso por tales palabrotadas seguimos impávidos el camino que nos traza quien debe trazárnoslo, contestando á lo más con firmeza y decisión: «Pues, señor, si esto es política, viva esta política, y guerra sin tregua á toda otra que ésta no sea! Nos acusáis á todas horas de amalgamar para nuestros fines la política con la Religión; vosotros sois los que, llamando política á lo que de la Religión os mortifica ó desagrada, hacéis todo lo posible para que nunca se vean sino muy unidas y amalgamadas estas dos ideas.»

Otros han salido con la gracia de que la Romería no es tal, porque no se hace á pie, sino en ferrocarril ó en barco de vapor, sin las correspondientes conchas, bordón y pintoresca esclavina. A seguir este modo de raciocinar podríamos decir que tampoco hay actualmente ejércitos en Europa, porque no gastan los guerreros de hoy escudo ó cota de malla como usaron los de los siglos medios, ó porque se usan actualmente el fusil Remingtón y el cañón Krupp en vez de las máquinas de guerra que nos describe el Tasso en *La Je-*

rusalén libertada. ¿Con qué el traje y el modo de viajar constituye lo esencial de la Romería? Nosotros creíamos al revés, que lo que la hacia tal era el objeto, esto es, visitar al Papa; la intención, esto es, consolarle y ser por él bendecidos; y que todo lo demás eran accesorios más ó menos dramáticos que no le importaban poco ni mucho al fondo de la cosa. Dirán que la Romería de hoy se hace con menos mortificación. Es cierto; pero, sin meternos ahora á disputar el más y el menos, nadie dirá que la tal Romería se haga sin sacrificios costosos. Sí, sacrificio es para quienes no gustan de viajar, como la mayor parte de nosotros, dejar nuestras casas y emprender una expedición que nos obliga á desatender nuestros negocios; sacrificio es para muchísimas personas el gasto que con esto se imponen, y que (lo sabemos), aunque rebajado, es para no pocas muy gravoso; sacrificio es arrostrar esa misma sátira de los impíos y sobreponerse varonilmente á sus insidiosas suposiciones, y sobrellevar con entereza y sin vacilar sus apodos é invectivas. Algo hacen tres, cuatro ó cinco mil hombres que sin esperanza de lucro alguno temporal, sin la avidez de presenciar grandes fiestas ni famosas Exposiciones, hasta sin la esperanza de poder visitar muy detenidamente las curiosidades de la ciudad pontificia, pues ocho días no bastan ni para empezar, sin otro móvil que ver al Papa y volverse después de haberle visto, emprenden camino de algunos centenares de leguas, que por ninguna otra cosa de este mundo volverían muchos de ellos á emprender, ni hubieran jamás emprendido. Sí, mucho es eso, y lo prueba lo bien que lo agradece el Papa. Valerosísimo acto de fe es, y pruébalo, como otras veces hemos indicado, el mismo enojo que despierta en toda la turbamulta de embozados ó descubiertos enemigos del Catolicismo. Convenido, pues: no es la Romería de hoy como las de otros siglos; pero aun así y todo muy buena debe de ser cuando los impíos de hoy la miran tan de reojo como los de aquellos remotos tiempos mirarían indudablemente á las de entonces.

¡Adelante, pues, católicos españoles! ¡Aun tienen tiempo de formar su resolución los que no la hayan formado hasta el presente! ¡Es la ocasión de sacudir tibiezas y apatías, es

la hora de desentenderse de preocupaciones y respetos humanos, es tiempo de decidirse aunque sea á costa de penosos sacrificios! ¡A Roma! ¡Al Vaticano! ¡A saludar a Pío IX, á recibir su bendición! ¡Oh cuántos, hoy tal vez apáticos y negligentes, nos envidiarán á la vuelta esta dicha! ¡Cuántos sentiran en el fondo de su corazón el escozor de los remordimientos por haber desaprovechado tan hermosa ocasión como les deparaba la Providencia! ¡Cuántos se avergonzarán de haber entibiado tal vez con su flojedad ó con su indiferencia el ardor de otros hermanos suyos! Pero, en cambio, los que con fe y buena voluntad hubieren emprendido la Romería, los que sobre todo la hayan realizado tan piadosa y espiritualmente como debe realizarse, ¡qué dulces recuerdos guardarán de ella! Toda la vida les durará la emoción dulcísima de aquellos momentos que pasaron en presencia del Vicario de Dios; hasta la muerte oirán vibrar en su alma el eco de aquellas frases divinas que les habrá dirigido. Y contarán á sus hijos y á sus nietos las impresiones de este santo viaje; y cuando les falte ya la memoria de otras cosas, éstas vivirán eternamente grabadas en la suya para consuelo de sus días postreros. «Hijos míos, dirá el anciano romero á la generación que se sentará á su rededor; hubo un tiempo en que erais vosotros muy jóvenes, ó en que no habíais tal vez visto la luz, y era en aquel tiempo en todas partes atrozmente perseguida la Iglesia de Dios. El mundo parecía todo una vasta conjuración contra ella. Apoderada la Revolución de los Estados del Papa, vióse éste reducido á sólo su palacio, de donde no le permitían salir la propia dignidad y los escarnios con que en su propia ciudad se ultrajaba á todas las cosas santas. ¡Era aquel Papa Pío IX, Pío IX el Grande, Pío IX el Mártir, Pío IX el Santo! Y de todos los puntos del globo fué entonces tiernísima devoción y muestra de inquebrantable lealtad ir á consolarle en aquel su amarguísimo desamparo, allá en su propia cautividad, allá en medio de sus mismos enemigos. Y cruzaban de todas partes barcos y ferrocarriles, y en ellos, no individuos, no Comisiones, sino pueblos enteros, uno tras otro en dirección al Vaticano, todos con la protesta de adhesión en los labios, con el llanto del amor y de la indignación en los ojos, con

la limosna filial en las manos. Porque, sabedlo: el Papa, pobre entonces y despojado de todo, rehusaba con firme entereza el dinero que le ofrecían sus enemigos como precio vil de una conciliación deshonrosa, y vivía de la limosna de sus hijos de todo el mundo, y aun tenía para dar á los afligidos de todo el mundo, de estas limosnas de sus hijos. Pues bien: oid, hijos míos. En aquellos días acordóse España de que ella, la católica por excelencia, la primera en recibir la fe, la postrera en perder su preciosa Unidad, había faltado en cierto modo á esta cita general de los pueblos católicos, y enjugando de repente las lágrimas en que la tenían sumida sus nunca interrumpidas desventuras, iré, dijo, iré yo también á la casa de mi Padre. Y haciendo un llamamiento á sus hijos, reuniéronse miles de ellos, y dejaron sus casas, y cruzaron mares y montañas, y á pesar del vocerío de los malos, y de las dudas de los *prudentes*, y de las vacilaciones de los timoratos, llegaron á Roma, y fueron al Vaticano, y visitaron al Papa, y oyeron su voz dulcísima, y recibieron su bendición celestial. ¡Y yo era uno de ellos, hijos míos! ¡Yo vi al Papa! ¡Yo vi á Pío IX! ¡Yo vi al intrépido Anciano contra quien conspiraba todo el infierno, y él firme se estaba contra todo el infierno! ¡Yo vi al bondadoso Pastor, contra quien rugían airadas todas las borrascas, y él tranquilo al pie del timón en medio de todas las borrascas! ¡Yo vi al Vicario de Dios en la tierra, y espero me ayude su soberana bendición á que pueda verle un día en el cielo!»

Amigos míos, lectores míos; no es sueño, no, no es fingida escena, no es hermosa ilusión de poeta lo que acaba de presentaros débilmente bosquejado mi pluma. Es la realidad, y cada uno de vosotros que vaya á Roma puede ser feliz protagonista de ella. ¡A Roma, pues! ¡A Roma! ¡A ver al Papa, á escucharle, á ser por él bendecidos! Y después... *Nunc dimittis servum tuum, Domine.*

Casi en vísperas nos hallamos del día feliz en que se vean realizados nuestros más ardientes deseos. Empiezan dentro dos ó tres á salir las primeras expediciones de Madrid, y en la próxima semana será ya general el movimiento en todos los puntos de España. Por otra parte el ruído del acontecimiento hácese sentir también en todas las naciones del continente europeo, y periódicos franceses, ingleses, alemanes é italianos ocupan ya sus columnas con datos y apreciaciones sobre nuestra gran peregrinación. La hermosa fraternidad que une en un solo cuerpo á todas las publicaciones católicas de Europa se muestra en la valentía y vigor con que rechazan las malévolas acusaciones de la prensa impía, que despliega en esta ocasión como en otras analogas, toda su línea de batalla contra este blanco, que lo es hoy de las iras del infierno. ¡Grandioso espectáculo, el más propio para enardecer á nuestros hermanos, si alguno quedase todavía tibio ó flojo en tan importante cuestión! ¡Cuán glorioso es, cuánto enaltece y sublima el verse así objeto privilegiado de la saña de todos los enemigos de Dios, y haberles forzado con nuestra actitud á que no nos desprecien sino que de firme nos aborrezcan! He aquí, por de pronto, uno de los mejores resultados de la Romería. Con sólo esto podríamos darnos por bien pagados.

Pero no; que otros mejores esperamos de ella, y con algunas ligeras indicaciones sobre eso queremos dar por terminada la presente serie de artículos con que nos hemos creído obligados á contribuir desde nuestra humilde *Revista* á la realización del magnífico proyecto anunciado por nuestro esclarecido colega madrileño.

La Romería es una oración y es á la vez una manifestación. Podemos, pues, prometernos de ella las gracias y mercedes que ha vinculado Dios, según enseña la fe, á estas dos clases de buenas obras.

Es una oración. Rogando vamos á empezar, rogando proseguiremos, y rogando daremos fin á nuestra Romería. Como ciertas rogativas litúrgicas ha dispuesto el ritual católico se hagan procesionalmente y con visita á determinados lugares,

así nuestra Romería no viene á ser en el fondo más que una vasta procesión de rogativas que hacemos al sepulcro de Pedro, enterrado bajo la cúpula de su famosa iglesia, y al trono del mismo, viviente en la persona de su Sucesor. Vasta procesión que tendrá sus paradas ó estaciones en las Basílicas de Roma, cuyas indulgencias procuraremos ganar; en las Catacumbas de los Mártires, ante cuyas reliquias pediremos á Dios fortaleza como la suya; en la arena gloriosa del Coliseo, donde parece resonar aún el ¡soy cristiano! de los primeros siglos entre el rugido de los leones y el clamor del pueblo infiel. Oración que saldrá unánime y fervorosa de algunos miles de corazones con toda la fe que inspiran los grandiosos recuerdos y las santas impresiones de aquella Ciudad santa, que por profanada que esté por los enemigos de la Iglesia, es todavía ella su más precioso relicario. Allí acudirán en tropel á nuestra memoria, más y más apremiantes que nunca, las mil necesidades que en el día agobian al pueblo cristiano: La libertad del Papa, á quien veremos rodeado de enemigos poderes é hirviente bajo sus pies el volcán revolucionario: la restauración de las Ordenes religiosas, cuyos fundadores representados en gigantescas estatuas adornan los muros del Vaticano y cuyos individuos son hoy en todas partes víctimas de la rapacidad y del odio francmasón: la enseñanza cristiana en todo el mundo tan combatida, en unas partes en nombre de la autoridad del Estado, en otras en nombre de los derechos del individuo: la Unidad católica española, á cuya pérdida, desengáñense los librecultistas, no debe resignarse jamás el verdadero hijo de España, y por cuya restauración legal debe rogar y trabajar sin descanso.

Y juntamente con estas necesidades más culminantes y otras de la misma categoría, ¡cuántas y cuántas de carácter particular han de ser allí objeto de nuestra oración! La conversión de tal ó cual persona extraviada en ideas ó en costumbres; el éxito de este ó de aquel negocio que entre manos tenemos para gloria de Dios; el buen desempeño de la misión especial que en este mundo nos ha conferido la Providencia; la familia, la parroquia, la Asociación religiosa á que perteneciéremos, el proyecto que meditamos, el buen

arreglo de nuestra vida, la paz cristiana de nuestra muerte, ¡oh! ¿qué corazón se hallará frío y ocioso en Roma, sabiendo que tal vez de su insistencia en rogar penda el que se digne Dios proveer con mayor ó menor prontitud á tales urgencias, y que nunca se le presentarán para la súplica tiempo, ocasión, lugar, ni valedores más propicios y oportunos?

He aquí por qué esperamos mucho de la Romería; porque en ella vemos más que otra cosa el espíritu de oración que la anima, y creemos en la eficacia de la oración como en un dogma de fe.

Pero la Romería es también manifestación. Es un certificado de fuerza moral, es una fe de vida que ofrecemos á todo el que quiera leerla. La ofrecemos á nuestros amigos para que aprendan á no desalentarse ni desfallecer, venga lo que viniere y sea cual fuere la aparente superioridad de los malos. La ofrecemos á éstos, para que de una vez más se desengañen y nos tengan en algo, aunque sea para perseguirnos; y cuenten con nosotros, que no estamos muertos, ni queremos morir por ahora, sino vivir y vivir todavía muchísimo, sean cuales fueren los epitafios que se entretengan en componernos nuestros impacientes enterradores. Hace más de quince siglos un pobre emperador romano mandaba acuñar moneda en que se gloriaba de haber borrado de la tierra el nombre cristiano. *Nomine christianorum deleto,* dice aún hoy en las colecciones numismáticas aquella presuntuosa medalla. La arrogante leyenda es hoy verdadero sarcasmo en torno del busto del pobre emperador. ¡Cómo se ríe Dios de los pigmeos que le escupen desde la tierra! Pues bien; todo esto dirá en alta voz la Romería, y será por lo mismo una grande lección y un grande ejemplo. Y en nuestros tiempos quien ha dado un buen ejemplo ha hecho más que si hubiese pronunciado en un Congreso cien magníficos discursos. Y por esto esperamos también mucho de la Romería bajo este concepto, porque después de la eficacia de la oración, nada hallamos la tenga mayor y más decisiva que la manifestación.

Basta ya. Nada más diremos sobre un punto que nos ha traído á todos agradablemente ocupados durante seis sema-

nas. Lo restante y principal esperamos oírlo dentro poco todos juntos de labios augustos. Procuremos disponer del modo conveniente nuestro corazón para hacerlo digno de recibir con fruto la palabra del Vicario de Cristo y su bendición, prenda del más feliz y seguro despacho de nuestras peticiones.

Septiembre, 1876.

XCII.

FÁCIL CAMPAÑA.

Valga lo que valiere, púsoseme días ha en el magín, y téngolo de comunicar á mis buenos lectores, para quienes, ya lo saben Vds., no tengo secretos. Al fin, si la cosa es de Dios ó si es pura ocurrencia mía, Pastores y Maestros tiene la Santa Madre Iglesia que lo sabrán bien discernir y poner en claro.

Es, pues, el caso que, dando y tomando en lo de la Romería, que ése es mi sueño dorado, me dan ciertamente compasión los que por una razón ú otra no podrán, queriéndolo mucho, formar parte de ella.

Y no serán pocos los que de esta suerte se hallen y se queden aquí, como aleteando de impaciencia, viendo á sus hermanos partir hacia Roma. Las pobres Religiosas, tan buenas y tan queridas de Dios; los delicados de salud que no hayan podido arrostrar las incomodidades del camino; los escasos de fortuna que no hayan hallado con que costearse este consuelo; los atados á su negocio, á su empleo, á su obligación personal, entre los cuales habrá sin número de fervorosos eclesiásticos: todos éstos querrían acompañarnos... pero no podrán y sufrirán hondamente al verse privados de la altísima honra de ser recibidos con nosotros por el Padre Santo.

¿Qué queréis? *Misereor super turbam*, que dijo el Señor. Me inspira compasión esta multitud, y quisiera verla en todo ó en algo participante de nuestros consuelos. Algunos de ellos lo merecen tal vez más que nosotros.

¿Cómo componerlo? En la imposibilidad de hallar cosa mejor, propóngoles, con la más buena voluntad del mundo, lo siguiente.

Vamos nosotros á hacer una Romería, por decirlo así, material. Acompáñennos ellos en Romería espiritual. Y cada uno de ellos, *absens quidem corpore, præsens autem spiritu*, asóciese á nosotros y sea uno de nuestos romeros.

¿De qué modo? Voy á eso, y préstenme todos atención.

El día designado para la audiencia, ¡qué día, gran Dios, qué día! á la hora poco más ó menos en que se suponga nos está recibiendo Su Santidad, organícese en todas las iglesias de España una función de rogativa nacional. Ante el Santísimo Sacramento (verdadero Sumo Pontífice del cual el de Roma es glorioso Vicario) y reunidos en tan dulce audiencia los fieles de cada localidad ó parroquia, rueguen incesantemente á nuestro Dios por los piadosos fines de la gran Romería que á la misma hora se estará celebrando en el Vaticano, y únanse en espíritu á ella, identificándose con sus intenciones y con su amor el gran Pío IX. Rueguen por la patria hoy más que nunca necesitada de oraciones, rueguen por su pronto retorno á la antigua unidad, por su clero y Pastores, por su legislación y enseñanza, por sus niños y pobres, por sus justos y extraviados, por la confusión de las sectas, por la destrucción completa del demonio revolucionario. ¡Cuidado si hay necesidades por qué rogar! Y si tan bien recibido fuese de todos el plan, no dudo que hasta se asociarían á él nuestros Prelados, concediendo á este ejercicio gracias é indulgencias; y si al mismo Pío IX se le indicaba lo que en este sentido se está haciendo en España, es seguro que extendería hasta los romeros espirituales las mismas bendiciones que dirigiese á los allí corporamente presentes.

Una observación para concluir. Celebraremos dentro de poco el recuerdo de la memorable batalla naval de Lepanto, en que nuestros padres derrotaron bajo el estandarte de la

cruz á los turcos, que eran entonces la amenaza constante de la Iglesia y de la sociedad, como ahora lo es la Revolución.

¿Y sabéis á quiénes se debió el éxito de aquella gloriosa jornada?

Abrid la historia, y os dirá que dos ejércitos combatian aquel día contra los enemigos de la fe y de España. El que empuñaba la espada y el mosquete en las galeras de D. Juan de Austria, y el que rezaba fervorosamente el Santo Rosario en las calles de Roma y en las ciudades y aldeas del territorio español. Y tanto fué así, que San Pío V, al tener milagrosa revelación de la victoria, no dudó atribuirla así al esfuerzo denodado de unos, como al ruego fervoroso de los demás. Por esto quiso conmemorar tan gran fecha, instituyendo la festividad del Santo Rosario.

Análogo sea lo que acontezca el día de la peregrinación entre nosotros. Haya dos ejércitos; el que personalmente vaya á Roma y el que pacíficamente se quede en su casa. Pero uno y otro empuñen contra el turco moderno el arma de la oración y del Santo Rosario. Para unos y para otros habrá bendiciones y laureles, pues á unos y á otros serán debidas las gracias que se alcancen.

¡Animo, pues! En uno ú otro concepto todos los católicos acudan aquel día á la Romería. ¡A la oración! ¡al Rosario! ¡Por la Iglesia, por Pío IX, por la patria desdichada, á rogar fervorosamente los hijos de esta nación infortunada!

Suplicamos á nuestros hermanos los periodistas católicos la difusión anticipada de este proyecto, salva siempre la aprobación de nuestros maestros en la piedad y en la fe, los Obispos españoles.

Septiembre, 1876.

XCIII.

COSILLAS DE POR AHÍ.

Está visto: no les cuadra á los periódicos revolucionarios y semi-idem nuestra gran Romería. Razón de más para que nos esforcemos todos en que salga muy lucida y briosa. Al fin la gran táctica del católico, como os ha dicho poco ha la *Revista,* ha de ser siempre darle al diablo los mayores disgustos posibles. Del católico fiel hablamos, que el otro que Vds. saben, tiene al revés por norma componerse (ó conciliarse) bonitamente con todo el mundo, hasta con el susodicho. Dejarle que allá se las avenga con sus equilibrios y componendas en el tribunal de Dios.

—

A *La Época* se le antoja cosa de política eso de que vayan á Roma algunos miles de españoles á llevarle amor, obsequios, limosnas al Papa, y á traerse de allá la bendición del Vicario de Dios, consuelos inefables, santos recuerdos, nueva firmeza para nuevos combates, nueva resignación para nuevas tribulaciones. Si esto es política, ¡viva esta política! con ella no reza el prohibitivo lema de la *Revista Popular*.

—

Pero, ¡bendita de Dios! si todo esto es política, y esta política no es del gusto de *La Época,* ¿cuál será la de este

desdichado periódico? Averigüelo Vargas, que nosotros estamos ahora muy de priesa para meternos en tan hondas averiguaciones. Además de que esto no es ya de nuestra competencia, que nada queremos con política ni con políticos, á no ser del modo dicho.

—

El Papa alaba, bendice, aguarda amorosamente la Romería; los Obispos españoles alientan á sus ovejas á asociarse á ella, y algunos se ofrecen á capitanearla; pero unos cuantos caballeros particulares, desde su taburete de periodistas, claman y vociferan que la cosa es mala, inconveniente, reaccionaria, y qué sé yo cuántas cosas mas. Pregunto yo ahora: ¿á quién han de creer en materia de obras católicas los católicos españoles?

—

A *La Iberia* (háganse Vds. cargo de que es progresista) le parece que es lástima se vayan los españoles á dejar sus cuartos allá en el extranjero, en vez de gastarlos en su patria, que tanto los necesita. Tiene razón el colega que le sobra. ¿No fuera mejor, vamos al decir, gastarlos alegremente en almuerzos progresistas, ó en corridas de toros, ó en Bufos y cancan, ó siquiera en funciones patrióticas con himno de Riego y todo? Entonces se quedaría el dinerillo acá, en la patria (es decir, si el empresario ó fondista no fuese extranjero), y seríamos todos tan patriotas y tan amigotes de *La Iberia*. ¡Realmente es un despilfarro enviar tanto dinero á Roma! Lo mismo dijo allá Judas del que gastó por Cristo la Magdalena: *Ut quid perditio hæc?*

—

La Patria se desencadena, pero furiosamente, ¿contra qué dirán Vds.? ¡válgame Dios! contra la *Romería espiritual* y contra quien les propuso el plan de ella á los católicos españoles. Confieso á Vds. que empecé, desde que leí aquellos sueltos, á temer le diese al Director de la *Revista* tentaciones de vanidad. Lo digo como si me confesase. ¿También la *Romería espiritual* merece invectivas liberalescas? Decidi-

damente debe de ser ella cosa de Dios, y bien se conoce lo ha olido así el diablo, que es mastín de regulares narices. ¡Animo, pues, todos, y á darle el gran disgusto del siglo el próximo 15 de Octubre!

—

Hasta los católico-liberales de provincias, ¡vea V., inocentes! le tiran su chinita á la Romería nacional. ¡Pobres criaturas! Eso sí, no lo hacen por cuenta propia; limítanse á trasladar tímidamente, pero sin correctivo, intencionados *recortes* de *La Época,* ya se ve... con la piadosa mira de que algún pobrecito miedoso deje el bordón y se quede en casa por temor á comprometerse en cosa en que ¡según ellos! anda la política. ¡Pobre diablo católico-liberal! ¡Cómo deben reírse de él sus demás camaradas al servicio de Satanás! A inspiradores de Catolicismo liberal debe destinarse allá en los infiernos á los mas tontos de la casa, según lo hacen peor de cada dia.

—

Una preguntita al oído para concluir. Problema de actualidad. Ser católico y clamar en una página contra la inmoralidad de los folletines de la prensa racionalista madrileña y contra lo asqueroso de algunos espectáculos, y luego repetir un día y otro día en la mas leída de todas, el inmundo anuncio de cuadros al vivo tan groseramente impúdicos como *Las tres Gracias, La Orgía, La casa de Baños, El juicio de París, Encuentros, nocturnos* y otros y otros en que la prostitución se exhibe franca, libre, descarada, á vista de todo el mundo que pague real y medio, ¿qué clase de Catolicismo será? Respuesta del buen sentido, sin pasión ni preocupaciones. No es Catolicismo católico; luego será Catolicismo liberal. Entendidos. El mismo que le anda buscando pelillos y segundas intenciones á nuestra Romería. Sí, señor, entendidos.

Septiembre, 1876.

XCIV.

DESDE ACÁ.

ESDE España tienen actualmente los ojos del alma fijos en Roma, únicamente en Roma, los que no han tenido la feliz suerte de poder acompañar allá en la gran Romería nacional á nuestros hermanos peregrinos.

Desde acá han seguido con la imaginación, impacientes, inquietos, cada una de las etapas de este piadoso viaje, y desde que salieron de nuestras estaciones y puertos los primeros grupos expedicionarios fueron contando las horas y los pasos, aumentándose la filial emoción desde que han podido considerarlos ya junto á las costas del bello Lacio, en vistas luego de la Ciudad Eterna; más tarde dentro de su augusto cuanto profanado recinto, frente á frente al fin de la gran mole Vaticana, palacio y cárcel á la vez del oprimido Anciano á quien llamamos los católicos nuestro Pastor, á quien llama Dios Vicario suyo.

Hoy, víspera del gran día, se los figura recorriendo con avidez las avenidas del gigantesco templo, catedral espléndida del mundo, ansiosos al rededor del majestuoso alcázar cuya puerta esperan les será franqueada dentro breves horas para gozar allí de la vista, la palabra y la bendición del único supremo objeto de sus fatigas y anhelos, el Romano Pontífice, el Papa-Rey, Pío IX.

Y mañana ¡oh! ¡dichoso mañana! su consideración se

representa ya á aquella magnífica y escogidísima porción de la grey española rodeando desde las primeras horas la Mesa de Jesús Sacramentado, y luego de repente abrirse de par en par las deseadas puertas del Vaticano, llenarse de aquella concurrencia inmensa su vasto recinto, y aparecer finalmente ante los ojos asombrados de sus hermanos la dulce, la majestuosa, la angelical, la divina figura de Pío IX. Y desde aquí les parece oir el latir agitado de aquellos miles de corazones, y ver el centelleo de júbilo en todos los ojos, y lágrimas suavísimas de filial amor regando las mejillas; y vuela y llega en cierto modo hasta nosotros el dulce ¡Hijos míos! de aquel Padre tan amado; preciosísima recompensa que fuera ya bastante ella sola para galardonar el afan piadoso de aquella multitud de hijos tan amantes.

«¡Felices ellos! (exclaman). ¡Dichosos ellos! ¡Mil veces afortunados ellos, que sentirán caer una á una sobre sus corazones las gotas de aquel rocío celestial! ¡Mil veces bienhadados, que guardarán perpetuamente impresa en su alma la emoción causada por la vista del rostro de Pío IX, para saborearse y consolarse y fortalecerse con ella todo el resto de la vida! ¡Felices ellos! ¡Dichosos ellos!»

¿Pero qué? Y ¿acaso la bendición del Papa no ha de alcanzar más que á aquel grupo, relativamente pequeño, que mirará postrado á sus pies? ¿Acaso los que á Roma han ido no llevan la representación de los restantes millones de católicos que acá han quedado y que envían desde acá al trono de Pío IX, ya que no su persona, el ardiente gemido de su corazón, la súplica amorosa y encendida, la limosna filial y bañada quizá en llanto? ¿Acaso los miles de católicos que va á recibir el Romano Pontífice son otra cosa que una delegación de la España entera, que es católica también, por más que lo contrario se empeñen en hacer creer al mundo unas cuantas docenas de hijos suyos descreídos?

Sí, sí, digámoslo muy en alta voz para consuelo nuestro y esperanza nuestra. No son cinco, seis ó siete mil españoles los que rodearán mañana el trono de Pío IX, no; es España, es España; es la nación católica de María del Pilar y de Santiago; es España, es nuestra patria, es nuestra madre.

¡Felices ellos, dichosos ellos! dicen. Mal hemos dicho,

y corregimos sin vacilar la expresión. ¡Feliz ella! hemos de decir, ¡dichosa ella! Grandes son sus desventuras; pero... ¡grande es su fe, y su fe la salvará! Tarde ha acudido á la cita de los pueblos católicos al pie del trono de Pío IX; tarde ha acudido, y las razones de su tardanza las conoce el mundo. ¡Pero, aun acudiendo tarde á la cita de las naciones católicas, se ha colocado de repente á la cabeza de ellas! ¿Qué nación, en efecto, del nuevo ó del viejo mundo ha enviado á los pies del Papa cautivo delegación tan numerosa como España?

¿Pues qué, si atendemos á las dificultades que para realizar su grande obra ha tenido que superar? Pocos meses después de una guerra tenaz y sangrienta; exhausto el país; aun no desvanecida cierta agitación en los ánimos; frente á frente de una prensa rabiosa que denuncia al punto como conspiración y manejo político los más inocentes desahogos de la piedad; echandosenos á todas horas en rostro apodos mil los más propios para alarmar á los tímidos, y excitar en los recelosos odiosas prevenciones; tras tanta vejación para los católicos y para las cosas católicas; tras tanto atropello como sobre nosotros ha pesado los últimos años, levantarse un día una voz y lanzar desde Madrid el grito ¡A Roma! y responder al punto en provincias otras cien voces iguales: ¡A Roma! y hacerse sentir en seguida, como chispa eléctrica, hasta en las últimas aldeas este grito santo, y hallarse á los pocos días miles y miles de hombres y mujeres (los más de los que nunca viajan), hallarse, digo, á los pocos días camino de Roma, arrostrando todos los dicterios, aceptando todas las consecuencias, gastando muchos sus pobres ahorros y dando además no poca parte de ellos en abundantes limosnas; hacer todo esto como lo ha hecho España, en tan desfavorables circunstancias y con tan magnífico resultado; dígannos los más preocupados ¿qué pueblo lo hace sino el nuestro? ¡Cuán rica, cuan maciza debe de ser la cantera de fe que aquí tenemos, cuando tras tanto martillar muchos años ha el infierno sobre ella queda todavía en pie lo bastante para dar de sí tales muestras?

Regocijémonos, pues, en el Señor todos, así los de acá como los de allá, que uno es el mérito de esta empresa,

uno será el fruto de ella, uno su galardón. ¡Oremos y confiemos! La Romería nacional que ha empezado con tan felices auspicios la semana pasada, no terminará, como piensan algunos, la semana próxima, sino que durará y quedará abierta mientras duren para la Iglesia de Dios las necesidades que han inspirado esta devoción á los pueblos modernos. España sabe desde hoy el camino de Roma, y lo andará cien veces más, si necesario fuere, como lo andan años ha los demás pueblos católicos. Por nuestra parte, cuando regrese al patrio suelo el último de nuestros peregrinos, no diremos: «ha terminado la Romería nacional,» sino: «queda felizmente inaugurada la Romería nacional.» Porque, de verdad, con el presente viaje no ha hecho más que inaugurarse.

¡Adelante siempre, pueblo español, y ¡Viva Dios! ¡Viva su Madre Purísima! ¡Viva su glorioso Vicario! ¡Viva su fiel España!

Octubre, 1876.

XCV.

APUNTES DE MI CARTERA.


UVE el propósito de dar á mis buenos amigos una reseña, en forma, de la Romería nacional, tomando el asunto desde su principio y prosiguiéndolo hasta su fin y remate. Mas al volver de Roma me encuentro con que la *Revista Popular*, en sus números de las dos últimas semanas, lleva ya dados sobre el caso tantos y tales pormenores, que, á la verdad, resultaría mi relato mera repetición de cosas ya conocidas, y de consiguiente inútil y hasta enojosa. Conténtome, pues, con trasladar á las columnas de la *Revista* éstos que he llamado apuntes de mi cartera, y que en realidad no son otra cosa. Tómenlos como tales mis buenos lectores.

—

¡Qué majestuosa escena la de la salida de los dos buques del puerto de Barcelona el día 10 de Octubre! Ya el día anterior había sido magnífica la salida del *Bourgogne* en medio de las salvas de artillería, de los ecos de la charanga y de los saludos de los marineros y oficiales con que la fragata de guerra *Vitoria*, anclada en nuestro puerto, hacía los honores al digno señor Obispo de Vich. ¡Bien por aquella bizarra tripulación! ¡De fijo que no nos saludó por mero cumplimiento de la ordenanza! Entonces izamos en nuestro buque la inmortal bandera de Lepanto. Pero, no menos

brillante fué el espectáculo del día siguiente. Quizá con secreto designio permitió la Providencia la avería acaecida en la máquina del *Borgoña,* á fin de que éste debiese demorar un día su expedición y efectuase su salida junto con su compañero *La Inmaculada.* Al lado de éste se hallaba, en efecto, el nuestro al caer la tarde de dicho día 10, cuando pasó á visitar á nuestros hermanos y á darles su bendición el Ilmo. Sr. Colomer. Al atravesar el señor Obispo en la ligera falúa la distancia que separaba ambos buques, ¿quién puede referir lo grandioso de aquella escena? ¿quién los vítores y cantos? ¿quién el entusiasmo febril que ardía en todos los pechos? También esta vez quiso Dios nos acompañase el saludo de las armas españolas; era el día aquél, día de no sé qué gala, y hacían las salvas al ponerse el sol en aquellos momentos los cañones de Montjuich, los de Atarazanas y los de la indicada fragata de guerra. Es verdad que entonces no se dirigía á nosotros el obsequio, pero no por esto era menos imponente el efecto de aquel estruendo militar acompañando los pacíficos cantos de los romeros que sobre la cubierta de ambos buques saludaban al Prelado y mutuamente se despedían.

—

No ha visto lo mejor de la Romería quien no la ha hecho por mar. El cuadro que ofrecía el *Borgoña* durante sus viajes de ida y vuelta era por demás interesante. Cerca ochocientos viajeros de toda clase, sexo y condición, formaban á bordo como una sola familia. Ni una palabra descompuesta se oyó allí, ni una reyerta tuvo que apaciguarse, ni un abuso que corregirse. Rezábase por grupos el Santo Rosario mañana, tarde y noche. Oíase Misa cuando permitía celebrarla el movimiento del buque, y comulgaban en ella multitud de personas. Escuchábanse con la más profunda atención los sermones que en diferentes días dirigieron á los peregrinos los Rdos. Durán, Barrios y Almonacid. Sucedíanse unos á otros los cánticos sagrados: *Profesión de fe, Gozos de la Concepción Inmaculada, España penitente, El alma arrepentida, Corazón Santo;* un hermoso himno catalán *Cap á Roma,* traído por los romeros de Solsona, si mal no re-

cuerdo, y otros y otros, junto con el *Santo Trisagio*, la *Salve Regina*, *Ave, maris Stella*, *Magnificat*, *Benedictus*, mereciendo citarse las Vísperas y Completas á canto llano con que solemnizaron los sacerdotes viajeros la fiesta del jesuíta español San Francisco de Borja. En los ratos que dejaban libres tan santas ocupaciones, se formaban por todas partes alegres corrillos donde resonaban los dichos alegres, las francas risotadas; ofreciendo entonces la cubierta el cuadro animado de uno de nuestros populares *aplechs*, sin ninguno de sus puntos negros.

Uno de los más tiernos episodios del viaje fué el encuentro de los dos buques catalanes en alta mar la tarde del día 11. Alcanzónos la *Inmaculada Concepción*, que había salido del puerto de Barcelona dos horas más tarde que nosotros, y pasó á tiro de piedra del *Borgoña*. De pie los romeros de ambos vapores sobre cubierta, saludáronse calurosamente en medio de aquellas soledades de agua; y sin más testigos que el cielo mezclaron durante buen rato sus vítores y cánticos.

—

Algunas poblaciones de Cataluña, como Reus, Manlléu, Vich, Manresa y otras, tenían allí numerosa representación y ofrecían grupos perfectamente conocidos y deslindados. Pero entre todos llamó de un modo particular la atención el grupo de Sans. Cuarenta romeros lo formaban, presididos por el respetable señor Ecónomo de la parroquia y por otra dignísima persona de dicha población. Eran casi todos trabajadores y trabajadoras industriales, jóvenes la mayor parte, y todos y todas de un Catolicismo y fervor... á prueba de fábrica. Veíase en todas partes á este simpático grupo en torno de su Pastor, que velaba por sus menores necesidades con solicitud verdaderamente paternal. Unido se le vió visitar las Basílicas y los principales recuerdos cristianos de Roma; en medio de la multitud se le distinguía perfectamente por las blancas mantillas de ellas y por la religiosa compostura de ellos. Yo les vi cruzar la ancha plaza de San Pedro al salir de la recepción del día 16, en correcta formación como un colegio, atrayendo las miradas y simpatías de

romanos y españoles. De Sans salieron después de haber comulgado juntos, juntos entraron el día 27 en la misma población, acompañados por las Corporaciones de la parroquia que en procesión salió á recibirlos. Y entre el repique de las campanas se dirigieron á la iglesia, donde oyeron Misa de acción de gracias y plática de despedida del celoso Pastor, no verificándose hasta allí el rompe filas de aquella animosa compañía. Los que quieran saber cómo deben hacerse (y cómo pueden hacerse cuando se quiere) las Romerías católicas, vayan á las fabricas de Sans, donde encontrarán jóvenes y muchachas y padres y madres de familia, que les informarán de eso mejor que los libros y los maestros.

—

¡Qué día el de la recepción general en San Pedro! Ocho mil españoles aguardaban en el crucero de la grandiosa Basílica la llegada del Papa. Cuando la anunciaron de lejos las armonías de la capilla pontificia, que le saludaba al salir de sus habitaciones con un precioso motete, no hubo corazón que no palpitase, como si quisiese á uno saltársele del pecho. Apareció por fin Pío IX: precedíanle los suizos de su guardia de honor, y quince Cardenales, y seguíanle camareros y guardia noble. En medio de esta comitiva, en que dominaban los colores rojo, violado y amarillo, destacábase, blanco de pies á cabeza como una paloma, el angelical Pío IX, caminando lentamente, pero con seguridad, apoyándose en su bastoncito y sonriendo amorosamente á las repetidas exclamaciones con que de todas partes se le saludaba. Subió al trono, oyó el magnífico mensaje del señor Arzobispo de Granada, y habló él por fin. ¡Qué entonación! ¡Qué seguridad! ¡Qué claridad de voz y qué soltura de ademanes! No le oyeron bien los más lejanos, porque á ningún orador se hubiera oído en aquel vastísimo recinto. Pero me atrevo á asegurar que en la Catedral de Barcelona nadie hubiera perdido de su discurso una palabra: tal es aún la fuerza y vigor de aquel pobre Anciano de 85 años, cuya muerte tanto desea el infierno. Algunos no le oyeron bien, es verdad, pero aun no oyéndole le comprendían, porque hablabla su rostro divinamente iluminado, hablaban sus

brazos, que extendía repetidas veces sobre la multitud, como si á toda quisiera abrazarla en un solo abrazo. Estaba visiblemente conmovido, y ha dicho un familiar suyo, que todos aquellos días no sabía hablar más que de *sus* españoles. Después de dar la bendición bajó del trono y se retiró á la cámara inmediata, y dabamos todos ya por concluído el acto, cuando he aquí que de repente vuelve á aparecer, y se nos anuncia por el señor Arzobispo, que el Padre Santo, deseoso de que le viesen más de cerca los romeros españoles, iba á subir en la silla gestatoria para recorrer en ella las naves de San Pedro antes de retirarse á sus habitaciones. Viósele, en efecto, en alto á los breves momentos, cubierto entonces de su balandrán rojo sobre la blanca sotana. ¡Allí fué ella! Nada he oído jamás que pueda compararse al rugido (no hallo mejor palabra) al rugido de entusiasmo que lanzaron aquellos ocho mil pechos españoles. Las oleadas de la multitud seguían y rodeaban, como un mar alborotado, aquella silla majestuosa que se balanceaba y se abría paso difícilmente en medio del concurso. Millares de pañuelos y de sombreros agitábanse á su rededor, y el vitorear incesante de aquel pueblo ebrio de amor y de fe resonaba de uno á otro extremo del templo como el fragor de los vientos en día de tempestad. Bajó por fin el Papa de su silla y entróse en sus habitaciones. Ya era hora. Ni él ni nosotros hubiéramos quizá podido resistir mucho rato más la fiebre de aquellas ardientes emociones.

—

Las recepciones particulares por diócesis que quiso el Papa conceder diariamente á los peregrinos, eran de lo más hermoso, y se distinguían por su carácter enteramente familiar. Los españoles nos hallábamos en los magníficos salones del Vaticano como en nuestra casa. ¿Cómo no, si es aquélla la casa de nuestro Padre? Ordinariamente se distribuían los peregrinos en diferentes salas, y el Papa iba recorriéndolas, y deteníase, y dejábase besar y estrechar la mano, y se complacía en dirigir frases de feliz oportunidad con preferencia á los viejos, á las mujeres y á los niños, y éstos le correspondían con igual llaneza; muchos depositaban en su

mano al besársela monedillas de oro ó plata, exactamente como quien hace limosna á un pobre. Los familiares del Papa estaban asombrados de este nuevo género de etiqueta popular española, que durante aquellos días se les había introducido en el palacio. «Nunca se había visto eso, decía un alto personaje romano á otro ídem español; esta buena gente ha acabado por hacerse suyo al Papa.» Efectivamente: el Papa era nuestro en toda la extensión de la palabra. Pobre mujer del pueblo, sencilla montañesa catalana hubo que sin tarjetas ni recomendaciones vió al Papa cuatro ó cinco veces, y otras tantas le besó, y le habló ni más ni menos que al Cura de su aldea. Ni más ni menos.

—

El aspecto de Roma durante aquellos días era curioso para un observador. La *invasión* española (así la llamaron los periódicos) logró hasta modificar la fisonomía de aquella inmensa ciudad. Yo comparé varias veces el aspecto de sus calles y plazas al que ofrecen las de Barcelona durante los tres días de ferias de Santo Tomás. En todas partes se oía nuestra lengua y se veían nuestros trajes, nuestra mantilla, nuestra barretina, nuestras capas leonesas, nuestras alpargatas. Estas les llamaban de un modo particular la atención á los italianos. Les parecían cosa de frailes descalzos. Pero sobre todo se la llamaban muy mucho nuestras monedas de dieciséis y de cinco duros. Aquel pueblo que ha llegado, gracias á los progresos de su nuevo Gobierno, á no ver una moneda de oro ni de plata para un remedio, no podía explicarse cómo nosotros los reaccionarios españoles teníamos aún de lo uno y de lo otro para derramarlo tan rumbosamente en obsequio al Papa-Rey. En ninguna parte fuimos insultados, más felices allí que en nuestra patria.

Los católicos romanos se esmeraron en festejarnos, y la *Juventud Católica* merece en primer lugar el testimonio de nuestro sincero agradecimiento. Los seminaristas del colegio *Pío IX* dedicaron á los sacerdotes españoles albergados en su casa una tarde de asueto en una de sus granjas. Por otra parte, los españoles residentes en Roma, especialmente los dignísimos Generales P. Casanovas, P. Rodríguez y P. Car-

bó, estuvieron á disposición de sus compatricios, hechos verdaderamente todo para todos, ayudándonos con su influencia poderosísima, proporcionando albergue á muchos y hasta cuantiosas limosnas á los necesitados. Reciban desde acá, donde son tan conocidos y amados sus nombres, el homenaje de nuestra gratitud.

—

Día 24, fiesta de San Rafael, zarpó de Nápoles el vapor *Borgoña,* que debía conducir otra vez nuestra expedición á Barcelona. Un incidente doloroso vino á turbar la alegría de los romeros.

José Aguilar, hijo y vecino de Manlléu, obscuro trabajador, uno de los más fervorosos católicos de aquella villa, é iniciador en ella de la Romería al Vaticano, falleció á bordo durante el viaje de regreso. Algo quebrantado de salud, no le hicieron desistir de su generoso proyecto las reflexiones de su familia y amigos, y emprendió el santo viaje. Llegó á Roma, vió dos veces al Papa con inefable consuelo de su corazón, y como tantos otros daba gracias á Dios y decía que poco le importaba ya morir después de obtenida merced tan singular. Dos días antes de la salida del *Borgoña* sintióse herido de fiebre perniciosa, y á las veinticuatro horas de haberse hecho á la mar el citado buque, espiró allí en brazos del ilustrísimo señor Obispo de Vich, asistido por celosos amigos que no le abandonaron un punto y por acreditados facultativos de esta capital, que emplearon para salvarle todos los recursos de la ciencia. En las aguas de Córcega y Cerdeña se le dió cristiana sepultura con las preces prescritas por la Iglesia, y por su alma se ofreció á bordo el Santo Sacrificio y repetidas oraciones. La caridad de sus compañeros hizose extensiva á su desamparada familia, y una colecta practicada antes del desembarco produjo al momento la respetable cantidad de 2,200 reales, que fué depositada en manos del señor Obispo para ser entregada á la viuda. ¡Feliz nuestro amigo si, como es de esperar, atendidas sus excelentes disposiciones y edificante muerte, descansa su alma en el seno de Dios! La peregrinación á Roma habrá sido para él la peregrinación al cielo. Reciban su desconsolada familia é

hijos y su hermano, el conocido y respetabilísimo escritor católico de Madrid, nuestro afectuoso pésame por tan dolorosa pérdida. (R. I. P.).

—

La tarde del día 26 vimos por fin de nuevo las primeras montañas de la patria. A medida que nos íbamos acercando al puerto parecía doblarse el entusiasmo, y frente ya de las hermosas poblaciones de nuestra costa catalana, al ver asomarse por detrás de las primeras sierras de ella los tres gigantes de Cataluña, Montseny, Sant Llorens del Munt y Montserrat, repitiéronse con más fervor que nunca los cantos al Corazón de Jesús, á María Inmaculada, á Pío IX. Próximos á separarnos los compañeros de peregrinación, sentíamos más vivos que nunca los lazos de dulce fraternidad que se habían ya formado entre nosotros. Al tener que dividirnos conocimos cuán de veras habíamos empezado á amarnos.

Dos palabras únicamente para concluir.

Entre los gritos de despedida y los cantos á Pío IX y á la Virgen de Montserrat, oyóse de repente de entre la multitud la voz robusta de un hijo de nuestras montañas, que clamó: *¡Viva la Romería del any vinent!* ¡Viva! contestó la Peregrinación en masa. He aquí el espíritu con que concluyeron la suya los romeros catalanes del *Borgoña.* Idéntico debe de ser sin duda el de todos los demás grupos expedicionarios. Roguemos á Dios y trabajemos para que no queden defraudadas tan dulces esperanzas. Saltamos en tierra. Dos cosas produjeron en mi corazón una de las impresiones más desagradables que haya experimentado en mi vida, y fueron la primera blasfemia que oí, y la primera noticia que se me dió de las cosas públicas de España. ¡Hacía ya tantos días que nó oíamos de lo uno ni de lo otro! Esto me recordó que volvíamos á la vida de sufrimientos y de campaña tras estos últimos días de inefables consuelos y de verdadera golosina espiritual. ¡Cómo ha de ser! No todo han de ser dulces, ni todo ha de ser pan tierno para los hijos del Señor. Démosle gracias por tantos favores recibidos, y vuelta otra vez á la cruz y á la tarea, que cierto á este mundo no hemos venido á gozar, sino á trabajar. Sea todo *Ad majorem Dei gloriam.*

Noviembre, 1876.

XCVI.

AÑO NUEVO Y VERDADES VIEJAS.



L tiempo inexorable ha dado un paso más, y el año 76 acaba de hundirse en el sepulcro de sus antecesores.

Ya no existe más que en la historia aquel año á quien saludamos sonriente y halagüeño hace apenas doce meses con el dictado de *año nuevo*. Ahora es *año nuevo* el 77, condenado como todos á dejar de serlo también dentro brevísimo plazo para ceder su puesto á otro de tan fugaz existencia como él.

Hace la friolera de sesenta siglos dura para el mundo ese tejer y destejer, que aun á los más frívolos y ligeros obliga á exclamar filosóficamente: ¡Cómo pasan los años! Y sin embargo... he aquí una ilusión como cualquiera otra. Es mentira: no pasan los años. Muy quedos y firmes se están; quienes pasamos, y cierto á paso redoblado, somos los hombres.

Después de cavilar y cavilar los metafísicos para ponerse de acuerdo en dar una explicación de lo que es el tiempo, han convenido en que lo que se llama tal no es más que la sucesión de las cosas. Vean, pues, ahora, si podemos achacarle al tiempo su rápido andar y sus infinitas mudanzas, cuando en rigor no es él sino nosotros quienes no acertamos á estarnos quietos.

Vuelo en ferrocarril, y si no me engañan los ojos, veo pasar delante de mí en desatentada carrera los postes del telé-

grafo, el guarda de plantón con su banderola, y hasta los montes y caseríos véoles correrse y desaparecer velozmente como cristales de linterna mágica. Y vuelvo á repetir, ó me engañan mis ojos, ó se mueve todo eso en vertiginoso torbellino, mientras me estoy yo quietecito en mi wagón, que por cierto no parece moverse de su lugar.

Pero sí, señor; me engañan los ojos, y no son los postes telegráficos, ni el guarda, ni su casilla, ni los montes, ni los árboles quienes pasan por delante de mí: soy yo quien pasa delante de ellos; es mi wagón quien me arrastra impetuoso al través de túneles y terraplenes hasta dar conmigo en la estación, término de mi viaje.

¡Válgame Dios! ¡He aquí la vida, he aquí nuestra constante ilusión, he aquí lo que ha de ser nuestro postrer desengaño!

No pasan los días, ni vuela el tiempo, ni hay año nuevo ni año viejo, ni cosa tal. Hay, sí, una porción de viajeros que se hacen la eterna ilusión de verlo desfilar todo delante de sus ojos, cuando son ellos y sus vidas los que á tropel desfilan sin cesar por la rápida pendiente de la vida, cuyo término final es sencillamente la eternidad.

¡Eternidad! Majestuosa palabra; es decir, lo que no pasa, lo que no muda, lo que para siempre permanece, lo siempre viejo y siempre nuevo. ¿Qué es la vida más larga si con ella se compara? ¿Qué la juventud más fogosa? ¿Qué la ambición más satisfecha? ¿Qué la fortuna más propicia? ¿Qué la ciencia más encumbrada?

Andamos, pues, amigos míos, ó mejor, volamos sin descanso: muchos que aun no somos viejos, no somos ya jóvenes, tenemos ya un pasado, es decir, no un tiempo que ya pasó, sino un tiempo por el que hemos ya pasado nosotros. Llevamos recorrido de la vida un trecho regular. Otros vendrán en pos de nosotros recorriéndolo con análogas vicisitudes. A todos aguarda igual paradero. Las fiestas con tan dulce emoción suspiradas y celebradas; los proyectos primero acariciados y frustrados ó realizados; los ensueños que halagaron nuestra mocedad; los sentimientos mil que hicieron, ora apacible, ora borrascosa la vida de nuestro corazón; llantos y alegrías, temores y esperanzas... todo pasó en

gran parte, ó mejor, á todo hemos pasado ya, á todo estamos muriendo á cada hora que da el reloj, á cada día que amanece, á cada año que llamamos *nuevo,* para seguir engañándonos con la infantil ilusión de que no somos nosotros los que envejecemos.

El tren anda á toda máquina. El paisaje allá atrás se queda, áspero ó hermoso, para que lo contemplen otros ojos. Y mientras eso escribo, y mientras eso leéis y comentáis, no para un punto el rapidísimo viaje. ¿A dónde vamos? Infaliblemente á la estación, que por añadidura ignoramos si está muy próxima ó muy lejana. El estridente silbido que anuncia el paro, sonará de repente á cualquier hora, siempre á la menos pensada, dándoles un susto al corazón á los dormidos y descuidados. ¡Alerta, pues!

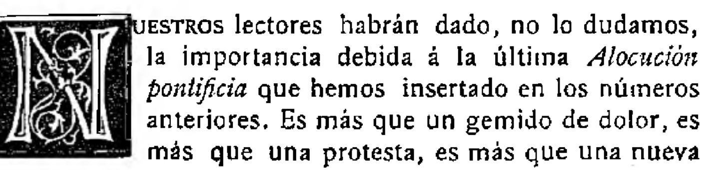
Basta ya de alegorías. *Pasa la apariencia de este mundo,* ha dicho el Apóstol. Y en otro lugar: *Obremos el bien mientras tenemos tiempo.* No busquen otra filosofía que ésta, ni otra practiquen... y no les pesará en el día postrero. Procuren dejar en este mundo, en el cual es tan rápido su paso, una leve huella siquiera de bien. La eternidad es el estado definitivo del hombre, y lo que acá creemos tal, no es más que su prólogo. Si corona queremos allá, acá han de tejerla nuestras manos, siquiera las saquemos ensangrentadas de la tarea; porque si ella ha de ser un día de flores, conviene sea por de pronto de crueles espinas. Un año ha pasado, otro nuevo se nos ofrece á la vista. Del primero haga cada cual su balance interior, y vea cómo le salen las cuentas. Para el segundo, formule cada uno clara y distintivamente sus propósitos, siempre con la idea de que es el último que se le concede quiza, y que aun no se le asegura entero. Soldados somos, en lucha andamos todos los instantes con nuestras pasiones, con los enemigos de la fe, con el ejército del mal que por todos lados nos agobia. Combatiendo hemos de vivir y combatiendo nos acercamos á la muerte, sin saber cuál de nuestros combates ha de tener para nuestra suerte final el carácter de decisivo. Vele cada cual por el palmo de terreno que se le ha encargado defender, y bátase con brío y recuerde que no le pierde de vista un punto el ojo del Jefe que le ha de recompensar como valiente, ó abochornar como perezoso.

Activo comerciante que no halláis horas más que para vuestros negocios mercantiles; descansado propietario que no sabéis más que de vuestras tierras; sabio profundo que sólo vivís para vuestras teorías; pobre trabajador que no ves otro más allá que el jornal de la semana; señora vanidosa, para quien son únicamente arduos problemas el color de la cinta ó la elevación de los tacones; disipado mancebo, ó muchacha distraída, que habéis reducido todo vuestro ideal á esa sola palabra tan pequeña, *placer;* encopetado político, que no ves á Dios ni á los hombres más que bajo el prisma de tus ambiciosos proyectos... oídlo bien, y grabadlo en vuestro corazón. Tras los años fugaces, cuya denominación numérica cambia cada doce meses, están aguardándonos *los años eternos,* como los llama la Escritura; y sólo es sólido y durable lo que para ellos se trabaja. Vivid para el bien, trabajad para el bien, emplead en fomentarlo vuestro dinero, talento, poder, juventud ó influencia. Dios y su Santa Iglesia y la salvación de las almas empezando por la vuestra propia, he aquí un programa digno él solo de llamaros la atención y de que le consagréis vuestros esfuerzos.

Enero, 1877.

XCVII.

¡EL PAPA PIDE AUXILIO!



NUESTROS lectores habrán dado, no lo dudamos, la importancia debida á la última *Alocución pontificia* que hemos insertado en los números anteriores. Es más que un gemido de dolor, es más que una protesta, es más que una nueva reivindicación que hace el oprimido Pontífice de sus sagrados derechos. Es un grito que desde los hierros morales en que le tiene encadenado la Revolución, dirige el atribulado Anciano á los hijos suyos de todo el mundo, en demanda de socorro contra los atropellos cada día mayores de que es víctima. No queremos extendernos en ponderaciones y comentarios sobre su contenido. ¿Qué voz, por elocuente que fuese, podría añadir rasgo alguno á los sentidísimos con que pinta él su situación y refiere la historia de sus dolores? Sólo queremos aquí insistir una vez más en la necesidad de que los católicos todos miren como dirigida á cada uno de ellos la queja amarguísima de su Padre y se esfuercen en hacer algo por él, para socorrerle ó siquiera para consolarle.

¿De qué modo? Discurramos un momento sobre esta pregunta.

Nada podemos emprender, hoy por hoy, en el terreno de la fuerza material. A ser posible una de las empresas militares que tanto honran la fe de nuestros siglos cristianos, á ser posible una cruzada, llamaríamos francamente á ella. No

queremos decir, sin embargo, que no esté tal vez para algún día señalada en los juicios de Dios la oportunidad de una intervención armada de los pueblos católicos. Es éste el secreto del porvenir. Mas, porque esto sea hoy imposible, ¿quedará justificada la apatía de los que en favor de tan santa causa no se levantan á hacer siquiera lo posible?

Pero ¿qué es hoy lo posible? me preguntan algunos.

Lo posible hoy son muchas cosas que muchos católicos traen por completo olvidadas. Lo posible hoy es rogar por el Papa, que ésa es la primera arma de todo católico, y sin ella son vanas todas las demás. Convendría, á nuestro parecer, y salvo siempre el mejor y único autorizado de nuestros dignísimos Prelados, convendría, decimos, la organización pública de la oración por el Papa, de un modo constante y regular, v. gr., por medio de función semanal ó quincenal ó siquiera mensual en todas las parroquias; por medio de preces especiales, aun en los actos de culto no destinados directamente á este objeto; por medio de romerías á nuestros Santuarios, de las que con gran edificación ha empezado ya á dar ejemplo la católica Barcelona; por medio de la formación de coros que como los llamados *Voluntarios de la oración* ideados en Francia por Segur, se dedicasen á esta grande y fecundísima obra. No falta quien entre nosotros ha empezado por de pronto á poner en práctica el rezo del *Padre nuestro* y *Ave María* por el Papa en todos los actos del culto que se hacen bajo su dirección.

Lo posible hoy es contribuir cada cual, en lo que en sus fuerzas quepa, á la ilustración de la opinión pública sobre la cuestión del Papado y de su poder temporal, difundiendo los escritos, así libros como periódicos, en que se trata en buen sentido esta materia; explicándola en los Círculos, Academias y escuelas católicas; fomentando á la vez la aversión del pueblo á todo papel público que en esta cuestión no traiga muy limpia la bandera; detestando más y más, como peores de todos, á esos diarios ambiguos que predican en una página contra el Liberalismo y ensalzan en la otra las glorias liberales; que hablan del Papa en ocasiones como hijos amantes, y aprovechan á la vez cualquier otra que se les ofrezca de pintar simpáticos á sus odiosos tiranos; que viven

con un pie (ó con dos) en el Quirinal, residencia usurpada de Víctor Manuel y los suyos, y quieren aparecer al propio tiempo adictos al Vaticano, cárcel de nuestro Padre.

Lo posible hoy es enviarle al Papa limosna, mucha limosna, porque el Papa la necesita para el desempeño digno y decoroso del elevado ministerio que ejerce sobre nosotros; porque para el complicado mecanismo indispensable que exige la dirección de los asuntos católicos de todo el mundo no cuenta con más recursos que los de esta limosna nuestra, y con ella ha de sostener al Papa, no su fausto, no su comodidad, no su regalo, que ésas son mentiras liberales, sino sus oficinas, sus Misiones, su correspondencia con todos los países del globo, los donativos con que ha de acudir á las iglesias pobres y despojadas por la Revolución, á las nacientes de los nuevos convertidos, á las calamidades públicas de todas clases. Es necesario, pues, enviarle al Papa á título de limosna esos recursos, del mismo modo que á los reyes temporales se los pagamos á título de contribución; es necesario enviárselos, aunque sea quitándonoslo de la boca, descontándolo de nuestros gastos personales, particularmente de los superfluos, que no es bien derrochen en locuras los hijos, allí donde el padre es mendigo.

Lo posible hoy es manifestarse siempre y en todas partes amigos del Papa, tributándole aquel obsequio de *la cara,* de que otra vez hemos hablado á nuestros lectores y del que nunca nos cansaríamos de hablar. Nada podría con nosotros la Revolución, si nos viese á todos firmes en nuestros puestos; si no contase de antemano con la complicidad de muchos que no se creen cómplices suyos, y sin embargo lo son. La mayor parte de las iniquidades revolucionarias se han cometido en Europa por nuestro silencio. Hemos dado á los malvados derecho á llamarse los más, porque hemos consentido en que se nos sumase con ellos. Y hoy mismo parecemos los menos y andamos por eso quizá desalentados, porque nunca hemos tenido el valor de contarnos. Creemos firmemente que la opinión pública llegaría á imponerse á los Gobiernos de cada nación para que hiciesen de grado ó por fuerza algo por el Papa, si los católicos de cada nación respectiva tomasen en este asunto la actitud que debieran,

declarándose heridos en su legítimo derecho de tales á cada atentado que la usurpación piamontesa se permite contra el Jefe del Catolicismo.

A estos cuatro puntos pueden reducirse muchos otros que explanaríamos aquí si no temiésemos hacer ya demasiado largo este artículo. Una sola observación queremos apuntar para concluir. Estamos en el deber de hacer algo. Esta proposición es incuestionable. Quien algo no haga, falta á su deber, y no le valdrá llamarse católico, pues no tiene obras de tal. Lo que en estos breves rasgos hemos considerado como posible, deseamos lo considere cada cual como obligatorio. Obligatoria queremos les parezca á nuestros amigos la oración por el Papa, obligatoria la limosna, obligatoria la propaganda, obligatorio el público testimonio. Ni más ni menos. El Vicario de Dios desde su prisión ha clamado ¡socorro! ¡Ay de quien por pereza ó por cobardía no se levante al punto para socorrer al Vicario de Dios!

Abril, 1877.

XCVIII.

¡PODEMOS! ¡DEBEMOS! ¡QUEREMOS!

L grito angustioso del Papa halló eco en todas las almas católicas. De todos los puntos de Europa van llegando noticias consoladoras sobre lo que se hace por él y lo que para más adelante se prepara. No esperábamos menos. Aun hay fe en las modernas naciones. Pío IX triunfará.

Pero lo más consolador es que también esta vez ha sido España la primera en responder á la voz de su Padre afligido. Y, con gozo lo decimos, entre los pueblos de la Península, Cataluña no ha querido ceder á otro el honor de ser ella quien rompiese el fuego en estos pacíficos combates de la oración y de la manifestación católica. Sí, porque, ya lo ven nuestros amigos de las demás provincias españolas, ya lo ven: Cataluña, y á la cabeza de ella Barcelona, les están mostrando lo que se puede hacer por el Papa y lo que se debe. Oyóse en esta tierra de leales el doloroso gemido del Vicario de Dios, y quinientos de sus hijos emprenden al punto la primera Romería á Montserrat. Y en seguida otros no menos fervorosos la repiten en número de cerca dos mil, y al regreso de esta expedición penitente anúnciase ya otra mucho más numerosa para los días 9, 10 y 11 de Mayo, y traza lleva el asunto de no concluir aquí, según crece cada día el entusiasmo. Y animados los fieles de esta diócesis por la voz de su celoso Pastor, que les abre para estímulo á tan

santa obra los tesoros espirituales de la Iglesia y los bendice y los alienta, corren de todas partes á alistarse en estos devotísimos ejércitos de suplicantes. Y no teme el niño la flaqueza de la edad, ni la mujer lo delicado del sexo, ni el anciano los achaques de la vejez, y sin vacilar suben uno tras otro la fatigosa cuesta, y después de haber rezado y comulgado ante la imagen de la Patrona de Cataluña vuelven á sus hogares con la satisfacción y júbilo de quien ha cumplido con entereza un imperioso deber. Y notan ese desusado movimiento y venlo con espanto nuestros enemigos de siempre, y empieza contra él la acostumbrada gritería de blasfemias y calumnias. ¡Gracias á Dios! Este solo dato faltaba para que se cerciorasen hasta los más tibios de la oportunidad de la obra comenzada. ¡Gracias á Dios!

Ahora bien. El primer paso está ya dado. Mucho nos engañamos, ó dentro de poco no va á haber en España santuario célebre á la sombra del cual no se reúna para orar por Pío IX la respectiva comarca. No quedará sin valerosos imitadores el hermoso ejemplo de los católicos catalanes. Y los que aquí nos quedamos ¿qué espectáculo más bello podemos ofrecer á los ojos del mundo, prescindiendo de los que puedan hacer en Junio próximo el venturoso viaje á Roma que hicimos nosotros en Octubre último, que el de un pueblo unánime y compacto que alza á la faz de la Revolución, en todas partes dominante por nuestros pecados, esta sublime protesta? ¿Qué plebiscito más elocuente que ése en favor del Catolicismo y de los conculcados derechos de su supremo Pastor? Y ¿qué puede oponer á la realización de semejante espiritual campaña el ánimo más receloso y asustadizo? A la sombra de la ley ejercemos nuestro derecho; bajo la dirección de nuestros legítimos Prelados; á la luz del sol y al aire libre; con bandera bien clara y definida; sin excluir de nuestras filas á persona alguna que desee incorporarse á ellas; sin preguntarle á ninguno de los concurrentes apellido, filiación ó procedencia. Podemos y debemos; y porque podemos y debemos, queremos. He aquí la respuesta categórica con que se pueden satisfacer todas las dudas y desvanecer todos los escrúpulos. Podemos; porque somos ciudadanos españoles que ejercen un derecho que les está recono-

cido por las leyes de su país, y que por las mismas debe serles respetado y protegido. Debemos; porque somos católicos, y como tales, adictos al Papa, dóciles á su voz, y no nos es lícito negarle lo que con acento dolorido nos pide, una oración, un público testimonio.

¿Podemos y debemos? ¡Queremos, pues! He aquí la consecuencia que deseamos saquen todos los que nos lean; y no la saquen sólo en teoría, sino la apliquen luego á la practica. ¡Queremos! Grítelo así todo español que no haya degenerado de su gloriosa raza; grítelo así todo buen hijo del Papa, el labriego desde su cortijo ó cabaña, el magnate desde su palacio, el obrero desde su taller, la Religiosa desde su clausura, el sacerdote desde el pie del altar. ¡Queremos! Oigase esta voz desde el áspero Pirineo hasta las playas de Cádiz, y desde las rientes campiñas de Valencia hasta las fronteras de Portugal. ¡Queremos! Esto es, queremos orar, queremos manifestarnos, queremos se vea lo que somos, y la fe que profesamos, y la justicia de lo que pedimos. Queremos no sea esclavo el Papa, para que sea libre nuestra fe.

¡Oh! el día en que todos los católicos de Europa muestren así querer, aquel día habrán acabado los llantos de la Iglesia y los fáciles triunfos de sus enemigos. ¡Sea España en estos tiempos aciagos la que les dé á todos el ejemplo, como tantas veces se lo ha dado en la historia!

Abril, 1877.

XCIX.

ROMERÍA TIPO.



o soy de Sans, pero simpatizo de veras con ese pueblo de fervientes y valerosos católicos. En concepto, pues, de amigo, ya que no de vecino de dicha población, fuí convidado á la Romería celebrada por los hijos de ella el día 21 del corriente. No sé si lo que voy á contar á los lectores de la *Revista Popular* merecerá ó no ser leido; de todos modos valgame la buena intención y el deseo de dar á conocer á los españoles todos una de las paginas más bellas de las peregrinaciones catalanas.

—

Ya desde el principio presentó la Romería de Sans el carácter de fervorosa piedad que saben dar los hijos de este pueblo á todas sus obras. Nueve días antes del 21 se celebraba en la Parroquia una devota novena á la Virgen de Montserrat, á la cual asistieron constantemente, así los que se disponían á visitar la Imagen en la célebre montaña, como los que por no poder tomar parte material en ella habían resuelto agregársele espiritualmente. Llegó por fin el anhelado sabado, vispera del Patrocinio de San José. Salimos del pueblo al medio día, y nos dirigimos á la estación de Zaragoza en medio de grupos numerosísimos que habían acudido á presenciar el embarque. No medió en él confusión ni incidente desagradable, por mas que no todos los grupos nos eran allí favorables. Silbó la máquina y arrancó á las

dos en punto el tren, y en todos los wagones empezóse con devoción el Santo Rosario, al que siguieron el Trisagio y otros ejercicios piadosos, alternando con religiosos cánticos que daban á aquel hermoso convoy una fisonomía especial. Presidíalo el señor Ecónomo de Sans, D. Vicente Valls, junto con el Cura Parroco electo de la indicada parroquia, don Francisco Crusellas. Un tren descendente, con el cual nos cruzamos en una estación, nos saludó con calurosos vivas, que fueron con igual entusiasmo contestados. Ni un percance durante el viaje, ni un insulto al pasar por las bellas poblaciones del llano de Barcelona y del Vallés. Aquellos doscientos hombres y trescientas ochenta mujeres no tenían más que un anhelo: llegar en breve al pie de la montaña de Montserrat.

—

Llegamos al fin. Aguardábanos á la cabeza del puente de Monistrol el señor Ecónomo y reverenda Comunidad de esta Parroquia, con gentío innumerable de feligreses de ella para saludarnos. Eran como las seis de la tarde, y á aquella hora en que tan hermosa es la subida al Monasterio, la emprendimos los romeros organizados ya en forma de procesión. Trescientas ochenta mantillas blancas formadas en dos filas, y detras de ellas doscientos trabajadores con el rosario en la mano y la cabeza descubierta, eran espectáculo bellísimo, sin ponderación. La carretera, de tres horas de extensión, parece hecha á propósito para semejantes escenas. Sus revueltas y recodos, sus rápidas curvas y pintorescos zig-zags, permitían á los mismos que formábamos parte de la comitiva presenciar y gozar toda la majestad de ella. Precedíanla el pendón de las *Escuelas Dominicales*, llevado por alumnas de esta bienhechora Institución; seguía á la mitad el de las *Hijas de María*, también llevado por jóvenes asociadas, y cerrábalo el magnífico de la *Asociación de San Luis*, acompañado por los doscientos obreros. Subíamos, subíamos lenta y penosamente, pero ninguna, ni una siquiera de las más delicadas muchachas, se quedaba rezagada. Subíamos rezando, y el murmullo de nuestros rezos dirigido á trechos por celosos sacerdotes, confundíase en aquella hora tan dul-

ce del anochecer con el canto vespertino de las mil y mil avecillas de que está llena la deliciosa montaña, y con el rumor de la brisa perfumada con los aromas de aquella vegetación primaveral. Fueron apareciendo luego, como para contemplarnos, las estiellas, tachonando aquel inmenso pabellón que desde las alturas de la *Font dels Monjos* se ve desplegarse sobre todo el mapa de Cataluña á nuestros pies extendido; y en medio de ellas alumbrando las gigantescas piramides naturales del santo monte y formando con ellas caprichosos efectos de sombra y de luz, apareció después, como testigo principal de aquella soberbia escena, la luna. ¡Oh! nada ha visto de Montserrat el que no ha subido al Monasterio en semejante hora y con tan fantástico conjunto de figuras, fondo y perspectiva. Así se comprende que nos pareciesen breves minutos las dos leguas ó mas de fatigosa cuesta que media desde Monistrol al Santuario.

—

Eran las nueve de la noche cuando poníamos los pies en el claustro del Monasterio. ¡Qué entrada! ¡A fe que quisiera tener aquí la pluma del mejor de nuestros poetas para describirla! Encontramos abierta de par en par la grandiosa iglesia; el Padre Abad con ornamentos pontificales, rodeado de los Padres de la Comunidad y de los niños escolanes, aguardándonos y bendiciéndonos á la puerta; el templo radiante de luces y adornos como en las más grandes solemnidades; el órgano llenando con lo más potente de sus registros el recinto sagrado; los doscientos hombres y las trescientas ochenta mujeres entrando pausadamente con cirios en las manos; en los labios de todos el himno *Firme la voz*, imponente como nunca, como nunca fogoso y arrebatador; en los rostros de todos, aun de los más varoniles, lágrimas abundantes. ¡Qué entrada! no se le borrará su imagen del corazón á ninguno de los que tuvieron la dicha de presenciarla. ¡Quisiera yo la hubiesen visto de cerca los que desde las columnas de ciertos periódicos, que no quiero nombrar, se complacen en insultarnos! ¡Ah! La sonrisa mofadora se les hubiera helado en los labios. Concluyóse el acto con la solemne bendición abacial, que, con voz trémula de emoción,

dió á la multitud el Padre Abad. De allí pasamos á alojarnos y á tomar algún frugal alimento, y á descansar.

—

Breve fué el descanso. Nadie necesitó despertador para sacudir el sueño la madrugada siguiente. A las tres se abrieron las puertas del templo, y empezó éste á llenarse de romeros que acudían á confesarse. Entre tanto tenía lugar el rezo de Maitines y Laudes por la Comunidad, y luego la Misa matinal cantada por la Escolanía. A las siete estaban todos los romeros dispuestos para la Santa Comunión. Celebróse la Misa solemne á toda orquesta y con aparato pontifical. Predicó después del Evangelio de ella el señor Ecónomo de Sans, haciéndolo como sabe hacerlo en semejantes casos aquel elocuente orador. Distribuyó el Padre Abad, celebrante, acompañado de otros dos sacerdotes, la Santa Eucaristía, mientras cantaba el coro de jóvenes de San Luís fervorosas letrillas. Concluyó el acto con una colecta de limosnas en favor de Pío IX, que es la que figura hoy en las listas de la *Revista Popular*. Subimos en seguida con el mayor orden al Camarín de la Virgen para besar su real mano. Luego (eran ya las nueve) se fué cada cual á tomar el desayuno.

—

Las diez serían cuando empezamos á disponer lo necesario para el regreso. Comió cada uno lo que tuvo por conveniente, y á las once nos encontrábamos otra vez á los pies de la Virgen para celebrar el acto de despedida. ¡Cuán dulce resonaba el místico *Tota pulchra* de Andrevi, magníficamente cantado por aquellas muchachas de fábrica! Contestaba á cada versículo el imponente coro de los romeros. Concierto igual no lo oí en mi vida. Otra vez subió al púlpito el predicador de la mañana. Encareció á los romeros la importancia del acto que acababan de celebrar, la necesidad de continuar dando al mundo tan sublimes ejemplos, el mérito de la perseverancia, la necesidad de seguir orando por Pío IX, por España y por la común Madre la parroquia de Sans. Crean mis lectores que en aquellos momentos se oraba por

todos con verdadero fervor. Salimos del templo como habíamos entrado, después de la solemne bendición y cuarenta dias de indulgencia otorgados por el dignísimo Padre Abad á todos los romeros, entre los acentos del órgano y el cántico *Profesión de fe*. Con pena, francamente he de decirlo, con pena abandonamos aquel lugar de tan santas emociones y emprendimos el descenso del monte, practicando durante él la devoción del *Via Crucis*. A las cuatro y media llegábamos á Monistrol, subíamos al tren en seguida, y á las seis y media estábamos en Barcelona.

—

Faltábale aún á tan hermoso día el coronamiento. De la estación nos dirigimos á Sans, y al llegar á dicha población la Romería se dirigió en masa á la iglesia. Aun rendidos de fatiga como estaban naturalmente los romeros, nadie se creyó dispensado de ofrecer á Dios este postrer tributo de gracias. A las ocho se expuso allí el Santísimo Sacramento, y cuajada de inmenso pueblo la grandiosa nave parroquial, se rezó el Santo Trisagio y se hizo desde el púlpito una compendiosa reseña de la romería para edificación de los que no habían podido tomar parte personal en ella. Cantóse otra vez la *Profesión de fe*, y terminó el acto dándose la bendición con el Santísimo Sacramento y con la reserva.

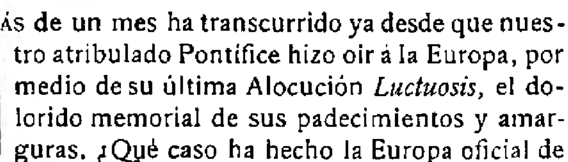
—

Tal es á grandes rasgos la Romería de Sans. Por ella merecieron sus dignos individuos plácemes mil del reverendísimo Padre Abad, activo Padre aposentador, señor Ecónomo de Monistrol y jefes del ferrocarril. A todos debe por su parte el pueblo de Sans gratitud y recuerdo eterno, pues de todos recibió señaladísimas atenciones. Sans muestra á las demás poblaciones fabriles lo que puede ser un pueblo de fe católica, firme y tenaz, aunque sea un pueblo de fabricas. No sin especial designio ha querido sin duda Dios que al frente del movimiento católico catalán en nuestros días anduviese el pueblo más industrial del llano de Barcelona. ¡Bien hayan los hijos é hijas de Sans! Glorioso espectaculo han dado á los ojos de Dios, de los Angeles y de los hombres!

Abril, 1877.

C.

¡SOLO!



MÁS de un mes ha transcurrido ya desde que nuestro atribulado Pontífice hizo oir á la Europa, por medio de su última Alocución *Luctuosis*, el dolorido memorial de sus padecimientos y amarguras. ¿Qué caso ha hecho la Europa oficial de esa sentidísima queja del Padre común? No lo preguntemos á Italia y á Alemania, causas primeras de su actual tribulación. Ni á Rusia y Turquía, más ocupados hoy en ventilar con las armas sus viejos rencores, que en escuchar los clamores del oprimido, con el cual por otra parte no las une vínculo alguno de Religión. Inglaterra, sumida en su egoísmo diplomático y mercantil, á otra cosa no atiende que á la preponderancia de sus flotas y de sus manufacturas. Francia ha visto á su Gobierno censurar ó poco menos en sus Obispos el celo *exagerado* (!) por la defensa del Jefe supremo. España, ¡pobre España! ha oído con pena, pero sin asombro, un documento solemnísimo puesto por el Gobierno responsable en labios de la Corona, documento en el cual de pasada se habla de nuestras relaciones con el Papa, pero en el cual ni de pasada siquiera se hace referencia alguna á su actual dolorosísima situación. ¡Y costaba tan poco una alusión siquiera! ¡Y costaba tan poco pronunciar, no una protesta de indignación generosa, ni una promesa de auxilio, sino al menos una palabra de simpatía, una frase de consuelo! ¡Y hubieran sido tan bien recibidas allá en el Vaticano

esa frase y esa palabra! Y sin embargo no se han querido pronunciar y no se han pronunciado.

Pues bien. Este es el estado de Europa, lo mismo que de lo restante del mundo; éste es, ya lo ven mis amados lectores, y no hay para qué forjarse ilusiones y disimular la gravedad de las cosas. Nunca, y nadie crea extremada la ponderación, nunca desde que salió la Iglesia del fondo de las Catacumbas, nunca desde que sangrienta y despedazada, la sacó Dios por medio de Constantino de los garfios y de las hogueras, nunca fué, humanamente hablando, tan apurada como hoy su situación, nunca fueron mayores sus enemigos, nunca fué mayor su desamparo.

Sí, acostumbrémonos á mirar cara á cara la triste realidad y á sondear todo su horror y negrura. Oficialmente hablando, el Papa está solo. Y todo el mundo actual con todo el esplendor de su cultura y de sus adelantos, todo el mundo actual con su saber y sus artes y sus portentosas invenciones, está (siempre oficialmente considerado) ó decididamente enemigo de su autoridad, ó completamente indiferente á ella. Esta es la verdad.

Pero ¡oh misericordia infinita de Dios! ¡qué maravillas y qué consuelos reserva su adorable Providencia para sus hijos en medio de estas crueles amarguras! Ofrécese por vez primera en la historia, desde Constantino acá, el caso de una apostasía, de un abandono oficialmente completo de la fe en los modernos Estados; y á la par, simultaneamente con este hecho, en maravilloso contraste con él, ofrécese por vez primera el ejemplo de un movimiento popular en favor del Papa, cual nunca fué dado contemplarlo en los pasados siglos. Ensanchemos el corazón. Al abandono de los Gobiernos ¡oh, sí! ha opuesto Dios la firme y valerosa actitud de los pueblos. Nunca se han visto como al presente distintas y contrapuestas la corriente popular y la corriente oficial. Un príncipe desventurado despoja de su patrimonio al Vicario de Dios, y la diplomacia de potencias llamadas católicas sanciona este despojo. Y el pueblo fiel de todo el universo conciértase y organízase y crea en cierto modo al Papa-Rey un nuevo patrimonio con sus limosnas. La política revolucionaria pretende por medio de inicuas leyes aislarle de sus hijos é im-

posibilitar de esta suerte su acción é influencia sobre el mundo que Dios quiere sometido á su voz. Y el pueblo fiel levántase como un hombre solo y va a Roma y acércase al Papa y se coloca entre él y sus opresores, de suerte que en vez del aislamiento é impotencia á que éstos quieren reducirle, nunca se vió Papa alguno tan en contacto con sus hijos de todo el mundo como el Papa actual. Urde el infierno tramas mil para que nazcan complicaciones y conflictos con motivo de la elección del sucesor, y anhelante de eso suspira por la muerte de Pío IX, y saborea con fruición la menor noticia de enfermedad en él ó de decaimiento de fuerzas. Y Dios se empeña en no dar gusto al infierno, y prolonga esta vida preciosa más allá de los límites concedidos al común de los mortales, y otorga á Pío IX el poder celebrar repetidos aniversarios que Pontífice ninguno pudo jamás celebrar en diecinueve siglos de Cristianismo. Diríase, y es la verdad, que estamos asistiendo á un duelo terrible entre Dios protector de la Iglesia y Satanás eterno enemigo de ella, y á la vez entre los pueblos católicos fieles á la inspiración de Dios, y la política moderna por desgracia instrumento consciente ó inconsciente de Satanás. De suerte que puede decirse del Papa con profundísima verdad, que nunca estuvo, oficialmente hablando, más desamparado; y debe á la vez reconocerse con evidencia que nunca le estuvo el pueblo cristiano más intímamente unido.

Ahora bien. Ya que de este público y oficial desamparo dan cada día muestras tristísimas los actos todos de los Gobiernos de Europa, por lo mismo de esotra unión íntima de los pueblos cristianos con Pío IX hemos de ser nosotros, amigos míos, quienes sigamos dandole á él y al mundo testimonios cada día más elocuentes. Nosotros hemos de ser: nosotros con nuestra oración, nosotros con nuestras limosnas, nosotros con nuestros públicos actos de fe, nosotros con el clamor de nuestra eterna protesta, nosotros con el celo activo y denodado en todo lo que sea por el Papa y para el Papa y en nombre del Papa. ¡A las Romerías, pues, quien para eso no tenga invencibles obstáculos! ¡A la oración todo aquel que por su Padre pueda siquiera balbucear un *Padre nuestro!* ¡A la manifestación pública quien no sea

de los cobardes y vergonzantes! ¡A contrarrestar por la verdad y por la justicia el empeñado combate que contra ellas libra hoy el infierno, por tantos de nuestros hermanos auxiliado! ¡Vergüenza y oprobio eterno para quien con su apatía venga á hacerse cómplice vil de esa atmósfera de silencio y de indiferencia de que se quisiera rodear á nuestro Padre! ¿Solo el Vicario de Dios? ¿Solo nuestro supremo Pastor? ¿Solo el gran Pio IX? No, no lo estará ni hemos de querer que parezca estarlo, mientras haya en el mundo pueblos como el nuestro, firmes en su lealtad, generosos de un modo especial con el oprimido. No, no lo consentiremos.

España es uno de estos pueblos, es el primero de ellos; y pese ó no pese á los enemigos del Papa, lo mostrará con ocasión del próximo Jubileo á la faz de todo el mundo. Así lo espera nuestro Padre; así lo recelan sus enemigos; así se cumplirá.

Mayo, 1877.

CI.

¡ADELANTE EN NOMBRE DE DIOS!



L admirable ejemplo de fe y de piedad que están mostrando á lo restante de España y al mundo todo las provincias catalanas, claro es que no podía ser, que digamos, muy del gusto de la impiedad. Desde el primer momento lo echó de ver el pueblo católico, y sin necesidad de gran penetración púdose ya adivinar cuales serían las vicisitudes y peripecias que podía ofrecer el reto tan grandiosamente lanzado á las barbas de Lucifer. Creyeron al principio sus representantes acá en la tierra poder impedir el desarrollo de la obra con cuchufletas y gacetillas; mas los católicos, que la habían empezado como siempre tomándola muy por lo serio, no creyeron deber cejar en ella por el mero hecho de que aparentasen tomarla como cosa de broma sus enconados enemigos. Dieron éstos un paso más, y de la sátira divertida pasaron á la invectiva formal, al grosero insulto. Tampoco se les hizo caso, y el movimiento de las Romerías siguió avanzando con imponente majestad, asombrando, hemos de confesarlo, á sus propios iniciadores y propagandistas. No podía declararse vencido en este duelo el espíritu infernal, y de los insultos pasó á las mal encubiertas amenazas. ¡Vive Dios! El diablo mostró con esto no ser español, ni entender pizca en achaque de razas y temperamentos. Precisamente no necesitan los hijos de nuestra tierra más que ese acicate

para empeñarse más y más en cualquiera empresa de las suyas, una vez comenzada. Un riesgo que correr, un enemigo que afrontar, son la mejor retórica para encenderles la sangre á los hijos del Bruch y del Dos de Mayo. Así que, ocioso es decirlo. El movimiento católico de las peregrinaciones por el Papa tomó con esto un empuje que nadie podía esperar. ¡Como que el infierno mismo se había puesto tan lindamente á su servicio!

Ahora bien. El caso es que de las amenazas se ha pasado ya á los hechos, y de regreso á Montserrat ha corrido hace ocho días la sangre de nuestros hermanos. Ya lo ven. El furor los trae ciegos á los pobres enemigos del Catolicismo. Compadezcámoslos; al fin la embriaguez del odio ciega y aturde como la embriaguez del vino. Ciegos han estado, porque una palabra, una sílaba sola del Gobierno de Madrid podía paralizar la acción de los buenos, que ni un ápice quieren apartarse en esto de la legalidad y de sus prescripciones; y esta palabra, esta sílaba, no la puede decir ahora, no la dirá el Gobierno español, siquiera á fin de que no se le crea intimidado por esa representación nacional callejera que no ha intimidado ¡gracias á Dios! á los ancianos, á las mujeres, ni á los niños de nuestro pueblo fiel. Ciegos han estado, porque no han previsto el efecto que iba á causar en las demás provincias españolas el acto de fe sellado con sangre que les ofrecen por muestra los católicos del Principado, el arranque de generosa indignación en que prorrumpirán á vista de él los hidalgos castellanos, los asturianos intrépidos, los altivos andaluces, los nobles hijos de Valencia del Cid, los que guardan en Galicia la tumba de Santiago, los cántabros indomables, los austeros baleares, los fieros aragoneses. ¡Ah! sí. ¡Ahora creemos firmemente que va á ser magnífico sin ponderación el quincuagésimo aniversario pontifical de Pío IX en nuestra España! ¡Ahora, ahora se rogará con fervor! ¡Ahora, ahora se sacará la cara, toda la cara, con brío! ¡Ahora, ahora se irá á Roma, se irá al Pilar, se irá á Compostela, se irá otra vez y otra á Manresa y á Montserrat, aunque otra vez y otra corra la sangre cristiana por nuestras calles, que al fin ¡santos cielos! curados estamos de espanto los cristianos en materia de persecución! ¡Ahora, ahora se

pondrá en verdadero aprieto y turbación de espíritu á los blandos prudentes y acomodaticios y conciliadores, forzándoles, por pudor al menos, á que de una vez se pongan al lado de las víctimas ó al lado de los verdugos! ¡Ahora, ahora se verá lo que vale esa juventud brillante, simpática vanguardia de nuestro ejército, risueña esperanza de días más lisonjeros para la Religión y para la patria! Y sobre todo, y más que todo, elevando al más encumbrado orden de ideas cristianas nuestra consideración, ¡ahora, ahora se verá lo que pesan en la balanza de Dios una oración, un testimonio público, que se le envían bañados, no sólo en lágrimas, sino también en sangre; ahora se verá lo que pueden ante el trono de la Misericordia divina el gemido y la protesta de un pueblo que tiene tales penitentes y suplicantes que no retroceden ni ante el martirio!

¡Firmes, pues! Cuando den la orden de retirada quienes deben darla, que son nuestros Pastores, se obedecerá sin réplica. Mientras tal orden no se dé, téngase cada cual valerosamente en su puesto. ¡Adelante la obra tan gloriosamente comenzada! ¡adelante en nombre de Dios!

Mayo, 1877.

CII.

OH SALUTARIS HOSTIA!

A tarea del buen católico en nuestros dias es sumamente parecida á la del soldado en campaña. La hace grata el deber, noble la grandeza de la causa, interesante lo variado de sus peripecias, tranquila lo seguro de sus resultados. Pero es ardua, áspera, fatigosísima. Así es que el corazón, enardecido con el grito continuo del ataque y de la defensa, pide de vez en cuando un respiro, como el guerrero más animoso necesita de vez en cuando sentarse un momento, quitar de la cabeza el duro capacete, soltar de la mano la espada, enjugar el sudor, y permitirle á la frente calenturienta el suave oreo de las brisas. ¡Dichosos aquellos tiempos de cierta paz relativa, en que el combate cristiano, reducido á la contradicción que cada cual experimenta de los enemigos comunes en la práctica de la virtud, no era en lo demás sino una hermosa metáfora! Dios no ha querido otorgárselos á la generación presente. Hágase en esto, como en todo, su santa voluntad.

Descansemos hoy unos momentos; concedámosle al espíritu agitado unas breves treguas; sentémonos á reposar la cansada cabeza en el seno de quien á ello tan amorosamente nos convida.

Las solemnidades cristianas, esparcidas por la Iglesia en el decurso del año, son frescos oasis que brinda ella á sus hi-

jos fatigados. Y si de todas puede esto decirse con suma propiedad, ¿cuánto más de la que vamos á celebrar dentro media semana, de la dulcísima, suavísima, amorosísima festividad del Santísimo Sacramento? Hablemos, pues, del Santísimo Sacramento.

Brotó del Corazón de Jesús esta corriente de aguas vivas allá en el Cenáculo de Jerusalén, en la solemne hora de su última Cena; y desde entonces acá ha sido ella el arroyuelo, modesto y escondido, sí, pero siempre fresco, vivificante, restaurador, á quien debe el Catolicismo su eterna juventud y el verdor y lozanía de sus preciosos vergeles. La esterilidad vergonzosa del Protestantismo se explica en gran parte con esta sola palabra: no tiene Sagrario. Las maravillas todas de la Iglesia católica se explican, al revés, por la influencia en ella del Sagrario de Cristo Sacramentado.

Si hubo Martires que por la fe diesen alegres la vida entre crueles y nunca oídos tormentos, fué porque al calor del Sagrario vigorizaron su corazón para tan sangrientos combates. Por esto los habrá siempre que se necesite en la Iglesia de Dios. Si hubo doctores y apologistas incansables en la defensa de la verdad, faros de saber y de cristiana doctrina, cuyos resplandores á distancia de muchos siglos esclarecen todavía los más arduos problemas del dogma y de la moral, al Sagrario acudieron á proveerse de los tesoros de luz que luego derramaron tan abundante en sus libros y escuelas. Si tiene el Catolicismo tipos angelicales de pureza, de caridad, de abnegación sin límites en sus monasterios, hospitales, casas de educación, asilos de pobreza y hasta en el horror de los campos de batalla, no busquéis el secreto de tan raras cualidades más que en el fondo misterioso del Sagrario, donde las va á buscar la débil novicia, ó á conservar la encanecida profesa. Si hay misioneros que crucen mares y atraviesen vastos continentes y ensanchen cada día con la palabra de salud en los labios las fronteras del reino de Cristo, lo deben al Sagrario y á sus secretas influencias.

Del Sagrario se derrama sobre toda la Iglesia la vida sobrenatural, como del sol se derraman sobre la naturaleza física la luz, el calor, la fecundidad. Porque olvidamos el Sagrario, andamos tan á menudo débiles, tibios, cobardes, des-

mayados. Muy otro sería el influjo de nuestra voz, muy otro el de nuestros escritos, muy otro el de nuestras Asociaciones, si estas armas las fuésemos á templar constantemente en aquella fragua; si de allí las sacásemos como enrojecidas en el fuego del amor de Dios y en el celo por su gloria y por el bien de nuestros hermanos.

Ahora bien. Escúchenme mis amigos una propuesta que les voy á indicar, y en la cual puede muy bien no hayan atinado muchos por otra parte celosísimos y dispuestos á toda obra buena. El espíritu de oración que se despierta visiblemente en el pueblo fiel, desarróllase de un modo particular en estos solemnísimos días que la Iglesia consagra al augusto misterio de nuestros altares. A estas horas pocas son las poblaciones del Principado que no hayan llevado á cabo su peregrinación ó romería á un santuario venerado, desde donde el clamor de sus oraciones y el testimonio público de su fe han sido motivo de júbilo para los Angeles, de consuelo para la Iglesia atribulada, y de ira y espanto para sus enemigos. Pues bien. Con ocasión del *Corpus* y su hermosa octava, á nueva romería os llamo, amigos míos, á nueva peregrinación os convido: la romería al Sagrario, la peregrinación al trono de Jesucristo Sacramentado. No está lejos nuestro buen Dios, ni en la cima de nuestras montañas, antes lo tiene cada uno al pie de su casa, hecho, como dice el buen Fr. Luís de León, vecino nuestro en cualquiera de nuestras poblaciones. Abierta está á todas horas la audiencia de ese Rey que no exige largas antesalas, ni costosas recomendaciones, ni muestra ceño en el rostro, ni experimenta cansancio ni fastidio por nuestra conversación. Rodeemos como corte de fidelísimos vasallos el solio de ese Príncipe de paz; levantemos en torno de él como un muro de alabanza, de oración, de desagravio, que ahogue á su rededor el grito de blasfemia con que le insultan sin descanso sus enemigos y los nuestros. Derramemos nuestro corazón en su presencia, mostrándole las heridas de él, su miseria, su debilidad, sus tristezas por la persecución de la verdad, sus ansias y suspiros por el triunfo tan deseado.

¡Hostia de salud! ¡Víctima de propiciación! ¡Asilo de seguridad! ¡Iris de bonanza! Gemimos, Señor, gemimos y ne-

cesitamos de Vos, y venimos cansados á Vos. ¡Señor, que ruge la borrasca cada día con más espantoso rugido! ¡Señor, que suben cada día más encrespadas las olas! ¡Señor, que es cada día más espesa la obscuridad! ¡Señor, que cierran con nosotros cada día más numerosos y fieros los enemigos!

Oh salutaris Hostia!

. . . .

Bella premunt hostilia,
Da robur, fer auxilium!

¿No es verdad, amigos míos, que podríamos hacer así durante estos ocho días (¿y por qué no durante todo el año?) la más deliciosa, eficaz y universal romería? A ella convoca á todos sus amigos la *Revista Popular*. Ninguno falte á la cita.

Mayo, 1877.

CIII.

EL ACONTECIMIENTO DEL DÍA.



UNIO se le presenta muchos años ha al pueblo cristiano radiante de inefables alegrías. No le bastaba á ese bendito mes ser el dedicado al culto especial del Sagrado Corazón, por expreso mandato del Divino Jesús á la Beata Margarita. Una serie de fechas notables que en él coinciden ha venido á hacer también de él como el mes de Pío IX. Den mis amigos una rápida ojeada á lo que vienen siendo tales fechas cinco ó seis años ha, y se convencerán de la verdad de mi observación.

Sin embargo, preciso es confesarlo, nunca como en el presente se había inaugurado Junio tan espléndido y conmovedor. El quincuagésimo aniversario episcopal del Papa ha despertado en el pueblo fiel como un verdadero frenesí de obsequios y de entusiasmo. Diríase que en este universal movimiento de concentración de todos los católicos al rededor del Papa, movimiento que con tanto consuelo venimos años ha señalando, se ha llegado hoy al período más culminante, si ya no fuese cierto que otras mucho más subidas manifestaciones de él puede todavía concedernos y nos concederá sin duda la Providencia. Diríase que al verle abandonado los pueblos á su supremo Pastor, al contemplarle oficialmente solo, sin amparo alguno de las potencias llamadas católicas y objeto de toda la saña de sus enemigos, han sen-

tido renacer en algún modo por la defensa del Pontificado el fuego aquel que los levantó como un solo hombre en los siglos medios para el rescate del Santo Sepulcro. ¡Qué de pueblos peregrinando en masa en dirección al Vaticano! ¡Qué de elocuentes mensajes de fidelidad, compasión y filial ternura! ¡Qué de ríos de oro afluyendo sin cesar por todas partes de las manos de los hijos generosos á las manos del Padre necesitado! ¡Qué de lágrimas en los ojos, qué latir en los corazones á cada una de sus inspiradas frases! ¡Qué de periódicos y de telégrafos ocupados en transmitirlas de un confín á otro del globo como principal objeto hoy de pública atención, más poderoso para llamarla y sostenerla que los mismos despachos de la guerra, las cotizaciones de las Bolsas, las votaciones de los Parlamentos, las caídas de los Gobiernos! ¡Y todo esto en el siglo XIX, y en el último tercio de él, á la distancia de cien años aun no cabales de la Revolución francesa, de ese colosal embate del infierno que se jactaba de que esta vez iba á enterrar el Cristianismo! Verdaderamente comprendemos el furor de los enemigos de la fe ante la grandiosidad de tal espectáculo. Sóbranle motivos á la impiedad para andar mohina y desconcertada. Tiene razón. Ese Catolicismo decrépito, que no quiere dejar de mostrarse joven y lozano como allá en su primera edad; ese muerto y sepultado que les está teniendo en conmoción y susto continuo á los vivos; esa trasnochada antigualla de siglos atrasados empeñada en que se le tenga aún como la cuestión palpitante del día y como la heredera única de los destinos del porvenir; ese anciano achacoso, sobre cuya muerte están basados tantos planes y combinaciones, y para cuya vida, sin embargo, alcanzan cada año nuevas prórrogas las oraciones de sus hijos; ese pueblo sobre el cual tantos años ha derramado, no á gotas sino á torrentes, la Revolución todos sus corrosivos, y que tiene sin embargo aún visitas á millares para el Papa, dinero á millones para el Papa, sangre en sus venas hirviente y pronta al sacrificio, si es preciso, para el Papa; esa juventud cristiana, mejor, cien veces mejor, más decidida, más valerosa, más audaz que la que conocieron nuestros abuelos, porque se ha templado en la tribulación y en la lucha; sobre todo y más que todo, ese

espíritu de oración y de manifestación pública que con tanto calor ha renacido en las modernas generaciones católicas, en medio de esa sociedad, por otra parte tan fría, tan indiferente, á lo que no sea intereses materiales y goce de los sentidos... ¡ah! eso lo explica todo: el rabioso aullar de la prensa malvada, los recelos y suspicacias de los politicones sabiondos, el inicuo atropello á que se lanza la turba seducida. Lo comprendemos: todas estas cosas obra son de la desesperación, alaridos de vergüenza, gemidos de impotencia. Es Luzbel, que adivina su derrota; es la postrera convulsión de la fiera; es la Revolución que se reconoce vencida.

Ya lo ven hoy por hoy nuestros amigos. Asistimos á otro de los grandiosos aniversarios que tan á menudo han venido en los últimos tiempos á conmover de júbilo las entrañas del pueblo fiel. ¡Qué época! ¡Qué cuadro! El mundo ardiendo gran parte de él y próximo á arder todo él por sus cuatro costados en espantosa guerra; la Revolución rugiendo en los abismos como lava en el Vesubio horas antes de la erupción; pueblos y Gobiernos mirándose unos á otros vacilantes, inciertos sobre su suerte de hoy ó de mañana. Y en medio de este pavoroso espectáculo, en vivo contraste con él, colocad el otro consolador que antes os he descrito. En menos palabras. En medio de la borrasca política y social más deshecha, bajo un horizonte encapotado, sobre un suelo que se estremece con terribles sacudimientos, entre el cruzar siniestro de los rayos y el bramido de los truenos y del huracán... la mansa figura de un anciano que ora, exhorta, protesta, bendice y sonríe. Y en torno de él todo el pueblo católico que reza, le mira, le escucha, se alienta con él... y espera.

¡Válganos Dios, amigos míos, por tantas maravillas! Temores le dan mil veces á uno de que carezca de mérito su fe, ó mucho se le disminuya al menos, según tiene el católico de hoy nuevos motivos cada día de encontrarse (perdóneseme la palabra) orgulloso con ella. ¿Quién no ve aquí la aurora del triunfo, por no decir el triunfo mismo? ¿Quién ha dicho que eso fuese luchar, cuando en realidad ya no es sino vencer?

¡Dulcísimo Corazón de Jesús! ¡Tesoro de amor, de esperanzas y de firme seguridad otorgado al pueblo fiel para su aliento y consuelo en esta hora de supremos combates! ¡Dádsela Vos al corazón de Pio IX, nuestro amado Padre, la alegre felicitación de días que desde estas modestas páginas le ofrece por nuestra voz, rendido, amoroso, esperanzado cual nunca, el pueblo español! ¡Dadsela Vos á Pio IX, nuestro Padre, Vicario vuestro, retrato vuestro, de parte de esos hijos vuestros y suyos, que siempre, y en especial durante este mes, sienten como unidos en uno solo estos dos amores, el amor á Vos y el amor al infalible Pastor! ¡Sed ahora más que nunca mediador sublime de todo el pueblo cristiano, para hacer valederas en favor de Pio IX ante el Padre celestial nuestras pobres oraciones, nuestras fervientes protestas, nuestros cánticos de alabanza, nuestras cariñosas limosnas!

¡Católicos todos! ¡Hijos de Pio IX! ¡Amigos de la *Revista Popular!* Con nuevo afan en el mes que acabamos de inaugurar, por nuestro Padre, por su preciosa vida, por el triunfo de la Iglesia, por la victoria del pueblo fiel, ¡roguemos al Sagrado Corazón!

Junio, 1877.

CIV.

CUENTO QUE SALE HISTORIA.

ABÍA en cierto hospital un loco á quien no impedía su locura ayudar al sepulturero en la tarea de amortajar cristianamente los cadáveres de los acogidos y disponer su enterramiento. Disponíase á practicar con uno de sus prójimos tan buena obra, cuando el favorecido, que no estaba muerto, sino simplemente aletargado, sintiéndose al fin menear y revolver, abrió los ojos; y no acabando de comprender lo que con él se hacía, exclamó entre sorprendido é indignado:

—¡Hombre! ¿A qué vienes ahora á darme molestia?

—Paciencia, amigo, repuso el loco, que te voy á amortajar.

—¡Válgame Dios! gritó con las pocas fuerzas que aun tenía el desdichado, ¿pues no ves que estoy vivo?

—¡Vaya, tonto! ¿Quieres callar? ¡Si sabrás tú más que los doctores que han firmado la papeleta!

Más de cien veces ó más de mil me he acordado del loco del hospital leyendo estos días los periódicos de la secta, que aseguro á Vds. están deliciosos. Porque, francamente hablando, díganme Vds. si no es cosa de tomarse así en broma lo que viene sucediendo años ha entre nosotros los católicos y nuestros pobres enemigos los revolucionarios. Rabian, vociferan, desgañítanse para convencer al mundo (yo creo más bien que para convencerse á sí propios) de que el Catolicis-

mo está muerto; de que la fe en Dios y en su Iglesia son cosa allá de otros siglos; de que no hay que contar con nosotros más que lo que se cuenta con los fósiles ó con las momias. Y en luminosos tratados, y en elocuentes discursos, y en muy científicos artículos os prueban, sí, señor, como dos y tres son cinco, que pasaron los tiempos del Cristianismo, y que pasaron para no volver (esta frase es de cajón), y que de consiguiente el Estado, la legislación, la familia, debe procurar organizarse todo á la *dernière,* sin intervención alguna de Dios ni de clérigos, que al fin la Humanidad está ya adulta y emancipada, y sacudió sus andadores. Y lo creen así tantos y tantos infelices que no aciertan á ver más que por los ojos de sus falsos amigos. Y hay realmente gentes á quienes se les figura que de verdad el Catolicismo murió, y que si se le ve algo aún es porque á los Gobiernos no les ha ocurrido todavía disponer el definitivo entierro, sino que para sus fines prefieren tenerlo así algún tiempo de cuerpo presente.

Pues ¡vaya con Dios! que por lo que toca á España bien habrán podido convencerse todos los enterradores de que el muerto anda hoy por hoy vivo como nunca y listo y saltarín. ¡Buen certificado de vida les viene dando á los empeñados en amortajarle y darle sepultura! Dígalo la primavera que acaba de pasar y que, pese á quien pese, no ha salido que digamos mal aprovechada. Dígalo ese magnífico universal movimiento que, iniciado en Cataluña, está conmoviendo aún lo restante de la península española; espectáculo único en el mundo, porque de él no ha ofrecido hasta hoy ejemplo, tan grandioso al menos, ninguna otra nación. Dígalo ese despecho mal disimulado, ese plan de calumnia y de atropello con que se ha querido contener ¡en vano! el avance imponente de esta nacional cruzada. Dígalo ese pavor que en vista de eso les va entrando en el cuerpo á nuestros pobres enemigos, en lo cual tienen disculpa, porque ¿cómo no sentirse despavorido el hombre más valentón á la vista de muertos que andan, rezan, cantan, y por pura cortesía no se burlan de los vivos?

Bien está, pues. Sigan extendiendo cédulas de defunción cuantas quieran los doctores de la facultad. Aquí estamos

nosotros, es decir, el pueblo español, tan frescos y guapos para desmentirlas. Y si, como el loco del hospital, se empeñaran á todo trance en amortajarnos para que quede en buen lugar el dictamen facultativo, ¡ja! ¡ja! ¡ja! católicos somos y ¡vive Dios! injertos en español por añadidura, y con bríos por lo mismo para no consentir la mortaja y darle más de un susto como éstos al amortajador.—¿Es ó no es así, romeritos y romeritas de esta primavera y de otoño pasado?

(Todo el pueblo católico, como un solo hombre): *Firme la voz, serena la mirada...*

—Basta, amigos, basta: vivitos estáis, gracias á Dios. Briosa anduvo la fe de vida. Hasta otra; y entre tanto... puede, si quiere, aguardar sentado el sepulturero.

Julio, 1877.

CV.

OBRA IMPORTANTÍSIMA.


es por todo extremo la que vamos á hacer objeto del presente artículo, que con particular atención deseáramos leyesen y meditasen nuestros subscriptores. Tal es la que acaba de inaugurarse en nuestra ciudad con el título: *Asociación del Purísimo é Inmaculado Corazón de María y de San Francisco de Sales para promover y facilitar las Misiones diocesanas y los Ejercicios espirituales*.

La claridad de estas palabras dispensa de toda explicación, y aun de todo encomio dispensara, si no fuesen tantos los que en este asunto de obras de propaganda católica andan tal vez algo preocupados.

Creen muchos, y es lamentabilísimo error, que puesto que el mal principal de nuestra época es la confusión y extravío de las ideas, se habrá puesto á nuestros daños oportunísimo y completo remedio cuando se haya logrado que, gracias á los esfuerzos de la apologética católica, no quede punto alguno de los controvertidos sin clara explicación, ó sofisma alguno de los propalados sin refutación sólida y concluyente. Paréceles á éstos que si á cada incrédulo de nuestros días se le pudiese poner ante los ojos un libro en que precisa y detalladamente se diese satisfacción á todos sus reparos contra la fe y se estableciesen uno por uno los solidísimos argumentos que la abonan, la conversión de nuestra

sociedad indiferente y escéptica fuera negocio de pocas horas, es decir, de las pocas horas que emplease cada individuo de ella en hacerse cargo del libro en cuestión y meditar algo su contenido. ¡Vana ilusión! Si el más trivial conocimiento de la naturaleza humana no nos desengañase de ella, para desengañarnos bastara el ejemplo mismo de lo que palpamos todos los días. Poned en manos del incrédulo más ilustrado la mejor y más convincente apología católica, y es muy fácil le saquéis con los argumentos de ella vencido... pero no convencido. En materias de Religión el secreto resorte de la convicción ó de la duda está en otra parte que en la sola inteligencia; está en el corazón ayudado por la divina gracia. Por extravío del corazón más bien que por extravío de la inteligencia se entra en los caminos de la incredulidad: los humos que del corazón corrompido suben á la cabeza, éstos son los que han empezado á obscurecer la luz clarísima de ella y han concluído tal vez por apagarla. No se empezó por discutir y negar la fe, á fin de vivir después con más holgura libre de las trabas que ella impone. No, que lo primero fué sacudir las trabas, y después vino lo de buscarse el rebelde razones y argumentos con que justificar la rebeldía. Este es el procedimiento usual por el que se pasa de la Religión á la incredulidad, que por esto dijo quien lo entendía perfectamente: Procurad hallaros sin falta en lo que prescriben los mandamientos; yo haré que no tengáis luego duda alguna en admitir todo lo que enseña el *Credo*.

Ahora bien. Si la corrupción del corazón es la que hace incrédulos, sólo librando de la corrupción los corazones habremos hallado el medio principal y más eficaz de deshacerlos. Creemos en la influencia poderosísima que ejercen mutuamente las ideas en las costumbres y las costumbres en las ideas, pero somos de parecer que las costumbres influyen más eficazmente en las ideas, que las ideas en las costumbres. Por esto, y hasta contrariando algo nuestra natural inclinación y la índole especial de nuestras tareas, damos para la destrucción del error mucha más importancia al ascetismo que á la controversia, creemos de más positivos resultados la obrita de piedad que la de polémica, y estamos más por la unción persuasiva del sermón que por las bri-

llantes discusiones de la Academia y del Ateneo. No que á eso no le demos la merecida importancia; no que creamos oficio inútil en la Iglesia de Dios el de los ilustres campeones de la verdad que en todos tiempos han sostenido por ella brillantes campañas en el terreno de la polémica religiosa. ¿Cómo olvidar que los grandes Padres de la Iglesia han sido á la vez grandes controversistas? Sólo queremos dejar establecido que en cosas de Religión no basta procurar la convicción, sino que es más firme empezar por la persuasión, contra la tendencia bastante extendida entre algunos de nuestros hermanos (quizás, quizás hija algún tanto del contagioso naturalismo contemporáneo) de esperarlo todo principalmente del libro, del periódico, de la discusión científica, es decir, de los medios especialmente dirigidos á la inteligencia. Excelentes son, pero secundarios.

Sentados estos antecedentes, nadie extrañará saludemos como un acontecimiento de gran trascendencia la fundación en nuestra patria de la Asociación indicada, que se propone facilitar en ella los poderosísimos medios de moralización y de propaganda católica que se llaman *Misiones y Ejercicios.* Veremos en otro artículo la importancia que entrañan estas dos palabras, y por lo mismo la obligación que tiene todo buen católico de cooperar al proyecto felizmente iniciado.

La Asociación recientemente iniciada se propone, como acabamos de decir, facilitar las *Misiones* para los pueblos y los *Ejercicios* para los individuos. Nadie habrá que ignore lo que son Misiones y lo que son Ejercicios; muchos empero no tengan de estos poderosísimos medios de moralización y santificación la idea exacta, y muchísimos más, aun teniéndola, crean tal vez empresa de grandes dificultades su realización. Precisamente á esto viene la Asociación que con tanto empeño recomendamos: á avivar en los corazones el deseo de aprovecharse de estos medios, y á ponerlos, por decirlo así,

tan fáciles y llanos que sólo un criminal descuido ó desprecio impidan su consecución.

Es una Misión, para un pueblo que aun no ha perdido la fe (y en este caso se halla aún, gracias á Dios, el pueblo español), el resorte más poderoso y eficaz para volverle en sí de su extravío y reconducirle á los caminos de salvación y de gracia, que son los únicos de verdadera civilización y cultura, hoy que tanta importancia tienen para algunos estas famosas palabras. La voz del misionero que recuerda las verdades eternas y las divinas amenazas, que hace brotar del corazón el remordimiento y de los ojos las lágrimas de la contrición, es más poderosa que los más severos bandos de la justicia, que las más elocuentes declamaciones de la prensa pública, que las más enérgicas peroraciones de la tribuna popular. Sin aparato de fuerza, sin agentes tras sí, ni apremio ni coacción de clase alguna, el sacerdote reduce á la ley y al deber al pueblo que tiene la feliz suerte de escucharle dócilmente; y desde su pacífica cátedra primero, y luego desde el tribunal de la Penitencia, apaga los odios, reconcilia las familias, hace restituir lo mal adquirido, arranca de raíz los malos hábitos, hace renacer las olvidadas prácticas de piedad, rejuvenece en el bien los corazones envejecidos en la culpa. Una Misión aprovechada es para un pueblo la mayor de las bendiciones del cielo; largos años después se recuerda aún su fecha como la de una universal restauración; centenares de familias la citan como la época en que vieron renacer en su seno la paz perdida; miles de corazones la guardan como la más hermosa memoria de su vida, porque de ella data un cambio total en sus relaciones con Dios y con sus hermanos. Donde hubo una Misión fecunda ha experimentado una baja notable el registro de la criminalidad; los misioneros han ahorrado gran parte de sus tristes tareas á la guardia civil; los confesonarios han recibido consoladoras declaraciones y aplicado suavísimas sentencias, que muy de otro modo se hubieran recibido y aplicado en los estrados de los jueces temporales. El templo ha vuelto á adquirir hijos pródigos que hubiera tal vez devorado el presidio ó el patíbulo, y la sociedad y la ley han recobrado como fieles súbditos á muchos á quienes la policía

vigilaba ya tal vez como grandes criminales. ¡Ah! Si las aguas mansas y fertilizadoras de la frecuente Misión volviesen á correr sobre la faz endurecida y resquebrajada de nuestra amadísima patria, como en otros tiempos corrieron, muy otro sería su aspecto, hoy tan triste y desolado; muy luego se apagarían esos volcanes de odio al cielo y á la tierra, que tan á menudo nos aterran con sus erupciones asoladoras; muy en breve florecería lozana en todo su suelo la rica vegetación de virtudes individuales y sociales que le hicieron antes herencia privilegiada del Señor y vergel de sus más preciadas maravillas. Si la Misión pudiese hacer oir periódicamente su acento á la vez dulce y terrible en nuestras ciudades y aldeas, muy distintas serían las relaciones, hoy tan tirantes, entre el rico y el pobre, entre el amo y el trabajador, entre el gobernado y los gobernantes. No se vería tan concurrido el espectáculo infame, ni tan buscada la novela inmoral, ni tan leído el periódico impío, ni tan despreciada la autoridad de los padres, ni tan descuidada la educación de los hijos, ni tan puesto en olvido el deber de la limosna, ni tan escasa la asistencia á la casa de Dios, ni tan mezquino su ornato, ni tan poco frecuentados sus Sacramentos. Un Gobierno, que lo fuese como Dios manda, debería, no sólo autorizar las Misiones, sino protegerlas, y no sólo protegerlas, sino fomentarlas, recomendarlas, enviarlas por su cuenta. Aun mirando la cosa sólo bajo el punto de vista utilitario, lo que gastase en subvencionar en cada distrito una casa de Misioneros, lo ahorraría á la vuelta de pocos meses en el ramo de fuerza y vigilancia públicas. No hay que esperar por de pronto tales acuerdos de los Gobiernos de Europa. Pero en esto como en tantas otras cosas lo que no hace la Autoridad ¿por qué no ha de hacerlo la iniciativa privada? ¿Por qué no han de aunar sus fuerzas los católicos de buena voluntad para facilitar á los pueblos esos medios de regeneración y de cristiana cultura? ¡Católicos tibios ó dormilones! ¿Por qué no hacéis para el bien de vuestros hermanos la mitad siquiera de lo que por su mal (y por el vuestro) están haciendo á todas horas nuestros comunes enemigos? Sí, porque mientras vosotros holgáis y os divertís, ó á lo más prorrumpís en estériles lamentos,

también ellos envían, salidos del infierno, á los pueblos y ciudades, á los talleres y á los campos, satánicos misioneros que no cesan en su propaganda infernal. Misiones recorren nuestras comarcas, pero no para predicar el temor de Dios y el amor al prójimo, sino para declararle guerra á Aquél y seducir á éste con una fraternidad que no es sino la de Caín. Y tienen discípulos estos misioneros de Satanás, y ejercen sobre la masa incauta poderoso influjo, y dicen claro ya y sin rodeos á qué vienen y á qué van... Y ¿qué no dierais vos por neutralizar esta su perversísima propaganda? ¿Qué no dierais vos por arrancar al diablo y á sus emisarios estas almas que reclutan á todas horas para el ejército del mal? Sabedlo, pues: hay quienes se proponen esta nobilísima cruzada; hay quienes desean organizarla en grande escala para que sin cesar recorra nuestras comarcas y sostenga por la fe y por las costumbres el santo combate de Cristo; hay quienes han puesto ya manos á la obra. Y vos, párroco ó simple seglar, que deseéis para vuestra localidad este inestimable beneficio, tendréis ya con quien entenderos para que fácilmente se os proporcione. Ayudad, pues; contribuid con vuestra subscripción, contribuid con vuestra influencia, contribuid con vuestras oraciones, que con estas tres clases de cooperación podéis asociaros á la gloriosa campaña. Y veréis luego cuántos corazones que creíais para siempre muertos, cuando no andaban más que amortecidos, entran en calor y en saludable reacción; veréis como, desinfectada la atmósfera social de la inmoralidad que hoy la apesta, vuelven á recobrar su imperio las creencias; veréis como más que impíos ha habido hasta hoy en España malos cristianos, á quienes sólo ha bastado el saneamiento del corazón para que desapareciese de la inteligencia toda sombra de incredulidad ó de duda; veréis como hasta ellos mismos se asombran de encontrarse creyentes, cuando tal vez ellos mismos se habían hecho la ilusión de que eran bravos y formales ateos; veréis como se les desvanecen con un acto de contrición todos los sofismas, y, limpia la conciencia, que es el espejo de Dios, ven claro como la luz del sol lo verdadero de sus dogmas y lo racional de sus mandamientos. ¡Oh! Ayudemos, amigos míos, ayude-

mos á esta utilísima obra; mirémosla como la primera de todas, más que las de beneficencia material, más que las de ilustración científica, más que las de otra clase alguna.

Mayor, si cabe, que la de las Misiones es la importancia de los Ejercicios espirituales. Desde que el esclarecido Solitario de Manresa recibió del cielo la inspiración de su precioso librito, ha sido reconocida la práctica de los Ejercicios espirituales que en él se dictan, como el medio más poderoso de santificación, y como arma de finísimo temple por Dios reservada á los tiempos modernos para los santos combates de la vida cristiana. No han sido solamente los Padres de la Compañía, á fuer de buenos hijos, sus panegiristas; Pontífices y Concilios, teólogos y tratadistas ascéticos han convenido en ponderar como divina su eficacia. Todas las Comunidades religiosas los han prescrito como obligatorios en sus Reglas; todos los libros de piedad los han recomendado á sus lectores; todos los maestros de espíritu les han señalado el primer lugar entre las prácticas más escogidas. En efecto. Aislarse el hombre durante unos días de todo contacto humano en cuanto es posible acá en la tierra; dejar en este plazo suspendidos negocios, estudios, relaciones, y hasta las obras del ministerio ó de la caridad para con los prójimos, para no ocuparse más que en la consideración de su último fin y de lo que á él le aparta ó á él le conduce; ver durante estos días de recogimiento desplegarse ante sus ojos una tras otra las tremendas verdades de la fe en lo que concierne al origen y condición actual del alma y á su eterna felicidad ó desdicha; detenerse á contemplar á la luz de ellas el estado de la propia conciencia, de la cual nos tienen casi siempre apartados las impresiones del mundo exterior; practicar á solas con ese implacable fiscal el arqueo riguroso, en el cual tan pocos dejan de hallarse alcanzados; sentirse subyugado por la lógica poderosísima de aquellos teoremas de San Ignacio, que no dejan al corazón salida alguna entre ó renegar

de la fe ó aceptar las consecuencias de ella; por fin, al calor de las convicciones así fortalecidas y avivadas, y más aun al blando impulso de la gracia divina, implorada con humilde y contrita oración, formar inquebrantables propósitos y lanzarse luego resueltamente á su ejecución: tal es una idea pálida, muy palida, de lo que son para el cristiano unos buenos Ejercicios: tal es el cuadro apenas bosquejado de los admirables efectos que producen constantemente en quien del modo debido se entrega á ellos.

En cuanto á su necesidad, poco tendremos que insistir en encarecerla, manifiesta como está, por desgracia, á la vista de todos. ¿No habéis oído decir, amigos míos, que lo grave, lo gravísimo de la situación actual estriba, no en que sean tan malos los malos, sino en que sean tan poco buenos los buenos? ¡Oh! ¡A cuántos comentarios se presta esta dolorosísima verdad! Digámoslo acá entre nosotros, que al fin pocos del bando contrario nos han de leer, ni ha de causarnos, por otra parte, gran perjuicio el que nos lean. Digámoslo, sí; que la verdad, como dice el refrán, adelgaza, pero no quiebra. ¡Fuera como debe ser el ejército del bien, y ganaría victorias con sólo presentar batallas! ¡Fueran las manos que sostienen y defienden la santa bandera puras y limpias, como es la bandera misma, y la veríamos á ésta odiada y maldecida como hoy, claro está, pero al menos no despreciada por nuestra culpa! ¡No luchasen entre nosotros mismos y contra nosotros mismos enemigos mil domésticos, cien veces peores que los que desde el campo opuesto nos dirigen sus tiros; nuestro amor propio, nuestras tristes ambiciones, nuestra vil flojedad, nuestros vanos respetos, nuestras miserables concupiscencias!

Pues bien; á todo eso sería eficaz medicina la práctica periódica de los Santos Ejercicios. Casas hay ya destinadas á ese recogimiento espiritual para eclesiásticos, para seglares y hasta para señoras. La Asociación que recomendamos hará que se multipliquen las tandas á fin de poner su uso al alcance de todo estado y condición. En todo lance crítico de la vida, en la hora de la tribulación, al tener que tomarse resoluciones supremas, los Ejercicios espirituales son fragua donde se templa el corazón y adquiere vigor y entereza para

salir sin menoscabo de la prueba más recia. Pero aun en la vida normal y regular, cuando se siente uno entibiado y flojo por el exceso mismo del trabajo exterior que le trae en cierto modo alejado de sí, cuando con la costumbre se ha hecho menos sensible el espíritu á la impresión de las máximas eternas, cuando ha venido a debilitarse el fervor de nuestra alma como reloj cuyos resortes han perdido su elasticidad, volemos á restaurarnos, á rehacernos, á afilar nuestras armas melladas con el uso cotidiano, á darle cuerda para otra temporada más á nuestra máquina gastada, ó á echarle un remiendo si anda descompuesta.

He aquí lo que son los Ejercicios, y he aquí por qué hemos llamado *Obra importantísima* la Asociación que se propone popularizarlos, así como proveer á la salida de frecuentes Misiones por todos los pueblos de la diócesis. Muchísimo mas podríamos decir para encarecerlas; pero ni lo conceptuamos necesario, ni lo permiten los límites de nuestra publicación. Con indecible consuelo hemos visto ocuparse de este asunto, tomando pie de nuestros humildes artículos y haciéndolos suyos, á la ilustrada prensa católica de Madrid, tan benemérita de la Religión y de la patria. Eso deseábamos y á eso debemos todos ayudar. Que se propaguen esas ideas, que se vulgaricen entre los defensores de la verdad, que no se crean haberlo hecho todo nuestros amigos cuando hayan escrito un brillante artículo ó pronunciado un elocuente discurso. No están por demas en el mundo los sabios y los letrados, antes conviene, sí, mucho que los haya; pero conste que nada harán los sabios y los letrados si no andan en pos de ellos, ó mejor aún delante de ellos, los Santos. No descuidemos la propaganda de las buenas ideas, pero demos la importancia principal á la de las buenas costumbres. «Obras son amores, que no buenas razones,» ha dicho otro refrán que nos parece tiene también aquí particular aplicación. Haga Dios fecundar estas someras indicaciones, y ponga cada cual lo que de su parte esté para que se vean coronadas de éxito felicísimo.

Septiembre, 1877.

CVI.

¡AVE, MARÍA PURÍSIMA!



IN pecado concebida! responderán á una voz todos nuestros lectores; y he aquí puesto un epígrafe de artículo que no hemos inventado nosotros, ni sacado de los libros, ni aprendido en las aulas, ni recogido en las Academias. Del pueblo español ha salido, de la abundancia de su corazón ha brotado, nos ha enseñado á repetirlo la tradición de nuestra patria, hémoslo oído ya desde la cuna de los labios de nuestras madres, nos lo hemos encontrado ya al nacer en ese precioso archivo de cosas buenas y grandes que atesora desde lejanos siglos esta hidalga nación de la Madre de Dios.

¡Con cuánto consuelo de nuestra alma lo ponemos hoy, fiesta de María Inmaculada, al frente de estas líneas! ¡Con cuánto amor encabezamos con ellas el número de gala que dedicamos, éste como todos los años, á la celebración de nuestra fiesta nacional!

No podemos negar, no queremos disimular que experimentamos, de vez en cuando, como todo hijo de Adán, turbaciones y desalientos. Es tan deshecha la tempestad que ruge en torno de nosotros, es tan brava la batalla que se libra á nuestro rededor contra la gloriosa bandera de la que somos humildes soldados, que no siempre el espíritu conserva la serenidad y buen temple que deseáramos, ni el corazón está exento de hondas amarguras y dolorosa inquietud. No

que dudemos de las promesas de Dios, ni temamos por la suerte de su Iglesia, ni creamos haya de ser en definitiva del infierno una victoria que le cuesta toda su Sangre á Jesucristo. Pero, recordamos que hay naciones, como individuos, apóstatas; acúdenos á la memoria el nombre de antiguas regiones, centro un día de la fe y brazo de la cristiandad, sumidas hoy en los horrores de la herejía, y hasta vueltas de nuevo al Paganismo; y fijando los ojos en nuestra España amadísima, cruza un momento por nuestra imaginación la horrible idea de si, andando los tiempos y enflaqueciéndose aquí el ardor de los buenos, podría llegar á ser esta tierra una de las reprobadas por Dios en justo castigo de una completa apostasía.

Sin embargo, ¡oh! ¡no, ni un instante nos sentimos inciertos y dudosos cuando llega el día faustísimo y eminentemente español de nuestra esclarecida Patrona la Inmaculada Concepción! Aplicamos en tal día el oído al corazón de nuestra patria, y percibimos fuerte y vigoroso su latido, sin señales ¡gracias á Dios! no ya de muerte, pero ni de pasajero desmayo. Otra vez en tal día reconocemos á nuestro buen pueblo de siempre; al pueblo con quien ha reñido sus más empeñados combates el infierno; al pueblo que de todos ha salido vencedor. Y vueltos á la esperanza, que es ya en nosotros seguridad y certidumbre firmísima, no abrigamos temor alguno sobre sus futuros destinos, y sin vacilación creemos que católico le encontrará en su día la trompeta del juicio final, sin haber visto arraigarse en su suelo bendito otra semilla de fe que la que hace diecinueve siglos recibió de manos de Santiago, bajo la bendición y auspicios protectores de la misma Virgen María. No, ¡no nos arredra la impiedad, sean cuales fueren las fuerzas que presente en batalla! La nación que se ha colocado la primera bajo el manto de María Inmaculada, la que en la segunda mitad del siglo diecinueve, en medio de la general prevaricación de Europa, conserva todavía un pueblo tan adicto como el español al culto de su Madre, no puede perecer para la vida católica, no puede renegar. Ligero vaivén han de parecerles un día á los historiadores de nuestra España los sacudimientos que ha sufrido cuando los comparen con esta su indomable firmeza.

Lo que hoy nos aflige pasará. Raído será de su noble faz todo lo que en daño del Catolicismo se le ha sobrepuesto á nuestra patria por el Racionalismo, que siempre fué aquí postizo y extranjero, y veráse entonces como aun á través de los presentes contratiempos ha conservado la nación española sus rasgos antiguos y característicos de fisonomía, que la acreditan por hija primogénita de María Inmaculada.

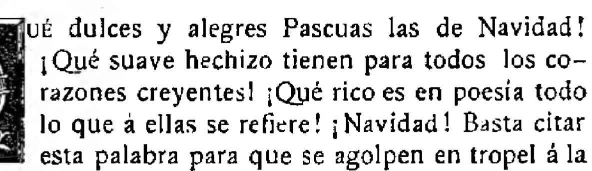
¡AVE, MARÍA PURÍSIMA!—¡SIN PECADO CONCEBIDA! He aquí nuestra divisa inmortal, he aquí la bandera de nuestros combates. ¡Católicos españoles! Conservadla en vuestro hogar, en vuestro lenguaje, en vuestro corazón; lanzadla como valerosa protesta, como reto audaz al rostro de vuestros enemigos, que enemigos vuestros son los de vuestra fe y los de vuestra Madre.

¡María! ¡Reina Inmaculada! ¡Madre concebida sin pecado original! ¡Por la perpetua fidelidad de este vuestro pueblo á tan gloriosa enseña, rogad á Dios!

Diciembre, 1877.

CVII.

¡NAVIDAD!



UÉ dulces y alegres Pascuas las de Navidad! ¡Qué suave hechizo tienen para todos los corazones creyentes! ¡Qué rico es en poesía todo lo que á ellas se refiere! ¡Navidad! Basta citar esta palabra para que se agolpen en tropel á la imaginación recuerdos mil de inefable encanto. Muy gastado ha de tener el corazón, sino ya muerto enteramente para toda impresión delicada, quien al oirla no sienta estremecérsele todo él á impulsos de no sé qué interior alborozo, en tanto que una suerte de infantil alegría le inunda todo como si fuera un eco perdido de los antiguos felices días de inocencia. Por eso encontramos tan adecuadas al estado de nuestro ánimo en tales fiestas la música pastoril, la vieja leyenda del hogar, los cantares de la tradición, las santas escenas de la vida de familia, los hechiceros recuerdos de la niñez. Por eso el negocio les fastidia en tales días á los mismos negociantes, la política la echan á un lado los mismos políticos, las tareas científicas ó industriales las suspenden por completo aun aquellos que tienen á ellas exclusivamente consagrada durante el año toda su existencia. Sólo en dos sitios se encuentra bien el corazón en tales días: en casa y en el templo. Reparad que es tal vez el día de Navidad el único del año en que aun ante los más asiduos concurrentes al Casino y al teatro tienen el pleito perdido estos lugares de

distracción. Observad que ponen el pie en la iglesia, atraídos á ella por cierta invencible necesidad del corazón, aun no pocos que durante el año la tienen completamente olvidada. Fijaos, por fin, en los mismos semblantes de la gente indiferente y que menos accesible parece á las poderosas influencias de la Religión, y no tardaréis en conocer que así como ésta en Viernes Santo les impone á pesar suyo su austeridad y respeto, así en Noche Buena les comunica, quieran ó no, su inocente regocijo. ¡Gloria, pues, á Dios que en tales días concede á todos los corazones cristianos tan misteriosos consuelos!

Pasemos, empero, á otro orden de reflexiones más práctico é instructivo. El mundo entero va á celebrar otra vez la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Luego Jesucristo es Dios.

Tal vez habrá quien no acierte á ver inmediatamente e enlace profundo que hay entre aquel antecedente y esta consecuencia. Al que así se hallare ruégole medite imparcial y desapasionadamente sobre los siguientes contrastes.

El Niño á quien celebramos nació olvidado de casi todos, desdeñado de los más, perseguido de los poderosos. Y hoy, es decir, mil ochocientos setenta y siete años después, el solo recuerdo de su Nacimiento todavía conmueve hasta las entrañas á esa misma sociedad actual, tan poco dispuesta para tal clase de emociones.

Nació en mitad de una noche obscura y fría de Diciembre. Y el calor de la fe y los encantos de la poesía cristiana, hija de ella, han idealizado en la imaginación de los pueblos aquella triste noche hasta convertirla en rival de las más bellas de Abril y Mayo.

Nació en un establo, y fué su cuna un pesebre de pajas, y su Corte unos pobres pastores. Y al rededor de aquella cuna y ante aquel desabrigado establo cien y cien almas grandes por su poder, por su talento, por sus virtudes, envidian á aquellos humildes pastores y hacen que remede la música sus campestres tonadas y reproduzca la literatura sus cantares, y gózanse todos en hacerse durante algunos días como pastores entre aquellos pastores, y niños en obsequio de aquel Niño.

Decidme, ¿quién se acuerda hoy de los hijos de los Príncipes, ó de los sabios, ó de los héroes que nacieron al mundo y brillaron é hicieron ruido en él cuando apareció pobrecito y olvidado de todos el Niño de Belén? ¿Quién se alegra por ellos? ¿Quién se conmueve leyendo su historia? ¿A quién interesan los pormenores de su vida? Algún investigador de antigüedades sabe algo de ellos, y los estudia con la misma fría curiosidad con que estudia las viejas monedas ó los ruinosos monumentos. Por lo demás, muerto está el recuerdo de estos personajes en la memoria de los pueblos, como muerto y confundido se halla ya su cuerpo entre el polvo vil de los demás mortales. Pero el Niño pobrecito, el Niño del portal, el Niño despreciado y mendigo que nació entre bestias, vive aún, tan realmente como en el cielo, en el corazón del género humano, donde se hace sentir y confesar y alabar hasta por los mismos que anhelaran ver obscurecido su nombre y eclipsada su gloria. Sí, hasta los impíos y malvados reconocen al Niño Dios en el hecho sólo de verse obligados por cierta necesidad imperiosa á tomar parte en las alegrías de su Nacimiento. Algo hay, pues, en ese Niño que no hay en los demás, ni hubo ni habrá en otro alguno; algo hay que no es humano, porque á nada humano se parece, á juzgar por lo que ha podido verse hasta la fecha; algo hay superior y de otro orden que el meramente natural é histórico, y ese algo ¿qué puede ser sino lo que rendidos reconocen y confiesan en ese Niño los siglos que le han seguido, es decir su Divinidad?

¡Pobre incrédulo en el día de Navidad! ¿A dónde puede volver los ojos que no le persiga y confunda y abrume el ascendiente de ese Niño á quien niega y blasfema? ¡Feliz, empero, si avergonzado por ese unánime y amoroso *acto de fe* que deposita cada año el mundo entero á los pies de su cuna bendita, se llega también él á sentirse avasallado por su poderosa influencia y obligado á exclamar:

No se equivoca el género humano: el Niño de Belén es Dios.

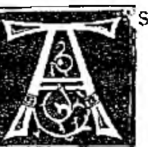
No hay ruego alguno, lectores míos, tan digno de mezclarse entre los regocijos y cristiana expansión de las fiestas que vamos á celebrar, como éste del corazón creyente y

fervoroso en favor de los infelices cegados por las tinieblas de la incredulidad. Sea ésta, pues, la súplica que aquel dia dirijamos todos al recién Nacido. ¡Qué un rayo de luz de aquel foco luminoso de Belén alumbre, encienda y vivifique á tantos hermanos nuestros rebeldes al cetro de paz de nuestro dulcísimo Niño!

Diciembre, 1877.

CVIII.

ANY NOU, VIDA NOVA.


sí dicen acá en nuestra tierra, y perdonen los no catalanes si por exordio y salutación de este primer número de 1878 les doy un epígrafe que suena para ellos á griego, ó punto menos. El cual significa, traducido á la lengua castellana en gracia de mis amigos de fuera del Principado: A nuevo año, nueva vida.

No sé si otros países tienen adagio parecido á ése; sólo, sí, diré que á mí me pareció siempre el dicho catalán apropiadísima expresión de algo que cada cual experimenta en el fondo de su corazón al empezarse nuevo año. Tal es el deseo de que al nuevo período de tiempo que se va á inaugurar acompañe la realización de nuevos proyectos ó propósitos á que parece convida el tránsito de un año á otro.

De fijo no hay comerciante que no resuelva en su interior ensanchar algo sus operaciones mercantiles y ganar nuevo capital durante los doce meses que tan á su disposición se le presentan delante.

Ni hay hombre de ciencia que no confíe ver realizado en ellos el anhelado descubrimiento, ni militar que no cuente seguros en su cartera los despachos del inmediato ascenso, ni litigante que no se lisonjee con obtener favorabilísimo fallo de su pleito, ni enfermo que no espere hallar el día menos pensado en las páginas del diario el infalible elixir ó las

eficacísimas píldoras que han de poner término á sus dolencias.

De modo que con el estreno del calendario y el uso de la nueva numeración parece agitarse y rebullirse en el fondo de nuestra imaginación un mar de esperanzas y de propósitos á cual más hechiceros y seductores.

Diríase que en estas breves horas que le dura al año su juventud, pues breves son las de año nuevo que en rigor dejó ya de serlo el día 2 de Enero, nos sentimos también nosotros como rejuvenecidos unos breves momentos, y participamos durante ellos de las ilusiones y hermoso ideal que tan halagüeña hacen la edad juvenil.

Apliquemos estas consideraciones á la clase de negocios y tareas que traemos entre manos como católicos, y católicos de acción, por supuesto, que á todo el que así no sea le tenemos por católico de pega. Año nuevo, sí, señor; año nuevo. Es decir, nuevo capital que se nos entrega para que debidamente lo usufructuemos; nuevo plazo que se nos otorga para el saldo y finiquito de unas cuentas que van á sernos ajustadas con el mayor rigor á la hora que menos pensemos. Año nuevo, es verdad; de consiguiente, ¿qué nuevas resoluciones hemos formado para que á ese año nuevo corresponda, como reza el refran, vida nueva? ¿Qué nuevo ensanche nos proponemos dar á nuestras obras de propaganda, de piedad ó de beneficencia? ¿Qué nuevo espíritu nos proponemos introducir en nuestra familia, en la sociedad que frecuentamos, en el mero tenor de nuestra vida particular? ¿O sucederá por acaso que al revés de esa renovación á que nos llama Dios, envejezcamos y nos vayamos haciendo cada día más apaticos é insensibles, hasta sumirnos, sin alarma ni remordimiento, en el letargo vergonzoso de la indiferencia? Líbrenos Dios de tal ruindad de corazón, peor y más miserable que la muerte misma. Puede que nos conceda todavía Dios largos años de vida, y entonces ¿qué más glorioso empleo de ella que haberla consagrado toda sin vacilación, sin tibieza, sin desfallecimiento, al sostén de la causa inmortal de Dios y de su Iglesia que el infierno combate y nosotros hemos de defender? Puede que muramos muy en breve, y si así fuere, ¿qué fin más envidiable á

los ojos de la fe y aun de la sola razón, que el del soldado valeroso que cae sobre la brecha, agarrado á su bandera, fijos en el cielo los ojos, y mirando asegurada allí su eternal recompensa?

Compadecemos, pero muy de veras, á esos hombres, á quienes, en medio del duelo mortal y desesperado en que se baten hoy el error y la verdad, sorprende la muerte, ocupados tan sólo en su negocio industrial ó mercantil, en su problema científico ó únicamente, quizá para mayor ignominia, en el regalo y comodidad de su importante cuerpo de barro... es decir, de ese cuerpo vil que mañana la tierra ha de podrir y el gusano ha de roer, y en el más completo olvido de la pobre alma inmortal, que cierto para más noble destino fué criada que para el *único* de sumar guarismos, perfeccionar manufacturas, ó ahitarse groseramente de zarzuela, cancán y cuadros al vivo. Y asombrado me pregunto: Pues ¿para qué se habrán creido colocados tales hombres en este mundo? ¿Y qué respuesta les dará su corazón (que alguna les ha de dar) á aquellas terribles preguntas ¿de dónde vengo? ¿á dónde voy? que tan implacable les dirige de vez en cuando la conciencia? Y ¿qué rostro han de poner los desdichados á la muerte, cuando venga á llamar fría y acompasadamente á las puertas de sus palacios, fábricas ó comercios, y se vean obligados á seguirla, paso tras paso, hacia los tenebrosos abismos de la eternidad, en que ahora evitan tan cuidadosamente fijar la mirada? Convengamos francamente en que, si hay necedad en el mundo con honores de estupidez, es ésta. Y sin embargo es la suprema ilustración, la sin igual filosofía, el ponderado saber de la mayor parte de los hijos del siglo, en oposición con la llana, sencilla y luminosa norma de vida de los hijos de Dios.

No cuento entre ellos a los lectores de la *Revista Popular;* pero, díganme ante su conciencia, ¿no es verdad que todavía les queda algo, mucho, muchísimo que hacer en orden á lo que todo católico de nuestros días debe considerar como obligación estrechísima para con Dios, para consigo mismo y para con esa desdichada sociedad presente? ¿No es verdad (y sea dicho entre nosotros) que no somos todavía lo que debemos, que no estamos aún á la altura de las circunstan-

cias solemnes que atravesamos, y que sin duda pueden aún exigírsele á nuestro corazón más varoniles alientos, á nuestra actividad mayores sacrificios, á nuestro celo más decidida abnegación? Fíjese cada cual en el palmo de terreno que Dios le ha dado por campo de operaciones, y dígase: ¿Qué Asociación católica hay en mi localidad, á la que puedo pertenecer y de la que por frívolos pretextos estoy alejado? ¿En qué podrían emplearse provechosamente aquellas horas ociosas que me sobran de mis tareas cada semana, ó tal vez cada día? ¿Cuántas almas puede ganar para la verdad y para el cielo aquel ejemplo de piedad y Catolicismo práctico que ahora oculto cautelosamente por no sé qué miserables y cobardes respetos humanos? ¿A qué mayores y más positivas ganancias para mi alma y para la de mis prójimos puedo destinar aquel duro ó aquella peseta que hasta hoy me he permitido gastar en objetos, sino ilícitos, por lo menos perfectamente inútiles?

He aquí unas breves indicaciones que pueden dar pie á una serie de propósitos firmes y resueltos, como de buen español, para que le acompañe al año nuevo que hemos empezado la nueva vida que el refran recomienda. ¡Dichoso quien, con la satisfacción de haberlos cumplido, pueda cerrar los ojos un día á los años deleznables y pasajeros de acá, para abrirlos á la serena luz de aquellos años eternos, donde se nos ha prometido, á los fieles soldados de Cristo, gloria sin fin y perdurable descanso!

Enero, 1878.

CIX.

¡QUE DESFILE!



ICTOR Manuel ha muerto. Tres días de imprevista enfermedad han bastado para quitar de la escena en lo mejor de sus años y en el lleno de su robustez al desdichado príncipe que, seducido por la Revolución, hacía derramar veinte años ha amargas lágrimas á la Iglesia y á su bondadosísimo Pastor. Ha muerto. Dios, que juzga á los reyes y á los vasallos, y á los primeros con muy más severo juicio, ha juzgado ya á esta alma infeliz que, sean cuales fueren sus antecedentes, tenemos obligación los católicos de encomendar á la divina misericordia. ¡Descanse, pues, en paz el enemigo de la Iglesia! ¡Hayale valido siquiera á los umbrales de la eternidad una lagrima de sincero arrepentimiento! ¡Dios le haya perdonado!

Satisfecho, empero, este tributo de cristiana piedad que le merecen siempre al escritor católico hasta los más desatentados perseguidores del Catolicismo, fijémonos unos momentos hoy en las sublimes lecciones que á nuestros ojos viene ofreciendo en el drama contemporáneo ese grande aunque oculto protagonista de él que se llama la Providencia. Apenas queda ya uno en pie de los poderosos revolucionarios que tomaron por su cuenta la empresa inicua de destruir la soberanía temporal de Pío IX. Uno tras otro van pasando y hundiéndose en presencia de ese Anciano, con cuyo fallecimiento contaban ya hace veinte años para el me-

jor éxito de sus planes, y cuya edad y achaques hacían pronosticar les llevaría muchos de delantera. Y el Anciano se está firme en su puesto, mientras á su rededor ve abrirse la tierra para tragarse cada día á uno de sus mortales enemigos. Cavour, Napoleón III, Ratazzi, Farini, Mazzini, y ahora el desventurado Rey del Piamonte, forman la lúgubre procesión de políticos que creyeron poder ser enterradores del Pontificado y cuyos entierros viene éste presenciando tranquilamente desde su combatido asiento. ¡Terribles justicias de Dios!

A Víctor Manuel ha sucedido en el llamado reino de Italia su hijo Humberto, mucho más radicalmente hostil á Pío IX que su padre, el cual á pesar de sus extravíos todavía no había podido desentenderse de ciertos restos de educación católica, bebida en el seno de su antes piadosísima familia. Es, pues, regular que los acontecimientos entren ahora en Italia en un período de vertiginosa rapidez que nos haga contemplar muy en breve tremendos y pavorosos desenlaces. Víctor Manuel con sus resabios heredados le servía aún de algún lastre á la demagogia italiana: era el tipo del conservador que quiere al mal, pero sólo hasta cierto punto, lo cual no significa que tratemos de justificarle ni mucho menos. El actual, francamente adicto á las izquierdas y á Bismarck, ofrecerá de seguro paso más desembarazado á la acción revolucionaria, que como es público, porque lo dice ella misma en alta voz, no ha llegado aún allí á la mitad de su camino. No tardaremos en verlo de un modo palpable. Reparémoslo. Allí, como en todas partes, van desapareciendo de la escena los términos medios á cuyo malhadado influjo debe el mal muchos años ha todas sus conquistas. El problema religioso (pues claro está que únicamente al religioso nos referimos) va planteándose en toda Europa con aterradora y á la par con consoladora franqueza. Aterradora y consoladora repetimos, y no hay contradicción en estas palabras. Aterradora decimos, porque realmente ha de ser aterrador para todo espíritu débil y poco firme en la fe el choque de los opuestos elementos, radicalismo católico y radicalismo anticatólico, el día en que por la misericordia divina desaparezcan los amigables componedores entre Dios y Satanás, que en el último resultado no han servido más que de favorecer

y allanarle los pasos á este último. Consoladora, añadimos, porque el choque espantoso que aguardamos entre francos católicos y francos anticatólicos ha de ser por necesidad mortal para unos ú otros. Y como no puede ser mortal para la Iglesia, cuya perpetuidad tiene en lo divino la garantía de Dios, que se la ha prometido hasta la consumación de los siglos, y en lo humano el testimonio de la historia, que atestigua que nunca nada ni nadie ha podido contra ella, ha de serlo forzosamente para su enemigos, que caerán vencidos, quebrantados, anonadados en esta su suprema embestida.

Vienen aquí de molde unas antiguas palabras de Pío IX, y decimos antiguas porque datan ya de los primeros años de su actual tribulación. Decía, en efecto, á los Cardenales en 1.° de Julio de 1860: «La tempestad se ha desencadenado; la marejada revolucionaria sube, sube sin cesar, *y subirá todavía; subirá tan alta, causará tantos estragos,* que creyentes é incrédulos se verán obligados á ver en ella la mano de Dios.» Y un año después, en 16 de Febrero de 1861, decía á los predicadores de Cuaresma de las parroquias de Roma: «Hace dos noches que toda la verdad me es conocida. Los que tienen sed de sangre sacerdotal van á quedar saciados; habrá crímenes inauditos. Esta piedra sobre la cual estoy sentado, sufrirá recios embates de hombres que esperan poder destruírla; pero después que la hayan purificado de todas sus escorias, ella los aplastará y aniquilará.»

Preparémonos, pues, y bendigamos á Dios, y aguardemos á pie firme la hora de los supremos combates. Víctimas habrá indudablemente; ¡dichoso quien pueda con su sangre conquistarse tal puesto de honor! Pero caiga quien caiga en la lucha, que no son nuevos en el Cristianismo los Mártires, la Iglesia de Dios triunfará, y una vez más será amordazado el infierno.

Admirable es entre tanto el desfile que ha ordenado el cielo verificasen los enemigos del Papa en presencia del mismo odiado objeto de su persecución. A la vista de todos está. Jóvenes, robustos, vigorosos, pasan heridos de muerte delante de él sus enemigos, y el Papa los mira, los compadece... y se queda. Sigamos orando con fervor y esperando con confianza. ¡Viva Pío IX!

Enero, 1878.

CX.

¡PÍO IX!



oco más de una semana ha transcurrido desde que el telégrafo esparció por la Europa, ocupada como siempre y ahora más que nunca en sus guerras y negocios, la noticia del fallecimiento de nuestro amadísimo Padre y Pastor. Previsto estaba tiempo ha el suceso que hoy absorbe la pública atención; previsto estaba, y la misma Revolución, ansiosa de ver su muerte, nos había familiarizado ya en cierto modo con esta idea, desde que la había tomado tiempo ha por tema preferente de sus oficiosidades. Sin embargo, ¡oh Dios! ¡cuán lejos estaba de igualar la previsión del golpe á la dolorosísima realidad de él! Ocho días han pasado ya, y aun se pregunta el corazón si es verdad ó tan sólo abrumadora pesadilla el acontecimiento que tan hondamente nos preocupa; ¡todavía se cree ilusión eso de que aquel nombre dulcísimo que tantas veces hemos estampado aquí con amor y respeto no sea ya mas que un nombre histórico, añadido á la serie de nombres que forman la cadena de las humanas generaciones! Y no obstante, cierto es; harto lo sabe el corazón dolorido y angustiado de todos los buenos: harto lo dicen el profundo desconsuelo y la temerosa ansiedad que embargan todos los ánimos. Sí; ¡Pio IX el Grande, Pio IX el Santo, Pio IX el Mártir, falleció!

No se oirá ya mas aquella voz potente y nunca esclava de vanos respetos, con que sostenía él solo, él solo, sí, en esa

desdichada Europa, la santa causa de la verdad, de la moral y del derecho, abrumada, ora por las brutalidades del sofisma, ora por las brutalidades de la fuerza. Enmudece ya aquella boca que tanto anheló el infierno ver cerrada, aquella boca que con la dulzura y majestad del Divino Maestro adoctrinaba tantos años ha á los fieles pendientes de sus labios, ávidos de su enseñanza, solícitos en acudir de todas partes á recogerla al pie de su combatida cátedra. Ni se alzará ya más aquella mano bondadosa que pueblos enteros corrieron á besar desde los más remotos países, y que sobre todos extendía él amorosamente desde su cautiverio para bendecirlos á todos.

Falleció, es verdad; pero no se hunde con mayor esplendor y grandeza en su ocaso el sol del más esplendoroso día, de los que ha ostentado Pío IX al transponerse en el ocaso de esta vida miserable, para amanecer en las felices auroras de la eternidad. Enfermo del cuerpo años ha, y agobiada con mortales pesadumbres el alma, ni un instante han desfallecido aquella su heroica virilidad y temple sobrehumano, que le han merecido el respeto de los mismos impíos, ya que no su sumisión y obediencia. La edad y los padecimientos acabaron con su vida, pero su inmortal *Non possumus* queda en pie. Treinta años de revoluciones que tantos tronos han derrocado en Europa, cambiando por completo la faz de ella, treinta años de bravo oleaje, rugiendo desencadenado y revolviéndose furioso á sus pies, no han hecho vacilar su indomable entereza. Sus tres últimos actos más solemnes, realizados en el corto espacio de un mes, bastaran ellos solos para hacer glorioso todo un Pontificado. La protesta contra la coronación de Humberto I, el *Memorandum* dirigido á las potencias europeas anunciando la ruptura de relaciones con el poderosísimo Czar de todas las Rusias, y el establecimiento oficial de la jerarquía católica en Escocia, muestran con qué vigor y firmeza latía aún ese corazón de ochenta y seis años, en el lecho mismo de sus dolores tres semanas antes de morir.

Larga vida le otorgó el cielo, pero ¡cuán rica y aprovechada se la devuelve el glorioso Anciano á su Soberano Dador! La jerarquía católica restablecida en Inglaterra y Holanda, la

doctrina de la Inmaculada Concepción declarada dogma de fe, los Mártires del Japón canonizados, el *Syllabus* y la Encíclica *Quanta cura* lanzados con divina audacia al rostro de la mal llamada civilización moderna y de sus pérfidos é ilusos panegiristas, el Concilio Vaticano inaugurado y continuado en su parte más trascendental á despecho de todas las preocupaciones, la infalibilidad doctrinal del Papado puesta por fin fuera de las discusiones de las escuelas y asegurada con el carácter de verdad definida, ¿qué página hay en la historia como esa página que ocupa toda ella un nombre solo, el nombre del gran Pío IX? Y añadid luego las mil y mil audiencias recibidas de todos los pueblos del mundo y de fieles de toda clase y categoría, las mil y mil Alocuciones y Breves en que desahogó y derramó, por decirlo así, sobre el pueblo todo su corazón de padre y de mentor, las Misiones llevadas durante su reinado á todos los confines del globo cual nunca lo habia logrado el celo infatigable de nuestros misioneros, y tendréis una ligera idea de lo grandioso de ese período histórico que llena y personifica el nombre del gran Pío IX.

¡Ah! ¡Quiera Dios no debamos conocer su importancia por el vacío que deje entre nosotros su muerte tras una tan preciosísima vida! ¡Quiera Dios acceder presto, muy presto, á los votos de la cristiandad otorgándole otra vez Vicario suyo, formado según su corazón, continuador de las gloriosas tradiciones de Pío IX, aunque sea, sí, ¡Dios mío! a trueque de heredar también su patrimonio de amarguras! ¡Válgannos para ello ante el trono del Eterno las súplicas, los gemidos, los merecimientos del Padre que lloramos hoy temporalmente ausente de sus hijos, para saludarle un dia triunfante en el coro dichoso de los Bienaventurados!

Febrero, 1878.

CXI.

EL MILAGRO.


e ha dicho que la Iglesia de Dios sobre la tierra era un milagro continuado. Nunca se ve con mayor claridad lo exacto de esta expresión que en los solemnes momentos que está atravesando nuestra Madre amadísima. Considerémoslo.

Esta al frente de la vasta sociedad católica una dinastía que la gobierna mil ochocientos setenta y ocho años ha. Primera maravilla, porque no hay ni hubo jamás reino ó imperio ó república en el mundo que contase con esta no interrumpida sucesión de príncipes suyos.

Pero esta dinastía no se perpetúa por sistema hereditario, que en lo humano es el que ofrece más sólidas garantías de estabilidad. Pertenece al sistema electivo puro. Y á pesar de que la historia enseña que las monarquías electivas han sido en todas partes las más efímeras por estar ocasionadas á perpetuos disturbios, ésta, con todo, es la más duradera de todas, es la que funciona con mayor regularidad, es la que mejor se sale de todas sus crisis y conflictos. Segunda maravilla.

Mas, obsérvase aquí una particularidad. Las demás dinastías procuran, como condición de mayor firmeza, estar representadas por soberanos jóvenes, en cuyas sienes pueda descansar largos años la corona, y que por lo mismo hagan poco probables los frecuentes interregnos. Aquí, por el contrario, es casi siempre anciano el elegido, motivo por el cual llega á parecer suceso fenomenal el de un reinado que dure

más de treinta años. Es una dinastía de viejos, en la cual se tiene por joven al que no llega á sexagenario. Tercera maravilla.

Hay, empero, otra cosa digna de atención. En las naciones regidas por sistema electivo es notable la agitación que se apodera de los pueblos en cuanto suena la hora de procederse al nombramiento de un sucesor. Divídese en bandos el Estado, pónense en conmoción todos los ánimos, luchan entre sí desatados todos los intereses, y á veces riega la sangre de los ciudadanos el suelo de la patria. Cuarta maravilla. Nada de eso acontece en nuestra singular monarquía. Anúnciase la muerte del Soberano; reúnese tranquilamente el Cuerpo elector; aguardan los vasallos la decisión encomendada á su prudencia, y la reciben luego gozosos, y la acatan y obedecen. Diríase cada vez que no se ha cambiado un Gobierno, sino simplemente un nombre. Y es la verdad.

Podría creerse quizá que esto sucede así porque el tal Gobierno y sus vicisitudes le son poco menos que indiferentes al mundo que le rodea. Con lo cual no es de extrañar funcione con cierta calma este mecanismo; calma hija, no de intrínseco valor que tenga, sino de que no se meten con él los que pudieran ponerle estorbos. Pero no, y ésta es la quinta maravilla. Precisamente este Gobierno es el que tiene contra sí más fieros rencores y más pérfidas asechanzas. Mitad del mundo está á favor de él, y le ama, y le defiende, como ningún soberano en el mundo se vió jamás amado ó defendido. Otra mitad está contra él, y le aborrece, y le combate, como ningún poder se vió jamás aborrecido ó atacado. Y, no obstante, no le hace mella la persecución, ni le entorpece siquiera en sus procedimientos, ni le paraliza en su marcha.

De nuevo está presenciando la historia este curiosísimo fenómeno. Este poder, viejo siempre por su antigüedad y siempre joven porque está constantemente rejuveneciéndose; este poder colosal, inmenso, acaba de pasar por una de sus crisis periódicas. ¿Cómo saldrá de ella? Ya se va viendo por la misericordia de Dios (1). Como salió de las demas. Cual-

(1) Escrito este artículo en vísperas de reunirse el Conclave de 1878.

quier otro poder que éste no fuese, no hubiera pasado á media docena de sucesores, dadas las especialísimas condiciones en que le vemos funcionar, y que, humanamente hablando, le son todas desfavorables. Suponed montada de esta suerte la más culta y morigerada sociedad del universo; no tardará un siglo en caer en la anarquía. ¡Y ese Gobierno nuestro no abarca sólo una nación, sino todas las naciones! ¡Y esa nuestra dinastía reina pacíficamente, no un siglo solo, sino diecinueve siglos! ¡Y tiene aún la osadía de asegurar que reinará hasta la consumación de los siglos!

Los hombres que piden milagros podrían empezar por fijarse en éste, que lo es y lo tienen ahora delante de los ojos. ¿Qué oculta virtud mantiene unido ese cuerpo, cuya armazón mil ochocientos años de vicisitudes no han logrado descomponer? ¿Qué secreta fuerza de cohesión hay aquí que hasta ahora no se ha podido encontrar en los demás sistemas políticos, aun en los de formas mas estudiadas y perfectas? ¿Por qué mueren siempre Papas y brotan siempre otros nuevos, á pesar de que Nerón en el primer siglo quiso ya cortar esa cadena matando al que fué su primer eslabón, y otros hoy anhelan quede cortada en Pio IX, á pesar de lo cual con asombro suyo la ve á sus mismos ojos reanudarse? ¿Qué nombre dais, oh sabios diplomaticos, oh profundos estadistas, á ese juego de misteriosos resortes que da de sí tales resultados? Porque si queréis sea intriga, nos parece demasiado pequeño el entendimiento humano para combinarla tan grande: si os parece mejor llamarla ilusión, no creemos fueran tan tontos diecinueve siglos para no caer en la cuenta de ella. Vivimos mil ochocientos setenta y ocho años ha; vivimos muriendo siempre y siempre renaciendo. Vivimos, y no á gusto de todo el mundo; porque, desde el principio, nuestro vivir fué luchar. ¿Cómo se han de llamar, pues, este vivir, y este luchar, y este fallecer siempre, y este andar siempre rejuveneciéndonos? ¿Cómo se han de llamar estas rarezas y singularidades católicas, sino el milagro, el milagro por excelencia, el milagro permanente de Dios?

Febrero, 1878.

CXII.

TU ES PETRUS!

Un nombre más se acaba de añadir á la serie augusta de nombres que desde Cristo acá llenan la historia de la Iglesia.

León XIII se sienta hoy en la silla de Pío IX el Grande, como éste se sentó en la de Gregorio XVI, y éste en la de León XII, y éste en la de Pío VIII, y como otros cien y cien se han sentado en ella desde que la ocupó Pedro el pescador, y otros cien y cien se sentarán en la misma hasta que con el final juicio se cierre tan maravillosa é imperecedera dinastía.

¿Hay en la inmensa variedad de las cosas humanas alguna que á ésa siquiera de lejos se asemeje? No, porque, como decíamos en el artículo anterior, ésta pertenece á todas luces al orden puro y exclusivo de las maravillas divinas. Es éste, entre todos, el signo más visible de la intervención real y directa y especialísima de Dios en las cosas de su Iglesia. La fe nos enseña que el Papado es su augusta representación sobre la tierra. Mas, aunque la fe no lo enseñase, parécenos que la razón sola le adivinaría ó por lo menos le vislumbraría este divino carácter, con sólo fijarse en el aspecto verdaderamente fenomenal y extranatural que ofrece todo lo que á él se refiere.

Después de esto, no sabemos si es más bien risa ó compasión lo que nos causan esos desdichados revolucionarios,

que ante el esplendor y majestad de tales maravillas no saben mas que entregarse á cálculos y conjeturas mezquinas sobre si el Papa de hoy será más intransigente que el de ayer ó más conciliador, y otras sandeces y niñerías de este jaez. ¡Insensatos! ¡Menguados! ¡Miopes, por no decir ciegos de espantosa ceguera! ¡Queréis aplicar á ese orden de procedimientos del todo divinos el criterio ruín y de cortos alcances que os guía á vuestras apreciaciones groseramente humanas! El Papa, conciliador ó intransigente, moderado ó radical, ha de ser siempre Papa, y eso le basta para que sea vuestro tormento. Blando ó recio de condición; inflexible ó dúctil en sus trazas; marchando siempre de frente por su derrotero por encima los escollos, ó sorteandolos con habilidad, gracias á ingeniosas y prudentes viradas; tronando severo como juez, ó amonestando benigno como padre, ó gimiendo dolorido como víctima; el Papa es el vigía de Dios para conoceros, es la voz de Dios para condenaros, es el poder de Dios para en su día rendiros. ¿Qué os han de importar, pues, las condiciones meramente personales de este poder, en el cual lo de menos es la persona?

Nada de eso nos tiene en la menor alarma por lo que toca á los de nuestro campo. El católico venera en el Papa la autoridad de una institución, no el prestigio más ó menos fundado de un nombre. Comprendemos que la palabra León XIII no suene hoy todavía tan dulce á los oídos ni al corazón como la palabra Pio IX el Grande. La larga duración del último Pontificado, que muchos de nosotros empezamos á conocer cuando entramos en la vida, nos había hecho tan familiares el nombre del anciano Pastor y sus hechos y hasta su fisonomía, como el nombre, los hechos y la fisonomía de nuestros más íntimos deudos y amigos. Los que por vez primera le vimos en el Vaticano hace dos años, ninguna sorpresa experimentamos por lo que toca á sus facciones. Las teníamos muchos años ha conocidas. No es, por consiguiente, de extrañar que el nuevo Papa se les haga como forastero á los que en eso se dejan llevar, más que de otra influencia alguna, de las impresiones sensibles. Sin embargo, no hay católico alguno de veras que haga estribar en tan flaco cimiento el edificio de su fe y de su adhesión á la

Cátedra augusta é infalible de la verdad. Los impíos que otra cosa crean, llevarán en eso, como en todo, su desengaño. Por León XIII se rogará, y se irá en romería y se dará limosna, como se hizo por su llorado antecesor. El nombre de León XIII hará palpitar los corazones, saltar de los ojos las lágrimas, estremecer de júbilo á los buenos en sus fechas de gala, lanzar rugidos de rabia á los malos cada vez que se encuentren con su *Non possumus* como valladar insuperable á sus embestidas. Grito de guerra será en los actuales combates, voz de aliento en los días lúgubres que nos depare la Providencia, iris de esperanza en medio de la tempestad, blanco de contradicción y de mortal encarnizamiento para todos los enemigos de Dios, de la Iglesia y de la sociedad. El Papa es más que una persona, es una personificación. La persona muere y varía: la personificación es inmortal é inmutable como Dios. Pedro puesto por Cristo al timón de su Iglesia, no lo ha soltado aún de sus manos, porque manos suyas fueron las de doscientos cincuenta y tantos Pontífices que mediaron entre él y éste que personifica hoy su gloriosa autoridad.

Tu es Petrus! Sí, ¡tú eres Pedro! Llámenme los hombres Pío, León, Sixto, Gregorio, Juan, Inocencio, Cleto ó Marcelino, tú eres Pedro, y por ser Pedro eres la piedra en que fundó Dios su Iglesia. Eres Pedro, y lo que desates en la tierra desatado quedará en el cielo, y lo que ligues en la tierra, en el cielo ligado quedará.

¡A Pedro, pues, que habla hoy y manda por boca de nuestro esclarecido Padre y Pastor León XIII, absoluta sumisión, fidelidad sin límites, entera obediencia, entrañable amor!

Marzo, 1878.

CXIII.

¡ALERTA OTRA VEZ!

E nuevo nos vemos obligados á llamar la atención de nuestros amigos sobre lo prevenidos que deben estar contra toda noticia que les venga del campo revolucionario y católico-liberal ó por medio de sus agentes en lo que se refiere á las cosas de la Iglesia y á los actos de su supremo Pastor. Hay de parte de las sectas un empeño formal en extraviar y desorientar la opinión pública respecto á eso. Anhela el infierno ver rotos los lazos tan íntimos y estrechos que unen al pueblo cristiano con el Papado, y para eso despliegan sus satélites los periodistas y telegrafistas de aquellas escuelas una estrategia verdaderamente diabólica. Saben el efecto que causa en la multitud impresionable un simple telegrama, y lo inventan ó lo modifican conforme les conviene á sus bastardos planes. Si conocen que una alabanza suya puede hacer sospechoso á los débiles un acto cualquiera del Pontificado, alabarán como Angeles del cielo y pondrán hasta las nubes lo que se les antoje. Si creen que les ha de salir más á cuenta la calumnia y el insulto, calumniarán é insultarán como energúmenos. El secreto tejemaneje del periodismo anticatólico no lo conocen muchos candidos. El periodismo sectario obra casi siempre guiado por consigna. Cuando le parece al misterioso director de orquesta que conviene á sus planes desautorizar con el aplauso, hace circular

la consigna de alabar, y rompen en unísono panegírico todos esos órganos *independientes*. Cuando, al revés, se decreta la difamación, hácese circular el tema del escándalo, y brota de repente de todos los ángulos de Europa el *tolle tolle* de la plebe de Jerusalén. La historia de Pío IX el Grande ofrece de sobras ejemplos admirables de todo eso.

La mas trivial prudencia aconseja en tiempos de guerra las siguientes reglas: No fiarse nunca de los partes de batalla dados por el enemigo. Tener por sospechosa toda noticia de movimientos estratégicos que se dé por los jefes del ejército contrario. Nunca dejarse llevar de la primera impresión de las cosas.

Aplicando estas máximas á nuestra guerra actual, ya que en guerra á muerte andamos y hemos de andar siempre católicos y revolucionarios, hemos de tener por norma segura, nunca fiarnos de noticia de cosas católicas que nos den los revolucionarios; nunca tomar por lo serio sus conjeturas, que por lo regular no son más que malos deseos; nunca impresionarse por noticia buena ó mala que ellos den, porque claro está que si una mentira les conviene para causar en momentos dados una impresión, no vacilarán en echarla al mercado.

Hay en la terminología política de nuestros dias una frase muy gabacha, pero muy expresiva, y es la de *hacer atmósfera*. Pues bien. Casi siempre lo que se procura por medio de la prensa noticiera es *hacer atmósfera*. ¿Se desea que tal ó cual noticia cunda, que cierto asunto se mire únicamente bajo éste ó aquel aspecto, que un nombre ó un acto sean bien ó mal interpretados, que una palabra, un discurso, sean recibidos con frialdad ó con real y aparente entusiasmo? Aquí de los encargados de hacer atmósfera. La hacen en ocho dias por medio de sus correspondencias, artículos, telegramas y gacetillas, y cuando la tienen hecha y envenenada á su gusto, la respiran como sana y limpia todos los pulmones, ó por lo menos los que no han sabido prevenirse para el caso. Nadie ignora hoy el poderosísimo influjo de estas atmósferas ficticias y postizas. Han bastado ellas solas para producir tremendas catastrofes y revoluciones que la fuerza sola no hubiera podido realizar.

Nuestro criterio con respecto á la prensa impía por lo que toca á cosas y personas católicas es en menos palabras el siguiente: ¿Rabia, insulta y maldice? nos alegramos de veras, porque claro está que no le salen bien entonces sus negocios á Satanás. ¿Alaba, aplaude y palmotea nuestras cosas y personas? nos echamos entonces á reir á carcajada tendida, como jugador que le ha conocido el juego á su rival.

De estas *reglas de bien vivir* creemos sacarán no poco provecho nuestros amigos en los presentes días.

Marzo, 1878.

CXIV.

IRSE AL GRANO.

o es esto, por ventura, lo que importa en toda obra seria que se emprenda, pero muy principalmente en las de propaganda religiosa? ¿Por qué, pues, hay tan á menudo quien, en vez de irse al grano, se anda por las ramas, malgastando el tiempo y la actividad, desprestigiándose á sí propio y á su causa con la ineficacia de sus esfuerzos, y dando á propios y á extraños ocasión, quizá alguna vez de escándalo, pero siempre por lo menos de desaliento?

Estas preguntas nos hemos hecho mil veces, con ocasión de ciertos trabajos en que hemos visto deliciosamente entretenidos (no hallamos mejor palabra) á muchos de nuestros compañeros de armas en el santo combate de la fe. Pegósele del general contagio del siglo á ciertas Sociedades católicas, por otra parte apreciabilísimas, un cierto prurito de perorar y discutir y parlamentear, creyendo no pocos inocentes haber hecho algo cuando tras brillantes discursos se hundía a bravos y palmadas el salón, ó cuando aparecían los extractos de las sesiones en los periódicos de la localidad. Parlamentarismo puro, es decir, pura comedia, mera ilusión de teatro. No salvarán al mundo los pomposos discursos, ni las levantadas discusiones, ni el pedir la palabra, ni el rectificar, ni el resumir el debate, ni otra cualquiera de esas pamplinas que hace más de cuarenta años el liberal Meso-

nero Romanos apellidó con tanta dureza como propiedad *costumbres charlamentarias.* El pecado de la lengua ha extraviado al mundo actual, y creemos que no se le ha de volver á camino lisonjeando este su pueril apetito de hablar por los codos. Ni creemos se deba enseñar á la juventud la palabrería moderna, de la cual tiene á la vista á todas horas sobrados modelos. Falta más quien bien obre que quien soberbiamente hable. Una generación católicamente práctica necesitamos, más que una generación (aun católicamente) elocuente. Porque sin contar con el peligro de que la elocuencia no llegue á tal, sino que se quede en mera locuacidad, nunca olvidaremos aquella frase de *La Imitación de Cristo,* que parece perogrullada y es sentencia de profundísima filosofía: *Quid sunt verba nisi verba?* «¿Qué son al fin las palabras mas que palabras?»

No se crea por esto que neguemos toda importancia al uso recto y acomodado de la palabra. ¿Cómo podría ser tal nuestra intención, viviendo como vivimos principalmente consagrados al ministerio de la palabra, como quiera que, aunque indignos, somos al fin, poco ó mucho periodistas? No aborrecemos la palabra, antes la amamos, como ama el soldado el arma especial de su instituto. Aborrecemos, sí, de muerte la palabrería, que es cosa enteramente opuesta. La palabra debe tener siempre en estos trabajos un fin esencialmente práctico. Déjese para las escuelas y Academias científicas la discusión de abstrusos ó brillantes temas especulativos: para el propagandista católico el principal objetivo es obrar, y á él debe dirigir con preferencia sus discursos. Buenas son las buenas teorías, pero lo eficaz y salvador son las buenas obras. Haga ostentoso alarde de sus cualidades de retórico y de poeta el que sepa de eso, cuando en días de gala se trate, no de combatir, sino simplemente de solazarse y de manifestar regocijo. La peroración puede figurar entonces en el concierto como otra de las piezas musicales de él, para embeleso del oído y entusiasmo del corazón, ó como vistoso ramillete de fuegos de artificio, alegría de los ojos y espléndido fin de fiesta. El guerrero más adusto, entre combate y combate, no desdeña sacar también alguna vez la espada ó romper una lanza como muestra de gentileza y

gallardía en obsequio de su dama ó de su rey. Pero cuando se trata de luchar en campo serio, y no en justas y torneos, otro es el uso que hace de sus armas el que sabe que es soldado de veras.

Las principales Sociedades católicas de Cataluña nos han recordado con su actitud en estos últimos tiempos estas verdades, que nosotros quisiéramos prevaleciesen en los demás Centros análogos de nuestra patria. La Juventud Católica catalana, desde su reorganización, ha dado más importancia aún que antes á esta idea, que pudiera sintetizarse en esta fórmula: Obrar mucho en vez de mucho hablar. Y consecuente á ella, se la ha visto en procesiones, jubileos, romerías, comuniones, y sobre todo en el sin ponderación magnífico *Vía Crucis* del último Viernes Santo, por ella organizado, y tan oportunamente secundado por los fervorosos individuos de la *Reparadora* y de la *Asociación de Católicos*. Esta última Sociedad ha entrado también de lleno en este camino con sus devotas funciones de Jueves y Viernes Santo, y hoy con su devotísimo y nunca bastante recomendado *Mes de María*. Y fuera de Cataluña un periódico madrileño, entre los demas valerosísimos hermanos del periodismo católico, desde su feliz aparición en el campo de la polémica, donde tantos triunfos alcanza cada dia, ha procurado hacer resaltar siempre este carácter práctico de su propaganda, por medio de sus exposiciones, adhesiones, letanías, fiesta de San José, y sobre todo por la memorable peregrinación de Octubre de 1876, debida principalmente á su poderosísimo empuje.

Obrar, obrar, éste debe ser nuestro lema y el constante objeto de nuestros esfuerzos. Obre de esta suerte todo el que hasta hoy se haya contentado con hablar, y de seguro no tardaremos en ver los resultados. Tiene una obra buena muchísima mayor fuerza de persuasión que los más elocuentes discursos. Doscientos hombres que rezan ó comulgan ú oyen Misa juntos á la faz de todo un pueblo ó indiferente ó desfavorablemente prevenido, hieren y vencen más corazones que doscientas frases del mejor de los trabajos literarios. Aparte de que, hablar bien ó discurrir profunda y luminosamente sobre un tema dado, puédenlo hacer pocos,

y no muchos entenderlo. Hacer en público las obras sencillas de piedad puédenlo todos, y pueden todos aprovecharlo.

La *Revista Popular*, en quien habrán podido observar sus lectores ocho años hace este constante espíritu práctico, que fué la primera condición de su existencia, no podía, no debía dejar pasar la ocasión de enviar sus humildes plácemes á las referidas Asociaciones católicas por la marcha tan resueltamente emprendida en este sentido, animándolas á no desalentarse en ella, sean cuales fueren las contrariedades, y proponiéndolas á todos los demás Centros de propaganda de España como modelos que nunca, nunca nos cansaremos de recomendar.

Mayo, 1878.

CXV.

EL FANTASMA.



i, señor, el fantasma, pero no fantástico, aunque parezca contradictoria la expresión, sino muy de carne y hueso, muy real y muy efectivo, es el Socialismo, contra el cual se dan prisa á armarse los Gobiernos de Europa en los presentes dias del año de gracia de mil ochocientos setenta y ocho.

Y advierto de paso á mis lectores (y también al señor fiscal, vamos al decir), que aunque he nombrado los Gobiernos, no voy á hacer ni deshacer política en este mi sencillo articulejo. Allá se las hayan con esta señora los que de ella necesiten ocuparse por conveniencia ó por deber. No es de éstos la *Revista Popular*. Mi artículo va á ser puro y exclusivamente de Religión como todos, y aquí paz y después gloria.

Porque, díganme sino, ¿qué es eso del Socialismo que tan atortolados trae á gobernantes y diplomáticos desde la famosa perdigonada que disparó no ha muchos días el socialista Nobiling contra el Emperador alemán?

A mí me parece que en buena y exacta fórmula es ni más ni menos que la antítesis, la antípoda, lo contrario (para hablar por fin sin términos grecolatinos) de aquello tan negro y tan feo y espeluznante que se dice por ahí en periódicos y discursos «Ultramontanismo.»

Ni más ni menos; ni menos ni más: Ultramontanismo que se llama por otros nombres Pío IX ó León XIII; Socialismo cuya personificación visible y tangible han sido en estas últimas semanas Haedel y Nobiling. Ultramontanismo y Socialismo que se disputan hoy día el dominio del mundo, el uno en nombre de Dios, y el otro en nombre del diablo, estrechando cada día más las distancias de ese tremendo combate que se llama la cuestión social.

No se sale del primero sin que directamente por rápida ó por suave pendiente se llegue al segundo. Ni hay medio de salir ó evadirse del segundo sino volviendo atrás, atrás, muy atrás, hasta plantarse resueltamente y de lleno en el primero.

Más claro aún y más breve: Ultramontanismo es la organización social con Dios: Socialismo es la pretendida, imposible organización social sin Dios.

Pero entendámonos. Con Dios significa con Jesucristo y su Iglesia y el Papa y la legislación exclusivamente católica y la enseñanza ídem ídem, y todo lo demás que maldice y anatematiza cada día la Revolución con el otro tan manoseado apodo de teocracia.

Y decimos que todo esto va incluso en la fórmula «sociedad con Dios,» porque sociedad que pretende contar con Dios, sin darle al Catolicismo toda la dirección de ella, no quiere á Dios de veras; no le quiere más que como figura retórica para darse un cierto aire conservador, pero nada más. No lo quiere como columna del edificio, ni como viga maestra de él, ni siquiera como estribo ó pared en que apoyarlo; quiérelo únicamente como detalle de ornamentación correspondiente á cierto orden arquitectónico de cosas, mero emblema decorativo, y pare V. de contar. La mayor parte de las sociedades actuales, en su organización oficial, tienen á Dios de este modo. Y claro está que tener así á Dios únicamente como mueble de lujo, no les sirve á las sociedades de hoy para maldita la cosa.

«Sin Dios» significa eso mismo, pero en toda su crudeza y brutalidad. El Socialismo, armándose de lógica, aun más que de rewólver y puñal, dice clara y resueltamente por órgano de sus clubs y periódicos: «Entre tener á Dios como

mera figura decorativa ó quitarle de en medio como inútil y embarazosa antigualla, parece esto último lo más expedito. Ya que no ha de ser Dios el alma de la legislación y de las costumbres, quitaos de una vez ¡oh reaccionarios! esa máscara hipócrita de que os servís únicamente para daros cierta respetabilidad. Decidlo claramente como nosotros: ¡Abajo Dios! Y á vuelta de ese grito, lanzad el otro que es su consecuencia natural: ¡Viva el hombre! ¿Y qué hombre? Claro está que debe ser el que más pueda por la fuerza de sus puños. Todo otro privilegio de superioridad carece de razón de ser, descartada la idea de Dios. ¿Y quién puede más? ¡Toma! El que pertenece á clase más numerosa y más pueda en un día dado contar con ella.» Y he aquí como estamos tan sencillamente en el Socialismo franco y neto, que no obstante, ¡oh ceguedad! tan inexplicable les parece á ciertos sabios de hoy.

Selgas lo ha dicho en otro artículo mil veces mejor, y me ahorra más amplias explicaciones. Léalo quien quisiere saber de dónde nació el Socialismo ó la Internacional (que lo mismo da), y quiénes le ayudaron hasta aquí y le ayudan hoy día y acabarán de hacer que sea al fin ¡justos juicios de Dios! la gran expiación del siglo presente y de sus espantosas iniquidades.

Vuelvo á mi primera idea. ¿Qué es el Socialismo? Lo contrario exactamente del Ultramontanismo. ¿Qué es el Ultramontanismo? Lo contrario exactamente del Socialismo. De ahí no se sale.

Sencillo es el problema, puesto que no tiene más que dos términos. ¡Ah! Por desgracia esta misma sencillez suya, este mismo no tener más que dos salidas, sí ó no, como no tiene otras al fin todo problema lógicamente planteado, eso mismo le hace insoluble para la generación de hoy, á la cual ¡menguada! tanto aterra la franqueza de un verdadero *sí*, como la franqueza de un verdadero *no*.

¡Con Dios ó sin Dios! ¡Pero con Diós, de veras; ó sin Dios, de veras! ¿Por cual de estos extremos se resuelve hoy la Europa amenazada? La cosa urge, los acontecimientos se precipitan, los chispazos de hoy anuncian la conflagración de mañana. Pero calma. No se alarmen Vds. Ya verán como

conferencian los diplomáticos, y deliberan los Parlamentos, y discuten los periódicos, y al fin... se le halla al apretado dilema un término medio decoroso para seguir tirando, tirando unos cuantos días más, y alargarle á la sociedad enferma su crisis y su agonía. Pero ya verán también como el día menos pensado nos da un susto de los serios el fantasma, y plantea por un momento en el mundo desquiciado sus terribles conclusiones.

Para nuestro castigo será, y cierto muy merecido. ¡Sea también, como firmemente creemos, ¡loado sea Dios! para nuestro remedio!

Junio, 1878.

CXVI.

¡VENCISTE, ULTRAMONTANO!


QUEL gran canciller de Alemania, Bismark, á quien siquiera de oídas tendrán Vds. sobradamente conocido, cosa sabida es que pareció echado al mundo en nuestros días para ser en él la encarnación más exacta y completa de la Revolución en su lucha á muerte contra el Catolicismo. Ministro poco menos que omnipotente en una nación orgullosa con repetidas victorias; dueño de la confianza de un Emperador en cuerpo y alma entregado á sus consejos, y de un pueblo fascinado por su genio, indudablemente extraordinario, creía el gran perseguidor, con más apariencia de razón de lo que han creído otros mil en la historia, poder entablar con el Catolicismo, en nuestros días tan agobiado de enemigos, el último y decisivo combate, y fundar sobre sus ruínas la preponderancia de su orgullo personal, de su nación y de su falsa secta. Parlamentos complacientes le hicieron leyes *ad hoc* estudiadas y redactadas para ahogar al Catolicismo en su patria. Cómo las supo aplicar el nuevo Juliano nos lo muestran las numerosísimas ilustres víctimas que lanzó su mano á la cárcel ó al destierro, las innumerables Asociaciones é Institutos que disolvió, y el estrago y perturbación llevados por su iracunda política á la organización jerárquica de la Iglesia católica alemana. Hizo además todo lo que le fué humanamente posible para introducir en el

campo de los fieles el cisma y la deserción. Convidó con dinero y honores á la apostasía, y protegió con todo su poderío la ridícula secta de los llamados viejos católicos, con que quiso contestar en cierto modo á la majestad del Concilio. No contento con esa guerra tenaz á la Iglesia católica en sus Estados, fué el alma de toda la conspiración europea contra ella, y en todas partes, en España como en Italia, en Suiza como en Francia, en Austria y Holanda como en Inglaterra y Portugal, el Masonismo reconocía por su inspirador, por su jefe y por su brazo á Bismark. En Roma por medio del Gobierno italiano, esclavo humilde de tal amo, dictaba leyes análogas á las de Prusia, y se constituía por sí propio en alcaide y llavero mayor de la augusta carcel vaticana. La Revolución palmoteaba gozosa; Bismark se había declarado acérrimo enemigo del Catolicismo, y Bismark era, en los presentes días, el árbitro absoluto de la política general. El Catolicismo, pues, humanamente hablando, no podía resistir, y en todas partes debía gemir, y de hecho gimió bajo las botas ferradas del gran Canciller.

Pío IX, de santa memoria, habló... como hablaron siempre los grandes Papas á los grandes tiranos. Pío IX habló y profetizó la ruina de la obra del gigante, comparandole en uno de sus discursos á la estatua bíblica de los pies de barro. La Revolución rió, como suele, á carcajada suelta. Los buenos católicos oraron y esperaron, seguros de que Dios y el tiempo, que es su ministro, les habían de dar la razón.

Pues bien. Murió Pío IX, porque estaba de Dios que el gran Mártir del presente siglo muriese con la corona de espinas. Pero el Mártir legaba á su Sucesor el consuelo de ver realizadas sus predicciones. León XIII subió al trono pontificio, y aun no transcurrido el primer año después de su maravillosa elección, ya lo veis, el gigante de los pies de barro vaticinado por el gran Pío se siente bambolear, y presintiendo su caída... pide pronto y eficaz auxilio á los mismos á quienes había jurado aplastar.

Contemplemos la magnitud de este hecho que no pasma, porque no sabemos ya qué cosas pueden tener el privilegio de pasmar en este siglo de tan pasmosas peripecias.

Bismark, al compás de sus odiosas persecuciones contra el Catolicismo, siente crecer en sus pueblos el Socialismo, á quien destina Dios para vengador misterioso de éste y para castigo inexorable de aquél. Cada nuevas elecciones le dan pruebas más patentes de este desarrollo del monstruo. La prensa de todos los países va consignando ese extraño fenómeno; los publicistas católicos empiezan á vislumbrar en él un instrumento de los tremendos juícios de Dios sobre la política perseguidora. Todos lo ven; sólo Bismark en la ceguedad de su orgullo no lo advierte. Hasta que un día el enemigo subterráneo que criaba Prusia en sus entrañas pone en manos de uno de sus adeptos una carabina, y en esta carabina unas docenas de perdigones, y estos perdigones en el cuerpo de S. M. imperial, que sale del lance sangriento y maltrecho, pero enseñado. Y entonces... nuevos horizontes se abren á los ojos del gran Emperador y de su ministro; la perdigonada feroz de Nobiling le habla con mayor elocuencia que los mansos discursos ó las tremendas invectivas del Vaticano. Y de repente se vuelve á hablar de Dios, y de Religión, y de moral pública en aquellas regiones oficiales, donde sólo se trabajaba para arrancar del corazón de los pueblos estas santas verdades, y se dirigen luego los ojos al odiado Pontífice, y se propone primero una tregua y luego una reconciliación, y hoy por hoy, moralmente hablando, contempla el mundo á Bismark á las plantas de León XIII. Es la verdaderísima verdad; porque León XIII no ha pedido para nada auxilio al prusiano, sino que es el prusiano quien á corre prisa le está pidiendo su intervención y socorro al oprimido Pastor.

¡Venciste, Galileo! es la exclamación rabiosa de un perseguidor antiguo. Bien se puede traducir por ¡venciste, ultramontano! que podemos poner en boca de cualquiera de los perseguidores de hoy. Ni de Guillermo de Prusia ni de Bismark se sabe que se hayan convertido al Catolicismo: eso, que para sus almas fuera lo mas ventajoso, avaloraria menos su actitud presente para con la Iglesia de Dios. Siguiendo protestantes y enemigos del Catolicismo, necesitan de él, y le llaman á voz en cuello, y le piden vaya á poner paz, orden y concierto á su agitada sociedad. Es éste el Sedán com-

pleto de la Prusia revolucionaria á los pies del Ultramontanismo, del Sedán completo de la Prusia, mucho más humillante que el que recuerdan con vergüenza en sus anales las armas francesas. No es extraño. A la Francia la humilló con la superioridad de sus ejércitos la Prusia. A la Prusia está humillándola sin ejércitos y á pesar de los suyos la mano visible de Dios. No hay aquí sino la intervención divina tan patente, que á nadie que tenga ojos en la cara le consiente dudar.

Los elefantes de un poderosísimo ejército de la antigüedad los venció Dios enviando mosquitos que, introduciéndose en sus trompas y alborotándolos, introdujeran el desorden en las filas y ocasionaran la derrota. A los cañones de Bismark ha contestado Dios con los perdigones de Nobiling, que han venido á desempeñar en las narices del moderno elefante el papel de los antiguos despreciables mosquitillos. Allá se van unas cosas con otras, que para tales salidas sabido es que se pinta sólo Dios. El *Kulturkampf* (que así llamaron con endiablada palabra á la bandera de persecución levantada por Bismark contra el Catolicismo), yace hoy desacreditado á los pies del negro y aborrecido pendón ultramontano. No sabemos aún lo que darán de sí en último resultado las negociaciones, hoy día pendientes, entre Prusia y el Vaticano, pero el solo hecho de haberlas iniciado Bismark y pedídolas con repetidas instancias, es para su víctima de ayer el más brillante triunfo. Hoy por hoy la victoria moral es ya nuestra. ¿Si será ésta, por fin, la aurora de los que en sus últimos años vislumbraba y predecía con tanta seguridad el gran Pío IX?

Septiembre, 1878.

CXVII.

¡SIN DIOS!



IGÁMOSLO de una vez claro y sin rodeos. Lo que pretende el mundo actual es sencillamente pasarse sin Dios. Los diferentes grados del Liberalismo manso no son sino diferentes modos de apreciar el mínimum posible de derecho divino que debe concederse á la organización social: el Liberalismo absoluto y radical no es sino la radical y absoluta supresión de este derecho divino. ¡Sin Dios! es, pues, la fórmula más expresiva de la moderna sociología: Estado sin Dios, leyes sin Dios, justicia sin Dios, moral sin Dios, beneficencia sin Dios, familia sin Dios, enseñanza sin Dios, secularización en todo, es decir, ateísmo en todo, aunque la crudeza de esta última palabra se atenúe y suavice con la hipocresía de aquella otra en apariencia menos brutal.

Y á tal punto ha llegado el delirio de esta moda, que hombres al parecer rectos y honrados y de cierto buen sentido moral en lo que atañe á sus asuntos particulares, no dudan profesar y practicar en lo que se refiere á los públicos y sociales esta horrible doctrina, como si la negación satánica de Dios fuera menos absurda y menos criminal en un orden que en otro, ó como si en todos no fuesen igualmente desastrosos sus resultados. Con calificar de *teocracia* á cualquier sistema de gobierno y legislación en que entre para algo la idea sobrenatural, no se necesita ya más para que quede proscrito y anatematizado el tal sistema, indigno

ante las luces del siglo hasta de que se le concedan los honores de la discusión y de la escuela. Y no obstante, es cierto que no cabe término medio entre sociedad teocrática (entendida en su recto sentido esta palabra) y sociedad atea; como no cabe término medio entre el *sí* y el *no* en buena filosofía. Y de Dios y según Dios, ha de ser el orden social, sopena de que sea del diablo y según el diablo, tanto cuanto de Aquel se pretenda declarar independiente y emancipado. Más aún; ni humanamente siquiera es posible institución alguna social sin esta precisa base y regulador de la noción de Dios, sin la cual todo vive al aire ó mejor agoniza y muere todo, como árbol agostado y marchito por falta de su raíz y savia indispensables. Es, pues, no solamente antisobrenatural y anticatólico el Liberalismo, sino que es también antinatural y antihumano. Si á pesar de él viven hoy (como viven ya lo vemos) las modernas sociedades, es ó porque se nutren todavía de un resto de ideas antiguas, de que no le ha sido posible todavía desprenderse en un momento al pueblo más revolucionario, ó porque en la práctica no son los principios verdaderamente liberales los que rigen, aunque en los códigos estén escritos, sino que por una feliz inconsecuencia prevalecen en las costumbres sus opuestos. Que, dada la plenitud y leal é íntegra aplicación de dichos absurdos principios en el derecho público, fuera materialmente imposible la vida social, aun en su forma más grosera y rudimentaria, no ya solamente en la muy culta y adelantada de que tanto blasonamos hoy día.

He aquí lo que nos parece oportuno exponer y demostrar en una serie de articulitos que, como nuestros, habrán de ser por fuerza no de profunda investigación metafísica, no de trascendental alcance sociológico, sino pura y simplemente de buen sentido popular, que al fin ya se sabe que ni á más alcanzamos ni solemos meternos por lo común en más hondas filosofías. En este terreno se ha hecho la mayor propaganda del mal; en éste es de ley se procure más que en otro alguno la propaganda del bien.

Al adversario á quien preferentemente nos dirigimos haríanle de seguro poquísima fuerza los argumentos de autoridad, bien fuese ésta divina, bien humana. Excusamos por tanto entrar en materia con los sabidos textos de antiguos filósofos y oradores sobre la necesidad de la Religión en los Estados, y no aducimos una vez más aquel tan manoseado de Cicerón, según el cual es más facil edificar una ciudad en el aire que organizar sin base religiosa una sociedad. Ni seríamos tampoco afortunados ante el Racionalismo ofreciéndole testimonios de las Sagradas Letras ó de los Santos Padres ó la novísima doctrina del *Syllabus* sobre este particular. Hemos, pues, de limitarnos á lo que no pueden recusar ni rehuir nuestros apasionados contradictores: el mero y frío dictamen de la razón, que de continuo invocan, y aun quizá mejor, el del simple buen sentido.

No nos han de negar, así al menos se nos figura, que la sociedad civil es algo más que una confusa aglomeración ó agregado informe de individuos, más ó menos cultos ó atrasados. La sociedad civil es algo organizado y regularizado y armónico, donde hay un vínculo común que une, y una aspiración común que dirige, y unas comunes relaciones de derecho y de deber que á todos abrazan. Eso común á todos y juntamente peculiar á cada uno, ha de ser necesariamente de un orden superior, para que á todos obligue y á todos mantenga en su respectiva esfera de acción. De no ser así, el más astuto fuera el explotador indispensable del más cándido, el más fuerte del más débil, el más rico ó poderoso del más pobre ó abatido; desapareciendo, en consecuencia, la idea fundamental de la comunidad de derechos y deberes, comunidad que es la primera condición del organismo social. Mas claro. Para dar ley y estabilidad á todos los hombres, se necesita algo superior al hombre. Las nociones, aun humanas, de derecho y de deber, no pueden sostenerse más que sobre otra noción que no sea humana; si han de producir sobre el confuso y discrepante torbellino de las pasiones su influencia directiva y coercitiva. Imposición meramente humana, sea de orden tan elevado como se quiera,

tiene su natural y lógico empate en el *no quiero* de cualquier otro elemento humano, tan brutal y tan poco razonable como se le quiera suponer. De hombre á hombre va cero, proclama un dicho vulgar, y el que aspire á ser algo sobre los hombres preciso es que se funde en algo de un orden superior á todos ellos. El derecho humano de mandar es netamente un absurdo, contra el cual se levanta con todo el poder de la lógica el otro derecho, más humano aun, de no obedecer sino de hacer cada cual su voluntad propia. Si no existe, pues, reconocida entre los hombres y sobre todos ellos una noción más alta que la meramente humana, es imposible justificar en modo alguno el hecho de que haya un ciudadano que venga obligado con respecto á otro ciudadano á sujeción y obediencia.

Apremiada y estrechada por ese rigorismo de la lógica la política atea ó liberal, ideó el voto de los más, como supremo criterio social en lugar del derecho divino que declaró para siempre caducado. Según el Liberalismo, la sociedad se instituyó y funciona aún hoy en virtud de un pacto más ó menos explícito, por el cual se convino en que sería razón y sería justicia, y por tanto sería ley, lo que el número mayor de los ciudadanos juzgase serlo ó resolviese que lo fuera, por sí ó por medio de sus autorizados representantes. Este es el famoso criterio de las mayorías ó del sufragio universal, criterio que en el moderno Liberalismo ocupa el lugar de Dios, y que por una ficción legal es reputado omnipotente, infalible é inviolable.

Cuán monstruoso sea este nuevo derecho social humano, contrapuesto y substituído al antiguo derecho social divino, se comprenderá al punto, como desapasionadamente y sin prevenciones se le considere. Es simplemente la fuerza numérica, no siempre la más inteligente y racional, oprimiendo y aplastando á cuanto á ella se oponga, aunque sea lo más digno y justificado. Es la filosofía vuelta al revés, ya que, según experiencia, son menos los honestos que los viciosos, menos los sensatos que los desvariados, menos los juiciosos que los de juicio baladí, menos los inteligentes que los necios y botarates; y en este singular sistema social se supone que los más son los ilustrados, los mas son los

rectos y justicieros, los más son los dignos de loa y recomendación y aptos por su inteligencia y moralidad para que se les confíe la gestión de los públicos intereses. Es un mentís redondo al *stultorum infinitus est numerus*, que no enseña solamente el sagrado Libro de los Proverbios, sino que lo patentiza cada día lo que vemos y palpamos. Es un bofetón al buen sentido del género humano, que en todos tiempos estimó en poco el juicio del vulgo, y consultó sus asuntos serios, no en la batahola y confusión de las plazas y mercados, sino en el recogido y sosegado recinto de los Senados y Academias. Es un procedimiento á todas luces inverosímil y antiracional, según el cual se cotizan en el mundo la verdad y el error, la justicia y la iniquidad, no por el valor intrínseco que traiga cada uno en su abono, sino según el favor más ó menos efímero, y siempre extrínseco, que cada cual obtenga en la plaza pública. Criterio variable, según son variables y de puro antojo las impresiones que suelen determinarlo; criterio incompetente, porque ese universal jurado de todo el pueblo no es, ni mucho menos, teólogo, filósofo, jurisconsulto, ó cosa que lo parezca; criterio desautorizado, porque en lo religioso declaró á Barrabas mas digno que Jesucristo, y en lo humano desterró á Arístides por mero cansancio y fastidio de oirle llamar á todas horas *el justo*.

A éste, á éste ha colocado el moderno Liberalismo en el timón de las actuales sociedades en vez de Dios y de su ley santa, inmutable y sapientísima, por la que antes se dirigía. Con arreglo á ese flamante progreso no es ya el piloto ó capitán quienes dirigen la nave, es la tripulación alborotada y vocinglera la que se ha alzado con el gobierno de ella, y á su libre querer la lleva sin norte ni brújula por los más inciertos y peligrosos derroteros, ó mejor, sin derrotero alguno. Harto se echa de ver en los tumbos y revolcones que sufre la infeliz, y que, de seguir en tales manos, anuncian seguro y desastroso naufragio.

El derecho público católico, ó sea, antiliberal, llamado también teocracia, es la plenitud de la jurisdicción de Dios sobre la sociedad humana. El derecho público *sin Dios,* ó liberal, es la plenitud de la pretendida jurisdicción del hombre sobre sí propio y sobre el social organismo. Estas son las dos *tesis* franca y resueltamente opuestas, con todo el desembarazo y soltura de lo perfectamente neto y radical. Pueden formularse también en los siguientes términos: por la primera se reconoce en toda su supremacía el orden divino; por la segunda se supone en toda su independencia el orden humano. Dios, Rey eterno de su criatura, y ésta en absoluta dependencia de El: he aquí la tesis católica. El hombre encarándose con su Dios y proclamándose en todas las esferas de la vida, libre y emancipado; he aquí la tesis revolucionaria.

Mas ¡oh dolor! esta plenitud del derecho humano, gravemente y con poderoso esfuerzo de metafísica asentada en los libros de la escuela liberal, y con soberbio ropaje de elocuencia presentada en sus fogosas peroratas, de puro humana resulta brutal (aunque parezca paradójica la frase), y por lo mismo irrealizable en la práctica, que es donde deben á la postre ponerse a prueba las teorías filosófico-sociales. A semejanza de aquellas construcciones maravillosas, de puro aéreas é ideales, que un arquitecto-poeta diseña sobre la cartolina, y ante las cuales se extasían y emboban las gentes, no teniendo en cambio otro defecto sino el muy insignificante de no poder levantarse en piedra por carecer de las condiciones de estabilidad que las leyes de estática y de mecánica imponen al arquitecto-práctico, que es el único arquitecto de verdad: así les pasa á los modernos reformadores del social edificio. La teoría liberal pura, con su pleno y perfecto derecho del hombre, es un ideal maravilloso, más á propósito, empero, para ser puesto en verso lírico ó en prosa castelarina (que lo mismo da), que para tenerse en pie y ser lo que debe ser toda pared maestra en buena arquitectura, no solamente bella, sino firme, y no solamente firme para sostenerse á sí propia, sino para sostener también

cuanto en ella y sobre ella necesite apoyarse. Es muy sonora frase la de «pleno derecho del hombre,» empero, no es más que sonora con la natural sonoridad que tienen todas las cosas huecas. Su traducción gráfica y real es «el pleno derecho de todos los hombres,» porque «el hombre» no es más que una abstracción metafísica: lo práctico y lo real son «los hombres,» es decir, Pedro, Juan, Diego, Antón, etc.

Y aquí se descorre en un momento el velo del sistema y se rasga de arriba abajo todo su disfraz, para aparecer aquél en toda su encantadora brutalidad. El derecho pleno «del hombre,» es el derecho pleno de «todos los hombres;» y el derecho pleno de «todos los hombres,» es el derecho pleno de «cada hombre en particular;» y el derecho pleno de «cada hombre en particular,» es sencillamente el derecho de «hacer cada cual lo que le dé la gana;» y el derecho de «hacer cada cual lo que le dé la gana,» es en definitiva el derecho «del más fuerte ó del más listo ó simplemente del más audaz.» Famosísima conclusión y muy consecuente corolario, salvajes y cerriles si los hay; para llegar á los cuales no había ciertamente necesidad alguna de hilvanar teorías, ó de escribir libros, ó de perorar en Academias, porque de muy antiguo se los sabe el hombre, y aun la fiera, sin necesidad de maestro que sobre ellos les dogmatice.

¿Cómo salvar los inconvenientes de la lógica, que planteadas aquellas seductoras premisas, á tan brutales conclusiones conduce? ¿Cómo, por otra parte, evitar la necesidad de la absoluta supremacía de Dios, si no se acepta en toda su verdad, esto es, en toda su brutalidad, la absoluta é independiente supremacía «del hombre,» que hemos tenido que reconocer era la de «todos los hombres,» y en consecuencia la de «cada hombre,» y en definitiva la del mayor número ó del de más pico y garra? ¿Cómo se remedia esto? ¿Cómo? Muy fácilmente.

—¿Qué es lo que molesta aquí y se obstina y se emperra en sacar del principio propuesto las inevitables consecuencias y aplicaciones prácticas?

—La lógica.

—La lógica ¿eh?

—Sí, señor, la lógica.

—Pues bien, prescíndase de la lógica, y si necesario fuere, hasta de la vergüenza; al fin ésta no es más que una cierta lógica del corazón.

Y en efecto. Prescindióse de ambas cosas, que no son en rigor más que una sola, y aparecieron en la escena del Liberalismo, ó sea, del orden social sin Dios, las escuelas llamadas... conservadoras.

La escuela liberal-conservadora es ilógica y antitética en sus principios: por tanto ha de resultar en la práctica ó artera ó violenta, y por ambos conceptos odiosa. Sin lealtad y franqueza para poner en frente de su programa el nombre de Dios y aceptar todas sus consecuencias, ó para proclamar netamente el ateismo y aceptar también las de éste, la escuela liberal-conservadora necesita sortear las dificultades de su absurdo dualismo ó por medio de trampas y expedientes para aplazar la solución de ellas, ó por medio de la fuerza material para cortar sus nudos. Lo dicho; ó artera y tramposa, ó violenta y dictatorial. Así la hemos conocido siempre entre nosotros y así se la ha visto siempre en cuantos países ha logrado hacer prevalecer por más ó menos tiempo su corruptora dominación. Apelamos á la memoria de nuestros lectores.

La razón del fenómeno es obvia. El Liberalismo conservador, al igual que todo Liberalismo, no quiere la ley de Dios como fuerza viva social; y sin embargo, quiere gobernar á los pueblos con igual vigor de autoridad y con igual seguridad de resultados, que los que da por su naturaleza aquel teocratico principio. Para suplir la deficiencia de este principio le es preciso, pues, apelar á la astucia ó á la fuerza; ó a la habilidad del prestidigitador para escamotear con una mano al pueblo los falsos derechos que le otorga con la otra, ó á la brutalidad del cabo de vara para imponerse *porque sí* á los que de ellos quieran hacer, altérese ó no el orden público, su uso lógico y natural.

Véase, sino, á dicho Liberalismo-conservador en cualquiera de las funciones á que viene obligado como representante del poder social, y no se tardará en reconocer lo absurdo de su posición ante la lógica y el buen sentido. Escojamos cualquiera de sus actos, y sea, por ejemplo, la administración de justicia. Prende el juzgado liberal á un hombre por ladrón, y éste resulta que verdaderamente lo es. Procede, pues, la declaración de delito y la aplicación de pena, mas aquí se entabla entre el tribunal y el reo el siguiente curiosísimo diálogo:

—¿Habéis cometido el hurto que se os atribuye?

—Sí, señor: he quitado á Fulano de tal la suma de que se hace mención en los autos.

—Estais, pues, convicto de delito de robo, porque dicha suma no os pertenecía y la habéis sustraído á su legítimo dueño.

—No, señor: según mi individual criterio, y aun á tener cierta teoría social que he oído predicar y que allá para mí uso me he adoptado yo, ningún ciudadano es dueño exclusivo de nada ante la necesidad ó el simple deseo de otro ciudadano que tenga mejores puños para arrebatárselo.

—Empezáis por sentar una filosofía absurda.

—Vuestra misión, señor magistrado, no es aquí la de definir filosofías ni teologías. Representáis un poder social que admite la libertad omnímoda del pensamiento, y que se declara incompetente para fallar en materia de doctrinas. Esta es la mía y obro consiguientemente á ella, que es lo único que puede exigirse á mi honradez, así fallarais vos de acuerdo con las que representáis.

—Mas vos no ignoráis que *nuestras* leyes reconocen y sancionan el derecho de propiedad, y que por tanto, he de castigar como delito todo atentado contra este derecho.

—Hacéis bien en decir que son *vuestras* leyes, porque son las que os habéis forjado vosotros para vuestro uso contra nosotros y contra nuestra libertad. Mas, ni vos ni nadie de los vuestros pueden asegurar que dichas leyes sean la verdad y sean la justicia, porque el poder social que representáis declara libres las doctrinas, y no puede, de consiguiente, obligarme á mí á aceptar como buenas las de una

escuela conservadora que, ante la libertad omnímoda del pensamiento que profesais, no tiene un átomo de derechos más que la mía igualitaria y socialista.

—Sea, empero, como sea, es un hecho la legislación actual, y en virtud de ella iréis á presidio.

—Decís muy bien: es *un hecho;* como mañana, si prevalece nuestra propaganda, sera *un hecho* la legislación opuesta: es *un hecho* vuestra justicia y nada más, como es *un hecho* la sentencia que vais á dictar contra mí porque sois aquí más en número y más fuertes que yo, como es *un hecho* la pena que voy yo á sufrir porque estoy solo, inerte y maniatado, y no tengo en mi apoyo (hasta ahora por lo menos) la pareja de Guardia civil que os garantiza á vos.

—Insolente está el acusado.

—No, señor, sino lógico y consecuente. Para aplicarme con justicia la sentencia deberíais fundarla en algo que de común acuerdo hubiésemos reconocido vos y yo como obligatorio; no en una teoría que vos admitís, pero que reconocéis tengo yo derecho á considerar como mentira. Me castigaríais con razón, si me probaseis que yo he debido creer malo en conciencia lo que llamáis mi delito, y yo llamo mi derecho. Ahora me castigáis sin razón, porque me reconocéis libre la conciencia y no me consideráis libre el uso práctico de ella. Vos sois el violador del principio fundamental en virtud del cual ejercéis vuestra magistratura, si como supongo la tenéis en nombre del principio liberal.

Y se irrita el juez y manda callar al reo y va éste á lucir su grillete en el presidio. Pero la inflexible lógica tiene por necesidad que ponerse de parte del acusado, que obró según perfecta conciencia suya, reconocida libre é independiente por el propio Estado que luego le castiga como un crimen, haber procedido conforme á su inspiración.

Apliquemos ahora igual procedimiento de examen al de las demás funciones sociales que ejerce cada día en la gobernación y administración de los pueblos el Estado liberal conservador. Preguntémosle con qué derecho cobra nuestros tributos, saca nuestras quintas, fiscaliza nuestras costumbres, exige el respeto á sus personas é instituciones. *Sin Dios* nada de eso tiene base real que resista al examen; *sin Dios,* es.

palabra completamente huera la palabra *Derecho*, que sólo significa una rutina ó una preocupación. Mas no, que muchas veces algo más que eso significa el tal Derecho: significa una imposición brutal, una verdadera y flagrante iniquidad.

Decíamos en nuestro último artículo que la palabra *Derecho*, en los organismos sociales donde no está basada la legislación en el concepto de Dios, único primario é indiscutible legislador, significa muchas veces algo más que una voz huera, algo más que una rutina ó preocupación, porque significa frecuentemente el tal llamado derecho, ni más ni menos que el hecho de una imposición brutal y á todas luces degradante. Poco costará evidenciar la verdad de esta última consecuencia, resultado final práctico é inevitable de todo Liberalismo.

Tiene, en efecto, la Sociedad, como todo lo viviente, su cierto instinto de conservación, y cuando le falta el ambiente natural y la condición propia suya para su vida y sostén, acude anhelosa á buscar ese medio de sostener su vida en lo que le parece más apropiado para suplir de momento aquel otro medio apropiado que le falta, y por cuya ausencia se siente desfallecer y morir. Como vulgarmente se dice, agárrase el hombre aunque sea á un clavo ardiendo cuando se le hunde el suelo bajo los pies: así las Sociedades, sintiéndose asfixiadas en el vacío moral que produce en torno de ellas la ausencia del concepto social de Dios, no vacilan en arrojarse, como medio supremo de salvación, en brazos del más fiero despotismo. Tal lo hemos visto en todos tiempos, y tal en todos tiempos se habrá de ver. Y como nunca falta en esos períodos críticos un ambicioso de talento ó de valor, ó simplemente de fortuna, á quien le ocurra ofrecer á la sociedad agonizante su brazo de hierro para salvarla de la última material ruina, se tiene con eso lo bastante para que

se produzca el fenómeno histórico que estamos apuntando aquí. De una parte un pueblo dispuesto á entregarse á *cualquiera*, á trueque de que no le devore la Anarquía; de otra un *cualquiera* osado, dispuesto á tomar el papel de salvador, seguro de que la ley de la necesidad hara no se le disputen muy escrupulosamente, ni los medios de elevación, ni los procedimientos de gobierno. Resultado final: Los pueblos castigados por su propio social pecado; Dios vengado de su forzoso social ostracismo por los mismos que á éste le han condenado.

Siendo de advertir que esta dictadura brutal del hombre, en lugar y como suplemento y remedio de la ausencia del gobierno suavísimo y mansísimo de la ley de Dios, no es preciso llegue á su más alto punto de brutalidad para aparecer y hacerse sentir sobre las espaldas de los pueblos encorvados bajo su latigo. No, sino que empieza ya á notarse á medida que la influencia de Dios va haciéndose menos eficaz en el gobierno de la sociedad; y va creciendo por el mismo compas y a igual proporción con que ésta va aminorandose; y toma proporciones alarmantes cuando ya la idea de Dios, como elemento social, está próxima á extinguirse; y se desarrolla por fin plenamente y lo domina todo, y todo lo absorbe y anonada, cuando queda del todo extinguido en los pueblos el concepto social de Dios legislador. Esta idea, de un modo grandilocuente expuesta por nuestro insigne Donoso Cortés en su célebre discurso parlamentario de 1848, es ya de dominio común; tanto ha venido enseñandolo á todos, hasta á los mas rudos, la misma experiencia. Así se ve cada día que se corresponden, como platillos de balanza en el subir y en el bajar, la ausencia de la fuerza moral en la sociedad y el predominio en ella de la fuerza bruta. A menos iglesias, mas cuarteles; á menos misión moralizadora, más ejército permanente; a menos influencia parroquial, más oficinas y empleados de policía; á menos leyes que protejan y fomenten el culto, más decretos y bandos ejecutivos del poder militar. Así se ve que es más vigilado, más fiscalizado, mas reglamentado y mas autoritativamente vejado el ciudadano *libre* de hoy, de lo que lo fuera en los pasados siglos el ciudadano *esclavo* de aquellos ominosos tiempos. Rasgos

de libertad individual y de altiva independencia corporativa nos admiran en las páginas de la antigua historia monárquico-cristiana, que de reproducirse hoy nos dejarían asombrados y fueran enaltecidos como actos heroicos del más levantado espíritu democratico. Y es que antiguamente se regía mucho el pueblo por la conciencia, así como se rige hoy casi únicamente por la ley exterior. Dicho se está con eso cuál modo de vivir y de obrar ha de ser por necesidad más natural, holgado y espontáneo, y cuál más premioso, forzado é irritante. Se nos dice hoy á todas horas que quien gobierna al mundo es la opinión pública, y nos consolamos buenamente con la idea de que es cada uno de nosotros factor proporcional que forma una parte alícuota de ese flamante criterio legislativo. Absurdo y groserísimo sofisma que no hay necesidad alguna de desenmascarar, porque años ha que lo vemos con harta desnudez sacado á la pública vergüenza. Sólo haremos notar á propósito de eso, que si se juzga muy noble y muy liberal no ser gobernado un pueblo por otro criterio que el de la pública opinión, más noble habría de ser verse gobernado este pueblo por la convicción íntima de cada uno de sus ciudadanos, lo cual se logra cuando es común en ellos y fundamental en el orden legislativo el concepto de Dios.

Por donde podemos bien concluir con los siguientes corolarios, síntesis y fórmula abreviada de todas nuestras anteriores reflexiones sobre esta materia: Con Dios y con su imperio mas absoluto y más eficaz sobre la humana sociedad, coincide la más amplia y más absoluta y menos restringida libertad de cada uno de los individuos de ella: *Sin Dios* ó con la menor cantidad posible de influencia suya política y social, coincide el mayor y más absoluto predominio del hombre sobre el hombre; ó sea, el grado mayor de fuerza bruta, como indispensable freno y contrapeso político-social.

Más sintético todavía y más abreviado: El Liberalismo es el polo opuesto y el enemigo más radical de la verdadera libertad.

Por esto en todos tiempos ha sido la fe religiosa el alma de los pueblos, pese ó no al moderno Liberalismo, tan desacorde en eso con el dogma sobrenatural católico como con el mero buen sentir natural del género humano. En repúblicas como en monarquías, no se han bastado á sí propias la espada ó el cetro; porque los hombres nunca han sido rebaños de brutos que rija sólo la fuerza, como tampoco son jerarquías de Angeles que guíe tan sólo la persuasión. El sacerdocio y la magistratura civil, han compartido siempre el gobierno de las naciones, dándole aquél á ésta lo que de suyo ésta no tiene, ó sea, el influjo sobre las conciencias; prestándole á ésta aquél lo que indispensablemente aquél necesita, el apoyo de la fuerza exterior para reprimir á los díscolos y perversos.

Y he aquí, en la vida de las sociedades bautizadas, el papel sublime del Pontificado. Es la autoridad alma de toda otra autoridad; el prestigio moral sostenedor de todos los prestigios; verdadero é insustituíble *eje social* sobre el cual han de girar todas las humanas instituciones, condenadas fuera de él á no ser otra cosa que mas ó menos hábilmente disfrazados resortes de la fuerza bruta. No se gobierna á los pueblos dignos de un modo digno de ellos, más que influyendo en la conciencia. Se los apacienta ó refrena como hato de ganado, cuando el gobernar por medio de la conciencia se ha hecho imposible por el sistematico menosprecio y vilipendio de la Religión.

Tal es la situación de las muchedumbres *libres* de hoy, cuya legislación y públicos poderes andan fuera (a título de emancipación) de su único eje social el Pontificado católico.

¡Roguemos á Dios, para que, abreviado el plazo de las presentes confusiones, luzca otra vez sobre las sociedades tan costosamente redimidas con la Sangre de su Unigénito la aurora de su cristiana reconstitución sobre la piedra inconmovible de la Iglesia católica y á tenor de los admirables programas sociológicos de nuestro sapientísimo León XIII!

Diciembre, 1887.

A. M. D. G.

OBRAS Y OPÚSCULOS DEL MISMO AUTOR.

¡Al sermón! Contestaciones á las más frecuentes excusas con que se retraen ciertos católicos de la asistencia á la predicación cuaresmal. —En 8.°, 13 cénts.

Apostolado seglar (El), ó Manual del Propagandista católico en nuestros días.—En 8.° mayor, de buen papel y esmerada impresión, 1'50 pesetas en rústica, y 2'50 encuadernado en tela con hermosa plancha dorada.

Aquellos polvos... (De), ó sea influencia de la destrucción de los conventos en el desarrollo del Socialismo español.—Expónense las tremendas responsabilidades y consecuencias de aquel espantoso atentado social.—En 8.°, 8 cénts.

A una señora... y á muchas.—Enérgica y razonada invectiva contra el lujo y los periódicos llamados de modas que lo fomentan en el hogar doméstico.—En 8.°, 8 cénts.

Biblioteca ligera para uso de todo el mundo.—Colección de opúsculos sobre materias de actualidad, al alcance de los más vulgares entendimientos, para facilitar la propaganda del bien en talleres, escuelas, casas de beneficencia, cuarteles, fiestas populares, etc. La colección consta de cien libritos, todos en 16.° con linda cubierta. Para los pedidos basta indicar el número de cada librito.—Precios: Un ejemplar, 6 cénts.;—docena, 50 cénts.;—centenar, 4 pesetas;—quinientos, 18'75 pesetas;—mil, 35 pesetas.—Cuando el pedido pase de mil ejemplares de un mismo número, se tratarán precios convencionales.

Bien ¿y qué? Reflexiones cristianas para aliento de los débiles y confusión de los malvados en épocas de persecución.—En 8.°, 15 cénts.

Breve ejercicio para honrar cada día del mes de Marzo á San José.—En 16.°, 30 cénts. en rústica, y 60 en tela.

Breve mes de Mayo consagrado á la Madre de Dios.—En 16.°, 30 cénts. en rústica, y 60 en tela.

Café y billar.—Expónese el objeto de ellos en las Sociedades católicas, y se señalan reglas para que no se conviertan en ocasión de mundanas disipaciones.—En 8.°, 10 cénts.

Caracteres de la lucha actual: por ellos está justificada la conveniencia de las Academias de Juventud católica.—En 8.°, 10 cénts.

Casa y casino.—Desastrosa influencia que en orden á la sociedad doméstica, civil y religiosa, ejercen los centros de holganza y disipación que tanta boga alcanzan en nuestros días.—En 8.°, 10 cénts.

Clero (El) y el pueblo.—Muéstrase la verdadera razón de las iras de los falsos apóstoles del pueblo contra el sacerdocio católico, así como los beneficios que ha prodigado éste á aquél en todos tiempos y en todos conceptos.—En 8.°, 20 cénts.

Conversaciones de hoy sobre materias de siempre.—Colección de sumo interés para cuantos se dedican al ejercicio de la Propaganda católica. Por su baratura y sencillez estos libritos pueden con gran fruto repartirse profusamente entre la clase popular, que es hoy día la más expuesta á la seducción de las falsas doctrinas. Para los pedidos basta indicar el número de cada librito. Los publicados hasta la fecha son 40 libritos distintos. Precios: Un ejemplar, 6 cénts.;—docena, 50 cénts.;—ciento, 4 pesetas;—quinientos, 18'75 ptas.;—mil, 35 ptas. Cuando el pedido pase de mil ejemplares de un mismo número se tratarán precios convencionales.

Cosas del día, ó respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.—Refútase el Catolicismo liberal, tantas veces condenado por Pío IX, y se ponen de manifiesto las malas artes de sus adeptos.—En 8.°, 18 cénts.

Chimenea (La) y el campanario.—Librito destinado á fomentar la propaganda de los principios y prácticas del Catolicismo en los centros industriales.—En 8.°, 18 cénts.

Desheredados (Los).—Opúsculo de instrucción y de consuelo para las clases pobres, á quienes el Socialismo procura atizar con este dictado contra los ricos.—En 8.°, 8 cénts.

Devoto ejercicio de desagravios para los tres días de Carnaval.—En 16.°, 6 cénts.

Dinamita social (La).—En cuatro Conferencias se expone el carácter y orígenes del Socialismo contemporáneo, y se indican los remedios para conjurar su estrago.—En 8.°, 18 cénts.

Dinero (El) de los católicos.—El objeto de este opúsculo es estimular á los católicos á la liberalidad y desprendimiento en favor de las necesidades, cada día más imperiosas, de la Iglesia y de los pobres, y recordarles sus deberes respecto á tan importante cuestión.—En 8.°, 25 cénts.

Diversiones (Las) y la moral.—Examínase el pro y el contra de los teatros, bailes y demás diversiones tal cual hoy se estilan, bajo

el punto de vista de la razón católica, y aun del simple buen sentido.—En 8.°, 38 cénts. En tela, 88.

Dogma (El) más consolador.—Explicación del dogma del purgatorio y de sus admirables armonías con la razón y con el sentimiento.—En 8.°, 13 cénts.

Espíritu parroquial (El).—Encarécese la necesidad de la unión entre los fieles todos y su respectiva parroquia, poniendo de relieve la importancia de ésta bajo todos conceptos.—En 8.°, 25 cénts.

Filosofía de la Mortificación.—Expónese el por qué de las austeridades que tanto recomienda y á veces preceptúa á sus hijos la Iglesia.—En 8.°, 1.ª parte, 15 cénts., y 2.ª, 10 cénts.

Frailes de vuelta (Los).—Breve apología de los Institutos regulares. Con ocasión de los nuevos conventos que vuelven á alzarse en España, se expone su bienhechora influencia.—En 8.°, 13 cénts.

¿Hasta teatro?—En esta familiar Conferencia se exponen las razones por las que puede aceptarse y aun recomendarse como medio educativo y de sana propaganda el arte dramático en nuestras Asociaciones católicas.—En 8.°, 10 cénts.

¿Integristas?—En esta Conferencia se justifica á los buenos católicos á quienes dan este nombre los resabiados de Liberalismo.—En 8.°, 15 cénts.

Laicismo católico (El).—Deberes del fiel seglar en orden á la defensa y propaganda de la fe, y carácter de este su apostolado conforme á las instrucciones del Papa.—En 8.°, 10 cénts.

Lecciones de Teología Popular.—Colección de opúsculos en 8.°—Se han publicado los siguientes:

1.ª **La Biblia y el Pueblo: El Pueblo y el Sacerdote.**—A 6 cénts.
2.ª **Ayunos y Abstinencias: la Bula.**—A 6 cénts.
3.ª **El Matrimonio civil.**—A 9 cénts.
4.ª **El Concilio, la Iglesia, la Infalibilidad.**—A 9 cénts.
5.ª **El Purgatorio y los Sufragios.**—A 8 cénts.
6.ª **El Culto de San José.**—A 5 cénts.
7.ª **El Culto de María.**—A 8 cénts.
8.ª **El Protestantismo, de dónde viene y á dónde va.**—A 20 cénts.
9.ª **El Culto é Invocación de los Santos.**—A 8 cénts.
10. **Efectos canónicos del Matrimonio civil.**—A 10 céntimos.
11. **Misterio de la Inmaculada Concepción.**—A 6 cénts.
12. **El Púlpito y el Confesonario.**—A 13 cénts.
13. **El Padre nuestro.**—A 15 cénts.
14. **Las penas del infierno.**—A 15 cénts.
15. **La gloria del cielo.**—A 15 cénts.

Liberalismo es pecado (El). Cuestiones candentes.—En 8.° con buen papel (edición de propaganda), 38 cénts. en rústica, y 75 en tela. El mismo, traducido en catalán, á 75 cénts. en rústica, y 1'50 ptas. en tela con plancha dorada. Edición de lujo, con hermosos tipos elzevirianos, letra muy clara y buen papel, á 1'50 ptas. en rústica, y 3 en tela con hermosa plancha dorada.

Lourdes. Reflexiones de actualidad sobre las maravillas de Dios y de su Santísima Madre en este célebre Santuario.—En 8.°, 10 céntimos.

Lo Pa del ánima, ó sía importancia individual y social del Catecisme y de les obres catequístiques.—En 8.°, 10 cénts.

Luz y espejo de Jóvenes cristianos, ó rasgos principales de la fisonomía angélica de San Luís Gonzaga, para instrucción de la juventud de nuestro siglo.—Enriquecen este libro gran número de finos grabados, representando escenas de la vida de San Luís, su retrato, vistas de edificios y lugares relacionados con el joven novicio de la Compañía.—En 8.°, con buen papel y elegante impresión, 50 cénts. en rústica, y 1 peseta en tela y plancha dorada.

Malos periódicos (Los).—Grito de alerta sobre los peligros que ofrece la prensa franca ó embozadamente impía.—En 8.°, 8 cénts.

Mal social (El) y su más eficaz remedio.—Estado de la sociedad presente, y llamamiento de los católicos para que acudan á su pronto remedio.—En 8.°, 8 cénts.

Mano negra (La), ó polluelos de la última cría liberal.—La siniestra Asociación nihilista de Andalucía motivó esta Conferencia, en que se expone la procedencia de tales monstruos.—En 8.°, 10 cénts.

Masonismo y Catolicismo. Paralelos entre la doctrina de las logias y la de nuestra Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, única verdadera.—Se muestra lo muy frecuente que es tomar por ortodoxas doctrinas y apreciaciones anticatólicas, puestas en circulación por los sectarios.—En 8.°, 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús: breve, sencillo y práctico, acomodado á toda clase de personas.—Va al fin la letra y música del himno *Corazón Santo,* etc.—En 16.°, con cubierta á dos tintas representando la aparición de Nuestro Señor á la Venerable Alacoque, 38 cénts. en rústica, y 75 en tela. Edición fina en papel superior con una estampa del Sagrado Corazón, 75 cénts. en rústica, y 1'75 ptas. en percalina y canto dorado.—Edición catalana, á los mismos precios.

Montserrat. Noticias históricas.—Idea de la célebre montaña y Santuario, orígenes, culto de María, destrucción y restauración del Monasterio, Romerías antiguas y modernas, etc. Adornado con gra-

bados y cantos del Rdo. Verdaguer.—En 8.°, 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Negaciones (Las) de San Pedro.—San Pedro, infiel durante algunos momentos á su Maestro, retrata la conducta de aquellos á quienes hace cobardes y traidores el respeto humano y la condescendencia con la Revolución.—En 8.°, 6 cénts.

Nimiedades católicas.—Importancia de varias prácticas, cuyo conjunto forma la fisonomía del verdadero católico.—En 8.°, 10 céntimos.

Novena (Devota) á la Virgen en cualquiera de sus Santuarios.—En 16.°, 25 cénts.

Novenario (Devoto) á la Reina de los cielos en el misterio de su gloriosa Asunción.—En 8.°, 13 cénts.

Octavario á Cristo resucitado, para alcanzar la conversión de los que no cumplen el precepto pascual.—En 16.°, 13 cénts.

Octavario devoto al dulce Niño de Belén en el Santísimo Sacramento.—Manualito de piadosos ejercicios para visitar con fruto el pesebre del Salvador.—En 16.°, 15 cénts.

¿Para qué sirven las monjas?—Apología popular de los Institutos religiosos de mujeres, en su triple apostolado de la oración, de la caridad y de la enseñanza.—En 8.°, 18 cénts.

Pía Unión (La) de los Incurables, bajo el patronato de Nuestra Señora de la Salud y de los Santos Camilo de Lelis y Juan de Dios.—En 8.°, 10 cénts.

¡Pobres espiritistas!—Refutación razonada de los sofismas de Allan Kardeck.—En 8.°, 15 cénts.

¿Qué falta hacen los Frailes?—Apología de las Ordenes religiosas, y llamamiento al buen sentido del pueblo para que provea á su pronto restablecimiento.—En 8.°, 15 cénts.

¿Qué hay sobre el Espiritismo?—Refutación de las prácticas y teorías de esa secta con que en nuestro siglo se ha querido renovar la magia negra de los siglos medios.—En 8.°, 18 cénts.

Religió y Regionalisme.—Grito de alarma con motivo de las averiadas tendencias que muestra gran parte de lo que se llama en nuestros días Regionalismo, y que mejor debería apellidarse Liberalismo del peor género, si no se subordina todo él á los imprescriptibles derechos sociales de Cristo.—En 8.°, 10 cénts.

¿Resurrección?—Se alegan las razones de incontestable crítica que ponen fuera de toda duda este misterio, deduciéndose de él la perenne vitalidad de la Iglesia, siempre sepultada por sus enemigos y siempre de ellos vencedora.—En 8.°, 8 cénts.

Ricos y Pobres.—Trátase la llamada cuestión social desde el

punto de vista cristiano, indicándose las causas del malestar entre estas clases, y su eficaz remedio.—En 8.°, 13 cénts.

Sacerdocio doméstico (El), ó sea el deber de los padres y amos para con sus hijos y dependientes.—En 8.°, 18 cénts.

San Juan de la Cruz.—Album conmemorativo del tercer Centenario de este insigne español.—Colección de preciosos grabados, en que se reproducen los hechos más salientes de la vida de este esclarecido español.—Un tomo apaisado, 1'25 ptas. en cartoné, y 1'75 en tela con plancha dorada.

Todo el problema.—El Liberalismo en sus tres grados ó matices, en qué consiste y cuál es su concepto esencial al través de sus artificiosos disfraces.—En 8.°, 10 cénts.

Trabajo (El) y el trabajador cristianos.—Memoria presentada al Congreso Católico Nacional de Tarragona sobre el tema 1.° de la Sección 4.ª—En 8.°, 8 cénts.

Viatjant de Cristo (Lo).—Trátase en este discurso de la grandeza de los trabajos del misionero católico, y su importancia para la gloria de Dios y la salvación de las almas.—En 8.°, 5 cénts.

Vida social católica (La).—Expónense los deberes principales del católico en orden á sus relaciones en la vida civil, muy particularmente en lo que atañe á la pública profesión de su fe y al desprecio del respeto humano.—En 8.°, 6 cénts.

Voz (La) de la Cuaresma.—Reflexiones para mover el corazón de los apartados del cumplimiento cuaresmal, y enseñarles lo necesario para confesarse con fruto.—En 8.°, 10 cénts.

Advertencia.—Estas obras se remiten francas de portes por correo. Mas si se quiere con paquete certificado, que puede contener 4 kilos de peso, costará 75 cénts. de peseta.

El importe de los pedidos puede remitirse en libranza del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de correo, certificando en este último caso la carta.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica,* Pino, 5, Barcelona.